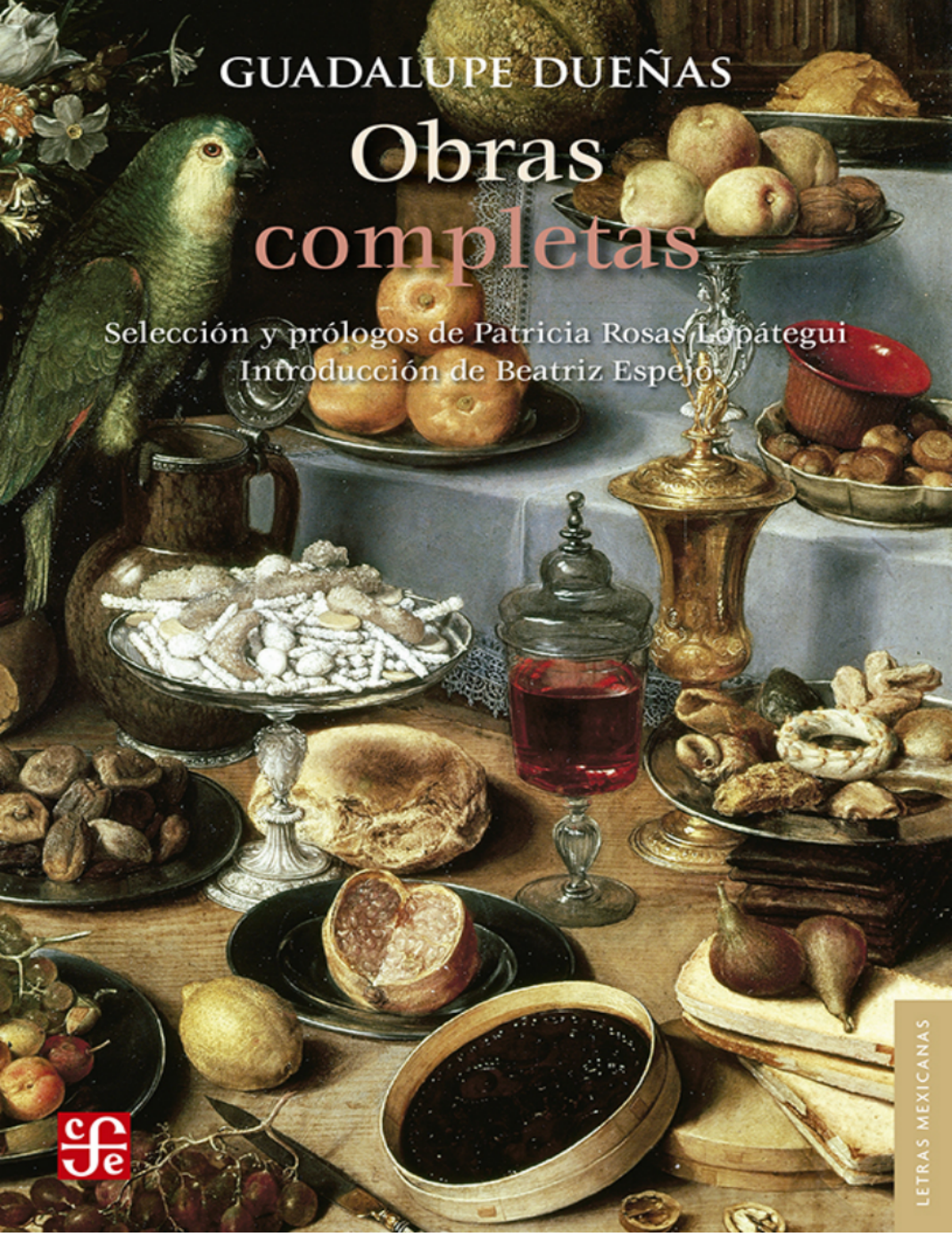
GUADALUPE DUEÑAS
Obras
completas
Selección y prólogos de Patricia Rosas Lopátegui
Introducción de Beatriz Espejo
LETRAS MEXICANAS

Fotografía: cortesía de Luz María Díaz Dueñas

Guadalupe Dueñas (Guadalajara, *ca.* 1910 - Ciudad de México, 2002) fue narradora, poeta, guionista y ensayista. Mejor conocida por su faceta como cuentista, publicó sus primeros textos en la revista *Ábside* en 1954, mismos que recopiló y a los que sumó otros tantos en *Tiene la noche un árbol* (FCE, 1958). Porss este primer libro le fue concedido el Premio José María Vigil un año después de su publicación. Fue becaria del Centro Mexicano de Escritores de 1961 a 1962, donde escribió su única novela, *Memorias de una espera,* inédita hasta su inclusión en este volumen.

LETRAS MEXICANAS

Obras completas

GUADALUPE DUEÑAS

Obras completas

Selección y prólogos
PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI

Introducción
BEATRIZ ESPEJO

FONDO DE CULTURA ECONÓMICA

Primera edición, 2017
Primera edición electrónica, 2017

Diseño de portada: Laura Esponda Aguilar
Imagen: *Georg Flegel, Naturaleza muerta,* óleo sobre tela, 22 × 28 cm, siglos XVI-XVII.
Alte Pinakothek, Múnich / De Agostini Picture Library / G. Dagli Orti / Bridgeman Images.
Fotografía de Guadalupe Dueñas: cortesía de Luz María Díaz Dueñas, su sobrina que siempre la admiró.

D. R. © 2017, Fondo de Cultura Económica
Carretera Picacho-Ajusco, 227; 14738 Ciudad de México

Comentarios:
editorial@fondodeculturaeconomica.com
Tel. (55) 5227-4672

www.fondodeculturaeconomica.com

Se prohíbe la reproducción total o parcial de esta obra, sea cual fuere el medio. Todos los contenidos que se incluyen tales como características tipográficas y de diagramación, textos, gráficos, logotipos, iconos, imágenes, etc., son propiedad exclusiva del Fondo de Cultura Económica y están protegidos por las leyes mexicanas e internacionales del copyright o derecho de autor.

ISBN 978-607-16-5011-5 (mobi)

Hecho en México - *Made in Mexico*

SUMARIO

Agradecimientos
Introducción. Guadalupe Dueñas, una fantasiosa que escribía cuentos basados en la realidad, BEATRIZ ESPEJO

PRIMERA PARTE
Obra publicada

Prólogo. *Al roce seductivo de Guadalupe Dueñas: con sus libros para toda la vida*, PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI
I. Libros
- Tiene la noche un árbol
- No moriré del todo
- Imaginaciones
- Antes del silencio

II. Hemerografía
- Cuento
- Reseña
- Revista *Kena*
- Homenaje

III. Guadalupe Dueñas por Guadalupe Dueñas
IV. Miscelánea

SEGUNDA PARTE
Obra inédita

Prólogo. La ciudad desconocida de Guadalupe Dueñas, PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI
I. Poesía
- Cuaderno 1. Versos cortos (1937)
- Cuaderno 1. (1951)
- Cuaderno 2

II. Variaciones del mismo tema
III. Tres apartados
- Textos en desarrollo
- Asesora de obras de teatro en el IMSS
- Primeras versiones de algunos cuentos publicados

IV. Novela

Memoria de una espera. (1962)

Bibliografía
Índice

Agradecimientos

Para quienes hicieron posible este volumen de Guadalupe Dueñas.

A su familia: María de los Ángeles *la Güera* Dueñas de la Madrid, María Teresa de la Cueva Dueñas, Luz María Díaz Dueñas, Guadalupe de la Cueva Dueñas, José Luis Payró Dueñas y María del Pilar Rincón Dueñas.

A sus amigos y admiradores: Fausto Vega, José Emilio Pacheco, Cristina Pacheco y María Luisa *la China* Mendoza.

A las instituciones: a la Dirección General del Patrimonio Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de México, a la Colección del Centro Mexicano de Escritores en el Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México, a la Hemeroteca Nacional de la Universidad Nacional Autónoma de México y a la Coordinación Nacional de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes.

PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI

INTRODUCCIÓN
Guadalupe Dueñas, una fantasiosa que escribía cuentos basados en la realidad

BEATRIZ ESPEJO

Para Elena Urrutia

Guadalupe Dueñas nació en Guadalajara, Jalisco, de una familia chiflada, según dijo en alguna entrevista. Hasta hace poco su fecha de nacimiento se registraba como el 19 de octubre de 1920. Por exigencias de una antología supe que el año fue 1912 o 1908. Esta mujer de ascendencia española y libanesa aseguraba: "Tengo alma provinciana pero camino entre la ciudad y la provincia",[1] cosa que se ve en algunos de sus cuentos, como el titulado "Judit". Las extravagancias de su entorno le dieron posibilidades de crecer en un hogar fuera de lo común si se le relacionaba con el mundo externo. Su padre cifraba todo empeño en agasajar con suculentas invitaciones a cuanto clérigo conocía. Fabricó trampas para cazar gatos de casas ricas o los atrapaba disparándoles desde la azotea con un rifle que había pertenecido a Maximiliano. Se metía a la cocina y, ayudado por enormes cacerolas, que luego su mujer hervía y desinfectaba con alcohol, preparaba para sazonarlos una receta sabrosísima y extraña. Ella era preciosa, algo frívola, buena cantante, de ascendencia árabe, con un concepto vital de lo cotidiano, y a pesar de no compartir la austeridad religiosa de un marido que imponía a las visitas rosarios de quince misterios —después de lo cual todas desaparecían—, acataba tales demandas con una docilidad digna de mejores causas aunque no se sintiera aterrada por el demonio ni le importaran las penas eternas del infierno. Ambos tenían mucha personalidad: uno creyéndose la piedra, Pedro, dentro de la casa; la otra como una adolescente atrapada en un matrimonio equivocado, pájaro de jaula ajena. No se entendieron nunca; pero se padecieron mucho. Su unión fue tormentosa. Hallaron las mejores cualidades de los seres humanos y los peores defectos. Como buenos católicos procrearon quince hijos. Guadalupe fue la mayor, después de la primogénita

Mariquita, que acabó en un bote de vidrio a los cinco días de nacida.

Pita Dueñas tuvo una infancia difícil. Hizo sus primeros estudios en el Colegio Teresiano de Morelia, Michoacán, interna desde los siete años. Se sentía desdichada y sola, separada de todos; pero en el fondo así lo prefería porque su casa era una selva de pañales. Solía andar por la huerta del convento e imaginarse vocación religiosa. Esa cercanía con las carmelitas debió inspirarle años más tarde, rascando en sus recuerdos y anhelos, "Teresita del Niño Jesús", sobre una niña que desea parecerse a la religiosa francesa y vive comparándose desventajosamente con ella: "¡En cambio, seguir las huellas de Teresita, de esa figura diáfana, construida de gasa y chantilly, me hundió para siempre: perturbó mi corazón y mi alma y hoy me declaro impotente, fracasada, nula, proterva, incontrita, relapsa, inerte para alcanzar su meta!"[2] No se cuestionaba sobre la muerte, la resurrección, la Iglesia que posterga preguntas para las que no hemos encontrado respuestas. Tampoco las encuentran la filosofía ni la ciencia; sin embargo, una formación religiosa logra soliviantarlas. Desde sus años escolares Guadalupe debió darle rienda suelta a un deseo de ser santa. Cuando alguien le preguntaba qué quería ser, contestaba: "Santa". ¿Y lo que hubiera querido ser?, insistía: "Santa siempre, llegar a Dios, salvarme. Soy absolutamente creyente. Donde el conocimiento no me alcanza. Me sobrepasa la fe".[3] Su catolicismo marcó esa literatura tan personal, ese estilo que la define. La marcó de tal suerte que casi todos sus cuentos se refieren en uno u otro sentido a una educación metida en parámetros irrompibles como estuvo su propia vida. Junto con sus deseos de perfección debió también incrementar su inventiva, sus fabulaciones sorprendentes que los estudiosos reconocieron como uno de los rasgos de su escritura; sin embargo, ella dijo varias veces: "En mis cuentos no existe la fantasía. Soy absolutamente realista a la hora de contar cosas. Cuando los bondadosos críticos afirman que tengo mucha imaginación, me siento avergonzada. Todo me sucede, hasta los sueños. He deambulado por ellos".[4] Y, en efecto, varios escritos revelan un trasfondo biográfico retomado literariamente, como en "Historia de Mariquita".[5] Descubre allí pormenores íntimos, por ejemplo las literas de un cuarto compartido por una prole numerosa, inspiradas en los camarotes de barcos y trenes, que ahorraban espacio y facilitaban a cada quien dormir en su cama. La breve historia de Mariquita, que le costó trabajo averiguar, con ojos azules heliotropo, nacida prematuramente, bautizada a la carrera, muerta a los pocos días, demuestra cómo basaba muchos cuentos en hechos reales. El padre se negó a desprenderse de su

criatura. Nadie lo convenció de enterrarla y llevó su empeño insensato hasta meterla en un pomo de chiles lleno de una extraña solución y escondido primero en su ropero; luego permaneció en la sala cubierto por un mantón de Manila, y así lo cuenta Miguel Sabido, testigo ocular, hasta que la enterraron en el jardín cuando se cambiaron de la casa que había pertenecido a Xavier Villaurrutia en la calle de Puebla 247, cuarteada por todas partes, con desprendimientos de yeso y arena acompañados de ruidos perturbadores que asustaban al servicio doméstico. Los disimulaban a base de gobelinos, platones y antigüedades valiosos para cubrir desperfectos. Tales contingencias acabaron venciéndolos. Se mudaron a la Avenida Universidad 1471, colonia Florida. La presencia de Mariquita se convirtió en uno de tantos secretos que guardan los personajes de Guadalupe, parte fundamental del mundo burgués donde campea la doble moral y las apariencias.

Algo parecido se diría de "Zapatos para toda la vida". Habla de un fracaso financiero de su padre empeñado en anegar las habitaciones con calzados que no había podido vender y adjudicó a sus vástagos pares y pares calculando el número que usarían con el tiempo. Mientras tanto las cajas se apilaban como torres. Y se diría también de "Topos uranus" que seguramente recogió las consecuencias que para Guadalupe tuvo otro mal negocio: "La única compensación de mi juventud desolada fue el acarreo de perfumes, jabones y cosméticos con que atestaron la bodega de la casa. Las más finas esencias acompañaron mis años de adolescente y, entre efluvios, toleré el nacimiento pertinaz de mis siete hermanas, una por año".[6] Hasta que nació Manolo, dorado y bellísimo, el padre dejó de acusar a su mujer porque sólo le daba hijas.

En el colegio, Pita regalaba muestras a quien se las pedía y la consideraban millonaria sin fijarse en sus medias de popotillo remendadas, mientras algunas condiscípulas malévolas le pusieron el sobrenombre de *la Urania* haciendo conatos de vómito cuando al pasar las azotaba una estela aromática. También "Águeda" recoge experiencias propias, del internado y del trato difícil con unas compañeras prepotentes y abusivas. Rescata el ambiente, los ruidos, las comidas, la rutina de los colegios monjiles. Emplea diálogos que manejaba con soltura y le sirvieron más tarde para su trabajo en la televisión y para una novela titulada *Memorias de una espera*, donde ahonda en el alma de una jovencita que se deja extorsionar por miedo o por timidez y es incapaz de imponerse aunque lo hubiera deseado.

En México continuó sus estudios y siguió su temprana vocación

leyendo cuentos para niños. Le encantaban los publicados por Editorial Calleja. Venían en cajitas de metal acompañados de chicles y caramelos. Algún avatar del destino la hizo perder una colección de mil quinientos. Cuentos de puentecitos y duendes, muchos anónimos, tomados de la tradición popular. Esas joyas tipográficas y literarias constituyeron su primera influencia. Se destetó con cuentos breves y así despertó su facilidad para la inventiva, porque en su infancia no iba al cine ni al teatro. Algunas veces la llevaron a funciones de cuadros fijos, vacas detenidas por las colas rumbo al río, estatuas silenciosas junto a unos pinos, pero nada sucedía. Permanecían inmóviles. Un poco después fue con su papá a ver una sola película, con la condición y advertencia de que cerraría los ojos cuando él se lo indicara. Era una historia de Cristo hecha por Cecil B. de Mille:

> Al salir la Magdalena entre tules (que le velaban muy bien el cuerpo pues el cine no estaba tan descarado) bajé los ojos. En un leve acto amoroso, bajé los ojos. Siempre bajé los ojos en las escenas que ocurrían entre hombre y mujer, dos seres que para mí no se encontrarían. Aquello se me quedó grabado porque nunca pude lograr amistades verdaderas ni con hombres ni con mujeres ni con perros. Estoy absolutamente sola por dentro. Tan sola que toda mi necesidad afectiva se vuelve literaria.[7]

Esta mención a los perros no es gratuita. En sus cuentos aparecen con frecuencia insectos o distintos animales adversarios de los hombres que los observan, los martirizan, “La araña”, “El sapo”, “Los piojos”, o los convierte en enemigos aborrecidos a muerte, como el gato de “Enemistad”, o logran misteriosas simbiosis como en “Las ratas”. Y curiosamente están entre sus textos mejores y más representativos. Son una especie de fábulas modernas. Plantean las pasiones y los defectos humanos con una serie de matices; aceptan varias lecturas. De haberlo deseado, Guadalupe Dueñas hubiera conformado un bestiario, como hicieron algunos escritores (Jorge Luis Borges, Juan José Arreola, Paul Claudel) que leyó con mucho cuidado.

Vivió largo tiempo con tías monjas salidas del convento por enfermedad o pretextos. Cuidaban a hermanos sacerdotes. Los recuerdos de aquella época aparecieron en “La tía Carlota”. Empieza: “Siempre estoy sola como el viejo naranjo que sucumbe en el patio”.[8] Así siguió enclaustrada y no dejó de estarlo hasta que decidió escribir formalmente, aprovechar sus inusuales vivencias y conocer un mundo y un ambiente al que pertenecía y al que llegó años después de lo que debió llegar. Ese catolicismo, insisto,

inculcado a sangre y fuego, la marcó para siempre. Surge en sus narraciones. Abundan las referencias al Kempis, a las casullas y a las avemarías que pasan por las manos como collares de chorizos, al infierno atemorizante, aunque sus cuentos desarrollen una gran variedad temática. Algunos continúan vigentes, muchos como "El Correo" han sufrido embates del tiempo que jamás detiene su paso. Luego de los *emails,* pocos seres humanos van a establecimientos donde se sigue un ritual: alguien arrebata una carta, la pesa como si fuera pechuga de pollo y dictamina el número de estampillas necesarias para llegar a puerto. Ya no es indispensable buscar el agujero del buzón, interior, exterior y extemporáneo, que casi nadie atinaba a elegir antes de echar misivas en busca de su destino. Hoy basta apretar el botón de la computadora indicando enviar. ¿Qué sabía Pita Dueñas de la globalización? Sin embargo, esos textos se salvan gracias al humor que se detiene en cosas inadvertidas quizá por su aparente intrascendencia, por estar allí al alcance de cualquiera y ser parte de una realidad mexicana. Aún nos causan sorpresa y permanecen en órbita gracias a su factura narrativa. Así lo demuestra "Prueba de inteligencia". Ya no se escoge al personal bancario como se describe en esas páginas, las exigencias y las herramientas de trabajo han cambiado, pero la protagonista escapada del limbo sigue pareciéndonos graciosa y aún ejemplifica a las empleadas que encontramos por todas partes intentando ocupar puestos sin tener ninguna preparación.

Mientras vivió su papá fue rebelde frente a las normas piadosas. La contrariaba y hería verlo actuar como dictador en aquel matrimonio donde no había más voz que la suya, más religión que la suya, más Dios que el suyo, conservando una fe de profeta al estilo de Castilla la Vieja; como Isabel *la Católica* hubiera querido cristianizar a los ateos valiéndose de sablazos. Sin embargo, cuando murió, a Guadalupe le desgarró el alma su ausencia. Supo que le había inculcado un asidero firme. Mientras tanto, luego de los cuentos infantiles pasó a la lectura de los clásicos y, al morir ambos padres, adoptó el papel de matriarca con sus hermanos, que se casaron de un jalón, salvo Manolo, el único hombre, a quien le llevaba veinte años; lo quería entrañablemente, lo adoptó casi como hijo y lo favoreció cuando pudo hacerlo con sus relaciones políticas. Dos de sus hermanas se desposaron aún en tiempo de su madre, a los catorce y quince años, y veían en Guadalupe una suegrita incapaz de entenderlas ni de alegrarse asistiendo a fiestas o reuniones. Decía que no tuvo pretendientes porque le resultó imposible encontrarlos metida entre cuatro paredes y, con una cierta ironía característica, afirmó que ya no se usaba ser como las solteronas del XIX que aseguraban haber despreciado oportunidades

grandiosas. A ella nunca se le presentaron, a pesar de una serie de cualidades apreciadas en las señoritas decentes de su época: cantaba como su mamá, tocaba el piano, cosía, cocinaba y atendía a sus invitados admirablemente. Además, era graciosa, inteligente, guapa, con hermosos ojos tapatíos y manos bellas. Así solían mostrarla unos retratos que la captaban algo sobrevestida, con gargantillas de perlas y terciopelos ajustados a su armoniosa silueta. Después sobrecargaba su maquillaje. Después dejó de retratarse, abatida por el glaucoma, la cadera fracturada y la vejez.

En la juventud soñaba con un príncipe azul que nunca apareció y, al igual que muchos escritores, se refugió en los libros. Encontró en Ramón López Velarde al amante ideal: "Me gustas así, teñido de cuaresmas anacrónicas, de cilicios y de incendios, con labios repletos de oraciones y eróticas plegarias y de embriagadores éxtasis… Considérame tu viuda para poder llorarte",[9] pero sobre su verdadera vida amorosa guardaba absoluto silencio y, al revés de Pita Amor, que hacía gala de libertad sexual, siempre se ostentó como virgen. Sus pecados eran mentales. Jamás se glorificaban en la realidad. Eso no le impedía ser platicadora y contar anécdotas tremebundas de sus parientes. Hubiera podido contarlas de sí misma, y de hecho lo hacía.

Miguel Sabido comenta que lo llamó pidiéndole ayuda porque había un tigre debajo de su cama. Vivía enfrente, atravesó furioso, abrió la puerta con una llave que le habían confiado y se encontró a Guadalupe encogida, aterrada, con el rímel escurrido. Furioso le dijo que se imaginaba puras locuras sólo creíbles en sus cuentos; pero se agachó y efectivamente había un tigre agazapado, porque Manolo era cazador.

Para entender cabalmente las razones de su soltería, tendríamos que ahondar un poco. Quizá la marchitaron los problemas entre sus padres. Quizá "Mi chimpancé" o "Conversación de Navidad" (donde la protagonista sostiene relaciones con un casado que se excusa por no pasar la noche acompañándola) descubran algo en lo que nadie repara. Pero en casi ningún cuento aparece el amor correspondido, aunque al principio de su carrera algunos lo esbocen con sincera timidez y andando el tiempo lo describan como una locura que trastorna los sentidos y los comportamientos habituales y llega al asesinato de la persona amada. En un párrafo confesó: "Cultivo el sufrimiento con afán. Agonizo entre mis larvas cómodamente, sin admitir ideas que mitiguen mi infortunio. Cada mañana levanto la costra de mis llagas y me cercioro de su fertilidad; así que le hablo con rencor sobre mis celos".[10] Y se sabe que por algún asunto sentimental complicado vivió en los Estados Unidos año y medio en casa de unos parientes lejanos con quienes

tampoco se entendió. Decía: “Nunca me enfrenté al amor. El amor se enfrentó conmigo y me fue mal, como a todo el mundo. Pero ésa es una línea a la cual le tengo tirria. En mi vida ha sido negativa. Me equivoqué en tal forma, fui tan torpe, me desenvolví tan atrozmente, que borro esa hora como una vergüenza… porque nunca supe. En ese plan me aborrezco”.[11] ¿Quiénes fueron sus galanes fallidos, sus enormes equivocaciones? Quizá sus contemporáneos conocieron los nombres, ella pasó de largo el tema hasta que escribió “Serias disertaciones sobre el amor” tiñéndolo del mismo tono desencantado. Hubiera podido ser buena madre de familia pero se engañó a la hora de escoger pareja y el amor perdió su rostro y no pudo ser amada, lo cual la entristecía, y en sus conversaciones lo sacaba a relucir en todas las oportunidades posibles. También en sus historias. Estableció una identificación con “La señorita Aury” y dijo: “… se me parece algo, porque es bastante ex joven y por andar como perro sin dueño por esta isla desolada; ajena a la ternura de cuerpo y alma, tragándose por los rincones su soledad y sus lágrimas. Es natural que a ratos sueñe y procure ilusionarse con algún pasajero ducho en aventuras”.[12]

Su temperamento fuerte se le convirtió en una terrible contención parecida al odio. Así lo afirmaba en momentos de absoluta sinceridad, cosa que contravenía sus propósitos beatíficos y formaba parte de sus contradicciones. En *Antes del silencio,* 1991, su último libro de relatos en el que reunió veinte, y algunos son ensayos, el amor y los celos alcanzan pues una tensión capaz de llegar al crimen por venganza. Lo demuestran “La fuga” y “La leontina dorada”. Las relaciones sufrientes quedaron en “A destiempo”, donde los amantes se reencuentran al cabo de muchos años. Él está al borde de la muerte; ella rescata despojos de un hombre largamente idealizado secuestrándolo en su recámara para que muera cerca. Cuando esto sucede, abre la ventana y grita a los cuatro vientos: “Ha vuelto, me ama, está aquí”. Y con este final ambiguo no sólo describe lazos existentes en las parejas que se encuentran a destiempo, como relojes descompasados, sino que también pone el dedo en la llaga del capricho de uno por el otro y la preocupación por el qué dirán. “La cita” entra en un monólogo interior luego de haberse reunido con un festejante de su adolescencia que ahora tiene el cabello pintado, demuestra el esfuerzo que hace por mantenerse esbelto y es una caricatura de Don Juan. Su presencia real establece contrastes con las idealizaciones del pensamiento: “… el encuentro que añoró durante veinte años, ¡larguísimos millones de días, cataratas de horas, océanos de minutos!, sueño en el que se regodeaba cada noche, imaginando el estallido de sus corazones. ¡Todo hecho trizas

en la bufonesca cita!”[13] Finalmente, dijo despidiéndose de las pasiones:

> Los enamorados se sitúan en las márgenes del ridículo sin límites. Hablan en sueños incoherencias, se bañan en sudor, padecen fiebres, convulsiones, ataques de ira y posturas catalépticas. Frente al ser amado pierden facultades: ausentismo, engarrotamiento, mudez e incapacidad para expresar ideas. A la juventud le impide adquirir conocimientos y a los seniles les anticipa el sepulcro. Los acompaña la timidez y toda clase de parálisis. La aparición inesperada del amado los deslumbra como un disparo de *flash*.
>
> ¡Que nadie hable del amor correspondido! Esa zarandaja es otra clase de experiencia. Hablo sólo del trágico amor de los viandantes. No quiero escuchar a los que se creen dichosos, porque cierto o fingido me ponen al borde del infarto. Lo único maravilloso es no estar dentro de esa calentura, de la que, por favor del cielo, parece que ya voy saliendo.[14]

En los Estados Unidos estudió en una escuela de Los Ángeles. Se distinguía de su familia por tener afanes intelectuales y preferir el aislamiento debido a que sufría por “el quebrarse de las almas”: las desavenencias de sus padres que atestiguaba a cada momento. Fue una autodidacta que, de acuerdo con su propia confesión, brincaba de una cosa a otra sin demasiada constancia. A lo mejor hubiera sido también magnífica estudiante, pero el movimiento nómada de su familia le impidió hacer una carrera. Sólo tomó clases de literatura con Emma Godoy y asistió irregularmente a cursos en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Sin embargo, había empezado sus ejercicios literarios sin darse cuenta: desde muy temprano les contaba y leía a las sirvientas anécdotas mezcladas con invenciones. Cobraba de tres a cinco centavos y llegó a juntar hasta veinte personas que la escuchaban con mirada atenta. Acudían a oír sus dramatizaciones de un solo personaje. Luego escribiría poemas, “tal vez para vengarme de algo”. Tuvo el acierto de no publicarlos. Esa capacidad poética aparece en su prosa, en el manejo del lenguaje lleno de frases atinadas y ocurrencias que degüellan el lugar común. Otra versión del mismo asunto afirmaba que empezó a escribir en misa, mientras su papá ayudaba a celebrarla. A veces tenía que atender más de diez. “Mi papá no me obligaba por deseos premeditados. Se iba entusiasmando y yo era su única víctima”.[15] Los otros hermanos se salvaban. Como defensa, Guadalupe leía en la iglesia

y nada más se interrumpía en la consagración, porque eso sí le parecía mucha irreverencia. Después, allí mismo escribía siguiendo el consejo de alguien, pues había desarrollado una capacidad para narrar asuntos chistosos. Las naves del templo fueron sus salones de sueños y encontró comodidad al sentarse cerca de una ventana por donde entraba luz. Independientemente de esto llevaba un diario en el que nunca anotaba impresiones sobre Fulano o Perengano sino los dictados de su fantasía desbocada. ¿Se perdieron esos escritos de los que no se habla y que nos hubieran dado una ventana a su intimidad?

En 1954 Alfonso Méndez Plancarte, su maestro muy querido y recordado, le publicó un cuadernillo bajo el signo de la revista *Ábside,* donde fue colaboradora de planta, *Las ratas y otros cuentos.* Reunió "Mi chimpancé", "Los piojos", "El Correo" y el que da título a la plaqueta. Causaron interés por su originalidad; una manera distinta de ver las cosas. Esgrimía gran poder de observación. Se fijaba en los detalles y desarrollaba los asuntos con un lenguaje que se acercaba mucho a la prosa poética invitando a creer que lo más insólito es posible. Luego recogió estos primeros textos y aumentó otros a su primer volumen formal, hasta reunir veinticinco, *Tiene la noche un árbol* (1958), publicado por el Fondo de Cultura Económica como el número 41 de la colección Letras Mexicanas, dedicado a la memoria de Alfonso Méndez Plancarte y a Emma Godoy, el cual contiene una viñeta de Alberto Beltrán en la portada. La mayoría de las estructuras son lineales (emplea la primera y la tercera persona) y suele valerse de esos diálogos rápidos que aceleran la acción y en los que era muy diestra. Mereció el Premio José María Vigil (1959) en Guadalajara por considerársele el mejor libro del año. También triunfó en el concurso de la Editorial Novaro, pues captaba una visión irónica de lo circundante y hacía gala de una ingenuidad en la que había mucha travesura, pero además manifestaba el dolor de no realizar tareas que sobrepasaran el milagro diario de vivir. Evitó las confesiones íntimas y esbozó las autobiográficas, que simulaba tomarlas con humorismo aunque escondieran amargura. Uno de los mejores cuentos del género es "El moribundo", sobre un pariente que tomó partido en la Guerra Cristera, enfermó de tuberculosis, huyó de la cárcel y llegó a morir cerca de su familia. Está narrado desde la mirada de una niña llena de sentimientos encontrados, una niña que tal vez fue ella.

"El roce de la sombra", junto con otras muestras de su colección, anunciaba una tendencia a buscar caserones cerrados con personajes sumidos en un universo propio. Respetuosa de la escurridiza palabra justa, atinada para seleccionar elementos que

crean atmósferas decadentes, dejaba que la luz se filtrara entre los pliegues de los cortinajes corridos y apenas iluminaba objetos caros que atestaban habitaciones deshabitadas. La factura maliciosa, que intenta recordarnos la novela gótica con un sello de las Brontë, empieza con una huérfana llegando por tren al pueblo de San Martín. Lleva carta de la directora del hospicio donde creció y la esperanza de que las señoritas Moncada le den techo y abrigo. El principio se relaciona también con Henry James y esos recursos tan singulares de su narrativa sobre viajeros empeñados en presentar los antecedentes de las cosas. Desde ahí se prepara el desenlace dramático, castigo del azar. La protagonista será asesinada simplemente por haber sucumbido a su curiosidad. Escondida presenció unas celebraciones patéticas para las que no había sido requerida. "Protesta", en *Antes del silencio,* tiene este mismo ambiente opresivo igual que "Pasos en la escalera", "Girándula", "Las vacaciones de las señoritas Montiel" y "Todos los sábados". Abren puertas al miedo que la verdadera fe debería ahuyentar.

Nunca explicó sus intenciones estéticas, como no reveló las causas de su infortunio amoroso, sus desdichas ni sus anhelos literarios. Ese trabajo lo dejaba a sus lectores. Cuando le preguntaban sobre lo que había querido decir, por ejemplo, con "Los piojos", contestaba sólo que ese cuento perfecto mostraba un panorama de su crueldad interior; aunque tal vez su cuento más cruel sea "Los huérfanos", construido a base de diálogos y excelente por su economía, su fuerza y su final abierto que corta la respiración. Se regodeaba con situaciones tremebundas. Manejaba la elipsis y las frases certeras e incisivas, las enumeraciones, los adjetivos domingueros. Creía que los asuntos llegaban como un conejo y se escapaban de no pescarlos por las orejas y redactarlos en seguida. No tenía un método especial y jamás se consideró una escritora con oficio. Trabajaba para poner sus pensamientos en claro. Su lenguaje era el mismo con el que hablaba, natural y gratuito. En cambio, apostaba por la iluminación: "Creo en la gracia, en la chispa, en el talento, en el genio, en la lotería, en el soplo divino… con toda la cultura del mundo, no se escribe si no hay 'magia', un don regalado que no se adquiere en los libros, ni en las aulas…"[16] Jamás fue propiamente una autora de ideas. Como su padre a los gatos, cazaba lo que inoculaba su sensibilidad y lo convertía en relato, y estaba convencida de que todos los escritores hacían lo mismo: "… pensar por nuestra cuenta, tener un juicio sobre el mundo, una idea propia, es algo superior a nuestras fuerzas. Sólo poseemos una visión plástica, somos contempladores que permanecemos como las estatuas encantadas, sin movimiento… Cuando nos referimos a un hecho somos tan locales

como los tarahumaras". O: "El arte de escribir es el arte de ver y hacer ver a los demás lo que uno ve. Los grandes escritores han visto a los dioses, a los reyes y a los hombres, y esto es lo que son sus ficciones".[17]

El padre Méndez Plancarte la acercó a un grupo de valores connotados en ese momento. Con mayor o menor fortuna todos quedaron en nuestra literatura: Emma Godoy, su futura maestra, Efrén Hernández, Rosario Castellanos, Dolores Castro. Se dice que se juntaban en un café de chinos y que de vez en cuando llegaba José Gorostiza. Guadalupe lo admiraba sin reparos. Incluso tomó un verso de *Muerte sin fin* para titular su primer libro. Estuvo cerca de Juan José Arreola, quien debió de enseñarle mucho, el respeto por la palabra escrita y tal vez la parquedad. A lo mejor con Arreola, que seducía a sus alumnas, tuvo un coqueteo fugaz. De cualquier modo, le enseñó métodos estilísticos y le impuso la lectura de escritores que él mismo leía, Jorge Luis Borges o López Velarde, y la influyó en algunos títulos.[18] Guadalupe lo consideraba una especie de epidemia, un sarampión, un imán al que nadie podía sustraerse. En "Carta a un aprendiz de cuentos" acusa esa influencia en más de un sentido:

> Señorita escritora, le ruego que abrace el tema como abrazaría a su novio. Fíjese en los accidentes y en las repeticiones; juegan papel importante en la mecánica de la creación literaria. Pero no se entusiasme con los adjetivos, no los utilice sin necesidad. Si tiene suerte de encontrar el adecuado, éste tendrá un color incomparable. Pero hay que hallarlo.[19]

En *Imaginaciones* (1977) desoyó su propia recomendación y abundó en calificativos, en palabras y quizá en metáforas que sólo entienden los iniciados. Juntó treinta y tres estampas sobre escritores a los que estimaba, había tratado socialmente o conocido en reuniones literarias como las de Octaviano Valdés, que los domingos ofrecía mate a sus invitados. No olvidó las ayudas recibidas en su carrera. Méndez Plancarte aparece obsesionado por el latín y las letras. Podría decirse que los convocados a estas páginas, además de integrar la lista de sus lecturas, conforman el grupo de sus amigos respetados; algunos, como Horacio Quiroga o Katherine Mansfield, fueron sus maestros literarios, le señalaron rutas. A Quiroga lo describe en su lecho de muerte goteando sangre; a Katherine la pinta en el instante mismo de su tránsito, cuando se confunden la vigilia y el sueño, de regreso a Nueva Zelanda, a su escuela de Wellington, cerca de una condiscípula que la conducirá hacia caminos desconocidos. La estampa, hecha como

arete de filigrana, acusa una lectura detenida de los diarios y los cuentos de Mansfield, a quien le rinde este homenaje. Con Agustín Yáñez, también su maestro en un taller para señoras dirigido antes por Fausto Vega, al cual asistían Ángeles Mendieta Alatorre, Margarita López Portillo, Mercedes Manero, Carmen Andrade, Beatriz Castillo Ledón, Ester Ortuño y otras, escribió tres cuentos, ya mencionados, que además de opresivos andan por el rumbo de lo negro y desolado: "Pasos en la escalera", "Girándula" y "La extraña visita". Yáñez les dio su aval y muy probablemente usó sus influencias para publicar en Porrúa la antología *Girándula* (1978). En *Imaginaciones*, Lupita rescata a Yáñez aludiendo a su función política, gobernador de Jalisco, sin dejar de referirse a su obra novelística, que le había inspirado "Carta de Micaela", incluida en *No moriré del todo*.[20]

A Juan José le dedicó un texto metafísico y católico. Lo describió con su perfil renacentista, debatiéndose en su eterna lucha contra el ángel durante una cena ofrecida por Pita Amor a la que asistieron Cordelia Urueta y Rosario Castellanos. Aunque no todas estas estampas alcanzan la misma calidad, resultan interesantes para escudriñar sus pensamientos recónditos. Su tendencia hacia la brevedad la llevó a concebir ensayos a lo Charles Lamb y algunos de sus mejores textos, por ejemplo, "Digo yo como vaca". Y la hizo gustar de Julio Torri, también incluido en estos perfiles, identificándose con él por el aislamiento del soltero. Dijo en otra ocasión:

> Lo conocía como todos en este mundillo cultural mexicano, y me habían dado muy malas referencias personales suyas. Me conquistó cuando le llevé un ejemplar de mi libro *Tiene la noche un árbol*. Me ofreció un jerez magnífico hablando primero de los viñedos que procuraban materia prima para bebida tan extraordinaria. Me comentó:
>
> —Usted está asentada en otra galaxia; quisiera que platicáramos con frecuencia.
>
> Quedamos en comer juntos cada quince días, y mantuvimos el proyecto durante un año completo. Íbamos a diferentes restoranes franceses. Era un gastrónomo y siempre me dejaba elegir el menú. Yo gozaba con su presencia y con la comida. Le hablé sobre mi proyecto de escribir *Imaginaciones*. Antes de conocerlo lo retraté en el primer trabajo que integraría el volumen y era igualito a lo imaginado, un gnomo. Dijo que yo le parecía irreal, pues su cerebro no entendía mi entusiasmo por los alimentos.
>
> Nuestras entrevistas estaban llenas de risa. Siempre procuré

que lo más chispeante de mi persona permaneciera en juego. Mi otra correspondencia a su gentileza consistía en llevarlo hasta la universidad antes de su clase aunque ya estaba próximo a jubilarse. Por su parte me demostraba un profundo amor al subirse a mi coche. Mis cualidades como chofer son tan poco razonables que casi ningún amigo me hacía la deferencia. Cuando mucho una sola vez, luego les aterrorizaba la perspectiva. Sólo sé voltear a la derecha. Pienso que Torri jamás lo notó. Se extrañaba si algún tipo me decía: "¡Mamacita! ¿Por qué no te quedas en tu casa?" O cosas que no conviene a la decencia publicar. Torri creía que me galanteaban.

Cuando le enseñé la semblanza literaria que le hice me animó a que escribiera otras aunque deseaba que me ocupara de Xavier Villaurrutia o de algunos ateneístas a quienes no conocí. Recordaba las anécdotas más inesperadas sobre Jaime Torres Bodet y sobre muchos cuyo encanto no lograba embrujarme. A Torri le debo la información, a la cual aludo en un texto, de que Borges fuera inspector sanitario de aves comestibles. Sabía rarezas infinitas. Admiraba la inteligencia de Salvador Novo, le divertían los sonetos que enviaba a sus amigos cada Navidad. Para comentarlos conmigo suavizaba sus atroces groserías.[21]

Sobre su rutina diaria contaba:

> Me levanto a las cinco de la mañana y me gusta arreglar las cosas. Combino una melancolía de muerte con una capacidad para la risa que es de lo más sano. Nunca consulté psiquiatras (a pesar de las recomendaciones de mis seres cercanos), jamás tomé hongos alucinantes ni peyote, ni pastillas o calmantes o cosa alguna que se use para equilibrar. Aunque sin duda soy neurótica y temperamental, pero además emotiva y afectuosa. A pesar de estar triste, compro rosas, realizo labores caseras, voy al salón de belleza. Nunca me tiendo a morir, salvo en algunas crisis pasajeras que sufrí cuando no soportaba ya el aire ni la luz. Sin embargo reacciono pronto y me comporto como si fuera feliz, me río durante el día, invento chistes y me caigo en gracia.[22]

Reconocía, sin embargo, que ser chistosa profesional resulta peligroso, aunque poseía una visión cómica imposible de evitar. Se burlaba de sí misma y entonces hablaba de ignorancia, torpeza, fracaso y éxito. De alguna manera esa tendencia suya de mostrarse vivaz la llevó a escribir, comparada con las de José Revueltas o

Salvador Elizondo, una conferencia mediocre en *Los narradores ante el público,* segunda serie.

> Me han recomendado amigos que me estiman mucho y familiares muy allegados que siquiera en esta ocasión procure ser un poco seria, y guardar compostura y guardar mi acostumbrado rol de graciosa profesional, porque según dicen ya no está de moda ser chistoso. Esta última generación es muy seria, muy culta, muy formal. Muchos de los que dizque son algo en la literatura mexicana se han dedicado a hacer una crítica monosilábica, tal vez por el influjo oriental tan fuerte en estas fechas o por un destete prematuro que los obliga a tartamudear, camp, camp…pop, pop, tet, tet, cheche, mum…[23]

Tomó parte en los Viernes Poéticos organizados por el INBA y en charlas y conferencias de diversos centros culturales. Sus colaboraciones aparecieron en diferentes revistas, antologías y en los periódicos más importantes del país, Latinoamérica y España. Algunos de sus cuentos fueron traducidos para publicaciones extranjeras. Empezó a publicar tarde y terminó temprano. Aseguraba que era difícil encontrar un ímpetu pero ya en la corriente necesitaba grabadora en lugar de lápiz. No le preocupaba dejar de escribir aunque su obra propiamente artística sea reducida. Con gusto se hubiera mandado cartas como las de Petronio felicitándose por su esterilidad literaria. Por eso sus libros fueron de pocas páginas y salieron con bastantes años de distancia.

De 1961 a 1962 obtuvo la beca del Centro Mexicano de Escritores en su décima generación, que esta vez se hizo de la vista gorda respecto a su edad porque sobrepasaba los años que marcaban los estatutos. Recibió la beca el 10 de agosto. Y al día siguiente Margaret Shedd y Felipe García Beraza dieron un coctel para celebrar la recepción. Se la dieron por escribir cuentos, junto con Inés Arredondo, Miguel Sabido, en quien germinó entonces "Falsa crónica de Juana *la Loca*", Jaime Augusto Shelley, Gabriel Parra, Vicente Leñero, que durante ese lapso hizo *Los albañiles,* y con dos novelistas norteamericanos, Frederick Griscom y Daniel Eckereley. Pita era la estrella del grupo. Había publicado en el Fondo de Cultura Económica y, aparte de los relatos, propuso a la dirección del Centro escribir una novela de la que se conservó el manuscrito y del cual leyó parte en *Los narradores:* "Yo he pensado mucho en una novela que no he escrito totalmente sobre estas cosas, sobre el mundo interior y la experiencia de pasarlo a instancia pública, donde están las ideas, las inconformidades, los rencores como a punto de hervor: en el vientre del Estado. Quiero

hablar de cosas simples, sin piel, ni sudores, ni penumbrosas epidermis".[24]

Dejó inédito un manuscrito de casi doscientas treinta y nueve páginas con dos tipos mecanográficos, dos cuadernos y una interrogación ante la palabra novela. *Memorias de una espera* reúne varios personajes en la antesala de un ministro, al que, después de semanas interminables, sólo uno logra ver de espaldas comiendo en el Restaurante Prendes, en la calle 16 de Septiembre. Durante las antesalas se tejen suéteres, amistades, reuniones y borracheras. Abundan las frases atinadas y de buena concepción. Hace su autocrítica, incluso su propia caricatura, y sobre todo una radiografía implacable de la burocracia, una burla de los políticos entronizados e indiferentes a las necesidades del pueblo que recorre ventanillas, pasillos, llena papeletas, intenta sobornos con tal de cumplir algunos trámites. Inútilmente, el muro al que se enfrentan es demasiado corrupto e insalvable y los convierte en estatuas petrificadas. Guadalupe recurrió a sus obsesiones que ya había trabajado en "Teresita del Niño Jesús" o "Historia de Mariquita". Dejó relucir su estilo peculiar apoyado en la ironía, utilizó muchas enumeraciones. No describió paisajes ni se preocupó por crear atmósferas; pero se basó en diálogos ocasionalmente delirantes, en símiles con evocaciones católicas. Mónica, su protagonista principal, es una muchacha coqueta excesivamente maquillada que con frecuencia visita al padre Anselmo, director espiritual, para consultarle dudas sobre la fe, recibir reprimendas y dilucidar conceptos de alta teología. Vive preocupada por la virginidad, garantía exigida al contraer matrimonio, oscilando entre deseos de relacionarse con un casado y pruritos por salvaguardar una manera de ser mantenida hasta entonces. Describe modas y costumbres de los años sesenta. Encontró un final de película: su personaje sigue el camino abierto al porvenir, probablemente hacia la rutina. El largo aliento se le dificultaba y era sobre todo cuentista. Sin embargo, mantuvo el proyecto acariciando a una heroína que entendía el amor como clamores desoídos en medio de situaciones que no se realizaban sin que nada lo impidiera, salvo el destino. Era la historia de una de tantas muchachas que no encuentran pareja. Debía entregarla para su publicación en Joaquín Mortiz pero se retrasó indefinidamente con la idea de que necesitaba omitir algunos capítulos. Luego, supongo, entró en una depresión. Al parecer Mónica era su *alter ego,* de alma religiosa y mente mundana, viviendo donde no pasaba nada. Emmanuel Carballo dijo cosas que se ajustan a su obra en general pero sobre todo a esta novela suya:

> Confía en las sugerencias del lenguaje más que en la fuerza de los sucesos descritos; más que el proceso de la acción, busca el efecto de la frase, de la comparación, de la imagen. Más que referir anécdotas (historia), que buscar los resortes que las promueven y la finalidad que persiguen (trama) se solaza en la morosidad de las digresiones. Éstas valen más como tales que como afluentes que descargan su significación y sentido en la corriente principal […]
>
> El mundo de Guadalupe Dueñas oscila entre la aspereza y la ternura: es agridulce. Mitad realista y mitad simbólico. Estos dos planos no se contraponen, se complementan. El símbolo la ayuda para encararse con las abstracciones, para volverlas tangibles, sensibles.[25]

Y de alguna manera los símbolos emergen y caracterizan a estos personajes; algunos mueren durante la espera y sin excepción están condenados al infortunio. ¿Por haber nacido en un país equivocado donde los ciudadanos no tienen voz o porque se equivocaron desde el principio de su vida a la hora de escoger su destino? En la propia opinión de Guadalupe Dueñas su soltería no la dejaba comprender muchas cosas, los deleites de la maternidad (en su literatura los niños casi siempre son verdaderos monstruos) o las altas y bajas de una unión estable. “En mi caso, hombres no he visto y mujeres no me importan. ¿De qué quieren que escriba?”[26] Sin embargo, durante su beca fraguó parte de la colección que formaría *No moriré del todo* (1976), publicada dieciocho años después de su primer libro y donde incluye los tres cuentos que había escrito en el taller de Agustín Yáñez. Contiene veintitrés narraciones en total. Salió en la Serie del Volador de Joaquín Mortiz. Abundó en los personajes femeninos y mantuvo su mirada para capturar el entorno. Insistió en rescatar lo frágil de la dicha que se rompe de pronto dejándonos una sensación de espanto como si por momentos nos hubiéramos engañado y la auténtica realidad fuera el infortunio. Para contarlo utilizaba distintos matices que iban desde la risa al humor negro; un ejemplo esmerado es “Feliz año”. Estaba convencida de que en México casi siempre la crítica recibía con entusiasmo una publicación primeriza, pero se ensañaba con la segunda. En su caso no ocurrió así. Incluso la redacción de *El Rehilete* le pidió uno de sus cuentos, “La ira de Dios”, para su primer número, demostrando lo mucho que las jóvenes admiraban su quehacer. Lectores y críticos siguieron reconociéndola largamente; sin embargo, algo en ella la inclinaba a convencerse de que su literatura carecía de trascendencia. En “Yo vendí mi nombre” comenta una paulatina desaparición del panorama

cultural cuando la última letra de su apellido se esfumara en la neblina del tiempo.

Conocía a Ernesto Alonso, que producía al año doce telenovelas de cuarenta capítulos y siempre necesitaba escritores. Convocó a los becarios mexicanos para proponerles trabajo. Sólo Shelley no aceptó. Los demás se entusiasmaron con la idea de escribir episodios basándose en un cuento de la propia Pita, "Guía en la muerte", sobre recorridos por el túnel que conduce a las momias de Guanajuato. Esa galería alberga personajes diferentes, el ahorcado desertor, la enterrada viva por venganza, la novia que después de haber rezado novenas perseverantes cayó muerta el día de su boda, dos niñas vestidas de solferino y azul, la parturienta con el hijo colgando del cordón umbilical y los pechos repletos de leche congelada, el general suicida, la adúltera. De cada uno ampliarían su historia en diez capítulos de media hora. Al principio aceptaron escribir dos juegos de diez. Arredondo concibió, según dicen, una magnífica versión de Otelo, no incluida en sus obras completas. Miguel hizo una farsa para Carmen Montejo. Discutían proyectos, estructuras y capítulos después de las sesiones del Centro en Río Volga 3. La serie salió al aire bajo el título que le pareció al productor más comercial: *Las momias de Guanajuato*. Fue un éxito, y Guadalupe y Leñero escribieron cien capítulos más.

Siguió trabajando para la televisión, que consideraba un mal billete, pero le daba dinero, y concibió muchas historias posteriores. Conservaba ideas al respecto para explicar por qué en nuestro país no se producen cosas importantes. Jamás las expresó en letras de molde. Su bisabuela estuvo en la corte imperial y la inspiró con las figuras de Maximiliano y Carlota. Terminó el guión de una telenovela comentada en su momento. "La hice con honradez a toda prueba en una época de sufrimiento intensísimo", decía. No juzgaba a la pareja en su quehacer político sino con simpatía humana. Por la época de la telenovela le llegaron cartas, muebles y ropas que les pertenecieron, utilizó todos esos datos basándose en las fuentes más secretas que se puede imaginar. Logró construir un documento; sin embargo, los historiadores no lo tomaron en serio. Como muchas de nuestras viejas familias reaccionarias, tenía en su sala un retrato de Maximiliano, favorecido por el pincel del artista, con su mirada clara y su barba rubia. Lo conservaba desde siempre, era una herencia. Con el tiempo se empleó en la cinematografía como revisora de la moralidad de las películas, y realizó alrededor de treinta obras para la televisión, la mayoría basadas en sus cuentos y otras con temas históricos. Prestó sus servicios en el Instituto Mexicano del Seguro Social como asesora de las piezas de teatro presentadas por esa

dependencia.

Al finalizar el mandato presidencial de José López Portillo, por haberse involucrado con Margarita, hermana del mandatario que representó un papel rechazado por la sociedad, Guadalupe empezó a convertirse en enigma, escondía su paradero. Dio escasas cosas a la imprenta, no se dejaba ver en ningún lado y poco a poco fue olvidada por los lectores, tal como lo había presentido, y ahora sólo es recordada por especialistas y estudiosos que hacen tesis sobre ella.

Le pidió a su hermano que organizara una fiesta en el University Club, instalado en una mansión ubicada sobre el Paseo de la Reforma que en épocas lejanas la familia había habitado, para entregarle a sus amigos el libro *Antes del silencio* —donde todos los personajes son asesinados o se suicidan o desaparecen— y agasajarlos con champán y caviar bajo la promesa de que por fin la verían sin maquillaje. Diez meses después murió, el 10 de enero de 2002. Manolo falleció confesando abiertamente que sin Pita la vida no tenía sentido.

BIBLIOGRAFÍA

Las ratas y otros cuentos, bajo el signo de *Ábside,* Talleres de la Editorial Jus, México, 1954.

Tiene la noche un árbol, FCE, México, 1958.

VV. AA., *Confrontaciones. Los narradores ante el público,* segunda serie, INBA/Joaquín Mortiz, México, 1967, pp. 59-65.

"Pasos en la escalera", "La extraña visita", "Girándula", *Girándula,* libro colectivo con el aval de Agustín Yáñez, Porrúa, México, 1973, pp. 17-21, 77-79 y 139-144.

No moriré del todo, Joaquín Mortiz, México, 1976.

Imaginaciones, Jus, México, 1977.

Antes del silencio, FCE, México, 1991.

CUENTOS ANTOLOGADOS

"Carta a un aprendiz de cuentos", *Anuario del cuento mexicano 1959,* Departamento de Literatura-INBA, México, 1960, pp. 91-94.

"No moriré del todo", *Anuario del cuento mexicano 1960*, Departamento de Literatura- INBA, México, 1961, pp. 89-92.

"El ruiseñor y la rosa", *Anuario del cuento mexicano 1961*, Departamento de Literatura- INBA, México, 1962, pp. 94-96.

"Judit", *Anuario del cuento mexicano 1962*, Departamento de Literatura-INBA, México, 1963, pp. 130-134.

“Teresita del Niño Jesús” y “La señorita Aury”, *14 mujeres escriben cuentos,* selección y presentación de Elsa de Llarena, Federación Editorial Mexicana, México, 1975, pp. 115-123.

“La tía Carlota”, “La extraña visita”, *Cuentistas mexicanas del siglo XX. Antología,* introducción y notas de Aurora M. Ocampo, UNAM, México, 1976, pp. 99-105 (Nueva Biblioteca Mexicana).

“Al roce de la sombra”, *Atrapadas en la casa. Antología,* introducción y prólogo de Beatriz Espejo y Ethel Krauze, Selector, México, 1991, pp. 73-88.

1 Véase entrevista de Beatriz Espejo (BE) con Guadalupe Dueñas (GD) publicada en la revista *Kena*, 9 de marzo de 1966.

2 Guadalupe Dueñas, "Teresita del Niño Jesús", *No moriré del todo*, Joaquín Mortiz, México, 1976, p. 26. En esta edición, p. 142.

3 Entrevista de BE con GD, cit.

4 Entrevista de BE con GD, cit.

5 Guadalupe Dueñas, "Historia de Mariquita", *Tiene la noche un árbol*, FCE, México, 1958, pp. 23-27. En esta edición, p. 62.

6 Guadalupe Dueñas, "Topos uranos", *Tiene la noche un árbol*, *op. cit.*, p. 102. En esta edición, p. 114.

7 Entrevista de BE con GD, cit.

8 Guadalupe Dueñas, "La tía Carlota", *Tiene la noche un árbol*, *op. cit.*, p. 7. En esta edición, p. 51.

9 Guadalupe Dueñas, "Ramón López Velarde", *Imaginaciones*, Jus, México, 1977, pp. 47-48. En esta edición, pp. 234-235.

10 Guadalupe Dueñas, "Julio Torri", *Imaginaciones*, *op. cit.*, p. 12. En esta edición, p. 213.

11 Entrevista de BE con GD, cit.

12 Guadalupe Dueñas, "La señorita Aury", *No moriré del todo*, *op. cit.*, p. 101. En esta edición, p. 189.

13 Guadalupe Dueñas, "La cita", *No moriré del todo*, *op. cit.*, p. 99. En esta edición, p. 188.

14 Guadalupe Dueñas, "Serias divagaciones sobre el amor", *Antes del silencio*, FCE, México, 1991, p. 67. En esta edición, p. 321.

15 Entrevista de BE con GD, cit.

16 Guadalupe Dueñas, "¿Por qué escribo? ¿Para quién escribo?", en VV. AA., *Confrontaciones. Los narradores ante el público*, segunda serie, INBA/Joaquín Mortiz, México, 1967, p. 61. En esta edición, p. 498.

17 *Ibid.*, p. 63. En esta edición, p. 500.

18 Recuérdese, de Arreola, "Carta a un zapatero", "El sapo" y "Topos".

19 Guadalupe Dueñas, "Carta a una aprendiz de cuentos", *No moriré del todo*, *op. cit.*, p. 17. En esta edición, p. 136.

20 Guadalupe Dueñas, "Carta de Micaela", *No moriré del todo*, *op. cit.*, p. 117. En esta edi-ción, p. 199.

21 En Beatriz Espejo, *Julio Torri, voyerista desencantado*, Centro de Estudios Literarios-IIF- UNAM, México, 1986, pp. 103-104.

22 Entrevista de BE con GD, cit.

23 Guadalupe Dueñas, "¿Por qué escribo? ¿Para quién escribo?", en VV. AA., *Confrontaciones. Los narradores ante el público*, *op. cit.*, p. 59. En esta edición, pp. 496-497.

24 *Ibid.*, p. 65. En esta edición, p. 501.

25 Emmanuel Carballo, "Diario público", *El Día*, 12 de octubre de 1979.

26 Guadalupe Dueñas, "Por qué escribo? ¿Para quién escribo?", en VV. AA., *Confrontaciones. Los narradores ante el público*, *op. cit.*, p. 63. En esta edición, p. 500.

PRIMERA PARTE

OBRA PUBLICADA

PRÓLOGO
Al roce seductivo de Guadalupe Dueñas: con sus libros para toda la vida

PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI

Por fin, después de un olvido inmerecido, se reedita la obra de Guadalupe Dueñas, y la autora que proclamara que "no moriría del todo" —con esa ironía lúdica que la caracterizaba— vuelve a materializarse a través de la escritura. A sesenta y tres años de haber ingresado en el mundo de la literatura con *Las ratas y otros cuentos* (1954) y a más de medio siglo de la aparición de su primer libro, *Tiene la noche un árbol* (1958), Dueñas parece advertirnos que todo acontecer está regido por sus propios ciclos temporales y cada uno de ellos se cumple cuando llega el momento vital.

Escritora, censora cinematográfica, guionista de televisión, asesora de teatro, editora y amiga entrañable, Guadalupe (Lupita, Pita) Dueñas es, sin duda, una de las voces más innovadoras e irreverentes del siglo XX.

En 1964 Elena Garro le dijo a Carlos Landeros: "De las escritoras mexicanas me gusta mucho Lupita Dueñas como cuentista, porque tiene mundo propio. Creo que es la mejor cuentista mexicana".[1]

Hizo su aparición literaria cuando casi cumplía cuarenta y cuatro o cuarenta y seis años y tomó por sorpresa a sus contemporáneos. Como los grandes creadores que arrancan de las vivencias el retrato preciso de la condición humana, Guadalupe Dueñas llegó para quedarse.

LOS ORÍGENES Y EL LEGADO

Hija de Miguel Dueñas Padilla, seminarista y comerciante, y de Guadalupe de la Madrid Alatorre, prima hermana de Miguel de la Madrid Hurtado, ex presidente de México. Su padre era de ascendencia española e iba a ser sacerdote cuando a los veintiséis años viajó a Colima y conoció a una adolescente de trece años de origen libanés. El joven Dueñas colgó los hábitos. Al poco tiempo Miguel y Guadalupe contrajeron nupcias. La pareja procreó catorce hijos.

María Guadalupe Dueñas de la Madrid, segunda hija del matrimonio, nació en Guadalajara, Jalisco. Mariquita, su hermana mayor, a quien hiciera protagonista en uno de sus relatos más representativos, falleció recién nacida.

Su inescrutable fecha de nacimiento nos llevó a divagar en el sentido riguroso del término. A lo largo de su carrera consignó haber nacido el 19 de octubre de 1920, el año más recurrente en diccionarios, antologías y notas de prensa, aunque también se consignan 1907, 1908, 1917, 1918…

En un diálogo con su hermana menor, María de los Ángeles Dueñas de la Madrid, conocida en el ámbito familiar como *la Güera,* se revela el desasosiego de la polígrafa por ocultar su edad:

—*¿En qué año nació Lupita?*

—Nadie sabe en qué año nació Lupita. Ni mis hermanas ni yo. Unas veces me decía una cosa y hacíamos las sumas y no… Un día le dije: "Mamá Pita:[2] no es posible que no me digas bien tu edad. ¿Por qué a mí no me lo has de decir?" "Yo no tengo que decírselo a nadie, para qué se meten tanto." "Bueno, pues entonces, ese pasaporte que tú tienes, con esa edad, no es, Mamá Pita, no es posible." "Yo supe cómo hacerlo, y Gloria lo hizo, y Carmelita lo hizo…" Tuvieron un contacto en el gobierno, de un fulano loco, al que le hacían la barba, y les hizo los pasaportes y las actas de nacimiento del año que quisieron. Después se arrepentían de no haberle echado todavía menos… Yo creo que Mamá Pita nació entre 1908 y 1910. Eso es lo que yo creo. Coincidía mucho con eso. Pero a mí no me quiso decir. "Ay, no me fastidies. Tengo cien años. No tengo que decírselo a nadie." "Ay, Mamá Pita, ¿por qué eres así?" "No, no. Mira, mamita linda, déjame, eh, ya déjame mi vejez; tápala." Y mejor me daba lástima. Nunca me lo dijo. Y mis hermanas entre sí, tampoco lo sabían. Era un enredo la edad de mi familia. Se moría de la risa y acababa por enojarse. Ponle 1910, yo creo que eso era lo correcto.

—*El año de la Revolución mexicana…*

—Exactamente, la época de ella.

—*¿Nunca se registró a Lupita cuando nació… no hay un acta?*

—Mi papá, nacían, y se las llevaba a la casa. Nadie tuvo papeles. Mi papá era un desastre. Las dejó a todas pelonas. No las registraba. Luego para las escuelas le pedían las actas… yo me acuerdo que siempre traían una lucha, que iban a traer una copia… burradas de familia…

—*Para el año de nacimiento de Mamá Pita, estoy pensando ponerle entre 1908-1910, ya que no hay certeza. ¿Qué opinas?*

—Ponle 1908, ésa es la verdad. Porque Mariquita yo creo que

nació antes de 1907, como en 1906…[3]

De acuerdo con su sobrina María Teresa, quien vivió con la autora desde los dos años hasta su deceso: "Te comento que esto de la fecha de nacimiento nunca ha estado bien claro; siento que lo más cercano es lo que siempre declaró ella misma: 1910. Tengo su acta de nacimiento y su fe de bautismo; recuerda que fue registrada ya de adulta y ambas actas tienen la fecha de 1917".[4]

Esta inexactitud pudo haber estado determinada por dos factores: uno, era típico de la época que las mujeres se quitaran los años, y el otro quizá obedezca a que su carrera como escritora comienza con la publicación de *Las ratas y otros cuentos* (1954), cuando era una mujer madura, rodeada de escritores jóvenes. Por su cosmovisión y estilo de vida, alejada de las actitudes mundanas de los círculos literarios, los intelectuales que dirigían la cultura —impregnados del paternalismo de la sociedad falocéntrica mexicana, reforzado éste por el candor de Lupita— le daban trato de "niña" o de mujer joven y literata principiante.

Sobre el año de su nacimiento aún persiste el misterio que creó a través de su imaginario, sin olvidar que Mamá Pita le confesó a María Teresa haber nacido en 1910. Lo demás discurre en el personal *divagar* de Guadalupe Dueñas, es decir, lo contrario al significado estricto de la palabra: ella es exacta, por eso su obra la coloca en el espectro de las grandes cuentistas en lengua española. En la vida y en su obra disecciona como con un escalpelo los lastres de la sociedad, siempre bajo el hechizo de la poesía.

Sus primeros textos aparecen en la revista *Ábside* en 1954, y ese mismo año se imprimen en una *plaquette* bajo el título *Las ratas y otros cuentos.*[5]

Cuatro años más tarde obtiene el primer lugar en el concurso de cuentos Aventura y Misterio creado por la Editorial Novaro, con su relato "Al roce de la sombra". Este suceso, poco difundido en su biografía, forma parte relevante de sus logros. El periódico *Novedades* no sólo anunció el galardón en el verano de 1958, también señala que "será incluido en su próximo libro de cuentos que publicará el Fondo de Cultura, con el título de *Tiene la noche un árbol* y que saldrá a la venta"[6] en esos días.

El gobierno del estado de Jalisco le concede el Premio José María Vigil (1959) por *Tiene la noche un árbol* (1958), donde reúne sus narraciones inéditas y las ya publicadas en periódicos y revistas. La primera edición abre con estas dedicatorias:

> *A la memoria de*
> *Alfonso Méndez Plancarte*

A la maestra
Emma Godoy

Éstas desaparecen en la segunda edición (Fondo de Cultura Económica, México, 1968 —Colección Popular, núm. 91—), así como en las reimpresiones de esta misma colección (1973 y 1979). Tampoco se recogen en la edición del Fondo y de la Secretaría de Educación Pública en Lecturas Mexicanas (México, 1985, núm. 82). En esta edición se recuperan estas dedicatorias.

En 1976 compila un nuevo volumen de cuentos, *No moriré del todo*, y en 1977 da a conocer sus *Imaginaciones,* un muestrario de semblanzas sobre autores, escritoras, intelectuales y poetas. Después viene otra larga pausa. Habrá que esperar hasta 1991 para abordar su tercero y último libro de cuentos, *Antes del silencio*.

A simple vista, pareciera que su legado literario se reduce apenas a estos cuatro compendios. En el ámbito cultural siempre se hace referencia a su escasa producción, pero al acercarnos a ella descubrimos a una autora prolífica, diversa e inagotable. Corrimos un velo y se desató la "avalancha", revelándose su compulsión por la palabra escrita y su compromiso por la difusión de la cultura en México. Lupita Dueñas no sólo es la polígrafa de estos cuatro volúmenes, también fue poeta, recurrió a la reescritura de algunos de sus cuentos a través de diferentes versiones, hizo reseñas, una novela y un sinfín de guiones para la televisión. Fue promotora, editora y columnista de la revista *Kena,* escenario donde apoyó la educación de la mujer en los años sesenta en la misma línea de sor Juana y Antonieta Rivas Mercado.

Su reducida, pero sustanciosa, producción cuentística configura la literatura clásica universal; basta recordar "Historia de Mariquita", "Las ratas", "El moribundo", "Zapatos para toda la vida", "La tía Carlota", "Al roce de la sombra", "La dama gorda", "No moriré del todo" y "Antes del silencio".

Pocos escritores como Dueñas saben encapsular los hechos en símbolos, transformar las palabras para restituirles su sentido original, de ahí que sus narraciones sucintas estén repletas de imágenes y sean alegorías o nítidos espejos que reflejan con precisión todos los males, todas las aristas de la naturaleza humana que obstaculizan la presencia de un mundo mejor.

Su producción se distingue por la brevedad de su expresión artística, por el manejo riguroso de lo esencial; lo vital. Guadalupe Dueñas no precisa llenar páginas y páginas para llegar al meollo del asunto. Con un lenguaje mínimo, revela los prejuicios, las injusticias, los males que corroen a la sociedad. Es la escritora de la actitud desenfadada, la del peculiar sentido del humor que desemboca en los

dominios del humor negro; la del estilo conciso de exquisita belleza, en cuyos mundos misteriosos y desolados expone la condición humana, como un Quevedo, un Balzac, un Edgar Allan Poe, una Marguerite Duras o una Doris Lessing.

Y así como sorprendió con su súbita aparición en la cultura nacional a mediados de los años cincuenta, con esa mirada cáustica nada peculiar en nuestras letras, también conmovió su silencio en las últimas dos décadas de su existencia. La noticia escueta sobre su deceso aparecida en algunos diarios del país nos desconcertó el 10 de enero de 2002. A mí siempre me asombró el olvido y la marginación padecidos por esta ilustre escritora nuestra.

OBRA PUBLICADA

Libros

La primera parte de este volumen agrupa sus cuatro libros en orden cronológico: *Tiene la noche un árbol* (1958), *No moriré del todo* (1976), *Imaginaciones* (1977) y *Antes del silencio* (1991). Estos títulos son el sello de su identidad.

Hemerografía

Antes de que sus primeros cuentos aparecieran en el Fondo de Cultura Económica a finales de los años cincuenta, Dueñas había publicado diversos relatos en revistas y periódicos (1954-1957), así como en una colección artesanal (1956). En cuanto a las semblanzas compiladas en su libro *Imaginaciones* (1977), divulgó varias de ellas desde 1959.

La sección hemerográfica busca recuperar parte de ese material. Se reeditan algunos cuentos que aparecieron en publicaciones periódicas antes de adquirir su versión definitiva en *Tiene la noche un árbol* (1958) y *No moriré del todo* (1976), para ver a la polígrafa en su preocupación por alcanzar un estilo depurado. Como señaló Raúl Cáceres Carenzo, Dueñas es el prototipo de la "escritora inclinada sobre los trabajos y los días del lenguaje".[7] Este rescate nos enfrenta a su proceso creativo; la observamos combatiendo con las palabras, las frases, la estructura, los finales.

El acervo incluye, entre otros, "Diplodocus sapiens" (*Ábside,* 1955) y "Juicio Final" (*Revista Mexicana de Literatura,* 1957), este último una versión distinta de "Y se abrirá el Libro de la Vida" en *Tiene la noche un árbol* (1958). Estas dos narraciones no se recogieron en ninguno de sus tres libros de relatos.

De este grupo sobresale “Zapatos para toda la vida” (*Universidad de México,* 1957), pues originalmente concibió en un solo relato lo que después sería “Topos uranus” y “Zapatos para toda la vida” en *Tiene la noche un árbol*.

Gracias a esta recuperación advertimos su interés por incorporar a la mujer en la literatura. Primero publicó “Carta a un aprendiz de cuentos” (1960), dirigido a un lector, pero al publicarlo en su libro *No moriré del todo* (1976) cambia el objeto masculino por el femenino: “Carta a una aprendiz de cuentos”.

Lectora asidua, Lupita Dueñas no podía dejar de consignar sus apreciaciones sobre aquellas lecturas que iban haciendo mella en su espíritu. Su quehacer como autora de reseñas forma parte de esta sección, así como su papel de promotora, editora y columnista de la revista *Kena* durante el periodo de 1963-1970.

De acuerdo con María Eugenia *Kena* Moreno, fundadora y directora general de la revista:

> *Kena* nació en 1963 y el equipo se integró con Margarita Michelena, como jefa de Redacción, y como colaboradoras Emma Godoy, Rosario Castellanos, María Luisa Mendoza, Lupita Dueñas, Dolores Castro, Alaíde Foppa, entre otras muy distinguidas intelectuales. En aquel entonces, la lectora requería que el contenido de *Kena* la impulsara a estudiar, a trabajar, a ser autosuficiente, y las colaboraciones cumplían con este objetivo.
>
> *Kena* nunca ha publicado ningún texto que deteriore la imagen de la mujer, ya que nuestra misión ha sido siempre apoyar la superación femenina.[8]

Desde el 15 de marzo de 1963, fecha en que se emite el primer número de la revista, Dueñas aparece como “Editora de la sección literaria”, clasificada en el índice con el título “Para su cultura”. Dentro de esta sección, además de editora, tiene varias columnas de su autoría: “Las grandes amantes de la realidad y la ficción”, “Sección poética”, “Ellas en la historia”, “Poesía” y “Los grandes personajes de la humanidad”. Aunque ciertos textos no tienen su firma, se los atribuimos a Guadalupe Dueñas (sin dejar de considerar el beneficio de la duda) por la inconsistencia con que algunos de estos materiales presentan su nombre y otros no en las mismas columnas, y por la similitud en el estilo y el tratamiento de los temas. Por lo general, son pocos los artículos firmados en los primeros años de la revista.

De este conjunto llama la atención que la única vez que se exhibe una fotografía de la autora sea en la nota dedicada a Ramón López Velarde, el poeta con quien tanto se identificó. A Elena Poniatowska le respondió:

—*¿A quién te gustaría plagiar?*

—¿Plagiar? ¡Ésas son cosas que se hacen sin querer! Pero para ser muy mexicana, tal vez a López Velarde.[9]

Su último texto data del 1º de octubre de 1964. Lo anterior se debe a que la "Sección literaria" o "Para su cultura" se suprime el 15 de diciembre de 1964, y se fusiona con la sección denominada "Varios". Las columnas de su autoría se eliminan. Sin embargo, Dueñas siguió fungiendo como editora literaria. El 1º de enero de 1970 solamente se le cambia el título de "editora" por el de "colaboradora" en el directorio de la revista.

Hacia finales de 1964 ya no escribe, pero todo parece indicar que tuvo a su cargo la selección de cuentos y novelas durante los siete años y medio que trabajó en *Kena*, etapa encomiable en que se dedicó a formar e iluminar las conciencias femeninas. De este material, únicamente siete de los cuentos registran el crédito "Selección de Guadalupe Dueñas". Se citan sólo estos últimos en la hemerografía —ya que la lista es bastante extensa— como muestra de algunos de sus gustos e intereses literarios.

El 1º de octubre de 1970 desaparece como colaboradora. Cierra su prolífico y valioso ciclo en *Kena*.

A Emma Godoy la unió su amor por las letras y una entrañable amistad. Cursó literatura e historia del arte con ella, y bajo su dirección publicó sus primeros relatos en la revista *Ábside* (1954). Además de haberle dedicado *Tiene la noche un árbol*, junto a su también mentor, el padre Alfonso Méndez Plancarte, se unió al homenaje que le rindió *Ábside* en 1974 con su texto "La locura de Emma".

GUADALUPE DUEÑAS POR GUADALUPE DUEÑAS

Emmanuel Carballo antologó "Historia de Mariquita" en el tomo I de sus *Cuentistas mexicanos modernos* (noviembre de 1956). El compilador les hizo dos preguntas a cada uno de los autores: "¿Por qué escribe?" y "¿Para quién escribe?" Se recoge la respuesta de Lupita Dueñas de acuerdo con el original mecanografiado, protegido en su archivo personal. Es la misma que aparece en el florilegio de Carballo, con excepción de la cita de Valéry que coloca al final del texto.

Antonio Acevedo Escobedo, jefe del Departamento de Literatura del Instituto Nacional de Bellas Artes (1959-1971), organizó dos series de charlas con algunos escritores cuya intención consistía en acercar a éstos con sus lectores. Ambas tuvieron lugar en la Sala Manuel M.

Ponce del Palacio de Bellas Artes. La primera se llevó a cabo en 1965 y la segunda al año siguiente. La de nuestra autora se realizó el 8 de julio de 1966. Su coloquio —una autobiografía muy *sui generis*, muy Lupita Dueñas— se publicó en *Ábside* ese mismo año bajo el título "Autopresentación", y después se recogió en el libro *Confrontaciones. Los narradores ante el público* (INBA/Joaquín Mortiz, 1967). Con cambios mínimos, se recupera esta última.

MISCELÁNEA

Guadalupe Dueñas fue becaria del Centro Mexicano de Escritores en la promoción de 1961-1962 con el proyecto de elaborar su única novela, *Memoria de una espera*. En este periodo coincide con Inés Arredondo, Vicente Leñero, Miguel Sabido, Jaime Augusto Shelley, Gabriel Parra y con dos novelistas norteamericanos, Frederick Griscom y Daniel Eckereley.

Al término del subsidio, la televisión pasó a ocupar un papel importante en su vida creativa. Así lo narró su amigo y compañero de aventuras y desventuras, Vicente Leñero:

> Cuando concluyó la beca… Guadalupe Dueñas nos ofreció una chamba como salvavidas. Se trataba de escribir telenovelas para Ernesto Alonso en Telesistema Mexicano. Gabriel Parra y Jaime Augusto Shelley dijeron no de inmediato. Aceptamos: Inés Arredondo, Guadalupe Dueñas por supuesto, Miguel Sabido y yo. De inmediato fuimos con Ernesto Alonso a su casa de las Campanas, atrás de la iglesia del Carmen de San Ángel. El proyecto consistía en escribir en episodios una serie inspirada en el cuento de Pita Dueñas, "Guía en la muerte", donde un fantasmagórico cancerbero del museo de las momias de Guanajuato cuenta a los turistas la historia de cada uno de los cadáveres desecados. Nosotros inventaríamos esas historias en diez capítulos de media hora.[10]

Entre 1962-1963 ingresa al sector de Telesistema Mexicano y se convierte en guionista para la televisión. Aquí comienza su larga carrera como creadora de telenovelas. Trabajó bajo la dirección de Ernesto Alonso durante los años sesenta, tratando de hacer programas de alto nivel educativo y literario. Adaptó leyendas de México y de otros países, obras de Shakespeare, Faulkner, Edgar Allan Poe, Henry James y Stendhal, y también escribió telenovelas históricas.

En su archivo personal se preservó su adaptación del cuento "La

gallina degollada" de Horacio Quiroga. Aunque no se publicó de manera impresa, se difundió en la televisión, por lo que se recobra en este apartado para atesorar su labor como libretista.

Dos de sus series reconocidas son *Las momias de Guanajuato* (1962) y *Carlota y Maximiliano* (1965). Sobre esta labor habló en la entrevista con Beth Miller, realizada el 29 de julio de 1976:

—*También has escrito mucho para la televisión.*

—Sí, he escrito para la televisión, pero es que soy un poco avergonzante. La televisión representa una gran posibilidad para un día llegar a hacer una literatura formal absoluta. Pero hasta ahorita, no creo que se pueda. Pasará mucho tiempo para que se eduque al público en la belleza del lenguaje. Ahorita, todavía está muy primario el gusto del gran público que sólo acepta que se le diga con palabras y frases trilladas asuntos románticos totalmente baladíes y de lo más bobos. Hay un cliché infernal, infame, que nadie rompe. Diría uno que todas las historias de amor son iguales. Todas son iguales, pero sin embargo tenemos *Romeo y Julieta* y tenemos *Love Story*, que dentro de las mismas cosas rompen los estereotipos, y con un sentido de belleza y de delicadeza infinita y de hermosura espiritual. Todo puede elevarse.

—*¿Es cierto que has escrito treinta telenovelas?*

—Más de treinta, y casi todas tratando de levantar el gusto y la calidad literaria. He hecho muchísimas leyendas y realmente de eso no estoy apenada. Estoy apenada de las historias románticas que no dan la medida de lo que sueño hacer. Las leyendas de México son sumamente bellas; tienen un encanto y una fantasía increíbles y van mucho con mi temperamento artístico. He hecho muchas leyendas de México y de otros países. También he hecho cosas históricas, como *Carlota y Maximiliano*, de toda una época de México, tratada con veracidad hasta donde es posible. Leí más de veinte libros para información a fin de hacer una cosa que sirviera para las escuelas más adelante.

—*¿Y se usa actualmente* Carlota y Maximiliano *en las escuelas?*

—No fue aceptado porque mi ideología no corresponde a la oficial. Yo quería hacer historia, no política; yo creía que se podían plantear las cosas históricas tal y como sucedieron, sin importarnos si en algún momento fue traidor tal o cual grupo de mi misma patria. Pero eso no es siempre fácil porque en estas materias se atraviesan cuestiones políticas y cívicas. Yo creo que en mi país tienen razón en tener reservas sobre estas cosas históricas, manejadas con romanticismo.

—¿Carlota y Maximiliano *fue una serie larga?*

—Fue una serie muy larga, la primera telenovela a colores que

> se hizo en México. Tuvo tan gran resonancia que la compraron en Austria. Pienso que, conociendo ellos perfectamente la historia de un antepasado, podían haber tenido reservas, pero no, porque basé la obra en datos históricos tomados de libros clásicos y autorizados de diferentes autores nacionales y extranjeros, de opiniones diversas. Quizá tomaba yo partido, hasta cierto punto, no a favor del imperialismo, como me quieren hacer cargar, sino a favor de un espíritu selecto y maravillosamente fino, que era el de Maximiliano, cuya visión patriótica y amorosa de México no fue comprendida por motivos políticos.[11]

En el ya citado archivo personal de Guadalupe Dueñas también se conservó un texto titulado "La princesa fantasma de Europa", que se publicó en algún rotativo. Por desgracia no se guardó la fuente hemerográfica y no fue posible ubicar su impresión. Debido a que la portada presenta una fotografía de la telenovela *Carlota y Maximiliano*, protagonizada por María Rivas y Guillermo Murray, asumimos que estos apuntes formaron parte de su investigación para el argumento televisivo, por lo que se incluyen en esta sección.

En su obra *Julio Torri, voyerista desencantado* (1986), Beatriz Espejo le rinde tributo al humanista y escritor coahuilense. En su empeño por complementar el carácter de este personaje excepcional, entrevistó a varios intelectuales que lo conocieron, entre ellos a Guadalupe Dueñas. Ese testimonio conforma el imaginario de Lupita y de este volumen.

Cierran esta primera parte las palabras de una escritora a otra; de la tía a la sobrina que publica un libro y aquélla lo "avala", como años atrás lo había hecho con ella su maestro y amigo, Agustín Yáñez. Dueñas inicia su texto en *Ocurrió en un… pensamiento* (1995) de Luz María Díaz Dueñas con la misma lección que le había enseñado don Alfonso Reyes, otro de sus mentores: "Por nada del mundo me gustaría apagar el braserito de nadie…"

PORQUE NO MORIRÁ DEL TODO…

He aquí a la humanidad bajo la lupa de una de las escritoras más incisivas, líricas y originales de la literatura contemporánea: Guadalupe Dueñas y sus cuentos, ensayos, divagaciones, semblanzas, autobiografía…, porque no existe mejor reconocimiento que volver a escucharla, que volver a leer esa manera acerada de discernir que la caracteriza y universaliza.

Su cosmos literario no defraudará al lector marcado por la

curiosidad, al que guste de viajar a las zonas subterráneas de la condición humana llevado de la mano por un lenguaje tan poético como aterrador, por un "sentido del humor a lo José Guadalupe Posada", al decir de Elena Poniatowska.[12]

Lupita Dueñas nos guarda otras sorpresas en la segunda parte de este volumen.

Enero de 2017

1 Carlos Landeros, “Con los recuerdos de Elena Garro”, *El Día*, 9 de abril de 1964, p. 9.

2 Lupita Dueñas se autonombró Mamá Pita cuando sus sobrinas Guadalupe y María Teresa de la Cueva Dueñas (hijas de *la Güera*) se fueron a vivir con ella. Y así la llamaron siempre. De pronto algún otro sobrino también le dijo Mamá Pita, convirtiéndose en uno de sus nombres en el entorno hogareño. (Con información de María Teresa.)

3 Entrevista de Patricia Rosas Lopátegui con María de los Ángeles *la Güera* Dueñas de la Madrid (31 de marzo-abril de 2012).

4 Entrevista de Patricia Rosas Lopátegui con María Teresa de la Cueva Dueñas (28 de diciembre de 2012).

5 “Las ratas”, “El Correo”, “Los piojos”, “Mi chimpancé”, *Ábside. Revista de Cultura Mexicana*, XVIII-3, julio-septiembre de 1954, pp. 337-349. *Plaquette*: *Las ratas y otros cuentos*, bajo el signo de *Ábside*, Talleres de la Editorial Jus, México, 20 de agosto de 1954, 15 pp.

6 “La cuentista Guadalupe Dueñas”, *Novedades*, 15 de junio de 1958, p. 16.

7 Raúl Cáceres Carenzo, “Árbol de sombra, árbol asombro”, *El Nacional*, segunda parte de la primera sección, 25 de noviembre de 1969, p. 11.

8 Entrevista de Patricia Rosas Lopátegui con María Eugenia *Kena* Moreno (24 de septiembre de 2012).

9 Elena Poniatowska, “4 escritoras mexicanas”, *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades*, núm. 414, 24 de febrero de 1957, p. 4.

10 Vicente Leñero, “Lo que sea de cada quien: ‘El huésped’ de Guadalupe Dueñas”, *Revista de la Universidad*, núm. 46, enero de 2007, p. 106.

11 Beth Miller, “Guadalupe Dueñas”, *26 autores del México actual*, B. Costa-Amic Editor, México, 1979, pp. 160-161.

12 Elena Poniatowska, “Las escritoras mexicanas calzan zapatos que les aprietan”, Los Universitarios, núms. 58-59, 15-31 de octubre de 1975, pp. 2-4.

Escribir significa para mí satisfacer una necesidad: liberarme de un caos de imágenes internas imponiéndoles el orden de la palabra y plasmándolas en un mundo cuya coherencia deriva de leyes propias.

Quien encuentre en mis escritos un exceso de fantasía podrá pensar que por medio de ella estoy tratando de fugarme de la realidad cotidiana. Ciertamente es una fuga; pero encima de eso, es buscar acercarme a otra realidad más verdadera, más mía.

GUADALUPE DUEÑAS

I
Libros

Tiene la noche un árbol

A la memoria de
Alfonso Méndez Plancarte

A la maestra
Emma Godoy

La tía Carlota

Siempre estoy sola como el viejo naranjo que sucumbe en el patio. Vago por los corredores, por la huerta, por el gallinero durante toda la mañana.

Cuando me canso y voy a ver a mi tía, la vieja hermana de mi padre, que trasiega en la cocina, invariablemente regreso con una tristeza nueva. Porque conmigo su lengua se hincha de palabras duras y su voz me descubre un odio incomprensible.

No me quiere. Dice que traigo desgracia y me nota en los ojos sombras de mal agüero.

Alta, cetrina, con ojos entrecerrados esculpidos en madera. Su boca es una línea sin sangre, insensible a la ternura. Mi tío afirma que ella no es mala.

Monologa implacable como el ruido que en la noria producen los chorros de agua, siempre contra mí:

—… Irse a ciudad extraña donde el mar es la perdición de todos, no tiene sentido. Cosas así no suceden en esta tierra. Y mira las consecuencias: anda dividido, con el alma partida en cuatro. Hay que verlo, frente al Cristo que está en tu pieza, llorar como lo hacía entre mis brazos cuando era pequeño. ¡Y es que no se consuela de haberle dado la espalda! Todo por culpa de ella, por esa que llamas madre. Tu padre estudiaba para cura cuando por su desdicha hizo aquel viaje funesto, único motivo para que abandonara el seminario. De haber deseado una esposa, debió elegir a Rosario Méndez, de abolengo y prima de tu padre. En tu casa ya llevan cinco criaturas y la "señora" no sabe atenderlas. Las ha repartido como mostrencas de hospicio. A ti que no eres bonita te dejaron con nosotros. A tu tía Consolación le enviaron los dos muchachos. ¡A ver si con las gemelas tu madre se avispa un poco! De que era muy jovencita ya pasaron siete años. No me vengan con remilgos de que le falta experiencia. Si enredó a tu padre es que le sobra malicia… Yo no llegaré a santa, pero no he de perdonarle que, habiendo bordado un alba para que la usara mi hermano en su primera misa, diga la deslenguada que se lo vuelvan ropón y pinten el tul de negro para que ella luzca un refajo…

Por un momento calla. Desquita su furia en las almendras que remuele en el molcajete.

Lentamente salgo, huyo a la huerta y lloro por una pena que todavía no sé cómo es de grande.

Me distraen las hormigas. Un hilo ensangrentado que va más allá de la puerta. Llevan hojas sobre sus cabellos y se me figuran señoritas con sombrilla; ninguna se detiene en la frescura de una rama, ni olvida su consigna y sueña sobre una piedra. Incansables, trabajan sonámbulas cuando arrecia la noche.

Atravieso el patio, aburrida me detengo junto al pozo y en el fondo la pupila de agua abre un pedazo de firmamento. Por el lomo de un ladrillo salta un renacuajo, quiebra la retina y las pestañas de musgo se bañan de azul.

De rodillas, con mi cara hundida en el brocal, deletreo mi nombre y las letras se humedecen con el vaho de la tierra. Luego escupo al fondo hasta que ya no tengo saliva. Me subo al pretil y desde allí, cuando la cortina de lona que libra del calor al patio se asusta con el aire, distingo la sotana de mi tío que va de la sala a la reja. Una mole gigante que suda todo el día, mientras estornudos formidables hacen tambalear su corpulencia.

Sobre sus canas, que la luz pinta de aluminio, veo claramente su enorme verruga semejante a una bola de chicle. Distingo su cara de niño monstruoso y sus fauces que devoran platos de cuajada y semas rellenas de nata frente a mi hambre.

Hace mucho que espera su nombramiento de canónigo. Ahora es capellán de Cumato, la hacienda de los Méndez, distante cinco leguas de donde mis tíos radican.

Llevo dos horas sola. De nuevo busco a mi tía. No importa lo que diga. Ha seguido hablando:

—… Podría haber sido tu madre mi prima Rosario. Entonces vivirías con el lujo de su hacienda, usarías corpiños de tira bordada y no tendrías ese color.

Rosario fue muy bella aunque hoy la mires clavada en un sillón… Pero todo vuelve a lo mismo. El día que llegaste al mundo se quebró como una higuera tierna. Tú apagaste su esperanza. En fin, ya nada tiene remedio…

Silenciosamente me refugio en la sala. El Cristo triplica su agonía en los espejos. Es casi del alto de mi tío, pero llagado y negro, y no termina de cerrar los ojos. Respira, oigo su aliento en las paredes; no soy capaz de mirarlo.

Busco la sombra del naranjo y sin querer regreso a la cocina. No encuentro a tía Carlota. La espero pensando en “su prima Rosario”: la conocí un domingo en la misa de la hacienda. Entró al oratorio, en su sillón de ruedas forrado de terciopelo, cuando principiaba la Epístola. La mantilla ensombrecía su chongo donde se apretaban los rizos igual que un racimo de uvas.

No sé por qué de su cara no me acuerdo: la olvidé con las golosinas servidas en el desayuno; tampoco puse cuidado en la insistencia de sus ojos, pero algo me hace pensar que los tuvo fijos en mí. Sólo me quedó presente la muñequita china, regalo de mi padre, que tenía guardada bajo un capelo como si fuera momia. Le espié las piernas y llevaba calzones con encajitos lila.

Mi tía vuelve y principia la tarde.

La comida es en el corredor. Está lista la mesa; pero a mí nadie me llama.

Cuando mi tío pronuncia la oración de gracias cambia de voz y el latín lo vuelve tartamudo.

—*Do do domine… do do domine* —oigo desde la cocina. Rechino los dientes. Estoy viéndolo desde la ventana. Se adereza siete huevos en medio metro de virote, escoge el mejor filete y del platón de duraznos no deja nada. ¡Quién fuera él!

Siempre dicen que estoy sin hambre porque no quiero el arroz que me da la tía con un caldo rebotado como el agua del pozo. Me consuelo cuando robo teleras y las relleno con píldoras de árnica de las que tiene mi tío en su botiquín.

A las siete comienza el rezo en la parroquia. Mi tía me lleva al ofrecimiento, pero no me admiten las de la Vela Perpetua. Dicen que me faltan zapatos blancos.

Me siento en la banca donde las Hijas de María se acurrucan como las golondrinas en los alambres.

Los acólitos cantan. Llueve y por las claraboyas se mete a rezar la lluvia. Pienso que en el patio se ahogan las hormigas.

Me arrulla el susurro de las avemarías y casi sin sentirlo pregonan el último misterio. Ése sí me gusta. Las niñas riegan agua florida. La esparcen con un clavel que hace de hisopo y después, en la letanía, ofrecen chisporroteantes pebeteros.

La iglesia se llena de copal y el manto de la Virgen se oscurece. La custodia incendia su estrella de púas y se desbocan las campanillas. Un olor de pino crece en la nave arrobada. Flotan rehiletes de humo.

Arrastro los zapatos detrás de mi tía. Como sigue la llovizna, los derrito en el agua y dejo mi rencor en el cieno de los charcos.

Cuando regresamos, mi tío anuncia que ha llegado un telegrama. Al fin van a nombrarlo canónigo y me iré con ellos a México.

No oigo más. Me escondo tras el naranjo. Por primera vez pienso en mis padres. Los reconstruyo mientras barnizo de lodo mis rodillas.

Vinieron en Navidad.

Mi padre es hermoso. Más bien esto me lo dijo la tía. Mejor que su figura recuerdo lo que habló con ella:

—Esta pobrecita niña ni siquiera sacó los ojos de la madre.

Y su hermana repuso:

—Es caprichosa y extraña. No pide ni dulces; pero yo la he visto chupar la mesa en donde extiendo el cuero de membrillo. No vive más que en la huerta con la lengua escaldada de granos de tanto comer los dátiles que no se maduran.

Los ojos de mi madre son como un trébol largo donde hubiera caído sol. La sorprendo por los vidrios de la envejecida puerta. Baila frente al espejo y no le tiene miedo al Cristo. Los volantes de su falda rozan los pies ensangrentados. La contemplo con espanto temiendo que caiga lumbre de la cruz. No sucede nada. Su alegría me asusta y sin embargo yo deseo quererla, dormirme en su regazo, preguntarle por qué es mi madre. Pero ella está de prisa. Cuando cesa de bailar sólo tiene ojos para mi padre. Lo besa con estruendo que me daña y yo quiero que muera.

Ante ella mi padre se transforma. Ya no se asemeja al San Lorenzo que gime atormentado en su parrilla. Ahora se parece al arcángel de la sala y hasta puedo imaginarme que haya sido también un niño, porque su frente se aclara y en su boca lleva amor y una sonrisa que la tía Carlota no le conoce.

Ninguno de los dos se acuerda del Cristo que me persigue con sus ojos que nunca se cierran. Los cristales agrandan sus abrazos. Me alejo herida. Al irme escucho la voz de mi madre hablando entre murmullos:

—¿Qué haremos con esta criatura? Heredó todo el ajenjo de tu familia…

Las frases se pierden.

Ya nada de ellos me importa. Paso la tarde cabalgando en el tezontle de la tapia por un camino de tejados, de nubes y tendederos, de gorriones muertos y de hojas amarillas.

En la mañana mis padres se fueron sin despedirse.

Mi tía me llama para la cena. Le digo que tengo frío y me voy derecho a la cama.

Cuando empiezo a dormirme siento que ella pone bajo mi almohada un objeto pequeño. Lo palpo, y me sorprende la muñequita china.

No puedo contenerme, descargo mis sollozos y grito:

—¡A mí nadie me quiere, nunca me ha querido nadie!

El canónigo se turba y mi tía llora enloquecida. Empieza a decirme palabras sin sentido. Hasta perdona que Rosario no sea mi madre.

Me derrumbo sin advertir lo duro de las tablas.

Ella me bendice; luego, de rodillas junto a mi cabecera, empieza habla que habla:

Que tengo los ojos limpios de aquellos malos presagios. Que siempre he sido una niña muy buena, que mi color es de trigo y que

hasta los propios ángeles quisieran tener mis manos. Pero por lo que más me quiere es por esta tristeza que me hace igual a mi padre.

Finjo que duermo mientras sus lágrimas caen como alfileres sobre mi cara.

Prueba de inteligencia

Como me dijeron que en ese banco intentan cambiar las competentes por las bien trajeadas hoy salí a buscar empleo. Me arreglé como para una fiesta, con el sombrero de las bodas y la capa de piel que me prestó Josefina.

El gerente, encantado con mi figura, me mandó al departamento donde miden la inteligencia. Asustada, esperé que me hicieran preguntas de contabilidad, pero de buenas a primeras me entregaron varios cartones que me recordaron la hora de geometría en mi escuela. Entraría la monja con un rombo lila, el romboide dorado, el hexágono azul y tantas figuras improcedentes como no las he vuelto a ver en mi vida fuera de la circunferencia en la naranja. Pronto llegó un empleado y, sin ceremonias, me explicó que el derecho estaba al revés. Les di vuelta y encontré que los cartones presentaban manchas de tinta.

—Determine usted lo que ve en tres minutos.

Con toda mi lentitud miré el reloj y pensé: "¡Ay, Dios, tres minutos!" Y perdí uno entero. Volví a la hoja y mi sorpresa fue grande; contemplé una serie de culebras que se hacían ocho, se hacían rosca, cocoles con ajonjolí, cruces con hormigas; y yo no hallaba cómo determinar lo que realmente miraba, pues todo esto se desvanecía para que apareciera una jaula de pericos y un caracol marino.

La tos del empleado me volvió en mí. Dijo que llevaba siete minutos de más. Me arrebató con desprecio la hoja y no aceptó enseñarme las que completaban el examen; estoy segura de que hizo trampa.

Pasamos en seguida a la prueba siguiente. Se trataba de armar un rompecabezas que desordenó con grosería, pero tuve la suerte de que quedara intacto un alón que supuse de águila y forcé a un soldado a volar. Mi error consistió en que no aparecieron las patas. Trajeron después un muestrario de colores preciosos, estrictamente numerados para que él dijera un número y yo mencionara el color; pero las barras estaban tan juntas, y como además me tomó mala voluntad el empleado, cuando él decía:

—¡El uno! ¡El cinco!

Yo, procurando adelantarme, miraba el quince e inexplicablemente

respondía:

—¡Martes! ¡Jueves! ¡Lotería!

Qué juego más tonto; era mucho mejor el de "Allí va un navío cargado de…", al que nunca pude atinarle tampoco.

Parece que el hombre no estuvo de acuerdo con mi contestación, y volvió en seguida, agresivo, con unos billetes. Me mostró el fajo.

—Son de cinco pesos. ¿Cuánto calcula que hay aquí?

Iba a indicarle que jamás había visto el dinero acomodado, pero me distrajo su boca que chicoteó de oreja a oreja con el imperceptible temblor de la luz fluorescente. Calculé:

—Serán ciento diez…

—¡Trescientos setenta y cinco! —bramó—. ¡Cuéntelos usted!

Tardé bastante porque se agarraban uno con otro; mientras, el individuo se puso como un erizo.

—Son trescientos setenta —dije.

—Se equivoca, son exactamente trescientos ochenta y dos.

—Ah, puede que sí.

Salió y no pude menos de envidiar a aquel hombre tan culto. Para que me estimara un poco, le preparé mi diploma de letra Palmer que descolgué de la sala. Pero ya no volvió. En su lugar llegó un calvo que posiblemente estuvo loco, porque me preguntó a boca de jarro cuál era el mexicano que me parecía más ilustre entre todos los que han existido. Naturalmente le contesté que Nuestro Señor Jesucristo.

Tal vez fuese judío, pues se disgustó y cambiando de conversación quiso informarse sobre mi artista preferido, sobre los platillos que más me gustan y sobre una serie de preguntas salteadas, como si fuera un amigo íntimo. Por ultimo sacó un cuaderno de taquigrafía que me entregó acompañado de un lápiz inolvidable, con una punta linda, fina como pico de chichicuilote, justa para escribir una poesía.

Supuse que iba a dictarme cuando veo que conecta un aparato con la electricidad; pensé que sería un ventilador porque yo estaba muy acalorada; casi doy un brinco al oír una voz pegajosa venida de no sé dónde, que dice:

—Muy señor mío y amigo…

Como permaneció cerrada la boca del viejo se fue la carta en contemplarlo y en pensar si sería ventrílocuo. Cuando comprendí que la voz venía del aparato embrujado, supliqué la conectara de nuevo. Accedió de mala gana.

Tomé el dictado correctamente. El calvito, sorprendido por mi rapidez, ordenó con dulzura:

—Traduzca, niña.

Aunque los signos estaban perfectos, para mí no significaron nada. Quedaron silenciosos con su figura de tricocéfalos.

Fue una verdadera lástima, pues ya me veía tras de una ventanilla

enrejada, con su macetita estilo andaluz y los hombres haciendo cola para decir piropos. Por eso ya solicité al gerente que me permita asistir a una de las rejas, sin goce de sueldo, ¡quién quita y me case!

Tiene la noche un árbol

Tiene la noche un árbol
con frutos de ámbar…
JOSÉ GOROSTIZA

Frente a la casa de la señorita Silvia los ojos del pequeño Abel, inseparables de la ventana, persiguen al desconocido que espera bajo la lluvia.

Los pasos del extraño van y vienen de la nada a la nada, lentos, desgarbados, sumisos. A veces se detienen, a veces dudan, a veces caen. Su arritmia trastorna a los vecinos: sienten los pasos sobre el corazón.

Desde que apareció, los cinco días ha estado al borde de la casa, con la misma chaqueta roja, con el mismo pantalón ceñido y los mismos zapatos de bailarín. Las mujeres le espían los ojos, demudados, de azufre, la boca inflexible, los ademanes vacíos.

También Abel miró la oscilación de antorcha del hombre, vio cómo sus brazos en alto casi tocaron la luna, la luna que vagaba en el cuarto de Silvia. Silvia, escuálida figura envuelta en una ráfaga, dijo con sus manos desnudas algo como un adiós.

—Lo imaginaste. No. La señorita Silvia…

—Sí, le hizo señales y la vi llorar.

—No digas tonterías.

El reproche materno selló la boca de Abel.

Un hondo repique pone de luto la madrugada. Ruedan murmullos negros por las calles y las horas. Los molinos y las tiendas suspenden sus quehaceres. Ni los jóvenes ni los viejos admiten la noticia infortunada: entre su desdicha y el amo estuvo siempre el suave corazón de Silvia; ella inclinó hacia los pobres el orden y la ley.

En la calle la gruesa campana de la muerte mecía su árida hoz, y el silbato fabril, de barco en naufragio, abría un cortejo de negrura, de bocas angustiadas, de estupor.

Dentro, como jirón de niebla, el padre se dobla en la blancura de la estancia. Los espejos han sido cegados, cubiertas las paredes y

canceladas las puertas. Frías rosas, transparentes gardenias, vuelcan su inmaculada, su infecunda debilidad; el ataúd congrega la pureza de lo semejante.

Abel, sin soltar la mano de su madre, buscó entre el gentío al hombre rojo de la noche; en el mismo sitio en donde la ingrávida visión de Silvia dijo adiós, puso sus pies temblorosos y miró en el callejón descolorido la figura escarlata y pensó que si el hombre entrara al cuarto el féretro, los velos y hasta el ramo de azucenas del pecho de la señorita se teñirían de púrpura.

Pasaron primero las cofradas con el largo columpio del escapulario, en seguida las almas gloriosas con lirios recién cortados, luego los trabajadores, después las señoras acaudaladas y sus hombres poderosos. Al final el ataúd entre crespones. Como si no participara, sola en su esfuerzo, la presencia cabizbaja del desconocido avanzaba lenta y distante.

El sacerdote dijo una oración impotente. Abel temía al cementerio de alas oscuras, a los mármoles jaspeados de siluetas y al fatídico portón que ya no cruzaría la señorita Silvia.

Recargado en un ciprés, ahí estaba el de la chaqueta en llamas, deshecho y firme como un cirio. Escondía su tristeza en las solapas a la altura de los ojos.

Abel vaga en la huerta. Se sienta en el tronco donde ella le enseñaba el catecismo. Ahí están todavía unas hojas de parra desprendidas de alguna ofrenda mortuoria y un gancho de plata perdido en la tierra. Abel se ha olvidado de la noche hundido en melancólica laxitud, en la indolencia de precisos recuerdos.

La verja rechina débilmente, se abre con suavidad para cerrarse de nuevo. Abel siente a la señorita Silvia, adivina la marca de sus pasos y la muselina del traje le roza las rodillas. Cuando abre los ojos ve al hombre del saco rubí, tambaleante, ir a la puerta de la alcoba de Silvia y tratar, torpemente, de abrir con diferentes llaves que resbalan de sus manos sin fuerzas; hasta que al cabo de algunos minutos aparece la vieja sirvienta que le presta ayuda y entra con él.

El miedo de reconocerlo como el mismo que —antes de enfermar la señorita Silvia— llegaba cauteloso siguiendo las señas de la moza lo castigó con audaces sospechas. La última vez que lo vio en la casa estaba manchado de inequívocas acusaciones. Lo imaginó saliendo apresurado sin hacer caso de los gritos de Silvia. Después dijeron que la habían encontrado desmayada.

Escondido tras del árbol, Abel lo oyó sollozar con furor de tigre, y humildemente quiso retirarse.

Salió el hombre y dando tumbos dejó, sólo, el temblor de la puerta.

El pequeño esperó a que se ausentara la criada y regresó a su casa. Nada le contará a su madre.

Historia de Mariquita

Nunca supe por qué nos mudábamos de casa con tanta frecuencia. Siempre nuestra mayor preocupación era establecer a Mariquita. A mi madre la desazonaba tenerla en su pieza; ponerla en el comedor tampoco convenía; dejarla en el sótano suponía molestar los sentimientos de mi padre, y exhibirla en la sala era imposible. Las visitas nos habrían enloquecido a preguntas. Así que, invariablemente, después de pensarlo demasiado, la instalaban en nuestra habitación. Digo "nuestra" porque era de todas. Con Mariquita, allí dormíamos siete.

Mi papá siempre fue un hombre práctico; había viajado mucho y conocía los camarotes. En ellos se inspiró para idear aquel sistema de literas que economizaba espacio y facilitaba que cada una durmiera en su cama.

Como explico, lo importante era descubrir el lugar de Mariquita. En ocasiones quedaba debajo de una cama, otras en un rincón estratégico; pero la mayoría de las veces la localizábamos arriba del ropero.

Esta situación sólo nos interesaba a las dos mayores; las demás, aún pequeñas, no se preocupaban.

Para mí, disfrutar de su compañía me pareció muy divertido; pero mi hermana Carmelita vivió bajo el terror de esta existencia. Nunca entró sola a la pieza y estoy segura de que fue Mariquita quien la sostuvo tan amarilla; pues, aunque solamente la vio una ocasión, asegura que la perseguía por toda la casa.

Mariquita nació primero; fue nuestra hermana mayor. Yo la conocí cuando llevaba diez años en el agua y me dio mucho trabajo averiguar su historia.

Su pasado es corto, y muy triste: llegó una mañana con el pulso trémulo y antes de tiempo. Como nadie la esperaba, la cuna estaba fría y hubo que calentarla con botellas calientes; trajeron mantas y cuidaron que la pieza estuviera bien cerrada. Isabel, la que iba a ser su madrina en el bautizo, la vio como una almendra descolorida sobre el tul de sus almohadas. La sintió tan desvalida en aquel cañón de vidrios que sólo por ternura se la escondió en los brazos. Le pronosticó rizos rubios y ojos más azules que la flor del heliotropo. Pero la niña

era tan sensible y delicada que empezó a morir.

Dicen que mi padre la bautizó rápidamente y que estuvo horas enteras frente a su cunita sin aceptar su muerte. Nadie pudo convencerlo de que debía enterrarla. Llevó su empeño insensato hasta esconderla en aquel pomo de chiles que yo descubrí un día en el ropero, el cual estaba protegido por un envase carmesí de forma tan extraña que el más indiferente se sentía obligado a preguntar de qué se trataba.

Recuerdo que por lo menos una vez al año papá reponía el líquido del pomo con nueva sustancia de su química exclusiva —imagino sería aguardiente con sosa cáustica—. Este trabajo lo efectuaba emocionado y quizá con el pensamiento de lo bien que estaríamos sus otras hijas en silenciosos frascos de cristal, fuera de tantos peligros como auguraba que encontraríamos en el mundo.

Claro está que el secreto lo guardábamos en familia. Fueron muy raras las personas que llegaron a descubrirlo y ninguna de éstas perduró en nuestra amistad. Al principio se llenaban de estupor, luego se movían llenas de recelo, por último desertaban haciendo comentarios poco agradables acerca de nuestras costumbres. La exclusión fue total cuando una de mis tías contó que mi papá tenía guardado en un estuche de seda el ombligo de una de sus hijas. Era cierto. Ahora yo lo conservo: es pequeño como un caballito de mar y no lo tiro porque a lo mejor me pertenece.

Pasó el tiempo, crecimos todas. Mis padres ya no estaban entre nosotras; pero seguíamos cambiándonos de casa, y empezó a agravarse el problema de la situación de Mariquita.

Alquilamos un señorial caserón en ruinas. Las grietas anunciaban la demolición. Para tapar las bocas que hacían gestos en los cuartos distribuimos pinturas y cuadros sin interesarnos las conveniencias estéticas. Cuando la rajadura era larga como un túnel la cubríamos con algún gobelino en donde las garzas, que nadaban en punto de cruz añil, hubieran podido excursionar por el hondo agujero. Si la grieta era como una cueva, le sobreponíamos un plato fino, un listón o dibujos de flores. Hubo problema con el socavón inferior de la sala; no decidíamos si cubrirlo con un jarrón Ming o decorarlo como oportuno nicho o plantarle un pirograbado japonés.

Un mustio corredor que se metía a los cuartos encuadraba la fuente de nuestro palacio. Con justo delirio de grandeza dimos una mano de polvo mármol al desahuciado cemento de la pila, que no quedó ni de pórfido ni de jaspe, sino de ruin y altisonante barro. En la parte de atrás, donde otros hubieran puesto gallinas, hicimos un jardín a la americana, con su pasto, su pérgola verde y gran variedad de enredaderas, rosales y cuanto nos permitiera desfogar nuestro

complejo residencial.

La casa se veía muy alegre; pero así y todo había duendes. En los excepcionales minutos de silencio ocurrían derrumbes innecesarios, sorprendentes bailoteos de candiles y paredes o inocentes quebraderos de trastos y cristales. Las primeras veces revisábamos minuciosamente los cuartos, después nos fuimos acostumbrando y cuando se repetían estos dislates no hacíamos caso.

Las sirvientas inventaron que la culpable era la niña que escondíamos en el ropero: que en las noches su fantasma recorría el vecindario. Corría la voz y el compromiso de las explicaciones; como todas éramos solteras con bastante buena reputación se puso el caso muy difícil. Fueron tantas las habladurías que la única decente resultó ser la niña del bote a la que ni siquiera levantaron calumnias.

Para enterrarla se necesitaba un acta de defunción que ningún médico quiso extender. Mientras tanto la criatura, que llevaba tres años sin cambio de agua, se había sentado en el fondo del frasco definitivamente aburrida. El líquido amarillento le enturbiaba el paisaje.

Decidimos enterrarla en el jardín. Señalamos su tumba con una aureola de mastuerzos y una pequeña cruz como si se tratara de un canario.

Ahora hemos vuelto a mudarnos y no puedo olvidar el prado que encarcela su cuerpecito. Me preocupa saber si existe alguien que cuide el verde limbo donde habita y si en las tardes todavía la arrullan las palomas.

Cuando contemplo el entrañable estuche que la guardó veinte años, se me nubla el corazón de nostalgia como el de aquellos que conservan una jaula vacía; se me agolpan las tristezas que viví frente a su sueño; reconstruyo mi soledad y descubro que esta niña ligó mi infancia a su muda compañía.

El sapo

Cayó del tejado con un golpe seco. Quedó silencioso sobre la hierba, igual que una mano rugosa cargada de fatiga.

De pronto ensayó volar: elevóse y giró sobre sí mismo sin avanzar ni un milímetro. Su salto resonó en el campo como una bofetada. El paisaje estuvo fijo mientras el viento descendía rasurando la montaña.

Sobre la soledad del llano golpeó de nuevo, azotó su corazón contra el musgo y, así, repitió su martilleo hasta alcanzar el río.

Allí, en la transparencia huidiza, su fealdad sin consuelo se duplicó:

El vientre lechoso rebasaba los litorales de su cuerpo, la piel terrosa y agrietada, los párpados de lona y el miedo permanente que le fingía un minutero en la cavidad del pecho. Sus ancas desvalidas ensayaron otra vez el vuelo.

Resbaló pesadamente de piedra en piedra; sólo le distinguía de los cantos rodados el temblor incontenible de la garganta. Su boca desdentada amenazó un grito en el silencio.

Jilgueros de vidrio alborotan el agua.

Él conoce a la chiquillería de piernas de carrizo tostadas al aire. Las manos morenas remueven los guijarros. Buscan arenas brillantes, juntan esferas de atíncar, piedrecitas de marfil, diminutas partículas de cuarzo.

Se apiñan en parvada. El más pequeño da la voz de alarma:

—¡Vengan a mirar!, parece una piedra con ojos.

—No es una rana —dice otro.

—Tampoco es un pez.

—¡Qué horrible, esto es un sapo! Yo lo conozco, es traidor, es venenoso; si se enfurece puede estallar y cegarnos con la lumbre que le hace brincar el pecho.

—Busquemos una espada —gritan a coro.

—No quiero que le hagan daño —ruega el que habló primero.

—Veremos si se hincha igual que la vela de un barco.

—¡Yo lo vi primero; quiero guardarlo en una caja! —suplica otra vez el pequeño.

—¡Retírate! —le ordenan—. No sabemos si vuela, si se eleva hasta la torre o sube la montaña y llega más allá de los cedrales.

—A lo mejor conoce el mar…

—¡Quiero ver cómo respira, quiero ver cómo es un sapo! —exige el chico serpenteando entre las piernas de los compañeros.

Primero le lanzan puñados de arena, luego trompos, después porciones de lodo. Piedras, varas y ramas crecen en las manitas crueles. A los niños les divierte verle la saliva nacarada, el estertor de su pecho y la convulsión del vientre que lentamente se dilata.

El sapo entreabre los ojos asombrado.

La curiosidad los estrecha, forman un manojo de caireles inmóviles, una nube de inconscientes aves de rapiña.

A cada uno le interesa descubrirle la muerte.

—¡Vean cómo tiembla!

—Mírenle los ojos, se le han llenado de chispas amarillas.

—Tiene orejas diminutas de murciélago.

—Su aliento es fétido como el zumo del coyol.

—Y su boca es tan grande que podría beberse el aire que sopla en los remolinos.

—Todavía puede vivir si lo dejan que descanse —implora siempre el menor.

Pero replican:

—Esperen. Ya mero revienta.

Y el grupo se afana por la intensidad del espectáculo.

Gritan para borrarse el sobresalto; intentan confundir con voces el remordimiento. Pero cuando el animal estalla y ven la piltrafa desvaída que se achica bajo el sol, enmudecen. Luego, los pequeños se echan a llorar azorados y saborean su primera tristeza.

El Correo

Guadalajara, Jal.,
28 de diciembre de 1940

Mando esta carta y temo que no llegue, porque francamente el Correo… ¡El Correo! Podría hablar durante horas enteras de él.

¡Qué cosa más necia es un Correo! Jamás ha habido verdadera necesidad de enviar una carta. ¿Por qué no lo cancelan y dejan sólo el Telégrafo…, o nada? A mí ni falta me hace. Eternamente hay algo que corregir cuando ya el recado se fue y, además, siempre se olvida alguna cosa.

¡Y comprar los sellos! Una cola larga en la ventanilla, mientras los pies echan raíces, cuerda de presidiarios conformes en pagar la condena. En esa caravana de confesionario en viernes primero, cuando una llega al tercer lugar, principia a darse cuenta del misterioso susurro en la ventanilla. Poco a poco se entera de la dificultad que el de adelante tiene con el sordo de la reja, y siente la intranquilidad del contrabandista de medias en la aduana. Nos llena de sobresalto cavilar en las tantas preguntas que le hace al de turno. Mentalmente una se dice: "¿Huellas digitales?, ¿edad?, ¿acta de nacimiento?, ¿historia patológica de los padres?, ¿vida honesta?"

La sorpresa más grande ocurre cuando al fin hay que encararse al extraño juez sordo y octogenario que tiene la consigna de no morir. El hombre te mira con un ojo de gancho que ensarta hasta el zapato, te arrebata la carta como si le perteneciera y, en un rito especial, la sopesa como se sopesa un pollo y le cala la pechuga por si está de su gusto; y dice luego, no muy seguro: "Creo que necesita una de a veinte, otra de a dos y seis de la mosca".

Te entrega un reguero de confeti, porque sólo hay de a centavo. Perplejo, el comprador no sabe cómo colocar el rompecabezas: porque está la de la mosca, la del paludismo, la aftosa, el alacrán de Durango, los héroes; y si es para el Distrito Federal, las de algún damnificado. Y todo para que al destinatario le cobren veintisiete centavos de multa porque no estuvo correcto el porte.

Una vez quise un timbre de entrega inmediata. Quedó mi carta igual que un *parkasé* donde no había lugar sano ni para jugar "un gato"; puse los sellos formando cocoles y quedó muy bonita, aunque

en tal forma tapizada que debe haber desaparecido la dirección, pues esta carta no llegó.

¿Por qué no enviarlas mejor con las palomas o, para ser modernos, con las chuparrosas que encarnan el principio del helicóptero? ¡Pobrecita chuparrosita! Es el único animal que tiene que comer y trabajar al mismo tiempo. ¿Te das cuenta? ¡Qué desgracia tan grande estar conectada como un ventilador eléctrico mientras se almuerza! Además, es el único animal que muere de muerte repentina. Si se le olvida volar… ¡pum!, se suicida. No corre gran peligro si está sorbiendo violeta; pero si se le ocurre meter su cucharón en la alta mermelada del tulipán, entonces se abate de un rascacielos.

Hablábamos del Correo: ¡Qué problema buscar el agujero del buzón! ¿Ya hablé de eso? Yo veo a la gente que se agacha intrigadísima buscándose algo en las piernas, igual que cuando se le va a una el hilo de las medias y no se halla la rotura. Nunca encuentro la rendija, ni mucho menos he podido comprender los tres letreros: INTERIOR, EXTERIOR y EXTEMPORÁNEO. No coinciden con la rendija, porque los colocan muy alto, y no siempre llevo plomada. Lo resuelvo diciendo: "De tin, marín, de do pingüé, cúcara, mácara…" Es inútil: la pequeña cortina de hierro cae, y jamás sé si la carta la llevan al extranjero o la mandan a la Universidad de Neocalpan (o Naucalpan). Luego se siente alivio pensando: "¡Bueno, aunque no la reciban!"

Cuando la carta se va, queda allí, dormida, indefensa, con su sello húmedo como un párpado. Es un poco de nosotros mismos, y hay una cosa recóndita de ternura al pensar: "¡Pobrecita! Mejor la hubiera llevado conmigo, porque al fin era mía".

Siempre sobran estampillas. Sirven mucho cuando se rompen las uñas y no se tiene tela adhesiva; las recomiendo a mis amigas; las de a centavo tienen tan buena goma como las de a tostón, y magnífica para la tos. Mi abuela decía: "No chupes los sellos, niña, porque los hacen con resina de tuberculosos". Siento el exquisito sabor, unido a la emoción del peligro, como si me subiera a un avión pequeño. La gente culta y precavida ha inventado las horribles esponjas, pero ¡no hay como la lengua!

Enviar una carta presenta las dificultades que he descrito. ¡Pero recibirla…! Eso es peor. La echo en mi bolsa y a veces duerme allí hasta que se pierde. ¡Mejor! Entonces descanso. Y si llego a abrirla, leo el encabezado y el final. Lo demás nunca importa.

Tampoco esta carta va a llegar, aunque la haya escrito para mí; por si no llegara, me he quedado con una copia.

Besitos, querida,

Meche,

Yo mera

El moribundo

Inoportunos como el granizo llegaron una madrugada cuando todo dormía. Sus rostros llovidos, tristes, tal vez sollozantes. Arrastraban los pies penosamente. Traían velices inflados como vientres de yegua, y cajetas enjauladas en mecates bugambilia. Las varas con limas, entre sus manos, semejaban resplandecientes cirios fúnebres.

Eran viejos amigos de mis padres y aparecían siempre así. Mi madre se apresuraba a instalarlos en la mejor alcoba, con dulzura incomprensible. Nunca supe por qué se alegraba tanto de que invadieran la casa.

Pero esta vez, misteriosamente esquivos, se encerraron con mis padres sin oír las palabras de bienvenida y sin dar importancia a mis diez años que, golosos, siquiera esperaban una lima.

Una quietud súbita se adueñó de la casa; después, sólo por un instante, escuché el llanto de mi madre. En seguida el silencio afilado y largo entre los hilos de agua que seguían cayendo.

Las nubes desenredaban madejas grises infinitas. De tanto esperar me quedé dormida. La voz de mi padre estalló sobre aquellos rostros que yo no podía ver:

—¡Él se quedará aquí, pase lo que pase! ¡Sea lo que Dios quiera!

Entraron en mi pieza goteando todavía y con gran desconsuelo. La viejecita alta y solemne. El hijo predilecto la seguía con un andar de vencido que no tuvo nunca y los ojos huían tras de sus pestañas, igual que un lobo atrapado entre rejas. No más vigoroso, ni alto, ni reidor. Se derrumbó de golpe con pena oculta.

Su hermana Asunción entró tras él con su mueca de monja sin virtud: ya no cabía en el mundo ni soportaba más el convento. Después Samuel, el idiota, húmedo e inseguro, que buscaba en los armarios como si en ellos pudiera hallar algo que le perteneciera. Grotesco con su repugnante hilo de baba.

Eran muy ricos, aunque a mí nunca me lo parecieron. Contaban que su abuelo ponía al sol chiquihuites llenos de oro que un día enterró y nadie, jamás, supo dónde.

El tonto siempre me asustaba. Lo vi azotarse, igual que una sanguijuela, en un ataque epiléptico. Echó abajo las cortinas en el afán de detenerse y luego se quedó quieto en medio del mosaico, tirado y

abierto como un gran murciélago. En la boca tenía espuma como algodón espeso; aún hoy lo veo, aunque cierre los ojos.

La hermana era una monja que nunca vi en el convento. Siempre estaba por irse, pero se fue quedando. Se ocupaba de cosas inútiles aprendidas en el claustro: martirizar el piano, pintar acuarelas, confeccionar deprimentes ramos de papel crepé, construir cajitas en repujado y hacer cojines de raso con siluetas de terciopelo rociadas de chaquira, para repartirlos en la sala junto a la tortuga seca. Cantaba los misterios en la Parroquia Mayor con voz tajante, y tenía posibilidades de rencor incalculables. Cuando yo la conocí llevaba seis meses de no hablarle a su madre y tres años de no mirar al hermano bondadoso e inteligente. Acaso le envidió la belleza del alma, la pulcritud del cuerpo, o quizá evitó quererlo porque supo acaparar la alegría.

Él estaba enamorado de una muchacha linda que le escribía de muy lejos. Conmigo leía sus cartas. Fui su preferida. Celebró mis travesuras, soportó mis caprichos y prometió llevarme a conocer Europa; pero esta vez ya no era el de siempre.

Mamá me vio llorando y explicó: traían una pena muy grande. Él había ayudado a los cristeros. Encontraron en su bodega un arsenal completo y lo apresaron. Tres meses estuvo en las mazmorras de Morelia junto con otros reos. Allí los inocularon de tuberculosis. Él vio desangrarse a sus compañeros mientras el mal le consumía la garganta y le dejaba una costra de nieve estrangulante. Desde antes de huir supo que no existía remedio; como a un árbol nuevo un incendio de larvas, así lo invadió el mal. Su frente fue abultándose y una fiebre obstinada se le prendió a los ojos.

Cuando se fugó de la cárcel, deseoso de morir entre los suyos, pasó quince días entre coyotes, comió raíces y descalzo llegó hasta Yurécuaro. De allí vino a México a refugiarse en mi casa para esperar la muerte, la que llevaba consigo, y que roía sus tejidos minuto a minuto.

En el instante que vi a mamá separar sus cubiertos y su ropa para evitarnos el contagio me eché en brazos de mi amigo, lo besé y le di a entender que yo no sentía miedo ni asco. Él me rechazó conmovido y tuvo una sonrisa triste para mi ternura exagerada.

Desde ese día lo acompañé todas las tardes.

Los mejores médicos entraron en su pieza; meses y meses de torturas, análisis y opiniones. No quedó un poro de su cuerpo que no fuera martirizado. Todo inútil; su sangre escapaba sin cesar, sus mejillas tenían el color de las jícamas, los ojos se le volvieron espantosamente grandes y él llenaba la agonía desmenuzando cada una de sus horas.

La novia dejó de escribirle, pero él jamás hizo comentarios.

Lo vi desprenderse de todo arraigo humano con ardiente serenidad que me helaba, y llegó un momento en que fue tan ajeno a este mundo que disculpó el silencio empecinado de su hermana.

Conversaba conmigo y me hacía creer que para él la vida era buena. Sólo se volvía duro cuando su madre sollozaba sobre su muerte inacabable. Entonces hablaba de lástima y cobardía y con voz seca ordenaba callar a la viejecita.

Yo nunca creí que moriría. Durante el año que el mismo techo fue suyo y mío me acostumbré a sus gravedades como a hechos sin peligro y supuse que a juventud tan entera no alcanzaría la muerte. Pero un día, el día que siempre llega, hubo junta de médicos por enésima vez; alguno propuso matarlo como algo justo y piadoso. Mi enfermo que ya no podía ni palidecer; con sonrisa bondadosa, dijo que aceptaba tal muerte si el confesor lo absolvía. El sacerdote habló de crimen y rechazó rotundo la solución nefasta. Encogiéndose de hombros el doctor lo abandonó a su tormento.

Él era un bosque encendido que se extinguía leño por leño.

No me di cuenta cabal del drama de aquel hombre. Vivía de lo que él me inventó. Sería bella, dichosa, libre. Construyó mi futuro en vaticinios que no se realizaron. La felicidad no llegó nunca, pero el moribundo la pintó con pinceladas arrebatadoras, porque tenía la eficaz esperanza de realizarse en lo eterno.

El día de su partida fue para mí un dolor que sólo podrá superar el de mi muerte.

Esa semana me reprendieron y él no estuvo de mi parte. Me vengué no visitándolo. Canturreaba por mi pieza para que me oyera. Pared por medio escuché su respiración anhelosa como un estertor anticipado. Durante la noche su fatiga penetraba por mi cuarto y tuve la crueldad de no llamarlo.

La tarde irremediable llegué de la escuela al punto en que el Viático era llevado urgentemente. Le pusieron los Santos Óleos en unos pies que ya caminaban por el cielo. Miré sus ojos del todo entristecidos y, cuando su voz de siempre me aseguró que le había negado la última semana de consuelo, enloquecida, me abracé a su cuerpo; pero más fuerte que mi piedad fue el horror que el hielo de su carne me produjo. Me separé al instante. Él se dio cuenta y explicó tranquilo:

—El frío llega ya a mis rodillas; pero toca mis manos, todavía tienen algo de vida.

Su madre me rogó que saliera; no le hice el menor caso. Puse mi boca sobre la cara del moribundo y estuve rezando oraciones amargas que antes no supe. Él las fue repitiendo.

No hubo poder que me arrancara de su cabecera, estuve allí mientras moría. Claramente dijo que me esperaba en el cielo. Mi

padre me arrastró al corredor y entonces vi que Asunción, la del rencor sin medida, la que nunca quiso olvidar, vomitaba la soberbia de su alma en un infierno de gritos. Me uní a su amor tardío, a sus alaridos de perdón que la muerte sellaría bajo el mármol.

La araña

Desde su trapecio de átomos se desploma irónica y perversa. Su negra pupila descubre abismos transparentes en los espejos de mi alcoba.

Con su ojo alerta, en su atalaya de viento, acecha mis insomnios y sorprende la derrota de mi rostro sin máscara, flácido y vencido. Atisba en lo más hondo del silencio. Se sabe mi cuerpo y el hastío de mis manos. Me adivina rebelde como las lianas y cautiva como los árboles.

Cuando en largo sollozo me tiendo sobre las sábanas ácidas cae al ras de mi carne y goza con mi vigilia.

Luego estira sus piernas lacias, cabellos húmedos, y en las paredes ronda perseguida por mi angustia.

La miro en el rostro del tiempo.

Me observa desde la telaraña nocturna; su pupila me acusa y me condena. Y no la disuelve ni mi caudal de vanidades ni mi pozo de soberbia, ni siquiera el estruendo luminoso del día.

Yo sé que me vigila y la busco por los muros de la noche, en los vértices de sombra. Mientras vaga en los espejos mi desnudez desamparada y en mis entrañas secas anida la fatiga, su pupila me descubre y me afrenta con su risa: risa de la congoja de mis latidos de plomo, sola como mi lecho, sola con mis palabras.

Sé que me presiente y sé que por la altura de la noche me espera. Si duermo, danza sobre mi frente, su ojo sobre mi ojo. Se pasea por mi espalda enredando mi pelo con su aventura emponzoñada.

¡No quiero que la toquen! Que la dejen en mis muros, que la dejen en mi cuarto, en mi tumba de sábanas blancas y lunas encadenadas. La conozco y me uno a su vaivén de péndulo y a su morir hipócrita. Que nadie piense en quitarle su telaraña de ecos, su hamaca sobre el vacío.

Al roce de la sombra

Raquel conectó la luz y se sentó en la cama… Si el aroma saturado en el lino, si la música obsesiva, si los trajes de otro mundo desaparecieran, y si consiguiera dormir; pero la nitidez de la imagen de las dos mujeres aumentaba al roce de la sombra con su cuerpo y el sudor y el espanto la hundían en el profundo insomnio.

El candil hacía ruidos pequeños y finos semejantes al tono con que hablaba la mayor de las señoritas; el ropero veneciano, con su puñado de lunas, tenía algo del ir y venir y del multiplicarse de las dos hermanas; también las luidas y costosas alfombras eran comparables a sus almas.

Volvió a sentir el bamboleo del tren y oyó el silbido de la máquina en la curva pronunciada. Hostil fue la noche en la banca del vagón de segunda, desvencijado y pestilente. Contempló la herradura quebradiza y trepidante de los furgones: carros abiertos con ganado, plataformas con madera, la flecha fatigada y el chacuaco espeso y asfixiante.

El nombre de las Moncada cayó en su vida como tintineo de joyas. El compañero de viaje parecía un narrador de cuentos y las principescas Moncada le adornaban los labios y resultaban deslumbrantes como carrozas, como palacios.

—Dentro de dos horas estaremos en San Martín. Es lamentable que a usted, tan jovencita, la hayan destinado a ese sitio. Lo conozco de punta a punta. No hay nada que ver. Todo el pueblo huele a establo, a garambullos y a leche agria. De ahí son esas moscas obesas que viajan por toda la República. La gente no es simpática. Lo único interesante es conocer a las Moncada —frotó sus mejillas enjutas como hojas de otoño.

En la duermevela las dos mujeres aparecían, se esfumaban.

—Traigo una carta de presentación para esas señoras, de la madre Isabel, la directora del hospicio, con la esperanza de que me reciban en su casa.

—Señoritas, no señoras… quién sabe si la acepten, no se interesan por nadie —como si estuviera nada más frente a sus recuerdos añadió —: Son esquivas, secretas, un bibelot. Conservan una finca, amueblada por un artista italiano, con muchas alcobas y jardines. Se educaron en

París porque su madre era francesa. El señor de Moncada se instaló allá con sus dos hijas adolescentes. Se dignaba volver muy de tarde en tarde a dar fiestas como dux veneciano. Sin embargo —murmuró—, yo jugaba con las niñas. (Raquel prefería que su compañero fuera invención del monótono trotar sobre el camino del desvelo.) Hace quince años regresaron de París, huérfanas, solas, viejas y arruinadas; bueno, arruinadas al estilo de los ricos. (El París de las tarjetas postales, los cafés de las aceras, las buhardillas, pintores; zahúrdas donde los franceses engañan a los cerdos obligándolos a sacar unas raíces que luego les arrebatan del hocico y que tienen nombre extraño como de pez o de marca de automóvil: trifa, trefa, no, trufa. Nunca las había probado. Seguramente eran opalinas gotas de nieve…) En el pueblo su orgulloso aislamiento les parece un lujo. Tenerlas de vecinas envanece. Salen rara vez y ataviadas como emperatrices caminan por subterráneos de silencio. La gente gusta verlas bajar de la anticuada limosina, hechas fragancia, para asistir a los rezos. (“Ropas fragantes”. Raquel se vio en el vaho de la ventanilla con una gola de tul y encaje sobre un chaquetín de terciopelo y se vio calzada de raso con grandes hebillas de piedras… pero si sólo hubiera podido comprar el modesto traje que antes de partir admiró en el escaparate de una tienda de saldos.) Los pueblerinos alargan el paseo del domingo hasta la casa de la hacienda con la esperanza de sorprender, de lejos, por los balcones abiertos de par en par, sólo este día, el delicado perfil de alguna de ellas o, al menos, el Cristo de jade o los jarrones de Sèvres.

A ella se le ocurrían multitud de lacayos en el servicio y no la extravagancia de tener únicamente dos criados.

La locuacidad del viajero la adormiló con detrimento del relato.

—En las mañanas asisten a misa, pero después nadie consigue verlas. Reciben los alimentos, en la finca, por la puerta apenas entreabierta. Yo sé que secretamente pasean por los campos bardados, en la invasión de hierba y carrizales. A veces prefieren las márgenes del río que zigzaguea hasta la capilla olvidada. (El musgo y la maleza asfixian el emplomado, las ramas trepan por la espalda de Santa Mónica y anudan sus brazos polvorientos. La antigua estatua de San Agustín es un fantasma de tierra hundido hasta las rodillas. Las hojas se acumulan sobre el altar ruinoso.) Raquel siempre tuvo miedo de los santos.

—La torre sin campanas sirve de refugio a las apipiscas que caen como lluvia a las seis de la tarde. ¿Las conoce, niña?… Son la mitad de una golondrina. (Retozan con algarabía que se oye hasta la finca; forman escuadras, flechas, anclas, y luego se desploman por millares en la claraboya insaciable.)

—Cada amanecer las despierta el silbido de la llegada de este tren. (El tren pasaba por un puente, el émbolo iba arrastrándose hasta el

fondo del barranco, hasta aquellas hierbas que ella deseó pisar con pies desnudos. ¡Qué ganas de ir más lejos, allá, donde un buey descarriado! ¡Qué gusto bañarse en la mancha añil que la lluvia olvidó en el campo! ¡Qué desconsuelo por la temida escuela!)

—¿A qué hora me dijo que llegaríamos a San Martín?

El viajero ante la perspectiva del silencio ya no dejó de hablar:

—Falta todavía un buen trecho… Me gustaba observarlas; a las siete en punto atraviesan el atrio de la parroquia con las blondas al aire, indistintas como dos mortajas. El eco de sus pasos asciende en el silencio de la nave y el idéntico murmullo de sus faldas, que se saben de memoria todos los fieles, cruza oloroso a retama. En la felpa abullonada de sus reclinatorios permanecen con la quietud de los sauces, y su piedad uniforme las muestra más exactas. Quizás el ámbar estancado en sus mejillas y el azul inexorable de los ojos llena de asombro a las devotas. Cuando termina el oficio salen de la iglesia y la altivez de su porte detiene las sonrisas y congela los saludos. Pero ellas esconden el miedo tras el desdén de sus párpados.

Cuando el hombre, como si quisiera impedir un pensamiento, se pasó la mano por la cara y taciturno miró a la ventanilla, Raquel necesitó su plática, su monólogo. Un chirrido de hierros y el tren frenó en una estación destartalada. En poco tiempo arrancó desapacible por su camino de piedras.

—El próximo poblado es San Martín.

Raquel, enternecida por el compañero que huiría con el paisaje, quiso apegarse a él, como a la monjita Remedios que copiaba el amor de madre para las niñas del hospicio. Espantada naufragó en la mano del hombre:

—Falta muy poco para San Martín.

El viajero extrañó su impulso.

—¿Qué prisa tiene por llegar a ese pueblo dejado de la mano de Dios?

—Tengo miedo.

—¿De qué, niña? A lo mejor las señoritas de Moncada la reciben afables. Seguro que la querrán. Una maestra es mucho para estos ignorantes.

—No sé, no es eso, nunca he vivido sola. En el hospicio éramos cientos.

—Estamos llegando; estas milpas ya son del pueblo.

Raquel le miró el rostro y en los ojos del hombre algo faltaba por decir…

Apagó la lámpara y cerró los ojos. Poco antes de amanecer la sobresaltaron ruidos vagos, movimientos borrosos fuera de la puerta, como de seres inmateriales, de espuma, que trajinaran extravagantemente en el corredor y en el pozo.

Quizás fuera nada, pero se incorporó: oyó un roce de sedas y un crujir de volantes sobre el mosaico. Los espejos reflejaron la misma estrella asomada a la vidriera. Encendió de nuevo. Todo el melancólico fausto de la alcoba antigua se le reveló con la sorpresa de siempre. Aquella suntuosidad la embriagaba hasta hacerle daño. Se sabía oscura y sin nombre, una intrusa en medio de este esplendor, como si el aire polvoso del pueblo se hubiera colado en la opulencia de los cristales de Bohemia.

Sí, ella pertenecía más al arroyo que a los damascos ondulantes sobre su lecho.

Le dolía haber sorprendido a las ancianas, peor que desnudas, en el secreto de sus almas. ¿Por qué avanzaron los minutos? Las dos viejas ardían en sus pupilas felices y aterradas. Remiró sus escotes sin edad, sus omoplatos salientes de cabalgaduras, su espantable espanto.

La fatiga la columpiaba y la dejaba caer, y lloró como se llora sobre los muertos. Recordó la mariposa de azufre luminoso y círculos color de relámpago que entre crisálidas, de una especie extinguida, guardaba la madre Isabel en caja de vidrio. En sus manos veía el polvo de las larvas infecundas, de ceniza, como ella, con su atado de libros y su corazón tembloroso.

Al principio las de Moncada la miraron despectivas y la rozaron apenas con sus dedos blanquísimos. Ella sintió la culpa de ser fea. Con qué reprobación miraron el traje negro que enfundaba su delgadez, cómo condenaron sus piernas de pájaro presas en medias de algodón y cuánto le hicieron sentir la timidez opaca de su mano tendida. Ante el desdén quiso tartamudear una excusa por su miseria y estuvo a punto de alejarse; pero las encopetadas la detuvieron al leer la firma de la reverenda madre Isabel, compañera de estudios en el colegio de Lille. Empezaron a discutir en francés; alargaban los hocicos como para silbar, remolían los sonidos en un siseo de abejas y las bocas empequeñecidas seguían la forma del llanto. Entonces la miraron como si hubieran recibido un regalo y empezó para Raquel la existencia de guardarropas de cuatro lunas y más espejos sobre tocadores revestidos de brocado que proyectaban al infinito su cuerpecillo enclenque. Palpó las cosas como ciega, acarició las felpas con sus mejillas, le fascinaron los doseles tachonados de plata como el de la Virgen María; se sujetaba las manos para no romper las figuras de porcelana en nichos y repisas. Las colchas, con monogramas y flores indescifrables, repetidas en los cojines tenían la pompa de los estandartes. Cuando recorrió voluptuosamente las cortinas, crujió la seda como si sus manos estuvieran llenas de astillas. ¡Qué rara se vio con su camisón de siempre y sus pies de cuervo fijos en la alfombra de suavidad de carne! Sus huellas, húmedas y temerosas, las borró con la punta de los dedos. Guardó su gabardina, sus tres blusas almidonadas,

su refajo a cuadros y el único vestido de raso. Ahora, su ropero ostentaba el lujo de trajes que ella aceptó preguntándose cuánto duraría aquel sueño. De los viejos baúles salieron encajes, cachemiras y gasas en homenaje inmisericorde. Con alboroto de criaturas, las de Moncada la protegían y abrumaban con su incansable afecto.

No era el polvo del sol sobre el mantel calado, ni los panes diminutos envueltos en la servilleta, ni la compota de manzana, ni siquiera el ramo de mastuerzos, lo que instigaba su llanto: era la ternura de las viejas irreales, su descubierto oficio de amor.

Perdían horas con sus macetas, cuidaban cada flor como si fuera la carita de un niño. Cubrían los altos muros de enredaderas con el mismo entusiasmo con que labraban sus manteles.

El pozo lo cubrieron con gruesa tarima y sobre la superficie pulida colocaron un San José de piedra y jarrones con begonias. En compañía del santo se sentaban a coser por las tardes.

Conversaban tan quedo como si estuvieran siempre dentro de una iglesia.

Refugiadas en altiva reserva, envueltas en su propia noche, su mundo era el coloquio de sus dos soledades… Y de pronto hay asueto en la escuela y el destino espera a Raquel en la sala deslumbrante, para marcarla, para deshacerla en horas de vergüenza.

Con qué rabia, con qué inclemente estupor, las señoritas cayeron del sofá cuando miraron a Raquel detrás de las cortinas. Como si hubiera estado previsto, sin palabras, ni explicaciones, ni ofensas, ya la habían sentenciado.

El acuerdo fulguraba en sus ojos.

Las notas inverosímiles la enlazaron por los escaloncillos, hasta donde ella no conocía porque siempre halló el muro de la puerta, ahora derribado. Dentro, el estrafalario rito.

Revuelto con la luz fría de la tarde, el esplendor vinoso de candelabros y lámparas escurría sobre el mármol de las paredes, sobre el relieve de los frisos, sobre el vidrio labrado de las ventanas, sobre tibores, rinconeras y estatuas, sobre gobelinos de hilos de oro. Raquel contemplaba la riqueza a torrentes mientras romanzas y mazurcas la embriagaban. La pianola se abría en escándalos de ritmos antiguos.

En un entredós, soberbias y tenues, Monina y la Nena se transfiguraban de sobrias y adustas en mundanas y estridentes. El regodeo y la afectación con que hablaban venían en asco a los inseparables ojos de la profesora. Cuando se levantó la Nena para ofrecer de lo que comían a huéspedes invisibles: “Por favor, Excelencia”, “Le suplico, condesa”, “Barón, yo le encarezco”, triunfó la seducción de las alhajas.

Empezaba el boato de la Nena un cintillo de oro y rubíes que recogía el pelo entrelazándolo con hileras de brillantes; seguía la

espiral de perlas en el cuello y, sobre el simulacro del traje de vestal, muselina azul, cintilaba una banda igual que la corona; terminaba el atuendo el bordado de las sandalias con canutillo de plata y cabujones transparentes. Anillos y arracadas detenían la luz. Más alta y espectral era dentro de su riqueza; más secos sus labios, más enjutas las mejillas, menos limpios los ojos.

Sólo el brillo de los diamantes en el terciopelo negro con bordados de seda y los guantes recamados sostenían la presencia de Monina; ni cara ni cuerpo discernibles.

La voz rechinaba sin deseo de respuesta, dolorida, incansable. Y la risa, como espuma de cieno, latía sin cesar. La Nena bailaba sosteniéndose en el hombro del imaginario compañero, hablando siempre, y Monina, en su asiento, reía por encima de la música, por encima del monólogo dominante. No eran el volumen, ni la estridencia, ni la tenacidad, lo perverso, sino lo viscoso de marchitas tentaciones, de ausencias cómplices. Reía Monina de la aridez de la Nena, de su estuche de fantasmas, de su cortejo de ficciones. Hablaba la Nena para adherirse a la existencia de su hermana, para que riera Monina, para que cada una, con la otra, ahondara la fosa de su compañera.

La música derretida y espesa del catafalco se mezclaba a los gritos de la Nena:

> Notre-Dame est bien vieille; on la verra peut-être
> Enterrer cependant Paris qu'elle a vu naître.
> Mais, dans quelques mille ans, le temps fera broncher;

sin dejar de reír Monina empezó murmurando y luego alcanzó el to-no de la hermana:

> Comme un loup fait un bœuf, cette carcasse lourde,
> Tordra ses nerfs de fer, et puis d'une dent lourde
> Rongera tristement ses vieux os de rocher.

La Nena fue a besarla recitando, para que bailara con ella. Consiguió que asida de las manos accediera a girar y que a coro terminaran el poema:

> Bien des hommes de tous les pays de la terre
> Viendront pour contempler cette ruine austère,
> Rêveurs, et relisant le livre de Victor…
> —Alors ils croiront voir la vieille basilique,
> Toute ainsi qu'elle était puissante et magnifique,
> Se lever devant eux comme l'ombre d'un mort!

Cayeron sobre una otomana acezantes y jubilosas.

Inmensa ternura sacudió el corazón de Raquel rebosante de lágrimas. Deseaba comprenderlas y justificarlas, pues ella misma, ahora, se creía una princesa cuidada por dos reinas; pero se resistía a verlas enloquecidas en el vértigo del sueño, miserables en el hondón de su pasado. Las quería silenciosas, con ese moverse de palomas en un mundo aparte, y la atemorizaba el aniquilamiento que les causaría su imprudencia. No podría volver de nuevo a la soledad y a la pobreza.

En la dureza de la fiebre las raíces sañudas del frío hendían estremecimientos y sollozos. Raquel reptaba hasta la frescura de los cojines y oprimía su cabeza incoherente. En el jaspe de los tapices, en la greca de las cornisas veía a las dos mujeres, con sobresalto dañino, llorar rencoroso desprecio. Jamás habrían de perdonarla.

Se vistió de prisa y expectante fue al comedor, pero los manjares, la vajilla, la lujosa mantelería de la mesa del desayuno le desgarraron la esperanza. Entre tanta riqueza los tres cubiertos eran briznas en un océano de oro.

Antecedidas por el mozo de filipina con alamares entraron las dos Moncadas soberbias y estruendosas. Sus trajes eran más opulentos que los de la fiesta y las alhajas más profusas.

Mostraban el contento enfermizo que se les vio por la tarde. La atendían con singular deferencia y, sin recato, continuaban la farsa de sus vidas: recuerdos de infancia y sucesos de Londres o París.

Raquel, empeñosa en congraciarse con las ancianas, festejaba sus ocurrencias. Pero había algo más en el espectáculo: venía del jardín un olor sucio como si el pozo soplara el aliento de su agua podrida y al mismo tiempo los naranjos del patio hubieran florecido. El té le sabía distinto; algo pasaba en las cosas como una sensación de tristeza envolvente. Tal vez el insomnio le clavaba el malestar corrosivo.

Al tomar el vaso de leche, sus manos no la obedecían. Desgarbadas cayeron sobre la mesa. El líquido se extendió sobre el encaje y deslizó sus tentáculos hasta el suelo.

Las señoritas de Moncada, sin preocuparse, continuaron su diálogo en francés y en italiano sin importarles el aturdimiento de la muchacha que, avergonzada, intentó secar la humedad con la servilleta.

El hormigueo que le subía desde las rodillas llegó a su pecho y a sus labios y a su lengua de bronce. Ajena, su cabeza se llenó de gritos que ya no lograba sostener sobre los hombros. El corazón cabalgaba empavorecido. Con el resto de sus fuerzas interrogó a las viejas y las vio, pintadas y simiescas, sus cabellos de yodo, las mejillas agrietadas y los ojos con fulgores dementes.

Cada gota de su sangre fue atrapada por el miedo. Se puso de pie,

vacilante, frente al terror, pero un marasmo de sueño la quebrantaba. Salió a los corredores tambaleándose. En un velo de bruma distinguió a medias la tarima del pozo apoyada contra el brocal y la escultura del San José sobre el musgo y se arrastró con pesadez hasta las rejas encadenadas.

A través de un vidrio de aumento puertas y ventanas se multiplicaron, todas blindadas como tumbas. Crecían los muros, los pasillos se alargaban y un tren ondulante subía por las paredes. El jardín era un bosque gigantesco.

Caminó de espaldas, perdida entre la realidad y el delirio. Tropezó con un pedestal de alabastro, derrumbó la estatuilla. Más allá echó abajo el macetón de azulejos.

Arrastró consigo las enredaderas y las jaulas de los pájaros que respondieron con chillidos y aletazos. Ramas, helechos, palmas, en destrozo fatídico la abandonaban a su abismo.

Llegó hasta su alcoba y en el balcón quiso pedir auxilio, pero las puertas no se abrieron.

Enloquecida, estrelló sus puños contra los postigos, desgarró las cortinas e intentó gritar. Su lengua sólo aleteó como saltapared recién nacido.

Doliente, tras de la vidriera, distinguía cómo las mujeres la miraban tranquilas, de pie, desde el quicio de la puerta.

En un destello final, Raquel lanzó un gemido y se desplomó deshecha.

Despacio las dos hermanas llegaron entre la espesura del silencio.

Monina se acercó primero, tocó los labios tibios de la muchacha y llamó a su hermana.

Le acomodaron la ropa que dejaba al descubierto las piernas descoloridas. Con infinito celo doblaron sus brazos y peinaron su cabello alborotado. Luego, parsimoniosamente, entre las dos, levantaron la mísera carga: de los hombros y con delicadeza la una, de los tobillos la otra, y llevaron sigilosas el cuerpo hasta el pozo.

Sostuvieron a Raquel en el brocal; sus delgadas piernas pendían en el vacío. Un segundo después se alzó el sordo gemido del agua.

Colocaron la estatua, los jarrones y las macetas y, cogidas del brazo, como para una serenata, las señoritas de Moncada regresaron al salón de sus fiestas.

Al revés

A Fausto Vega

El letrero decía: "NEBRIJA (Elio Antonio de), profesor de literatura". La recién llegada confrontó direcciones, alzó sus pequeñas tenazas y llamó.

—¿Aquí enseñan español?

—Sí —respondió Beatriz—, pero a personas…

—¡Vamos!, ni que fuera yo del Suplemento… Vengo desde la mar…

—Desde el mar —le espetó con desprecio.

—… y tengo muchas ganas de aprender.

—¿Qué estudios ha hecho? —preguntó el profesor con desesperada transigencia.

La presunta discípula sacó un cuaderno. Flameaba en la cubierta azul marchoso: "Opera omnia" y leyó sin timidez:

—*De lo que sucedió a un caballito de mar. Historia de una espada. Parafernalia de Tritón*.

Cuando llegó a *Crisoelefantina*, el dómine mordió su chupa y le dijo que no continuara:

—Ya quedo enterado de que por lo menos simula leer.

—Es que yo soy la autora…

—Entonces puede que aprenda a escribir. ¿Cuál es su nombre?

—Rosita. Rosita de Acapulco. Me dicen así, aunque en verdad…

—No me importa el nombre que prefiera. Acomódese donde guste.

Rosita escogió un pupitre y desenfadada lo adornó con espejos, arena y pedacitos de concha.

Nosotros rehuíamos su compañía, aunque nos pareciera gracioso su interés por el aprendizaje y su insistencia en que oyéramos sus composiciones arrastradas por una voz insegura.

Margarita, resignada, padecía en su hombro la dureza de los garfios de Rosita y la reiteración sobre sus fantásticas historias del mar: de cómo las ostras van secando su carne en austeridad continua hasta que su soledad se convierte en una perla, de los pulpos que nublan la distancia con hemorragias de odio, del sanguinario amor de las tortugas y de las casas de apartamientos construidas dentro de las ballenas.

Olivia en cambio, altiva y ojiverde, no cejaba en mostrarle desprecio a cambio de íntimo y rebuscado temor. Yo aconsejaba a Cordelia retratara al bicho, pues era notable que semejante criatura hiciera lo que hacía; Cordelia apretaba los labios y me hundía en sus ojos azules.

Decidimos ignorar a Rosita. La supusimos obra de la imaginación, broma afrentosa del Nebrija; no le hablábamos ni mirábamos siquiera el lugar donde debía estar; pero nuestra reticencia decaía cuando nos daba tironcillos en las faldas o con mayor atrevimiento trepaba hasta el regazo y colérica nos pellizcaba, debo decir, moderadamente.

"Qué apretadas y míseras son las capitalinas"; o bien: "A mis condiscípulas, catrinas fósiles", fueron letreros corrientes en el pizarrón.

Una vez tuve que decirle que no fuera insolente y, rebelde, me contestó que su familia era mejor que la mía, que lo que pasaba era que yo y las obtusas compañeras le teníamos envidia. Que no se creyeran Beatriz ni Olivia que podían hacerla menos y enemistarla con Margarita —me lo decía castañeteando sus mandíbulas y con sonido más tartajoso—:

—¡Ya verán si no las quiebro de un mordisco! Y a usted que se anda ahí de boba y burlándose la voy a dejar más morada que una bugambilia. ¡No soy personaje de sus cuentos!

Sonora y endemoniada subió a su banca y estuvo leyendo hasta que el sol sacó la última luz de la biblioteca.

En las clases, la de Acapulco era igualmente intolerable. Preguntona y marisabidilla no soltaba oportunidad de lucimiento. El profesor tenía que esforzarse para que el coraje sólo le enrojeciera los ojos. Un día, sin embargo, consiguió Rosita hacerlo reír, porque matreramente casi le arrancó el calcañar a Olivia. Ésta soltó un "¡animal!" inconfundible, al que la otra contestó "tenerlo a mucha honra". Todos la festejamos y Rosita, oronda, fue a su lugar en seguimiento de su ruido.

Otra vez se trató del género y Rosita alegó que ella no era ninguna mercancía, ni entendía lo de accidente; que a cada quien su madre sabría cómo la había echado al mundo y que no aceptaba lo de epiceno, pues seguro que ella no tenía de eso, que sencillamente era un congrio.

—¿Un qué?… —recalcó el profesor.

—¡Un congrio!

—¡Puf, hija de español…!

A pesar de las repetidas promesas de no interrumpir más, la lección fue suspendida, igual como sucedió cuando al finalizar el verbo se mencionó a los irregulares. Rápida y conmovida, Rosita tronó que todo permitía menos ataques a la religión: "¡No hay más Verbo que el

Encarnado y no tolero que se le divida y menos que se le considere irregular. Esta clase no puede continuar!" Dio tales chillidos que íbamos por el zaguán y sus estridentes "herejes, babilonios, ciudadanos del pecado" sonaban como si los trajéramos en la oreja.

Por su predilecta Margarita supimos de su afán por convertirse en sirena. Rosita de Acapulco había venido al altiplano a graduarse en dicción. "Un cangrejo gusta poco, mejor es lo otro."

—¿Se imaginan —la remedó Margarita— el pez espada que huye con su rauda flecha de zafiros como un cometa del agua, y la extraña flor que ríe con sus once pétalos caoba, que al sentirse tocados se vuelven blandos y tibios y sus punzones de luto se dispersan en carcajadas… y el canto, el imán del canto sobre explosivos marineros? Pero no pronuncio bien, no entono.

El animalejo entonces veía el suave y dúctil oleaje del jardín y con vocecilla apenas perceptible cantaba:

> Por quererte alcanzar, por no tener,
> el tiempo es breve y queda la ilusión;
> apenas si detengo el corazón
> aparte de tu alma y de mi ser.

—¿Por qué no mejor va a una escuela de canto? —aconsejaba Margarita.

—Pues aquí ¿para qué se estudia?

—Aquí es para los que quieran escribir.

—Con razón… No, eso ya sé… Lo que quiero es algo mejor pagado y, francamente, la demanda de sirenas es excitante… No se ría, ¡yo soy muy católica!

—¿Pero usted podría…?

—¡Vaya que si podré! Usted no entiende de cuando una quiere mejorar… usted es rica. No le diga nada a esas pesadas —se refería a nosotras—, pero yo sé que me emplearían. Me figuro que piensa que no tengo ni figura ni tamaño. Eso no importa, lo que deseo es el doblaje. Hay algunas sirenas que han envejecido, ya no pueden cantar; entonces, como no pueden alquilar a otras sirenas porque eso sería tanto como impedirles su carrera, pues pagan los servicios de quien se los presta… ¡Ahí entro yo! Imagine, imagine una voz que ensancha el ruido del mar y un pecho furioso donde resuena implacable, inclemente. ¡Cuánto prestigio para mi casa, cuánto honor para mí!…; pero usted dice que aquí no enseñan eso…

—No, aquí no. En el Conservatorio.

Margarita inútilmente ponía entre la canción de Rosita y su hombro la debilidad del cuaderno, pero en sus ojos asustados recorrían las cosas caminos de alivio y de esperanza. La cangrejo no cesaba de cantar, contaba historias de medusas, de los peces que se

reproducen sin pecado, porque van sin mirar a las hembras que despiertan a los huevecillos náufragos como lágrimas; hablaba de la malagua que tiembla en su cristal maligno; de las estrellas submarinas que están copiando a los astros y de los pescaditos múltiples que siempre van de la mano con bullicioso plumaje de cobre y ojos esmeralda…

Rosita fue adonde estaba el profesor.

—Me voy, señor.

—¿Cómo que *se va*? Cuánto daño han hecho al idioma las repentinas lenguas que son impulsadas por la galerna de la pasión, más que por el motor del raciocinio. ¿Se va usted a sí misma? ¡Hágalo, vamos, hágalo!

—Pues en el diccionario aparece como transitivo.

—A ver, a ver… ¡Esta Academia… imperdonable! Así que ¿*se va* usted?

Como siempre, el profesor cursaba el error. Rosita, para que no pareciera burla, prefirió mover afirmativamente la cabeza.

—La inconstancia, la ausencia de firmeza arruinan las mejores intenciones, socavan la virtud y demeritan los espíritus. Hace un mes deseaba aprender y, hoy, en menos de un minuto, seguramente, decidió marcharse.

—Es que yo quiero ser sirena.

—¡Basta de locuras! Llega usted, destartala la clase y ahora sale con esa estúpida invención…

—Usted no conoce el mar…

—¡Silencio!…

—Ni el sol.

—¡Que se calle…!

—Ni la vida. Puede que sepa muchas cosas…

—¡Insolente! Le digo a usted que…

—… tantas, que muchas ha olvidado; pero hay otras que hasta su imaginación desconoce. (No quiero discursos, ¡cállese!) Profesor, ser sirena, absolutamente sirena, más que serlo por la carne, es privilegio de las que, como yo, lo somos por elección (qué idiotez). Usted no entiende, pero también, deseoso de saber, entregó a eso, perdóneme, los mejores jugos de su espíritu. (¡Bueno, termine usted!) Yo insisto en ser sirena y pongo mi fuerza (adónde vamos a dar con tales disparates, esto se acaba, ahora se va usted porque yo la echo) en conseguirlo, ser sirena no es lo que cree usted, ni *éstas:* amigo, déjeme que le diga así, la seducción no es asunto de sirenas; los simples mortales no pueden verlo de otra manera, pero en verdad es sólo amor, sabe, puro y potente amor, reunión y festejo de lo creado. (¡Cuánta locura!) Un canto de alabanza y quien nos oye se inflama en nuestro gozo y participa de esta gracia, y desaparece porque nosotras protegemos su

deseo de compañía; pero nadie lo devora ni lo descuartiza. Por lo contrario, se le trata como a un elegido (¡fuera, bribona, fuera! Esto es el colmo. Si no se marcha la machaco) y nada puede nadie contra nosotras, somos de irrealidad, de sutileza, de fantasía. Ojalá, pobrecito de usted, alguna vez nos oiga.

El profesor arrojó su cólera contra el crustáceo, pero sólo dio contra el seco golpe de la puerta.

La hora desteñida

La soledad la volvía etérea. Su taconeo penetraba en la noche densa del callejón. Aterrorizados latidos metían el cansancio en sus articulaciones. Se desbordaba y luego se encogía en oleaje infinito. Perros de rostro humano multiplicaban diminutos mordiscos y la herían con agrio manoteo; después eran más altos y su aceitosa bestialidad entre los muslos la hacía tambalearse. El calofrío la untaba de sudor. Hizo un impulso para vencer el pánico. Quiso elevarse pero apenas consiguió alzar los talones. Siguió por el camino estrecho, por hileras de casas corroídas, y entró en un cascarón y salió a la calle cada vez más angosta, afilada como caja de muerto.

Se arriesgó por cualquier vano y de improviso encontró un pozo —cónico alcatraz abierto a un cielo alucinante—. El destello le impidió notar a extraños individuos que asoleaban su miseria pegados al brocal de ladrillo. Cuando los vio pálidos e insignificantes como gelatinas, el hombre esbeltísimo, plantado en el centro del pozo, la atrajo con su voz musical y potente como eco de gong, que ordenaba rotunda a los desvalidos andrajosos y sin aura.

El deseo de huir la lanzó por el pasillo a las habitaciones: la impresionante alcoba y los lechos desolados, el comedor y el par de pinturas de peces, claveles y racimos de tórtolas. La sala en sombras. Los estantes donde dormían raídos títulos devotos y los espejos dorados, sin imágenes.

Perdida en una y otra pieza se detuvo ante la ventana. El paisaje se anunciaba en la cerca —un paisaje de pinos que no existía en la calle —.

Los perros silenciosos, sin morderla, la siguieron humildes por todos los cuartos.

Salió al último corredor. Una fila de macetas le recordó un episodio de su infancia; ansiosamente buscó lo que había de destruirla. Alcanzó la puerta y, en el umbral, estalló su sorpresa: una niña, ella misma como en el retrato que guardaba su madre, pero con el semblante cansado y triste de los hombres del pozo, de los perros, de los pinos, de las tórtolas secas, de los espejos sin rostro. Cruzó con ella una mirada interrogante y silenciosa. Luego huyó.

La jauría microscópica volvió a morderla. Colmillos enfurecidos

alcanzaron su cuello, puso el pañuelo donde la sangre resbalaba como si su gargantilla de corales se le hubiera desprendido… Reconoció que de nuevo caminaba por la amplia avenida, entre los otros.

Zapatos para toda la vida

La verdadera tragedia de mi vida comienza cuando mi padre quiebra en su industria de calzado.

Esto hubiera podido soportarse si no discurre separar los zapatos por número y calcular exactamente la cantidad de pares que todos los de casa deberíamos usar mientras viviéramos. Así que, por ejemplo, si yo a los doce años calzaba del 19, a los veinte calzaría del 23 y, por lo tanto, tendría zapatos para la eternidad.

Colocaron los pares destinados a mi existencia en los ángulos de mi cuarto y aquellos ataúdes levantaron su escala hasta el cielo. Yo tenía tiempo, durante la noche, de contemplar la torre de grilletes que aprisionarían durante mi vida mis pies sentenciados.

Al abrir alguna caja, al azar, procurando que no se derrumbara la Babel, mi desconsuelo no tenía límite al descubrir unos choclos híbridos, de consistencia de hierro, que invariablemente, en hombre, parecían de mujer y, en mujer, se hubiera jurado que eran de hombre. Su color tornasol los acababa de hacer abominables. En otra caja descubría unas botas que soñaron ser de cabritilla y eran de lona, casi *calicot*, con hileras de muelas a los lados, en partes blancas y en partes con las caries de metal negro al descubierto, en donde se atoraban unas cintas kilométricas. No existía ni un solo par halagüeño; eran zapatos de tropa, para pies de forajido, con cascos de hierro como criptas.

Envidié a los tarahumaras y a los niños descalzos y soñé absurdamente que un camión me triturara para que mi papá fuera la única víctima de sus fracasos. Mi consuelo era que los pies no me crecían y procuraba andar muy quedo para no destruir nunca mis mocasines rojos.

Acabar con el calzado de puntas amarillas, con todos los guaraches, con aquellos botines que tienen chiquiadores en los tobillos, arrancar de las sandalias los moños de seda y quitarles lo sinuoso con baños de agua sucia, mutilar tentáculos de chancletas y escarpines y a todo trance no dejar zapatos, ni siquiera un cacle en donde enjaularan mis pies fue la idea fija, perturbadora, alucinante, que dominó mis días.

Para conseguirlo discurrí pertrecharme de herramientas: tijeras, navajas, una lija, piedra pómez y buenas alcayatas.

Evité dormir para caminar calzada a cuatro patas por los pasillos y el corralón empedrado. Empecé a estrenar dos veces por semana. Mis amigas tuvieron regalo el santo y el cumpleaños. Calcé a los limosneros del barrio. Con frecuencia dejaba algún zapato en las visitas, pero esto no dio resultado; las familias devolvían el huerfanito y me ocasionaban regaños y castigos. Fue mejor olvidar pares flamantes, escogido el número, adecuados a los niños de la casa.

A las zapatillas pespunteadas les tomé tal saña que muchas fallecieron bajo las ruedas del tranvía. Fue también un buen sistema recolectar bolas de chicle de todos los pupitres: son infalibles contra el raso y el glasé.

Pero el afán es agotante. A veces camino diez y más kilómetros persiguiendo con mi tirria la dureza de estos cueros embrujados que no sufren ni se alteran, y que soportan inmutables mis ampollas y mis pataleos. He inventado pasos que doblan el desgaste, pero estoy muriendo. Sus lengüetas asesinas me atormentan y las suelas se incendian con mi calentura. No hay manera de acabar con esta plaga. Inauguro seis grilletes cada día y apenas unas cuantas filas desaparecen. El blanco cajerío se aprieta malicioso mientras agonizo.

Es muy duro rasparlos con lija; muy difícil que se rompan dando saltos. Las uñas se quiebran y me sangran los diez dedos en esta lucha infortunada. A una legua de distancia el olor de la vaqueta me denuncia; no es que sude, lo que pasa es que metida en estos cepos cualquiera se deshidrata. Los modelos cada instante son más viejos, me avergüenzan. Hacen falta siete vidas para usarlos. No se acaban…

Los piojos

Dos indios, en horas de constancia, buscaron entre sus ropas, devotamente, piojos como perlas, y los regaron por el suelo.

Trou-trou blanco sobre el cemento. Pespunte diminuto hacia la pared ocre, no mayor que la escuadra de un pañuelo. Se movían lentos como camellos recién nacidos. Desorientados en el nuevo planeta duro, inhóspito, añoraban el sudor agrio de la selva enmarañada de sus dueños; el paseo por las tibias columnas humosas, el esconderse en la humedad de los pliegues; la excursión por el pozo inescrutable de las panzas fajadas; y aquel delicioso rodar por las pieles acogedoras.

Camila tenía diez años. De rodillas en el escalón observó el desconcierto de los bichos. Le contaron que tenían un ojo en la espalda, y ella, con un vidrio de aumento, alcanzó a distinguirlo en el lomo; un ojo rasgado de tigre con pestañas verdes.

Eran piojos sin patria como los albinos. Deseaban ser hormigas, taladrar un nido en las paredes y allí esconder su átomo de vida. Ser al menos piojos corrientes, amarillos o negros, con la piel aceitosa, pero ágiles y alegres y con hogar estable; jugar en las barbas dormidas de los abuelos del pueblo, o danzar en trenzas desteñidas como las de Camila, o ensayar equilibrios en las greñas oscuras de las bonitas, que los alisan sobre la nuca cuando miran pasar a los rancheros.

En aquella piedra calva no había esperanza.

Camila, de pronto, corrió escaleras arriba. Regresó al instante con un brasero de carbones encendidos, pequeño como un incensario. Colocó un comalito sobre las llamas, y pacientemente, con un largo popote, los iba tostando uno por uno.

Era un juego malo y emocionante. Al principio corrían con una actividad inesperada; luego, vencidos, se inflaban como chaquiras disparándose en un estallido de pistola de juguete.

A Camila le brillaban los ojos ante proceso tan divertido. Algo atávico y maligno le impedía retirar la vista del diminuto horno crematorio; sus facciones de niña mostraban crueldad diabólica.

Cuando sacrificó el último animalito, desconsolada, buscó en la más escondida hendidura por si fuera posible el escape de algún camello.

Encontró uno. Llena de alegría lo paseó por sus manos. Lo admiró

lentamente a través del anteojo y después de alisarle la piel exquisita, tuvo miedo de que se hubiera muerto, por lo silencioso. Pero el indefenso se hacía el dormido y antes de bailar, en la pista inhumana su danza de muerte, vengó a sus hermanos, los que como él habían sido diminutas catapultas lanzadas a la nada. Clavó en la sangre de Camila su aguijón irremediable.

Conversación de Navidad

—Ring…Ring…Ring…

—Bueno, ¿quién habla? ¡Ah!, ¿eres tú?

—¿…?

—No sabes. ¡Un horror!

—¿…?

—Claro, con la familia. Esa noche no hay quien se salve… ¿Estás solo?… ¿Puedo platicarte, mi vida?

—…

—¡Qué Navidad! ¡Vaya nochecita! ¿Te imaginas?: todas mis hermanas con maridos de diferente tipo y nacionalidad; pero, uniformemente, de mal humor.

—¿…?

—¡No! Es que nos hemos sugestionado contándonos la historia de que somos muy unidas, y con esta fantasía nos hacemos pedazos, queremos seguir una tradición imaginaria de tardes familiares pasadas al amor de la lumbre, cuando en verdad descendemos de gitanos nómadas a quienes enferma saber dónde y cómo van a pasar la noche; pero ninguna se atreve a destruir el engaño, porque están los maridos… Ellos fingen que lo creen y nos enredamos con el ideal más imposible del mundo.

—…

—Déjame que te explique: Un mes antes de la fecha comenzamos a planear la noche trágica. Nuestro natural belicoso nos dificulta bastante el arreglo de la cena. Se grita, se maldice, se rechazan por sistema todas las sugestiones. Un desastre. Resulta, por ejemplo, que a nadie en casa le gusta el bacalao, pero tratándose de la Navidad, aunque nos dé escorbuto, no puede eliminarse. En cuanto al pavo, da pena decirlo, no lo soportan ni en mole, pero es el platillo tradicional, y ¡una cena sin pavo!, ¿dónde? El relleno se lleva cien pesos. Castañas y oro molido. Por supuesto quedaría perfecto con migajón y papel crepé, para tirarlo, que es lo que sucede; resultaría lo mismo y se perdería menos. Mi hermana “la rica” opina que de ninguna manera, y se rellena con los más costosos ingredientes que juntos y mezclados saben a grillo. Vinos espléndidos. Sin presumir, hasta Viuda de Clicquot. Por último, el pastel alemán que tomaba el káiser, una receta

formidable que a nosotras siempre se nos quema. Maravilloso, ¿no? Pues en casa un fracaso completo.

—¿…?

—¡Hombre!, la reunión tiene lugar en el *hall* de "los ricos", alegre y calientito (por lo menos en Navidad). El clásico árbol luce lleno de regalos, tal como nos ordenaron los gringos que debía ser. Pero cada pareja llega lo más tarde posible, en un verdadero maratón de impuntualidad. Los últimos, para que nadie se atreva a reclamarles, estrenan una cara de metro y medio. Cada uno, por supuesto, trae sus regalos envueltos en inocentes listones multicolores que descarga furioso junto al árbol sin culpa, como pedradas sobre la adúltera. Nadie hace comentarios. Todos nos esforzamos por no romper con alguna imprudencia que dé al traste con la forzada paz que vibra sobre púas. Los que llegaron primero, como ya se aprendieron el estucado del techo, y tienen un hambre furibunda, se dedican a quebrarle la cola a los pajaritos de canutillo ensartados en las ramas de pino. Mi hermana soporta las mutilaciones con tolerancia ejemplar. Cuando mi gracioso hermano llega, pasamos al comedor. Se sientan todos a la mesa con una incomprensible rabia de culebra. Mientras sirven el consomé, unos piensan en lo bueno que hubiera sido acostarse a las ocho; otros, quizá, preferirían haberse ido a otra parte. El malestar nos contagia y ése sí es tradicional en esta cena. Empieza la catástrofe: tres de mis hermanas, las que siempre están "de encargo", desbordan su electricidad sobre sus maridos que esa noche no soportan nada. Ellos se empeñan en sentarse junto a mí, con la esperanza de que yo, al menos, haga "tierra". El ambiente es imposible, pero como hemos jurado que la Nochebuena no podemos estar separados…

—…

—Lo peor es cuando el pescado hace su aparición. El gesto de desagrado es general. Alguien hace un pésimo chiste. Pide "Mum" para quitarle el mal olor. Luego, por quién sabe qué desdicha, el pavo no se doblega bajo el filo de chuchillo alguno. Permanece intocable guardando el misterioso relleno como una caja fuerte. Y cuando mi hermano dice que es una reunión de momias y que prefiere irse a la cena de las "señoritas X", los maridos montan en cólera y se aprestan a decir cosas desagradables.

—¡…?

—¡Sí beben!, pero no se alegran y como en realidad no cenan un cuñado pide caldo de frijoles; otro, arroz del mediodía. La chamaca descubre un pollito cocido. Lo devoran entre todos y, cínicos, confiesan que esa vianda sí les gusta. La moral mejora y nos apresuramos a repartir los regalos. Con todo, apenas suena la una y media. Yo inventé que estaba muy cansada y desaparecí. Fui derecho

al refrigerador a merendar decentemente una chilindrina y mi vaso de leche. Tomé posesión de mi cama, feliz, esperando que el próximo año no haya aquelarre familiar. Cualquier otro día podemos reunirnos con éxito, pero esa noche no, está visto. Mi preocupación es que ninguno va a proponerlo; “somos tan unidas y nos queremos tanto…”

—…

—¿Con tu mujer y las novias de tus hijos…? ¡Ja, ja, ja…!

—¡…?

—¿Cómo dices?… Bueno, bueno… ¡Ah! ¡Ya llegó la arpía! Entendido; dime aprisa en dónde nos vemos. ¿Sí? Entonces pasas por mí a las seis, ¿eh? ¡Adiós, mi amor…!

Mi chimpancé

Mi chimpancé vino a verme. Es un ejemplar prodigioso. Sentado al bor-de de mi cama me ha dicho que tal como ocurren las cosas no pueden seguir.

Sufre cadenas que lo aniquilan en su alojamiento de ignominia. Barrotes de doble filo le cercenan los ojos. Por alimento le dan tan sólo cáscaras secas. A nadie le importa ya su apetito. Cuando está rabioso, hielo y cilicios. Nadie repara en su bella corpulencia que podría en un instante romper la jaula, hacer añicos todas las cosas, derribar al mal carcelero y danzar a su gusto por los siete bosques que conoce como su rostro, bosques y praderas que recorrimos juntos hace tanto y tanto… Dice que está cansado de no usar su fuerza, de que lo juzguen un derrotado. Sus palabras suenan razonables.

En la jaula en que muere, el aire no le alcanza. Estaría bien para un tití dañado de ascetismo, pero nadie tiene derecho a poseer una bestia magnífica y darle vida de mico.

Antes me divertían sus saltos fantásticos, sus piruetas inigualables me enloquecían; pero mi miedo lo destruye y él no acepta momificarse. Un chimpancé de su talla no puede transigir con esta existencia absurda. Mañana quiere irse y ha de ser por la buena el que yo lo permita.

Es mejor que acepte y que se marche. He vivido olvidando que existe y mi afán por ignorarlo lo enfurece. Afirma que nada ha de pasarme con su ausencia y me dice que soy como un necio que poseedor de una yegua de pura raza no la montara nunca. Está cansado de oírme contar a mis amigos, con vanidad asombrosa, que soy dueña de un ejemplar único, bélico engarce de pasión y belleza, pero que lo quiero encadenado.

Estoy engañada, mi ingenuidad le da pena, no podré lucirlo nunca más; prefiere vagar a quedarse entre mi náusea y mis deseos paralíticos e insatisfechos. Que me quede mintiendo con un pigmeo en la jaula, porque al fin ya debo sentirme torpe para sus andanzas. Ha mucho me mira como a un puñado de madroños secos.

Olvidé que hace tiempo atravesé sus selvas enormes y fui rayo, centella y lumbre sobre la tierra dura, sobre la verde fragua hecha de menta y de césped; me fingí pájaro monstruoso, remolino entre los

árboles, eco de bronce y de orquesta, estremecido abrazo de huracanes y relámpagos; viví sábanas de musgo, campanas y sollozos; pero hubo una palabra que me volvió ceniza.

Él no nació para cautivo; largos años lleva de soportarme huyendo de su indómito sino de violencia y, para no luchar, solemnemente me avisa que tiene que irse mañana.

Ni siquiera me maldice; le causo un poco de risa. No me acusa de nada; me regala mi miseria. Suprimirlo reduce mis posesiones y es cosa que sólo a mí me incumbe. Me recuerda solamente que hubo un tiempo en que no me causaba martirio su compañía y que tal vez ha de pesarme.

Al irse, seré una lápida más en un cementerio; me iré despojando de mi viejo deseo de vivir.

Casi gritó que ya puedo quedarme libre añorando sus estragos, su fuerza y sus incendios. A él ha de vengarlo el titi tembloroso acorralado en la jaula, quien también podrá condenarme. Que el simio pequeñín, con su hocico de grillo, maldecirá mi alojamiento y mi comida de corcho, pero que es tan ridículo y débil que no le tendré compasión. Me aconseja que mejor me encierre yo en la jaula.

Pero eso sí, aunque yo muera, insiste en irse mañana.

Tal ha dicho. Y mientras él pensaba que su intimidación me helaría los huesos, serena alegría iba alzándose en mis desiertos como una aurora lenta y triunfal. Hasta entonces no lo supe. Él decía que era mi fuerza, siendo mi lasitud; que era mi prisionero, cuando se había erigido en mi tirano.

Si él parte mañana, ¡que se vaya! El ronquido de su ancho tórax no manchará el aire de mi amanecer.

Guía en la muerte

Una ráfaga de hongos marchitos hiere a los turistas que ambulan por el largo y subterráneo corredor de cantera.

Al fondo, los cuerpos recostados en la pared. Cuerpos impersonales como leños desnudos, con la desnudez de lo eterno. Se trata del tesoro de un pueblo que danza con la muerte.

El corazón se detiene cuando la procesión descarga su rigidez en nuestro desconcierto.

En el grito que les crispó las bocas, en la distorsión perdurable del semblante, en la plenitud que desorbitó las cuencas, todas las momias claman a Dios… Y al agrandarse la invocación poderosa, el congelado alarido taladra los huesos y la sangre se atropella adivinando el encuentro.

Ninguna de aquellas máscaras habla de paz. Hay algo sacrílego en el fraude de su existencia, en el juego diabólico que retiene su silueta. Están allí distendidas y dolientes bajo la ignominia de nuestros ojos, ancladas en el trance de su agonía.

¿Qué hacemos nosotros, intrusos, los que todavía tenemos sangre, los que tiritamos bajo el abrigo, los que medimos un tiempo verdadero frente a sus pupilas ciegas y arrugadas, los que padecemos mirada obscena y con gesto indiferente mascamos tabletas de goma?

Seguimos al guía por la angosta cripta. Él también se antoja de otra especie que la nuestra. Vestido de soldado enseña una mano afeminada, mientras esconde la otra en los amplios faldones del saco, aunque se adivina, por la holgada manga, un brazo seco acabado en punta. Su bufanda raída lleva siglos de mugre, la enrolla en el cuello y, como un reptil, el tejido se esponja, trepa por su barba y oculta a medias el rostro más viejo del mundo. Con espeluznante familiaridad trata los cuerpos exhibidos, hace tamborilear los vientres huecos, roza, con los dedos de su única y bella mano, la desnudez más íntima.

—Van a ponerlos bajo vidrio —explica— porque la gente es muy atrevida. Hay quien se ha llevado de recuerdo una manita de niño; otros les arrancan los pelos, pues como casi todos padecieron muerte trágica son buenos amuletos para librarse de accidentes.

Luego añade señalando uno de aquellos bultos:

—Éste fue ahorcado por desertor.

Lo contemplamos con interés. Demasiado joven. Su lengua resbala por la boca hasta el pecho. Se conserva enfundado en su calzón de manta que nos conduce hasta sus botas de minero, que afrentosamente le dejaron puestas. Una capa de moho adorna las suelas culpables que no lograron salvar sus nómadas pies de niño; están allí intactas, aún con el horizonte del último camino.

—Aquí está el réprobo —anuncia—. Liberal, ateo, masón de grado 33, murió blasfemando. No le concedieron sepultura cristiana y su mujer lo enterró en el patio.

Sobre su imponente traje negro semeja una tarántula el distintivo de la escuadra y el compás. Lleva el brazo en el dorso y el puño en el pecho; así, eternamente. Es el que permanece impávido, como un bloque aislado en su destino.

—Ésta es la adúltera asesinada por su marido —grita con voz que recuerda la lotería de las ferias.

Alrededor de la garganta la cuerda ennegrecida es un listón de luto que aprisiona una rosa muerta. El óvalo perfecto del rostro conserva las facciones cinceladas sobre pétalos marchitos. Los ojos cerrados, con el terror hacia dentro, extienden las guirnaldas de sus pestañas; la boca guarda un coágulo negro ya desgastado; la contorsión de sus brazos le da aspecto de odalisca que ejecuta una danza, y de sus manos sólo perdura el nácar de las uñas, escamas plateadas sobre hojas de acacia. Comprendo: era tan frágil que incitó al destrozo.

El guía quiere pasar de largo frente a una mujer que aún parece seguir retorciéndose en el postrer espasmo, pero alguien lo interroga. Él se vuelve y exclama irritado:

—A esta señora la enterraron viva. Era muy rica. Le sobrevino un ataque inesperadamente. Todavía tiene parientes en el pueblo; los de Las 3 BBB son sus nietos. Cuentan que a su primogénito, un niño prodigio que tocaba el violín a los siete años, un día, por descuido, le derramó miel hirviente que lo marcó desde el cuello; la quemadura devoró el brazo y hubo que amputar la mano del pequeño artista. El chico huyó de casa. El padre, rencoroso, nunca pudo perdonarla. Años después, el muchacho reapareció. Se dice que sólo el padre y él presintieron que no estaba muerta; pero la enterraron de prisa.

Aquella mujer con los dedos deshechos, incrustados de astillas y quebrados hasta la falange, conserva su obesidad. En la estrechez del ataúd logró volverse boca abajo. El estómago se le escurrió libremente hacia un lado y el pesado cortinaje de grasa disecada le cubrió las caderas; el busto, de dimensiones repulsivas, quedó lamiéndole la espalda, y aspados los brazos en la última desesperación.

Seguimos al guía que, malhumorado, trata inútilmente de encender un cigarrillo con su mano temblorosa.

—Este general se suicidó cuando los insurgentes se apoderaron de

la plaza —explica casi con regocijo.

Luce enjoyadas condecoraciones sobre un sudario de harapos. Solemnes patillas y bigotes color de caña. Alto y majestuoso nos recuerda a Maximiliano por la cicatriz envejecida que en forma de corona lleva en la frente. Tieso e inmóvil, en actitud de revista, asiste a una parada de escuadrones fantasmas.

—La madre y el niño —apunta casi inmediatamente el guía.

Un tajo en el vientre muestra las vísceras. Ni una gota de sangre retuvo la oquedad. Palidez total más allá del vértigo da a la piel transparencia de vitela y un gesto de asombro hay en el rostro por la expiación inesperada. El pequeño cuelga pegado a sus entrañas, nonato y yerto, las manitas encogidas se aferran al laberinto del cordón umbilical que lo estrangula y dobla su cabeza como un fruto de limón desgajado. En los senos henchidos de la madre duermen ríos de perlas y duerme el llanto ineficaz de sus párpados sin ojos.

—La novia —dice el cuidador acercándose a una nueva figura—: solterona perseverante, rezó novenas y hasta la estrafalaria oración de San Pascual enseñada por un vidente. Practicó brujerías: usó el amuleto de Buda, los tres pelos de canguro, la saliva de serpiente y los siete granos de sal, pero cayó muerta el día de la boda.

Lleva ropa plomiza con encajes y azahares. Las manos enguantadas aprisionan la imagen del bisoño, rostro triste que ella soñó para su vida. Con sus arrugas amarillas veladas por el tul polvoriento, difícilmente disimula la lluvia de viruelas y parece ridícula virgencita de barro, como las que adornan devotamente las Hijas de María.

Por último, nos señala a dos niñas vestidas de solferino y azul. Muñecas pueblerinas enterradas con sus galas de pasear y a un niño que se ahogó; pequeñito y endomingado, mascota del trágico panteón.

El guía tose y apresuradamente da por terminada la visita. Los vivos nos arrastramos tropezando con los cráneos que se acumulan hasta el techo.

Un movimiento torpe hace que la bufanda que oculta el cuello del guía resbale y, cuando él se apresura a cubrirse, yo he visto una quemadura repugnante que pliega su carne y avanza por su pecho.

No resisto más. Me adelanto a todos, hacia la vida. Es música el zumbido de abejas que me recibe bajo el sol. Palpo mis cabellos, mis latidos y mi piel, ¡todavía vivo! Puedo llorar sobre mi instante fugaz. La certidumbre de que existo me golpea las arterias.

Guanajuato, 2 de noviembre

La timidez de Armando

Encajonado el rostro en su cofia de listones, con rehiletes a los lados como orejeras de potrillo, desde su primera semana la madre lo exhibió como una curiosidad.

Las vecinas lo pasearon de mano en mano; le hicieron minuciosa revisión de los pañales, de la camisa deshilada, de la chambra de madroños, del babero condecorado con rositas rococó y de los zapatos hechos de tul espuma. Después de escudriñarle los interiores como a nuez suculenta, todo acompañado de arrumacos, y movidas, y onomatopéyicos sonidos, que en el infante promovían mil pucheros, opinaron que se trataba del bebé más adorable del mundo.

Las pruebas con terciopelo, con sombreros de paja y con plumas de perico demostraron que las hojas de lechuga, con que rociaban el baño, eran las que fomentaban su color apitahayado.

La madre movía al niño durante la noche para comprobar que no estaba muerto o hacía ruidos inesperados para que la criatura, a saltos, diera prueba de que no era sordo. Su fervor al deporte maternal hería de besos mejillas y muslos del chamaco que enloquecía de histeria.

Hasta los siete años, por esmero materno, lució melena rubia llena de cairelitos que lo hizo del todo desgraciado.

Mamá se ponía muy contenta cuando alguien festejaba al bebé como a una niña.

Mordíale feliz los cachetes para sacarle chapas y, llena de orgullo, parecía gritar a las comadres, señalándose el vientre, como aquellas impetuosas matronas espartanas: “Aquí tengo el molde”.

El niño se consolaba haciendo en la pared agujeritos para roer el yeso de los muros. Más grande, cuando le dio aquella fiebre, se acabó un santo de barro oloroso; empezó devotamente por los pies benditos y siguió escaleras arriba hasta la aureola.

Según el decorado con que madrugaba la imaginación de su mamita él luciría ropas de hombre o de mujer.

Quizá su malograda vocación de corista la obligó a confeccionarle aquellos extravagantes disfraces. No había semana que el hijo no sufriera alguna transformación: de Niño Jesús a Pierrot; de rey negro para la misa de gallo a china poblana para alguna kermés. Estas

metamorfosis lo tenían enflaquecido, con la angustia del "sobresaliente" que teme ocupar un puesto inesperado.

En trajes y retratos su madre gastó una fortuna. Con los estudios fotográficos se hubiera llenado una galería: desde el imprescindible desnudo hasta el vestido de charro.

Le enseñó, además, bailes ridículos y chistes pesados que el pequeño interpretaba con torpeza notable.

—¡Mi amor, mi rey, mi dulce de leche! —gritaba sin importarle que la oyeran los vecinos.

En seguida:

—¿Verdad que es un rorro?

La vergüenza lo congeló por dentro.

¡El proceso de las comidas! Peor que el famoso de Landrú, o de Al Capone.

Primero, el biberón con aquella birria espesa que llevaba diez vitaminas: huevos, hígados, el puré de todos los cereales, miel de croto, hierbabuena, flor del pinto y vitiligo. Después, las gelatinas que, según creía la buena señora, con hojas de naranjo adquirían matiz alcohólico. Allá en sus mocedades bebió un ponche de hojas con piquete y se aferró a la idea de que son las ramas de azahar las que producen el alcohol, y cuidaba, siempre, de no excederse. En seguida, raciones de alpiste, entre advertencias:

—Escupe, querido, no te pases la carne, tú no la sabes tragar. No te gusta lo frío. Te hace daño caliente. Escupe, mi bien, escupe…

Y el niño no se quedaba con nada.

Era un adolescente asustadizo, de pálidos cabellos, con inverosímil aspecto de postre. La economía de sus labios lo mostraba totalmente de jamoncillo. La transparencia de la piel permitía admirar el reflujo de su sangre que, con el más leve pretexto, le hacía oleajes por el cuello. Bastaba un portazo, o que se hiciera añicos el cristal de una ventana, para que con la ligereza de la leche, cuando hierve, le estallara el color en los oídos. Cuando el aluvión sanguíneo ascendía y avanzaba hasta el cerebro, el detrimento de su voluntad era definitivo.

Su madre lo quería con un amor eléctrico que lo debilitaba más que una calentura. Al verlo tan frágil se entusiasmaba con él pensando que este hijo le pertenecía como su faja o su dentadura.

A pesar de todo el muchacho no era tonto. Su inteligencia de onda lenta registraba las ideas con retraso (no sabía pensar de golpe).

En todas partes su encogimiento le jugaba malas pasadas. En las aglomeraciones, si una obesa ponía sus kilos sobre su zapato, él permanecía bajo la aplanadora sin informar a la robusta que lo estaba volviendo oblea. Podía caerse el mundo antes que incomodarla.

En las fiestas, cuando animado por sus compañeros al fin se acercaba a alguna mujer bonita, se dedicaba a mirarle el rostro con tal

arrobo, que la mamá o el hermano lo sacudían con una sonora cachetada, pues su maldito apocamiento lo doblaba hasta el escote de la chica.

Ni siquiera podía negarse a fumar aunque no lo acostumbrara. Igual sorbía puros que cigarros rusos y se quedaba con el humo en el cuerpo hasta tomar el color del celofán clarito.

Las niñas de la cuadra, aunque lo supieran insípido, se empeñaron en arrancarle una sonrisa; algunas arriesgaron sus pañuelos confiadas en su galantería, pero el infeliz se quedaba sobre la prenda convertido en herradura.

¡En cuántas ocasiones, flaco y entelerido, esperó el tranvía y dejó que pasara sin atreverse a incomodar al motorista! ¡En cuántas otras recorrió las esquinas en busca de viajeros decididos que justificaran la molestia!

Si subía a un autobús, era tal su azoramiento que saludaba de mano a los pasajeros y, confundido ante las miradas que caían sobre el rubor de sus orejas, se bajaba mucho antes de llegar a su destino.

En la escuela, al preguntar el maestro quién había roto los vidrios, su conmoción era tan intensa que parecía el responsable y siempre tenía el monedero en la mano.

Una vez se refugió de la lluvia en el quicio de una puerta; el sirviente de la casa abrió el portón, lo supuso pariente de la familia y lo hizo entrar. Armando, sin poder negarse, lo siguió hasta la recámara de la señora. Se le volvió un problema explicar en la comisaría que el criado lo introdujo hasta aquella intimidad y, al ser acusado de allanamiento de morada, por el marido furibundo, las disculpas resultaron increíbles.

Su madre pregonaba a los cuatro vientos que era un hijo sensible, lindo, delicado, el más inteligente y gracioso de todos los niños nacidos de señorita.

Una mañana, Armando hizo el inventario de sus desventuras y, como su vacilación le impidiera suicidarse, decidió algo definitivo.

En el pueblo no existían más que las lenguas que contaban la fuga del hijo descastado.

Desde entonces, la madre contaba interminablemente, entre sollozos, a sus amigas las gracias de su ex niño. De cuando escupía a las visitas y se sentaba en sus sombreros y, entre otras muchas monadas, aquella palabrota que sabía aplicar tan bien a las señoras… Luego, recordaba melancólica que de pequeño, cada 10 de mayo, le entregaba una composición escrita con letra redondilla en donde hablaba incomprensiblemente de tormentas, del abrazo de los pulpos o de plantas venenosas que se alimentan con sangre, y la buena señora tuvo la sospecha de que este chico raro no hubiera comprendido que el tema, en este caso, era el de la madre.

Digo yo como vaca

Si hubiera nacido vaca estaría contenta. Tendría un alma apacible y cuadrúpeda y unos ojos soñolientos. Dos rosas cabalgarían en mis flancos, orgullo de mi estampa bermeja. Mi cola, entretejida con papel de china, espantaría las moscas que retozaran en mi lomo como sobre un puesto de fruta. Junto al río, hincharía mis riñones con enormes tragos de agua, y barrerían mis belfos el perfil verdoso donde flota el limo. Buscaría siempre tiernos retoños y triscaría prefiriendo el perfume del trébol a la madura caña. Por bonita habría de cercarme el bramido del toro.

Los años en mis ojos húmedos, en mi espera en el llano, en mi testa de sueños, se estancan. Me gusta frotar la piel sudorosa en el aprisco asfixiante mientras por mis lagrimales pasean las hormigas acariciándome las cuencas. Horas y horas paso sobre el musgo terso sin hacer ruido. A la queda, bien echada en mis cuadriles pienso que el cielo es un enorme prado de alfalfales azules, y el sol un semental de fuego.

En la cerca de huizaches, cuando los labriegos se acerquen les enseñaré mis ubres de lino como una cordillera y los terneros nutridos de mi zumo.

Con la mente hueca viviré sin culpa, alerta sólo al toque de las seis campanas que dispersan el repique de su voz sobre el sembradío. Descarriada en el valle iré a lamer las piedras salinas, las que se amontonan y bardan el campo más allá de la vereda. En la calentura de los mezquitales detendré mi carne perezosa para mirar cómo a las lagartijas les palpita el vientre color de arsénico y cómo las acerinas de sus ojos se petrifican bajo el sol llameante.

Cuando algún becerro cayera en el barranco, mugiría con fuerza para que los pastores bajaran corriendo hasta el soto y le hicieran una tumba de siemprevivas. Pero yo siempre estaría inmóvil, solemne, ídolo de siesta infinita, mientras mis mandíbulas rumiaran suavemente la eternidad de la tarde.

Y se abrirá el Libro de la Vida

Ven y verás: el bosque se mueve con lentitud de paquidermo. Y la caudalosa espesura de madreselvas desnuda su letargo al paso de las zarzas. Y apuñaleantes cactos y filosas espigas se deslizan sin quebrarse. Y se aproximan las legumbres junto al cauteloso andar de las mandrágoras.

Ven y verás el alud de los mezquites, sicomoros, palmeras y árboles que dieron fruto. Y cómo cruzan los juncos con velocidad de ciervos y saltan los cipreses. Y las biznagas de vientre hidrópico se apresuran en el camino. Y los flamboyanes, con su jauría de hojas en brama, desaparecen. Ven y verás: las rocas no detienen la ráfaga de acantos ni existe brisa que mitigue la convulsión de los laureles. Y perece el júbilo de la creación, con sus nidos llenos de alas y sobrecoge el silencio del inevitable morir, y con él, la tiniebla que no cesa de llover sobre la tierra.

Ven y verás: los lagos abandonan al polvo sus zaleas calcinadas. Y huyen los riachuelos y dejan sólo líneas sobre un mapa de tierra. Y granizo de luto devora la floresta, y el mar de sal inunda vetas y agota torrentes y cataratas y marchita la lluvia de nieve en los volcanes. Y el rocío se petrifica sobre los tallos y enjuta el estruendo de los vendavales. Y queda el mundo sin una gota de llanto.

Ven y verás: se amotinan las fieras y se arrastran en oleaje de huesos rechinantes. Inmóviles lagunas de caimanes y búhos vacían sus ojos como lunas y los osos taladran sus vísceras. Y con la fija interrogación de sus cuellos sepultados en la arena, los dromedarios entre nudos de gritos y aullidos de jabalíes, y estertores espesos, se desangran.

Ven y verás: tigres de fauces impías y corceles de bronce y de espanto rastrean el hielo y las veredas duras de los áspides y huyen las alondras por la garganta del cielo. Y caen igual que piedras los animales domésticos y todo ser vivo se convierte en ceniza.

Ven y verás: mueren las estrellas, se empequeñecen y se transforman en diminutas cortezas con brillo de lentejuelas podridas. Y cascadas ciegas brotan del seno del sol, relámpagos de azufre deshacen sus montes, emerge su cabellera de uranio. Y en el caudal de su fragua los metales caen llameando al vacío y los astros se

desvanecen. Y se borra el último lucero y desaparece el espejismo de la luna.

¡Ven y verás! Los bosques derrumban sus cadáveres y el horizonte de troncos crece y la monstruosa montaña de leños aumenta como una inundación y retumban en la sima y remueven sus escombros y se desparraman atrapados por el desconcierto, en “un solo haz de pesadumbre” y sobre el sepulcro de los soles, los troncos calcinados se buscan en sus huesos, mientras el aire sopla doloroso.

Pero cuando la carroña de las ramas desaparece, los contumaces de la tierra buscan resquicios del antiguo fuego. Y los de sangre reseca, sordos y heridos de blasfemia, distiéndense en la penumbra con su larga imploración inútil en espera de su definitiva muerte.

La dimensión de la sombra abarca la inmensidad.

Y todo es destruido. Sólo la Voz del Señor flota sobre la nada.

Y se abrirá el Libro de la Vida.

El firmamento inflamará sus “candelabros de oro”. Y el peso de su luz justificará el signo de la espada. Y las bíblicas voces del torrente lo aclamarán. Y se abrirá el Libro de la Vida… Y poderoso fuego estremecerá los nombres de los que vuelven de la muerte purificados. Y se abrirá el Libro de la Vida.

El viento dejará flotar su túnica y las zarzas florecerán quedándose sin sed y sin lágrimas. Y la tierra será absoluta claridad con sus árboles redivivos.

Porque se abrió el Libro de la Vida.

Canina fábula

Un San Bernardo sin muelas, viejo como una encina, lo recibió en la puerta. El recién llegado iba a retroceder cuando la voz del notario sonó tranquilizadora:

—Pase, joven, pase. No tenga miedo, es un animal muy noble.

El muy noble le huele el susto y con la leonada cabeza le va dando empellones por todo el patio hasta meterlo en la sala donde otros dos ejemplares chatos, tipo gánster, lo amenazan con la doble carrillera de sus fauces tendidas de oreja a oreja.

Pasan entre sus piernas con la furia de un ciclón, acometen al muchacho y casi lo derriban. Perseguido por la rugiente furia escala una baranda, lo suficientemente baja como para que el San Bernardo se limpie las babas en sus pantalones ante la impasibilidad del dueño de la casa. Los otros dos, sobre las patas traseras, empujan sus evidentes y animales tarascadas. Cuando pasan junto al San Bernardo se hacen disimulados como si no lo conocieran y enfocan contra el huésped su inteligencia proverbial.

El muchacho calcula la distancia del barandal a la puerta… Si apareciera un pretil salvador, una cornisa amiga, pero nada: el patio y la lisa soledad de los muros. Los perros se aconsejan y sientan plaza de dragones al lado de la puerta.

Su alarma crece al observar que van y vienen desde la orilla del incómodo refugio hasta la, ¡ay!, inexpugnable salida, lo olfatean y ladran de risa.

Sus tres enemigos están de acuerdo en acribillarlo a dentelladas.

¿Qué puede hacer un hombre de carácter, cuando está a punto de morir, sino entregarse a la meditación?

Él tenía ideas muy peculiares acerca de estos animales. Pensaba, por ejemplo, que vivían imaginando las calles con aspecto de selva, el suficiente para devorar a las personas. Desde aquel diminuto ejemplar, pelo de alambre, que le obsequiaron cuando cumplió cinco años, quedó expuesto al giro de sus reflexiones. El cachorro, que parecía un juguete, apenas lo vio sin madre, le mordió con ímpetu las pantorrillas. Por eso su terror desandaba calles y calles para evitar el encuentro con algún perro. Cuando los veía venir, cambiaba de acera apresuradamente y repetía su movimiento de defensa cuantas veces lo

amagaba una nueva sombra.

En vano conoció diversas historias de perros fieles y los vio afanarse en películas donde superaban la inteligencia del hombre. No lo convenció la existencia de famosos cementerios exclusivos donde los más poéticos epitafios son innegable testimonio de aprecio. Tampoco lo disuadieron un tratado notable sobre el cielo de los perros y hasta una tesis que plantea la posibilidad de que tengan espíritu. Además, leyó importantes estudios especializados donde se afirma que sólo les falta un grado para ser hombres, como hay hombres a los que les falta un grado para ser perros. Aprendió poesías que ponderaban su amistad y desgarradoras melopeas con música de viento. Difería en absoluto de opinión. Achacaba el entusiasmo al romanticismo de algunas solteronas que se equivocan, como con los gatos: por más que afirman que son machos, invariablemente tienen gatitos.

El encomio de estos lobos sueltos en las ciudades proviene del rencor de los que detestan la compañía de sus semejantes.

Para él, serían siempre animales de presa con inteligencia diabólica que olían el terror y adivinaban el pensamiento. Vulnerables al soborno como cualquier juez de distrito. Tampoco creía en su famoso olfato perspicaz, insuficiente para distinguir si un alimento está envenenado, pues se lo almuerzan con la misma ingenuidad que Esaú su plato de lentejas. Monstruos llenos de malicia, ávidos de lo siniestro. Hasta el Pekinés abominable adivinaba su cobardía.

¿Y aquel grande de plomo reluciente que estiraba el cuello por la reja hasta la cintura, y cómodamente mordía a los que pasaban?

¿Y el Maltés al que le dio la rabia y se comió enterita a su patrona?

¿Y el perro policía que se fugó con los ladrones?

¿Qué opinar del Salchicha que devoraba tres kilos de chorizo y arruinó al pobre carnicero?

Él estaba en lo justo. Hasta el demonio era afecto a encarnar en su figura.

Lo intolerable, lo que verdaderamente odiaba, era que Elena, si se puede decir, salía a pasear de la mano de un Galgo. ¿Sabría ella de su miedo?

Entre nubes oye al notario dictar y dictar y preguntarle si se siente indispuesto, pero en ese momento lo acechan los seis ojos de brillo inquietante, lo ven madurar y esperan.

Lo urgente es permanecer ahí, que nadie lo obligue a descender.

El letrado alza los ojos:

—¡Aquí está la escritura!

El muchacho se aferra a los balaustres como San Marcos a su león.

—Tenga —repite el abogado, pero el joven, con vigor repentino, plantea negocios fantásticos, gasta palabras por más de dos horas para entretener al buen hombre y esperar a que mueran los perros.

Sorprendido el licenciado por su inusitada locuacidad lo ve con desconfianza:

—Hablar desde el barandal no es de personas decentes —y piensa en pértigas, grúas, para echarlo fuera de la casa.

Como llovido laurel, el encaramado suda e inventa. Envía telegramas de despedida a su madre, a Elena. Sueña con que algún terremoto convierta en cariátides a los canes. ¡Pero no bajará, no se irá nunca, aunque anochezca! Se plantará ahí para siempre hasta que entierren a los perros.

Topos uranus

La única compensación de mi juventud desolada fue el acarreo de perfumes, jabones y cosméticos con que atestaron la bodega de la casa. Las más finas esencias acompañaron mis años de adolescente y, entre efluvios, toleré el nacimiento pertinaz de mis siete hermanas, una por año.

Pude usar un perfume cada día de la semana. Si el lunes olía a "Heliotropo", el martes olía a "Rumor", y el siguiente a "Escándalo", y después a "Arpegio", a "Hora Íntima", a "Intermezzo", y el domingo a "La Nuit Bleue". Cada amanecer escogía de aquel jardín fantástico una flor diferente. Era tener el arco iris al alcance de la mano. Estuve embebida en colonias y esencias y no creo en un elíxir con el que no me haya saturado. Costosísimas cremas para las arrugas me recorrieron del tobillo al muslo donde generosamente las extendí y logré una suavidad que todavía me dura.

Cuando le tocaba su turno al polvo me daba baños completos hasta tomar la apariencia de un fantasma. Ya vestida… sólo un movimiento para que de mí lloviera tamo como de un costal de trigo.

Este huerto de magia aminoró muchas de mis amarguras. Largas horas pasé contemplando las ánforas blindadas, absorta ante los ostentosos envases coronados por diademas o por exóticas cabezas de africanas con sus collares de piedras. Los había con tapones esmerilados mayores que las botellas, otros remataban en prismas o en forma de lágrima, y había uno fascinante incrustado de rubíes y diminutos tréboles de plata; su interior de ópalo derretido tenía burbujas atigradas.

¡Aguas llenas de crepúsculo! ¡Frascos que degollaron sus gargantas frente a mis ojos ávidos! ¡Paisajes que viví a través de sus entrañas! ¡Botellas que imaginé un desfile de niñas ricas en traje de gala!

Había esencias que huían inexplicablemente en hemorragia invisible aunque las manos no tocaran los frascos. Esencias que se iban como se va la vida. Los pomos, con sus cerraduras intactas, en breve tiempo vaciaron sus urnas, y la sensación de su ausencia empañaba mi gozo enfrentándome al terror de su fuga.

Era famoso "nuestro olor" por toda la colonia. Y aunque esta popularidad molestaba a los de casa, a mí me enorgullecía.

En el internado fui un personaje. Excité la envidia de mis compañeras. No les cupo el asombro cuando comprobaron que usaba cuatro jabones distintos para mi aseo en el baño; el de "Hiel de Toro" para el cabello, "Heno de Pravia" del cuello a la cintura, legítima "Lavanda" de la cintura a los tobillos (porque los pies nunca me los enjabonaba) y, por último, el de "Ross" color de caramelo para mi cara y mis manitas. Llegué al colmo cuando como una excéntrica millonaria les enseñé las lociones que me cubrían cada día, y me entusiasmaba deslumbrarlas regalándoles con profusión muestras pequeñas de perfumes costosos, tanto, que hasta logré olvidar mis medias de popotillo que parecían remendadas con soldadura autógena.

Cuando alguna buena chica me decía llena de admiración: "¡Debes ser muy rica!", escondía mis zapatos sin media suela para contestarle en la forma más despreocupada: "Algo, algo…" Ahora, que había niñas malas que amargaron la posesión de mi tesoro llamándome *la Urania* y haciendo conatos de vómito cuando mi estela implacable las azotaba o asegurando que les producía jaqueca mi persona.

Pero fuera de esos malos ratos fui dichosa con aquel bosque de fragancia que era todo mío como mis cabellos y mis lágrimas.

Afortunadamente mis padres no tomaron el menor interés por el destino de aquellos sobrantes. Si alguna vez regalaban a sus amistades un perfume tenían que soportar mi llanto y mi histeria, pues me creía despojada.

Nunca supieron la importancia que aquel paraíso de colores significó para mí, para mi espíritu abandonado a la sola emoción de aquella bodega encantada.

Las ratas

—¿Hace tiempo que trabaja usted como bolero? —pregunto distraída al tipo que da vertiginoso lustre a mis zapatos.

Responde una voz venida de un cántaro:

—¡Oh, no! Llevo apenas dos años. Durante veinte fui velador en el Panteón de Dolores, era yo quien copiaba las actas de defunción. Aquí donde usted me ve, cursé la secundaria y tengo muy buena letra.

¡Veinte años!…, miro al hombrecillo de edad tan indefinible. A golpe de vista era un muchacho.

Flaco, lampiño y borroso. Con un ojo encogido bordeado de azul que guiña sin su voluntad; la pupila triste naufraga en un caldo sanguinolento que le rebasa el párpado. El ojo izquierdo es diferente; puede pensarse que pertenece a otro dueño. Su labio superior cae lo mismo que el volante de una blusa vieja. El cráneo, dividido por una vena oscura que baja rodeándole la cara, parece un bulto sujeto con un cable.

Despide vaho de orines de caballo y un persistente olor a niebla que inquieta a los propios árboles.

Las manos pequeñas recuerdan el vientre de las iguanas. Seguramente no existe quien desee la caricia de esas manos.

Pero esta cosa habla, y lo que dice es más desagradable aún que la cara que tiene que llevar por el mundo.

—No crea usted, vigilar un panteón resulta difícil. Pero no piense que molestan los muertos, ésos ni resuellan. Si por ellos fuera, se lo pasaría uno muy aburrido. No; lo interesante son las ratas. Las hay por millonadas. Mire, es algo emocionante, sobre todo cuando llega un muertito. ¡Qué animales más inteligentes! Adivinan la hora exacta de la llegada de un cuerpo. Verá usted: inmediatamente que se cierra una fosa corre un rumor como si granizara; puede distinguirse que se atropellan en los laberintos subterráneos; como potros, se desbocan en el viaje despavorido para asistir al banquete que pregona la fetidez del aire. Vienen de todas partes, igual que la gente de las rancherías cuando sabe que algún compadre ha matado puerco. Puede oírse cómo pelean las hambrientas para defender su porción de carne manida. Crujen en ruido sordo las entrañas que desgarran sus colmillos. En unos cuantos minutos se hartan, pero se renueva la

manada infinita que pule los huesos igual que una máquina. Aunque usted no lo vea, se da cuenta de que el esqueleto se desintegra, de que las ratas juegan con las canillas brillantes. Revuelven los huesos y el irreconstruible rompecabezas se dispersa trágico como un puñado de piedras. En los hocicos arrastran despojos de pelo, tiras de pellejo, residuos de tripas que vomitan empalagadas.

Los animales pesados y lentos hacen su paseo al sol. Sus vientres hinchados, como las bolsas de lona rellenas de pesos, esperan digerir la podredumbre.

Estas ratas carecen de miedo; indiferentes, se tienden boca arriba infladas de cáncer. Alguna vez se nos ocurrió extinguirlas a palos o a pedradas, pero reventaban como si todas las cloacas del mundo se vaciaran de pronto en el jardín.

Pasean por su imperio dueñas de la muerte; calvas y malignas se burlan de los hombres condenados a servir de pasto para su hambre eterna. Sus infernales pupilas resbalan familiarmente sobre los enterradores que duermen. Ríen de los seres que ceban su cuerpo, su piel y su sangre y que no podrán salvarse del estuche macabro de trompas afiladas y colas repugnantes.

Doy una moneda al hombrecillo y procuro que mis dedos no toquen su mano. Lo veo alejarse. Su estatura no es mayor que cuando sentado lustraba mis zapatos, como si no tuviera muslos y las rodillas fueran pegadas a la caja del cuerpo; arrastrando los pies camina igual que un mono de cuerda.

Miro mis manos, mis manos perfumadas, la piel que cuido y que también será devorada, repartida en sus lívidas panzas manchadas de jiote; yo que me amo tanto y que evité el contacto del pobre bolero…

Una carta para Absalón

Queridísimo:

¿Por qué no hui contigo la tarde que me lo propusiste? Hace trece años… la edad de la cordura.

¡Cómo lo he lamentado!; cuando cumplimos veinte fui yo quien lo propuso, ¡qué extraño lenguaje el tuyo!

Absalón, ¿quién inventó las palabras?

¿Qué dolor me hace insistir en lo nuestro?; hoy escribo para pedirte ayuda, pero no se trata de ti.

Deben habértelo contado:

Voy a realizar el sueño de los míos: emparentar con un noble. Mi familia hubiera preferido un título que se remontara a los antepasados de doña Urraca o al menos a la ascendencia directa de Barbarroja. El título de mi novio, recién acuñado como un pan salido del horno, aminora parte del éxito.

Con el fin de que te des cuenta de lo grave del problema, tengo que explicarte algo de lo que me ocurre en ésta, mi nueva patria.

Mi familia no repara en gastos para que yo aprenda los conocimientos que me pongan a la altura de esta aristocracia tan refinada. No sabes a qué velocidad asimilo cierta elevadísima cultura. Estudio esgrima, el Gotha, solfeo, danza, genuflexión, ajedrez, protocolo, etcétera.

Vivo en excitación continua.

Agotaría cien páginas contándote mis emociones.

Figúrate que los reyes —que todavía no he visto— se ocupan en quehaceres muy peculiares: firman tarjetas de agradecimiento para los visitantes ilustres; nombran condes, cuando ya se están acabando; vigilan que a las carretelas no les falten sus motitas doradas, y obtienen le *grand prix* en las exposiciones de perros.

La puntualidad de los vecinos es sorprendente, así como su empeño en beber pócimas de no sé qué clase de hierbas, huérfanas de alcohol y de sustancia. Padecen un deseo frenético de ingresar en la nobleza, aunque bien saben que es casi imposible y que en la corte todos son desdichados puesto que tienen un solo papel repetido eternamente. A nadie dejan iniciativa para conseguir simpatías y mejorar de condición.

Mi prometido me advierte que, en palacio, nuestro título nos otorga la merced de colocarnos a metro y medio de la puerta y hacer una reverencia cuando el maestro de ceremonias nos lo indique, pero no hay esperanza de que nos dejen hablar, ni para decir “hola” o “buenos días”.

En casa se hinchan de vanidad al suponer que los periódicos y revistas tendrán que retratarme al lado de príncipes y condes.

Aquí toman muy en serio los linajes. El nuevo noble hereda sangre real al mismo tiempo que recibe el título. No se pueden hacer bromas acerca de este asunto.

¡Ah! Tienen algo maravilloso. Un Club del Silencio. Tan difícil es lograr ser miembro de él, como que te nombren zar. Poseen un edificio extraordinario. Rigurosamente alfombrado; desde el portón las pisadas desaparecen con tan blanda sordina que dan la sensación de ir en el vacío o en una sala de enfermos graves.

Los socios ocupan sus mesas y juegan solitarios, barajas de franela con algún fantasma que les acomoda las fichas suavemente. Para aminorar el ruido, esta sociedad inconcebible liba aguardiente en vasos de corcho y evitan que truenen los bocadillos para botana sirviéndolos remojados. A los que respiran fuerte o roncan en la siesta les ponen silenciador.

Hasta las hojas de los libros y revistas son de manta pesada.

Lo más impresionante es que el mutismo los iguala a todos. Su consigna de mudez los nivela como la misma muerte. Ninguno puede alardear de sus éxitos, ni descubrir su imbecilidad; la inteligencia resulta nula y hay idéntica oportunidad para sabios y cretinos en este concurso de cadáveres llenos de salud. Es la única forma de igualdad humana verdaderamente posible. El no hacer comentarios sobre su propio esqueleto los libra de comparaciones odiosas y les da un conjunto vegetal muy armonioso. Mi prometido es socio del Club y me alarma que, de tanto no hablar, vaya a perder el tacto.

Por varios conceptos el país es fascinante, siempre me resulta nuevo. Pero hay una preocupación que me lo amarga todo y por la cual te escribo, ya que únicamente tú, mi fiel “hermano”, podrás aconsejarme:

Lo que dificulta la realización de mi boda es que los “dueños del protocolo” exigen a mi flamante marqués que yo posea también un título nobiliario. Para otorgármelo sólo aceptarían alguna acción verdaderamente heroica. Así que si no me pongo heroína jamás tendré derecho a alternar con las rancias familias, pues tal anuencia no la puedo comprar ni con todo el oro de mi padre.

¡Cuánto desearía que estuvieras aquí, tú, mi amigo de infancia, mi dulce Absalón, que tan bien me conoces y sabes lo débil que soy para resistir a los planes de mi familia!

Mi abuela me sugiere que atraviese el Canal de la Mancha en un braceo novedoso, con la respiración a cuestas, que es la que estoy ensayando. Mis primos me aconsejan que me desplome en paracaídas, sin abrirlo, hasta que me halle a dos metros del suelo, cosa que mucho entusiasma en este país y parece que ya lo intentaron unos voluntarios el año pasado, aunque no tuvieron suerte.

Quizá fuera más fácil arriesgarme de mujer mosca, trabajito novedoso que por aquí no se conoce, aunque sea tan popular en nuestra tierra. Pero la principal dificultad reside en que los edificios son lisos y medio enjabonados y, por otra parte, es imposible ensayar en los camiones; van muy de prisa, con las puertas selladas como las bocas de sus habitantes. En los ferrocarriles tampoco es posible mosquear; llevan la ruta sin escalas y me cuentan que duran meses en movimiento continuo.

Tendré que hacer algo extraordinario, pues está decidido que sin un acto sublime no hay matrimonio.

Ante tantos obstáculos me siento como un caballo de carrera con las patas trabadas.

Sé cómo me quieres y te ruego que por cable me envíes una idea fácil y original, porque sólo me dan una semana para que me escrituren un árbol genealógico.

¡Ay, Absalón!, ¿por qué no huiría contigo la tarde que me lo propusiste?

Te abraza como siempre,

XXX

Judit

Ramiro no me ha dicho nada. Mi risa, mi turbación, debieran obligarlo a seguirme, pero sólo aparece su temerosa palidez. Voy hasta su casa, hablo con sus hermanas y siento que, invisible, grita su poder, su deseo, su extravío. Regreso siempre sin compañía, ni su abrazo ni su voz me ayudan, y todos lo saben: me ama. Ramiro es el escándalo del pueblo porque riñe, porque no va a la escuela, porque ronda desesperado. En la noche lo oigo caminar, siento que respira junto a mi boca, siento que llora. En el día desaparece, y cuando estamos en el teatro es dulce y terrible.

Judit terminó de acomodarse los rizadores, se alisó la ropa y salió del camerino.

"¿Qué sucedería si en la destrucción sólo la torre ardiente de los ojos te buscara? ¿Qué sucedería si en la desgracia no consiguiera el abrigo de tus manos? ¿Qué sucedería si por ir contigo el corazón me abandonara?"

Ramiro entonó el parlamento junto a las atónitas pupilas de Judit.

"Y si todo es así. Si desaparece nuestro amor, escojo la crueldad de la espada".

El signo de muerte puso fin al ensayo.

—¡Mañana a las siete!… ¡Mañana a las siete!

La orden fue dejando, lenta, el teatro vacío.

Afuera la lluvia y la niebla revueltas con los ruidos de la cantina y el billar. Recargado en una columna, Ramiro vio la ráfaga del vestido de Judit apagarse en una esquina.

Los dieciocho años le calentaban la vergüenza de conocerla desde niña; tiraban de su timidez para que no le hablara, para que no se atreviera a saludarla; lo empujaban al desdén por sus compañeros; le cebaban el odio contra el pueblo; lo oprimían en corrosiva soledad.

Tomó una piedra, la tuvo entre sus manos, segundos, y luego lo encaró un estrépito de vidrios y de apresuramientos.

—Se me dio la gana. Pagaré lo que sea.

No se atrevieron a tocarlo.

Armado de cólera marchó delante de los guardias, entró firme en la comandancia y, temblando, recibió el regaño. Al salir, cuando su

padre llegó por él, los que ahí estaban no soportaron la llama de sus ojos.

—Malditos.

—Creen que porque tienen dinero pueden hacerlo todo.

—Anda como loco.

—¿A mí qué me importa lo que haga? No porque sea rico tengo que fijarme en él.

—No es mal muchacho. No es feo. ¿Qué tiene que sea rico?

Las tías, las hermanas, las amigas, eran sus adversarias. Inoportunas y prolijas recaían, porque sí, en hablar de los Quezada y sobre todo de Ramiro. No había suceso desligado de su casa, de sus bienes, de su persona. El muro de rencor y de superficial indiferencia con que Judit paraba las arremetidas a veces amenazaba ruina, sobre todo cuando él declamaba con lúcida dolencia la congoja de Tristán.

Con qué despego, con qué repulsión seguía Judit la preferencia y el consentimiento con que todos lo admiraban. Un error, un movimiento en falso, una advertencia, un olvido, aunque el director no los marcara, eran la justificación de su aborrecimiento, la lima con que regocijadamente lo aplanaba. Pero cuando el parlamento venía derecho a su oído, cuando el pulso se le adormecía en las muñecas, cuando fluía la sangre pacificada, entonces los ojos tristes de Ramiro existían, existían sus intenciones y existía su cuerpo.

La indicación del director, el diálogo de los demás, la escena interrumpida, la recobraban al desprecio, al deseo de huir. La parte única en que debían estrecharse las manos, Judit la esperaba con oscilante emoción. Apenas el roce de los dedos y ya el sudor le endurecía los ojos, le torcía la voz, le enloquecía los pasos. Las órdenes de repetir eran odiosa y traicionera denuncia y un dolor vengativo le crecía cuando Ramiro humilde la consolaba.

—Es desprecio. No soy nadie. Pero él tampoco es nadie. No se atreve a verme los ojos, ni me habla. Me teme. Casi me gusta; bueno, me gusta, pero no lo quiero. No me atrevo a contárselo a mi papá porque me sacaría de la escuela. Él me daría la razón… que no tengo por qué hacerle caso. Sí, es guapo, todas las muchachas quisieran que se fijara en ellas, pero él sólo se fija en mí. Tampoco. Lo que pasa es que soy su capricho. Mi papá le diría su precio: mi hija no es para usted; ni su dinero, ni su linda facha es bastante para que se la lleve; no me importa trabajar para su padre, no me importa ni usted, ni su riqueza, ni el empleo de su padre. Yo sé trabajar y mi hija es primero. ¿Me entiende? Mi hija vale más que su presunción. Usted no tiene nada, nada que pueda hacerla feliz, porque ella no lo quiere, sépalo, no lo quiere.

—Tú lo tienes que decidir, tú misma. Para ti siempre hemos deseado lo mejor. Ramiro no es mal muchacho, pero si tú no lo quieres, ni tu madre ni yo hemos de reprochártelo.

Camino del teatro, Judit piensa en el pueblo vacío: que nadie se cruce con ella, que nadie le hable, que nadie sea. Sólo las casas entre fuego estrujante, sólo la limpia eternidad del valle, y la fresca suavidad del viento. Sólo ruinas entre la demoledora vegetación. Sólo piedras, sólo polvo y cenizas. Ella sale a la puerta de la aldea como a combatir un ejército de feroces legiones y vence con su resolución: nadie saquea, nadie viola, nadie levanta la cabeza del suelo. El capitán tiende los brazos, pero no la toca. A ella nadie la toca; su orgullo afilado la protege. Abatida la soberbia del guerrero ella lo repudia, ya no es más el victorioso, el digno, el alabado; no es más que súplica y necesidad y estupidez. Ya pueden salir los medrosos pastores, las bobas dueñas, a contemplar su triunfo, a reír del miedo que sentían, a reconstruir el pueblo, a recordar la hazaña. Ella nunca más los vería, nunca más les tendría piedad, ni estimación, ni lástima. ¡Si no existiera la gente, si no impidieran que hablara el corazón! ¡Si nos dejaran solos! ¡Si encontrara a Ramiro y todo pudiera quedar dicho! Pero ahí estaban las mujeres sobre su puerta, sobre su decisión, sobre su cariño. Ella que no quería ser débil, que para no oír había buscado el más cerrado sentimiento, pero hasta ahí llegaban los golpes, no sólo de ellas; también Ramiro, a quien hubiera bastado llamar quedo, también él voceaba su pena indómita. ¿Por qué tanta fuerza contra tanta pobreza?, ¿por qué su padre oía otras conveniencias?, ¿por qué insistían en arrojarla sobre lecho de oprobio?, ¿por qué la entregaban a la furia de Ramiro?, ¿por qué la preparaban al ultraje?

Judit no llegó al teatro. No apareció con los amigos. Nadie la vio salir de la casa de Rufa.

—Reza tres avemarías; pon el colmillo sobre tu corazón; dale de esta hierba. Verás cómo cambia la suerte.

Con el manojo en las manos, por el trecho de campo de la casa de Rufa al pueblo, poco antes de la noche, Judit pisa su camino de grillos, de rastrojo, de lodo, de espesa transparencia.

Los otros deben tener razón. Desean su bien y es necedad rebelarse. Ramiro es el mejor del pueblo y ella no es la mejor. Otras más bellas, ricas, la envidian; lo comprende cuando en la iglesia, o después, en las vueltas al parque, las sorprende juzgándola. Condescender con Ramiro es como respirar, como tener hambre. Su padre le había dicho: “No te lo reprocharemos”, como si de pronto le hubiera brotado una llaga en la cara. Su conducta no convenía, puesto que había qué reprochar o qué pasar por alto. Lo decente es pertenecer a Ramiro porque sí,

porque él la quería; él lo dijo, aunque no con palabras, y el pueblo se afanó en satisfacerlo. Era imperdonable que ella no obedeciera, que no aceptara el beneficio que, también porque sí, le sobrevenía y que ellos anunciaban con alegre recelo. Hasta la tristeza de las muchachas despreciadas o no vistas por Ramiro conspiraba en su contra. ¿Por qué doblegarse? Ella no era bien de Ramiro, ni de nadie, para que la tomaran cuando les viniera en gana. ¿Qué sabían de su conveniencia? ¿Por qué le decían que por su bien? Nadie hubiera dicho una palabra si se le hubiera ocurrido voluntariamente ser de Ramiro; también eso estaba en el orden de las cosas.

—Que hagan su gusto. Seré de él, pero no aquí. Moriremos los dos. ¡Nos hubieran dejado hablar! Aman su ruido, quieren decidir por nosotros, ser más que nosotros. No les importa más que el acontecimiento, que si yo cediera, igual los decepcionaría; en cambio, así les daremos la gran función. Por mucho tiempo hablarán y hablarán de los dos.

"Ha sido nuestra culpa. Cada destino injustificado dirá lo que convenga. Para el amor no hay filtros, ni talismanes, ni fórmulas. Yo digo que mi locura proviene de haberte visto y de anhelar tus labios. Porque quiero libremente traicionar por ti, humillarme por ti, morir por ti. Con qué destreza sujeto el bien y el mal a mis decisiones, con qué invariable tenacidad he preparado estos lazos y con qué sutil esmero he atraído la presa, he cazado en coto ajeno y la pieza la retengo, no la entrego. ¿Hay alguien que reclame suya la existencia del aire? En casa ajena he entrado a respirar, sólo a eso, y no rehúyo el castigo, ni el delito es pequeño…"

—¡Alto, alto! ¿Adónde va usted?

Judit deshizo la garra que la detenía y centelleante avanzó con una copa dorada que le tendió a Ramiro.

—¡Bebe!

—¿Qué pasa, Judit?

—Es nuestra obra. ¡Bebe!

El tumultuoso desconcierto bajó hasta la expectación urgente. El director, tal vez, preparaba una sorpresa. ¿Hasta dónde iba a prolongarse la broma? ¿Qué hacían los ayudantes y los otros personajes en el escenario que rodeaban a Judit y a Ramiro sin intervenir? ¿Qué fuerza o qué orden los retenía junto a los bastidores cuando ella majestuosa e ingrávida dijo:

—Es justo que muramos. La comedia debe tener el fin que propone el libreto. No podemos seguir en medio del mar y salvarnos. Aquí nos han colocado y obedecemos, pero sólo en un punto nuestra decisión prevalecerá: yo he señalado el día y la hora de la consagración. Si estás conmigo, si lo que ellos dicen es verdad, entonces…?

Ramiro quiso arrebatarle la copa que Judit ya tenía en los labios y sólo consiguió atraerla.

—¿No me respondes? También le temo a la verdad y no resistiría su sonido. Si tú me quieres, bebe después de que yo lo haga.

—¿Estás loca, Judit? Deja eso.

Ramiro la estrechaba contra su cuerpo mientras le murmuraba al filo del oído:

—Deja que yo lo haga primero.

—Contéstame, ¿tú me quieres? Diles a todos que me quieres, dímelo a mí también, es necesario que lo sepa por ti.

—Te quiero, Judit.

—Era preciso que tú lo dijeras. ¡Él ha dicho que me quiere! Ha dicho que me quiere y eso cuenta. Ustedes me lo iban a decir. Para decírmelo corrían sobre su miedo, sobre su orgullo, sobre lo que yo pensara. Muéstrales que no eres cobarde.

En los ojos de todos estaban los de Ramiro pidiendo auxilio (había conseguido abrazar a Judit por el talle y ella le reclinaba la cabeza en el hombro). La copa casi desaparecía entre las manos tristes.

—¿Por qué haces eso, Judit?

—Bastaba que tú hubieras querido y ya estaríamos juntos. Voy a morir por ti, pero no me sueltes hasta que haya sucedido. Prométeme que si me quieres tú beberás después.

Alguien corrió para ayudar a Ramiro, pero Judit se dio cuenta y gritó:

—No lo permitas. Que nadie me toque. Ten, bebe tú primero y demuéstrales que ya lo habíamos pactado; es inútil que quieran impedirlo.

Con la copa en las manos, ebrio de turbación y de amargura, casi para pedir clemencia, preguntó, ahogándose, si ella así lo quería.

No deseó verlo abatido y humillado. Sufría, pero la contentaba que los otros miraran adentro del miedo de Ramiro y que lo compadecieran. En cambio, ella los hería con su enconado orgullo, con su enaltecida resistencia.

—Ves, no tengo miedo.

Su rostro demudado se hundió en el pecho de Judit que había regresado a sostenerlo.

De las butacas, de los palcos, de las decoraciones, llegaba gente al escenario en un esfuerzo inútil. La cabeza doblada de Ramiro quedó sobre las rodillas de Judit; ella le repetía llorando:

—Es mejor que yo viva para prolongar el dolor de tu muerte.

Caso clínico

No, doctor, lo que padecen los otros es distinto. Lo que yo tengo es encantamiento y mi mal comenzó… desde siempre:

Nací sin piel, como las frutas mondadas, y pude sentir sobre mi carne hasta el cabello del viento. Sufrí de claridad desde la cuna. Fatalmente ya no necesité de las cosas.

Habité por dentro una ciudad distinta y la habilidad de mis ojos se volcó en su paisaje. Descubrí la raíz de la ausencia, el color exacto del remordimiento, hasta podría dibujarle las máscaras de la angustia.

¿No ha oído hablar de lagunas en el cerebro? Las hay inmóviles como los hielos del Ártico, de silencios líquidos y tibias como el limbo. Pero usted no sabe que ahí ocurren naufragios pequeños como los de barquitos de papel; tampoco sabe lo que es tener horizontes siempre fijos; ni lo que es oír una campanada larga que no acaba el toque, que se transforma en aullido, que se quiebra luego entre los tímpanos con amarga vibración.

Y de la sed ¿qué sabe? ¿Ya descubrieron al fin su sitio y por qué no la sacia el agua? ¿Conoce algo nuevo acerca de la sangre?

En la sangre siempre es de noche. Los glóbulos se erizan, rompen sus cadenas e inventan ritmos de fósforo; pero su danza es viuda, los glóbulos son hostiles.

Los huesos se ajan como espinas marchitas y la vejez de adentro tiene arrugas que duelen.

En todo vientre existe una cuna en olvido.

Mucho dicen sobre el hambre, pero el hambre que desgarra es de palabras. Cuando alguien las descubre, los hombres se lanzan a ellas para dejarlas como mujerzuelas.

La culpa la tiene el eco, porque traspasa las gargantas con una misma voz y el mismo gesto para cada convulsión.

Pero no tengo lo que piensa. Este temblor que observa es natural; me empieza el deshielo. Peor me pongo cuando es tiempo de fogatas. En ese entonces las arterias sueltan sus papalotes y mi cabeza se eleva, golpea el firmamento y se instala en el mundo del insomnio. He de subir más alto, cuando desentumecidas mis venas la fiebre que padezco sea más intensa.

No estoy enferma, no: sucede que mis brazos vienen a mi

encuentro y me empujan; mis piernas huyen, son ellas las que viajan, mientras permanezco hundida en mi cansancio.

Cuando regresan, mi memoria está parda y exprimida; no reconozco mi cuerpo. Prefiero repartirme en un puñado de luciérnagas; pero el resplandor de sus luces ni siquiera alcanza la de un mechón encendido, ni asciende su vuelo, porque las detiene siempre un techo de bronce. Pululan sordas, en enjambre siniestro que se apiña, aquí, sobre mi asfixia.

¡Por favor, no sonría!

Me he quedado como un ebrio esperando que pase mi camino. Los caminos están llenos de pisadas y por fuerza hay que ir sobre las huellas.

Pero yo me equivoqué de bosque; olvidada bajo este árbol del sueño se me ha dormido hasta el odio.

Me doy cuenta de que en mi corazón avanza un eclipse. Lo siento moverse en lo oscuro como una ostra y confabularse en las tinieblas.

Debo llorar un día de éstos…

No se asuste: el delirio es un regalo de dioses. Es como concebir al sol y morirse del espanto de que nunca vaya a nacer.

En el mundo de afuera todo cambia; ahora le da viruela al vidrio y los niños se empañan. Los pececitos del mar han perdido la inocencia; al crepúsculo lo venden en botellas, y el pensamiento es una epidemia que curan con anestesia. Hablan de alquimias para conseguir la esperanza. Usted debe saber esto. De lo que no podría informarme es de encantamientos. En las universidades todavía no enseñan la materia.

Bueno, otro día le explicaré más síntomas porque ahora estoy de prisa. Necesito averiguar si existo, en las funerarias.

No moriré del todo

Yo vendí mi nombre

Como algunos venden su alma y otros venden su cuerpo y otros más su sombra y hay quienes venden pájaros, yo vendí mi nombre. Consta de cinco letras. Es un nombre pequeño y un apellido muy largo, que en tiempo no remoto alcanzó fama y pudo cotizarse como alta moneda. Apareció junto a plumas reconocidas y estuvo precedido por títulos de sabios y prohombres. El misterio de su ampulosidad no viene a cuento. Baste saber que conservo en oro sus iniciales y que existen aulas y bibliotecas señaladas con mi nombre. Grabado estuvo en universidades y no faltaron editores que lo adoptaron por bandera izándola en las cúpulas. Otros muchos lo esculpieron en muros y portadas. Entretejían las mayúsculas con hilos de plata y sombreaban las vocales con acerinas y esmalte. Convirtióse en símbolo, en aleluya, en buen agüero, en triunfo y en sonido glorioso. Periódicos y revistas nacionales y extranjeros lucharon por consignarlo, por encabezar sus columnas con los augustos rasgos bautismales. Los lectores saltaban de emoción al hallarlo en enciclopedias, en semblanzas, en biografías y volúmenes antológicos destinados a la posteridad y hasta en reseñas de modas. El mundo lo alquilaba sin reparar en el precio. Avanzó en popularidad como los mitos que la credulidad agranda. Adorno fue de la palabra. Labios encumbrados lo envidiaban; hasta que un día, un desdichado día, empezó a apagarse con prisa de luciérnaga y dejó sin sombra el paraje de la noche más oscura.

Restos de su gloria quedaron atrapados en artículos de segunda. Revistas no informadas retuvieron los jirones alfabéticos, los caracteres degradados, las letras que al envejecer perdían equilibrio como epitafios de tumbas olvidadas por los deudos. Las vocales disparáronse a manera de luces pirotécnicas.

Fue el comienzo de una tortura mortal. La mengua reducía el nombre cada vez más y más. Aparecía distorsionado con letrilla microscópica del todo indistinguible. Nadie exigía las bélicas mayúsculas de trazo gótico; nadie extrañaba las alas de cuervo que rubricaron el nombre caído en desgracia, sucio de polvo como corcel abatido y sin dueño.

La adversidad propició el desacato de escribir las iniciales como cuando se habla de la ONU. Sí, los letreros fueron empalideciendo. Las

publicaciones que ostentaron escandalosos ribetes con gualdas suprimieron las gárgolas y los arabescos hasta que las consonantes danzaron derrengadas y sonámbulas. Con frecuencia fallaban letras o aparecían tan borrosas como si un designio infernal se anticipara a su cancelación.

El calvario se agrava. Ahora, antes de que amanezca, me dirijo anhelante al primer puesto, al vendedor más cercano; al gacetillero, al pepenador, para revisar meticulosamente cada publicación y comprobar si aún figura mi nombre, aunque sea en el directorio. Con mano temblorosa y ávida, abro las páginas; los dedos se me hacen huéspedes. Con esfuerzo olvido el llanto que me causa ver en algún rincón mi nombre de pila o la inicial perdida del apelativo que ya nadie reconoce.

Confidencias afanosas o malignas me hacen saber que las Directivas tratan el conflicto de suprimir el nombre que se les ha quedado fijo como una alcayata. Sé que quienes votan por el aniquilamiento encuentran tibia resistencia en románticos añorantes de la firma que no tienen valor para desterrarla de su paginario.

Un sudor no exento de amargura me hace cavilar en la manera de liberarlos a todos de la pesantez de mi nombre, cuyas letras cadavéricas encenizan sus revistas. He llegado a sentir agradecimiento cuando alguien lo suprime sin ceremonias. Insoportable es irse muriendo a pedazos, mejor dicho a letras; un puntillo hoy y un acento mañana; ahora el rasgo de la T no aparece; más adelante la diéresis y luego la r y la m y aun la Y, que es tan poco socorrida en nuestro idioma. ¡Lo capto todo! La fisura de mis tímpanos recoge las murmuraciones y a pesar de núbiles cataratas que entresolan mis pupilas, adivino el desdén y las muecas de repudio. Con las yemas de mis dedos palpo negativas y razones. En la rajadura de mis labios y en mi lengua reseca sopla el aire salado que dispersa mi nombre. Padezco comentarios y juicios sin poder darme a la fuga: “Dicen que está ciega”, “Bueno… estar ciega es estar muerto”.

A veces rampo, me agazapo, ruego hasta redacciones donde otrora pidieron de rodillas mi colaboración eterna, y disimulan mi presencia.

Un terror supersticioso me invade, un terror ajeno a vanidades y esperanzas: la certidumbre de que, en cuanto la última letra se esfume y el punto final se diluya sobre el papel como una lágrima, mi vida, mi frágil e inútil vida, será un renglón en blanco.

Carta a una aprendiz de cuentos

Querida amiga:

Me pregunta usted qué es un cuento y tengo la mejor voluntad de contestarle; es más, creo que ha dado con el cuerno de la abundancia, con la fuente, con el Wall Street, de esa riqueza. Mucho se habla del cuento y todos identificamos el género. Mire usted, en el diccionario leemos: "Relato de un suceso". ¡Nada más hilarante!, y añade: "Fábula o conseja". ¡Qué despropósito! Bueno, ¡parece que la Real Academia no sabe qué es un cuento! Y, amiga, si no lo sabe la Academia… Pero veamos: un cuento… por ejemplo:

Había una vez en una ciudad (si usted prefiere algún epíteto jamás lo use, de seguro es inadecuado) de las llamadas cosmopolitas, casi en los suburbios (atienda usted al nivel social que connota la ubicación). Tache usted ahora había una vez y empiece en: En una ciudad… vivía una viejecilla nerviosa, mínima, empolvada, seca y repugnante, que por defenderse del tiempo ofendía a Dios y al diablo.

La situación está planteada y el personaje ha empezado a rasgar su crisálida. Algo le debe ocurrir a esta vieja; nosotros, de lo que debe ocurrirle, decidiremos qué ha de pasarle. Una vez que hemos escogido la anécdota, termina nuestra intimidad con la actora. Es bueno que ahora corra su propia suerte. Nuestra potestad termina en los obstáculos puestos para estimular, detener o impedir su acción. El camino que escoja no nos pertenece. Aclaremos:

Una vieja no pensará tan rápidamente como una muchacha; será, también, más obstinada y más rebelde; tendrá manías e inconsecuencias abrumantes; pero sus motivaciones serán también más evidentes. Hemos escogido un personaje anclado en una edad y en una condición social francamente molesta. Además, todo lo que llevo dicho sobra. No se sorprenda. Mi lección, más bien la segunda parte de mi lección, tiene este enunciado: no existen situaciones generales; y nada que sea común entre las personas, conviene a los personajes.

Para que a la vieja le pase algo es necesario que desee algo. Que vaya a alguna parte, que trate a otras personas. Una vieja va por su leche, por su pan, saluda a los vecinos y, ya encerrada en su casa, teje, reza, aliña o maldice. Desde luego que no es indispensable que nuestra

vieja haga esto. Bien podría, por ejemplo, en cambio, estar dedicada a la música, a la mecánica o a la astronomía. Para el caso todo es inútil. Nuestra vieja no está dedicada a la astronomía, ni a la mecánica, ni a la música, y sí va por su pan y por su leche y saluda a los vecinos. Nada más que cuando está sola en sus cuatro paredes murmura canciones y se mira y remira en el espejo fantaseando sobre composturas y afeites.

Comprenderá ahora al personaje. Lo llamaremos… Es muy importante el nombre… Al lector debe decirle algo, o nada. Atienda usted: si la llamamos Friné, denunciamos una aspiración a la extravagancia, por menos si la vieja es de Tabasco; por más si es de paciente tribu burocrática. ¿Lucrecia? No, despierta ideas de lascivia y nuestra vieja no abriga ni rescoldos. Si la nombramos Gumersinda, Domitila o Pancha, incurriremos en lesivo folclorismo más extravagante todavía, con lo cual no situaremos a la actora, sino a nosotros los autores como dados a chacota y a la tontería.

Es de gran malicia comprometer a personas vivas dejando sólo una inicial sustitutiva. Lo mismo pasa con los nombres de lugar, pues cuando están escondidos en cábalas denotan malignidad y falta de temperamento. Bien, la vieja Friné (¡fuera complicaciones!) vive sola. Ella hace sus servicios. Nadie la ampara. (Aquí se atraviesa un inconveniente, que el tumefacto crítico nos reprochará inclemente: ¿de qué vive Friné?) Para pisar a la española le contestaremos que no nos interesa y, para salir del paso, advertiremos que un sobrino de la señora le envía una pensión desde ciudad extranjera, ¿le parece Jalisco? Pues allí… Le recomiendo, primeriza, que tenga mucho tacto con estos incidentales, porque deben caer, según dicen, como guante. Reanudemos:

Friné vive sola (aquí debe usted empezar). Interviene ahora un segundo personaje que suele ser persona, animal, fantasma o emoción. En nuestro cuento entra como un leve rasguño en la ventana, como una humedad en el vidrio. Friné vuelve la cabeza y, en la noche, una decoración medieval apronta las apariciones (¡demasiado solemne!). Suavicemos: Friné vive sola (mejor). Friné recargada en la mecedora, sueña… (también) Friné sueña y un temblor de vidrios la despierta… Allí está el maligno en vela, sus fanales inmóviles y potentes, sus orejas tensas: sabe que ha hecho ruido y espera… Friné suda y siente las ataduras del miedo movilizándole las piernas; se sobrepone y lanza un zapato, quedo, para no romper los cristales. El otro ya no está ahí, lo oye maldecir aunque ya no está ahí. Esto la tranquiliza y trata con la postura de meterse en el sueño. Al cabo duerme y el otro, con su cara triste, con sus ojos verdes como velitas en pastel de pobres, la contempla, y su respiración nos deja creer que llora.

Comenzó esta desgracia porque, comedida, una tarde le tiró una

galleta. El gato arqueó el lomo y vino a saludarla. Ella lo dejó hacer y no recuerda si correspondió con una caricia. El gato supuso que había encontrado pensión y ama y trató de instalarse. Es decir, empujaba suavemente su cuerpo contra Friné, sin que ésta maliciara otras intenciones que las de las caricias. Cuando las atenciones fueron estimadas suficientes, Friné quiso cerrar la ventana; pero el gato se aferraba a la parte de adentro con mañas y ejercicio de virtuoso. Si conseguía cerrar un batiente, la garra quedaba prisionera en el otro; si no, brincaba a la cortina o se le subía al cuello, o se atravesaba en la ventana para que, únicamente a costa de su vida, pudiera cerrarla. Arañó la mano que lo expulsaba y luego lamió la herida con ostentosa alma de perro. Nada conmovió a Friné, que pudo, merced al artilugio de una escoba, echar fuera al bicho. El gato se sentó en la ventana y sintió a la involuntaria Genoveva. Hacía tres días que rasgaba la puerta, que cantaba, que estremecía la vidriera con saltos y empujos, que maullaba con ferocidad dialéctica. El acoso verbal cedía cuando en servicio de patrullas probaba los agujeros, huecos y rendijas.

Perdóneme, me había olvidado de usted, señorita. Es que la inspiración nos pone frente a paisajes repentinos. La menor distracción puede aniquilar la mejor imagen y, consiguientemente, su enunciación precisa. Una vez que enfrentamos a los actores ocurre el precipitado (el fracaso, por supuesto) que relampagueante va iluminando los lados de un poliedro infinito. Piense usted, intríguese por este gato y esta vieja. ¿Qué motivo tiene el gato para que, como un tirador, sólo apunten sus ojos verticales al entrecejo de Friné? ¿Qué motivos tendrá Friné para no aceptar al gato? Una mujer vieja, no tanto como para ausentarse del espejo, tiene algunas manías, ya lo dijimos, el arreglo excesivo, la preferencia por modas juveniles, etcétera. Pues de nada de esto haga usted caso: nuestro personaje, aunque repita lo de otros, es singular y su conducta intransferible. ¿Me comprende? No se trata de un esquema de psicología, sino de una persona viva, y, usted sabe, una persona viva jamás se porta conforme a las reglas; si prefiere, no haga mérito del canon; si más le place y si puede invente sus propios preceptos. Yo tengo uno muy bueno: un hombre es la criatura que muerde hasta la mano que le da el perro. Basta de divagaciones; quedamos en que hemos trabado relación con un incidente susceptible de variados intereses.

Si usted es comunista, pues muestre la lucha de clases, es decir, las uñas de la vieja contra las del gato: claro que tiene que ganar el gato. Si es católica, pues a darle a la misericordia, y después de múltiples trabajos que casi rindan la resistencia del animal, éste debe entrar en la casa. Ahora, que si es usted liberal, pues que la vieja acondicione un rinconcito a cambio de algunas ratas diarias. Amiga, yo sólo soy una convicción romántica y prefiero que el gato se enamore de Friné

(observo que el nombre de Friné convendría más al gato); comprenda, un gato hambriento, que va de techo en techo escurriendo vergüenza y rasgando su mejor traje de feroz, en chimeneas, pretiles y desagües, siempre en su cápsula de llanto, siempre con el sabor de vanas ilusiones raspándole la lengua, siempre sobre ascuas y sin que nadie saque con su mano la consabida castaña; es decir, que debe imaginarlo cayendo en el abismo del desempleo y del desamparo. Pero conmuévase, mírelo rascando una puerta y otra y otra y véale la sangre en las patas y el desaliento en el hociquillo rosa. Mírelo en una mancha del sol, lustrar la sucia y pegajosa zalea; y véalo asustado huir cuando un perro o un gato fuerte lo echan nada más con su presencia. Contémplelo recargado contra la luna sin tener a quién maullarle, y luego, sígalo a los basureros y busque con él incómodas piltrafas, y cómalas, y sienta la picazón de la roña y lama una y otra vez sus apremiantes heridas.

¿Se acostumbra? ¿Está usted ya en cuatro patas trepando por la escalera de servicio rumbo a la azotea? El ambiente de tendederos y tinacos es ahora la selva o el desierto. ¿Adónde va a saltar usted?, ¿en persecución de quién o de qué? ¡Que palpite, sí, que no deje de latir su acongojado corazón de gato! Sienta un consolador pts, pts, que le hace volver la cara a todas partes y, al fin, en una ventana, una mano como si fuera la del mismísimo arcángel, que tiende un mendrugo y frota el pulgar en el índice. Se acerca usted con recelo, tiende la pata hacia los ojos que lo recorren con piadoso asco, y como desprendidas de una rama caen las migajas en leche hasta la humillación más estridente. Oye usted: “Un panecito para el gato” y desea usted acercarse y agradecer; pero la mano se retira con sobresalto y cierra la ventana… y nunca más… Usted se aproxima y mira adentro y ve a Friné y al espejo donde está Friné y a los ojos donde está el espejo y Friné mirándose en el espejo.

Señorita escritora, le ruego que abrace el tema como abrazaría a su novio. Fíjese en los accidentes y en las repeticiones; juegan papel importante en la mecánica de la creación literaria. Pero no se entusiasme con los adjetivos, no los utilice sin necesidad. Si tiene la suerte de encontrar el adecuado, éste tendrá un color incomparable. Pero hay que hallarlo. Adelante pues.

También están ahí la cama y el sueño y el ronrón y el agradecimiento y el despertar en amoroso regazo. Y después de todo el destino cumplido: ser el guía, el caballero de una vieja soltera, de una vieja a la que sólo miel le corre por los huesos. (Ahora entramos en calor. Se siente la ternura ¿no?) Un vidrio la separa del mundo de la gracia, un vidrio acorazado, un vidrio más duro que la muralla entre dos que viven juntos y, en ese vidrio, en el vaho que lo empaña, hay que dejar morir la ambición, el interés, la duda, el cuerpo.

(Sospecho que hay demasiado vidrio; el arte es una cima inaccesible, no cabe duda.) En un cuento bien logrado estos tropiezos son inevitables. Cuando uno es dueño de las palabras, no necesita vigilar si son consonantes o asonantes. Pero ahora llegamos al momento en que hay que tomar a los personajes de la mano, y llevarlos firmemente hasta el final. No se distraiga, no abuse del lector y, sobre todo, no escriba bajo el imperio de la emoción; déjela enfriar y evóquela después. Si es capaz de revivirla, ha llegado a la mitad del camino.

Friné no quiere un gato, su edad es pregatal, aún joven para cocer sus filtros en las chispas de un gato. Por esta vez, nada… En verdad, Friné pensó que las imprudencias del gato venían de las impiedades del motor pro-soviético, y para extirparlas olvidó un pan o un plato con leche afuera de la ventana. Cuando se convenció de que al animal no le interesaban sus limosnas, aunque a veces las aceptase, cayó en la cuenta, de súbito, que un galán emergía. Al principio le pareció soportable; pero cuando los lamentos crecieron hasta no dejarla dormir y cuando por las mañanas recogía los alimentos intactos, comenzó a alarmarse y a extrañar la guardia del gato en la ventana. (No piense en sus amigos al escribir el final, no le importe la impresión que hará su historia. Cuente, como si en su relato sólo importaran los personajes, pues solamente así conseguirá que tengan vida.)

Friné lloró cuando de un cable tuvieron que descolgar al minino, ahorcado por imprudencia o por deliberado deseo de morir.

Amiga, si se han humedecido sus ojos, si hay arritmia en su pulso… créame, hemos capturado la liebre, y es hora ya de empezar el trabajo. Si no, olvídese del cuento y de la literatura. Afuera hay demasiado sol y puede ser que alguien, que ni usted sabe quién es, la esté esperando.

Extraña visita

Para Fausto Vega

No recuerdo nada de mi infancia, nada de lo que sucedió antes de venir aquí, a este caserón que recorro día a día, como la araña su red, y del que conozco todos los sonidos. Sonidos que se enredan a mi cuerpo como algo viscoso, clamores inaudibles, ecos que repiten un mismo nombre. Aprendí todos los rincones: el sótano, la galería, el desván y el pasadizo secreto que conduce al torreón que mira al abismo. Con ojos cerrados podría ir y venir por los once cuartos sin rozar un mueble. Entrar al vestidor, a las salas, al pasillo que lleva a la biblioteca. Sin abrir los ojos atravesaría el corredor hasta llegar al billar, donde hay una mesa enorme que me asusta, y que he intentado escalar, para convencerme de que ya no están los cuerpos que gotearon sobre la alfombra un día entero. El día en que vino la visita. La sangre ya no está, pero yo palpé su tibieza con mis manos.

Me sé de memoria todo lo que existe en esta casa. He navegado bajo camas y sofás, contando los nudos, las fisuras, los arabescos de moho, donde los sentidos tornan vivo el espacio de la muerte. Aquí, en esta mansión que antes, hace muy poco, era mi único universo. Sí, antes, antes de que llegara la visita, mucho antes de estar en esta silla; cuando todavía me arrastraba por la casa como una larva, porque usted prohibió que me deslizara en el tablón de ruedas, construido por Araceli, por miedo a que le maltratara las alfombras. En esta silla de tubo cromado, que importa miles de pesos, me asomé por primera vez a la calle.

Murmuran que usted no es mi madre, que Araceli y yo llegamos cuando murió la otra. Saber que no somos sus hijos me consuela, porque ahora puedo odiarla sin temor de ir al infierno. Sus hijos son los mellizos de cabezas erizadas que babean y dan gritos horribles. Su hija no es Araceli, la de ojos dorados. Ella es rubia como yo y se me parece como una espiga a otra espiga. Su hija es Said, la de siete años, la que tiene una joroba repulsiva y a la que usted golpea y martiriza.

Mi hermana no sabe de qué hogar hemos desaparecido, ignora por qué llegamos aquí y por qué vivimos secuestrados entre tantas cosas extrañas. Ella asegura que yo fui un niño como todos y sucedió que un día desperté con estas piernas resecas, que van perdiendo peso y se

hacen cada vez más ingrávidas.

Hubo un tiempo en que dormíamos en la paja del establo donde usted nos escondió. Muchas veces la sorprendimos tratando de averiguar nuestros pensamientos, como si en verdad creyera que pesa sobre nuestras almas algún delito.

Yo en verdad no conozco mi nombre, aunque ahora sé que debe de ser buscado entre los muertos. Araceli me puso Lot. Ella lo inventó.

No medí el tamaño de mi desdicha hasta que usted trajo a la visita, la extraña visita que lo enturbió todo. Esa presencia que tantas veces anunciara su vaho nauseabundo trajo voces de maldad y de tragedia, voces olvidadas, voces de otro karma, de otra existencia. Apareció como un viento de negrura, mucho más negro y estremecedor que este acontecer incomprensible. Entró como un largo escalofrío, igual que como llega una maldición.

Con Araceli, me bastaba sentir sus cabellos, o reclinar la frente en sus rodillas. Ella fue el muro entre su opacidad y mi miseria. Usted era la niebla, el alarido y el luto, ella el esplendor. Quizá a eso se deba la dureza de su alma, y el odio que arde en sus ojos.

La visita tan anunciada llegó. Usted tuvo la osadía de traerla. ¡Gusano de la desgracia! Había tanta niebla que no le vi el rostro, sólo el ojal de la chaqueta gris, donde lucía una cinta roja y a la altura del pecho la traba de diamantes.

Araceli se fue, aún guardo sobre el pecho la humedad de sus lágrimas. Tres veces ha sido día y tres veces ha sido noche. Sé que no volverá. Sé que esta silla niquelada, donde he quedado como una cáscara, es parte del botín: es- ta silla de frenos hidráulicos que me guarda entre su lámina como a un arenque y que es mi caparazón y mi tumba. Se la dejo, señora. Es mi legado. ¡Devuélvasela a quien se la dio! A mí aún me quedan fuerzas para rampar hasta el torreón, antes de que sea tarde, antes de que el furor avance y me paralice, antes de que usted regrese y yo pueda ahogarla entre mis dedos.

Cuando la mujer volvió, alcanzó a mirar el temblor reluciente de la silla, sobre la que Lot dejó una hoja de papel.

Teresita del Niño Jesús

No pretendo empañar la gloria de una santa que adorna los altares desde 1925, y mucho menos menospreciar sus virtudes; sólo trato de explicar hasta qué punto fomentó mi complejo de inferioridad, del que a la fecha no me libero, y que ella reforzó de manera inclemente.

La flor de Lisieux fue ideal y meta de todas las niñas de mi tiempo y, para mí, significó todo lo inalcanzable. Lo que esta criatura virginal poseía era la medida exacta de mi carencia. Nació predestinada para el cielo; yo fui redimida por pura misericordia de Dios. Ella, escogida para la perfección, atendió al divino reclamo; mis oídos sordos no captaron el llamado e insisto en salvarme aunque sea con un "seis". Teresita era rubia, con caireles que respetaba la brisa, hermosa y etérea como princesa de cuento; yo en cambio, ceniza, amasada con cobre y barrizal, cabellera rala, ni negra ni blonda, sino de tonalidades pardas como plumas de golondrina. En los ojos de azulidad deífica de la privilegiada asomaba el místico fuego, y mis ojos, ¡ay!, mis ojos, sólo dos negras heridas naufragando en asombro. Teresa, apenas de dos primaveras, llenaba de piedras sus zapatos de fina cabritilla y los piececillos inmolados elevaban su oración, mientras que yo, tras bucear en la arena piedras de cantos mellados, huía de la santidad cojeando por la acera, o deteniéndome en balcones para aminorar la penitencia.

Cuántas veces, deseosa de imitarla, subí a la torre para contemplar las bellezas del cielo y vislumbré únicamente avalanchas caudalosas de cirros y preñados camellos. Sé que ella veía paisajes celestiales que la transportaban. Estuvo enferma y Jesús Niño le llevó a la cama una taza de té y la sonrisa de los ángeles acogía su despertar. Yo tuve el sarampión y escarlatina y tuve la malaria y esperé tras las vidrieras forradas de rojo, y nadie llegó con un poco de agua, el vaso de ricino no lo llevaba un arcángel.

No es que me compare, pero las dos seguíamos el mismo trazo y lo que en ella era heroico, conmigo resultaba un fiasco. Recuerdo que durante su primera comunión cayó en éxtasis; yo padecí desmayos y dijeron que fue por las lombrices. Sí, en ella todo era sobrenatural y maravilloso. Sus padres no la acariciaban para no inquietarla y esperaban que el sueño velara sus ojos. Los míos me taladraban a

besos, despertándome sin unción. Las hermanas de Santa Teresita, tan limpias, tan blancas, gemelas de las hadas; las mías, greñudas, insolentes, demoniacas. Era particularmente asombrosa su abnegación y su sed de sacrificio. Un día, cuando una monja por descuido le atravesó con un alfiler la espalda, no lanzó una queja. En contraste, prorrumpí en alaridos cuando sin quererlo mi madre me rasguñó el cuello. Debo confesar que mientras ella se acrisolaba en la virtud con ligereza de mariposa, yo vivía conturbada por mis infamias. La niña angélica repetía mil jaculatorias diarias, y yo no acerté con la contabilidad. Si ella podía rezar rosarios de quince misterios y podía meditar en las Caídas del Señor, a la tercera avemaría yo inventaba ciudades y mundos, entre cabeceadas. No, yo no sé orar. Ella sí sabe. Le gustaba permanecer en los templos. Si yo los visito, en seguida me invade una gran fatiga.

En Cuaresma, Teresita no probaba dulces, a fe que yo sucumbo frente a un plato de torrejas y se me revienta la hiel si me privo de guayabate, capirotada o arroz con leche. A ella le era fácil obedecer; a mí, me irrita. Enemiga de la pereza buscaba tareas infinitas. Mi necesidad de ocio es tan profunda, que aun la actividad ajena me desangra. Si ella jugueteaba bajo la lluvia, sus vestidos permanecían inmaculados, en tanto que los míos bajo techo y sobre la mejor alfombra adquirían lodo y manchaduras cual si hubiese resbalado en la zahúrda. ¡Qué bueno hubiera sido para mí abrazar la vida religiosa como ella!, pero me agobia la cercanía de mis semejantes y acabaría por asesinar a alguien.

En verdad, esta súper niña, esta niña excelsa, no es culpable de haber sido escogida por modelo y ejemplo; las responsables son las beatas que bien pudieron preferir un paradigma accesible. Quizá el de Asís que conversaba con pájaros y peces y salía a pasear del brazo del lobo, o más fácil de imitar San Agustín, quien de pequeño insistió en meter el mar en un hoyito, o ya de plano Teresa de Ávila, de quien un poderoso banquero, al que no le simpatizaba, dijo que con gusto le daría un millón de palos, y la monja exigió se los mandara, inmediatamente, para reconstruir el convento. Desde luego resultaría más sencillo copiar a Gemma Galgani, quien a fin de dominar la ira agujereó la cuchara para que escapara la sopa. ¿Y qué decir de San Bartolomé, quien en lugar de abrigo de visón puso sobre sus hombros su propia piel? ¡Egregio echarpe! Éstos sí son santos asequibles. Y por qué no el mismísimo Moisés, al que nunca le faltó la fe, sino que era tan nervioso que azotó la peña, impaciente por el desplome de agua.

¡En cambio, seguir las huellas de Teresita, de esa figura diáfana, de ese ser de leyenda, construido de gasa y chantilly, me hundió para siempre; perturbó mi corazón y mi alma y hoy me declaro impotente, fracasada, nula, proterva, incontrita, relapsa, inerte para alcanzar su

meta!

¡Qué abismo de sufrimiento! No obstante, tengo la seguridad de que, en algún momento de mi existencia, estuve al borde de la predestinación y, por oscuro designio —que es baldón y pena—, me topé con Santa Teresita.

Roce social

Veo frente a mí a los que abordan el autobús, los contemplo fascinada mientras conduzco mi propio automóvil, ajena a la soberbia de mi prosperidad. Los miro subir y bajar, jadeantes, apresurados y me complazco en su prisa, en su enfado, en su presteza. Descubro sus satisfacciones mezquinas por subir a tiempo, ahorrar una espera o alcanzar buen sitio. Es un mundo aparte que corre a juntarse, a hacerse cuerpo multiplicado con un solo rostro. El hombre, pienso, es la medida de todas las cosas. Profunda reflexión descubre mantos copiosísimos y nos pone en camino de comprensiones definitivas. El sabio principio centellea en el tiempo y ancla en el vacío social de un automóvil, que altanero como una isla nos aparta de los otros y nos sume en el anónimo estrato de los "ricos".

En ese mundo apresado caben todos los matices de la pobreza, desde la que exhibe sus parches y cicatrices hasta la que se recata y disimula en un casto decoro. En el camión descubrimos lo personal, lo que apenas rozan los bienes; mas lo importante es la pobreza metafísica que nos une, nos acerca, nos determina miserablemente unidos. Ahí todo tiene un símbolo, un símbolo que reúne tentaciones y esperanzas, símbolo privativo de lo que ocurre en el camión; el desliz subrepticio de una mano, tenaz presencia anónima insistente. Mano que cobra, que sostiene, que recibe, que entrega, que ase, que señala. Todo se inventa con las manos: deseos, recuerdos, relaciones. El mundo adquiere con ella lo más precioso de su esencia: la humildad. El ladrón, el amoroso, el atrevido, el que simplemente ve; todos aquellos a quienes una feliz desgracia obliga al beneficio de ese transporte, donde afirman su convicción respecto a la naturaleza humana.

Las piernas se inclinan, se expanden, pretenden el roce alto del muslo. Los dedos llegan tibios y espantados, y parecen reposar y figurar una esfera. Ese pecho que se aproxima y reduce, o el brazo que pasa por la espalda, desaprensivo y duro, y la boca riente, revelan la arcilla de nuestra consistencia, pero al mismo tiempo la excelsitud de tener un cuerpo, un campo de labranza, una responsabilidad con la vida.

De ese roce, de ese amago al pudor, surge la impresionante

existencia de los otros. Me individualizo gracias a la mano del otro y ese otro sabe que me toca y se siente persona. Y siente mi autonomía. Ambos nos enorgullecemos, aunque al instante nos abata la vejación, porque irreparablemente nos hemos reconocido.

La nave ostentosa que conduzco niega que yo sea más que mis bienes, más que la velocidad, más que la sedosa rotación del motor. De criatura capaz de creación paso a ser materia adherida al giro del volante, a la indicación de un semáforo, a la maciza, compacta construcción del mundo.

Entre los restirados muelles de mi vehículo, no existe una persona, sino una masa que orienta, se somete y se pierde en el mundo abstracto de la incomunicación. Quien maneja —yo en este caso— ya no soy la medida de todas las cosas. Tengo que evitarlas, esquivar, respetar, sin que ninguna me detenga.

Quien maneja señala lo humano de los hombres, pero no participa, no ofende ni defiende miras y gestos. Soy inexpresiva, ruin, mecánica. Mis movimientos son previstos y limitados: de frente, izquierda, derecha, en redondo, según ordena la frialdad adusta de las leyes.

Mi automóvil, ampolla de vacío que me aísla y separa, por esta sola vez ha succionado hasta agotarlo el venero de la fraternidad. El otro es únicamente el que obstruye la carrera de mi automóvil, quien lo ensucia, quien lo desea. El otro no es mi semejante, sino una parte desprendida del todo: hierro mutilado, objeto deshecho, desperdicio incómodo. Y yo… ¡yo que me quiero tanto!, elijo para mí lo mejor porque soy solamente la contradicción de un lugar que se desplaza, vuelo que no se eleva, distancia inseparable, prisa impávida, entusiasmo indiferente. Soy quien ve a los demás y desea, a veces, amarlos.

Sueño soñado

La casa es de noche, las puertas imaginarias, los cerrojos de fuego. Corre llanto cuesta abajo y el corazón yace en la secura. Podría apagar la sed si bebiera agua de grietas; pero me separa el vientre pantanoso del estanque. ¡Ay!, todo galopa, se adelantan las llamas, desciende el miedo por laderas empinadas, va serpenteando entre escombros. Monjes desconocidos avanzan con pasos de enorme ciempiés; se deslizan sin que nadie pueda darles alcance. En el vacío los miro triscar la hierba del paraje, apaciblemente, como una manada de ovejas que manchara la llanura con sus vellones. Los juncos y mis cabellos flotan. Se vuelca la niebla dejándome ciega, ciega de hollín y de espanto. El peso de mis alas me tritura y mi alma se desplaza hasta el vértigo, mientras la nada se derrite entre mis manos como algodón de azúcar.

Inmersa en esta negrura donde la sensación de soledad es tan alta, que la última estrella se pierde en el asfalto, descubro mi rostro. Mi rostro es… ¡No! Mis brazos se alargan, se hunden, llueven. Moscas gordas y doradas me habitan. Imperceptibles libélulas me circundan, hasta que la humedad las deja inmóviles en este infinito cansancio de soñar que sueño.

Pasos en la escalera

Al despertar, la certeza de que no lo había soñado, y de que esa noche no fue la primera vez que oyó pasos en la escalera, aumentó su desconcierto.

A la vaga claridad de la luna ¿no pudo confundir las pisadas con el crujir de la madera o con algún ruido del jardín, tal vez de ramas azotadas por el viento?… Comprobó que allí, como por todos los lados de la casa, la nieve solidificada por el cierzo de la noche formaba una capa sin huellas. Solamente cuando volvió el rostro y se detuvo en el primer descanso de la escalera un sudor la recorrió y el miedo detuvo su grito. Allí, sobre la alfombra que trepaba como roja lengua, estaban las señales inequívocas del misterio, del paso de algo o de alguien que se hubiese deslizado hacia la alcoba de su marido y, allí estaba él, fijo en su convulsión postrera, con los ojos perdidos en espanto. Una humedad reciente, de la que aún se percibía la brillantez y el olor a pantano, señalaba la presencia de aquel algo incomprensible.

Ahora estaba segura de haber escuchado un grito, un murmullo tal vez. Sus tímpanos debieron registrar el lamento al que su voluntad negó vigencia cuando el sueño nos atenaza por entero, extendiendo en nuestros nervios un aceitoso sopor invencible; la hora preferida por el ladrón para despojarnos sin riesgos; hora en que los músculos se distienden y las potencias del alma se relajan, nos abandonan y nos dejan caer en ese hondón preludio de la muerte.

Bajo culpa sin redención, revivió las frases amenazantes de la vez última. En esa misma alcoba rebotaron las palabras que habrían de separarlos. Injurias como flechas que aún vibraban en el eco. ¡Ay!, si una sola vez pudiésemos recoger lo dicho, como se recogen las espigas, ataríamos el haz cual una inmensa gavilla para consumirla en el fuego.

Él estaba allí, inesperadamente quieto, con su ira hecha silencio, la frente angélica, la boca sin odio, sin el rictus que evidenciaba el desdén por su presencia.

Al contemplarlo indefenso, con el secreto que guardaría hasta la eternidad, sepultado ya el instante que precedió a su muerte, el pasado tomó proporciones de venganza ultraterrena. Aquel desenlace superaba cualquier desquite, cualquiera expiación, ¡la máxima

expiación! ¡No tenía por qué morir así, sin lesión alguna, ni enfermedad; amando la vida, necesitando todos sus minutos como el drogadicto el mínimo átomo de sustancia! Nunca como entonces le era importante la existencia. Para realizar sus proyectos no le bastaban diez vidas. Decidió abandonarla para consagrarse por entero a la investigación de los seres que acaparaban su monomanía, su delirio y su empecinamiento. Descubrimientos inconfesables. Cuando hablaba de las características, de la trayectoria histórica y de la existencia de estas criaturas legendarias todo él se transformaba. Lo animaba el frenesí de una ciencia sacra que la atemorizaba arrastrándola en su enajenación hasta no soportar escucharlo.

Se remontaban sus conocimientos a la edad de los faraones que veían en las salamandras el signo de la divinidad. No eran anfibios o batracios maculosos de colores negro y amarillo, ni específicamente se trataba de la salamanquesa atra de los Alpes, esbelta y sin branquias. Eran entes predestinados, espíritus fálicos del fuego, adoptados por la sabiduría cabalística, que los rescata de las llamas para sus actos mágicos y que recoge sus cenizas invaluables. Transfigurado se extendía sobre especies desconocidas: las salamancas de anteojos, los uruvelos, las gigantes que privan de la vista a quien las mira y los tritones ultracelestes, que pueden medir hasta metro y medio y que son de un verdor marino inolvidable. Describirlas lo extasiaba.

Para ella, en cambio, aparecían como algo repulsivo y maldito, no tanto porque hubiesen fungido como sus rivales, sino porque era intolerable que tuvieran cuerpo señaladamente femenino, en donde los senos núbiles dibujaban su contorno obsceno.

Comprobar que tenían sexo y que gozaban con las caricias sobrepasaba lo execrable. Su alarma aumentó cuando la obsesión del esposo, rompiendo el límite de la cordura, se entregó por entero al placer sombrío de aquellas experiencias.

Sin embargo, ella palpó el hecho de que permanecían en el fuego sin consumirse, como si lo volcánico fuese su elemento paradisiaco. La apariencia de estos seres, casi hipnóticos, variaba. Los había de cristal con entrañas traslúcidas; nacarados y blancos con blancor de leche. Otros rojos de rojo sangriento, y los había bermejos y algunos de textura magenta con brillo desquiciante. Pero todos tenían el mirar de las serpientes. Lo que aumentaba la pavura era el invicto sonido humano de sus besos. Caricia de labios deletéreos. A distancia y por horas, persistían en ardor amoroso. ¡Ninfas constantes pasmadas en una eternidad lúbrica!

Sabedor de que el goce las desmorecía hasta enloquecerlas, con refinamiento vesánico, se proveía de plumas o fabricaba pinceles con pestañas de seda inconsútil. Y hubo veces en que llegó a sorprenderlo, perdido ya en el desenfreno de sus sentidos, lijándose las yemas de los

dedos hasta adelgazar su piel, y con transparencia de gasa, intensificar la sensibilidad que al relámpago de su membrana casi sangrante llegaba al éxtasis.

Contemplar el placer de aquel proceso la hacía cómplice de una perversidad que la hundía hasta agotarla, mientras él se iluminaba como si su cuerpo estuviese habitado por cantáridas.

Cuando ella quiso comprobar la humedad de las pisadas, frotó con su pañuelo las señales en la escalera y desechó la evidencia acusadora de aquellas huellas, que parecían sonar aún como débiles pasos. Pasos que no soñó mientras dormía y que se sucedieron en el sitio de la tragedia. Allí, donde ahora el hombre que amó estaba sin vida. Miró con desamparo la infinita palidez del ser monstruoso a quien un día se entregara, y por un resquicio de piedad que subió desde su corazón acarició la frente del difunto y el máximo del terror paralizó sus miembros al escuchar un murmullo de besos iracundos y mirar que en la viga del techo temblaba el reptil, tritón de labios carnosos y espejismo deslumbrante. Distinguió la pupila donde ardían celos infrahumanos, como si la salamanquesa tuviera conciencia de que ella fue acicate de éxtasis y espejo de deliquios, y aún pudo ver, antes de desmayarse, que la bestia se descolgaba con estrépito, estrellándose como una bombilla junto al cadáver, quedando sólo una greda viscosa que el viento disipó arrastrando su misterio.

Ensayo sobre el agradecimiento

Agradecer, estar agradecido, es un acto sin trascendencia, es un sentimiento plano, que no afecta a quien se manifiesta en ofrenda libre y espontánea. No lo entristece, ni lo alegra, es un hecho sin importancia como el tener buen pelo, pestañas rizadas o vestidos nuevos. Cuando alguien afirma estar agradecido, provoca un movimiento de extrañeza. Se le mira con la indiferente curiosidad con que vemos a una señorita embarazada o a un payo con sombrero de paja. "Equis está agradecido." Inmediatamente aparece ante nuestros ojos el inevitable personaje vejado y entelerido que tartamudea "gracias", "mil gracias", "muy agradecido", sin que el causante de este torrente participe de la emoción evidenciada por su víctima. Amar, odiar, sentir rencor, son actos significantes, cuyas reacciones vigorosas consiguen redimirnos. Agradecer es nulo. Es un chantaje al otro y a uno mismo; sentimiento de paria adeudado al infinito. El agradecimiento no es formal. Como verbo es intransitivo. Agradecer, agradecimiento… Acto que responsabiliza al causante sin consolarlo. "Agradecimiento", manifestación enfermiza, sentimiento que enajena, cosifica y enjaula. ¡Agradecer es envidiar! El que da es el que tiene. Lealtad del que carece, del que necesita, del que se humilla, porque estirar la mano es admitir la misericordia. Quien se mire a sí mismo construirá su odio, levantará su ira contra el benefactor; ciega o apaciblemente, tomará el partido de amar al dadivoso, porque al final de cuentas, el que da es un ratito Dios, pero se le acaba.

Millones de favores pesan sobre la existencia. Billones de ofrendas para los progenitores con quien estamos en deuda; a causa de ellos tendremos que agradecer el final sorpresivo que nos juegue la muerte, a quien también daremos mil millones de postreras gracias. Agradecer la desesperación y la angustia, gratitud por el desamor, por las migajas de afecto conseguidas y por el turbio placer robado a algún instante. Reconocimiento por la amistad que nos fue negada. Acción de gracias por el hermano o por el hijo insustituible. Gracias, gracias mil por tanta esperanza efímera. Gratitud por la vejez y el exterminio de la carne.

Todo esto no afirma que "agradecer" sea una ignominia, sólo puntualiza la concreción rigurosa de ser un acto tan personal como el

sollozar, que desahoga y consuela estrictamente al que lo padece, mas nunca al que lo causa.

Sí, hay que agradecer, hay que concebir un fino agradecimiento, hay que elaborar magnánimos ex votos.

Yo estoy anonadadamente agradecida y escribo este ensayo —el más corto del mundo— para dejar desbordar el agradecimiento que me ahoga desde que nací. No, no escaparé a la gratitud. En esto no fracasaré, no me caeré a pedazos sin gritar como Job: “Gracias, gracias por ser de podredumbre, por cubrirme de gusanos, gracias, gracias por la sed, el hambre y el cansancio en que me debato. Gratitud excelsa por creer en Ti, el innombrable. Mi ardiente gratitud porque existes y porque estoy ávida por entender tu justicia enigmática. Gracias, gracias porque alcanzaré tu perdón cuando llegue el gran sueño”.

Girándula

Cuando atravesó la calle y subió la escalinata de su apartamiento no reparó en que el aspersor del prado le bañaba el rostro, y mucho menos, en la pequeña Maité que esperó el caramelo de siempre y lo miró con rencor desde la banqueta. La carita enflaquecida siguió la trayectoria del abrigo gris y estuvo a punto de sollozar por el olvido. Contuvo un puchero y se consoló jugueteando con la lluvia que esparcía la flor de cristal, girándula luminosa colorida por el último rayo de sol. Con la ropa húmeda saltó el aeroplano dibujado en el pavimento.

Julio no advirtió que el caluroso atardecer de mayo humedecía sus axilas. Acezante se detuvo en el umbral el tiempo indispensable para encontrar la llave de su habitación e introducirla en la cerradura, acción que realizaba con invariable torpeza; ésta resbalaba o era confundida con las del auto.

Preocupado por averiguar si la criada había recogido el traje oscuro con el que asistiría a la fiesta de Lucinda, empujó con brusquedad la chapa, ocasionando que la puerta vibrara. En su apresuramiento no vio la bombilla eléctrica encendida, que en otra circunstancia le hubiese extrañado. Se dirigió al baño tras de arrojar sobre la cama el portafolios y el sobretodo que entorpecían aún más sus movimientos y aumentaban el insistente dolor del brazo —molestia que desde la noche anterior se le había adherido como una ventosa—: le abarcaba el hombro y parte de la espalda. Concretóse a calmarlo con aspirina, atribuyéndolo a una mala posición. Consultaría al médico por la mañana. No se detuvo a pensar en esto, no obstante su meticulosidad en cuanto a su salud se refería. La exaltación que lo embargaba por haber sido invitado personalmente por Lucinda lo acaparaba por entero. Dos años esperando este momento. Dos años de martirio. Dos años de desearla sin esperanza; seiscientos veinte días de anhelar una palabra, una mínima señal que lo diferenciara de la camaradería usada con los demás arquitectos. Cierto que él no podía esperar mucho de una joven hermosa y cortejada. No era viejo, pero a pesar de su apariencia distinguida y su aire misterioso, quedaba en desventaja frente a los acicalados galanes, que carecían de su cultura. Con Lucinda estaría dispuesto a cualquier desatino, inclusive a

proponerle boda. Evidentemente no era el momento. Pedirle que la llevara al teatro e invitarlo a cenar en familia quizá fuera solamente un capricho.

No, no estaba el traje. ¡Con mil demonios! Buscaría cualquier otro en el ropero.

Abrió el grifo del lavabo y tuvo la sensación de que alguien, en ese momento, había entrado a su alcoba. Detuvo el agua y permaneció en acecho. Claramente oyó girar los goznes de la puerta.

—¿Es usted, Rosa? Creí que me olvidaría. ¿Ha traído el traje?

No hubo respuesta. Extrañado se apresuró a entrar en el cuarto. Hasta ahora no se dio cuenta de que la luz eléctrica llenaba la habitación. Observó todo con detenimiento, con tranquilidad, sin ofuscarse; si acaso, contrariado por la impuntualidad de la sirvienta y por el dolor del hombro que crecía más y más.

—¡Qué tontería! —se dijo—, y no pudo contener un estremecimiento, un temor supersticioso. Significaba demasiado para él aquella entrevista. Soñó con ella desesperadamente. Imaginó con miedo que podía enfermar o ser llamado por alguno de sus jefes. Con frecuencia sucedía que al ir a recogerse un telefonema del gerente reclamaba su presencia para una partida de póker o para acompañarlo al club. Podría también llegar una visita, algún amigo al que no hubiese visto en mucho tiempo y que lo obligara a perder la cita. ¡Sería el acabóse! Imploró al cielo para que nada ocurriese. No se atrevería a negarse, ni lanzaría a la calle al inoportuno. A veces los vecinos le robaban el sueño criticando o mascullando vaciedades. Abusaban de su complacencia. Tenía fama de bondadoso. Descolgó el teléfono. Abochornado trató de abrir la ventana, pero el dolor del brazo le impidió hacer mayor esfuerzo. Por la vidriera vio a Maité saltando en la banqueta, y vio el remolino de la flor de agua que como mirasol enloquecido seguía girando. Vagamente pensó que era muy tarde para que la chiquilla prolongara su juego en la oscuridad. Reprobó el descuido de la madre. Siempre era así. Estaría de charla con las amigas. Regresó al baño y el espejo agrandó los hilos de sudor que se agolpaban en su frente. Se limpió el rostro con la toalla y descubrió en el lavabo dos coágulos de sangre ennegrecida, como si alguien hubiese aplastado contra la superficie el vientre de dos tarántulas. Dominando la sorpresa y la absurda sensación de espanto que iba en aumento, revisó la navaja de rasurar que había limpiado perfectamente por la mañana. No, no presentaba ninguna huella. Volvió al espejo y revisó sus encías. Absolutamente nada. Tornó a la alcoba y la examinó como un bobo. Se asomó bajo la cama, miró tras las cortinas, tras las puertas que llevaban al vestidor. Tropezó con la camisa almidonada que no encontró un minuto antes.

Los coágulos se deslizaron hacia la coladera como dos pupilas

sangrientas, trazando caminos de rojez impresionante. Sufría conato de vómito bajo malestar incontrolable. Luchó contra el desaliento que se adueñaba de su persona, al juzgar ridícula su actitud. Lo que sucedía resultaba incongruente. Decidió concentrarse en Lucinda y sobreponerse. No dio crédito a la silueta, mejor dicho, a la sombra que claramente se desplazó de su persona con lentitud de ectoplasma. Le llegó un fuerte olor a cieno. Todo absurdo e inadmisible. Cosas de loco. Era como imaginar lo que sucedía, sin querer darle pábulo. Sí, que en su cuarto había una presencia, una presencia viva y extraña, un algo que lo cohibía y ¿por qué no decirlo? algo mágico e intangible que le iba quitando fuerza. Hizo acopio de cordura. Meditó en la razón de su entusiasmo por aquella cita, basada en la sonrisa de una muchacha que le escatimaba todo. Se alarmó al considerar que perdía confianza en sí mismo. No tenía nada que hacer con Lucinda, no podía ofrecerle nada que otros no le ofrecieran con ventaja. Las arrugas de su rostro se intensificaron; surcos de miedo, miedo que le iba dejando las mejillas verdosas con lividez que antes no había visto sino en la panza de los reptiles. ¡Claro! Debía vencer la idea de que alguien había entrado. La puerta tenía echado el cerrojo y el ruido que escuchó posiblemente lo originó el viento. Quizá el viento no. El encristalado evitaba las corrientes. El brillo del espejo al ondular le hacía daño. Bastaría correr el biombo para convencerse. Pero eso requería esfuerzo. El dolor del pecho se hizo insoportable. Estaba perdiendo tiempo. Lucinda sabía de su puntualidad. Esperaría verlo entrar al sonar la última campanada. En un relámpago, imaginó el temblor de su voz frente a la joven y la tiesura de sus miembros. Ahora que tendría oportunidad de conversar con ella libremente, se le ocurría que todo era una necedad y que no soportaría la chispa burlona de los ojos de Lucinda. Ojos de transparencia casi diabólica que lo envolvían como la girándula. Fascinación en contraste con la inocente palidez de su cara de niña, parecida a la de Maité. Sí, eso es. La chiquilla abandonada se la recordaba siempre: el cuello esbelto, delgado, tan fino que, si lo intentara, podría troncharlo con una sola mano. Con esa mano de venas congestionadas que le era repulsiva y que le pertenecía: sanguínea, rosada, calurosa siempre. En sus piernas las venas parecían correas; tensos acueductos de agua negra. Odiaba ser así; una vejiga llena de sangre. De niño suponía que si le encajaban una aguja estallaría como odre de vino. Si es verdad que todos tenemos parecido con algún animal, su rostro tenía semejanza con el de… Hizo un gesto de horror. No lo admitiría. Su cerebro andaba mal. Le dolía la cabeza, las sienes parecían estallar. Sorbió un trago de agua cuidando su camisa. Ya estaba listo. Bueno, no, faltaba buscar el traje. Pensó en Rosa. ¿Estaría enferma? Tenía años a su servicio. Venía los jueves, pero hoy era miércoles.

Se acercó al ropero y no se atrevió a abrirlo. Allí, sobre la cama, ¿qué es lo que veía?, ¿el traje?, ¿pero así?: arrugado, retorcido, escurriendo un líquido amarillento y lleno de fango. La risa de Maité lo hizo ir al ventanal. Vio a la niña saltando en la sombra, con los pies descalzos. Había reunido caracoles. Ya la había reprendido por hacer eso. Maité, con risa histérica, brincaba sobre las conchas. Despanzurraban tlaconetes sus piececitos saltarines; trazaba caminos de plata con la baba de los crustáceos. Mutilaba los cuerpos hasta licuarlos. Julio tamborileó en el vidrio y amenazó a la criatura que no vio su intento. La girándula era sólo un inmóvil ojo de escarcha. Abatido hasta lo inconmensurable, estrujó el traje que goteó sobre la alfombra su podredumbre. Se debatió en la pesadilla de ese instante. Recordó con lucidez la presencia del extraño y se aferró a su realidad. Apagó la luz y cerró los ojos para serenarse. A tientas se arrastró de nuevo al baño, seguro ya de un sino adverso. En la opacidad, advirtió que alguien levantaba un mazo y lo dejaba caer sobre su nuca, una y otra vez hasta hacer saltar los sesos contra el brocal de la tina.

—¿Eres tú, Rosa?…

Aún pudo escuchar el sonido de cascarón que produjo su cráneo al estrellarse. Todo esto, antes del silencio.

Cuento de indios

—La Engracia no es fea… pero no sabe… yo creo que no sabe cómo somos los hombres. Me gustaría para ella Bernardo, es medio atarantado… pero bonitos toros… y con mi vaca… muy buenas crías. ¡Claro, le haríamos la casa, compraríamos una hamaca, y el equipal pa' mirar cómo juegan los nietos!… Bueno, no sabe cómo somos los hombres…

—Pobrecita la Engracia, se va a quedar… ya ves, está rechula y no hay quien la mire…

Los ojos bovinos de Gracia recorrían amorosos la figura de la hija y recargaban en Lorenzo el problema humillante.

Engracia también soñaba: "Ya se llevaron a la Lupe, y a la Rosa, y a la Paula… ¿Qué tendré yo?… Se escapó la Remedios, ya la tenían lazada; pero a mí, ni eso".

Lorenzo tranquilizaba a Gracia:

—Mira, es mejor… luego no quieren casarse y comienzan los pleitos, así estamos tranquilos, pobres, pero nada nos falta.

—Si no es por eso —respondía su mujer—, es que la Engracia ha de sentir pena de que no se le acerquen, tú sabes cómo murmuran y qué poco nos gusta a las mujeres que nos tengan por quedadas.

Lorenzo chasqueó la lengua, apretó los dientes y redondeó con los dedos el cigarro.

Una mañana Lorenzo fue a buscar a Bernardo, con disimulo, como si sólo pasara para cortar un carrizo. Lo saludó de ida. El gañán estaba mirando el pastar de los toros; seis toros entrepelados de encornaduras abiertas y zaínas. Al regresar, Lorenzo se acodó en las trancas.

—¿Qué tal?

—¿Qué tal?

—¿Fumas?

—Bueno.

—¡Qué calor!, ¿eh?

—Sí.

—¿Por qué no vamos a la poza?

Bernardo escupió una brizna de tabaco.

—¡Ándale!

—¿Y los toros?

—Eso sí.

—Mañana mejor.

—Paso por ti.

—Ta' bien.

A Lorenzo le satisfizo el rumbo de su plan.

—Mañana —dijo a su mujer— llevas a Engracia a la poza… como a las doce…

Al otro día, en la poza, Lorenzo y Bernardo, silenciosos, apartaron la maleza.

—¡Ahí anda alguien! —dijo Bernardo.

—No hagas ruido, a lo mejor son mujeres —contestó Lorenzo.

Se acercaron gateando hasta un bordo y al separar los breñales vieron a las mujeres bañándose. Lorenzo fingió buscar, mientras los ojos de Bernardo graneaban sobre la piel lustrosa de la Engracia.

—¡Ahí! ¿Qué no las ves?… ¡Órale! —repitió Bernardo al sentir el tirón en la camisa.

—Ya no veas —dijo Lorenzo con voz enfadada—, son mi mujer y mi hija. ¡Vámonos!

Bernardo emprendió la retirada sin hablar; al cabo pudo disculparse:

—Tú quisiste…

Lorenzo para hacer más grave la situación no contestó. Sacó el machete y a señas indicó a Bernardo que debía defenderse.

—Tú quisiste venir, yo no las andaba espiando.

De la boca saltaba el miedo tartajoso del muchacho.

—Yo no tengo nada contra ti… yo no tenía nada; soy padre y esposo y quiero una reparación. Claro que, si no fuera la casualidad, ya te habría matado; pero hemos de arreglar esto.

Esperó.

Bernardo, desencajado, había permanecido en cuclillas, ciego ante el brillo del machete.

—¿No vas a decir nada?

Lorenzo también escondía la emoción en la gordura de la voz.

—Levántate, Bernardo, que nos vamos a quebrar el alma.

Bernardo se levantó despacio como si en cada movimiento sacara todo el cuerpo de cada pierna. En seguida escurrió su mirar mustio sobre los ojos desafiantes de Lorenzo.

—¿Qué me dices?

—Nada.

—Piénsalo, Bernardo. Aquí nos tenemos que morir.

—¿Qué necesidad hay de que sea hoy? Vamos mejor a arreglar nuestras cosas y ahí después…

—¿Cuándo?

—Mañana, a esta misma hora…

—Ta' bien…

Lorenzo se llenó de cólera porque Bernardo, desde luego, no decidió; pero como no se trataba de matarlo, esperaría. Un minuto antes de que se separaran, dijo apaciguado:

—Todo tiene arreglo…, ¿no crees, Bernardo?

—¡Bah!

Bernardo sin añadir ruido, ni gesto, ni ademán, salió por la vereda con andar descuidado.

El afilado sol le tenía clavada la sombra entre las piernas; a pesar de que Lorenzo iba y venía y daba con el machete sobre los matojos, Bernardo no llegaba… no llegaría… no llegó… "Si tan siquiera hubiera sido valiente, pero ¿quién va a cuidar a los toros…?" Lorenzo buscó el techo de unas ramas y adosado al tronco aguardó a que le pasara la mohína.

Gracia había preguntado que "pa' qué las había mandado a la poza". Lorenzo no tuvo explicación y se contrarió cuando la mujer le reprochó que "anduviera en cosas de brujerías".

En el pueblo, la madre buscó al cura, le confió lo de la Engracia preguntándole, además, si era necesaria una misa. El sacerdote la reprendió y quiso convencerla con razones de castigo y de gloria, pero fracasó en la atonía maliciosa e indiferente de la mujer; con todo, antes de abandonar el templo, la madre colgó un milagro de plata en la estola de San Antonio.

Engracia, la hija, no sabía si necesitaba un hombre. ¡Es que tenía veinticinco años, y esas cosas deben suceder a los diecisiete! "Aunque una no se case, tener el vientre vacío tanto tiempo es cosa de mala suerte". Engracia notaba que se encolerizaba, que no hacía las cosas bien, que andaba distraída, como adormilada. "Es la mala suerte." Ninguna de sus amigas quería andar con ella "pa' que no las contagiara" y todas la "pobreaban" y le tenían compasión.

Eso era lo malo: ella prefería no tener criatura, "nada más afea", o marido que a la mejor sale de mala cabeza; pero también ella prefería cualquier cosa, menos que la malmiraran y le tuvieran lástima. Engracia de rodillas pedía al santo término a su humillación y a su congoja.

Lorenzo decidió poner fin al quebranto de la esposa y de la hija. Esperaba a Engracia cuando iba por agua y por hierba. La vio venir.

Rompió el faldón de la camisa para hacer un tapabocas, se bajó el sombrero hasta los ojos, y, en un recodo, esperó a que Engracia pasara. Con el pomo del machete golpeó la cabeza de la muchacha, luego la arrastró dejando jirones de la enagua entre los arbustos, lo mismo que el rebozo y un moño del pelo. Después, abandonó a Engracia en una cueva y regresó a su casa. Ya tarde preguntó por su hija. La respuesta de la madre fue que había ido de visita y Lorenzo

propuso ir a buscarla; pero “sin malicia, nada más por ser algo tarde”. La esposa, malhumorada porque “estos cuidados restan probabilidades”, respondió: “ella se sabe cuidar sola”, pero accedió sin exponer reservas. Preguntaron por Engracia no sólo donde había ido sino en las otras casas del camino “por si la hubieran visto pasar” y en todas partes dijeron que “allí no estaba”. La madre entretenía alegres suposiciones mientras Lorenzo ensayaba injurias y traía comentarios. “¡Otra cosa, ni pensarlo, Engracia ya no está en edad!” “Qué va a saber uno”, y la tibia gordura de la mano de la mujer humedecía el brazo del hombre y lo sacudía con el hipeo de su ancha felicidad.

Cuando regresaron, ahí estaba Engracia, desmelenada, sangrante y rota.

—Cuéntame, cuéntame, ¿qué fue lo que pasó?

Gracia esperaba noticias y durante el relato animaba a su hija a que confesara recónditos agravios:

—No tengas pena, eso les pasa a todas; pero sigue, ¿nada más eso?, ¿nada más eso? ¡Cuéntaselo a tu padre! ¿Viste quién fue, le miraste la cara, podrías reconocerlo?

Las lágrimas de Engracia corrían de su mejilla a las de su madre y de allí, por los afluentes, caían en aguaceros de sollozos, de sorbos, de jadeos.

“¡Quién va a creer que no le sucedió! ¡Aunque no haya nacimiento, ya no pasaremos las vergüenzas! Nadie se atreverá a decirle a la Engracia que es una quedada”. Los pensamientos de Lorenzo le bajaban a la boca en palabras fabricadas de rencor y de asombro.

Engracia rehuía a la madre: ¿cómo convencerla de que únicamente la habían golpeado? Las amigas vinieron a preguntar y la muchacha tampoco supo explicar y aderezar los incidentes. El “quién sabe” les removía candorosa lascivia y azuzaban la petición de médico, de la revisada que Engracia exigía como prueba y que ellas festejaban. La madre opinaba que bastaba con esperar, que “se sabría lo que Dios dispusiera, dentro de nueve meses”. “Pa’ qué les dices que no tienes nada, pa’ qué… si todos nos hemos de enterar cuando sea tiempo”. “Anda, no seas vergonzosa y ya no hagas los quehaceres pesados”.

A Engracia le dolían las recomendaciones como si la azotaran, como si la desnudaran en presencia de la gente, como si realmente le hubiera pasado algo.

Engracia guardaba el jirón de la camisa que Lorenzo usó como embozo y que éste había olvidado por innecesario durante el desmayo de la muchacha. Buscó Engracia entre la ropa y encontró la prueba. Advertida de la identidad, intempestivamente, ofreció a Lorenzo que ella podía remendar la pieza. El mutismo de Lorenzo fue el espejo de la confesión abyecta y el llanto explosivo de Engracia, la acusación ineludible.

¿Pues qué iba a ser de ella? ¿Quién se acercaría con mejores intenciones que las de sólo "eso"? ¿Quién le pondría ojos mejores que los que gotean amarillenta lujuria? Como a mujer burlada la tratarían, carne para los zopilotes. Para ella no habría ni hijos, ni marido, ni casa, ni seguidores, ni compañía, ni vida honesta, ni nada, nada, nada… "Y la culpa la tenía Lorenzo por entrometido, ¡qué tuvo que meterse en cosas de mujeres!" Contra el padre redoblaba la cólera, afilaba el resentimiento, construía rencores y despegos. Gracia, la mayor, padecía los remilgos, los desdenes, los sufrimientos de la hija y no alcanzaba luz para explicar esas tinieblas. Se acercaba a ella y ésta negaba las palabras, rechazaba los consejos, los estímulos, las promesas… La mujer llegó a dudar y casi creía ya lo que la hija sostuvo aquella noche: "Sólo me golpearon".

La podredumbre de la murmuración le envenenaba los nervios: "A Engracia se la llevó Juan Pablo". "Fue el demonio de Juan Pablo." "¿Fuiste tú?" Juan Pablo no afirmaba; movía la cabeza y dibujaba sonrisas delatoras. A veces negaba lo que su actitud concedía, "pero ¿dónde andabas ese día? ¡A ver, a ver! ¿Qué pruebas das de que tú no fuiste?" Juan Pablo llegó a creerlo y su creencia reptó hasta el pecho de Engracia, hasta los oídos de Lorenzo, hasta la satisfacción de la Gracia mayor.

Engracia no quería que sucediera, no había pensado que podría suceder; pero pensó en Juan Pablo y odió a Juan Pablo, a pesar de sus ojos, a pesar de su hombría, a pesar de su desplante, a pesar de ella misma. De noche ahí estaba, "sólo figuraciones", pero ahí estaba, con su risa, con su pañuelo verde, con su desgarbada compostura. Engracia sudaba y gritaba "que no era hombre, que ni siquiera la podría tocar, que nunca se fijaría en él, y menos ahora, que eran puras mentiras", pero sus gritos los apagaba el ruido de su corazón, el temblor de su carne, su temor desesperado.

Lorenzo tampoco dormía, porque el sarape le cortaba, porque el viento le enfriaba los pies, porque algo rondaba afuera, "porque en resumidas cuentas hay que portarse como los hombres".

—¡Gracia, Gracia!

La mujer no soltó el sueño y las explicaciones murieron en los labios de Lorenzo.

Cuando por la mañana el indio sacó el asentador y la moruna, la de funda labrada, y en lugar de terciarse el itacate fue a sentarse afuera de la casa a probar el filo de su arma, y luego, liado el paliacate al cuello y en el hombro la frazada, tomó el camino del pueblo, Engracia, la hija, comprendió que los acontecimientos habían llegado a término.

En el trayecto Lorenzo imaginaba su entrada al pueblo: primero en La Florecita, donde casi no hay borrachos, pero donde hay señores; después en Dulces Sueños, de ahí a la Cantina Nueva y a la casa de

don Roberto y a El Rinconcito y a los billares del portal y “en ese sitio la muerte o la victoria que los curiosos sirven, a la mejor y nos separan. Juan Pablo es joven, tiene buenas piernas y está hecho al pleito, pero ¡quién sabe!, me puede ayudar la sorpresa, eso cuenta, la sorpresa siempre cuenta…”

En sus cavilaciones veía el oriente por los brillos helados del machete: “Es bueno mi fierro, sabré salir del apuro”.

—¿Han visto a Juan Pablo? —el recio tono y la figura tensa acalló el jaleo del billar.

—¡Papá, papá! ¿Qué va usted a hacer?

Frío estremecimiento le salió con la voz de Engracia. La apartó bruscamente.

—Son cosas de hombres. ¡Váyase! (“Qué bien que esté aquí.”)

—¡No lo haga, padre!

—¿Qué no va a salir Juan Pablo? ¿Qué no es macho?

Un mocetón de risa congelada, de alambrado cabello, con torso acorazado y músculos de tigre avanzó sin sorpresa.

El avispero de la gente acomodaba miradas y orejas y envolvía su corazón en silenciosas inquietudes.

—¿Pa’ qué es bueno un hombre? —habló Juan Pablo sin apresurarse.

Lorenzo no supo si lo vio con furia, si sus ojos se habían mostrado apretados y fascinantes y añadió:

—No se haga, bien sabe lo que un padre reclama.

Lorenzo pensaba: “A la mejor ni pasa nada, le entra miedo; a la mejor se casan, a la mejor ni nos peleamos… Ahora que está aquí Engracia, esto se arreglará”.

—¡Diga! —tironeó a Engracia—, diga, ¿conoce a éste?

Engracia de rodillas miró a Juan Pablo pidiéndole perdón y afocó la cara de su padre con odio que subía gimiendo, estremeciéndola, derribándola; gritó que sí, como deteniéndose en vertiginosa inconsciencia.

Lorenzo, aturdido por la afirmación sonante como una piedra dentro de la cabeza, saltó sobre Juan Pablo, silbó el viento en la hoja del machete, giró Juan Pablo perdiéndose el golpe en el canto de una mesa; trastabilló Lorenzo que ya llevaba la zarpa de la daga en el cuello y con estertores convulsos rodó amortajado en sangre, desmesurados ojos, anhelante boca, infinita vergüenza.

El último coctel

No volveré a un coctel. Ya no existe nada que pueda obligarme. ¡Libre! ¡Libre como si hubiese destruido la maraña que atrapara una mosca! No tendré que sufrir a los fatuos, ni aplaudir a los necios; no habré de sonreír con los asnos ni conversar con los presuntuosos. Avara de momento, gustaré por último de este simposio, de esta concurrencia en la que damas, no muy jóvenes, conviven la fugacidad de un tiempo. Lo insustancial pone su toque dramático, acentuado por licores ácueos, híbrida mezcla de hielo y oxígeno, donde el alcohol débilmente permanece; aunque esto no afecte el fervor de huéspedes esperanzados siempre.

Difícil resulta describir la inexistencia masculina, que sólo sirve para constatar la incompatibilidad de alguna esposa vagamente presente. Todos teníamos aspecto de esperar en un andén. Lizet, bella de otrora, sin ánimo para retocar sus encantos, dejaba que el azulado ayer de sus ojos se licuara como los cubos de azúcar de su granadina, que al burbujear producían un revenir lechoso, que le cerraba los párpados. Estaba Abigaíl, cuya fama de elegante queda en entredicho: ¿qué hacía con ese traje marinero que recordaba a un ebrio dando tumbos? ¡Extrañísima Danela, con medias de cocot forrando pantorrillas que lo habían caminado todo! ¿Qué decir del blusón de Edith perforado por una descarga? La falda estampada de chiquiadores encendidos sobre gasa transparente mostraba la osamenta gastada y enmohecida. En la mirada de todos persistía un anticipado cansancio, un miedo que percibió hasta la lejanísima mujer de plata olvidada en el sofá. Las bocanadas de su pitillera acre pretendían borrar toda la sala. Cuquis Olivo, medio metro de cosaco, sin don, con botas que la tragaban por entero, mostraba la boina gris, para acentuar su realidad de fantasma. A la periodista de negro, titulada en Londres, había que esforzarse por no imaginarla con la boca llena de alfileres, rechinando en los apretados dientes. Portaría cinta métrica cual virtuosa costurera.

Al fondo, la pared, donde rebotaba el hastío. Una pared que lucía modernísimo óleo; retrato de una joven, rostro ingenuo, ojos desmesurados, cuello hostil; por pechos, dos pájaros que tendrían algún significado. Pinceladas crueles, rutas ocre, violeta y fuego,

convertidas en masa alada que continuaría detrás del marco.

El Comendador estaba allí, de pie, luciendo su colección de sellos sobre chaleco *made in China*. Había algo que obligaba a observarlo; la cara rojiza hacía pensar en que hubiese engullido los pajarracos del cuadro. Yo sé que había otros hombres, señorones cotizados por marcas de automóviles colocados en la acera. Secuestrados valdrían millones; pero permanecían allí, rumiando espárragos, con existencia sin rescate. Estaban a mi espalda, a unos pasos. Su respirar era pesado y angustioso. Vestirían a cuadros, con largas capas moradas, pies equinos ocultos en sandalias de oro. Algunos, impúdicamente desnudos, sin ocultar su rapacidad, irían descalzos, sin más correas que las de sus venas.

Sobre la mesa, revistas de arte y adolescentes con hambre. Un dúo proyecta que canta; rasguean guitarras, se desvanecen. Pasan meseros repartiendo viento. En el brazo del sillón, Kitty, joven de más allá, con traje del Oeste y aire callejero, suspira en vano. Está también Anabel, ex bonita, ex dichosa, ex sonámbula; toda de ex gris cual rama seca. El vacío del jardín tendido frente al salón es una zalea puesta a secar. El espacio, un ojo que por equívoco ha quedado vivo y abierto. Deberían correr las cortinas para que enredaderas y árboles estiren sus ramas.

Por alguna causa reparten obsequios: para Leda, una fuente de peces neón; para Ted, aros que se detienen solos; para Ruy, una pipa eléctrica. A Sofi —la del perfil angélico—, borlas, borlas de armiño. A Kitty, un rosario de agujas. Me obsequiaron un perfume redondo, esférico, circular, que no podrá asentarse. Lo llevaré en la mano como una granada, por toda la eternidad.

Es la velada, reunión social amistosa y anónima, donde la nostalgia crece, se eleva, se eleva como los cubos de hielo que flotan en la jarra. Pienso con exactitud en dormir. Maldigo la vaciedad que tan duro me castiga. A mí, débil adicta a saraos y festejos.

La risa desagradable de una insulsa que proclama ser feliz crispa los nervios y enturbia los gobelinos recién comprados. Alan, poeta sin magnitud, ondula, se mueve como si colgara de una percha y lustra el piso de mármol que huele a tíner y a desesperanza.

—¿Conoce usted al pintor? Es autor del retrato.

—Mucho gusto… —¿gusto de qué?, si ni siquiera tiene un jeroglífico, una señal, un sonido. ¿Cómo distinguirlo entre una silla, una carpeta y un cono de mazapán con horrible sabor a almendras?

Yuyú recoge sus alas de luto y se marcha al entierro de un personaje del que han estado hablando. La veo pálida, con polvo de luna en la sangre y brazos cirios para el que ha fallecido. Todos coinciden, todos vienen del mismo muerto. El pintor sin rostro y la lejana mujer de plata y la insulsa que ríe juegan con el sudario. Lo conocieron de siempre y saben que en el velorio habrá mejor alegría

que en esta tertulia, donde la festividad se estanca aprisionada en ironías y carcajadas acerca del prójimo.

Cuando abren la puerta el viento sopla, viento venido de las estepas que ninguno ha visto, pero que hiela las nucas y humedece los rostros. El temor se derrama, lo invade todo; sobresalto de no reconocer los cuerpos, de mirar el salón con su osadía de yeso, de cueva socavada por diabólicas tuzas. Risas y barullo, neurastenia, toses ahogadas, sueño, inutilidad, sed, bostezos y gigantesca soledad. Un mercado de nada, de palabras sueltas como los peces neón y los aros y la pipa y el perfume redondo que es preciso conservar…

Aprovecho el derrumbe de vasos para huir, para marcharme, para escapar de esta reunión exquisita. Debo salir antes de gritar que me aburro infinitamente, hoy, en esta fiesta y en la fiesta de mañana y en la fiesta de siempre.

Los barcos

Me gustaría vivir en el mar en un inmenso barco: un buque en lo alto del oleaje, confiado al abrazo del silencio y al gran rebaño de espuma. Más allá de los soles, en las regiones lúcidas; a salvo del incendio de los juegos prohibidos y de los silbos de locura; ajena a la realidad que nutre a los fantasmas. Quieta, porque mi sueño gigante inmoviliza el caminar. Cada amanecer recorrería sus pabellones multicolores, sus pasadizos laberínticos y galerías recónditas, sus retorcidas escalinatas con barandas de brisa, sus encristaladas tapias color del poniente.

Me cautivan los barcos, me atrae su forma y su misterio, me apacigua ignorar el rumbo a seguir. Quiero vivir en un barco, pero sin levar anclas nunca, sino aquí, en este mar cuyas arenas conozco, en esta bahía aprendida minuto a minuto. Sí, en este mismo mar eternamente. Mi vagabundeo estaría definido por una sola estrella. Podría asir mi tiempo, podría atraparlo con garras y dientes, mientras los luceros pasan… Aunque no sé. A veces me arrepiento del crimen cometido a causa de este anhelo insensato, al tomar un barco donde no aparecen los relojes, donde sólo puedo inventar la existencia, porque evidentemente no cambiaré la dirección, ni agitaré los brazos, ni estallaré en un grito, cuando mire alejarse otras barcas. No seré capaz de fingirme sirena, ni he de usurpar canciones para el naufragio, porque mis movimientos están contenidos tan inflexiblemente como el viento.

La dama gorda

Siempre la recordaré así: vestida de gris arena, cuello de piqué almidonado y puños endurecidos asomando apenas bajo el saco de lana.

Oía misa en la Sagrada Familia, a unas cuadras de la casa principesca que abarca la manzana y que, como las construidas en el Porfiriato, luce jardín amurallado y balcones de piedra clausurados por celosías que no se levantan nunca.

El portón vale una fortuna; amorcillos cincelados en bronce, capiteles con incrustaciones realzadas sobre el panel y doble enrejado le dan apariencia de fortaleza.

Era todo un misterio, hasta para mí que pasé veinte años acechando a la vecina.

La dama tuvo siempre la misma edad, la misma gordura, el mismo traje, el mismo automóvil refulgente y el mismo chofer uniformado, altivo y con negras gafas, quien no alternaba con nadie copiando las actitudes de su ama.

Considero triunfo personal que tanto él como la mujer terminaran por doblegarse, saludándome, aunque bien pudiera ser una de mis figuraciones; pero él se tocaba el kepí como en un intento y la dama esbozaba un simulacro de sonrisa. Me la concedía por las mañanas cuando topábamos camino de la iglesia; yo siempre a pie dándome prisa para coincidir con ellos en la puerta. Fuera de esa hora no se dejaban ver. Por las noches, ni una rayita de luz bajo las puertas. Los viernes, el chofer salía en camioneta destartalada y volvía al amanecer repleto de mercancía: frutas, jamones, carnes, quesos, langostas descomunales, patos, liebres y alimentos enlatados como si fuesen a surtir a una tropa. Ningún otro movimiento en ese palacete que debía tener docenas de cuartos, ya que las ventanas se extendían a lo largo de las dos calles.

Desde mi azotea tenía el privilegio de contemplar el principio de un emplomado legítimo; techo de cristal sostenido por dalias pintadas de blanco, que debía sombrear alguna terraza o quizá el invernadero. Trepándome en la escalerilla alcanzaba a divisar el final de unas hojas de palma, de ésas que los ricos siembran en macetones de porcelana.

La curiosidad de los vecinos había acabado por agotarse. Rarísima

vez sorprendían la salida o la entrada de la dama de quien ignoraban el nombre y la gente distinguía como “la dama gorda”. Cuando alguien pretendió hacer indagaciones llamando al portón, renunció a su atrevimiento ante el implacable silencio. Los pordioseros pasaban de largo sabedores de la mudez de la casa. El cartero jamás se detuvo ante esa puerta y los chicos del barrio se cansaron de dar aldabonazos sin respuesta. Podía pensarse en una mansión abandonada, cerrada a piedra y lodo, o habitada por fantasmas. Sólo mi vigilia estaba en el secreto: faltando un cuarto para las siete los postigos se abrían y mostraban por entero el corredor brillante como una gema. La señora descendía cuatro escalones para acomodar su corpulencia en el asiento trasero, ayudada por el enteco uniformado de lentes oscuros, quien, respetuoso, abría la portezuela de la limusina reluciente, como si acabaran de lustrarla con saliva. Sacaba el auto y cerraba de prisa el cancel temeroso de miradas furtivas e indiscretas.

No me hubiese sorprendido descubrir que dentro existían cocodrilos, mantarrayas o rinocerontes, o que la gorda tenía tratos con el demonio. Pero lo que no sospeché nunca, ni en mis más audaces suposiciones, fue lo que pasó verdaderamente y que iba más allá del más siniestro sueño.

Mi desazón comenzó cuando una de tantas mañanas vi salir el coche con la robusta, sólo que el chofer era ahora un joven rubio de rostro angelical, no mayor de 20 años, aunque tan serio y abstraído como si también siguiera la consigna que impedía toda comunicación. Temí que el anciano estuviese enfermo o hubiera muerto.

Con este nuevo personaje gasté inútiles sonrisas, inventando encuentros y tropezones a la entrada del templo. Ahora pienso y rememoro hasta el mínimo detalle y me lleno de terror porque estoy segura de que algo extraño sucedía con ese ser bellísimo, de pestañas claras en el comienzo y oscuras en las puntas, como alas de mariposa o como esos pistilos amarillo pálido, ribeteados de ocre; levantaba los párpados y dejaba ver los ojos heliotropo; pupilas relampagueantes que veían sin ver, como los ojos de los ciegos; pero que sorprendí enconados y fijos en el rostro de la adiposa. No entraba a misa, permanecía en la limusina que empezó a perder brillo y a envejecer hasta tomar el color arena del vestido de la dama, de quien solamente se distinguía ya el cuello y los puños blanquísimos enacerados con atíncar.

Transcurrieron meses antes del suceso que llenó de horror a la colonia. Amaneció el cancel abierto de par en par y un gentío ambuló por los cuartos hasta quedar petrificado frente al de la señora asesinada. Yacía sobre el camastro con once puñaladas en el ancho cuerpo. Boca arriba, con su eterno traje gris, parecía una enorme boa desparramada sobre la colcha de Damasco. La impía cuchillada del

cuello roció apenas la albura del piqué; pero los puños permanecieron impecables.

Antes de que llegara la policía, tuve tiempo de mezclarme a los curiosos, conturbada al hollar el recinto. Localicé la terraza de los vitrales y el invernadero adornado con las palmas para mí tan familiares.

En el salón de música vi la colección de figurillas de todos los países del mundo, sobre repisas llenas de miniaturas, y admiré la casa de muñecas que remataban en veinte mil pesos y que tenía candiles electrificados de treinta luces, tapetes de Persia, gobelinos austriacos, espejos, vitrinas de oro, salterios, pianos de cola, escalinatas de mármol y cortinajes en juego con los muebles: réplica con sábanas que no alcanzó a estrenar; manteles con etiquetas de 1900; vajillas empacadas. El refrigerador lleno de pavos, quesos, encurtidos. La imaginé mascando a dos carrillos suculentos manjares. Allí quedaron las tortas horneadas, moldes rebosantes en los que aún había restos de macarrones, de huevos gratinados, de jericayas, de frambuesas batidas con chantilly. Intactos los cubiletes de hojaldre rellenos de pechuga; platones enteros de codornices maceradas; descubrí la lengua en escabeche, los pichones almendrados y los chamorros al carbón; compotas de durazno, de ciruela, de piña; mazapanes y jamoncillo a granel; jaleas de todos sabores, arco iris de gelatinas, avellanas, chocolates, peladillas, frutas importadas, vinos extranjeros; todo para abastecer la gula feroz de esa tonina solitaria, que no compartió ni el saludo con sus semejantes; los que ahora recorrían su santuario como una feria de circo, sin aquilatar las bellezas y el cuidado en que su monstruoso egoísmo la obligó a existir, cebada y pudiente.

Su tragar incontenible me estremecía; parecíame ver de nuevo sus mejillas mofletudas infladas a base de cosas finas, que de tan voluminosas le cerraban los ojos: ojos azulencos, desteñidos, semejantes a los de esos guajolotes de párpados fatigados que parecen dormir y que de pronto parpadean nerviosos y agitados como si recordaran algo angustioso. Yo la veía rezar con su pequeña boca naufragando en medio de tanta carnosidad: labios gruesos, redondos, de besugo, que succionarían en un santiamén kilómetros de *spaghetti*. Tal vez usara aquel delantal ahulado que colgaba del sillón, para que no resbalaran las salsas por su cuello impoluto. ¡Oh! ¡Aquellos brazos de grosor descomunal, lechosos y húmedos! Recuerdo que no conseguía separar la vista de sus dedos regordetes de los que se podían sacar lonjas. Los veía pasar las cuentas del rosario de plata bendecido en Roma, con la letanía grabada en cada esfera. Las avemarías pasaban por sus manos como un collar de chorizos, que fuera engullendo. Ejerció sobre mí la fascinación de un monstruo inconcebible e informe. Yo, en cambio, hubiese podido quebrarme

como un alamar de fideos; flaca, reseca; no hacía sombra.

Ella jamás notó el azoro que me producía su humanidad poderosa, ni el espionaje de que la hice víctima. Sabía con exactitud la cantidad de arenques, de botes de aceitunas, de mayonesas y especias que abastecían el supermercado de su subsistencia. Durante el día todo era silencio, una muralla frente a mi ventana donde me ocupaba en tejer e imaginar si el chofer la asistiría en los culinarios menesteres. Tal vez prendería el incinerador para no obligarse a sacar la basura; los caparazones de langosta, la osamenta del cabrito y los platillos sobrantes que los pordioseros no saborearon jamás. Todo para ella. El criado esquelético no comería, ni tampoco el ángel rubio que llegó después, espigado, transparente como un espectro.

Me entretuve mirando un álbum donde la señora aparecía cuando era niña de siete años, ya rolliza; la acompañaba su padre, un señorón redondo de imponente obesidad. Todo el libro contenía retratos de la gordinflona y del señor de idéntica redondez. En ninguna foto estaba la mamá o alguna otra mujer, sólo la rechoncha vestida de encaje, con sombrilla, con traje de primera comunión, en uniforme de alguna escuela de París o Londres; en la playa con horrible traje listado, o con suntuoso vestido de noche. Otro más de cuello marinero. Sólo en la última hoja un grupo donde aparecía con un joven imberbe, ante el que no pude menos que lanzar un grito, porque era el mismo que yo conocí y que había desaparecido dejando abierto de par en par el portón.

Temblando llevé el portafolio al gendarme que detenía a los intrusos y que, ayudado por otro, exigía desalojaran la mansión del crimen. Le mostré el álbum en el momento en que una de mis vecinas señalaba que me faltaba un tornillo y que yo siempre imaginaba cosas. Sin tomar en cuenta el insulto insistí con el policía:

—Este joven es el asesino, lo conozco. Lo vi con mis ojos día con día.

Me señaló sonriendo la fecha: 1899, y sin interesarle mi desconcierto me obligó a alejarme.

De alguna manera supe que la embajada inglesa se encargaba del sepelio y llegué a la funeraria por la noche. Me sobrecogió la soledad de la capilla, hasta que me di cuenta de la presencia de un anciano a quien no reconocí, porque no iba uniformado: era el chofer, limpiaba sus lentes empañados por lágrimas. Me acerqué y toqué su brazo para advertirle mi presencia, pero no hizo señal alguna, como si temiera contravenir las órdenes de su ama: la señora gorda que le tenía prohibido entablar conversaciones.

Pensé retirarme, cuando le vi los ojos violeta, sombreados con las peculiares pestañas del querubín. Vislumbré su mirada un segundo, en seguida la veló tras los anteojos ahumados. Bajo raro presentimiento,

permanecí deseosa de preguntar si conocía al joven rubio y por qué se había marchado abandonando a la mujer a tan aciago destino. De rodillas, frente al rostro de la muerta —que no me atreví a mirar—, permaneció toda la noche, mientras yo cabeceaba acosada por el sueño.

A la hora de misa, entró la policía por él y no pude adivinar la expresión de sus ojos. Salió escoltado por los sabuesos que no conseguirían aclaración alguna de la mudez de ese hombre.

Esperé hasta las diez en que llevaron al cementerio a la dama gorda, que no me saludó en veinte años. Únicamente yo asistí al sepelio.

Cuando finalizó la subasta, compré el álbum de la gorda de donde misteriosamente había desaparecido la fotografía del grupo, pero al volver la hoja encontré el retrato del ángel rubio que la dama aún tuvo tiempo de colocar, y que aparecía con uniforme de gala de los guardianes del castillo de Windsor.

“To my beloved and cruel mother and to his servant, my unfortunate father” (A mi amada y cruel madre y a su criado, mi infortunado padre).

Barrio chino

Julio llegó al café. Se acercó a la estufa, se quitó los guantes húmedos y los guardó en el bolsillo del sobretodo. Deslió la bufanda, se deshizo del sombrero. Luego fue a sentarse a la segunda mesa, justo frente al espejo. Miró el reloj y, como siempre, eran las tres en punto de la tarde. En la luna se reflejaba el salón. Revisó con asco el cafetucho. Dirigió la vista a cada una de las mesas y sintió repugnancia: mesas sucias, vasos ya sin transparencia; en el piso migajas y servilletas usadas. Unos cuantos parroquianos: aquel solitario en la cuarta mesa, tres mujeres de edad, otro solitario al fondo y otro más. La figura del mesero a la entrada de la cocina. Buscó a la izquierda. Sólo el hombrecillo de la cuarta mesa. La espalda del capitán con las cuartillas embrazadas. Un señor y un niño saliendo del privado "Caballeros" y nada más.

Desenvolvió el terrón de azúcar, lo puso en la cucharilla mojada de café y sorbió despacio, con delectación profunda, hasta que la cuchara vacía reflejó la punta de su nariz.

Cuando ella entró, una racha de aire helado sopló sobre la basura. Los ojillos del hombre de la cuarta mesa la siguieron apasionadamente y no se le separarían más.

Julio no hizo el ademán oficial de levantarse. Ella acercó una silla y se sentó cerca de él. Abrió nerviosamente la bolsa, sacó un diminuto sobre y titubeó al entregárselo. Julio estrechó con sus dos manos los dedos crispados y los retuvo sin temblar. Sus ojos buscaron los ojos fríos de ella, entre furibundo y amante. En seguida recogió el sobrecillo y lo miró, lo miró. No podía escapar a su fascinación. Sorbió de nuevo el café mientras su puño se cerraba con odio arrugando aquella dádiva tan pequeña y tan grande que contenía una vida.

—¡No tenemos otra salida, Julio! —pareció que no pronunciaría una palabra más, pero aún dijo:

—Ya es demasiado tarde —el tono de su voz se hizo angustioso—. ¿Será preciso hacerlo?… —recuperó su frialdad al añadir—: Ya lo han decidido todo.

—¿En este momento? —preguntó él, mientras acariciaba el paquete con descuido.

—Cuando tú quieras, pero hoy —aclaró con dureza.

—Tienes razón. No hay escape. Lo haré y lo haré ahora mismo —dijo estrujando el sobre rudamente.

—¡No!, ahora, ¡por favor! —gritó ella e hizo ademán de levantarse.

—Acompáñame hasta terminar. Es sólo media taza.

Ella volvió a su posición, sacó dos cigarrillos, emocionada, los encendió y le puso a él uno en los labios. Los ojos de Julio acariciaron la boca de la muchacha.

Por decir algo, el hombre preguntó si todo había salido bien, si los pasaportes y los microfilmes habían llegado a su destino. Ella narró los pormenores. Él subió el tono de su voz. Ella le advirtió de su imprudencia volviendo la cabeza para señalarle al hombrecillo solitario que encarnizadamente los vigilaba.

—Ya lo vi —dijo él—. Ahora ya nada importa…

—¿Y yo…?

—Todo saldrá bien, querida. Estás a cubierto con tal de que no aparezca más.

—¡Quién sabe! —dijo aspirando el humo con desesperación. Ella sabía que a pesar de todo no se libraría, pero calló. Quiso dejar a Julio siquiera esa esperanza. Hubo una larga pausa. De pronto él sonrió:

—¡Ah, nuestra cabaña! El que llegue no entenderá la decoración. Me temo que cambiará todo. ¿La has dejado igual?

—¿Quién piensa en eso?

—¡Cómo me gusta el río que suena allá abajo en la cañada! La alcoba es confortable, íntima. ¿A quién reflejará el espejo en que tú te mirabas? ¡Estábamos tan solos, tan cobijados por el bosque! Nuestro amor tenía sentido.

—¡Calla!

—Sí, ya terminó. No hay que obstinarse.

—Todo quedó lejos. Nos observan. Debo irme.

—No te vayas. Estos minutos nos pertenecen. Ya no les importa… Pues sí, fue maravilloso. ¿Te acuerdas de la primera vez que fuimos a la cabaña?

Ella sonrió con un nudo en la garganta.

—¡Por favor! —dijo.

—Creo que estabas asustada, lo noté porque te sudaban las manos y levemente se estremecía tu naricilla. Reímos mucho después, también porque no podíamos bailar, tropezábamos con los muebles y nos emocionaba nuestro desacuerdo.

—Deja eso, deja eso. Debo irme ya…

—¿Y lo que queda de café?

—Es un tiempo que ya no es para nosotros…

—Cierto, que seas feliz.

La mujer se levantó, lo miró entre presagios y se volvió firme y rápida. Julio cerró los ojos y la oyó alejarse. Sus pasos lo hirieron

como golpes de hacha. Sintió sobre la nuca el aire que arrastró copos de nieve hasta las primeras mesas. Desdobló lentamente el sobre, sacó la pastilla, la observó sin calosfrío y la puso en su lengua. En seguida bebió el resto del café y aun el vaso de agua.

El hombrecillo de la cuarta mesa, atento a la ceremonia que no duró más de lo que tardó la mujer en llegar a la puerta, se levantó, fue por su sombrero, metió la mano en la bolsa del saco, sintió la frialdad de la pistola y la siguió.

Divagaciones sobre el paisaje

Isla Mujeres, madrugada de 1971

Inmensidad azul teñida de relámpagos, claridad de verdes ráfagas: selva de ópalos, iridiscencia de corales luctuosos y peces sin nombre. Cielo sin gaviotas sobre la fascinación de un mar que acabó con el asombro. Agua sin otra mancha que sombras de carey en el aprisco. Pero no hay que volver el rostro para no envejecer al golpe de la arenosa soledad de un mundo muerto, para que el tedio no diseque la glauca pedrería del mar: isla empobrecida por la soberbia del paisaje que la devora y disminuye.

Los nativos que un día fueron preferidos de los dioses lucen hoy su miseria y su olvido, miseria que los mantiene cebados y nutridos con leche de tortuga y entrañas de caracol marino. Están aquí, quietos, sin fulgor, sin grandeza: percherones de cráneos agresivos y caminar equino. ¿Cómo, cómo fue posible que éstos sean los mayas esplendentes?

Anónimos, cuadriláteros, habitan en cabañas que simulan casas, sin la magia de un cenote, bajo largos cobertizos en donde cuelgan sus telas de araña en donde se adormilan embotados de sol e indiferencia. Mañanas quemantes los anestesian, los amasan, los mezclan y los moldean para la muerte. Redes que contienen centenas de pies y manos; manos pegajosas y vencidas, cuatro siglos ha, crucificadas; hoy se mueven al compás de los gusanos.

Los pequeñuelos nacen sin memoria, no recordarán jamás el secreto de sus templos ni el sitio de las tumbas de sus mayores, ni reconocerán el canto del quetzal perdido para siempre. El gemir del teponaxtle no indica nada a oídos insonoros, áfonos, de seres que dormitan en hamacas sudadas por generaciones. Saturados de tortuga, paladean el aroma pantanoso de manjares que se adhieren a los huesos; hedor que tiene algo tenaz, humano, que los hace sentirse culpables de canibalismo. Todos tienen un mismo rostro, un irremisible rostro de caguamo.

Existen criaderos a orillas de la playa, perímetros dedicados a la crianza de quelonios. Flotan en silencio, masas de cemento, manadas que se atropellan buscando sitio para su humanidad, codo con codo como en manifestación populosa. La diferencia de clases implica el

más cruel racismo. Las destinadas al matadero vienen al mundo sin el suntuoso caparazón de carey que les permite alargar su estancia en este universo, mientras el oleaje pule sus conchas. Gran significación tiene este acabado de lujo, en relación con las destinadas a morir jóvenes, quienes nacen y mueren con vestimenta de lona, semejante a las chamarras toscas y arrugadas de los trabajadores; uniforme que las priva de consideración; no gozan de privilegios. Sufren las mismas injusticias que privan entre los hombres. Son la carnada, los soldados que van al frente, las espaldas mojadas, el Escuadrón 201, las víctimas de Vietnam, los coreanos, los desarraigados. ¡Oscuros hijos de Cam! ¡Infantería, desvalida primicia de cañón! Perecen cada madrugada y aún después de fallecidos los prensan y enlatan. Los más cotizados pesan lo que un caballo.

En el rastro de tortugas y caguamos escapados a la cópula feroz, hay grupos enchiquerados en reservaciones que impiden su fuga. Estos monstruos que en tierra son indefensos, en el agua desarrollan actividad y fiereza. Bastaría un aletazo para romper, como si fuese caña, la pierna de un hombre. Trituran trancas poderosas, igual que caramelos; mascan corales con furia impresionante; sin embargo, no existe animal más vulnerable; es fácil darle muerte. Aquí los amarran, los cuelgan boca abajo y degollados, pues esconden la cabeza y los pescuezos enresortados se pliegan, se contraen. Hay que esperar que sus chatos hocicos asomen del estuche que los guardó cientos de años. Un golpe que está capacitado para dar un niño corta su existencia. Lo adivinan, lo presienten y permanecen encogidos hasta agotar su resistencia. En contraste con esta fragilidad, existe la sorpresiva pujanza de sus vísceras: los corazones laten separados del cuerpo, de cuatro a seis horas. Bombean como fuelles, con tal vigor, que científicos estudian posibilidades de trasplantes. No se ha descubierto ser con potencia más alta. El sacrificio se convierte en carnicería diabólica, estrujante. Resultan extrañas las miradas acusadoras, de aquellos ojos desorbitados, suplicantes, casi humanos. El resoplar de sus pulmones copia el resuello fatigante de los estibadores que descargan mercancías de los barcos cargueros. No sé qué tiene de misteriosa su impotencia: recuerda a los gladiadores. Quien los ha visto morir los recordará con remordimiento. Nadie querrá hacerse cómplice de este crimen: segar la lucha desesperada por existir, ¡siquiera otros mil quinientos años!

Ajeno a este dolor, el viento lame la secura de las once palmeras de la isla.

El ruiseñor y la rosa

Ésta es la casa del poeta. Ésta su silla y ésos sus pantalones doblados. Aquí su cama; allá su mesa, en ella libros y cuartillas emborronadas… y, éste, es él, de codos en la ventana, en calzoncillos y pantuflas; la ropa… es tan difícil.

El poeta mira la cortina de estampados en la ventana frontera. Ahí vive el asombro de su piel, la guillotina de su risa, el voltaje de su sangre. Las cortinas adversas se levantan rara vez. Entonces aparecen ojos de fuego indiferente, boca astral y estela de un cuerpo con luz propia. El poeta absorbe la droga de la presencia y el delirio florece.

La casa imán es visitada de día por la abundancia y de noche por el júbilo. El banquero llega y permanece hasta pardear. En la noche el ejército usa y gasta la riqueza. De día la casa es amarilla, de noche escarlata. De día y de noche la maldita fascinación arrastra fuerzas, voluntad, razón…

En el zenit de su tristeza, el nocturno se encela, oye la estampida del vicio y corea el vértigo de sensaciones erizadas, consonantes ineptas, voraces ritmos, ímprobos contrapuntos.

El banquero ignora que es sustituido por la magra, alta y armoniosa figura del teniente. No sabe que otras manos sisan lo que entregan las suyas regordetas. Desconoce que la carne que él apaga y enceniza luce el aire pleno de entusiasmo. En fin, que su día es noche, que su pan es hambre, que su obsequiosidad es pobreza, que su adhesión es impaciencia.

El teniente ríe del banquero, pero odia al rodinesco espía de la ventana y provoca destrucciones, más que oníricas, con ademanes y retos. Llega y, con ímpetu, sacude la puerta zaguanera, levanta los visillos y exprime sus manos en el cuerpo de Olympia, sus besos en el cuerpo de Olympia.

Olympia ríe de sus excentricidades y accede con encanto a casi desvestirse, a casi… y ríe de las enmarañadas malicias del teniente.

El testarudo, el firme, el externamente quieto parece brotado en la ventana, nada lo quita de ahí, ni el sueño, ni el invierno, ni el sol, ni el polvo de febrero. Intrépidas miradas perforan los muros y buscan en muebles y en salones y solicitan y luego exigen y su iracundo oleaje inunda y conturba, y en ocasiones saca a Olympia al balcón a ensayar

insuficientes sonrisas.

Al banquero nada lo demora. Ventana y hombre acodado no lo distraen. Insensible y despótico mete su materia en la casa y la transfigura en opacidad. Cuando sale, la casa recupera su opulento fulgor; Olympia, después, nunca ha dejado de lucir pulseras, aretes y otras movedizas riquezas.

Sufre el poeta porque nada valen sus miradas suplicantes y sus reportes sumisos. Intentó resbalar algún poema, aducir una carta; llamar con impotentes elegías. Las puertas no ceden a sus mullidos golpes. Se atrevió con un recado que nunca trajo respuesta.

Entonces prefirió el sitio de las ostentosas miradas con fuerzas para ceñir el talle y arrastrar a Olympia hasta el proscenio de muy agudas emociones.

La desdicha fue localizada en la fecha y hora en que Olympia decidió no esperar al banquero por impaciencias del teniente.

El poeta le dijo, sí, se lo dijo, que había gente abyecta registrando su puerta y su vida. Olympia no lo creyó o no le importó.

El poeta engarzaba trágicas conjeturas… que si Olympia, que si Olympia, que si Olympia.

Sucedió que la reunión del teniente y el banquero explotó, que volaron muebles, vasos y alimentos y que el banquero quedó empotrado entre las patas de una mesa y que el teniente —obra de muchos— quedó tendido a golpes y casi al filo de la vida. Sucedió que Olympia, mínima, fue lanzada sobre innobles cristales que la hirieron y que repentinas ambulancias anunciaron generosa hemorragia.

El poeta arrancó de la ventana, tuvo oportunidad de calzarse los pantalones y comprobar la puntualidad de la raya. Peinóse y aún sin saco siguió el resbalar de su pasión.

Vendas, tripas, frascos y soportes y los dos cuerpos recostados, para beber sangre uno, sueños, el otro. Mientras Olympia enrojecía y mejoraba, el poeta cobraba en imaginaciones y salía de su cuerpo en viaje de deleites. Olympia le pertenecía por obsequiarle el aliento de su sangre al más ínfimo nervio, a la más esquiva coyuntura, al tejido más inaccesible; al recorrerla la acariciaba con inconsútiles, piadosos y enamorados dedos. Velada sonrisa saludó la pálida decisión del poeta; sangrar a morir si con ello Olympia recuperaba la vida. Cuando Olympia le estrechó la mano con desmayado afecto, el poeta recuperó el golpe de su corazón, con torpeza seráfica y la convicción de que había extenuado hasta el último glóbulo rojo, dio en cortar una flor y entrelazarla en el pelo de la enferma.

Preguntaba por Olympia y no la podía ver. Enfermeras, doctores y otras blancas murallas lo cegaban. Rondaba el hospital. Descubrió un café y un banco que apuntaban al cuarto de Olympia. Ahí quedó dispuesto a no moverse hasta verla, hasta poder besar la huella de sus

pasos, el halo de su presencia, la sombra de su respiración, y ahí quedó, frente al frío, debajo del sol, expuesto a la lluvia.

Al fin Olympia, majestuosa, salió para guardarse en la limusina del banquero. Pasó junto al poeta y no lo vio; pero él la vio alejarse desde la fatigada abyección de su extravío como una perla a la deriva, y lloró, y sus lágrimas se enlazaron con el lodo que le había salpicado la humillante carroza.

Águeda

El almidón recatado de los uniformes puntea el corredor con su lino opulento. Como tambores luctuosos pesan en el corazón las palmas de sor Julia. Las caras de las niñas son espejos opacos, manchas de gis. El ruido de una fuente busca pilares hundidos, infinitas galerías altas, vanos imprecisos, puertas anheladas que apenas si se abren, que apenas se mecen, que apenas si rozan la neblina inexorable. En este bloque de fantasmas el afán se entristece, se afila, se dobla y encharca en el perímetro de las murallas, grueso, asedio de pecados capitales.

Águeda marcha sumergida en abismal memoria. Los pasos se clavan, duelen y vencen.

En las manos de sor Julia la chasca relumbra como el ojo de un pez y destemplada rompe la armonía del desfile. Por un instante los pies se desajustan y tardan en acomodarse al ritmo disonante. Los pasos abatidos entran al dormitorio. Dobles hileras de catres separados por cortinas blancas simulan gabinetes. Un chirrido de argollas desaparece a las alumnas. Se escucha su prisa que desata refajos, listones, prendas íntimas; desplome de zapatillas, semejante a puños que derraman moneditas de oro. Tintinean cinturones, ligas y pulseras.

—Pongámonos en la presencia de Dios —es la voz de sor Julia.

—¿Qué he hecho hoy?

—¿Me he levantado con prontitud y vestido con modestia?

—¿Me dejé arrastrar por mi pasión dominante?

Después de cada pregunta, una pausa, como si la monja esperara oír alguna acusación.

—¿Eres nueva?

Un rostro moreno asomó por los pliegues de la pared de gasa.

—Llegué ayer.

—¿Cómo te llamas?

—Águeda.

El camisón de Ruth tenía greca de lunas bordadas a la orilla del cuello.

—¿Me dejé llevar por la ira?

—¿Falté a la pureza?

La voz de sor Julia se aproximó hasta paralizar la respiración de Águeda.

—¿Te van a dejar con las mayores?

—No sé.

—Si te asignan este grupo, comeremos en el mismo salón.

—La niña que está hablando salga y permanezca en medio del dormitorio.

Hubo un silencio. La chasca rasgó el aire con sonido hueco.

Águeda vio los pies de Ruth dirigirse al centro. Le escandalizó que tuviera las uñas largas y mugrosas.

—Elevemos nuestros corazones al Señor y demos gracias por las mercedes recibidas.

—Te damos gracias, Señor…

De todos los lechos salía el murmullo. Frases ininteligibles cuyo tono aumentaba y disminuía en oleaje monótono. Águeda retenía la musicalidad de la oración disgregada en pausas.

—Tenemos prohibido hablar —dijo casi en secreto Elena al ras del suelo, por el lado contrario al de Ruth.

—¡Silencio!

La luz siguió los pasos de la madre.

—¿Ya escogiste Planeta?

—¿Qué?

—¿No sabes?

—No.

—¡Aguas!

El rosario de la hermana crujió contra los barrotes y un reguero de cuentas corrió por el miedo y la oscuridad anonadantes.

—Tienes que escogerlo.

—¿Qué cosa?

—Tu Planeta.

—¿Mi qué?

—No hables fuerte, inclina la cabeza.

Águeda se curvó hasta tocar el suelo.

—Lorenza, es la más linda… Y es rica.

Águeda callaba.

—Magdalena es altiva. No te conviene. Es perezosa. Hay que hacerle las tareas.

—¿Por qué?

—Así es esto.

—¿Quién lo dice?

—Te digo que así es.

Águeda quedó quieta. Apagaron. Las bombillas agónicas, espaciadas a lo largo del dormitorio, se desvanecieron.

Elena levantó la muralla de trapo y apareció ante el asombro de Águeda, con su atavío de gnomo. Había hecho rollo los cordones de las mangas y del cuello. Usaba camisón con jareta ajustado a manera

de costal. Águeda con trabajo pudo auxiliarla. La luz del corredor se filtraba por la ventila.

—Si quieres que seamos amigas, tienes que preferir a Lorenza —dijo, sentándose en la cama de Águeda.

—No sé…

—Tienes que hacerlo —insistió—. Ni modo que te quedes sola.

—¿Por qué no?

—No tendrías con quién jugar ni quién te defienda.

—No importa.

—¡Oh!

—¿Qué hay que hacer? —preguntó conteniendo su violencia.

—No es tan difícil. Mira: tienes que cederle el postre los jueves, dejar que se apropie la mermelada y comer tú las lentejas los viernes, o lo que a ella no le agrade. En los partidos de pelota debes dejarle la bola todo el tiempo. Total no es mucho. ¿No?

En la penumbra escudriñó el rostro de Águeda. Continuó:

—Magdalena es peor, exige regalos y que una le haga rueda en los recreos, un fastidio. Suspiró melancólica y dijo:

—Ser Planeta debe ser bueno.

—¿Entonces por qué no eres mejor Planeta?

—Es que hay que ser bonita como Lorenza.

Águeda juzgó el rostro insustancial de Elena.

—No me gusta que me mande nadie —murmuró con orgullo.

Elena la miró extrañada. Dejó la cama y regresó para enfocar una linternilla sobre el rostro de Águeda.

—¡Piénsalo! —con marcada decepción se sumergió en las sábanas.

La cama de Ruth rechinó.

—Por tantito y me hielo —exclamó la alumna castigada.

Águeda la oyó restregarse los pies, pensó en sus uñas negras.

—¿Ya te dormiste?

—No.

—Tienes que ser satélite de la madre Luz, es una santita.

—¿Es la Superiora?

—No, la encargada del internado.

—¿La que estuvo rezando?

—¡No! Ésa es muy menos.

—¿Tú eres Planeta?

—No.

—¡Ah!

—¿En tu casa tienen automóvil?

Águeda titubeó antes de contestar:

—No… no tenemos.

—Si te preguntan di que sí.

—¿Y si se enteran?

—No importa. Yo te respaldo.

Permanecieron sin hablar durante algunos minutos. Ruth volvió a la carga.

—Tienes que preferir a la madre Luz. Mañana te la presento en la hora de gimnasia. Ya la verás.

Águeda quedó con los ojos abiertos. Soñó con monjas, santos que iban descalzos entre multitud de novicias que guardaban en sus misales los caireles de Lorenza, con niños que traían regalos y los ponían sobre su cama. El peso del tesoro despertó el cuerpo adolorido de tristeza y desamparo. En el caos de inquietudes andaba la voz de sor Julia.

—Viva Jesús.

El sonido de la chasca erizó sus cabellos. Contra la blancura de las cortinas vio el artefacto lanzar tarascadas al aire cuando se vestía. Pensó en las pretensiones de Ruth y de Elena. Oía sus tiranteras cascabelear sobre los muslos. ¿Imaginaban que no tenía cerebro? ¡Sólo eso le faltaba! ¿Regalar el postre? ¿A nombre de qué? Se enfrentaría con ellas. Si de planetas se trataba, ella había nacido para ser uno. Si no les parecía bonita, pasaría por lista. Hacer tareas, no jugar en el recreo…, no estaba tonta. Bastante sufrió en casa para que aquí también la hicieran trizas. Tampoco iban a convencerla de que la religiosa era algo extraordinario; que se fuera al cuerno la santita… Le importaba un comino. Había bastantes en los altares para que ésta apareciera con sus cuentos. Un santo para cada día era suficiente.

—Ésa es Magdalena.

—Hummm…

—La más alta, la delgada, la fina es Lorenza.

Al pasar junto de Águeda, Lorenza saludó con sonrisa fría y enigmática.

Sorprendida, resbaló miradas de azoro ante las hebillas luminosas del calzado de Lorenza, a las medias de popotillo de seda jamás vistas. No dominó el asombro por los corales que salpicaban las orejas de la engreída criatura.

Dos veces repitieron:

—La madre Luz viene al final de la fila.

—¡Qué pálida! —se oyó decir con voz diferente.

—Te dije que era un ángel.

—¿Cómo se siente, hijita?

—Bien, madre —dijo Águeda enrojeciendo.

—Pronto se acostumbrará a sus compañeras. Dígame si algo le hace falta.

El primer día de clases le pareció extraño, incomprensible. La monja ensartaba la aguja y la guiaba en el cañamazo. Escogía para ella hebras fluorescentes y la tibieza de la mano, la mirada apacible, le

enseñaban sentimientos nuevos y oportunos. Las guías sorprendentes, los puntos complicados, los obedientes tonos, eran costura más en las entrañas que en la tela. Águeda no entendía ni las palabras comunes.

La chasca de nuevo trajo a las niñas al refectorio. Ruth y Elena vigilaban el derrotero de las inclinaciones de Águeda.

Llegaron a los postres. Macedonia de frutas suculenta. Águeda sintió los ojos de Elena. Su insistencia la untó de malestar. Sabía que Lorenza la observaba; al menor descuido, la niña elegante alargaría sus manitas de pulpo para adueñarse de la golosina. También Ruth seguía implacable sus movimientos. Águeda odió la humedad de sus manos, su deseo de llorar, la debilidad que le impedía asir el plato.

La silueta de la madre Luz oscureció la ventana. La cruz marfileña en su esclavina inmovilizó su blancor de hostia. Águeda mentalmente imploró ayuda, y el crucifijo resbaló como una lágrima a lo largo de la alfombra. La madre Luz se apresuró a recogerlo y con ella se inclinaron otras alumnas. Mientras duraba el desorden momentáneo, Águeda, sin levantar los ojos, indicó a la vecina que el dulce era para Lorenza.

Las frutas de colores pasaron de mano en mano hasta llegar a su destino.

Águeda tembló de rabia y vergüenza. Inútilmente Lorenza esperó su mirada. Vanamente la monja le regaló el crucifijo.

—¡Soy sola! ¡Soy sola! —repitió para su corazón.

La ira de Dios

Para Flora decir la verdad es cosa natural, un deber como el de bañarse; le nace igual que la necesidad de cantar. Lo heredó de su padre, un general retirado que no supo mentir. Dijo lo que pensaba de Carranza y lo fusilaron; aunque lo mismo hubiese muerto si expresa su opinión acerca de Villa o sus teorías sobre la libertad. Flora sacó su temple. Quizá a esto se deba que el marido la vea como a un prodigio y, desde luego, no ose contrariarla en sus empeños. A él le asusta el dinamismo de los niños y queda perplejo al contemplarlos tan rubios. La mujer dijo: "Es muy probable que sean tuyos; pero para no mentir, mejor es no asegurarlo".

Flora y sus gemelos se multiplican: invaden todos los sitios, oyen todas las conversaciones, presencian todos los acontecimientos. Ni palacios, ni iglesias, ni zaquizamíes, ni madrigueras están exentos de sus plurivalentes sentidos. Ello es insoportable, mas ¿quién logra defenderse de la verdad? La vergüenza se arrastra y hay quien la sobrelleva; pero cuando a la vergüenza de ser visto se añade la exposición pública de lo hecho o lo hablado, entonces la humillación celebra alianza con la cólera y el deseo de venganza. En la ciudad no hay doncella, caballero o solterona que no sea demolido por fanático torrente de acusaciones. Atroces verdades corren de boca en boca. Las víctimas imploran la expulsión de esta vitriólica voz que amenaza la paz de hogares sin mancilla. Exige el silencio de las criaturas infernales. Pero el ardor de Flora es incontenible. Su obsesión por lo auténtico la obliga a descubrir enigmas que, al dejar de serlo, toman dimensiones temerarias. El Juez la reconvino por inducir a los gemelos al espionaje. Flora jura que todo es cierto e indubitable como la existencia de sus hijos; asegura saber cada desvío de propios labios del pecador. No en balde permaneció postrada junto al confesionario ¡y vaya si tiene finos los tímpanos! ¿Cómo inventar que miente? Se cansó de callar y eso es todo. Sí, ella y sus mellizos son el azote enviado para señalar la podredumbre y no hay pacto que impida desenmascarar a los hipócritas, ni espacio para secretos que hayan confiado, ni misterio para juramentos que no denuncien. Los limpios no ameritan el sigilo. Acto de justicia será probar la falsedad de honras amuralladas en su buena fama. Como Ángel Exterminador arrasa con cuanta

mistificación sale a su paso.

Padres, hijos, hermanos y madres desataron el repique de justificaciones. Inseguros, y en el vértigo de sus propias conciencias, zozobraron en el pánico. El odio y la desconfianza enturbiaban sus pensamientos. Hasta los más puros necesitaron testimonio de bondad y se defendieron y recriminaron con astucia. Apresados en los murmullos de la insensata, insisten en que sea arrojada de la comunidad con sus indómitos pilluelos. ¡Que se marchen del pueblo! ¡Que el seráfico marido abandone el empleo de probo escribiente! ¡Merecido lo tiene por haber engendrado al par de demonios y por afirmar que su mujer ama la verdad: "La verdad sobre todas las cosas", y que en descubrirla no hay pecado; por no advertir el maleficio de la indiscreción difamatoria!

Flora acumula cargos: localiza a las adúlteras y recuerda con exactitud la fecha de sus caídas. Refresca la memoria de alguna devota linajuda y señala el callejón oscuro donde abrazó apasionada y furtiva a aquel intachable. Conoce negocios fraudulentos planeados por señorones; tratos innobles de connotados; el juego senil del respetable; robos de este o aquel encumbrado. Engaños, infidelidades, torceduras, de las que puede dar santo y seña, así como ha probado la vesania del librero.

Flora y sus hijos calcinan puertas, traspasan ventanas y ordenan a sus sombras penetrar en recónditos sitios de las almas. No lo hacen por maldad. Es que alguien tiene que señalar lo falible. ¿Qué pueden reclamarles? ¿Qué mentira han dicho? Si sorprendieran en falta al padre Remigio, lo denunciarían sin miramiento. Pero el padre Remigio era un santo inflexible, santo que no llegaría al cielo; quedaría en algún presbiterio convertido en estatua de madera de las que se empolvan en las sacristías. Él no está de acuerdo en que lo evidente se grite; aboga por el silencio con terror supersticioso: "Mérito y ternura hay en la caridad que nos obliga a disculpar los defectos del prójimo", dice, y suplica a Flora cese en la turbulenta misión que se ha impuesto.

A ella nada la arredra. Cumple con su deber. Los niños saltan y repiten a coro: "¡Diremos la verdad, diremos la verdad!" Atónitos los vecinos se estremecen, ocultándose en lo más resguardado de sus alcobas.

El Juez escucha lamentos y ve engrosar el expediente de quejas. El médico, el lechero, el abogado, todos piden un escarmiento para aquella plaga de "iluminados", pero a todos, cuando ven pasar a Flora, sonriente, alegre, apetitosa como una empanada, les sobrecoge incomprensible embarazo y, sin advertirlo, saludan afables a los colaboradores temibles de aquella ráfaga justiciera. Hasta las mujeres permanecen desconcertadas ante el desplante y la inocencia de la

cantadora de verdades.

Carecen de argucias para atacarla. La miran hermosa, segura, y se asombran de su gracia. Y es que no se trata de la "chismosa del pueblo"; no, es una fuerza vital, desatada, de esas que de pronto asuelan las ciudades: aparece sin explicación, como los terremotos, las erupciones o las guerras; un cataclismo porque sí, y nada más.

El Juez no entiende cómo ocurrieron las cosas.

Inesperadamente la casa de Flora es una romería. Desde temprano desfila la gente. Peregrinan de todas partes. Van las casaderas a pedirle consejo; señores de polendas discuten con ella de finanzas; don Remigio pide organice la novena de Santa Clara; damas que jamás la saludaron la honran con su presencia; los estudiantes quieren que ella escoja reina. Las beatas le obsequian charolas con polvorones. Gobernadores, diputados y jefes sindicales se perecen por su concurso. No hay evento que Flora no encabece. Sin su aprobación ninguna boda se realiza. En los bautizos escoge el nombre. Bailes, misas solemnes o defunciones son precedidas por su persona.

El Juez de turno se hace cruces.

Flora no se da abasto. Los gemelos no van a la escuela atareados con las visitas. El esposo ha sido nombrado Secretario del Ayuntamiento.

El Juez empieza a ver claro.

Los vecinos del pueblo, a cambio de halagos y zalamerías, recuperan la tranquilidad. Sus familias ya no temen a la indiscreta vidente que dice que no es de sol la llama de los cirios, ni son ciertos los árboles pintados en los muros, ni es exacto que canta el mar, ni las gotas del rocío son luceros, ni tiene un conejo la luna, ni con papelillos de plata rescatan a las chinas. El amor es un invento y los juramentos se quiebran, las promesas son olvido y no hay cariños eternos.

Entretienen a Flora, mientras el pueblo sueña; la distraen, para forjarse el mundo a la medida del deseo.

La cita

Al desgarrar la blusa dispersó una lluvia de botones sobre la alfombra, lanzó los guantes con ira y el bolso sobre la cama. ¡Nada! Aturdida por la noche de desvelo iba y venía. ¡Nada, absolutamente nada! Ni cansancio, ni fastidio, ni sensaciones acechadas.

¿Para qué fui? ¿Para desengañarme? No. Para vivir quizá, para revivir o para comprobar otra vez mi empecinada obsesión por renunciar, por no entregarme, por no dar nada de mí misma. ¡Cuán pobre amor! Lastimosa farsa: estrujar mis manos, hablar de una pasión que ya no alienta y proponerme aventuras. Hace veinte años pudieron tener sentido. Ahora, ahí estaba el hombre —como ayer— pero ridículo, viejo, con la cabeza pintada y el esfuerzo por mantenerse esbelto. Comediante sin máscara, sin la escenografía, sin la decoración cautivante. Hay algo de prostitución en quien insiste en ser favorito del mundo. "Vamos a mi apartamento. Fuiste, eres, mi único amor. Los recuerdos me llevan a ti. Tendremos una aventura maravillosa." ¡Caricatura de Don Juan!

Sonrió con desencanto porque en la cita deseó que la arrastrasen emociones olvidadas, que los recuerdos la llevaran hasta su juventud, hasta encontrar sus diez y nueve años, exactamente cuando lo conoció, cuando a pesar de estar enamorada rechazó el encantamiento y fue sorda a su voz —hoy como ayer—, pero no, las renuncias no son un acto perfecto; el tiempo las vuelve descoloridas y la vida nunca les prodiga ni premios ni alabanzas.

En otro tiempo… La palabra tiempo se convirtió en alfiler que rebotaba hiriéndola. ¡Cómo hubiese querido que el pasado fuera diferente! Había sido un error volver a verlo. Frente al nuevo antifaz, su anhelo de vivir se escondió como reptil entre rocas soleadas y solamente quiso escapar, huir de aquella contemplación que inventariaba las manchas de su piel y los pliegues de sus ojos. ¡Una aventura maravillosa! Sus oídos retenían la insultante oferta: "Pisos de mármol, elevador encristalado, la alcoba amplísima…" Sintióse presente y ausente en aquel lugar; tuvo la sensación de caminar en goma derretida y la certidumbre de que todos los recuerdos iban a extinguirse para dar paso a la deplorable realidad. Se vio a sí en mitad de la noche y en la imaginaria alcoba rodeada de luces, de pinturas

con rostros inmóviles y espejos cambiantes. Pero, sobre todo, escuchó cómo las palabras flotaban, danzaban con reverberaciones rescatando añoranzas, mientras la voz del hombre exigía como ayer… un ayer que se hacía cada vez más distante. Permaneció ajena, muda como un cadáver. El murmullo prosiguió sobre su silencio hasta atraparla como a una mosca. Alcoba, elevador, cristal, fidelidad, lecho: lecho redondo que la extravagancia de algún diseñador lanzó al mercado. Esférico, sin punto de referencia. Volantín que gira. Cama, una palabra que debe conjugarse: Yo cama, tú cama, ellos cama, nosotros… Lo veía claro, clarísimo, desde un remoto existir. Camas y ataúdes, camas y ataúdes…

La presencia real, el encuentro que añoró durante veinte años, ¡larguísimos millones de días, cataratas de horas, océanos de minutos!, sueño en el que se regodeaba cada noche, imaginando el estallido de sus corazones. ¡Todo hecho trizas en la bufonesca cita!

Nada, nada ocurrió, ni un beso, ni una caricia, ni el más leve intento: ella, igual, intacta, muro sellado, llameante y muerta.

Estaba rígida como un espantapájaros. Caminó de pared a pared golpeando sus muñones igual que colibrí enloquecido. Volvió a ver las calles húmedas, el jardín, la glorieta, las fuentes en derroche de agua; vio de nuevo el rostro que con sus gestos simiescos rompió la última evocación. Cesó de ir y venir. En la soledad de su alcoba su cuerpo se fue doblando, se encorvó como un sauce que llora sobre el mundo.

La señorita Aury

Marcos Lucero, *latin lover*, guapo a lo siniestro, tal vez por los papeles que le asignan, siempre de asesino, de bandido sin alma, de Iscariote, de arrastrado, porque nunca es el héroe ni el actor principal. Le dan los tercios, lo visten de chorreado, le exigen apariencia pringosa, lo enlodan y lo embizcan. Es el pordiosero que nunca falta, el pescador aniquilado en el segundo rollo; el revolcado al que no dan oportunidad de lucimiento los magnates americanos. Jamás le conceden un *bite* en el que destaque un segundo. Le acercan la cámara al parecer en *close-up*, pero el director está enfocando al precioso chulo *star* pelo de jilote, o a un maldito canguro, mientras Lucero salta y recita su parlamento chapoteando en el pantano. Tiene buena voz, su inglés es perfecto, pero está Gilbert Roland y los infalibles "güeros" deslumbrantes.

Lucero se queja de sus tribulaciones. Sueños, esperanzas, nada se realiza con estos gringos del demonio, racistas envidiosos que, por más que digan, escrituran al "prieto" para el fracaso. Lucero gusta a las mujeres, y puede que esto disminuya su desencanto. Ellas lo buscan sin discriminación hasta dejarlo exhausto. Lo veo enteco y trasijado correr, huir del asedio, sin más deseo que el de dormir.

Pero esta vez arriesgó demasiado. Empezó un romance con la señorita Aury, dueña del hotel, que sigue señorita como yo y que se me parece algo, porque es bastante ex joven y por andar como perro sin dueño por esta isla desolada; ajena a la ternura de cuerpo y alma, tragándose por los rincones su soledad y sus lágrimas. Es natural que a ratos sueñe y procure ilusionarse con algún pasajero ducho en aventuras.

Lucero lleva semanas en un filme de los universitarios de Texas, quienes abrigan la esperanza de desasnar a los de su tierra enseñándoles cultura de estas latitudes, que no aparecen en sus mapas. Suponen que la "toma" de ídolos del Museo acabará por redondearles la idea de que México no es Oklahoma ni las Rocallosas con agua celeste, tranquila como espejo para patos. Pero el jadeante calor convertido en norte lleva nueve días, aquí, donde pasan meses sin que sople el viento. Esto impide que los fieros lentes de sus cámaras capten la belleza del Caribe.

La señorita Aury tomó las cosas a lo trágico, con ardor de veinte años, pese a su fe de bautismo. Olvida las obligaciones hoteleras y se dedica en cuerpo y vida al tropical Lucero, a quien destinó la *suite* nupcial, departamento de lujo de ochocientos al día, toda alfombrada y en el último piso, hasta donde no trepan las cucarachas, paquidérmicas descomunales, de velocidad *jet*.

Los anduve espiando, así como al descuido, y me enteré de que está celosa porque el tal Lucero me habla en voz baja cuando ella anda atareada; supuso conversaríamos de amor, pero a Lucero le gusté para contarme sus penas y el cansancio que le produce tanta "vampi" en pos de sus arrumacos. Sentíase destemplado y con fiebre como si quisieran volverle los fríos, padecidos en Francia, cuando andaba filmando no sé qué historia, donde él era un argelino, parecido a Omar Shariff, quien hacía el papel principal; según él, "actor insignificante, sólo que en pantalla proyecta mucho". Me contó que Bruno Traven lo escogió de "muerte" en otro filme. Su tipo le impresionó al grado de mandarle hacer un óleo que colgó en su estudio. De eso me hablaba y de que valían un demonio las mujeres ofrecidas y el más grande amor. Le simpaticé, se sentía seguro conmigo; mi compañía era descanso ya que no exijo poses de Valentino. Bastante tenía con agenciarse el siguiente contrato que lo llevaría a la India o a la Patagonia. Con mala idea y para calentar el ánimo de la señorita Aury me decía esto, con expresión apasionada y para no desperdiciar el ensayo de lo que debía decir durante el rodaje. Me era mortificante, me desagrada incomodar. Lucero se empeñó en que Aury confundiera nuestra efímera amistad con un romance, sólo por exacerbar la pasión vibrante de la señorita del hotel; sin tomar en cuenta que fomentaba habladurías escandalosas.

Mi desquite fue oír lo que ellos hablaron esa última vez; mucho después de que los vi abrazarse y besarse en la playa oscura tal y como yo lo hubiese querido hacer.

—No creo en el amor. Es uno quien da significación a la figura, a la presencia, a la voz, de manera irrefutable; ninguna otra existencia conseguirá un pensamiento, un lugar, un sitio que pueda equipararse al concedido a la "cosa amada". Ésa adquiere significación por obra y gracia de nuestra locura, de nuestra fiebre o de ese misterio inexplicable que será por siempre la atracción que nos permite asegurar que lo que amamos es inigualable. Lo único real dentro de ese marasmo es el cansancio que lo devora todo. De esa experiencia nadie se salva.

—¡Protesto! —exclamó Aury.

—No valen protestas ni estoy interesado en señalar pasiones excepcionales para confirmar la regla.

—Hay encuentros que tienen éxito —balbuceó.

—Es entonces cuando hay que huir para evitar el fracaso.

—Imagino que al enamorarse… locamente.

—La locura es terreno propicio para la pasión.

—Pero el amor, el verdadero amor… —suspiró Aury.

—Al verdadero amor lo destruye el aburrimiento. Es el deseo el que nos obliga a buscar cadenas, cadenas que el hastío convierte en desesperación.

—Para usted el amor resulta un suceso vacío de significado —comentó la ex joven y agregó triste—: Quizá dentro del matrimonio sea un acto sin alegría, pero…

—¡Exactamente! —gritó Lucero—. Es un acto de elección mal planeado. Éxtasis engañoso que no lleva a ninguna parte.

—Pero la entrega —insinuó débilmente siendo interrumpida:

—Un rito complejo y absurdo donde nadie se pone de acuerdo.

—No lo creo. Es una ceremonia en la que…

—En la que no se participa.

—Es la felicidad, es la unión total.

—Falso, todo falso. De esa felicidad se platica demasiado. No es otra cosa que una unión empobrecida por una serie de atavismos, donde el ser humano nunca estará más solo, más lejos de sí mismo, ni más ausente del otro.

—Una pareja es la añadidura de uno más uno, amigo Lucero.

—Reloj que marcará minuto a minuto cada decepción, criatura, hasta el infinito desamor.

—¿Y los besos? Los besos sinceros, los que se dan con el alma —preguntó próxima al llanto.

—Los besos se vuelven fraternales, muchacha —dijo agresivo—. El feroz encantamiento cesa. Comienza la lucha del quehacer cotidiano y en poco tiempo los cuerpos forman parte de los muebles de la habitación y dejan de existir. ¡Pero no llore, mi querida Aury!

—Según eso ni la virtud ni la felicidad cuentan.

—La fidelidad de las mujeres honestas es una calamidad más. En el amor no existe lo perdurable. Todo es carencia, necesidad que se desvanece, hartazgo que culmina al realizarse. Lo único que sobrevive es el odio que todo lo desgasta.

—¡Oh, por Dios!

De pronto dijo Lucero sin mirarla:

—Lo más abominable es la insistencia. Provoca el deseo de no existir, de imaginar que todo es un sueño del que puede despertarse libre, sin la pegajosa animalidad aferrada al cuello.

—Pero…

Lucero la ignoró. Hablaba para sí mismo:

—Cuando las demostraciones amorosas se convierten en hábito, hay que suprimirlas como la costumbre de una droga que pierde su

efecto.

—¿Y después? —preguntó aterrada.

—¡Jamás se reanudará el diálogo!

—¿Y los hijos? ¿Qué son para usted los hijos? —sollozó la mujer.

—Serán el plomo que ate tanta miseria. Será la causa mayor que los destruya. Pero todo será en vano. Inútilmente los dos buscarán la antigua máscara, el dulce rostro donde afloró la inocencia irrecuperable. No si la risa ni el sueño se comparten de nuevo, señorita Aury. Algo ha muerto.

—¿Y qué es lo que queda entonces?

—Lo irremediable, una condena mutua.

Aury dijo aún:

—Sin embargo, uno puede odiar el cuerpo del otro, pero pienso que es aun más difícil vivir sin él.

Una risa vibrante cerró el diálogo.

Terminado el filme, Lucero se marchó. La señorita Aury permaneció en su alcoba con jaqueca y el corazón de luto. La postración le duró tres días, al cabo de los cuales apareció al fin con párpados escoriados y ojeras de viudez prematura sobre el rostro de caliza palidez, donde las manchas de acné se hicieron más notables. Daba órdenes, activa como siempre, pero había algo autómata en sus movimientos, como de alguien que hubiese terminado de luchar. Los huéspedes hacían gala de curiosidad; nos observaban con descaro, midiendo los sentimientos de Aury y los míos. Juzgaron que mi sonrisa disimulada era venganza.

Una mañana corrió la noticia con velocidad de incendio. Aury no se encontraba por ninguna parte. Nadie la vio salir ni entrar desde el día anterior. Eran muchas las conjeturas: ¿se fugó con Lucero? —aunque hubiese sido imposible seguirlo a la India—. ¿Se habrá suicidado? ¿Se internaría en el mar? Me miraban con ojos acusadores y hostiles. La hermana llegó de Mérida, vino el cuñado. Las autoridades hicieron investigaciones. La Naval buceó un día entero; los pescadores ofrecieron sus barcas para la búsqueda. Se dio parte a la frontera. Los huéspedes anduvieron sin brújula, el desconcierto trascendía en el abandono del hotel. La pena del cuñado era auténtica y grande la tristeza de la hermana, que se ensañó conmigo. Lucero fue requerido y en verdad ignoraba el paradero de la ex joven a la que buscaron en el azul Caribe por si hubiese quedado sepultada en los bancos de coral, sin encontrar señal, ni el breve girón de su pelo, ni la cinta bicolor con que ataba sus cabellos, ni siquiera la blonda blusa que dejaba visible los pequeños senos, o el pantalón ajustado como un guante, lamiendo sus tobillos, o las sandalias doradas con bordado de piedras que le daban apariencia de Sherezada.

Durante meses se habló de la ausencia de la señorita Aury, cuya

desaparición ha comenzado a relatarse como una leyenda de Isla Mujeres.

La cita de hoy me entristece, Lucero dice que Aury en su vida fue la única posibilidad de lazo matrimonial.

La buena vecindad

A mis primos los Güeros

Jane amanecía siempre llena de júbilo, con ganas de cantar. Amaba la vida, le placía vivir. Sentíase atada a la risa, a la felicidad como a los pensamientos; al olor del asfalto, a los manjares y al pan, a la música, a los aromas del aire. Adoraba su casa, su mansión confortable y limpia desde donde podía ver la ciudad con sus jardines, sus avenidas, sus parques simétricos y las nuevas construcciones de las que se elevaba el dulce zumbido del hierro; el canto del concreto sobre la brisa azul, que a veces se volcaba en estruendo de esquilas hasta adormecerla. Sus sentidos estaban capacitados para sondear con igual entusiasmo lo más insignificante y lo más lejano. En sus claros ojos cabían los habitantes de una estrella o los de una gota de agua, sin turbarla. Solamente la contemplación de su paraíso de acero sembrado de laberintos, de selvas de granito y alambre —asombro del mundo— podía emocionarla hasta las lágrimas.

Jane administraba su fortuna, los vastos bienes acumulados por sus antepasados y acrecentados por ella, en afán incontenible de prosperidad. Afán heredado de filibusteros y buscadores de oro, acicate que la hacía lanzarse a empresas tan descabelladas como las del Quijote, aunque en muy contrario sentido, pues, mientras el soñador topaba con molinos de viento, a ella invariablemente la coronaba el triunfo. Quizá fuera esto lo que a sus parientes llenaba de inquina y a los extraños de estupor. Sí, los libraba de la quiebra y no obstante… Pero Jane no se detenía a pensar. Si acaso un relámpago de asombro en sus ojos límpidos, parecido al de los niños que miran con azoro la violencia de los mayores, por la bagatela de un granero que arde, de una ciudad que perece, de un mar que se desboca y torna el cobalto de su oleaje en enlutada sentina. Ella seguía el impulso fatal que la obligaba a dirigir lo propio y lo ajeno, con la destreza de un malabarista a quien los dioses hubiesen concedido poderes inexorables, dotes cuya supremacía ineludible ahondaban su permanencia.

¡Qué hermoso tiempo el de esta mañana!, pensó Jane, mientras el

agua recorría su cuerpo blanquísimo y el aroma burbujeante de violetas se extendía por su piel. Cuando la aguja de la báscula zozobró como el pico de un colibrí y se detuvo en los cincuenta y siete kilos, la exactitud de la dieta que regulaba su peso acicateó su vitalidad y la inyectó de confianza sobre el emocionante ajuste de calorías. Quizá pudiese hoy excederse con una transparente rebanada de hogaza. No quiso caer en la tentación de medir las siete uvas reglamentarias, en relación con la lujuriosa gula de un huevo tibio. El espejo reflejó la conveniente ligereza de su ropa: una falda de corte invariable y una blusa sin mangas. Gracias a su continencia de afeites —nota individual como el trino de un pájaro— conservaba aquel aire estudiantil que convidaba a mirarla. La naturalidad del cabello, el andar elástico y ese no sé qué, despreocupado y feliz que emanaba de su persona, la hacían resaltar como en el marco de una vitrina. Igual que las devotas que se santiguan o abren el Kempis, buscó el horóscopo: "Leo", signo de faraones, amparador de generosos, bandera de los arrogantes. Leo, para los ostentosos, para quien nace dominante y rico. Leo, entre Cáncer y Virgo. Leo, estandarte de invasores: Holofernes, Clodoveo, Médicis, Aníbal; trébol y langosta y humo. La señorita Jane leyó con fruición: "Temporada propicia. En el terreno económico gratas sorpresas. Puede dedicarse a su deporte favorito con perspectivas de placer y triunfo. Aunque su espíritu de empresa la conducirá a éxitos rotundos, mucho cuidado con los juegos de azar. Le espera un suceso insólito".

¡Otro día magnífico!, gorjeó, y, cuidadosa, memorizó los augurios felices. En seguida guardó la revista coloreada como una puesta de sol; la colocó en el estante donde se amotinaban *magazines* de todo el mundo, atestados de noticias tan increíbles como las de la enciclopedia universal.

¡Qué hermosa mañana!, volvió a repetir.

Al sentarse frente a su mesa de trabajo, y al mirar el predio baldío que se ensanchaba a espaldas de su propiedad, la distrajo el brillo de algo que se movía entre el tumulto de desperdicios arrojados por los habitantes de las fincas contiguas, quienes convirtieron el solar en campo de desechos; acto que le produjo el desagrado que provoca la desarmonía. Rehusó interesarse por lo que creía ver. Intentó hundirse en su labor, pero el reflejo de un ojo de luz que insistente la perseguía hiriéndola, ahora sobre la plana, ahora sobre el muro, o bien enfocando los prismas del candil o la mayólica antigua, la obligó a observar con atención. Le tomó segundos captar la realidad. No eran gusanos descomunales, no, sino hombres menesterosos regocijados en mostrar al sol su osamenta desnutrida, forrada apenas de amarilla epidermis.

Con tan poca vitalidad el desnudo resulta inexistente; está más

cerca de lo vegetal. Jane, austera hasta la médula, sobrepasaba ya la época de las tentaciones; sabía que el ser humano padece la ineludible necesidad de que, en algún momento, el sol y el viento penetren en esos lugares que la civilización se ha empeñado en negar. Después de un tiempo, los mendigos voluptuosos debieron cansarse del infructuoso empeño. Pero lo que sí movió la curiosidad de Jane fue el aspecto agresivo y burlón de aquellos seres y el descubrimien-to de que, emulando a Diógenes, cuando éste se hallaba fuera del barril, no buscaran lámparas, pero sí piedrecillas. Le intrigó el empeño y vio que acumulaban plumas, monedas y numerosas piedras brillantes. Desde su rascacielos distinguió el fulgor alucinante y los latidos de su corazón estallaron. No percibió las maliciosas miradas y procaces señas de los insólitos vecinos, que la invitaban. Se le aparecieron de pronto en su total desvalidez y en su mente brotó la necesidad de servirles de tesorera y madre. Poco importaba que acumularan suma tan exigua que no igualara un adarme de sus rentas. Grandioso era tenderles la mano para que pudieran asolearse, mientras ella ponía a salvo el mísero botín que guardaría para prestárselo más tarde, en forma equitativa, como lo hizo en otras latitudes donde, curiosamente, nadie se lo agradecía. Por otra parte, bien pudieran cederle el predio por precio módico. ¡Otra sería la suerte de los semejantes encristalados tras muros ostentosos, si de común acuerdo le entregaran sus bienes! Un mundo de paz. No habría necesidad de exportar agrio zumo de cantáridas, ni granizos ocres para el sueño y huecas vainas con polen y gritos y acetato y celulosa panorámica. Ya nadie sufriría epilépticos pregones musicales. Un mundo que convirtiera en riqueza la miseria. Mundo feliz, no sólo por la alquimia, sino por la generosa inexistencia de sus litorales.

Jane planeó cuidadosamente la entrevista con los desnudos, ya que estaba predestinada a amparar siempre. No protestó por el cardillo con que le cegaron los ojos. Comprendió que se trataba de un grupo al margen de todo protocolo y que bien podían reírse del azafranado color de su pelo. Bajaría al arrabal, cruzaría en su velero el angosto río y pondría, en la mano de cada uno, un hato de mies. Pensó que ese préstamo con apariencia de dádiva quebrantaría las hoscas miradas y los comentarios soeces sobre la delgadez de su persona.

¡Qué hermosa está la mañana!, repitió de nuevo, como si la exclamación fuera su grito de guerra. Arrastrada por aquel éxtasis bélico, bajó al solar pletórica de optimismo. Su aparición produjo cierta hilaridad y no poco asombro. Pero no podían ser hostiles con quien no sólo toleraba sus costumbres, sino las juzgaba inocentes, al grado de copiar, con el aplauso de todos, algunas actitudes tan primitivas como dudosas. Los enterneció su entusiasmo por las cuentas de colores en las que nadie había reparado; arco iris maravillosos

coloreados con magia y diseminados por todas partes. Los conquistó el asombro por el secreto de sus dioses, saqueados del abismo. Cábalas sagradas en un mercado de locura, catarata alucinante, escapada en un torrente. Los amistó la sencillez con que ella bebía sus fermentos, sus viandas misteriosas que la orillaban a consultas médicas, y el interés que tomó por sus abandonados pozos de oro negro. La curiosidad provocada por su persona se elevó como una llama; cundía por los alrededores con visos de triunfo, sin que los rivales se escandalizaran porque una dama distinguida iniciara esas andanzas. Por el contrario, pronto solicitaron de la señorita intervenciones semejantes, que los aligeró de engorrosos cuidados. Jane logró encauzar las apuestas y distribuir las ganancias; multiplicó su actividad y refugió bajo sus alas voraces al vecindario, a la nueva Babel cuya torre ahora sí llegaría a la luna, sostenida por sus manos.

Había un punto, un mínimo detalle que la hacía tambalearse enturbiándole el gusto, y era el no comprender, nunca, la contradictoria conducta de los favorecidos, que parecían fraguar un complot, que guiñaban los ojos a sus espaldas y unificaban las muecas de descontento. Sorprendía fugaces señales, incongruentes gruñidos de la turba, que gracias a ella iba despertando. Sí, cierto malestar, vagos murmullos y periódicas pedradas que dañaban sus emplomados. Irremisiblemente debían venir de los ex desnudos que trocaron sus crisálidas en vuelo de águilas orgullosas y rebeldes. No era congruente que ahora copiaran su atuendo con destreza de monos y olvidaran sus canciones y le dieran palmaditas amorosas ensalzando sus favores, para luego confundirla. Aunque nada de esto debía contener su pujanza; quizá fuera algo en lo que habría que pensar… mañana, después de la ducha, tal vez… Detalle significativo fue el desdén de los habitantes del edificio más alto, quienes en un principio alardearon de su amistad recibiéndola con arcos de flores, alabando sus mercedes y el oportuno favor de apuntalar sus palacetes. Ahora la ignoraban cuando un evento social los hacía reunirse. No eran casuales los olvidos de onomásticos y navidades, ni la distracción al no invitarla a bailes y comilonas para los que le pedían trajes y collares, que nunca devolvían. Los encristalados le negaban el saludo y los inquilinos del muro solicitaban su injerencia para luego hacer piruetas y desgañitarse de risa. Se entretenían en rodar bolas de nieve cuando ella pasaba. Corrían noticias oficiosas sobre barbudos que la enjuiciaban en secreto. Numerosos desarrapados celebraban misas negras para que llovieran desventuras sobre su persona y su propia familia hacía presagios maléficos para su claro destino. Apuestas subversivas, itinerarios fatídicos, premoniciones contrarias a las otorgadas por los astros, en la fecha exacta de su advenimiento. Jane se consolaba imaginando que era una racha de locura, una epidemia

colectiva peligrosa como una tromba e irremisible, como un *Watergate*. Quizá fuera algo en qué pensar… mañana, sí, mañana después de la ducha.

La ojeriza de los munícipes, de escandalosas proporciones, hizo que Jane se apresurara a congelar los dones que al parecer regalaba. Cambió de táctica, amplió su sonrisa y pagó muy alto las puestas de sol y el paisaje marino de los adversos, mientras olfateaba yacimientos meteóricos y disecaba océanos de líquido negro.

Cuando incautó parte del terreno, los hombres águilas arreciaron las pedradas y Jane levantó una barda, so pretexto de que el río que separaba el predio era a veces navegado por desnudas espaldas, de ilusionados, en pos de sus favores.

Los desdeñosos tomaron revancha de la dama: pregonaron sus maldades, al parecer ocultas; gritaron que no era generosa y sólo pretendía sorprenderlos con dádivas arteras de intención aviesa. Inútil fue que Jane proclamara su buena vecindad. Del otro lado del río aguiluchos nuevos izaban carteles con “¡muera!” y sonaban música de teponaxtles. En vano Jane envía cometas amistosos. Nadie lanza un “¡hurra!” para la blonda. Ahora la alucinan con hongos y peyote y luego la truenan como a Judas de Viernes Santo.

Carta de Micaela

A don Agustín Yáñez

Querido Agustín:

Te escribo desde mi fría quietud, a ti, "el silencioso", a ti, que dijiste un día que el amor es la más extraña, la más extrema forma de morir; la más peligrosa y temida forma de vivir el morir. Te hablo, pues, desde mi muerte: desde el crimen cometido una vez más contra la primavera. Desde el valle extraviado en la serranía, desde el pueblecillo del Bajío que padecimos; *saudade* que nos cubre como a frutos sin mondar. ¡Piel inseparable! ¡Yahualica!

Rezumban tus palabras de ayer, como en los panales las avispas: "Pueblo sin fiestas, que no la danza diaria del sol con su ejército de vibraciones… Pueblo de sol reseco, brillante, sin árboles, ni huertos… pueblo cerrado. Barrio maldito, perdido entre las breñas…" Voy sin pasos por las limpias callejuelas de otrora y busco inútilmente los brocales secretos, las macetas florecidas, las imágenes con sus lámparas, los charros en las esquinas, los jornaleros de entonces, los rostros conocidos. Busco a los ancianos y a las mujeres vestidas de luto. Nada encuentro excepto la tristeza que permanece.

Ya no existe el río, ni las casas soleadas. En las iglesias no hay coro, nadie canta; desconocen los himnos. Dios se ha marchado y la Cuaresma es algo remoto. ¡Ah!, si oyeses las campanas llorarías. Apenas si remedan el toque del alba y el toque de queda del campanero arcángel. Hablo de Gabriel, el imaginativo, el campanero de las nubes, el patrono de los aires. Retomo tus palabras: "¡Cuán extraño latido el alterado latir de las campanas, cada día más sensible; alucinadas en rebato sin tino; presas luego en mortal decaimiento!"

Me pregunto: ¿qué será de Gabriel ahora? ¿Viajaría por el París que imaginaste? ¿Lo protegería Victoria la forastera? ¡Ágata! ¡Estallido que desató el mal! ¡Cuánto la envidiara! Mas… ¿valió la pena que Gabriel rompiese su compromiso con María? ¡Efímero amor disperso por un soplo! Victoria debe haber envejecido y la ancianidad de María estará poblada de espectros.

De estas dos cosas me libré. Si junto mis huesos, vuelvo a ser la de

ayer: ¡carbón encendido!, ¡ávido vientre!, ¡semilla de escándalo! El pasado aparece, emerge como una llaga. La sombra ya menos sombra de Marta; el cura Dionisio devorado por pasión inconfesable, la empequeñecida muerte de Timoteo Limón y la torva figura del parricida Damián… Damián amante, Damián victimario, Damián patriota… Damián Limón… ¡Cuánto amor le tuve!, ¡cuánto deseo!, ¡cuánto! Fue dueño de mi cuerpo y de esta muerte sobre cuya cal me levanto para mirarlo infiel, con la infiel amiga de mi infancia. Extraño juego el del destino… Damián y María. María y Gabriel. María y Jacobo Ibarra. Para ellos era mi muerte, ¿comprendes? Pero hablemos de Gabriel, de su música, de su andar por el mundo.

Me gustaría saber si su coro interior se desbordó al fin. ¿Compuso música sacra? ¿O la embriaguez de las óperas oídas en Europa desató la incontenible exaltación de ocultas melodías paganas convirtiendo los timbales, el violín, el oboe, las flautas y trompetas, el saxofón y el clarinete, en armonías desquiciadas, y lo que debió ser mística excelsa convirtióse en caos instrumental?

Enmudeció el poeta melodioso y sáfico a causa de la material preocupación por la lugareña con olor a incienso y de la fragante mundanidad de Victoria, sucumbiendo totalmente a la tentación y al llamado de la carne. Quizá me equivoco y terminó en soñador, sentado bajo un árbol. ¡No! A las canicas del padre Dionisio, Gabriel debió transformarlas en marionetas sonoras, manejadas por un hilo orquestal, dibujadas por su fervor lírico para aprisionar las más puras expresiones del arte.

Pero ya ves que divago, Agustín, y de nada conseguiré enterarme si tú no me lo explicas en una carta muy larga. Has de saber que hubo un tiempo en que anduve tras de Gabriel, porque su misterio me intrigó y en mis adentros lo nombraba como a ti: “el silencioso”.

Debo decirte, sin embargo, que todo ha envejecido, menos tu voz; tu voz perdura en flor de fuegos antiguos, en archipiélagos, en mujeres ojerosas, en tierras flacas y en las vueltas del tiempo y en una catarata de pensamientos hermosos. Tu verbo continúa y tu boca profética, señaladora de vaticinios, sigue viva. Según anunciaste, la Revolución llegó y con ella el auge fulgurante de tu patria.

Han pasado ya 25 años y no quiero faltar a la cita y por eso te escribo. Voy ciega de mi sueño. Me levanto de esta nada para besar tu frente con el beso que en vida no pude darte. Vengo a rendirte tributo, porque para pintar mi pueblo mojaste tus pinceles en el llanto negro de las negras enlutadas y en las osadas lenguas que gritaban ¡libertad!

Sólo tú me defendiste, Agustín. Fuiste el único entre la turba que señalaba mis liviandades. Para ti fui sólo criatura amorosa, rebelde pasionaria ahogada con mi propia alegría, mi juventud y la embriaguez de mi sangre. Para ti no fue mi infortunio delito. Rompí el

eslabón y marqué la protesta de todas las mujeres de mi raza. De oscura pasé a luminosa. Mi muerte me edificó convirtiéndome en ciudadana y compañera. ¡Ya nunca más la sufrida, la vejada, la inútil virtuosa! Ahora soy yo, Micaela Rodríguez, sin diques ni ataduras, nueva Judith del nuevo Holofernes. O tal vez todo lo dicho es un rodeo para hacerte una súplica, a ti, mi creador y amigo, señalador de destinos: añade una página al libro que clausuraste hace 25 años y… y mata a Damián. No permita tu silencio que él envejezca y se arrugue y se encoja. Mátalo en la batalla. ¡Devuélvemelo ensangrentado para que mi sombra lo envuelva y por fin lo haga mío y en la eternidad recupere su amor…!

Micaela Rodríguez

Feliz año

¡Feliz año!, repetía una y otra vez el perico. A lo largo del día —el grito impersonal—. ¡Año Nuevo! ¡Feliz año! ¡Feliz!…, hasta convertir la insistencia en indomable deseo de aniquilamiento. Alguien gastó paciencia enseñándole las tres palabras y el loro las repetía con la misma insensatez.

En la casa de ancianos rebotaba la frase, como si manos malignas lanzaran puñados de vidrios contra las ventanas. Viejos enteleridos levantaron los párpados ante la ilusoria promesa, para hundirse en la secura de sus arterias. Decrépitos, envueltos en recuerdos, intentaron la sonrisa. Los de mudez perpetua, los de corazón despavorido, los de pleura de cristal y condición inmóvil, reclinados en almohadones sarmentosos por las lágrimas; los de pasos inseguros, asidos al temblor de báculos y paredes en fuga. Todos, traspasados por el contenido inverosímil, alargaron los brazos para borrar las palabras, y hasta los ciegos, ignorantes de su sombra, presintieron la falacia de un significado inasible.

¡Feliz año!, repitió el plumífero, antes de que una piedra desquebrajara su voz, que ahora, entre chillidos póstumos, insistía: ¡Feliz año! ¡Año Nuevo!… Felizzzz…

No moriré del todo

Beatriz decidió morir. Compraría un boleto de avión y la póliza contra riesgos de viaje. Imaginó con halago la satisfacción de sus deudos: dos sobrinos y una prima lejanísima.

Lo corriente es que un cadáver sólo pese y mortifique; por esta vez, fallecer, significaría una fortuna. Beatriz se felicitó de poseer un cuerpo: ¡qué desperdicio si hubiera nacido camaleón o golondrina! Meditó en la torpeza de consumirse entre las sábanas y en el egoísmo con que se escamotea una justa ganancia.

Los sobrinos besaron conmovidos a la tía cuando discutió con ellos el plan. La prima derramó una lágrima y ambos muy cariñosos infundiéronle ánimo explicando que ese tipo de muerte es rápido y sin molestias. Por lo general, estallan los motores en pleno vuelo. Si el aparato se estrella, el choque es tan eficaz que el aturdimiento impide apreciar las consecuencias; pero de cualquier manera, el mal rato no pasa de milésimas de segundo. Además, le hicieron reflexionar sobre otros puntos: que oficialmente cumplía los cincuenta; que la remotísima esperanza de matrimonio había desaparecido con el hundimiento del *Doria*, al poner fin a las débiles promesas del maquinista Krautzer; que padecía un reumatismo progresivo y el negocio de botones estaba ya liquidado; que resultaría inútil su cariño frente a la importancia de los estudios de la prima y de los muchachos. Por otra parte, la inversión no corría riesgo, ya que las informaciones obtenidas acerca del promedio de accidentes en la Compañía Maglioli podían considerarse exactas: en los últimos tres meses las estadísticas arrojaban seis bajas por cada diez vuelos.

Tía, prima y sobrinos se hicieron mutuas recomendaciones en la tierna despedida. Rara vez triunfa un gesto de abnegación y un pariente recibe adioses calurosos.

Cuatro vuelos —sin contratiempo— esperaron los jóvenes hasta que al fin subieron a la dama en el avión falible.

Tímida, Beatriz ocupó el tercer lugar, junto a la ventanilla. El letrero luminoso la fascinó en seguida como un ojo de culebra. “Sujétese el cinturón.” Ella cumplió la orden invadida por una sensación de culpa. ¿Con qué derecho se ponía a salvo? “Peligro, apriétese el cinturón.” Esta vez lo estrechó hasta ponerse anaranjada.

La aeromoza acudió en su auxilio.

Un ruido de motores la hizo saltar. No, no habían despegado. Alguien colocó en sus rodillas una mesita con té y bocadillos exquisitos, para disimular el retraso diario, siempre imprevisto. La trataban igual que a una visita. Estaba emocionada.

Las aspas sonaron a terremoto. El aparato se deslizó en la pista con lentitud de automóvil descompuesto. Por la ventanilla, la tía alcanzó a distinguir las manitas de sus familiares y los amorosos ojos bañados en lágrimas. Con la boca llena de pan de ciruela hizo una mueca de adiós.

El monstruo movióse velozmente hasta el final del campo. Era como si resoplaran cien hipopótamos. La señorita renovó las provisiones; ahora unos emparedados de *gruyère* derretido que infamemente le hacían "coger" amor a la vida.

Casi sin sentir, el avión se elevó. El último bocado de queso descendió, como el azogue en un termómetro, desde la garganta de Beatriz a los dedos del pie.

Apagaron el letrero. Los viajeros respiraron cómodos, pero ella no se atrevió a desatar el famoso cinturón que le apretaba como el de castidad.

Flotaban en un país de azúcar. ¡Maravilloso! La incansable proveedora repartía, esta vez, vinillo espléndido. La atención, en la aeronave, era celeste, angélica, incomparable… A la viajera, con el oporto, le entró una vitalidad y una alegría nuevas. Le pareció haber alcanzado aquella "gracia" de que tanto hablan en Cuaresma. Se sentía pura, ingrávida… Por el cristal asomó el paisaje nacarado, las grutas marinas, las carretelas de nieve, los árboles incandescentes como el fuego de San Telmo.

Empero un escalofrío llegó a su corazón. ¡Tenía que morir! No podía fallarles.

Volaban sobre el mar, sobre un desierto azul, infinito, repentinamente oscurecido.

El aparato, al principio tan manso, dio una sacudida desconsiderada y ensayó un trote infernal. El letrero parpadeaba: "Peligro. Sujétense el cinturón". Y después: "Conserven la calma. Regresamos a base".

Muy pálida, la *steward* repartía chicles y bolsas de papel. "¿Para tronar?", pensó Beatriz. Eran misteriosas, sin nada adentro. Cuando la empleada pasó junto a su lugar, ella interrogó con ojos despavoridos.

—No se apure, señora, son bolsas de aire.

—¿Cuáles, éstas o las de afuera?

El letrero, enloquecedor, continuaba su charla: "Prohibido fumar, tormenta, aterrizaremos en una hora". Alguien comentó: "Tenemos gasolina para cuarenta minutos".

—¡Glorifica mi alma, Señor! —bramó una turista inglesa en el mejor castellano.

—Ya nos llevó la… (Eso lo dijo uno de aquí.)

Beatriz comprendió que el único idioma adecuado para rezar era el español. Intentó un viacrucis, siguió con la Salve y luego el Bendito. ¡Imposible! Se armó un popurrí cercano a la herejía. ¡Ay, ay! Ninguna jaculatoria vino en su ayuda. Pies para arriba arrancó el pájaro de hierro.

Debió haber enloquecido el piloto, porque igual iban en picada como se elevaban. ¡Cien veces maldito! —exclamó Beatriz, y olvidó su generosa promesa—. Hizo acopio de fuerza y comenzó a enderezar el aparato sobre bases de voluntad. Cuando parecía desplomarse, ella con su propio estómago lo levantaba; con los hombros lo ponía derecho; a soplidos retiraba los rayos. En el balanceo capoteaba el movimiento con estrategia de experto. Otro desplome que casi tocaba el lomerío y ¡para arriba!, mmk, mmmk… Todos los músculos al servicio de los motores. Sudaba de pies a cabeza. La inflamación le llegaba hasta el ojo. El pasaje tendría que agradecérselo. Sola contra los elementos, devorando dulces, galletas, fruta, como cuando tenía siete años; ¡lista al menor desnivel del monstruo! Se tragó la bolsa de papel y ni siquiera tuvo conatos. Pudo ver el fogonazo del motor; sin embargo, se desentendía, valiente. En el cine pasaba los mismos trabajos: dirigía las prácticas de los aviones norteamericanos, siempre victoriosos. ¡Qué satisfacción haber manejado con tanta pericia!

Llevaba más horas de vuelo que las que pudieran pagar todos los pasajeros. De pronto, el silencio. Los motores enmudecen. El aeroplano es una cáscara. El ojo de víbora avisa que planean. Seguramente era una broma, porque la máquina es un papalote: tiembla como impermeable de celofán. El letrero incandescente se funde. Bajan sin fuerzas. Nuevamente se apodera de ella tenaz determinación. Salva escollos, árboles, cerros, piedras, hasta llegar con la dulzura de una sandalia a la pista de regreso. Los pasajeros lloran, se besan. De improviso la conciencia le estruja la razón: ¡está viva! ¡Traición! Ha hecho víctima de su estúpida maniobra a tres seres que confiaban en ella. Está de regreso con su vida inútil, incolora, simple, solitaria, inservible, sin pasado, asquerosamente buena… Una indemnización desperdiciada, nula. Todo por la absurda euforia que le hizo sentir amor por la vida. En el aire los conceptos son distintos. Arrepentida de su imprudencia se encamina a la sala de espera y en un rincón se da a la tarea de repasar su infortunio. Quizá alguien le dé otra oportunidad, quizá la ayuden a… ¡Pero no!, ya no podrá enfrentarse a la vergüenza de existir.

Imaginaciones

José Vasconcelos

Fue casi un sueño, un vivir aterrado con el espectro que proyectaba el monstruo. Ejércitos cobardes lo maldijeron; pero él bebía de la sangre de legiones amables.

Lo vi y era diferente al dragón que construyó la simpatía de mi padre: ni llamas ni gigantísimo, tampoco garras devorantes; dormido en sus pensamientos, paciente y suave.

Vi a los guerreros y oí las aclamaciones de despedida y sentí la desigualdad del pulso de la doncella elegida. Sucumbieron uno a uno y daba la señal la cansada caballería que entraba sola en la plaza. Algún paladín creyó haber triunfado y fue escarnecido y luego perdonado porque el dragón vivía.

Pensé siempre en él y hasta ahora entiendo que nada más quiso combatir, sin aliados, sin triunfo, apasionadamente.

Cuando trajeron su cadáver, la multitud estaba envejecida, pobre, desamparada. Se abatía el prestigio del miedo y la constancia del valor. Quedó mellado el filo de las armas y endurecido el gozne de las corazas. Hubo el deseo de un pacto que él no aceptó.

—Señor —le dijeron—, nosotros los traeremos y tú los devorarás; a cambio, nos dejarás tranquilos.

Los emisarios no regresaron y no hubo luto de vírgenes: el dragón es el mal y también el guardián de la pureza. ¿Cómo saber del pretendiente si no mide sus cualidades con la fuerza del dragón? ¿Cómo, si no hay peligro, conoceríamos la firmeza de una pasión? El cerco amenazante de las garras, de las fauces, del fuego, es la salvaguarda del acontecimiento, de la destreza, de la audacia.

¿Y si el dragón pensaba que nosotros éramos el dragón?

Entregaré mi secreto:

Yo conocí al dragón y supe exactamente la hora de su muerte. Este despojo, velado por las lágrimas del cortejo, no es el dragón todo lucha, todo dureza, invicto; el que perdonaba al contrincante para hundirlo en odio; el que por desamor conseguía ser amado; el ensalzado por único; el temido por desdeñoso; el magnífico, el soñado, el solo.

Es cierto que el dragón se aniquila a sí mismo; pero éste no lo mató. La esperanza de un duelo que no se repetiría lo instó a morir.

Acechaba, atendía o era displicente; pero el enemigo no regresó. Saber que desconocía si el miedo o el desprecio alejaban al contrincante sujetaba su fuerza y enflaquecía su cólera; le afirmaba su gusto de morir.

Sé que hubo de repetirse el duelo de Jacob con el ángel y sé quién salió triunfador.

Katherine Mansfield

Una nube, una serpiente de oro flamea en el horizonte. Katherine Mansfield ignora que morirá en una tarde como ésta. Charla con Denise, amiga de la infancia. Su imaginación insiste en las cosas triviales, con pinceladas telegráficas, signos del secreto del mundo. Denise no la interrumpe. Deja que fluya la voz de Katherine y vuelve a verla en los días de Nueva Zelandia, en la escuela de Wellington. La ve con sus libros bajo el brazo, con los choclos enlodados, con las trenzas cayéndole en la espalda como cadenas enmohecidas. Y su voz, la voz de entonces, golpea en sus oídos igual que la lluvia en un tejado. Ansiosa como si realmente presintiera que tiene las horas contadas y le fuera urgente decir, decir a borbotones, antes del toque de recreo, pronto, antes de que lo irremisible lo confunda todo. Katherine desfallece. Denise la mira, no se atreve a pedirle que jueguen o paseen; cohibida y silenciosa la oye. Teme que por su causa enmudezca aquel río. La ve también en el parque con su blusa marinera, independiente de las cosas, envuelta en su propio ruido. A ratos en la niebla apenas la distingue, pero su voz suena como una carrera de ratones.

—Denise, ¿recuerdas el sabor de las frambuesas que recogíamos en tu huerto los domingos? Así me sabe el aire y todos estos frascos que permanecerán después de mí. Dime si no es bello su color; reunidos parecen un ramo de muguets. ¡Oh, qué hermoso es vivir! El doctor Malcom no quiere entenderlo. Se preocupa innecesariamente hasta por no encontrar a punto la tarta de manzanas que con tanto amor cocina Mille. Es tontería que una pequeñez lo enturbie todo. Sin ir muy lejos, allí estás tú, sin alegrarte de lo bien que te sienta ese vestido floreado y ni aun de estar aquí, en Fontainebleau, de nuevo en mi compañía, bebiendo mis palabras con tus ojos desmesurados. Me gustaría tener tiempo de contarte algo sobre Binzer, aquel amigo que hurtaba para nosotras miel y patitos nevados, no mayores que la borla con la que empolvas tu cara. Mira: el tiempo nos muestra siempre cosas nuevas, hasta esa puesta de sol es distinta y son distintas tu palidez y la mía y este frío que se enrosca como una guirnalda…

Denise siente miedo de que en la opacidad que las envuelve Katherine se esfume y absurdamente se echa a llorar a gritos.

Ese hablar la sobresalta y busca temerosa las manos heladas de su amiga.

Julio Torri

Me ha invitado a recorrer su bosque. Su charla minuciosa descubre secretos de mujeres célebres y la sátira hace pensar en desnudeces de ninfas. Por mi imaginación pasan, con las vírgenes de Georges de La Tour, las doncellas de los libros medievales y también las damas que han inventado la tradición y el regocijo de los artistas: Berenice, Ninón, Sanseverina, Lucrecia, Kryssis, Aziyadé, las hijas de Papá Goriot, la amante de Sorel, la angustiada Emma Bovary.

Para él sí cantaron las sirenas… No, tal vez no cantaron; lo cierto, lo verdadero, es que él cantó para las sirenas. Lo veo como al dios Pan, coronado del amor de las mujeres. Camino a su lado por una avenida de juncos y papiros antiguos. El maestro dice:

—He conocido un raro ejemplar de mujeres tarántulas. Por misteriosa adivinación de su verdadera naturaleza vestían siempre de terciopelo negro. Tenían las pestañas largas y pesadas y sus ojillos de bestezuelas cándidas me miraban con simpatía casi humana.

Lo imagino acompañado de la esquiva señorita Julia o de la tumultuosa Nana. Nos internamos por un recodo. Hay una piedra derrumbada.

—El unicornio —dice— poseía un hermoso cuerno de marfil en la frente y se humillaba ante las doncellas… y coloca en su sitio la figura que a mí me ha parecido el comienzo de una estrella.

Él piensa que las mujeres son una especie bellísima a quienes no hay que exigir nada. Frágiles o fieles, ellas merecen su devoción. En sus ojos no hay desdén cuando las nombra. Pero yo no deseo que su optimismo destruya mi melancolía. Cultivo el sufrimiento con afán. Agonizo entre mis larvas cómodamente, sin admitir ideas que mitiguen mi infortunio. Cada mañana levanto la costra de mis llagas y me cercioro de su fertilidad; así que le hablo con rencor sobre mis celos.

—Los celos —explica— son turbación de nuestra alma que cobra agudísima conciencia de su soledad irremediable… Amargo y cruel resabio de lo quebradizo que es todo concierto y buena inteligencia.

Sus palabras no aumentan mi desdicha y ansiosa de mi daño interrogo:

—¿Cómo ha resuelto el problema de la soledad?

—¡No lo he resuelto! —contesta con risa joven—. ¿Conoces, acaso, a alguien que lo haya solucionado?

Me mira divertido.

—No, ni siquiera los santos. Padecieron infinita soledad, abandono de Dios que por razón inescrutable guardaba silencio.

Este tema produce malestar, pero él no deja que me hunda. Me arrastra en sus recuerdos, quizá me confunde con la Fornarina porque me pregunta por la salud de Alejandro VI. Torcemos hacia una vereda de cartulina; los árboles tienen cantos dorados y las hojas jeroglíficos. Masculla un poema de Verlaine:

> Beauté des femmes, leur faiblesse et ces mains pâles
> Qui font souvent le bien et peuvent tout le mal,
> Et ces yeux, où plus rien ne reste d'animal…

Nota mi desolación y exclama:

—¡Qué penoso espectáculo cuando seguimos ocupándonos en un manto que acabó ha mucho!

Ahora sí mi amargura llega al máximo. Trepamos una cuesta sombreada de pergaminos; las ramas tiemblan como páginas de un breviario. Redobla la elocuencia y murmura junto a mi oído: "¡No te entristezcas! Las mujeres asnas son la perdición de los hombres superiores. Y los cenobitas secretamente piden que el diablo no revista tan terrible apariencia en la hora mortecina de las tentaciones".

Horacio Quiroga

Siempre ha sido misterio su muerte, sobre todo cuando las declaraciones discrepan de la presunción suicida.

Que hubiera fallecido en combate con algún dinosaurio fuera correcto; o que una anaconda le destrozara el sueño, que lo devorara el Paraná, que la insolación lo mordiera, que el diluvio lo derrumbara o que hubiera sido despedazado por una jauría. Todo eso sería lo justo. Pero… conozco el lugar de los hechos. El macilento camastro, el cuarto estrujante, la desnudez baldía. El cortés descaro de los médicos y el destilar pegajoso del tiempo.

Son las cuatro de la tarde del 19 de febrero de 1937. Para descansar, él ha inventado su dolencia, pero para el obstinado malestar de sus ojos que sólo desean ver la caja de los párpados es insuficiente: delante de él, atrás de él, sitiado, sus ojos están frente al horror. Su mirada, madura en soledad, agudiza el quebranto.

Atisba su reposo. Cuando la ventana, obediente al destino, se abre, un viento desbocado se estrella contra el muro de cinc. Un aletazo modula el jadeo que silba. Los ojos, los dolientes ojos, están llenos de sed, y cuando médicos y enfermeras entran solamente reconocen la tenaz mirada: en un párpado abierto la pupila como un sable le desgarra el rostro.

Su tiempo bruscamente ha cambiado de cauce. Había, y era lo desconcertante, demasiada sangre, “casi la de siete personas —dijo el médico, y añadió—: él no pudo arrojarla”, mientras limpiaba los zapatos hundidos hasta la costura en los coágulos. “Fue una ola de sangre que entró por la ventana, ¡mire!”, y señaló el exterior de los batientes impregnados. Las paredes estaban limpias, no había huellas de escurrimiento de la ventana al piso. Únicamente la cama anegada y el gotear de la sangre… El cuerpo no tenía fracturas ni heridas, estrangulamiento tampoco; la cara sin mancha, de cera, y la llaga del ojo y el nimbo negro de la barba… los brazos apacibles, indefensos. El cadáver a la deriva, en su océano, más bien una isla entre espuma caliente.

Jorge Luis Borges

Es argentino, vive en Buenos Aires y, aunque sepa lunfardo, no es gaucho ni compadrón.

Alguna vez invocó al diablo, pues lo que mira no es lo que mira: anda entre niebla de dioses destronados y mitológicas jaurías. Lo contemporáneo existe como información del misterio intemporal. Para él la eternidad es un juego o una fatigada esperanza.

Fue inspector sanitario, selló las aves comestibles. En realidad leía, en las entrañas de pollos y gallaretas, historias directrices de una totalidad cuyo sentido se me escapa en un espejo de tinta. Él pudo ser en Roma el mayor augur, lector de esencias palpitantes.

Una mañana, al levantarse, cuando puso el pie en la tierra y buscó las pantuflas, se sintió embarcado en el desierto rumbo a la ciudad de SCYX, donde la diosa Ulema, con su cuello venoso y duro, bebe fatigosas esencias. Toma un ave en el vuelo y la succiona con sus labios de flauta, pero no le chupa sangre, grasa o canto; lo que alimenta a la diosa es el vuelo y de vuelos se harta. Ocasiones ha habido en que el pájaro no ha recorrido distancia suficiente; entonces lo destroza con sus garras de oro. Otras veces anticipa la vida del volátil y lo deja de piedra para adornar su falda.

Sólo los elegidos pueden acercarse a Ulema, como dice el libro: “Los que tienen luz, los que pasan y alumbran, los que extraen de la madre del tiempo”.

Con sus pupilas en tinieblas, el hombre de la esquina rosada llegó a las arenas funerarias y pasó el río de fuego y respiró el aire del bosque de AL, donde los sentidos callan su gritería y es insoportable su silencio. Dolorosamente el cuerpo se separa y echa a andar y, si no sabe, se pierde y jamás vuelve a encontrarse; y si sabe, cruza el valle de Hecto y llega a las plantas de la diosa y ella decide si es aceptado o rechazado. Si regresa hasta su sentido, olvida; pero no totalmente. Ve en los animales, en sus venas, la llama de la diosa, su cara devorante. Dice el libro: “Dentro, una secura lo irá consumiendo, y sólo será regada cuando logre ver en las entrañas de la bestia”.

¡Oh! Poeta de la sabiduría, aleph del misterio: “Hemos retirado tu vuelo, y la visión de tus ojos es penetrante”.

Rosario Castellanos

Morir no es una ausencia,
sino una presencia en otra parte.
G. K. CHESTERTON

Como otros hablan de la rosa, yo hablo de Rosario: rosa florecida, rosa predestinada, rosa del llanto.

Hablo de ella. No hablo de la embajadora que atravesó el océano en sarcófago de nieve para convertirse en símbolo, emparedada entre guerreros, libertadores y videntes en un pozo de ausencia. De ella conversa el parque y el aula y la estatua y la rotonda.

Yo hablo de Rosario provinciana, desvalida, "como grano de anís". Criatura luminosa en oficio de tinieblas; inquieta y delicada como un hilo de música que con voz amarga dijo:

> Cuando yo muera dadme la muerte que me falta
> y no me recordéis.
> No repitáis mi nombre hasta que el aire sea
> transparente otra vez.
>
> No erijáis monumentos que el espacio que tuve
> entero lo devuelvo a su dueño y señor.

Hablo de la amiga que salió de mi hogar, una mañana, vestida de azahares al encuentro del destino, por donde la vi alejarse de todo lo que fue sueño.

Hablo de una Rosario rosa sedienta, rosa sufrida, rosa de ideales, rosa empeñada en la Verdad Única. Una Rosario vestida de blanco por dentro y por fuera, con blancura de alma que a pocos les es dada. Graciosa, aguda, seria o profunda: invariablemente de cristal.

Sus palabras cordiales no fueron efímeras, las conservo en cartas que no me robó el viento y que con nadie comparto.

Alargo el coloquio leyendo sus poemas:

> Te lo voy a decir todo cuando muramos.
> Te lo voy a contar, palabra por palabra,
> al oído, llorando.

Y aquel que dice:

> Es tan fácil morir, basta tan poco.

Un golpe a media noche, por la espalda,
y aquí está ya el cadáver
puesto entre las mandíbulas de un público antropófago.

No, no hablo de su muerte, porque “morir no es una ausencia, sino una presencia en otra parte”. Hablo de nuestra vieja amistad, rota en la vida y que reanudo en la muerte.

Rosario: hablaremos pronto de cosas inconclusas, que será fácil explicarnos, en presencia de los ángeles.

Juan Rulfo

Su voz viene del centro de la Tierra, de más lejos, desde metales codiciados, desde el venero de las piedras preciosas. Cuando habla, se anudan relámpagos al cuerpo. No se puede pensar, sólo sentir y ver. Su palabra es como el sol entre las nubes, como la lluvia sobre las hojas, como el viento en la milpa, como el humo en las rosas, como el polvo en el camino.

Sus pasos van por túnel secreto, por laberíntica vereda donde nadie logra darle alcance. Es un rayo de luna amasado con tinieblas. Tiene más en común con la sombra y con el viento que con el ruidoso ajetreo de los hombres. A veces pienso que es un habitante de la Media Luna y me cohíbe su fantasma traslúcido.

Estoy segura de haberlo visto transitar por sarmentosos recodos volcánicos, en anhelo de algún espectro. Lo he sorprendido guardando, en su alforja de visionario, almas en pena, lémures y murmullos para su memorial de ensueños.

En alucinaciones de camino andado lo reencuentro. Suena opaca su voz de ceniza:

> —Este pueblo está lleno de ecos. Tal parece que estuvieran encerrados en el hueco de las paredes o debajo de las piedras. Cuando caminas, sientes que te van pisando los pasos. Oyes crujidos. Risas. Unas risas ya muy viejas, como cansadas de reír. Y voces ya desgastadas por el uso. Todo eso oyes. Pienso que llegará el día en que estos sonidos se apaguen.

Temo que pueda evadirse en ese ejercicio de irrealidad que es su vida. Habría que asirlo para que no escapara; habría que tenderle una red musical que suavemente lo envolviera. Señalarle de nuevo el precipicio y el fuego, y, si hace falta, aprisionarlo entre dulzura para que no deje trunco su canto ni le reste notas a la “tarea de soledad” que el Creador le marcó y que es de infinitud.

Octavio Paz

Si me preguntaran qué rostro debe tener un poeta, respondería, sin rodeos, como el de Octavio Paz. Es la imagen perfecta del predestinado. En los archivos del cielo existe el cliché concebido para el músico, el pintor, el bailarín y para las demás que sean ramas artísticas. Allí guardan el de Octavio.

No conocí en su juventud a los "tres Octavios". Me cuentan que armaban descalabros con su gallardía. Puedo decir que los tres, en la edad madura, conservaron su prestancia: Novaro, Barreda y Paz.

La belleza física es siempre fascinante, pero cuando la posee un poeta se convierte en ideal:

> muestra tu rostro al fin para que vea
> mi cara verdadera, la del otro,
> mi cara de nosotros siempre todos,
> cara de árbol y de panadero,
> de chofer y de nube y de marino,
> cara de sol y arroyo…
> cara de solitario colectivo…

La poesía es como tener un rostro y no tenerlo. Cada quien encuentra en la poesía su hora cero. De esa negación rotunda saldrán los rasgos de todos. No se sabe si es más por tener semblante que por no tenerlo. Parece decirlo todo y no dice nada, porque tiene sólo un estigma existencial. Es como desleer las cosas, sólo una sensación. "El mundo no se presenta como realidad que hay que nombrar, sino como palabra que debemos descifrar." Por su significado múltiple no tiene uno preciso. Simbólicamente sustituye al mundo. Es negación continua. De la delirante materia verbal las vibraciones son tan intensas que alcanzan la blancura absoluta que es la misma nada.

El artista, en su afán de depuración, suprime líneas, trazos, colores, hasta concretar el ideal y topar con lo absoluto. Lo contradictorio no existe ya; es solamente armonía donde los contrarios recuperan su equilibrio, su permanencia, su individualidad. "Dime cómo hablas y te diré quién eres."

Quizá el poeta, al llegar a la atroz lucidez del infinito, se da de bruces contra el escepticismo en un "más allá" en el que no caben ya

medidas, ni fórmulas ni horizontes, por decirlo de algún modo; la nada es el rompimiento que colinda con la infinitud. “El salto es al vacío o al pleno ser”, ya que “la otra orilla” está en nosotros mismos.

En un momento lleno de angustia, Paz escribió en quince palabras una existencia abatida:

> No lo que pudo ser
> es lo que fue
> y lo que fue está muerto.

Cordelia Urueta

Eres solamente color, color ya sin cantos y sin paraíso; musical y concreta, con un poco de cactus y algo de paloma. Presencia hostil y lejana, a veces tierna, suave como miel secreta.

En abismal mudez esculpes tu mundo, cementerio sin lápidas. Inventas el matiz y socavas el llanto: sillas paquidérmicas, maquinarias preñadas, lunas abstractas y acueductos de tormento. Dibujas el silencio y el fragor y la blasfemia. Saco de cilicios para la sed y la venganza; visión apocalíptica, espada de dos tajos para los que viven y están muertos.

Un ver sin ver, un mirar que nadie mira. Pinceles boreales en búsqueda audaz. Blondo fantasma con alas, solo frente al espejismo del universo, en un mano a mano con lo ignoto. Entregas antorchas y te quedas ciega en tu peñasco de sombras, donde el oleaje azota tu desesperanza. Mas no estás hecha para el reposo. Tus dedos arañan el vacío y anhelan colores que no existen en el arco iris; pero nada en ti será inconcluso, sino cifra exacta.

Regresarás un día teñida de azules y de grises con un ocre sabor bermejo, con restos de arcilla en tu ropaje de amarillo alucinante. Tu faltriquera de galas litúrgicas y tempestuosos índigos y tus tintes ultramarinos serán la dimensión de la materia primordial que te eternice.

Juan José Arreola

Un día Juan José decidió ser bueno. Repartió palabras y sustituyó la pasión con un tropel de migalas metafísicas. Su arte extraordinario convirtió en espuma el bronce, el número, el canto y el estigma. Su cuerpo, territorio de hormigas, sirvió de tablero para el azar de un ajedrez sin límites:

—Quiero ser bueno y solicito informes —dijo—. Me siento sumamente defraudado al comprobar que mis fórmulas de bondad producen siempre un resultado explosivo. Mis balanzas funcionan mal. Hay algo que me impide elegir con claridad los ingredientes del bien. Siempre se adhiere una partícula maligna y el producto estalla en mis manos.

Cenábamos en la casa de Pita Amor. Rosario Castellanos doblaba la rama de su cuello sobre un libro de San Buenaventura, y entre los dientes machacaba:

—Sólo obtenemos el perdón si buscamos la gracia.

Todos quisimos opinar.

—Para alcanzar una sola partícula preciosa habría que reducir montañas de escoria, desecar pantanos de iniquidad —dije.

—No sé si a todos les pasa lo mismo —exclamó Juan—. Yo paso la vida cortejado por un afable demonio que me sugiere delicadamente maldades. No sé si tiene una autorización divina: lo cierto es que no me deja en paz ni un momento. Sabe dar a la tentación atractivos insuperables. Es agudo y oportuno. Como un prestidigitador, saca cosas horribles de los objetos más inocentes y está siempre provisto de extensas series de malos pensamientos que proyecta en la imaginación como rollos de película.

—Al menos eres sincero —apuntó Cordelia.

—Lo digo con sinceridad: nunca voy al mal con pasos deliberados; él facilita los trayectos, pone todos los caminos en declive. Es el saboteador de mi vida… Por otra parte, entre Dios y yo todo ha quedado resuelto… Sí, mi corazón ha sido visitado por la gracia. La idea de la divinidad llena mi espíritu.

Se hizo el silencio. Pita interrogó:

—Pero ¿te das cuenta de lo que afirmas?

—Me doy cuenta de que en mi caso se comprueba la

predestinación.

—Si en verdad crees ser un elegido —repliqué—, el problema de tu salvación está resuelto.

Brilló su cara como un centavo nuevo. El agresivo plumaje de su frente erizóse bajo el nervioso frotar de las manos. Por un instante tuvo aspecto de carnero abatido; luego irguió su insospechado perfil de arcángel y las palabras empuñaron su lengua:

—¿Por qué es el bien tan indefenso? ¿Por qué tan pronto se derrumba? Apenas se elaboran cuidadosamente unas horas de fortaleza, cuando el golpe de un minuto viene a echar abajo toda la estructura. Cada noche me encuentro aplastado por los escombros de un día destruido, de un día que fue bello y amorosamente edificado.

—Juzgo la maldad de otra manera —declaré—, como el resultado de una dosis incorrecta de virtudes, excesiva una, escasa la otra. Y el conjunto deficiente engendra virtudes falsas que tienen todo el aspecto del mal.

Tembloroso y febril, Arreola, con los dedos abiertos, arañaba el aire.

—¡Enigmas sin cesar caen en mi corazón, cerrados como semillas que una savia interior hace crecer! —exclamó.

—¿Se dan cuenta de que ya está luchando contra el ángel? —comentó, irónica, Cordelia.

—No todos los hombres asesinan su conciencia —aseguró Rosario —. Hay quien se ahoga y necesita espiritualizar su vida.

—Algo hay en la virtud que en todo tiempo ha atraído a las almas —añadí—; aunque al caminar por esa senda tengamos que lamentar con San Pablo: “No sé lo que hago, pues no pongo por obra lo que quiero, sino lo que aborrezco eso hago… no hago el bien que quiero, sino el mal que no quiero”.

—Repito que entre Dios y yo todo ha quedado resuelto —afirmó Arreola, angustiado.

—¡Cuidado, Juan José! —grité—. ¡Cuídate de inventar un Dios, un infierno y una religión particulares!

Alfonso Méndez Plancarte

A veces designios celestes sorprenden a criaturas santas con muerte repentina, que nos estremece y que para ellas resulta privilegio, pues las encuentra —invariablemente— en quehaceres del espíritu. A San Cayetano, al oficiar misa; a Tarsicio mártir, con las hostias consagradas en el pecho; al Bautista, en éxtasis; al padre Alfonso, durante los ejercicios espirituales, cuando justo era llegada la meditación en la muerte.

Pasa ante mis ojos la última reunión literaria en que estuvo presente, unos cuantos días antes. Veo de nuevo su rostro seráfico, con aquella aureola espiritual que lo caracterizaba. Estaba hecho de luz, como otros están hechos de amargura. Irradiaba luminosidad; diríase que a la manera de Moisés, quien cubría su resplandor con un velo para no inquietar a los hebreos y sólo frente a Yahvé desnudaba su faz, Méndez Plancarte escondía su hoguera santificante tras una placidez beatífica.

Dueño del glorioso don de hacernos sentir en compañía, su presencia convidaba a participar de aquel traslúcido acogimiento. Esa última vez, en un juego de gracia, se trataba de escribir entre todos un soneto. Instó a sus amigos a poner a prueba su ingenio construyendo cada quien uno de los versos. Estaba infantilmente jubiloso. Luego habló de sus futuros planes de trabajo. Además, recuerdo que escuchó con emoción la obra de teatro que planteaba el tema de la salvación de Judas. Mostró entusiasmo por el contenido poético, pero con mucha mayor pasión manifestó su inconformidad por el concepto. Lo refutó con aquella su sabia intolerancia llena de gallardía, que con justeza lo hizo paladín de nuestros dogmas. Arcángel de la verdad, esgrimía su espada contra el error, que se achicaba frente al torbellino de su energía. Batallador del verbo, con palabra fuerte y rotunda desvanecía al adversario.

Artista y cristiano, gustó como Miguel Ángel de ensalzar o de vapulear al que lo merecía. Notable la precisión con el cimiento sólido de su materia minuciosa. Le conocí dos zonas de locura: el latín y las letras. Nada veía, ninguna cosa en sí misma, había de verlo todo a través de la literatura: los árboles, y recordaba un poema de los románticos ingleses; la música, y se le venía a los labios el clásico

poema a Salinas; el amor divino, y naturalmente evocaba a San Juan de la Cruz; la pintura, el escepticismo, y la vaciedad del mundo, la lluvia, el dolor. Nada vivió directamente sino bajo el tamiz de la belleza artística.

¿Quién como un poeta para darnos la imagen más perfecta de este hombre que era en sí mismo poesía? Ésta es la elegía que en su homenaje escribió Manuel Ponce:

> Me vi nacer. Y el mundo en pergaminos
> amarillentos esbozó el paisaje;
> árboles y hojas de anaquel salvaje
> cruzado por arroyos serpentinos.
>
> Y ya dispuesto su historial de trinos
> según su primavera y su linaje;
> me vi morir, a la mitad del viaje,
> y levantado a vuelos repentinos.
>
> Nueva la luz y nuevo el panorama,
> nuevo el fervor de mi avidez nativa,
> y nuevo el aluvión que se derrama.
>
> Y como verde infolio que se archiva
> en las categorías de la rama,
> me hizo lugar la Biblioteca Viva.

Pita Amor

—¿Qué desearías que yo contara de ti?

—Nada.

Pita me mira y sonríe; reitera:

—Nada.

Su confianza me irrita, sobre todo cuando jactanciosa se burla:

—Preferiría que estuvieras convencida de mis poderes mágicos; de que poseo una antena del prodigio y que admiraras el torrente de mi ciencia. Entonces podría enseñarte el amuleto que me vuelve invulnerable y entenderías cómo bebí en los filtros del milagro los secretos de las ciencias antiguas. Descubrirías que tengo un pacto diabólico que me ha concedido la sabiduría; esa sabiduría que los mortales buscan y adquieren al precio de la vida y luego guardan ingenuamente en ediciones incomprensibles. Sabrías que soy dueña del misterio y soy yo misma la cultura; como Góngora es la poesía y Vivaldi es la música. Y porque conozco el éxtasis y el derrumbe, los palacios de arlequín y los aquelarres siniestros, ya nada me sorprende. Agoté mi vanidad y mi deseo y llevo esa ventaja sobre los hombres. Cuando te convenzas, tu labor se hará más amable y sabrás, por fin, que un hado me protege, y que en lo más alto del Parnaso los dioses deletrean mi nombre. Desde mi sitial de musa puedo aconsejarte que trabajes, porque me apena verte, en tus ruinas, flotando como una mariposa muerta. Lo digo por tu bien; yo que soy la Lógica y todos los siglos.

Cerró el torrente admirable para seguir en lujosa despreocupación de fabricar el marco de su persona.

—Pita —quise decir—, me gustaría que… meditaras…

—Haz un acta y yo la firmaré para que conste.

Pasaron millares de latidos, centenares de pulsaciones, arrobas de pesadumbres e inútiles jornadas; y, una vez, vi huir la sombra de su sombra anochecida, sin llaves de su casa —porque casa redonda tenía de redonda soledad—. La vi bucear en la negrura con ojos ciegos; la vi deslizarse y desaparecer por cualquier esquina del mundo.

Agustín Yáñez

Por la intimidad ostentosa del patriarca, las vehementes pasiones, los romances a ultranza, los afanes interminables, las parcas alegrías armonizan, concuerdan, se entretejen alucinadamente por las calles y las plazas y las rinconadas de su sediento amor, suspiro y bálsamo de melancolías y esperanzas. Sus ojos de pájaro asustado siguen imperturbablemente fieles a los dormidos trompos, a las ágiles canicas, a los inconstantes aros. Los labios apenas si se mueven para tararear voluptuosamente: *Naranja dulce, Mambrú* o la *Pájara pinta,* o para chupar el caramelo de *Doña Blanca*.

Profunda quietud cubre las intranquilas bullas de palacio. Nada se mueve, mas todo se resquebraja. El vaho de las murmuraciones empaña los veinte mil caminos, las trescientas mil escuelas, los acueductos, las vías de avenamiento, las estatuas, las bibliotecas y museos. Ahora ha llegado la paz conseguida con tantos esfuerzos y tan beneméritos oficios, hechos todos estos que ensalzan al prócer y llenan de entusiasmo a los ciudadanos.

Pero algo anda mal en palacio.

El soberano ha construido una cámara secreta y no sale de ahí. Certeras noticias han llegado hasta la diana del poder y han salido despachos con apercibimientos enigmáticos. Se hacen y deshacen consignas, se acumulan juntas, se repasan deliberaciones y nada se consigue. La muchedumbre que rodea la cueva del jerarca no se retira.

El gran señor es ya solamente el artista, el creador extasiado que contempla cómo el sol va sacando cosas de la perenne oscuridad y las va colocando ordenadas y precisas para que sean lo que son. El paisaje lentamente se extiende: él tiene que correr los ojos para alcanzarlo, para integrarlo, para hacerlo cada vez más paisaje. La “patria diamantina” no se niega a la epifanía: aparece y el proyecto de entenderla se realiza.

Él permanece absorto; en estado de gracia, sueña un arrobo en sus confines de oro: archipiélago de azules interminables; ladera dorada en volcamiento de riquezas edénicas, compatible sólo con Isolda, con Melibea, con Oriana.

Las vueltas del tiempo sabiamente ordenan los desdenes de ahora, las efusiones de mañana, las actitudes, los cantos y figuraciones, las

añoranzas de *Al filo del agua*. Avalancha de dioses y de mitos en lúbricas edades se confunden con las primicias y romerías de Nueva Galicia.

Eterno retorno a las tierras enteleridas, flacas, habitadas por mujeres ojerosas de nostalgia, afines a su actitud huraña que resguarda la riqueza de su castillo interior: policromo, luminoso, poblado de grandes bóvedas que rodean la última morada de *La creación*, cúpula musical, refugio inalcanzable del hombre que bien fue llamado: “el silencioso”.

José Luis Martínez

Elegante, atildado y caballeroso, la imagen de José Luis nos remonta a los galanes de épocas románticas: finura en la palabra, unción en los modales, cortesía en el encuentro y una espontánea diplomacia de salón, mundanidad que no le resta encanto y sí contrasta con la sencillez que nos lo muestra de pronto amigable y cordial.

Su fama de culto es verdadera. Interesado en el saber, conoce los vericuetos literarios y las secretas tribulaciones de la crítica y de la creación artística. Ha visto florecer una generación promisoria y morir muchas esperanzas. Maneja sutilmente ese complejo mecanismo del escritor mexicano.

Maestro moldeado en el esfuerzo, se parece en algo al "hermano pacífico", docto y generoso que sabe la justa medida de la exigencia: benigno con los de titubeantes pasos y estricto con los dueños del oficio, pero siempre accesible y cortés.

Navega en su río de lecturas y nos describe el viaje arriesgado, sueño sonoro con olores y música, entre novelas, cuentos, poesía y dramas de la literatura universal. Logra, como viajero perspicaz, dar una imagen coherente de lo que es la literatura mexicana; porque no solamente comenta impresiones y sensaciones que autores y obras le suscitan, sino que trata de interpretar un contexto de identificación, capaz de establecer el discurso necesario para la comprensión del quehacer nacional.

Yo lo veo convivir familiarmente con los de aquí y con los de la otra orilla y advierto su complacencia con los que ya se fueron, lo mismo con el Nigromante que de contertulio abstinente en los salones de Rosario de la Peña. Lo veo saludar, con invariable compostura, a Juan Ruiz de Alarcón y lo oigo aplaudir con don Alfonso Reyes el despuntar de los retoños; lo miro reflexionar con Samuel Ramos y continuar en el estudio, en la meditación, en el proyecto creativo sin fin que valora su existencia y hace de su tiempo el *carpe diem* fundamental de todo pensador y artista verdadero.

Elena Poniatowska

Dejar atrás la adolescencia y convertirse, al fin, en mujer es un hecho simple, pero a veces resulta un estallido que, como el insólito rompimiento de una bombilla de cristal, asusta con su trueno a los mayores y provoca el llanto de los niños. Es entonces cuando se acaba el juego, Elenita, el juego de los verdes limones a los que nadie inyecta para mitigar su acidez. Se acaban los nidos, termina el imperio de las moscas doradas y el de las ranas y los ciempiés. Es hora de abandonar la calle y los árboles chiquitos. Ya no se correrá cojeando por las banquetas. Los cangrejos minúsculos rondarán por las playas, y las estrellas de mar, petrificadas e indiferentes, contemplarán los rostros nuevos… Termina lo mágico y principia el asombro; la infinita capacidad de asombrarse cada día, como el que muere un poco. Las hormigas de ayer no beberán ya jarabe, amiga: ahora son voraces y gordas, son expertas tarántulas. Los capullos se han desvanecido y los muros de todas las casas de la tierra están llenos de mariposas clavadas, por las que nadie pregunta. La "espera" se proyecta, anhelante, por un mundo de inconsolables Penélopes, solidarias y uniformes, en obsesiva paciencia de tejer y destejer mantos de locura.

Todos cantan tu misma canción:

> Me he sentado en el peldaño de tu casa, recargada en tu puerta, y pienso que en algún lugar de la ciudad, por una onda que cruza el aire, debes intuir que aquí estoy,

y todos repiten:

> Aquí estoy contra el muro de tu casa, así como estoy a veces contra el muro de tu espalda. El sol da también contra el vidrio de tu puerta, contra el vidrio de tus ventanas y poco a poco se debilita porque es ya tarde…

Impresionante el contrapunto de una visión cándida de la existencia por la cual uno sabe que eres tú y que no te ha perdido; y, por otra parte, el aluvión de acontecimientos. ¡Llanto de Tenochtitlan o Tlatelolco, frente al que estarás siempre indefensa! ¡Cuánta inmadurez para la boca grande de la vida, Lilus! ¡Para desconsuelo de todos, a cada uno, en forma equitativa, se le dará su parcela de dolor, irremisible!

Habrá quien cultive la nada, quien siembre ovnis fugaces, quien dibuje oraciones, quien edifique lamentos y hasta quien se cubra de alas supersónicas, o de cantos, o de gritos; quien sepulte a la luna al no verla habitada, o se arrodille sobre la tierra para pedirle, con voz transida, un deseo que duele por lo empobrecido y que por ser tan nimio es más amargo que la muerte: "… quisiera haberte conocido más vieja, hilando junto al fogón las ganas de esperarte aunque nunca hubieras llegado…"

Niña, Kikus de ayer, por amor se puede morir, pero envejecer ¡nunca! Deseo que tu amor sea eterno, que atesores plenitud, que tu caudal lo reedifique y que tu sonrisa lo ilumine. El que anhela ser viejo para reducir su pequeñez, sin crecer en sabiduría, ya sólo es sombra de su misma sombra.

He leído tus libros y me he puesto triste. Tal vez porque no reconozco a la Lilus mitad ángel y mitad diablillo, y será por eso que me pregunto, yo que me embalsamo de vejez: ¿quién apagó las voces de tu frescura, Kikus? ¿Quién tu inocente reír de muchachita loca? ¿Quién tus malignas travesuras? Y, sobre todo, ¿quién tu preocupación de entrar en el cielo convertida en paloma de oro?

La tristeza y la ironía de tus relatos vibran en frases temblorosas y desilusionadas; nos enfrentas a situaciones que no hubiéramos querido para ti, aunque también esto es lo que hace valiosas tus memorias.

He de decirte que de la primera Lilus me quedo con toda, y de la segunda todo lo que abarca tu hogar maravilloso, con niños, libros y pájaros. Lo que vertiste en páginas y cantos mana de una herida tan próxima que lo condeno a enlutar, con su jadeo tenebroso, los fúnebres espejos de todos los "Hoteles Soledad" que existen en el mundo.

Mas interiormente sigues siendo la misma, la intocada. Tu pureza queda intacta, a salvo de la abyección de lo espurio. Recuerdo los folletines del siglo pasado en los que la heroína, a pesar de las peripecias lastimosas, quedaba como una isla en las márgenes del mundo. Así creo que pasa contigo, Lilus: sin marchitarte, viva, indemne, como todos te amamos. Sólo ha cambiado la decoración, pero ahí estás como lamparita: el mismo azoro, la misma incomprensión, la misma pérdida en la aventura de vivir.

Ramón López Velarde

Noble juglar, señor y príncipe, en esta tarde de lluvia he venido a tu sepulcro con un ramo de violetas cortadas en el alba. Estoy aquí, vestida de negro, con el luto de Águeda y Fuensanta. De la plomiza eternidad me separa tu lápida, y la impotente amargura de estarte vedada como la llovizna y el viento. Te he traído esta ofrenda porque, aunque lo ignoras, tomé parte en algún profano sueño de tu atávica continencia. He venido a buscar tus palabras remotas, tu ilusorio fantasma para poder gritar las cinco letras de tu nombre, que he dibujado en mí con un dibujo de escarcha.

¡Cenobita frustrado! ¡Galán de provincia! ¡Qué no daría por escucharte tras la reja de un viejo balcón, enjoyado con rústicos tiestos floridos y oír tu voz sobre la penumbra inválida de los jardines de tu pueblo! ¡Verte pasar a la hora del Ángelus, con tus imaginarias hormigas, con tus arañas lúbricas y tus salmos israelitas!

Lugareño genial, plañidero devoto que amasaste el amor y el espanto y el placer y la muerte. Paganísimo cristiano, bíblico señor, ¡quién fuera Águeda y Ruth y Mireya y tu musa Fuensanta, que en los claros domingos la llamabas diáfana y bella y olorosa a fragancia!

Imagino que la invitarías a recorrer los atrios de los templos, el altar del Santísimo, los retablos del viacrucis humosos de incienso, y sin tocarse las manos recorrerían los jardines en esa primavera que les tocó vivir y que yo envidio; porque si me hubiesen dado a escoger mi tiempo, y mi ración de amor sobre la tierra, de todos los infieles habitadores del mundo, a ti te escogería, a ti únicamente.

Me gustas así, teñido de cuaresmas anacrónicas, de cilicios y de incendios, con labios repletos de oraciones y eróticas plegarias y de embriagadores éxtasis.

¡Cómo me hubiese gustado ser la novia perpetua de tu canto! Tu ánima impoluta. Y es que te pareces a mí en esa erizada angustia de tu lucha con el ángel; o tal vez te pareces al personaje de mis sueños o estoy, como tú, tejida de lujuria y de un anhelo santo.

Pero tú eres el ayer y el nunca, la provincia que no viví y la ciudad que ya no existe.

Considérame tu viuda para poder llorarte.

Octaviano Valdés

Si la Torre de Marfil caminara, nos toparíamos con el padre Valdés. Él no iría al proceloso mar de Homero, sino a la tierra firmísima de Parménides.

Su presencia congregante y su mudez clarividente delatan su sabiduría. Toma el momento como Horacio y sabe gozar la perfección con la virtud de la serenidad.

Bíblico en sus preferencias, austero como Tembleque, parco como el Benemérito, es sombra platónica de la templanza.

En el coro de fraternos el caracol de su oído afirma el coloquio en el clima del alma, y mientras la miel de la palabra transcurre por la cal de sus huesos pacíficos, con gesto de perdón bajo la máscara, sus labios de silencio moldean la sonrisa de la tolerancia.

El aroma del mate es atmósfera de conciliación, de experiencias disímiles en el acarreo de la vida. La pócima es pretexto para que los conflictos expuestos remonten la historia y el lugar de cada hombre en cada circunstancia, espiritualmente óptima. Se encara la lucidez y se aniquila la ociosidad de la caverna para enaltecer la vida y la oportunidad de ser libres.

Este regocijo conforta y religa los ditirambos y las vejaciones con que cada asistente sobrevuela.

Interpretador de los vocablos que los hombres escriben en la arena, es más valiosa su voz sin habla que los trillados cantos con que irrumpe, por un instante, el sol con que se alumbra sin quemarse.

Señor: mientras tu sombra esculpen lunas desvanecidas, hazle valedera tu cita a la puerta del alba y bajo el ala del ángel.

Griselda Álvarez

Quedé en pasar por Griselda para visitar al poeta Novo, interno en el hospital.

—Te veo triste. ¿Dónde está tu sonrisa? ¿Dónde está tu unicornio?

—No te oí llegar. Schts, schts… No te acerques.

Sé que algo quiebra su franqueza y veo su bolso, sus guantes, su vestido; pero no su disposición de salir.

Ella soñaba la canción de un pájaro. Tenía la frente recargada en el vidrio y miraba; sentía, con el temblor de la mano, con la postura incorregible, con el calor del cuerpo.

Griselda es como el Churriguera mexicano: donde ella empieza termina la pesantez. El frío ensamble de muros espesos, la desnudez aciaga de torres defensivas, la indiscreción pétrea de las fortalezas. Ella es vulnerable porque se entusiasma, sigue su propio movimiento interior, goza con su esfuerzo. Ahora está allí, absorta. Ayuda con su corazón a que el polluelo ascienda al nido desesperadamente sostenido por la débil palanca de una pajarita.

Le digo del unicornio porque parece imaginada, tejida en tapiz de noblezas; su risa espejea confortante, resuelta, demorada. “¡Pudimos!”, dice, cuando ha rescatado a la avecilla y está contenta, como si hubiese ayudado, con la millonésima parte de una miga, a la creación del mundo.

A la manera de la mujer fuerte de que habla la escritura, Débora o Agar, Griselda lleva su misión a límites heroicos. Acumula tareas para ganarle al tiempo y sembrar beneficios con prisa de viajera que planea labores infinitas.

Profunda en la amistad, conversadora exquisita, fina en la palabra, discreta y suave, fácil a la risa, Griselda capta la ironía y prodiga la broma. Puede ser severa como Savonarola y tierna hasta el llanto.

Todo en ella respira dignidad: su rostro de madona, sus modales de seda y su encanto.

Repito que vayamos a ver al poeta y mueve la cabeza. Me conduce a sus libros, a sus proyectos, y espero. Como si no hubiera oído, habla de poemas, de amigos, de cosas. Espero.

Pregunta por mi trabajo, por mi gente, por mi vida. Espero. Creo que ha olvidado e insisto:

—Está muy enfermo, vayamos a verlo.

Lee un poema:

> Amado, ven, asómate al principio del mundo.
> Somos los mismos, mismos de hace cincuenta mil años.
> Somos aquéllos, éstos, los de allá, los de siempre
> y los que han de seguirnos y los que vendrán luego.

—Yo lo hice —exclama cuando termina—, y parece que solicitara disculpas por el gozo de haberlo hecho; orgullosa de una falta.

Imposible seguir. No quiere mis elogios. Desea mi entretenimiento y cada vez tiene más motivos para retardar mi súplica.

—Griselda, quedamos en ir…

—¿Para qué? Él está con nosotras. Aquí. Lee un poema de nuestro amigo:

> Tú, yo mismo, seco como un viento derrotado
> que no pudo sino muy brevemente sostener en sus brazos una
> hoja que arrancó de los árboles

—Y no sólo en estas palabras se queda —dice mientras guarda el libro—, también en mi fatiga, en mis desánimos, porque yo le escucharé la esperanza. Está en mi propia existencia y vive mientras yo vivo. Él alentó en mi destino, mi afán, mi sacrificio.

Casi estoy asustada. Entonces, muy triste, ase mis manos para suplicarme:

—Quiero pedirte que no vayas.

Una lágrima pone yemas rojas en sus ojos.

Fernando Benítez

Había una vez un rey… al que llamaban el Rey Viejo, porque conocía la ruta de Cortés.

¿Magnífico?, ¿rico, misterioso?

¡Era rey! Y como algunos reyes sabios, había descubierto los caminos de la vida y de la muerte, los de la libertad; aquellos de los conquistadores, los de la vida criolla del siglo XVI, así como los sitios de las aguas envenenadas y el lugar donde proliferan los hongos alucinantes. Pero lo más extraño era la ubicación de su reino: vivía debajo de un árbol sicomoro de inmensas ramas. En busca de su sombra llegaban los habitantes del bosque y la montaña. Bajaban leones y corderos, golondrinas y serpientes… y hasta hormigas.

El rey Ki, que conoció el drama de un pueblo y una planta, dábales la bienvenida. Jamás abrigó rencores ni tenía rivales, gustaba de amparar a los débiles y a los ampulosos. Con paternal mirada, exenta de ironía, los veía desfilar.

Yo llegué con las hormigas, muchas de las cuales han desaparecido. Fue entonces cuando conocí a los leones, porque los corderos nunca quisieron hacer amistad con mi persona; las golondrinas me quedaban muy altas y las serpientes se escondían entre las piedras del agua envenenada y en la última trinchera.

Ahora, cuando paseo por el mundo, por China y la Tarahumara, me encuentro a veces con alguna fiera y pregunto por el rey y por su árbol. Responden que el árbol se secó y del rey ni se acuerdan. Las ovejas, ¿cuál árbol?, ¿cuál rey?, y como las golondrinas se marcharon y las serpientes se esconden, yo, que fui solamente hormiga, me pongo a imaginar el tamaño de los mausoleos de los que olvidaron al rey y su batalla y sus relatos sobre la muerte. Un rey que no sólo les dio sombra sino que, generoso en demasía, les prestó su escenario para que cada quien hiciera cabriolas y resonaran aplausos en la selva. Las ovejas hicieron bee… bee…, el león rugió, las golondrinas construyeron nidos fugaces; incubaron veneno las serpientes y yo… ¡Nada! Imaginar…, imaginar que era amiga de leones y corderos y recordar… recordar que no aprendí a rugir, que no aprendí a volar ni obtuve vellón de lana; pero que gocé de mi ración de sombra, bajo un árbol frondoso, donde había una vez un rey pródigo, magnánimo y

noble, con una capa de estrellas como en los cuentos, el cual, como carecía de envidia, cobijó bajo su sombra a tres generaciones: Alfonsos, Jaimes, Antonios, Octavios, Cantús, Arreolas y Rulfos, Carballos, Guillermos, Pepes y Carlos. Rosarios, Margaritas, Lupes, Elenas. Nombres todos de ángeles y demonios, y nombres de santos borrados del santoral y del diccionario… Edmundos, Casanovas, Valadeses, Orfilas, Rojos, Prietos y Blancos, Xiraus, Gascones, Ureñas, Novos, Pelliceres, Cármenes, Salvadores, Migueles, Palomas, Olivias, Maxes, Alises, Cardenales, Tomases, Ascots, Raúles, Franciscos, Luises, Rosas, Ernestos…

¡En nombre de todos ellos entono un *tedeum*!

—¿El rey ha muerto?

—No… ¡Viva el rey!

Carlos Fuentes

Te imagino niño prodigio, almidonado y limpio, jugueteando en la alfombra de algún salón olvidado. Otras veces te imagino temerario cazador en la intrincada selva que describe Salgari. Mas luego te apareces rodeado de mujeres, mundano y exitoso, y yo me empeño en verte en traje de pirata dando órdenes activas para atracar o salvar las tempestades que flagelan tu barco. Sorprendo tu figura principesca asida a lo alto de algún mástil, o veo que te deslizas por laderas nevadas y te otorgan la medalla de los Juegos Olímpicos. Mira: en todo sacas diez, y eso me enfurece. Juro que hago acopio de cordura para centrar tu personaje, que me resulta más versátil que la moda. Reflexiono: creo que así debe ser un genio, "hecho a saltos de locura". Nombramientos, becas y premios será natural que lluevan y te tengo mucha envidia. Para ti la vida ha sido tan fácil y amable y tan sencillo sortear las amarguras. No has tenido anginas, ni sarampión ni enfermedades. Eres como las niñas ricas de mi escuela que siempre ganaban la banda de excelencia. Tú sabes siete idiomas y en una sola tarde escribes más historias que un juglar con hambre.

Señor Plenipotenciario, no pienses que se trata de una guasa. Tu aventura literaria me apasiona. Tienes talento y eres de mi patria. No digo que llegarás lejos —porque ya ni te distingo— o ya estás en la altura. Todo el mundo te quiere. Todo el mundo te aplaude. Bien ganado tienes el que se te reconozca y te alaben famosos escritores. ¡Niño Boom! ¡Niño mimado por la vida! Déjame decir mis tonterías, y no pienses disgustarte. Es la manera de demostrar admiración y amistad por tu persona y por tu obra. Haz de cuenta que escuchas necedades de alguna vieja tía, que trata de caerte en gracia. No eres tan formal y tan engolado como mis cuates mexicanos que no perdonan una broma. Disculpa la osadía. ¿No ves que sin talento no se va a ninguna parte?

Sor Juana Inés

Apenas diecisiete años y le parece haber vivido siglos. Ahora vuelve a su pueblo y mira desde la ventana el sol que incendia el Izta y el Popo, testigos de su llanto adolescente.

Entristecida, ve a las que fueron sus amigas infantiles caminar bullangueras a la feria del pueblo. Serpentea por las callejuelas el barullo de sus risas y su charla inocente. Les envidia el candor y la alegría, tan cerca de su ayer y tan remoto. Se pregunta si no fue, acaso, una fuerza oscura la que torció hacia los palacios su destino de provinciana; si fue un hado inclemente el que la arrastró a la encrucijada de sinsabores. ¿Anhelo del saber? ¡Bah! Ciencia ilusoria, amarga sal para su corazón sin infancia. ¡Qué mejor hubiese sido amanecer en el paisaje de Nepantla, ajena a los tormentos de la sabiduría, a leguas de los empeños de una casa, a centurias del lúgubre reino que puso garfios en sus pies y clavos en sus manos!

En este momento ha detenido el torrente de su ánima y ha vuelto al aire de reposo para remendar los jirones lacerados por el monstruo de siete cabezas: mundanal deleite que aturde y enloquece

> … cuando sólo intento…
> poner riquezas en mi pensamiento
> que no mi pensamiento en las riquezas.

Cavila, medita… ¿Volverá a encadenarse a los saraos de la corte?

> Siento una grave agonía
> por lograr un devaneo
> que empieza como deseo
> y para en melancolía.

Titubea y al fin decide huir, no volver el rostro hacia la ciudad en llamas… cadáver, polvo, sombra, nada. De espaldas a la escoria, ascender y ser libre. ¿Hay cosa más libre que el entendimiento humano que habla con Dios? Ya no fingirse feliz, hallar la verdad y la paz. Oasis de sed, remanso de la angustia.

Sí, escogerá la meta luminosa, lo jura por la nieve de los montes, por el sol moribundo de la tarde.

Rubén Bonifaz Nuño

Todo afecto es efímero. Cuando no lo destruye el tiempo, lo mata la permanencia. La amistad es un instante, una corta o larga temporada que se torna en recuerdo, y que, si fue entrañable, nos conforta.

En ese entonces, sin máscara solemne, sin coraza de sabio, en traje de ternura, nos acompañábamos a veces, él pensando en ella, yo pensando en otro.

Trasformábamos el rato en un juego, en el que estallaba su risa: carcajadas de niño que lo volvían humano. Reía de mi abismal ignorancia y de sus giros insólitos. Trató, no obstante, de hacerme entender muchas cosas. Soportó mis confidencias, que eran siempre las mismas, y que con crueldad de chico señalaba con nudos en el pañuelo, o con dobleces en el saco, hasta conseguir que la risa les restara importancia. Frente a mi lamentable pasión letal exclama, irónico: "Si murió Patroclo…"

Me deslumbraba su poesía, sus conocimientos, su labor universitaria; sobre todo su sencillez, su risa de artista sensible, de poeta inigualable, de caballero de la palabra, esquivo y modesto en demasía.

Penetramos en un mundo de burla inocente, fraternal. Su broma estaba pronta y reía hasta la asfixia para desvirtuar mi drama.

De improviso nos quedábamos serios, silenciosos y pétreos, navegando en nuestro caldo de amargura; mas rompíamos a reír nuevamente. A veces pienso que fue la risa el pretexto que nos dimos para no llorar a gritos.

Sé que a los cultos, y mucho más a los académicos, les está vedada la compañía de palurdos, y no me quejo. ¡Hace mucho que acabé de estar en este mundo! Pero aún me cabe el gusto de atrapar su risa en estas páginas. "¡Ave, César! Los que van a morir te saludan."

Efrén Hernández

Nunca imaginé que se convertiría en añoranza. Lo veía moverse, ir y venir como un efluvio, tan absorto, tan ingrávido, que no podía desaparecer puesto que nada le quitaba al mundo. Estaba hecho de esa esencia que únicamente se advierte en el sueño y que es más ligera que un suspiro. Vivía

> hondo, incomunicado,
> entre apagados muros,…
> (… como una esfera
> vertiginosamente conturbada;
> … en la tormenta, entre
> zozobras

Cómo me arrepiento de no haber grabado lo que hablamos en los largos coloquios de aquellos días, días que se desvanecieron como el polen que dispersa el viento. Su recuerdo va unido al de amigos que su endeble figura sostenía: garfio y liga de anhelos y de voces, ronda de cantos memorables, capullo que fuimos deshilando.

—El artista verdadero —decía, advirtiendo mi gula— debe restarse el alimento, y comer, si acaso, como una mariposa. Plotino no le dio nada al cuerpo para fortalecer su pensamiento.

Poeta angélico, mago y faquir nutrido de imágenes y poesía. Musical esqueleto arborescente, con menos peso que la hojarasca de otoño. Silueta de relámpagos. Varón sin “Tachas”, ¿dónde quedaron la paloma, el sótano y la torre? ¿Dónde tu corazón? Nos dejaste

> un día señalado con luz, como no hubo
> nunca ninguno otro entre mis días…
> Un día en que quizá hacia este triste
> suelo nuestro olvidado,
> mirar con más amor se dignó el cielo,
> y en que quizá, de hecho, las estrellas
> estuvieron más cerca de nosotros;
> un día sólo día,
> sin más materia extraña
> que la luna inocente…

Yo te añoro porque viví tus postrimerías y me clavaste un dardo, que cuando alguno de los tuyos se marcha se ahonda en la herida.

Poeta descalzo, eremita paupérrimo que atesoraba palabras para derrocharlas. Aún me parece verte, sublime artesano, labrador de joyas de alambre que nunca vendías, pero que ibas tejiendo con dedos inconsútiles. ¿Quién conservará las cuentas que ensartaron tus manos? ¿En qué oídos de niña lucirá tu orfebrería? ¿Quién sacudirá la repisa de los tomates de oro?

Los que te amaron guardan bajo llave tu tiempo…

> Eternas de amargura,
> entre espinas,
> a paso de saeta y más profundas
> y pálidas
> que el viento de la noche, huyen las horas.

Emma Godoy

Cada quien inventa su propia máscara de la que no podrá escapar jamás; así configura la imagen que se refleja en su voz, su actitud, sus preferencias y gustos, los cuales no concuerdan con la verdad interior que vive. Ése es disfraz o corselete adoptado para existir. A veces se descubre en un gesto o en el descuido de una palabra. Así hay mujeres recatadas con apariencia veleidosa, monjas eróticas, austeridad en un bohemio, quijotesca acción en egoístas, ostentosa vestimenta del severo, mendigo despilfarrador y esclavas sumisas en altivas Nefertitis. Hay, asimismo, ceñudos caballeros con trazo de polichinelas y payasos más solemnes que un obispo.

La dualidad es desgarradora, hostil, amarga; pero otras veces es simplemente inconcebible… De estas últimas es la de Emma.

El personaje en el cual se piensa a sí misma es el de un plomero no mayor de veintidós años. Quizá esa imagen acuse su verdadera vocación, ya que no existe tornillo o problema de cañería que se le resista. Cuenta que en sueño obsesivo se ve pisando fuerte por la calle, con un sinnúmero de herramientas adheridas al cinto que sostiene su pantalón. Y en ese clima ella se mueve con agilidad y pericia. Emma puede destornillar acueductos, descubrir laberínticas trayectorias de tubos, alcantarillas, atarjeas y sumideros. El manejo de pinzas, martinetes, péndulos y tenacillas le es tan familiar como leer un libro o enchufar el tocadiscos. El entusiasmo la lleva a adquirir implementos de plomero; equipos de trabajo enriquecido con herrajes, casquillos y toda suerte de quincalla; multitud de aparejos eruginosos que harían la envidia del mejor fontanero.

Conocí su bodega de emplomador y electricista tapizada de utensilios: bisturíes, torniquetes, llaves… Arsenal de misteriosa cirugía, cueva mágica, aquelarre de conmutadores, alambres y estiletes de cuya aplicación es sabia poseedora.

Nada más contradictorio que el destino de su vida real, en donde resultan inútiles los sopletes para la poesía, el magisterio, la meditación y la cultura.

En el principio de los tiempos el hombre tuvo, como único reflejo del poder de Dios, su mano. Su mano-maquinaria, su mano-hacedora, la mano que los entendidos llaman instrumento primordial del *Homo*

faber. Pienso que ella, por ir más allá de todas las cosas conocidas, encontró los elementos del origen, las herramientas primarias de la supervivencia, las cosas con las que pudo SER y que tienen una extraña connotación exacta, de precisión, en la cual el alma científica se recrea al encontrar la imagen de su armonía cabal. Y es que tal vez ella disfrute identificando la parte primitiva de ser, ya que ha alcanzado con anchura la de la penetración espiritual. ¿No será un desacierto el que olvidemos nuestras raíces biológicas, físicas, necesarias? Los intelectuales abominan de lo manual y no tienen el valor de encarar esta radical humildad, no tienen el valor de encararla por temor de perder la golilla, mientras que Emma la vive con espontánea naturalidad.

Todos sabemos que Emma tiene el don de borrar lo incongruente y convertir su versatilidad en un espectáculo. Lo más llamativo de su persona es su alegría. Sabe gozarle a todo, desde un taco de carnitas hasta una puesta de sol. Desde las estridencias del mariachi a los agotadores ejercicios de Vivaldi.

Ha estudiado la psicología de la mosca y defiende su inmortalidad. Basta abrir las ventanas, dice, para liberarlas y no cometer asesinatos. Tiene también la debilidad de la compasión por perros y gatos sarnosos, por insectos, arañas y hasta reptiles. Les resuelve la vida. Alimenta a los pájaros del cielo y los hospeda amorosa en su jardín.

Quizá, en el trasfondo doble de la máscara, perviva la ansiedad poética: capturar lo inasible por su contrapunto fáctico.

En su casa, Tonantzintla particular, donde suelen hallarse frases escritas en la pared, como el descansillo de caminantes en la escalera, hay un torreón con soberbio telescopio. Desde ahí, Emma vigila los astros y traza líneas geométricas sobre el aire, como un alarife cósmico tratando de descubrir, con el antifaz o sin él, la palanca que pueda mover el mundo como lo hace la idea.

Manuel Ponce

Lo encuentro en la vida con un aire de ausencia tan lejano y desprendido, como si ambulara por *El jardín increíble* en un silencio de bosque. Tal vez exprime su día sin arraigarse en lo efímero. Tal vez es un sonámbulo en la rueda del mundo que sólo mira las cosas con ojos de agua. Tal vez labra un amor, ¡Amor Infinito!, como punto de partida. Tal vez cabalga en el viento porque le es posible el canto y la música y la armonía, y porque le fue dada la medida de la perfección en el bien y en el saber.

Embebido en lo colonial, enamorado del arte sacro, navega por montañas y valles, hurga en las aldeas en pos de cúpulas y ábsides; brega para encontrar la arquitectura, la ruina o la simple piedra labrada, afanoso por leer en sus aristas historias y tiempo. Capiteles anónimos esculpidos por los ángeles; joyel de cantera sepultado en olvido; columnas del barroco o del plateresco, conventuales pórticos, relieves sin edad; ofrendas postergadas por los siglos. Diseñador de capillas y templos, regala proyectos y sueños. Reparte bondad sosegadamente.

Cuando alguien lo elogia, no contiene la risa, como si fuera lo más gracioso que le sucede en el día. Otras veces los escucha y se desconcierta, como si hablaran de un desconocido.

Apolíneo en sus gustos, bucea en las aguas de Eurídice y Orfeo. Los sigue por la selva del río Ebro. Viaja en su lamento. Con riqueza verbal sonora y vibrante nos sumerge en la amargura y en la sed de una búsqueda audaz que va más allá de los límites del infierno.

Ignoro si existe un creador capaz de transformar una leyenda pagana en venero inagotable de meditación y asombro. No he oído a alguien que mencione sus himnos y no se estremezca ante la majestad de un hacedor de trenos y de salmos, que vuelve elevación la desesperanza. Quien no conoce su obra se ha empobrecido: le falta una gema en su aderezo cultural.

Octavio Barreda

Soy el expulsado de la república de Platón. Añoro las lecciones del maestro, pero la risa me obliga a detenerme en sus meditaciones sobre los placeres:

> Quienes se dejan llevar por el saber y el razonamiento, y, con su concurso, prosiguen en los placeres concernientes al pensamiento reflexivo, al alcanzar el saber y el razonamiento, alcanzarán, también, los placeres más verdaderos…

Si guiado por la razón mi invento dejó ver el error, entonces, a pesar de mí, el maestro tiene razón, y debo abandonar la plaza de guardia que había de corresponderme.

Platón trató de mostrar la falacia de los sentidos. Nos metió en la caverna, nos encadenó de cuello, codo y piernas; todos estábamos a la misma altura, yo atrás de los otros, y todos delante de un orificio al oriente. A nuestra espalda encendió una hoguera y entre ella y nosotros levantó un muro por donde deslizó toda clase de hombres y figuras, los cuales íbamos identificando según proyectaban sombra en la pared. Después nos dijo que volviéramos la cabeza y, como ahí estaba el sol, era su propósito que no viéramos nada y que diéramos por más ciertas las sombras que veíamos que los cuerpos que no veíamos.

Pero sucedió que no me ataron como era debido y que, precisamente por eso, el juego no iba a salir conforme a lo planeado. Deshice mis ataduras. Como el sol impedía que me vieran, cambié el lugar del fuego y las sombras fueron proyectadas del lado del sol. Herido en los ojos pregunté a mis compañeros por lo que veían y me contestaron que nada más un resplandor. Dábame risa pensar que sólo por el orden del fuego las cosas tienen distinta explicación y cómo ése depende únicamente de las ataduras de los hombres. Comprendí que las lecciones de mi maestro seducían porque él nos encadenaba a la voluntad de sus meditaciones. Yo reía porque mis compañeros, que no podían ver, buscaban a Platón, y éste, aunque llegaba a tocarlos, no conseguía aquietar su desesperación y recomponer sus pensamientos.

Cuando la calma apagó mis antorchas, Platón, colérico, me expulsó

de la comunidad:

—Has introducido —me dijo— una práctica que conduce al naufragio o a la pérdida. Eres un impío —añadió— y debes ser expulsado.

El soldado que me atenazaba me intimidó con su lanza y gritó a los demás:

—¡Eh, un poeta que espía desde la muralla!

Gabriela Mistral

Yo conocí a Gabriela. Mi encuentro ocurrió unos cuantos meses antes de que ella abandonara México para radicarse en California. Me cautivó a pesar del rechazo que me inspiran los consagrados. Debe de haber contribuido el paisaje increíble de ese lugar encantado que es La Orduña. Un halo de misterio se desprende del caserón escondido entre laderas tupidas de naranjos. La cauda nupcial de azahares que baja del lomerío enloquece con su fragancia. El embrujo comienza en el momento de traspasar el pórtico arbolado de laureles. Bóveda de verdor con torsos humanos; árboles vetustos de carne viva y tersa como la piel de un hombre. Cúpulas de ramas entrelazadas hasta el palacete enmarcado en corredores que no van a ninguna parte. Casa y sitio caben en una leyenda.

Gabriela, dotada de personalidad subyugante, casi feroz: cara ruda, masculina, rostro de judía iluminada, de profetisa trágica, con ojos de sibila de cambiante tono endrino y azufroso brillo diabólico. Aparecía desdeñosa y lo que relataba podría no ser importante, pero de pronto su palabra se volvía monumental cuando poseída de espíritu bíblico se volcaba ardorosa y legendaria en estremecedora letanía de augurios. Entonces sobrecogía su apasionado discurso. Era como si una deidad extraña encarnara en su persona y de su boca saliera la verdad del mundo. Acaso fuese el murmullo cantarino de su voz el que adquiría desproporción milenaria. Emma Godoy afirma que “escribía a golpes de luz”.

Por los salones de Gabriela desfilaron los más peculiares personajes: romería de admiradores de todos los rangos; obispos, políticos, escritores, amigos, turistas y curiosos en mezcla desconcertante. Nombres ilustres vienen a mi encuentro: Alfonso Reyes, Pellicer, Lázaro Cárdenas, Vasconcelos, Torres Bodet, los hermanos Méndez Plancarte, Margarita Michelena, Rosario Castellanos y Emma Godoy en visita constante. Cientos desfilaron.

Todos, sin excepción, eran invitados a su mesa. Invariablemente servían “gallina chilena”. Yo dividía mi admiración entre la deslumbrante mujer y aquel platillo suculento.

Durante mi estancia oí que tal o cual poema de Gabriela aparecería dedicado a alguna personalidad y me dominó el deseo de que la gran

señora me dedicara, por lo menos, una frase que conservaría orgullosa. Formulé mi petición absurda; sin eco. Por ese tiempo yo existía todavía menos que ahora, muy lejos de imaginar que tendría el atrevimiento de publicar mis fantasías. Había escrito calenturientos poemas en los que insistía sobre mis desventuras, como todo pseudopoeta primerizo. Estaba resentida y furiosa porque don Alfonso Méndez Plancarte me había aconsejado enterrar los prodigiosos trabajos diez metros bajo tierra, indicándome —caritativamente— que no sólo carecía de oficio y de autocrítica, sino que estaba dominada por desaforada sensibilidad epidérmica. Debía madurar y transformar mis elementales catarsis en sobria concepción artística. A su acertado juicio debo el único acto atinado de mi vida, que se redujo a no publicar mis horribles poemas.

Inesperadamente Gabriela dijo: “Tienes deseos de que te dedique algo, y veo que te encanta la gallina chilena. Trae papel y lápiz, te voy a dedicar la receta”. De su puño y letra escribió: “Para la vanidosa Lupita Dueñas”, y en seguida la receta. La guardo entre sus poemas como único trofeo.

Joaquín Antonio Peñalosa

Si pudiese describir el agua y decir cómo es el viento o el clamor de las campanas, fácil sería dibujar su imagen y asomarme a su alma de río, a su canto de nube y a su risa de niño. Plasmaría el color de su paisaje y sus ojos de montaña; pero la incapacidad me quema y me separa y sólo conozco su única impaciencia, que es la de dar sin poseer y la de defender a la niñez con el solo baluarte de su altura, con el solo corazón, castillo delicado, con su justa voz que corre clara y que es afán de eternidad en movimiento.

Vive como una higuera este Asís provinciano, con olor a Dios y a pobreza; este heroico empeñado tenazmente en la alegría de convertir su tiempo en dádiva y volver su corazón espiga y canto.

Es el digno soldado de fiesta que obtiene la cruz. Es el descalzo, el sin nada que reparte ternura y paz. Es el jubiloso varón sin reproche que gana la rosa concreta.

Artemio de Valle-Arizpe

Cuando llueve en mi calle de Puebla me entretengo en mirar en el asfalto el reflejo de los árboles. Por eso ahora me molestó el empedrado nunca advertido y que la calle hubiera perdido anchura, y luego la oscuridad. Seguramente no era mi rumbo. Llego a la esquina y veo la indicación, no había placa sino pintado con tizne: Callejón de los Perdones. El miedo comenzó a entrarle a mis zapatos y me salieron espinas en el cuerpo y floté en el océano de mi ropa y no sé si grité… Desacostumbrada a las persecuciones, ya en desuso, no aceptaba que el ahuecado ruido de los escarpines fuera en mi seguimiento.

¡Claro!, no venían tras de mí, iban. Se escondían para guardar un cuerpo no muy alto, no muy robusto, pero sí garboso.

—¡Ey, deténgase!

Salió firme como un clavo y embozado un ovillo; su figura negra se acercó directamente. Temblé, pero la santa educación cristiana me sobrepuso:

—Las personas decentes no andan espiando.

—Si viera usted —tartamudeó—, ya me cansé de inventar y me echarían del siglo XVII si no sigo contando anécdotas.

—¿Pues quién es usted?

Creí haber tocado el halo de su corazón de diablo frío.

—No es del caso que yo le cuente nada, pero en este lugar, justo en el árbol donde usted se apoya, hasta hace un minuto estaba pendiente un cadáver, el de una mujer. Infamia, amiga, eso es lo que se ha cometido. Tengo tanto de vigilar que es imposible que no supiera que era inocente. Envenenamiento. Pero el cónyuge fue el culpable de todo. No vaciló en tomar la fúnebre tisana, con tal de que declararan a doña Eulalia de Alcocer y Guridi reo de brujería. Ella resistió los torvos golpes del alguacil en su puerta, y el requerimiento estuoso del Santo Oficio. Acaban de marcharse. Bueno, un poco más del tiempo que emplea una mujer en ahorcarse. Tal vez haya sido bastante, ¿no lo cree, Usarcé?

La sangre que tronaba en mi cabeza bajó como un bálsamo. Era don Artemio de Valle-Arizpe. No lo hubiera conocido si no pronuncia esa última palabra.

Sí, era él, el único que en 1959 lucía ese artefacto llamado mostacho. El único que supo el complicado ceremonial de las mancerinas, que ponía en su alhajero la condesa de Mancera. Don Artemio, el guardián de los secretos del siglo XVII y de sus historias galantes; el coleccionista incomparable que atesoraba santos de Guatemala, crucifijos y crónicas conventuales; el que poseía lo mejor de Saturnino Herrán, de Gedovius y de tantos más. El dueño de trescientos sesenta y cinco anillos con figuras cinceladas por Benvenuto, destinadas para cada día del año e impropias para las pupilas de las señoritas, por cuya causa las guardaba en su gruta bajo llave como caballero decente. Conoció a los virreyes y estuvo en los convites de la emperatriz Carlota. Catador del chocolate y huésped insigne, usaba chalecos de ámbar y tenía un bastón mágico.

En su retiro, capilla impenetrable, cuya entrada sólo era concedida a los magos y adonde las damas curiosas inútilmente intentaban acercarse, porque, convertidas en sal, no traspasaron el umbral de esos rincones.

Austero y distante, pude verlo por la calle cuando salía a comprar alpiste para una güera que llegó hasta el teatro y que malas lenguas pregonan que no era del todo santa.

Dicen que sus escritos sólo pueden leerse a hurtadillas y que nadie puede excomulgarlo porque ya murieron sus enemigos y los de ahora piensan que su locura pertenece al patrimonio nacional.

Margarita López Portillo

Hija y nieta de conquistadores, Margarita López Portillo también emprende la dominación de sus provincias. Historia familiar, historia particular la deslizan a empresas y fundaciones. Margarita, pozo de alegría, golosa de risa, acepta su papel con entusiasmo; el fondo religioso de su alma confirma que hacer es congregar, y ella suma, multiplica a la gente que la acompaña.

Margarita sueña y ve, escribe y transforma en durables sus emociones, concretas de cal y canto, como la reconstrucción del convento de los jerónimos, obra magna para gloria de la monja infatigable, custodia para la cultura mexicana.

Margarita es así, elemental, apasionada, clarísima.

—Margarita, la calle es agresiva. No salgas.

La niña camina los corredores del Paseo de la Reforma y el león pasa junto a ella protegiéndola.

Otra vez apareció la fantasmal y querida presencia de Juana de Asbaje instándola a la edificación de su memoria. Margarita estableció el celoso pacto de intercambiar, gota a gota, la magia del saber por la fundente perpetuación del amor, de lo bueno y de lo bello.

—Sí, Dr. Avesana, curandero sutil, a ti debo la remisión de mis heridas.

Y Margarita, luminosa, ríe. Ella confía en sus dones: recibir sin esperar, dar sin recibir, aceptar sin rechazar, hacer sin aceptar.

Desde tiempos infrecuentes la rosa se conserva intacta. Bella como el movimiento, domina y reina. Severa como la tierra, integra y destruye, pero nada pasa.

Margarita, contigo perduran los ecos de la fiesta.

Alfonso Reyes

Me dicen que suba. Una voz sale del cráter de un volcán de libros:

—Contemple, ángel mío, todo el ocio, toda la flojera cósmica. Cuánto desocupado hoy escribe un libro para que lo lea Alfonso Reyes. Alguna vez publicaré el juicio que me merecen. Desgraciadamente se tiene que vivir para alentar a los demás, para sacar el grano de la paja y ya ve usted cómo me ha ido: pero, ¡claro!, signo es de los tiempos. Usted no ha de dudar que he leído lo mejor que se ha escrito en cualquier lengua humana, es decir, que conozco los más altos registros de todos los instrumentos; pues luego de esto, llega un totonaca a restregarme los desentonos de su chirimía y, por encima, quiere que me sienta satisfecho de su gracia, y cuando doy un esquinazo, por los propios pleitos de mi alma, a la gresca de fuera, entonces un *quidam* dice que yo no me comprometo.

”Sabe usted, dátil mío, a estos desventurados les sucede lo que a los ateos, muy ateos, que andan mirando a Dios en todas partes.

”Niña, yo no quiero apagar el braserito de nadie, pero ellos se queman en mi lumbre; tal vez suceda esto porque no han conseguido los materiales para armar el libro que anhelan escribir y que bondadosamente desearían encontrar en mi paginario. Yo no tengo la culpa, no es posible contentar a tantos.

”¿Se da usted cuenta, criatura, del esfuerzo que necesito para soportar a esos efebos que me exigen adhesión, guía, consejos y la receta más eficaz?… Y luego, los llenos de resentimiento, los calamitosos, los insignes: la tropa de incomprendidos que tiene sin editar sus obras completas y guarda en cajones obras inmortalizadas por otros. Esta legión forma el terror de las visitas. ¿Acaso sabe usted lo que es ser víctima de entrevistadores bisoños o encanallecidos, que con sus lanzallamas atropellan el derecho de asilo y me someten a su disección y a su insolente psiquiatría? Descarados, enjuician mi conducta, mi bodega, mi parentalia y hasta el color de mis muros.

”Es verdad que he escrito ciento cincuenta obras, pero a nadie obligo a leerlas. Sean comprensivos: necesitaría ojos de Polifemo para abarcar toda esta ignorancia y también para descubrir —porque los hay— a los que algún día serán valiosos. Precisamente por temor de destrozar esa semilla, no arrojo al fuego la cizaña. Me ha tocado ser

paciente y cuidar la cosecha… me rebelo a ratos, mas prosigo. Usted ha venido en uno de los primeros momentos; supongo que escribe. ¿Está segura de su vocación?"

—Algunos han creído que estoy capacitada para ser actriz; otros me piensan capaz de llevar una contabilidad ejemplar —aunque no entiendo de números—; hay quien me aconseja organizar las cañerías o dedicarme a la siembra de gladiola; otros más opinaban que de monja soterrada en un convento. Yo insisto, y me duele pensar que acaso me pierdo en un ocio infame, engañada por calentar un huevo vacío.

—Entonces… ¡escriba, hija mía!, persevere, obstínese, porfíe, trabaje, estudie, luche, fatíguese, entusiásmese, triunfe, fracase, sufra.

La erupción se detuvo, sacudí la lava y las cenizas humeantes y me asomé por la tronera que yo había perforado mientras escuchaba. Tampoco conseguí verlo. El fuego de un volcán se manifiesta por sus resultados: su mano, ¡fe de sabio!, trataba de descorrer mis propios velos.

Yo llevaba mi librito de cuentos, pero el aluvión de aquel hombre me convenció y no aumenté su infortunio.

Justine de Alejandría

> Recorrió mi espíritu todas las cosas para considerar la malicia de los insensatos, y hallé que es más amarga que la muerte la mujer; la cual es un lazo como una serpiente; una red es su corazón y sus manos unos grillos. Quien es grato a Dios huirá de ella, pero el pecador quedará preso,

dice el Eclesiastés, y más adelante:

> No dejes que la mujer tenga dominación sobre tu espíritu para que no se levante contra ti y quedes avergonzado. No pongas los ojos en una mujer que quiere a muchos, no sea que caigas en su lazo. No frecuentes el trato con la bailarina, ni la escuches, si no quieres perecer a la fuerza de su encanto. No pongas tus ojos en la doncella para que su belleza no sea ocasión de tu ruina. De ningún modo des entrada en tu alma a las meretrices para que no te pierdas tú y tu patrimonio. No andes derramando tu vista por las calles de la ciudad, ni vagando de plaza en plaza. Aparta tus ojos de la mujer lujosamente ataviada, y no mires apasionado una hermosura ajena. Por la hermosura de la mujer, muchos se han perdido y por ellas se enciende cual fuego la concupiscencia. Cualquier mujer pública es pisoteada en el camino como estiércol. Muchos, embelesados de la belleza de la mujer ajena, se hicieron réprobos, porque su conversación quema como el fuego. No te arrimes a ella, no sea que tu corazón la prefiera y a costa de tu vida caigas en la perdición.

Los hombres que amaron a Justine ignoraron estos sabios consejos, desoyeron las amargas advertencias bíblicas y, a la manera de Ulises, atraídos por el canto de la sirena, naufragaron en sus brazos, encontraron la desesperación o la muerte.

Ella es la joven misteriosa que aprovecha su fascinación para seducir a los hombres y servirse de ellos para sus fines. Justine, la deseada, la perversa, la ninfa constante y ávida, la devoradora insaciable: a veces apasionada y tierna, a veces fría, cruel, impenetrable, pasea su desolación por los sórdidos tugurios de

Alejandría, en donde viejas matronas de aquelarre atesoran crímenes, vendiendo a mercaderes seniles y lujuriosos tiernas pequeñuelas que secuestran para que los violadores las prostituyan. ¡Gran Dios! No bastarían millares de ruedas de molino para ahogarlos en el mar. Niñas de cinco años, sabias en fornicar, deformadas por el estupro y el delito.

Justine tiembla, palidece. Perdió a su hijita idolatrada y la busca sin esperanza. Conoce los vericuetos que conducen a los nidos de vicios innombrables. Ella es quien nos muestra el mundo corrompido, Sodoma de nuestros días. Todo es una costra purulenta: el dipsómano, el anormal, el incestuoso, el marica, el ladrón, el traidor y sin honra. Los poderosos que truecan por riquezas la salvación de un pueblo.

Cuando ella conoce al poeta, sabe que será su víctima y que es ella quien va a destruirlo, ella quien lo exprimirá hasta convertirlo en una cáscara. El poeta verá con claridad la dimensión del infierno y para salvarse tendrá que huir. Se marchará maldiciendo y amando con todo el odio de su corazón a Justine, la deseada, la pecadora eterna.

Fausto Vega

Ácido, corrosivo, como esos frutos de la sierra que sólo conocen los caminantes, Fausto Vega esgrime su torrente verbal con audaz señorío. Polemista y caballero, espadachín de la palabra, devuelve la estocada que resuena en su yelmo y con ágil ironía doblega el acoso para reír amigo y simpatizar con el atribulado que no enarbola lanza discreta.

Así comienza el encuentro con él; después, sobrevienen la bondad y la alegría y aflora, a contramarcha, el pudor de ser bueno.

Él tiene algo de los juglares que nunca escribieron sus cantos, pero que forman el mester más vigoroso del habla. Su voz, como la de aquéllos, resuena, se multiplica, hace corriente de agua caudalosa, vivificante. Quizá su juicio crítico sea uno de los más acertados de los que ahora cuenta, porque se apoya en su inteligencia y en una fina percepción honesta.

Difunde ideas, desperdicia ensayos y con orgulloso desdén de creador nato nada se le da de los aplausos que corrompen. Ahíto de leer y adentrado en la brega filosófica y en la lidia de los cultos, renuncia a tener hijos temeroso de juzgarlos cojos o tuertos, y al no poder amarlos, a la manera de Zeus, los sacrifica.

Sabe como ninguno señalar lo negro de todas las cosas, por insoportable afán de asepsia que deviene en su austeridad cartesiana, su anhelo de perfección y la elegancia aguda de su espíritu.

Doy fe de que su genio existe y de ello dejo constancia para la eternidad.

Antes del silencio

Las escaleras

Entonces me di cuenta de que el mundo está abrumado de escaleras. Escalinatas por todo el universo; gradería sin fin surge de catacumbas, minas, abismos y asciende implacable. El metro, el aeropuerto, edificios, torres, oficinas, cines y teatros hay que escalarlos. Ni una ciudad en que no haya que subir y bajar. Difícilmente encontramos doscientos metros planos. El porcentaje de jubilados que mueren sin cobrar se debe a esta circunstancia. El orbe está todo de rampas construido con enorme malicia. Sardineles premeditados, resbalosos quicios, escarpaduras salvajes. La trampa no se descubre hasta que la mujer no se retira del espejo y el hombre de la lucha. Quien persiste se descalabra. Al mal contribuye la prisa de los jóvenes y la ceguera pertinaz de cataratas innobles con densidad ahulada. El advertirlo convierte la existencia en un martirio. Sí, la tierra está cubierta de escalones; avenidas con desniveles que desembocan al precipicio, calzadas sinuosas, falsos jardines pedregosos, traicioneras superficies que acechan el descuido de los ancianos, tropiezos para arruinar su estabilidad endeble. Todo senil debe romperse el cuello, el fémur o al menos el tobillo. El noventa por ciento está descuadrilado. ¿Qué importancia tienen los castillos, los museos o la Torre de Pisa, los desmesurados cantiles de Egipto, los tres mil escaños de la Torre Eiffel, los cien pisos del Empire State, la laberíntica galería de Froy, si aún la escala de Jacob resulta impertinente? Chichén Itzá y anexos ¿qué son? La civilización ofrece al decrépito una vida miserable. ¿A quién le interesan las gradas para subir al cielo? Para el viejo es jugar a la ruleta rusa. Piso… no paso… Mejor será descubrir el juego: lancémoslos a profundos pozos sin peldaños de regreso. Coloquémoslos en empinadas cumbres donde las águilas alcanzan. Tal vez algún buitre los capture como a corderos y los pasee por astros de placidez benigna. El cielo tiene que ser plano: dilatados valles, campos infinitos, praderas musicales alfombradas de nubes, suavísimos cirros para pies sin camino, para pasos astrales. Qué consuelo reposar en estrellas de blandura tibia, qué placidez posarse en el plumaje de algún arcángel; huir entre luceros, cabalgar asteroides luminosos, penetrar en la fugacidad de los cometas… descubrir la ruta del fuego de San Telmo y embriagarnos de luz zodiacal…

Emularemos el vuelo de los querubines que no tienen plantas; se deslizan raudos con el puro cuello, sus alas prodigiosas ignoran la miseria de un corazón que falla, la ausencia de cuerpo les inyecta ligereza meteórica. Son únicamente inteligencia. Tal vez ellos puedan llevarme hasta el Trono del Altísimo, porque yo no subo una escalera más.

El ángel guardián

Desde niña supe que cada quien tiene su ángel guardián, un ángel bajo cuya custodia transcurre la existencia. Sí, no sonría, yo lo vi junto a mi cuna; luego en sueños y en numerosas ocasiones percibí el roce de sus alas. Una vez lo miré de espaldas: se alejaba, aunque un ser celeste creado para mi exclusivo servicio no deserta. A veces era un adolescente dorado como retablo de iglesia, a veces una sensación, una huella de musgo, un eco. Afirmo que cuando estaba cerca la oscuridad perdía sentido y el miedo era un recuerdo vago. Después se diluyó en el tiempo…

Ayer apareció de nuevo, cuando ya no creo en su espejismo ni guardo memoria de costumbres infantiles: hacer todas las noches un lugar en la almohada para que nos acompañe en el sueño e invocar su protección con el rezo invariable de todas las madres: “Ángel santo de mi guarda, dulce compañía, no me desampares ni de noche ni de día”, estribillo que he repetido a lo largo de la vida sin atender al significado.

Lo he visto de nuevo, tan real como en las primicias, cuando el final parecía tan remoto. El mismo rostro, la misma actitud, aunque ahora tiene un no sé qué: apenas si distingo su plumaje, fulgor y sombra amasada con tinieblas. Quizá está al alcance de mi brazo, quizá podría acariciarlo como a un cenzontle pequeño; me gustaría tocar su corazón y secar mi última lágrima en su vellón luminiscente, pero no me atrevo a intentarlo. Dejo que flote como esas nubes de agosto que de ser tan azules se vuelven violeta y se van disgregando en un fluido tan pálido como el del propio viento. Ya no sé si es verdad que hubo un día en que huyó de mis lamentos. ¡Ay, mis quejas de Job sin el dique de sus alas! ¿Dónde estaría cuando la soledad creció como un tornado en un mundo donde todo era hermoso salvo el amor? ¡El amor no, eso no! Para mí fue lejanía de infinitos años luz. Él tuvo que saberlo porque si era mi guardián me vio aullar como los lobos, correr de un lado a otro en pos de la demencia. Conoce todos mis fantasmas, con sus dedos impalpables tocó mis cicatrices. Esconde en sus alforjas innombrables locuras, proyectos desquiciados, míseros jirones de páginas absurdas. En el principio de un alba esplendorosa, delicia de árboles, de mar, de fruta. Luego paisaje de arena, de viento

enloquecido. Tras el delirio el canto fúnebre. Por cada sueño un estrago, un *requiem* por la aurora, un responso por el agua.

Mensajero de Dios, nunca fuiste como el ángel de mi escuela que libra a una niña de lanzarse al abismo: sus caireles de seda como mariposas doradas acariciaban la roca. Tampoco eres como la estampa del libro. Ahí apareces en el preciso instante en que la serpiente desflecha su veneno. En otra lámina estás en la vereda por donde avanza un joven rubio, y tú lo apartas de una mozuela de ojos ardientes… ¡Excelso ángel mío!, los anhelos de fundirme con el que permanece y dura eternamente se congelaron en tu peregrinar trashumante. No hubo reclamo ni señal de fuego: sólo un lazo me detuvo en la estrepitosa caída, sello recóndito del Elegido, segundo Adán, que me redime y que tú conoces.

Espíritu Celeste, ¿qué hacías cuando caminaba cegada bajo una lluvia de clavos? En horas de sed no escuché tu rumor ni vi la sombra de tu salterio cuando el oleaje obstruía la senda. Estuve sola en la cerrazón, sola en el devenir incierto, minutero insaciable escanciado hasta el fin. Soy nada, sombra que se va y no regresa… Fiel Guardián, ¿en qué rincón de mi infancia te perdí? ¿Por dónde huyó tu halo venturoso? Hoy que toco la eternidad, hoy que marcho irremisiblemente te veo al final de la otra orilla. Ángel de la guarda, ¡acompáñame!

Los huérfanos

—¡Me ha golpeado como a una bestia! ¡No lo perdonaré jamás!

—Yo tampoco —dijo el menor secándose las lágrimas con el puño de la camisa.

—¡Lo odio! —exclamó su hermano, escupiendo la sangre de los labios.

—Yo ya no lo quiero —aseguró el pequeño entre sollozos y agregó —: ¡Qué lástima que sea nuestro papá! Además, yo no hice nada, tú, tú metiste el pie para que cayera la tía Laura y la pobre se fue de cabeza contra el sillón.

—¿Sabes lo que me gustaría hacer? —dijo el más grande sin atender a las acusaciones.

—¿Qué?

—Ordenar que los tigres de la selva pintada en nuestro cuarto saltaran y se los comieran como en el cuento de Bradbury.

—¿También a mamá?

—A los dos.

La respuesta fue como bocanada de hielo. El pequeño meditaba en la oscuridad. Tras un corto silencio la voz del otro amplió la descripción:

—¿Te imaginas? Los árboles se empezarían a mover, despertarían los leones y las arañas —y con expresión de triunfo—, ¡no habría salvación!

El chico sorbió con estruendo sin hacer comentarios. Reflexionaba. La pausa fue tan larga que parecía se los hubiese tragado la tierra.

El primogénito habló con vibrante tono de rencor:

—Les voy a meter en las sábanas una tarántula venenosa.

—¿De dónde vas a sacarla? —interrogó el menor incrédulo.

—Puedo conseguirla.

La afirmación fue tan rotunda que no dejó lugar a dudas.

—¿Cómo?

—En el bazar de animales hay un hombre que vende una enorme.

—Debe costar mucho.

—Voy a romper mi alcancía —dijo con decisión el mayor.

Ahora los dos guardaron empecinado silencio.

Durante días y días visitaron la tienda de reptiles, repleta siempre de colegiales que solicitaban “mascotas”: culebras de colores, lagartijas, ciempiés para mutilarles las patas, alacranes para cortarles el aguijón y ver su reacción encolerizada, cuando ya no tienen defensa. En el bazar vendían toda clase de bestezuelas, desde inocentes caballitos de mar y azules mariposas hasta mortales coralillos y sierpes del Iguazú que permanecían enrolladas como papel engomado, pero que podían saltar y ponerse erguidas con velocidad de látigo. El traficante aumentó el precio de la tarántula, a sabiendas de que los chicos habían roto su alcancía para reunir el costo que en un principio marcó el especulador.

Con ansiedad lúdicra visitaban la tienda para estremecerse de horror ante el arácnido abominable que subía de valor cual libra esterlina. Cuando finalmente consiguieron el total, el comerciante les entregó al asesino dentro de graciosa jaula, mejor adecuada para un bello pájaro. El vendedor tocó el casco velludo demostrando que la bestia estaba viva. Con lentitud se elevó sobre las zancas velludas; por el hocico y los lados aparecieron tentáculos de diversos tamaños como si abrigara a millones de arácnidos. El comerciante hizo hincapié sobre el peligro que corrían si la baba tocaba su piel o si eran escupidos por el monstruo, que manifestaba su ira de esa manera. Encerrados en el cuarto de baño, contemplaron a sus anchas el reflejo siniestro de los ojos sin párpados, sobrepuestos, como botones de uniforme. El brillo enceguecedor del caparazón que guardaba tanta muerte y las patas acurrucadas por el momento hacían que la respiración de ambos fuera anhelante. Una emoción enloquecedora los transportaba a un goce infame, jamás sentido. El pequeño a duras penas contenía el llanto, el otro desviaba las gotas de sudor que hervían sobre su frente. Los relámpagos de sus ojos lo asemejaban al arácnido y lo cubrían de verdor como si estuviese hecho de neón. El quejido inesperado lanzado por la bestia era un débil piar que se podía confundir con el de un polluelo; el terror los hizo estrellarse contra la puerta, en el afán de huir. Procedieron a esconder la jaula.

El pequeño imaginó el momento en que su hermano entraría a la alcoba de sus padres, vio cómo sacaba la tarántula lista para saltar sobre el cuello de su madre, vio también cómo sólo pudo colocarla bajo las almohadas. En la sombra creyó distinguir las pupilas de la alimaña y el hocico sanguinolento. No lo resistiría, su corazón iba a estallar.

—¿Si se muere mamá? —preguntó con angustia.

No hubo respuesta.

—Mamá nos pega poco —insistió.

—Porque nunca está en casa —gritó su hermano exasperado.

—¿Entonces?

—He dicho que los dos.

Callaron. Ningún movimiento, ningún susurro. Parecían no existir. Hundidos en la opacidad, sus pensamientos se agitaron como una marejada de murciélagos. La voz del menor emergió del fondo de un túnel.

—¡Y si los dos mueren!

—¡Mejor! —exclamó con dureza el hermano.

El chico abrió los brazos en la sombra, como si pidiese auxilio. Interrogó con timidez:

—¿Y si nos recoge la tía Laura?

—A esa vieja loca me la despacho también, no te preocupes.

—Pero… ¿Qué haremos solos?

—Gastarnos el dinero de papá.

El niño tosió nerviosamente, mientras el otro decía:

—¿No sabes que es muy rico?

—No, no lo sabía —se disculpó sin aliento.

—¡Pues entérate!

Dos semanas después la tía Laura llegó enlutada y compungida a la escuela:

—Ha sucedido una desgracia, amadísimos niños míos —la mujer lloraba inconteniblemente—. Papá y mamá se han ido al cielo.

Tuvo que recargarse en el muro, porque el dolor la hacía tambalearse.

—Ahora vivirán conmigo —conmovida estrechó contra su cuerpo el rostro de las criaturas—. Ya están en casa todas sus pertenencias. Además, les tengo juguetes y golosinas. Los voy a querer con toda el alma.

El mayor vio de reojo el tobillo vendado de la mujer que se había herido por su causa.

—Serán para mí los hijos que nunca tuve —balbuceó doña Laura.

El menor desfallecía, hilos de sudor lo congelaban. Tiritando se acercó a su hermano.

—¿Y ahora qué hacemos?

—¿De qué te apuras? —le respondió con frialdad y tomándolo de la mano lo arrastró por la escalera que ya subía doña Laura.

Todos los sábados

Me visitan todos los sábados, llegan con exactitud a las seis de la tarde, sus trajes ostentosos huelen a mirto y azúcar quemada, sus rostros radiantes reflejan idéntico desdén, similar indiferencia. La centelleante dureza de sus ojos se distorsiona en el espejo. Gemelas en la distancia, inerme voy a calibrar cuál de las dos me quiere menos, pues si la una se muestra hostil la otra me hiere con su desprecio. La una, ojos atigrados, melena lacia; la otra, delgadez de sílfide, piel dorada; ambas, estrellas enemigas, ángeles sin alas. Descargan preguntas, interrogaciones a las que ellas mismas contestan. Vanamente interrumpo el parloteo vertiginoso. No hay oportunidad para mi voz. Intuyo a veces que se refieren a mí, mas cambian de idioma: ejecutan otro canto, deambulan por una armonía que quiebra el silencio y que yo no distingo. Me ensordece el esfuerzo y los murmullos no penetran en mi agonía. Estoy segura de que el tema disfraza proyectos extravagantes y vaticina locuras. Con prisa que exaspera van de un asunto a otro, se mueven inestables en un delirio de golondrinas que me arrastra en su vértigo.

¡Si descubriera el instante en que se derrumbó el hilo amoroso que nos sostenía, si adivinara el minuto en que cesó el encantamiento! Un cruel demonio fustigó el rechazo de lo que fue primicia de dulzura. ¿Quién predijo las pulsaciones adversas de sus arterias? Apenas ayer requerían mis manos como un amuleto para el sueño. Permanecían alucinadas con mis relatos, sin separarse de mis cabellos: historias mágicas, reguero de campanillas precedía al príncipe que llegaba con la niña huérfana. ¿En qué momento se partió en añicos el cristal de su ternura? ¿Quién envenenó su risa y trocó el rocío en vendaval y cierzo? ¿Cuál fue el motivo de la inmensa pena que nos envuelve como una ola?

Yo estoy inmóvil en mi silla de ruedas, bajo esta lluvia de escalofrío; apenas si contengo mi temblor con estas llagas que no cicatrizan porque las dos, al despedirse, me arrancan las puntadas para que las heridas no cierren nunca, y lo hacen cada sábado. Ayer entraron al cuarto discutiendo sobre negocios que ignoro. Se insultaron en voz alta y gimieron a coro en una congoja que partía el alma. ¡Oh Dios!

Ni por un momento repararon en mi persona, ni advirtieron mi desconcierto. Me dejaron con la mano tendida, en tanto iban y venían arrebatándose las pulseras y los zarcillos de luminosos quilates. Chispas brillantes saltaron sobre mi rostro y los rubíes quedaron sobre la almohada. Gritos, palabrería que se estrella contra el resquicio. Al salir se precipitaron en tumulto de frases secretas. Con el beso de adiós me arrancan, como siempre, las suturas, que ahora sangran en abundancia.

Ha sido inútil que ordene a los criados afianzar la reja y correr el cerrojo. He pedido que pongan los pasadores de mi recámara y cierren por dentro y por fuera todas las entradas, y con doble llave la biblioteca, donde guardo recuerdos de cuando era niña. Mandé sellar las ventanas de vidrios herméticos: pusieron candados en las cerraduras. Cuando el mayordomo y las doncellas me ven llorando se miran acongojados y se alejan sin protegerme. Murmuran que nadie viene, que no me visitan, que nadie inquiere por mi existencia, que mis dos hijas no han regresado desde el día en que huyeron con sus amantes, y que hasta el mismo párroco eleva plegarias por mi eterno descanso, todos los sábados.

Protesta

De nada sirvió tener lámpara encendida, ni multiplicar las horas del insomnio; hollar el huerto florido y dejarlo en soledad, a cambio de extenderme como un manto y poner la propia espalda contra el viento. Me equivoqué de corazón y de rumbo. No era el alma ni el espacio que me pertenecía. Desvariaba. Imaginé llegar al cauce del milagro y sólo supe bogar en un planeta oscuro donde abril había perdido el aura; un abril sin resplandor, errabundo y descolorido. Nunca adiviné que para nadie era distinta, para ninguno impar, y que no figuraría en el recuerdo. Empeñada en dádivas y signos que a pesar de ser de amor agobian y tiñen de cansancio, anduve errante cuando todo estaba quieto y quedé fija al empezar el movimiento. Me repartí en jirones, agoté el instantero de los días, demoledor de quimeras. Afanosa y desmesurada regalé el plato de Esaú, cedí la miel y el aire tibio, los gajos de azahar, las conchas de topacio. A cambio, tuve el simún y la leche amarga, descubrí el color de la ausencia y la lista interminable de los nombres del frío. Quise tocar campanas y tambores, desgranar canciones, donar torrentes prodigiosos, pero estaba instalada en lo desértico. Todo lo que amé permanecía en la zona del silencio, en ese perverso triángulo del mundo donde el sosiego estalla y los gritos se vuelven gestos de locura; mas para qué decir, si los bienamados levantan muros de granizo y cerraduras de concreto. El capullo de la risa, las banderas de esperanza estaban ahí, ahí estaba el testimonio jubiloso de un jardín promisorio y estaba también el tañido de las horas mansas. Caricias y copos de luna que no fraguaron. Una mañana esperé que el arco iris se deshiciera para ofrendarlo en galardón, mas por inexplicable sino se hizo hielo entre mis párpados. Recogí joyas secretas, nubes engarzadas en el éter y palabras para el sueño, pero todo me fue hostil. El paraje era acidez y lejanía. Distante la sonrisa y el caudal del canto. No sólo las hojas inocentes se volvieron cuchillos, los cipreses izaron sus espadas y hasta el abedul y la hierbabuena fueron enemigos. Si cortaba tallos azules o tulipanes bermejos, en las manos se hacían sarmientos. Por maldición o por destino se me fue en caminar errado: donde había una fuente encontraba cactus, en campos de trébol hallaba serpientes. Amasé volutas de armiño, tejí guirnaldas de pájaros y nadie me vio

pasar. Ni en el valle ni en el bosque se oyeron mis pisadas. Las montañas aseguran no haberme visto; la selva lo puede jurar. Y los cardos, que no mienten, lo repiten. El universo gira entre velos de espesura y mi estrella es espejismo con absurdos relámpagos coléricos. No, no creo ser culpable. Tal vez vine mucho antes o llegué siglos después, cuando todo lo que toco ya dejó de ser y sólo existió en los primeros siete días, un poco antes de que nos expulsaran del Edén. Debe de ser así, pues no es posible que nadie sepa que estuve en este mar, que fui río, piedra sedienta, cordillera en vigilia. Estuve aquí sin arpegios y sin loas, con ropaje de sal y una plegaria inconclusa. En son de protesta dejo al fin caer mis brazos.

Enemistad

No tengo afición a los animales, no me gustan ni perros ni gatos. La gente juzga esta aversión como síntoma de dureza de alma. El que no ama a los animales no ama a sus semejantes, opina el vulgo, sin recordar que muchos de estos tiernos le niegan pan a un indigente y martirizan a sus hijos. Diré, en mi descargo, que atribuyo el desamor a que de niña no me permitieron poseer criatura alguna; ni siquiera pájaros, ranas o chuparrosas que hubieran sido mi encanto. Jamás amigas o compañeros, vecinos o extraños. Era importante no aficionarse a mundanidades. Nunca tuve muñecas. Me inculcaron horror a esos remedos humanos de monas lujosas que pueden llorar y que cuando está oscuro son capaces de gritar mi nombre poseídas por Satanás —aseguraba la abuela—. Intenté tener un perrito y mi empeño desató la tragedia. Castigos, prohibiciones y toda clase de represalias para impedir mi afecto, que culminó en drama inolvidable. Oculté al animal en la azotea, pero se lanzó por el escape de humo y fue a caer en el fogón donde hervía agua. El desdichado fin del perrito marcó de remordimiento mi vida. Cuando me lo mostraron a medio cocer sufrí un desmayo. No comí en semanas y aún no logro perdonarme.

Pero lo que ahora me ocupa es un gato, un simple bicho uno por ciento persa y el resto de arrabal. Lo encontró mi sobrina y ha sido inmensa su congoja al suponer que no lo admitiría. He terminado por ceder ante el recuerdo de aquel lejanísimo y fallido empeño por amparar un can huérfano, encanijado y sucio. Tere lo baña con *shampoo* y lo somete al martirio de la secadora de pelo. El minino queda bellísimo: la piel brillante, espumosa como borla de armiño; pero este aspecto le dura contados minutos. En seguida recupera los genes ancestrales y se torna amarillo, lacio, detestable. Sabemos que el olor a gato es repulsivo, pero el pellejo de éste huele a sudario. Mas la gravedad consiste en que adivina que no me gusta. Su inteligencia pregatal advierte que lo tolero sólo por mi sobrina y responde con antipatía alarmante. Imposible conquistarlo con dádivas de pechuga y bocadillos de nata. No prueba un átomo si viene de mis manos. Su hostilidad es tal, que si intento acariciarlo enseña las fauces, lo que causa hilaridad a toda la familia. El miedo se apodera de mí y el

espanto que me produce su cercanía va en aumento. Tiemblo cuando lo dejan en mi pieza. Al quedarnos solos, cambia su actitud, brinca de un lugar a otro poseído de exaltación, rompe bibelots, perfumes, polveras que he conservado por años. Descubrió las perlas guardadas en el alhajero y, con agilidad feroz, las ha ido desmembrando una a una; las corretea hasta el patio y por la coladera las impulsa con toda maldad. Al edredón lo ha destrozado con furia hasta lograr que escape por la ventana el polvillo alado en que convirtió el plumaje. Cierro la alcoba y soporto que se azote contra la puerta. Si aparece mi sobrina, se vuelve apacible y va de un lado a otro con mansedumbre de paloma. Le consideran genio y mi temor crece. Acabo de enterarme de que el grado de percepción de los gatos supera al del hombre. Nada les es secreto, adivinan los pensamientos y las menores intenciones con clarividencia extrasensorial. El ciclo de vida que los favorece es de setenta veces siete, como el perdón bíblico. La infidelidad de los gatos es proverbial y famosa su ingratitud. En numerosas ocasiones devoran a sus amas y se cuentan anécdotas estremecedoras acerca de sus impulsos vengativos.

Allan Poe martiriza y deja tuerto a su amado gato, otros autores los emparedan, los ahogan o los estrangulan con finas cintas de seda. La gente se escandaliza, pero sólo la experiencia demuestra lo atinado de estos actos. Después de todo es evidente su eternidad. Sus diversos orígenes los uniforman como carnívoros, tigres que terminarán huyendo al África: el gato cerval, el gato montés, el gato clavo, el gato micifuz, el gato de Algalia y el despiadado gato pampeano cuya ponzoña supera a la cobra. ¿Y qué decir de los siameses, gemelos unidos por el tórax? Al separarse quedan divididos. El alma se marcha a Siam. Con falsos arrumacos permanecen con sus víctimas mientras logran regresar al Asia. No hablemos de los gatos egipcios que dormían con los faraones para beberles el “aura” y aumentar sus poderes eróticos. ¿Qué decir de los de la India, oriundos del Ganges, educados en el Tíbet? Cuidan sigilosamente los templos, listos a despedazar a los infieles que no sacrifican a la diosa Cali. A estos réprobos no se les aplica el exorcismo.

Sabemos que llegó Cleopatra con trescientos gatos a Roma. Ejemplares enigmáticos testigos de los amoríos entre ella y Marco Antonio. La ciudad se pobló de felinos. Actualmente existe una plazoleta donde se multiplican y libremente maúllan. Son alimentados por ancianos que les procuran suculentas migas. Este sitio ha sido destinado por las leyes para que vivan como en su hogar propio, y hay sentencias y castigos para quienes los lastimen.

Los gatos de Oriente, sabios en artes de brujería, son bestias encantadas que cambian a su antojo de sexo. Su metamorfosis es tan amplia que pueden ser sapos, lagartos, jabalíes, y si lo desean

princesas o samuráis. Los hay que son héroes sin que nadie note su extravío. Sus pieles derriten el hielo de las mañanas pálidas. Ejecutan danzas voluptuosas que no iguala el hombre y se fecundan en exaltadas embriagueces. Transitan por regiones extrañas sembradas de abismos y permanecen en su hechicero linaje cruel y mortífero.

Los tigres de Bengala señalan con exactitud a su víctima entre la manada de cebras que huyen en pleno bosque, pero el gato de Tere disimula que soy yo la presa. Sus saltos diabólicos van dirigidos contra mi cuello. No tengo un instante de bienestar, amenazada por la abominable visita de este engendro.

No deseo aparecer como un ser irracional bajo obsesión persecutoria. Reconozco que mis nervios están alterados. Evito discusiones sobre este aborto que me produce escalofrío, un escalofrío febril. Algo va a sucederme. Algo terrible. He visto médicos y sólo recetan calmantes. Caigo en sueño angustioso lleno de presagios.

No resisto más. He decidido desaparecer al gato. Los de casa asistirán a una cena. Aprovecharé la ausencia, meteré a la fiera en un costal y la dejaré en un barrio distante.

¡Maldito viaje! Van a dar las ocho. Una verdadera proeza meterlo en el saco. Recibí arañazos y mordiscos; durante el trayecto maulló rabioso. Los automovilistas observaban intrigados mi vehículo. Tuve que esperar a que se calmaran mis latidos. El indómito rugía estentóreo. Lo saqué a rastras de la cajuela y huyó vertiginoso sin lograr instalarlo en la magnífica residencia que escogí como su hogar. Apenas regresé a tiempo de refugiarme en mi cuarto y curar las heridas sangrantes que me causó. La familia no descubrirá el drama vivido.

Para mi sorpresa, el animal reapareció en brazos de mi sobrina, perfumado y querido por todos. La ira me ha postrado en cama. Mi espanto está justificado. A ustedes se los puedo decir: el felino se lanzó sobre mi cuello y a duras penas conseguí apartarlo, ayudada por los criados que acudieron a mis gritos. Mostré las cicatrices y les hizo mucha gracia la osadía del “gatito”. Piensan que exagero y que esta embestida no significa nada. He llorado en silencio. Mis quejas resultan pueriles. Pero el verdugo acecha. Cuando los que lo adoran no están, clava en mis ojos sus pupilas oblicuas; lanza hacia atrás el resorte de su pecho, y se apresta a saltar sobre mi cara. El sudor me ciega; una lluvia helada me humedece y tirito como epiléptica.

Su dominio me humilla y me acobarda. Ya no sé si tengo razón o es parte de mi desvarío el no protestar. Después de todo yo soy la dueña de la casa. ¿Será tan profundo el remordimiento, tan grave la culpa que arrastro desde niña?

He caído en una postración que empieza a preocupar a los demás. Han decidido llevárselo a una parienta. Tere se ha puesto triste y

ahora es ella la que no come ni duerme por esta ausencia.

El gato ha vuelto sigiloso, esquivo. Su rencor es evidente. No entra a mi pieza. Vigila artero y protervo. Si leo no puedo concentrarme, las frases no tienen sentido. Si bordo, si hablo por teléfono, si doy órdenes, si recibo visitas, parece tomar nota de todo. Sé que mientras duermo a base de somníferos, él no se aparta de la entrada; lanza suspiros lacerantes hasta conseguir despertarme, y lo hace intencionadamente. Me gustaría envenenarlo, pero ¿cómo agregar a un crimen otro crimen? Presiento que tiene un plan infame pero nadie lo quiere creer. Informar a la policía causaría burlas. Por las noches su iris de neón atraviesa la oscuridad y me vuelvo transparente como una bujía.

Hoy domingo iré a una casa de campo que está en la montaña. Tendré diez días de paz. Quizá pueda reponerme, recuperar mi normalidad superando este ofuscamiento. Regresaré a tomar de nuevo las riendas de mi casa.

¡Qué felicidad! Los primeros días volví a ser yo. Se me llenó de vida el corazón. Respiré este aire de soledad que se extiende como un listón glorioso empapado en azules. Este color de atardecer sólo lo he vivido frente al mar. Los cerros bermejos lanzan fulgores de arcilla que enceguecen. Se goza una inmensidad oceánica infinita… pero ¡ay! cuando se metió el sol, en esta exacta hora, la silueta del maldito abarcó la cordillera de punta a punta. La lejanía no impidió distinguir el relámpago verdoso de sus cuencas.

De improviso erizó el pelo y cubrió de ceniza la tarde. No existe salvación entre el firmamento y yo. Juro que no se trata de alucinación. En la madrugada su caminar de terciopelo se reflejó en el emplomado. Arrastraba el vientre sobre el techo de cristal que cubre el invernadero; su panza jaspeada tenía algo de las serpientes. Luego trepó a la azotea, pero él no caería por el tubo de la chimenea directo al agua hirviendo como la pesadilla de mi infancia. Caminó por la barda con agilidad malabarista. Ejecutó piruetas de osadía desmesurada. Yo iba como minutero siguiendo sus saltos. Se lanzó a la alberca y la atravesó de crol, igual al experto que gana premios en la Olimpiada.

Con velocidad apocalíptica dio volteretas en el aire y desapareció por el paisaje arbolado, por el camino de sombras. Se elevan los fantasmas de verdes brazos, el abedul y las adelfas floridas. Zigzagueante entre espinos y brezos lo vi agazaparse en los bambúes de tallo azucarado; desgarró las entrañas y bebió la frescura, líquido maná de caminantes. Después ya no pude seguir sus huellas. Brillaron sus pupilas de topacio y lo perdí en la distancia.

He regresado con un sobresalto. Extenuada, muerta. Me lastima el aire. Quiero dormir, dormir, y no seguir prisionera de este espectro.

Ha tomado la costumbre de desaparecer. A la menor contrariedad huye por los tejados, sumiendo a la familia en luto. ¡Pero regresa! Invariablemente regresa para recibir el gozo que su retorno produce. Mi sobrina incrementa sin descanso la colección gatuna que desde hace meses la ocupa, consigue amuletos de porcelana, de cristal, de terracota, alabastro, madera, pasta, ónix. De todos los materiales del universo, hasta de seda y de migajón. Las figuras invaden el pasillo y amenazan con tapizar la biblioteca y el salón. Máscaras felinas de todos los países de la tierra prometen sepultarnos.

¡Oh, Dios! Dime que te encontraré al final de este suplicio. Tú conoces las fuerzas oscuras que trastornan al hombre. No dejes que me invada la locura, porque ahora el gato copia mis movimientos. Me remeda todo el día; si toco mis mejillas, él lo hace en seguida; si paso mi lengua por los labios resecos, lo reproduce; si me froto el cuello, lo imita a la perfección; hasta cuando me ataca un acceso de tos y cuando estornudo, lo repite igual. A veces se adelanta y bosteza antes que yo. ¡Dios Bendito, el espejo me presenta con un aire agatunado que me espanta! Quisiera pedir auxilio. La tentación de maullar me acosa. Sin quererlo pronuncio “miau”. Ayer quedé sin fuerzas en el afán de seguir sus muecas. Sé que no igualaré su delicadeza, su finura. Tiene más de humano que yo. Sus actitudes, su decencia, hacen evidentes mis grotescas contorsiones. Algo espantoso se avecina. He visto cómo caen los canarios en sus fauces, atraídos irremisiblemente por su mirada glauca. Magnetismo que paraliza y obliga a los pajarillos a doblegarse a la muerte con abnegación incomprensible. Sí, me aterran las pupilas paralelas que no disimulan su malquerencia. Se mueve en dimensiones extrañas que ningún estudio discierne. Me agoto por instantes. Quizá sufro una venganza por el fallecimiento del perrito. Observo los rincones más oscuros y veo docenas de gatos ahorcados; cuelgan de ganchos en racimos sangrientos, con las piernas flojas arrastrando por el suelo. Hasta la médula de los huesos me traspasa el miedo. Ya no soporto el maligno fulgor de sus ojos atigrados. ¿Saben que retuerce la cola que lleva en la punta una flecha de ónix para atravesarme?

Hoy mi lucidez es perfecta. He decidido encerrarme en el cuarto. No quiero ver familia, ni visitas ni a nadie. Es inútil que me llamen, que me rueguen y supliquen, no responderé.

Juran que el animal ya no existe, pero su presencia sobrenatural está aquí. Su vaho me azota el rostro, su llanto quejumbroso semeja al de las mujeres en parto: agudo, doloroso, enervante. Oigo su respiración, su bufido asmático.

Anoche derribaron la puerta, fallecía de sed. Rodean mi cama sollozantes, pero es demasiado tarde, me siento por segundos menos carnal, menos terrestre, anhelo la quietud. Me voy, para que el

monstruo duerma en mi cama, destruya mis libros, desgrane mis collares y puedan acariciarlo los que decían ¡que tanto me amaban!

La fuga

Abraham Coby se lavó las manos en el río, sacudió su camisa y echó a andar rumbo al granero. Sabía que Anabel ahora sí lo querría. Nunca es vano el esfuerzo. Aunque ella pudiera decir que no, hoy sí lo aceptaría.

Los ojos de Anabel como los de una rata loca lo detuvieron.

—¿Lo hiciste?

—Sí. No dejé huella.

Quedó en silencio con los ojos fijos en el trigo.

—Muy bien.

—¿Y si nos descubren?

—Nunca podrán saber que fuiste tú —dijo Anabel.

Abraham extendió la mano y trató de acariciarla, de hundir sus dedos en la piel negra, pero Anabel con violencia lo apartó.

—¿Vivirás conmigo? —imploró el negro.

—¡Nunca! —gritó con ira.

—He matado por ti —murmuró débilmente.

—¡Vete!

—Sí, a ti sólo te gustan los blancos, agradeces que te miren pero ellos sólo habitan en tus sueños, al despertar se desvanecen. Son fruta maldita que se consume en otro infierno. El rencor de la tierra te denigra y te separa de su mundo.

Anabel lo miró con desprecio y soltó al aire la daga de sus dientes.

—¡Hijo de perra!

Abraham se detuvo quieto. Anabel preguntó:

—¿Te costó mucho trabajo? ¡Cuéntamelo!, quiero saberlo todo.

Abraham alzó los hombros y esperó que lo volviera a interrogar, pero no sucedió. Oyó de nuevo su risa, carcajada que resbaló sobre su carne como líquido corrosivo. Imaginó los ojos ardientes de la mujer que tenía al alcance de sus manos; las mejillas brillantes; los labios que no besaría jamás. Aún la oyó decir:

—¡Vete, eres un niño!

Inmediatamente saltó y empezó a apretar. Claramente cedían los cartílagos del cuello y cada vez más crecía el ansia de los movimientos de Anabel; pero no aflojó un punto. Parecía que sus manos estuvieran hechas para oprimir ese cuerpo. Para conseguir que se moviera menos,

que casi no se moviera, que ya no se moviera, que nunca más se moviera.

Sacó de su camisa la chalina de encaje que había robado en la tienda y se la puso a Anabel. Luego se soltó llorando.

—Eres muy desgraciado, Abraham.

Rápido como una descarga de revólver, Abraham volvió la cara, miró y quedó abatido.

—¿Qué voy a hacer, Tom?

El policía negro lo levantó, le echó el brazo en el hombro y caminó con él hasta la puerta del granero.

Abraham sollozó con un rizo de Anabel contra los labios.

—¿Qué voy a hacer? —repitió.

—¡Huye! Huye antes de que te suelten a los perros.

Como una chispa que se va apagando, Abraham se metió en la oscuridad del campo.

La sorpresa

Pedro regresó de la escuela entusiasmado y febril: sabía que su madre le preparaba una sorpresa en vísperas de Navidad. Invitó a sus compañeros. Llegaron a la casa en alegre y ruidosa algarabía, entre gritos y risas: bulla que sorprendió a la mamá cuando aún no terminaba el pastel de chocolate que adoraba Pedro. Al penetrar el tumulto en la sala y contemplar el árbol descomunal que ella había decorado hubo un silencio desconcertado. Todos quedaron pendientes de las ramas adornadas con infinidad de muñecos de todas las clases y procedencias: pierrots de lujo, soldados con botonaduras de oro, flamantes caballeros, payasos, monjes, saltimbanquis, marionetas de colores… Había vistosas figuras de toreros con chaquetas relucientes como si estuviesen iluminadas, también pequeños polichinelas repartidos por aquí y por allá, títeres, bailarines, atletas, parejas de cupidos. Batmans en pleno vuelo y una fortuna en astronautas, muñecos espaciales en traje lunar… Diminutos Judas repetían su ahorcamiento. Destacaban los boxeadores simétricamente colocados. Ni una hoja, ni un gajo libre en este árbol alucinante, casi bosque, habitado por un enjambre de seres minúsculos. Era de notarse la fiera mirada de algunos y la expresión de otros, que prisioneros en la babel de pino parecían rebelarse.

Meses, o tal vez años, le llevó a Julia reunir la colección estrafalaria.

La primera que habló fue Diana, amiga preferida de Pedrito:

—A mí no me gusta el árbol, me da miedo.

—Lo prefiero con esferas de colores —dijo Héctor.

—En casa lo adornan con foquitos —murmuró David.

Pedro guardaba silencio, sus ojos atemorizados no lograban separarse del pino. Parecía sufrir un encantamiento.

—¿No se esperan al pastel? —preguntó Julia al verlos encaminarse a la salida.

—Gracias, señora —dijeron tímidamente—, mejor vendremos mañana.

Salieron en estampida como si huyeran de un fantasma. Pedro permaneció frente al árbol agobiado por el peso de una fascinación indominable. Ni siquiera oyó cuando su madre dijo que el tío Jaime

estaba en la cocina esperando probar el pastel.

—Parece que a los chicos no les gustó la sorpresa —dijo Julia al regresar a la cocina.

—Les doy la razón —contestó el hombre—, es impresionante, verdaderamente horrendo.

—Pues he gastado un dineral.

—Jamás he visto algo de peor gusto. Tiene un no sé qué de espantable. Sólo a ti se te pudo ocurrir idea semejante, pero en fin, quiero pedirte algo.

—¿Qué?

—Que le permitas a Pedrito hacer un viaje conmigo.

—¿Un viaje? —Jaime vio que Julia fruncía el ceño.

—Sí, en estas vacaciones.

—Pero si jamás se ha separado de mí…

—Precisamente por eso. Como buen hijo de viuda, el chico está pegado a tus faldas. Necesita aire —ella lo miró indignada—. Nada puedes temer, soy tu hermano y adoro a tu hijo.

—Lo sé, pero…

—¡Mamá! —gritó Pedro entrando como un torbellino—, los muñecos se ríen.

Su carita estaba demudada.

—Es que están alegres —comentó Julia, distraída, mientras batía el betún.

—Enseñan los dientes —aseguró el niño próximo a las lágrimas.

—Ve y diles que les darás pastel.

Pedro se alejó. Jaime en ese momento buscaba el abridor para los refrescos.

—Te digo que le hará bien, el muchacho necesita libertad.

—¡Pero si es un bebé! —exclamó ella escandalizada.

—Tiene cinco años. Necesita la imagen de un padre.

—¡Tonterías! Yo soy todo para él.

—Eso es lo malo.

—Mamá —dijo Pedro con voz agónica, sin entrar al comedor donde ahora su madre decoraba el pastel—, los muñecos se están bajando de las ramas.

—Cuidadito y se te ocurra descolgarlos. Me llevó horas pegarlos de los tallos.

Y le susurró a Jaime:

—Pedrito es muy capaz de descolgar los muñecos y vaciar el árbol, sólo porque a sus amiguitos no les agradó.

—Es lo mejor que podría hacer. Yo lo aplaudo.

—¡Pues eso sí que no se lo permito! —exclamó Julia indignada.

—Mira, mujer —Jaime le mostró varias cajas de esferas de cristal plateado—. Las traje para que Pedrito decore el árbol a su antojo.

—¿Y los muñecos?

—Los quemamos todos.

—¡Tú estás loco! Los traje de Madrid y de París y de todas partes de México.

Jaime se armó de paciencia:

—Te doy el doble de su precio. Escúchame, hermana. Cuando miré por primera vez tu obra de arte me invadió una sensación extraña. Algo inexplicable.

—Eres imaginativo como Pedro. Mejor dicho, mi hijo heredó tus rarezas, tus chifladuras…

—Está bien, no insisto. Lo siento por el niño.

—Ayúdame a poner la mesa. Cenaremos camarones con arroz y, por supuesto, pastel.

—Como quieras.

Una nube de tristeza invadió el rostro de Jaime. Julia hubo de pedirle de nuevo que la ayudara a colocar los platos, pues su hermano parecía estar a kilómetros de distancia:

—Pero ¿qué te sucede, Jaime? —se quejó la mujer.

—No sé, perdóname —era evidente su desconcierto—. Es que esos muñecos me trastornaron.

Hizo una pausa y exclamó decidido:

—¡Vamos a quitarlos, Julia!

—¿Lo dices en serio? —inquirió ella con extrañeza.

—Tan en serio como si fuera ésta la última noche de mi vida.

Julia lo miró alarmada:

—¿Sabes que actúas lo mismo que un niño?

Jaime guardó silencio y con enorme lentitud empezó a colocar los cubiertos.

—¿No está precioso mi pastel?

Jaime, sin mirarlo, aprobó.

—Está precioso.

Una pausa y como si algo lo inquietara suplicó:

—Llama a Pedrito, que se ha hecho demasiado tarde. Recuerda que debo atravesar la ciudad para llegar a casa. Son más de las diez, nos hemos demorado platicando.

Con un impulso violento Julia levantó el pastel:

—Voy a mostrárselo a mi hijo, le encantará.

Salió con el pastel decorado con cerezas y nueces como si fuera un trofeo. Jaime apenas tuvo tiempo de colocar un vaso cuando estalló el grito, el alarido que lanzó Julia seguido del estruendo de la bandeja de plata al estrellarse contra la pared. Voló a auxiliarla y la encontró sin sentido a unos pasos del cuerpo inanimado de Pedrito. El niño presentaba diminutas heridas en el rostro y en las manos, y sobre todo en el cuello, donde brillaban puntos de sangre fresca. Los muñecos,

apilados en masa informe, pendían unos de las varas como pequeños odres hinchados, o se balanceaban otros con las fauces púrpura. Su mirar estremecedor cargado de maldad parecía regodearse en el crimen cometido. Todos habían participado en el sacrificio, todos sonreían con mueca de réprobos.

Jaime cerró los aterrados ojos del niño, por cuyo rostro inocente corrían hilos de sangre. Como demonio, enloquecido, pateó los despojos de bailarines y boxeadores y payasos. Rodaron los miembros de los muñecos macabros. Sus gritos y sollozos acompañaron el estrago de aquella estampa infernal cuyo suceso era tan incomprensible que superaba el misterio. Con furia indetenible agarró el pino con sus guiñapos sangrientos y los arrojó por el ventanal, que estalló entre vidrios y coágulos.

El vuelo

En una tarde de enero, bajo un efecto inexplicable, bajo el frío intenso y el encantamiento de la oscuridad, resonó su andar de un lado a otro atareada como siempre: apareció tan vivo, tan de verdad como la lluvia en el tejado. Se quedó ahí mirando el aposento lleno de reminiscencias: hileras de libros, tarjeteros bruñidos, fotografías espectrales y un reguero de misivas escapadas de su listón dorado. Las teclas del piano vistas en el recuerdo aumentaron su lejanía. Todo el ayer apareció hecho de malabarismos portentosos como si lo mirara en una postal.

La ingravidez era enloquecedora. En el techo, su sombra se alargaba, se desprendía de sí misma con una sensación de libertad memorable. Y al fin logró lo que siempre soñara: ¡volar! Se elevó lentamente, suavísimamente, como un papalote de mentiras. El techo se abrió igual que un abanico. Voló hacia las nubes dibujadas por la luna. La sensación deslumbrante la arrastraba en fuga cada vez más y más arriba, con ansia de vértigo. No ha existido pensamiento que iguale la velocidad de su deseo de altura. ¡Qué bien sería morir ahora! El vuelo era real. Alcanzó extensiones inmemoriales. Se remontó en la distancia caudalosa e incomparable, donde las estrellas desaparecen y el mismo sol es átomo invisible. Sobrepasó galaxias que no conoce el hombre. Infinitud aérea de eones de eternitud y voló, voló en vuelo inacabable hasta perderse en las secretas veredas abismales, donde ya no existe el misterio.

La leontina dorada

No amanecía cuando el aldabón del convento sembró la inquietud entre las novicias que habían sido llamadas por la campana que anuncia la misa.

El Monasterio de Nuestra Señora, trazado en la lejanía, era tan irreal que podía dudarse de estar en la tierra. Mujeres jóvenes o decrépitas desfilaban por los tenebrosos corredores en la incierta madrugada, mucho antes del sol, cuando la luz era de estrellas o de moribundos contornos lunares. Avanzaban con lentitud siluetas dentro de una atmósfera donde podría ocurrir cualquier cosa. Natural hubiese sido ver aparecer un dragón o un arcángel.

Existen almas predestinadas que anhelan la quietud, almas que aman la luz de los cirios, seres devotos enamorados del incienso y de los coros angélicos; espíritus medievales que buscan cilicios y penitencias. Criaturas con una fe desterrada del universo, en quienes caben millares de esperanzas, ideales incomprensibles para los profanos. Son espíritus que huyen de un mundo que se desvanece y que nada puede ofrecer. Un mundo del que pronto no quedará una partícula de polvo.

Una mujer atravesó la vereda de árboles helados en la seminoche profunda. Llegó envuelta en los fantasmales vientos del verano. Blanca como un hongo entró a la capilla y quedó de rodillas. Permaneció ahí abandonada como un guante. Ni un sollozo, ni un suspiro. La primogénita luz del alba delineó los vitrales. El capellán, disimulando su extrañeza ante la visitante, se dirigió al tabernáculo. En la albura del altar destacó su perfil alto y delgado. Sólo cuando la madre priora la tomó delicadamente del brazo para indicarle un lugar más discreto, la mujer se estremeció como cuando las serpientes quieren abandonar su piel. La religiosa la llevó hasta el sitio que la resguardaría de las miradas curiosas de las profesas. La joven se dejó caer en el reclinatorio, sin ánimo para dar las gracias. Al terminar el oficio, la monja la condujo a la celda donde la esperaba un frugal refrigerio. Estuvo ahí varios días sin indagaciones ni preguntas. Alguna mano invisible le dejaba la colación diaria y por las tardes la madre preguntaba por su salud, en espera de una señal, de un signo que le indicara que la dama quería comunicarle algo; hasta que por fin la

joven reclamó su presencia.

—Madre, yo soy…

—Aquí nadie necesita dar su nombre ni confesar su secreto, hija mía.

—Es que…

—¿En qué puedo ayudarla?

—Deseo quedarme aquí para siempre —exclamó con angustia.

—¿Por qué?

La joven guardó silencio.

—Esta casa es un refugio para las pecadoras.

La monja hizo una pausa y, con dulzura:

—Aquí llegan las que buscan a Dios. Las leyes no tienen jurisdicción del cancel para adentro, pero a las que salen no podemos ampararlas. Quiero que lo sepa.

Luego, con tono severo:

—La ayudaremos en lo posible. Se irá cuando se recobre.

La religiosa salió. El ruido de la puerta al cerrarse produjo en la muchacha un terrible malestar.

No me admitirán —se dijo—. ¿A quién acudiré? ¿Adónde puedo ir? ¿Adónde? Se esforzó por ordenar su mente. Sus recuerdos se arremolinaron, cabos sueltos que no conseguían unirse en ideas completas; eran como un chisporroteo de sucesos confundidos con pesadillas. En una visión espantable reprodujo su propia estampida en el intento de perderse del sino inexorable que la contenía desde su nacimiento. A esa hora ya estarían buscándola como sabuesos sedientos; afilarían sus mandíbulas en nombre del honor. ¡Alimañas empeñadas en la venganza! Si su propio padre la había desheredado, en el otro no cabría misericordia. Osciló como una fiera agonizante. Pasó la toalla de agua helada por su frente temerosa de enloquecer. Con fría clarividencia supo desde el principio que no valdría ninguna súplica. Entre los de su estirpe toma la justicia por su mano cada jefe de familia. Para ellos el castigo es expiación inapelable, dictaminada en cónclave secreto. Así fue como sacrificaron a la tierna amiga que, entregándose por amor, desencadenó la tragedia y asimismo mutilaron al extranjero que se atrevió a mancillarla. Crimen sepultado en el silencio. No pudo menos que adivinar la sonrisa maligna del decrépito ultrajado, de labios repugnantes con hedor a sepulcro. Sus uñas, largas garras relucientes que en vano intentaron tocar su carne. Aquellos ojos metálicos de fijeza inquisidora empeñados en descubrir sus pensamientos. Su padre la sometió al yugo matrimonial, mas el otro supo desde siempre que jamás la obtendría. Viviría a su lado con el baldón de su impotencia. Un odio mortal estremeció sus huesos y la recorrió hasta la última de sus venas.

Caminó de un lado a otro. Reinaba majestuosa quietud y cada uno

de sus pasos despertaba un eco extraño. Los muebles parecían guardianes de su presencia. A la sensación de aislamiento se unía una íntima seguridad que la iba serenando. El mundo exterior convertíase en un peligro conjurado por muros inmensos y puertas que ya no le producían terror. Desde la celda la vista del paisaje prodigaba su hermosura. Por la ventana que daba al río las rocas hacían saltar el agua en espumosos remolinos. La angostura de la vertiente formaba un cinturón de agua clara que despeñándose en el desfiladero se convertía de pronto en arroyuelo manso.

A lo lejos el pinar y la serranía de verdor incomparable. ¡Con qué ansia deseó ser cualquiera de las profesas amparadas bajo ese cielo! Fuera cual fuera su culpa, vivirían por su voluntad en el monasterio y las rejas de la entrada calcinarían al intruso.

Cuando el capellán entró para saludarla su estado de ánimo había mejorado. Lo retuvo anhelante. Conversaron hasta que la campana anunció el almuerzo.

—Señora, guardaré sus cuitas como si las hubiese oído bajo secreto de confesión —dijo el sacerdote antes de salir.

La joven derramó todas las lágrimas acumuladas en su corazón. Para las personas que jamás lloran una descarga así representa una crisis mortal.

Semanas después el capellán le informó que el conde le concedía el perdón sin reservas, olvidándolo todo, bajo juramento.

—¿Le dijo usted que estoy embarazada? —preguntó con ansiedad.

El sacerdote meditó la respuesta y dijo apenado:

—No tenía su autorización y creo que lo prudente es que sea usted misma quien se lo diga.

—¿Y si no me acepta?

—¿Cuándo deberá nacer?

—Dentro de cuatro meses.

El padre la miró con asombro. Le pareció increíble que aquella moza de apariencia virginal y delgadez alarmante estuviera próxima a ser madre. Enrojeció al comprender la indiscreción de sus miradas.

—Mi querida niña, no queda otra opción que la de enfrentarse a la verdad.

—Defenderé la vida de mi hijo —anunció con voz vibrante—. Es mi única razón de existir.

—Desde luego —afirmó el sacerdote—. Ése será su consuelo.

—¿Y si él…?

—Supongo que si su esposo la perdona no tendrá reparo en amparar a un inocente. Por otra parte, su buena disposición me hace pensar en que lo recibirá como a un hijo.

—No lo creo, padre. Una aventura puede disimularse, pero una criatura será un golpe terrible para su orgullo.

—El conde es un anciano bondadoso. A su edad el único orgullo es realizar el bien.

—Es mayor que mi padre —dijo con desdén—, pero el código de honor de ambos es inhumano.

—Sin embargo él le ofrece el perdón.

—¿A qué precio?

—No la comprendo —dijo el sacerdote confundido—, ni tampoco entiendo esa unión disparatada.

—Mi padre lo arregló todo —exclamó con odio la mujer—. Se quieren como hermanos y unieron sus fortunas desde la juventud.

Luego, con ironía, exclamó:

—Entre los dos ancianos preferí al segundo, que me prometió viajar, pero desde los quince a los dieciocho no salimos jamás. Inesperadamente decidieron viajar a Grecia. Nos embarcamos en el crucero que recorre las islas.

Cerró los ojos y con voz agónica:

—Ése ha sido el único viaje de mi vida.

El relato se perdió en una divagación incomprensible.

—Ni siquiera supe su nombre, sólo puedo decirle que era joven y hermoso.

Por sus mejillas resbaló una lágrima.

—¡Cálmese! Escuche; si las cosas no resultan podré llevarla con una familia modesta que estará feliz de tenderle la mano. Ahí estará a salvo. En ese sitio nadie la encontrará.

—Gracias, padre.

—Ahora necesita mucha entereza. Su esposo vendrá esta tarde. Yo tengo un asunto en la ciudad, pero la madre priora estará al pendiente.

—Gracias.

Oscurecía cuando el anciano arribó al Monasterio de Nuestra Señora. La reverenda recibió al patricio octogenario cuyo aspecto de bondad era sugestivo. Su finura y su distinción la conquistaron en seguida. La enorme leontina de oro y la ajorca que lucía en la muñeca, similar a la que su esposa llevaba en el brazo, llamaron poderosamente su atención. Lo condujo al recibidor privado para que conversara libremente con la joven. Discreta, se retiró al final del corredor y rogó a la Virgen que todo se arreglara.

El toque de maitines la retuvo en la capilla y se apresuró a volver al recibidor. La luz estaba encendida, la puerta entreabierta y reinaba un silencio sobrecogedor, tan profundo que esperó un tiempo por si escuchaba ruido de voces, pero la mudez tomó proporciones espantables. Temerosa de una indiscreción se asomó apenas por la puerta y ante el máximo horror vio la leontina dorada en torno al cristalino cuello que invitaba a la ternura. Los rubios cabellos del fruto

tronchado, tejidos con el hilo de oro, caían sobre el sofá como manojo de trigo y los labios cárdenos apretaban un coágulo negro.

Visita al asilo

Ese día Roque salió al sol para calentar sus huesos helados, como el bastón metálico en que apoya sus pasos. Apenas si distingue los árboles del parque. Cataratas pertinaces le nublan la vereda. Su lugar predilecto es la banca de hierro forjado. En ella se acomoda vacilante y escondido entre las ramas deja correr su lágrima.

> Por favor, madrecita, dígale a Rafael que no me cause tanto daño. Usted sabe: hace meses que no me habla. Pasea por el corredor y no me llama. Le mandé una camisa bordada y no responde. Ya le di mi reloj y el talco balsámico, pero olvida mirarme. ¿Sabe lo que dice? Que desciende de familia real y que yo soy un lacayo. ¿Lo cree usted? Si fuera aristócrata no lo hubieran traído a este asilo que es sólo para pobres. Yo pertenezco a casta humilde pero soy educado. Él mismo afirma que tengo "mucha clase". Mire, señorita: usted que nos ayuda y se preocupa por nuestras tristezas, dígale a ése que deje de martirizarme. Déle este regalo, es una loción fina que trajo mi sobrino. Viene adornada con listón precioso. Por piedad, entréguele también este poema.

Avergonzado cubrió su rostro con un pañuelo.

El porte de Rafael anuncia dureza. "¿Qué caso le hace usted a ese marica, señorita? Es pura comedia. Sí, sí… pronto lo buscaré. Váyase tranquila."

La cama del "general" estaba desierta: había fallecido el día anterior. Sobre el colchón, la enmohecida trompeta que tocaba a rebato a cualquier hora de la noche. No lograron en años arrebatársela a pesar de las quejas de los compañeros de cuarto. Fuera de esta manía, al "general", dispuesto siempre a obsequiar sus calcetines, su periódico, su bufanda y hasta su propia camisa, se le podía perdonar aquel desahogo lanzado al viento con el clarín de soldado, mudo ya para siempre.

Don Javier, hoy cojo y derrengado, había sido torero. Por las mañanas se le ve en el patio con un trapo rojo, sucio y desteñido ensayar suertes con el toro imaginario que lo embiste. Sus "oles" son continuos al colocarse frente al "noble animal" o clavar las

banderillas. Así por horas hasta caer exhausto. Al atardecer queda quieto y empieza a enumerar las faenas que le valieron el par de orejas que luce en lugar de crucifijo.

Por falta de piernas, el "joven Germán" permanece en el salón la mayor parte del tiempo, aguardando a que el empleado o la enfermera de turno lo lleven al paseo. Siempre parlanchín y de buen humor, los internos le huyen temerosos del borbollón de palabras encerradas en su cuerpo. Lo dejan solo y él, con paciencia de cazador, escudriña el edificio en espera de capturar algún oyente.

Los hijos del viejo Abelardo le robaron la tienda y lo sepultaron en el asilo, pretextando que se había vuelto insoportable. El hombre pasa el tiempo maldiciendo y publicando las fechorías de los ingratos que jamás han vuelto. Asegura que es rico y que pronto saldrá a cobrarse lo suyo. Enfermo de hidropesía le extraen agua como de un manantial.

En el segundo piso, Lalito juega con maquinitas y trompos de cuerda. Cumple apenas seis abriles, pero envejece por segundos. El jueves ya peinará canas y en un abrir y cerrar de ojos alcanzará la vejez. Sus padres no pueden soportar que parientes y amigos descubran la tragedia y los abrumen con su imbécil curiosidad. A Lalito lo corretea la muerte.

En el ala de las mujeres hay conmoción. Sara Ponti y don Isidoro contrajeron nupcias. Los empleados organizan pomposa fiesta con bocadillos y música ejecutada al piano por las señoritas Vivar. Entonan el tedeum, cosa que tiene gracia, porque fueron coristas y cantan estrofas picantes, para regocijo de viejos verdes y escándalo de beatas. Por esa causa son mal vistas y muy señaladas. Sólo ellas siguen vistiendo de rojo, aun en los funerales. Decoradas con intensos crayones, dan a sus ojos tintes multicolores. Presumir de que se han hecho cirugía plástica parece del demonio a todos en el asilo. En verdad su aspecto momificado hace imposible adivinar en qué siglo vinieron al mundo.

Sarita, la recién casada, es una dulce italiana de increíble tez de jazmín. El tiempo sólo se advierte en su pesado andar. Don Isidoro, mucho más joven, carpintero de oficio, llena de cruces y angelitos labrados las paredes del recinto. Realiza también estatuillas de santos inventados con las más estrafalarias vestiduras: desde obispos descalzos coronados como novicias hasta figuras de monjes de esclavina finamente repujada, que no aprobarán en ninguna comunidad. Raramente vende sus obras de arte a devotas poco enteradas.

La boda de los ancianos es la comidilla del lugar: unos aplauden, otros condenan, quizá por envidia, quizá por lástima. Por lo menos la pareja logró alcoba privada. En la recámara, flores, cortinillas de encaje, vasijas con enredaderas que reptan hasta el techo. En este

mínimo espacio que hace de tálamo y jardín no caben los malos pensamientos. La pareja causa secreta emoción.

En contraste, Edith, plagada de todos los malestares, agoniza desde hace años suplicando a la muerte que venga por ella.

Doloritas, en cambio, quiere vivir a todo trance. No importan las llagas que devoran sus cuadriles, ni las piernas convertidas en leños. Cesó el movimiento de sus manos, ¿y qué? El cúmulo de males lo pregona su nombre, pero su meta es ¡vivir, vivir!

Lo mismo pasa con Dorotea, buena y sana en apariencia, pero sufre misteriosos desmayos en los que se pierde días enteros. Al principio la enfermería entraba en movimiento, ahora asombraría que falleciera, porque tras de cada aparente muerte resurge con renovado anhelo de vida. Su terror a extinguirse es patológico: ama existir, no tolera saber que alguien está en agonía o que ha perecido.

Otras llevan años cayendo y levantando: a veces claman por la vida, a veces por el sueño eterno.

¡Vejez! Espejo donde afloran todas las miserias practicadas en el tiempo: odio, envidia, crueldad, todo se refleja en dimensión abominable. Si hubo bondad, paciencia, amor, no aparece.

En el salón hay una decrépita cuyo destino es atormentar a los demás. A doña Cleo, que con dificultad se lleva la cuchara a la boca, se la han perforado para que resbale el líquido, como lo hizo Santa Gemma con la suya para domar la ira.

A la enferma de hipo algún malvado le escribe recados obscenos que aterrorizan a la infeliz y esto provoca la hilaridad de todos. Hay una que se levanta de noche a destejer la labor de Niña-María y así consigue que la nueva Penélope solloce inconsolablemente. Unos a otros se roban el pan y se maldicen: cambian almohadas, esconden cobijas, profanan medallas, arrojan pantuflas ajenas. En juego de niños infames, escupen el plato del más enemigo. Los calzones manchados de Flora aparecen en el farol. Provoca espanto el que algunos se detienen aterrados y aprisionan las manos de cualquiera implorando: “¡No se vaya!” “¡Espere, espere un poco!” “¡Quédese aquí, aquí a mi lado!”, y se agarran al frágil mástil que irá tras de la misma suerte. Con frecuencia es problema para los visitantes la despedida: afán de retenerlos, pavor de soledad, miedo a ese vacío del no tiempo, del no ser que de manera sensible percibe el anciano. No existe conformidad, no hay resignación. Acaso inercia, desasimiento mortal. Aquí no hay santos. Ninguno reza. Se indignan si les recuerdan la oración. A misa, acaso dos o tres y el grupo de mujeres que cantan destempladas, con aullidos lacerantes que quiebran el alma. Escasea la risa en esta jaula de congoja. Pero se exaltan si les escuchan sus recuerdos: eran ricas, amadas, criados, lujo, hijos cariñosos, maridos perfectos. Fueron hermosas. Por esos rostros enjutados, por esas

manos sarmientos perecían hombres famosos. Célebres pintores y renombrados poetas admiran sus rostros en “galerías de arte”. De pronto la realidad las sacude y gimen desconsoladas y hasta la hierba se estremece de pena. Leen y releen cartas amorosas. Esconden su tesoro en sitios inverosímiles: en las enaguas de la Virgen, en el purificador de agua, o en la buhardilla, o bajo el tapete. Reunidos en el comedor se asemejan a una familia numerosa que rumia apacible sus alimentos, con ojos de olvido.

Tal vez existen seres buenos, o éstos lo son, o los que vagan de luto por la veranda; tan mudos y sin aliento que ya no interrogan porque de todo tienen respuestas y están detenidos como los ángeles de don Isidoro que ya no habla con Sara Ponti: talla en madera el suplicio de San Anselmo y las bodas blancas de San José y la Virgen.

Las vacaciones de las señoritas Montiel

La alcoba inundada de cristales de nieve. Yo floté con una sensación de miedo como si alguien me lanzara a lo desconocido. Tiritaba, sentía un dolor en el pecho, dolor de agonía. Entonces desperté. Todo estaba oscuro, con una oscuridad espesa. Ni una luz, ni un sonido. A tientas encontré el encendedor y con la iluminación del candil aumentó la soledad del cuarto. Me corría el sudor y me asaltó una idea horrible.

—Fue un mal sueño, no pienses más en él —suplicó la joven de porte severo, deseosa de que la rubia no continuara el relato. Con cierta ansiedad llamó al mesero para que retirara el servicio.

—Es que… —insistió la adolescente— déjame terminar.

—Debe haberte subido la fiebre —dijo cortante la mayor—. ¿Cuánto marcó el termómetro?

—Me olvidé —se disculpó—. Además, ya no importa. No he tenido mejoría —hizo un gesto decepcionado.

—Aunque así sea, debes hacerlo cada mañana.

La jovencita se encogió de hombros; miró los nubarrones que oscurecían la playa y lamentó:

—Después de todo tampoco iremos hoy a conocer el mar. Por la noche es una masa informe de negrura que aterra. El mar que he visto es un enorme cementerio. ¿Dónde está el azul que me prometiste, dónde el calor para mis huesos?

Había en su voz un tono quejumbroso de reproche.

La mayor se puso de pie sin esperar a que terminara el desayuno. Con paso seguro subió la escalinata del hotel seguida por las trémulas pisadas de la joven, cuyo esfuerzo por alcanzarla era evidente.

El mesero las observó curioso y miró al gerente que desde el mostrador sonreía con malicia.

—¿Tú crees que sean hermanas?

—Son muy diferentes. La grande siempre está preocupada y la bonita es casi una niña.

—Firmaron como las señoritas Montiel —explicó el encargado revisando las tarjetas del hotel—. Aunque eso no es ninguna prueba —agregó chasqueando la lengua con desdén—; aquí llega cada misterio que no alcanzaría la vida para desentrañarlo.

—Cada quien carga sus cadenas, cada uno esconde su secreto.

—Mientras puede —repuso irónico el intendente.

Luego, cambiando de tono:

—Lo que sí se advierte es que la chiquilla está verdaderamente enferma.

—Sí —aseguró el mesero—. La grande sabe que tiene fiebre y que no podrán salir a la playa.

—Y mucho menos con este temporal. Hace años que no azotaba la isla un norte tan violento. Mira cómo se arrastran las palmeras.

Ambos vieron por el ventanal los enormes cocoteros doblegarse sobre la arena.

—La enferma dice que le bastaría con una mañana de sol y ni siquiera hemos podido colocar las mesas en la terraza —lamentó el empleado.

—Mala suerte —declaró el jefe, acercándose a recibir a un nuevo huésped.

Las jóvenes bajaban a desayunar a las diez en punto. Por lo general se retrasaba la menor. Si la rubia era una belleza quizá demasiado pálida, la compañera poseía atracción particular, no sólo por su altivo porte sino por el extraño misterio que irradiaba de su persona. Además, era muy significativo que no bajaran a comer. Tampoco se les veía a la hora de la cena. Pedían servicio en el cuarto y no visitaban la playa a causa del mal tiempo, pese al cual los más valientes se arriesgaban con la esperanza de verlas. Representaban, en cierta medida, la expectación del hotel. La curiosidad se había propagado y las señoras, deseosas de admirar los modelos que portaban las señoritas y empeñadas en que algún chisme las sacara de la modorra a que las obligaba el permanecer en la sala esperando que amenguara el huracán, no perdían ocasión. Hubieran dado cualquier cosa por escuchar lo que hablaban o poder conversar con ellas; pero las personas que intentaron entablar amistad fueron rechazadas, aunque con un dejo de educación y encanto que desconcertó aún más a los indiscretos. Enorme hubiera sido la intriga si hubiesen escuchado el diálogo siguiente:

—Me hubiese gustado pisar la arena siquiera una vez.

Los ojos de la amiga la miraron interrogantes.

—Es un anhelo de lo más normal —dijo violenta—. A los enfermos les conceden siempre algún deseo.

—¿Y es tu único deseo?

—No, mi único deseo es que papá no nos encuentre —hizo una pausa—. Cómo me ha dolido darle esta pena.

Una sombra de tristeza la invadió. La taza de café temblaba en sus manos.

—No te preocupes —señaló la otra con dureza—. En esta isla no nos encuentra nadie y menos con este vendaval.

—¡Pobre papá!

Se le llenaron los ojos de lágrimas. Miró con rencor a la amiga que parecía de hielo:

—Eres tan fría, tan segura, tan fuerte, que me das miedo.

—Pero sabes bien que no es verdad —protestó la mujer—. Cada quien tiene su manera de sufrir; si yo parezco de piedra, ¿qué importancia tiene? La medida de la desdicha es de igual enormidad para el que disimula la pena que para el que se desmorona. ¿No lo crees?

Sus ojos se volvieron sombríos, había en ellos demasiado dolor.

Comieron en silencio. Sólo se oía el ruido de los cubiertos.

—Me gustaría no haber venido —declaró la rubia de pronto.

La compañera se esforzó por disimular su congoja.

—Después de todo el doctor afirmó que no tenía remedio.

—Por eso te quité de sus manos, porque eso no es verdad.

—Te lo comunicó a ti que eras su perfecta ayudante; la enfermera imprescindible —había un dejo de rencor en sus palabras.

—¡Jamás, jamás lo dijo!, puedo jurarlo.

Su voz sonó grave, y tiernamente se expresó como en una confesión secreta:

—El problema era diferente. Tú todo lo confundes. Si me atreví a desafiarlo, a no aceptar su dictamen, es porque yo te salvaré. Los médicos no son dioses; muchas veces he comprobado que se equivocan.

—Me dieron horas de vida, yo lo oí.

—Y has vivido diez días. ¿Te das cuenta? —subrayó con triunfo, con pasión inesperada—. ¡Vivirás, vivirás!

—¿Cómo reparar el daño que le causo a papá?

El comentario quedó en el aire. Tras una pausa, la musical dulzura con que habló la mayor estaba cercana a las lágrimas.

—¿Has pensado en algún momento el riesgo que corro, querida niña, en lo que puede pasarme? ¿Sabes que me espera la cárcel?

La chica la miró incrédula.

—Nadie puede acusarte.

—¿No? —la mujer bajó los ojos.

Con inconsciencia de criatura, la jovencita murmuró suavemente:

—Anoche soñé, soñé con Alfredo, pero sólo lo vi de espaldas; cuando se volvió tenía el rostro de papá. Las facciones de él estaban borradas. Nunca antes lo había visto tan blanco —la iluminó una sonrisa singular—. Su mirada era amorosa. Yo estaba vestida con traje diáfano; iba envuelta en una claridad de primavera; en mi corazón había calma jamás sentida. Toda yo era como un relámpago. Mi mente se hundía en un prodigioso encantamiento, hasta que… —titubeó— comenzaron a llegar los fantasmas —y con voz angustiada—, esos que

siempre me persiguen, ya te lo he contado: ojos sin cabeza girando en una ronda fúnebre, ¡espectros alados! —gritó desesperada.

—¡Baja la voz! —imploró la enfermera—. No me gusta que desvaríes. ¡Vámonos!

La niña dejó inconcluso su relato y cambiando de actitud se disculpó:

—No te disgustes, sólo era un sueño.

—Sí, un sueño enfermizo que te lleva a la locura —la jovencita sonrió apesadumbrada—. Creo que no te sientes bien, necesitas tomar la medicina. Estás demasiado pálida.

—¿Qué más da? —dijo con una mueca infantil.

La enfermera arrugó el ceño.

—Claro que el dolor me molesta y me siento asombrosamente débil.

—Lo sabía —exclamó sobresaltada.

Puso la mano en el brazo de la muchacha, que movió los labios sin poder hablar y cuando al fin lo hizo fue con una voz tan baja que parecía un suspiro:

—No quiero que te culpes de nada; deseaba conocer el mar y me quisiste complacer.

Los dedos de la amiga se crisparon.

—¡Y ya lo ves! No lo he logrado.

En seguida reaccionó:

—Mañana saldrá el sol. Te prometo que mañana iremos a la playa.

Abandonaron la mesa y subieron los escalones, lentamente, con las manos entrelazadas.

Al amanecer la neblina era tan espesa que no se distinguía si era de día o de noche. La mayor bajó antes de la hora acostumbrada. El mesero preguntó solícito:

—¿La señorita desayunará en su cuarto?

—No, ella bajará en seguida. Le ruego traiga fruta y un tazón de avena con leche caliente.

El mesero llevó lo solicitado y como el tiempo transcurría cubrió la taza para evitar que se enfriara.

La enfermera desayuna despacio, mira de cuando en cuando hacia la escalera con cierta preocupación, pues la tardanza de la joven sobrepasa lo normal. De pronto arroja la servilleta y sube velozmente a las habitaciones. El intendente sorprendido la siguió con la mirada. Minutos después la muchacha bajó como exhalación y, ante el asombro de los huéspedes, se internó en el temporal, donde pareció fundirse con la niebla.

No transcurrió mucho sin que bajara la recamarera, demudada y llorosa, para anunciar al encargado que la jovencita estaba muerta.

Encargado y mesero subieron presurosos.

La rubia yacía sobre la cama como un cisne, con su almidonado vestido de tira bordada. En la mano izquierda sostenía la gargantilla de perlas que no alcanzó a ponerse.

El primer rayo solar perforó la niebla y se posó dulcemente en el rostro helado de la pálida niña que no conocería el mar, ni jamás iría a la playa.

Los fantasmas no existen

—No señor, yo soy un estudioso, un hombre de ciencia; he quemado mi tiempo en la filosofía; a pesar de los años no he perdido mi lucidez. Sigo teniendo conciencia clara de mis actos y de las cosas razonables. Por supuesto que no creo en fantasmas. Es inadmisible que los espíritus de los muertos regresen a la tierra. Me parece una gran tontería propia de gente ignorante y zafia. Los espíritus no existen, se lo aseguro. No dudo de que en algún caso señalado por sucesos aterradores se provoque cierta sensación intranquila que suele calificarse como sobrenatural, según dice el vulgo, pero esa sensación es de los vivos; los que han fallecido carecen de sentimientos: el miedo, el rencor, la venganza, la ira les queda a los de aquí. Por lo tanto usted comprenderá que no me afectan las situaciones convencionales que espantan a los supersticiosos. Que la sal derramada debe ser echada sobre el hombro izquierdo. Que deben untarse los oídos con las salpicaduras de la champaña. No olvidar acariciar a los gatos negros para cortar su maleficio. No pasar por debajo de alguna escalera. Y lo tradicional: santiguarse al encontrar a un bizco y hacer la señal de la cruz, completa, frente a los jorobados. Y, por supuesto, no admitir nunca sentarse a la mesa trece comensales. Esto último es tan grave que en Nueva York y en Europa ningún hotel tiene piso trece. Después del doce siguen con el catorce. Usted comprenderá que se trata de una lista de sandeces a las que no puede sumarse un ser medianamente civilizado. ¡Sí, sí!, ya se sabe que existen personas de elevada cultura que sorprendentemente creen en estas boberías. Es algo desconcertante; he sabido de eximios abogados y deslumbrantes cerebros de negocios que van a que los brujos les hagan una limpia. El señor presidente no decide un asunto mundial sin consultar la bola de cristal. Señorones de lo más formal que entran en crisis si la lectura del café les anuncia alguna desventura. Todos sabemos de reyes que diariamente interrogaban al zodiaco y que sin auxilio de la astrología no daban un paso. Como en la antigüedad, en nuestros tiempos persisten temores absurdos. ¿No les parece una aberración? Francamente pienso que se trata de idioteces.

—Pero no me negará que hay casos inexplicables —dijo con voz débil su interlocutor—, déjeme decirle…

—¡No me lo diga! Todo tiene explicación en este mundo.

—Sin embargo, desde que estamos aquí conversando ha sucedido un fenómeno tan extraño que me tiene temblando. Mejor dicho: me tiene petrificado, y no he echado a correr porque trato de dominar mi espanto para que usted no piense que soy un insensato. Estamos solos en este cuarto en el que nunca he querido permanecer por las leyendas que se cuentan sobre aparecidos, y que, no obstante lo que usted afirma, acabo de comprobar que son verdad. Debo decirle que yo sí creo en todas estas cosas que califica de sandeces. Sí —dijo sin dejar de temblar—. ¡Sí! Mientras usted peroraba, dos veces he sentido la sensación real de que no estábamos solos, hay una presencia que se ha manifestado tan viva para mí como usted mismo.

—No, lo imagina. Reflexione…

—¡Espéreme! Permítame continuar antes de que me desplome.

—¿Qué le pasa amigo? ¿A quién ha visto?

—No necesito verlo. Lo percibo. Usted asegura que no hay fantasmas; pero que los hay los hay… Quédese quieto y podrá sentir su vaho caliente sobre la nuca y una especie de quejido hondo que se le mete a uno en el alma. Créame, me laten las arterias y no resisto más.

Lo dijo antes de venirle un desvanecimiento. Traté de prestarle auxilio en el preciso instante en que un vaho caliente sopló sobre mi cuello. Las solapas de mi traje palpitaron y pude constatar la presencia de alguien que lanzaba un suspiro sordo y taladrante. Paralizado por la sorpresa fui incapaz de contenerme, y sin ayudar al que yacía en la alfombra, hui despavorido.

Encuentro

A las dos de la tarde el sol de junio es una llamarada en la avenida Cinco de Mayo. La gente pulula y se atropella en el subir y bajar de camiones que lanzan ráfagas de aire caliente. La violencia de los choferes, el mal humor de los transeúntes, el ayuno, la sed, la prisa, espolean la ira y el desconcierto de los que van y vienen, en esta reverberación sudorosa.

Como todos, camino entre la multitud esquivando a mis semejantes: un brusco encontronazo me enfrenta con el insulto que lanza un ciego.

—Pablo, ¿eres tú?

—Perdón —exclama—. Tu voz, tu voz. Deja que te recuerde.

El torbellino nos separa.

—¿No eres Analís? —grita.

—Sí.

—¡Hace tanto tiempo! Acerquémonos a la acera.

Trato de alcanzarlo, toma mi brazo suavemente…

—¿Sabías que estaba ciego?

—Sí.

—Mi familia no me ayuda. Me abandonaron —explica apresurado —. Recuerdo tus ojos. Los veo en sueños; miraban sin parpadear, hechizados por mis juguetes.

—Y por tu pelo dorado —completé.

Él suspiró.

—Pero de eso hace una eternidad. Era antes de —se detuvo—… Me contaron que un día fuiste al antro donde me sacaba los ojos… lo hacía cada noche. ¡Un gran espectáculo! —percibí su ironía—. También mascaba vidrio —rio sarcástico—. Eso no me dañó, con todo y que me desangraba. A la gente le gustaba ver la hemorragia.

Burlón, agregó:

—El niño privilegiado, el príncipe heredero… ¿Qué ha sido de ti?

Un tumulto nos arrastró hasta el Callejón de la Condesa.

Aquella escalinata de mármol, aquel pasamanos por el que nos deslizábamos una y otra vez, el sonido de la campanilla y el golpe de la reja… Un papá francés, con bigote rubio, una mamá que descendía la escalera vestida de encaje con volantes de tul igual que los visillos.

La albura de sus cabellos era sepulcral. Bajaba sin mirarnos, sin decir siquiera a Pablo que no fuera a caer… Ahí todo era blanco con blancor lácteo. Cortinas, alfombras, muebles. La chaqueta de los mozos, el delantal de las doncellas, el traje almidonado de Pablo. De París había venido el decorador feminoide que ordenó el tinte mortuorio. Nota de color daba el pasillo carmesí que cubría los escalones.

Un brusco empellón me lanzó de nuevo contra su hombro. A la altura del corazón la pechera blanca… No quise buscar las manchas de sangre, ni ver sus párpados transparentes. Tampoco el pelo de blancura espumosa como el de la madre. Quedé fija en el bastón que apretaba su puño de lividez incomparable.

—Ahora soy feliz —dijo con exaltación—, tengo un amigo —con el bastón intentó buscarlo—. Es ciego de nacimiento, debe estar por aquí. Vamos, quiero presentarte.

Alcancé a entrever el repulsivo rostro del hombre, cuyos anteojos negros espejeaban. No conocía el mundo. Jamás contemplaría una puesta de sol. Torpemente se encaminó hacia la voz de Pablo.

Me alegré de huir sin que advirtieran mis lágrimas. Escapé entre la multitud cobardemente.

A destiempo

Al entrar vio las botas del hombre, hundidas en la alfombra, semejantes a pezuñas de animal herrado. Permanecía inmóvil, los brazos vencidos; el tórax bravío, disminuido y contrahecho, de tiempo y de indolencia. Su respiración no lograba elevar las vísceras. Por la saliente clavícula arrancaba el cuello envejecido. La camisa desabrochada dejaba al descubierto negrísimo vello; irónica presencia de juventud que, junto con la boca, daban la impresión de pertenecer a otro, aunque el pelo y la frente insistían en teñirlo de eternidad. Quizá cuando levantara los párpados lo iluminara la sangre que volvería a transitar por las arterias, entumecidas de alcohol y estupefacientes.

Ella lo descubrió en el sillón de su alcoba entre sus almohadones de raso, sus perfumes, sus rosarios y sus libros. Era exactamente como su madre lo había pronosticado: un patán, un vagabundo, un vicioso. La fotografía enmarcada en la mesa los mostraba a los dos: él, hermoso, viril, enloquecedor; ella, insignificante, poca cosa a su lado. Sintió como si el peso de toda su vida se acumulara para derrumbarla. “Una alianza inadmisible”, clamaron: el rechazo, la renuncia. De vez en vez noticias de estrafalarias aventuras. El amor no es más que una lucha, después de la cual el corazón aniquilado se inmoviliza, pensó. Sintió que era como un pájaro viudo en el umbral de la vejez. Hubiera preferido nacer anciana y regresar hasta la infancia sin haber sido humillada.

Cansada de observarlo desde el quicio, se sentó en el taburete a corta distancia del intruso que continuaba dormido. Ahora pudo inventariar los surcos, los pliegues, las estrías, las cejas encanecidas de aquel rostro marchito. Vio de nuevo el lunar a ras del labio que lo hacía inconfundible. Ahí estaban sus manos vegetales; manos que ella amó y que le hubieran prodigado caricias; labios de colegial inocente que sabía cómo podían transformarse en diabólica blasfemia. Hubo en ellos desprecio tan hondo que no podría olvidarse, aunque viviera cien años. Tuvo miedo de la burlona mirada con que juzgaría la intimidad donde había penetrado como un ladrón. ¿Sabrá acaso con qué cuchillos me desgarra?

Repentino acceso de asma coloreó las facciones del hombre. Su

largo cuerpo se contorsionó. Al ver el hilo carmesí resbalar por las comisuras con su propio pañuelo restañó la sangre. El sujeto intentó incorporarse. Cuando recuperó la lividez y pudo secar el sudor de su frente, buscó una vaga disculpa:

—Lo siento, no debí venir, pero… no pude evitarlo.

Recobró su antiguo desdén y señalando los libros:

—Alguno me ayudará a bien morir, ¿no?

Hasta ese momento se atrevió a mirarla. Su pupila helada pareció valorar el tiempo irreversible que la había disecado como a una mariposa.

—Traeré una pócima caliente.

La detuvo con un gesto.

—Sería inútil, no bebo agua. Si entre tus jaculatorias encuentras un chorro de aguardiente, lo agradeceré.

Trajo la botella y llenó el vaso en silencio. Lo escanció sediento. Respiró hondo y explicó:

—Me iré en seguida.

Pero no hizo el menor movimiento. Le llenó de nuevo el vaso hasta el borde. Al sonido del licor las pestañas del hombre se agitaron.

—No tienes que marcharte —balbució.

Él abrió los ojos con asombro. La vio de pie en medio del cuarto. Lanzó una enorme carcajada como el más sano del mundo.

—Repítelo, porque no lo puedo creer.

Y siguió riendo. Los ojos de la mujer, como un río detenido, se anegaron de lágrimas. No le prestó atención. Sin cambiar su postura habló.

—En menos de un día echarías al arroyo tu respetabilidad.

—No importa.

—¡Qué raro!, antes, por un motivo menor, mutilaste tu felicidad y la mía —y sin abrir los ojos—: el amor cuando se marcha se lleva el tiempo consigo, ¿no lo sabías? Sólo deja el remordimiento.

Se puso de pie. Su altura apareció engrandecida frente a la mujer cuya delgadez y desmedrada estatura exageraban su apariencia infantil.

—Olvida un instante tu rencor. Te ofrezco mi casa y mi vida para siempre.

—¿Para siempre? —no hubo ironía.

—Lo imposible es lo único que dura eternamente —murmuró para sí.

—Este encuentro debe perdurar —imploró con voz agónica.

El enfermo, extrañado, la miró con inusitada ternura:

—Tengo los pulmones calcinados y es imposible vivir en mi última hora la vida entera —suspiró—. Además, soy el vago de siempre.

—Te lo ruego, te lo suplico, te lo pido.

Su dulzura lo exasperó. Recuperó el tono de crueldad al increparla.

—¿Qué puedes ofrecerme aparte de tus oraciones? Con el dinero que tienes me ahogaría en vino. Por otra parte, tu presencia y la mía frente al espejo nos llevarían al suicidio.

—¿Entonces? —susurró temblorosa.

En una explosión de odio, el hombre exclamó:

—Si pudiera estrangularte con estas manos, con este corazón, con este destino que dejaste vacío; el recuerdo del pasado es todo el futuro que nos queda.

—¿A qué has venido? ¿A qué has vuelto? —a pesar de su desconcierto sintió la importancia del instante.

—No lo sé —dijo tambaleándose en el colmo de la debilidad—. Ha sido una estupidez —y con repentina voz humilde—, quizá he venido a morir.

Avergonzado sonrió con mueca dolorosa. La tos volvió a estremecerlo hasta ennegrecer su piel. Contuvo un desvanecimiento; se sintió liviano, disuelto en aquella atmósfera extraña.

—Voy a preparar tu alcoba, la casa es grande.

—¡No! ¡Eso jamás! —escupió con asco.

Los brazos de la anciana se agitaron como los de un ahogado. Olvidó su timidez y gritó:

—¡Te quedarás conmigo! He mandado cerrar todas las puertas. Te quedarás hasta el fin —repitió con fiereza.

—Mañana me iré —masculló en un estertor.

Su orgullo se desmoronó, se dobló desde su estatura descomunal y dejó caer la cabeza sobre los cojines de raso, como una criatura indefensa.

La mujer lo vio morir, le cerró los ojos con los labios, abrió todas las puertas y salió al balcón gritando:

—¡Él ha vuelto! ¡Me ama! ¡Él está aquí!

El amigo

La última vez que René la vio con vida estaba ahí, reclinada en la *chaise longue* forrada de tisú celeste, su color preferido: azul la cinta de terciopelo adornando el peinado, azules los zarcillos de turquesa, azul la esclavina que rodeaba su cuello. Cubría las hinchadas piernas con el edredón que le obsequió en Navidad. La vastedad de la alcoba era tal que la figura de su madre se empequeñecía en su inmensidad. Cortinajes y muros amenazaban con devorarla. ¡Qué triste fue verla vagar por los salones que en vida de su padre alegraban los amigos! Ahora silenciosos y desiertos, triplicaban la soledad.

René sabía con exactitud cuándo se detenía doña Regina frente al sillón de brocado o ante la helada chimenea, frente a los óleos de marco labrado, frente al rincón donde agonizaba la palmera en aquel aire gris. Sabía de su extrañeza frente al gran espejo. Ella, minuciosa, revisaba los tibores o las sillas de marfil, como si le sorprendiera su existencia. Luego seguía su paseo melancólico por los cuartos descoloridos hasta regresar a la azulosa alcoba. Cada día, aquel peregrinar por las habitaciones ávidas de presencias, por las habitaciones vacías.

Desde hacía diez años, desde que la abandonó para irse a vivir en su lujoso apartamento acompañado de Ismael, el joven seminarista esbelto y misterioso que había sido primero su alumno y luego su ayudante en la Dirección Universitaria, la visitaba semanalmente. A causa del amigo se marchó de casa, sólo por él desamparó a la anciana. No valieron ruegos ni lágrimas. Si ella reprobaba su apego al indígena casi adolescente, la permanencia a su lado era imposible. Abandonarla fue un dolor y era su llaga. La amaba, la había amado siempre. Sometido a su posesión cumplió cincuenta años. El rompimiento los hirió por igual. Imprudente, la madre inquiría a veces sobre tan extrañas relaciones. René citaba a San Agustín y a su dulce amigo, sin el cual la vida le era irrespirable. A David y Jonatán, a Sócrates y Alcibíades, y a tantos y tantos… La discusión terminaba dando el hijo un portazo que la estremecía y la obligaba a beber agua de azahar hasta calmarse.

Estas escenas se sucedían cada vez con más frecuencia. Dejaba él pasar semanas y semanas antes de reanudar sus visitas. En el último

mes casi ni le telefoneó. Doña Regina terminó por invitarlos. Ahogó la repugnancia que le produjo el rostro del indio, su nariz aguileña, las pestañas sedosas en aleteo sobre su palidez, los ojos sombríos obstinadamente fijos en el suelo. Debió aceptar que comía con finura, y además sus bellísimas manos la desconcertaron. Se lo dijo a René. Eran manos principescas, no correspondían a su clase. No, no tenía derecho a superar las de ella, y mucho menos las de su hijo. Por otra parte, jamás oyó su voz, ni siquiera una sílaba. Lo odiaba no sólo porque la separó del hijo único sino por ese silencio, por ese orgullo salvaje, por ese desdén que lo dejaba mudo. ¡Con qué placer lo hubiese abofeteado! Pero el apego maternal la vencía, y la lucha aumentaba su quebranto.

Como si estuviera sucediendo, recordó René que su madre había aprovechado el instante en que el ex seminarista se detuvo en la galería, pues desde que el amigo apareció jamás volvieron a hablar en la intimidad. Siempre aquella sombra sin palabras…

—¡Aparta de tu lado a ese lacayo, no perdona tu sangre! —le dijo, y por primera vez René no protestó, por primera vez acarició las mejillas de la anciana y dijo que nada era eterno.

Pero ninguno de los dos vio el brillo perverso en las pupilas del estudiante, avezado en escuchar a través de los muros.

Inesperadamente la policía le informó que su madre había sido asesinada de once puñaladas con señales inequívocas de lucha, de intentos desesperados por salvar su vida. Así lo indicaba el reguero de sangre en el aposento, las huellas de falanges y de uñas huyendo del agresor al rasgar cortinas y paredes. Los bandazos de sus heridas enrojecieron el tisú celeste de la esclavina que rodeaba su cuello y el edredón turquesa que cubría sus hinchadas piernas y aun la cinta de terciopelo azulosa que no detuvo el escape de su existencia, ni la fuga irreversible de su último aliento.

El móvil no fue el robo, todo en la mansión estaba intacto, aseguró la policía. René ahogó el grito de sus entrañas y salió sin decir palabra, con los ojos extraviados. Lo veía todo como en un recuerdo remoto. Mecida como péndulo, su voluntad parecía diluirse. En unos segundos su aliento se extinguiría.

Aplacó su violencia y se dejó caer como un tronco, incapaz de contener tanta amargura. Así permaneció hasta que una idea inconcebible empezó a torturarlo, penetrando sus huesos. Por monstruosa intentó rechazarla, pero su evidencia le quemaba el alma. Exasperación vertiginosa lo pone en pie. Entra a la alcoba donde Ismael duerme, inmóviles sombras. Un extraño rictus aprieta sus labios, su rostro de niño es todo inocencia, sus manos, sus hermosísimas manos, limpias y suaves, descansan sobre la almohada con remedo de ángel. René lo ve de nuevo en la universidad, tímido,

vacilante, temeroso de su atuendo, el pantalón raído, la chamarra que apenas cubría la camiseta, y luego en la iglesia envuelto en la sotana, ala de negrura que aprisionaba sus huesos, crisálida que gracias a él, a su afán generoso, transformó los harapos en deslumbrantes terciopelos, sedosas camisas bordadas, chaquetas, diseños exclusivos de famosos modistas. Aderezos de oro y cadenas extravagantes sustituyeron al humilde rosario; zapatillas de piel en lugar de sandalias carmelitas adornaron su delgadísimo cuerpo sediento de lujo.

René lo mira por última vez y descarga sobre la frente infantil el filoso piolet. Presa de espanto, regresa a la casa de su madre.

En la tormenta

El sol comenzó a morir. Los flamboyanes de la acera incendiaron sus racimos. Siempre había deseado caminar las calles que van de la plazuela a su casa. En esta época anochece demasiado tarde; pero hay que apresurarse porque la luz se va de prisa y la calzada se alarga. Se hubiera sentido feliz si no llevara el peso de un secreto atroz. Dolor despiadado que lo arrastra a la locura. Lo más trágico, lo más profundo y desgarrador que puede sentir un hombre; pena que abarca altura más allá de la muerte.

Repentinamente oscureció y un aire de vendaval levantó remolinos de hojarasca, fenómeno común en estos lugares donde la tormenta se convierte en huracán capaz de arrancar de cuajo una ceiba milenaria. La borrasca impedía adelantarse. Le fue necesario prenderse de las rejas de residencias enjardinadas que ahora parecían socavones, cuevas renegridas pobladas de quejas. Tuvo que sumergirse en el diluvio fragoroso que inundaba la vereda. La tromba y las descargas eléctricas barrieron sus pensamientos. El paisaje había desaparecido, no quedaba señal. Podía imaginarse que iba por el desierto o sobre el oleaje del mar. El viento bramaba sobre su cabeza. Se empeñó en calcular la distancia que aún recorrería en aquella cerrazón. Arrastróse con ímpetu hasta sondear al fin el pórtico de su hogar. Guiándose por el chirriar del cancel tanteó los escalones de la terraza y penetró al salón ensombrecido. Sin aliento secó su rostro y miró a su alrededor sin distinguir nada en aquella lobreguez. La aflicción inquietante fustigaba su mente, pero le era imposible captar su realidad. Todo se había vuelto remoto y sin importancia. Se hallaba en un plano inmaterial. Al fulgor de los relámpagos pudo distinguir los arcos de las ventanas. “Estoy en mi casa”, pensó inconscientemente como si aún lo dudara. La sensación de saberlo por primera vez era desconcertante. El silencio extendido como una sábana aumentaba el temor absurdo que recorría su cuerpo. Seguía avanzando el temporal.

Ahí, inmóvil, de granito, hizo esfuerzos por reflexionar. ¿De qué le serviría vivir después de conocer la intolerable verdad? ¡Sí!, sus propios hijos, adorados con locura, herencia de su dicha y razón de su existir, por fatalidad sin límite y contra toda ley divina, en incestuoso e inexplicable arrebato se amaban. Él y ella, como lobo y loba,

atropellando la natura, consumidos por pasión maldita, huyeron para ocultar su desvarío. ¡Oh, Dios! ¿Cómo iba a imaginarlo?

La infancia de los niños apareció de pronto en su recuerdo con perfiles acusadores. Los dos inseparables, solitarios, sin amigos, rechazando invariablemente asistir a fiestas o visitar a la familia. Su propia hermana señaló que su adhesión era peligrosa. Juntos en la escuela, en la universidad, en el jardín, en la alberca, en el campo. Montaban a caballo, visitaban la hacienda, iban de cacería, siempre los dos. El día entero en la presa o en la huerta. Excursiones a Florida, a Canadá, a Nueva York, y aquellos dos viajes a Europa en donde abandonaron al grupo, pretextando algo que ya no recordaba. Él mismo insistía en que juntos fueran al cine, al teatro, a las discotecas. Vacaciones en playas de moda en donde tenía fincas. Jamás los acompañó, absorto en sus negocios, en sus proyectos de riqueza, que lo obligaban a ausentarse por semanas y meses. Siempre estuvo tranquilo y satisfecho. Las calificaciones de sus hijos eran magníficas. Aceptó que no alternaran con los parientes, para evitar críticas. Dejó que gozaran de libertad, y de esto estaba orgulloso. Eran dueños y señores de la casa que manejaban a su antojo con servidumbre que solamente ellos aprobaban. No puso reparo cuando el hijo se negó a continuar su carrera en Alemania. Le era muy cómodo el que los dos se acompañaran y no le dieran problemas. Su esposa murió al nacer la pequeña y pudo resolver la situación. Cuando empezaron a crecer casi no se dio cuenta.

Con un nudo en la garganta se culpó por primera vez. Su abandono, su ceguera, su indiferencia había sido criminal.

Era importante recuperar la calma y hacer un juicio frío: estaba en sus manos callar, guardar silencio. El secreto era suyo y de nadie más. Habían prometido separarse; lo habían jurado. El hijo se marcharía para siempre.

Con algo helado se rasgó el brazo. Ante el intenso dolor no tuvo más remedio que gritar. Los rayos reflejaron su lividez en la vitrina.

Era un hecho real, pero no quiso enfrentarlo. Fue la decisión incontrolable de una conciencia que se revino como arenales podridos. ¡Lobo estepario que huye por las puertas de la locura! ¡Laberinto en el que perece el último resquicio del alma!

Se orientó hacia la recámara. Al cerrar la puerta sintió que crecía su angustia. Tardíos remordimientos se agolparon en su cerebro. La realidad tomó proporciones espantables. Ver con nitidez que el alcance del escándalo no tendría fin le hizo desfallecer el corazón.

En este momento retornó la luz. Las bombillas eléctricas iluminaron brutalmente el corredor, el jardín, la terraza. ¡Lo que había en el cuarto se materializó, se volvió tan vivo como un insulto! ¡Ya nada podía imaginarse!, todo estaba ahí como su mísera pena.

Arrojó sobre el tapete la chaqueta que escurría lluvia. Inútilmente trataba de olvidar el dolor del brazo. Se arremangó la camisa hasta el codo. La muñeca presentaba una llaga profunda con sangre fresca manando en abundancia. Indiferente la dejó correr sin piedad, dejó que la mancha se extendiera por la alfombra. Su cuerpo fue sacudido por un temblor. Todavía alcanzó a ver por el ventanal las palmeras fijas en el patio, las violetas que amaba florecidas en los tiestos, los rosales en botón tronchados por el aguacero e inusitados arroyuelos arrastrando hojas secas.

Ante lo irremediable, se acomodó en el alto sillón de cuero; tomó la postura del sueño y quedó con la mirada fija en el vacío.

Undécimo piso

Desde el undécimo piso la sensación de cabalgar en el viento era casi una realidad. El verano henchía el oleaje salobre de espuma olorosa a juventud. Manso, tibio, lento, de improviso bravío, estallante, amenazador: en volubilidad continua. Bastaba asomarse al balcón para abarcar el ocaso y ver morir el sol tras un enjambre de nubes.

El inválido extendía los brazos como si en ellos pudiera caber el tiempo, huir de los reflejos dorados que vigilan su rostro desde el cóncavo espejo y guardar silencio ante el estruendo mágico de ese mar que es fragor y desierto.

Harto de su inmovilidad, cansado de sus propias vísceras, decepcionado de Dios, de ese Dios que su fe no alcanza y cuyo nombre se congela en su boca. Apenas ayer, aferrado a una vida truculenta, sin saborear los dones que lo cobijaron por destino y nacimiento, desafió la suerte. Bastó un instante. Estaba ahí, encasquillado en corselete de hierro, las piernas blandas engarzadas en anillos metálicos para no derramarse con flacidez de gusano. El calvario de las clínicas había cesado. Ahora reposo y espera. De sí mismo no quedaba más que la inteligencia acumulada en el cerebro sin otro recurso que el pensamiento. Tortura infinita para el que anhela el olvido y escapar de la piedad de los otros. Después de la catástrofe el manantial de recuerdos: avionetas, autos, motocicletas, velocidad y locura. Eloísa, Maribel, Carla, Angélica, tornillos, alambres, ruedas, garfios retorcidos. Amigas, amantes, compañeros de juerga, cloroformo y sábanas blancas. ¡Qué bien perder la memoria hasta el último eslabón! Los días atravesarían el calendario sin que cambiara un ápice de su desventura. No tenía otra tarea que la de tenderse al sol como los caracoles marinos. “El mundo continúa, las puertas se abren, la gente gira, los crustáceos saltan y hasta el último de mis cabellos permanecerá inmóvil”, dijo para sí. “Una línea invisible me separa del resto de los hombres. Irremisiblemente seré ya una cosa distante. El pasado se desvanece como un copo de nieve.”

Por la mañana había llamado Angélica, la única que lo martirizaba con su compasión. A los demás les estaba muy agradecido por su fúnebre silencio. Los pensamientos rebotaban en sus sienes. Debería alegrarse, poseía libertad para la contemplación de millones de años

de arena silenciosa, la vería por siempre desde el ventanal del undécimo piso. Oiría caer el polen de las rosas de los macetones que adornaban la terraza del lujoso *penthouse*. Hasta ahí podría arrastrarse. Un espacio mayor del que gozan los tigres en su jaula. Tenía lo suficiente, pero ni siquiera ambicionaba tocar el mar con la punta de los dedos. En el piso once lo imaginaba todo. Ahí podría dolerse de sí mismo y permanecer quieto por horas como un lagarto.

"Sucedió en febrero", murmuró entre dientes. Miró de nuevo el mar y pensó que sería posible que subiera alguna ola para arrastrarlo; caería sobre él aplastándolo para siempre. Cerró con fuerza su mente. Tenía otras cosas que hacer. Debía telefonear a su madre, que se empeñaba en saludarlo cada día. A ella no se atrevió a negárselo. Apretó los ojos y deseó no encontrar nada alrededor, pero todo estaba ahí; sus muletas, su sillón de ruedas, ahí estaba el espejo, cruel diamante empeñado en duplicarlo. Su propia imagen centelleaba en la esfera de cristal. "Estoy realmente vivo", pensó. Nunca antes lo había sabido.

Por el balcón izquierdo el paisaje de rocas dibujadas en el abismo le produjo malestar. Cuando la marea subía las manchaba de blanco por unos instantes, con un lejano sonido de papel reseco. Contemplándolas podía olvidarse de sí mismo. Le llegaba el aroma inmemorial del mar, el estallido vertiginoso del agua sobre las piedras. En el apartamento cabía tanto silencio, que si no lo rompiera el vaivén del flujo y reflujo marino, pensaría en una mortaja sofocante.

Angélica, Angélica… la palabra flotó en la inexorable oscuridad que iba penetrando; lamía las paredes y las puertas como la lengua de un can. Parpadeó titubeante, nervioso. La ausencia de vida, de luz, de actividad, lo impresionó. Palpó la humedad salada del océano, el olor sombrío de las algas espesas. La salvaje negrura del firmamento, amenaza intangible que lo hacía palpitar. Nunca había sentido tan real el impacto de la soledad, una soledad anidaba en su propia alma. Esto era más importante que el vuelo de los pájaros, que el rumor de los retoños, más importante que las estrellas y la más sorpresiva sabiduría de los hombres.

Burlándose de sus propios pensamientos encendió la luz, conectó el radio y escuchó los últimos bufidos de una pieza de rock que en otro tiempo lo hubiese subyugado.

Tenía que inventar algo para no volverse loco. Marcó el teléfono de Angélica, pero colgó al escuchar su voz, incapacitado para enfrentarla. "Soy un imbécil", se dijo. "¿Para qué le sirvo a ella ni a nadie? ¿Qué puedo ofrecerle?" La muchacha, fiel como una golondrina, a quien había dado su palabra, ella jamás reclamó ni ausencias ni olvidos, nunca un comentario sobre su vida libertina, ella pudiera hacerlo feliz sirviéndole de compañera, pero su juventud le inspiraba miedo. Por el

ardoroso amor que Angélica le profesaba, al comienzo quizá todo iría bien, pero ¿luego, cuando reflexionara en su sacrificio, en su vida ligada a un inválido? ¡No! Aunque ella lo amara hasta las lágrimas, no le perdonaría su compasión. ¿Qué otra cosa podría inspirarle? Sería crimen ligarla a su existencia. Su egoísmo no llegaba a tanto. A su pesar la imaginó allí, en el undécimo piso, solícita, amorosa, con sus verdes ojos de niña en contraste con la tez morena y la cabellera negra. "Sí, una especie de hermana de la caridad", comentó con ironía. "Si la llamara, mañana mismo la tendría a mi lado. Estoy seguro de su amor. Angélica me ama, mejor dicho", reflexionó, "ama al que fui". Invadido de tristeza, de melancolía, pasó la mano por su frente para borrar el desvarío. "¿Qué tornillo debo apretar para sentirme de nuevo un ser humano?" El espejo deformó su máscara y trastornó aún más sus pensamientos. Se ocupó de pormenores: sacudió la mesilla de noche, puso las fichas del dominó. Renqueando hasta el refrigerador se sirvió un vaso de leche. Lo bebió a sorbos, como si el sabor abominable pudiese deleitarlo. El timbre del teléfono le produjo un estremecimiento. Lo dejó sonar decidido a no responder, pero la insistencia le crispó los nervios. Era el enfermero que cada tercer día le daba masaje. Lo citó para antes del almuerzo. Procuró serenarse. Se recuperó. "Ahora sí, llame quien llame no contestaré." Solamente se comunicó con su madre para que la señora durmiera tranquila. Ella le rogó, como siempre, que después de su convalecencia se establecieran en Suiza, quizá en Lugano, donde tenían parientes y un bello chalet que dominaba el paisaje de nieve. La dama se empeñaba en que no permaneciera alejado de ella y en completo abandono. El joven contuvo su violencia. De eso hablarían en otra ocasión; por lo pronto, no soportaba presiones de ninguna especie. Colgó el auricular y se hundió en el sofá de pluma, se dejó caer como un fardo. Miró sus manos fantasmales plagadas de cicatrices. La piel suturada en cada coyuntura. Después de meses de ejercicios pudo al fin mover los dedos. Su cuerpo entero era una obra de arte, un paisaje tatuado por maravillosos cirujanos, que lo habían rehecho centímetro a centímetro como el experto que borda un gobelino. El único vestigio de hermosura quedó en su rostro de líneas impecables, a pesar de la lívida señal que partía de la frente a los labios y que el cirujano plástico aseguró que en pocos meses desaparecería.

"Nada une a los enfermos con los sanos", pensó en voz alta. Si me vieran todos preguntarían: "¿Eres tú?" "¿En verdad eres tú?" Sintió una desolación tan atroz como el dejar de ver por muchos años a alguien y encontrarlo irreconocible.

Cuando las tías viejas muestran sus retratos de primera comunión, ¿quién se los puede creer? ¡Qué difícil imaginar que los ancianos hayan sido alguna vez niños!

Quedó con los ojos abiertos contemplando el altero de libros que apenas había colocado en los estantes. El retrato de cuando cumplió seis años, que su madre puso sobre la mesa, lo miraba sonriente. Dudó haber sido ese pequeño vestido de marinero, con cabello rizado. De ello no guardaba memoria. Su infancia había desaparecido. ¿Quién puede intentar ser lo que fue?

El teléfono repicó inútilmente. Se puso de pie con gran esfuerzo y trajo la toalla húmeda que olvidó después del baño. Cuidadosamente la extendió en el pasamanos del balcón, atento a que las puntas quedaran ensartadas en los alamares de hierro. Con las muletas salió a la terraza. En la semioscuridad limpió de hojas secas los rosales, con exagerada lentitud, para que los botones quedaran intactos y las flores abiertas permanecieran. Inmóvil, como si le pesaran los pensamientos, por primera vez soportó estar de pie por largo tiempo.

Miró el vacío e imaginó la voluptuosidad de volar y no caminar jamás con pasos desiguales, lo atenazó el deseo de dejar en la habitación su esqueleto, desprenderse al fin del abominable caparazón aprisionado en telas y láminas; volver a ser, elevándose desde el undécimo piso.

Regresó al balcón, recargó las muletas en el muro, trepó al peldaño en el que vaciló su cuerpo por la debilidad de las piernas y se lanzó al vacío. El cráneo rebotó en el primer nivel de rocas; en el segundo y en el tercero el golpe desgajó sus miembros, se desparramaron como fichas de un rompecabezas; rodaron los anillos metálicos hasta perderse en el abismo, que las piedras hicieron resonar como campanitas lejanas.

Las cortinas llamaban al viento, la toalla quedó flotando como un sudario.

Serias divagaciones sobre el amor

Mire usted, en el amor le va mal a todo el mundo. Tarde o temprano se descubre el fiasco. Parece que Dios hubiera señalado con una regla la altura exacta de esta insensatez. Hay una temperatura clave donde la marmita estalla y se produce la obnubilación que trastorna los cerebros más normales. Las grandes inteligencias, los paradigmas de cultura, los modelos de discreción sufren todos por igual fatídica congoja que los lleva a inesperadas formas de conducta, similares en la perturbación. Es la dolencia grave que no perdona ni a santos ni a heréticos; migraña, como la muerte que los uniforma. Lo mismo puede ser un bailarín que un cartujo. ¿No han oído que todo lo ven azul? Éstos son los que piden peras al olmo y repiten la cantinela "por toda la eternidad". Usan el diminuto hasta la náusea: ito, lito, tito. Al ojo de mosca lo ven enorme, la falta de pestañas las ven rizadas, si se trata de bizco se desmayan; labios de africana, boquita azucarada, las botijonas creaciones de Rubens, las esqueléticas, sirenas; las perezosas, melancólicas; los iracundos, vitales; los energúmenos, machos; los mantenidos, adonis. No hay pauta en el desastre. El enamorado todo lo enreda. Repiten "te quiero" en tic tac infinito. Pasan horas con la mano sudada del otro, de esos que mandan flores en lugar de alhajas. Un atajo de necios que confunden el oro con la malaquita y regalan jades por esmeraldas. Presumen de "hogareños" porque comen y cenan en casa de las víctimas. Ya no llevan al cine; prefieren la diatriba política del suegro y los melindres de la señora de la casa. Sus lamentaciones, peores que las de Dido y desgarradoras como las de Job, señalan su destemplanza. Se han escrito tratados enteros para la investigación del fenómeno que, con ser universal, apunta que son contadas las personas que evitan la epidemia. Un mínimo porcentaje se suicida. Los que sobreviven quedan sin concentración. Las neuronas se evaporan como si aspiraran "cemento" y los infectados flotan a la deriva hasta el final. En casos pertinaces, la amnesia resulta un premio. Ninguno admite haber padecido la enfermedad. Hay los que fallecen por estrés aferrados como lapas al recuerdo. Pero lo innegable es que la circunstancia existe y causa mayores estragos que el alcoholismo y la drogadicción. El efecto del veneno raramente cesa, pero el apasionamiento se agrava con el tiempo. El único antídoto que

hasta nuestros días se conoce es la muerte repentina.

Deberemos instituir leyes, cofradías, sociedades, convenciones a fin de impedir los desastres de esta malaria que no sólo arrasa con el talento, sino que acaba con el arte.

Los enamorados se sitúan en las márgenes del ridículo sin límites. Hablan en sueños incoherencias, se bañan en sudor, padecen fiebres, convulsiones, ataques de ira y posturas catalépticas. Frente al ser amado pierden facultades: ausentismo, engarrotamiento, mudez e incapacidad para expresar ideas. A la juventud le impide adquirir conocimientos y a los seniles les anticipa el sepulcro. Los acompaña la timidez y toda clase de parálisis. La aparición inesperada del amado los deslumbra como un disparo de *flash*.

¡Que nadie hable del amor correspondido! Esa zarandaja es otra clase de experiencia. Hablo sólo del trágico amor de los viandantes. No quiero escuchar a los que se creen dichosos, porque cierto o fingido me ponen al borde del infarto. Lo único maravilloso es no estar dentro de esa calentura, de la que, por favor del cielo, parece que ya voy saliendo.

Antes del silencio

Un estallido en lo más hondo de sus entrañas le anunció que llegaba el fin. Hizo acopio de entereza y comenzó a vivir su muerte.

Desde la profundidad de su fatiga advierte que la sensación de terror va en aumento, miedo que llega al pánico. Los miembros laxos se niegan a obedecer, a reaccionar, a vencer el pavor irreprimible. Debe levantarse, ir hasta el sillón y tomar el libro de oraciones abandonado sobre la mesa. Bastan unos pasos para alcanzarlo y tocar el escudo de marfil incrustado en la carátula: devocionario que la abuela trajo de Roma con bendiciones especiales del Santo Padre. En sus hojas hay plegarias concebidas para amenguar tempestades y alejar al demonio. Disuelven pensamientos de locura e inclinaciones maléficas. Es fácil encontrar en sus páginas letanías infalibles de Nuestra Señora. Pero el sobresalto la domina, le impide atinar con sus zapatillas bordadas. Un aire poblado de partículas luminosas, una neblina azul invade la habitación. Pronto no distinguirá la mecedora en la que ondea el tejido que confecciona para nadie, tiras acumuladas sin destino, sólo para disimular el hastío y la inutilidad. Cada mañana ha fingido una ocupación laboriosa. Más le valdría repasar los libros desparramados en el sofá, los libros preferidos: releer el salmo donde David exclama: “No llames a juicio a Tu siervo porque ningún viviente es justo delante de Ti. Ha postrado en tierra mi vida, me colocó en las tinieblas como a los muertos de hace días y dentro de mí desfallece mi espíritu”.

Si pidiera auxilio, si llamara a los demás para explicarles que ya pronto no ocupará espacio… Está presa en una cápsula de horror que petrifica sus huesos. Es urgente avisar, llamar a voces. Mas ¿cómo empañar el bullicio de los propios, que por egoísmo la prefieren eterna? ¿Cómo incomodar su prisa? ¿Cómo dispersar los sollozos que su desbordante existir taladra? Hacer evidente el olvido es humillación y bochorno. ¡Hace tanto que transita como si fuese invisible! Interrumpir su danza con vano sobresalto es ignominia. De no ser por la turbación y por ese augusto espanto, más atroz que el que provocan los reptiles resbalando por la seda de las paredes, gritaría.

Se escucha escalofriante el disco de vidrios sonoros, estallido del

África, diabólica confusión de metales y bramidos, chirriar infrahumano que dispersa el aura y que agota el sentido. Lo han puesto por tercera vez los adolescentes que repudian la decrepitud y no creen que todo acaba.

Un jadeo se adhiere a sus entrañas como plomo fundido. Un malestar que la reduce a cero y desmorona su manía de vivir. Antenas silentes se desparraman, colas velludas se enroscan al devocionario. Quizá trepan por el pabellón, quizá por el torneado de la mecedora. Espejea la hemorragia viscosa, se alarga como ciempiés de hocico tibio y bulbas tumefactas. Hedor a sentina, fetidez de vísceras. Aumentan las tinieblas. El ventanal es una línea alucinante. Hay rumores de arena, cataratas de vacío se alojan en el cráneo, pulsaciones desbocadas martillean como libélulas hambrientas.

De su cerebro brota líquido candente, resbala por su cara de granizo que desde hace tiempo ya no irriga la sangre. Cuando familiares y amigos le dan el beso ritual, se apartan con desagrado por el estremecimiento que les causan sus mejillas heladas como peces del Ártico. Música metálica, estridente, sigue el ritmo de sus latidos. Extinguirse a espaldas del vivir prodigioso de otros, temerosa de ser inoportuna, de interrumpir con su estertor el festín de alegría. Fenecer en aquel páramo, a unos pasos de la vida que ensordece.

Un recuerdo amoroso los dibuja, los perfila uno a uno. Sin asfixia ni dolor comprende a los del ruido y aprueba su ausencia. Los envuelve en su ternura, los cobija por entero. Eso la vuelve ligera, sin arterias gangrenadas. Leve abatimiento la instala en una dimensión jamás prevista. Ahora la recorre sangre nueva, gemela del amor y de la muerte, elíxir luminoso como el de los siete años. Y así hasta el silencio.

II
Hemerografía

Cuento

Diplodocus sapiens[1]

Vengo de la selva. Habito en una cueva mucho más allá del viento. Vivo solitario, porque han pasado siglos desde que se extinguió mi especie; pero el estruendo de los hombres inquieta mi refugio. Por esto abandoné mis horizontes, mi musgo milenario y mis líquenes antiguos, para poder mirar de cerca lo que queda de su estirpe.

Cruzaron por mi sombra, manchando el inviolado espacio de un hedor nauseabundo, y hasta los niños llevaban el andar temeroso, y la mueca de hastío que destruyó a sus ancestros. Aun cuando pasaron de prisa se les notó la congoja, su olor a tiniebla y su fiebre de espanto. Si se saben en compañía, hacen alarde de seguridad; pero a sus bocas, colmadas de palabras inútiles, no se las reconoce si se les sorprende a solas, transidas de preguntas, hurgando entre las piedras, con la figura quebrada de los títeres sin dueño.

Vine hasta su edad, porque quiero saber la causa de su pesadumbre, descubrir si tengo alguna liga que coincida con ellos, o tal vez perdí el instante de la era precisa y llego con cien soles de retraso, cuando el dinosaurio y la sierpe son fantasmas de una vida que está negada a los recuerdos.

Donde nacieron los renos hay palacios de bronce; bosques legendarios donde dormía el pantano, y existen selvas navegables y mares de concreto.

Me he venido escondiendo para que nadie me advierta, con esta mi arcaica piel rocosa, inmune al cataclismo que destruyó otros mundos, y con mi bestial catadura de línea apocalíptica. Arrastrando mis pezuñas deformadas como las encinas carcomidas de diluvios, avanzo expectante; y escogí la noche por ver si, cuando duermen, es el amor o el miedo el que los junta buscándose en el otro.

Desde que salí de mi distancia camino inseguro por este blandor de asfalto, viscoso como un río de larvas, en donde mis huellas se pierden. A la orilla de esta carretera infausta no crecen ni los sauces; sólo una cadena de gigantescos mausoleos fundidos en cemento enraizan en la tierra, y un abrazo de alambres epilépticos va trazando los paralelos de este cañón sombrío, en que los hombres vivos esconden sus lamentos.

Desde aquí comienzo a ver las ventanas: son órbitas vacías en todo

el insomnio de la noche. Otras cuencas iguales las reflejan con la exactitud de un espejo; miles de cuencas forman el vacío. En las tumbas de los ricos hay ruido de fiesta; pagaron precios muy altos por la compañía, y alargan las orquestas para que su dicha mercenaria no se derrumbe ni se acabe su mentira. No alquilan plañideras, porque todos los que asisten se comprende que estarán llorando.

Miro las plazas y los templos desiertos, con sus cúpulas de campanas enmohecidas, donde el badajo cuelga como un corazón descoyuntado.

Los teatros de negros paladares, vomitando la jaqueca que en sus salas oscuras han logrado los ingenuos, viviendo aventuras inalcanzables.

Las casas nocturnas donde el tiempo quema su lascivia. El oxígeno pardo de los jugadores y las aulas flamantes donde disecan los sueños.

Escucho por las puertas conversaciones tan extrañas, que el hielo de su mundo sobrepasa mi frío. Y es que cada uno lleva adentro la guerra. Glóbulo a glóbulo es de sangre enemiga y sólo el pánico los encadena.

Los que antes construían estrellas ahora alquilan sus almas. Es muy intenso el trueque de las miserias.

Pero ya vuelvo a mi horizonte ultramilenario, porque aquí nada me detiene, ni su amor ni su grito.

Me quedaré más siglos esperando que su confuso ritmo retroceda; tal vez llegue hasta mi tiempo, y entonces volveré a buscarlos; porque de todas las angustias que sepulté en mi páramo no he conocido dolor más hondo que esta soledad del hombre.

Noviembre de 1954

1 *Ábside. Revista de Cultura Mexicana*, XIX-1, México, enero-marzo de 1955. “Tres cuentos” (“El moribundo”, pp. 64-70; “Digo yo como vaca”, pp. 71-72; “Diplodocus sapiens”, pp. 73-75). No se recogió en ninguna de las tres colecciones de cuentos de la autora. (Nota de Patricia Rosas Lopátegui [PRL].)

La hora desteñida[1]

No era extraño que ella apresurara su paso de góndola por la acera, para llegar exactamente a la cita. Se hallaba al borde de la noche, cuando la hora desteñida diluye las fachadas y los postes alargan su línea de cipreses, las siluetas fingen ser dagas afiladas sobre las paredes grises y las calles se vuelven patios inofensivos, kilométricos corredores con la piel de cemento. La luz se manchaba de fantasmas y pintaba callejones siniestros. Por eso, tampoco fue extraño que, olvidando de pronto el compromiso, se perdiera en el asombro de lo que miraban sus ojos.

Un callejón irregular se abría a la derecha, una extraña calleja que estaba segura de haber visto antes, en otra existencia quizá; pero era la misma, con las enigmáticas casas de piedra y el laberinto de angosto asfalto, que de improviso se retorcía trepando por las paredes, hasta llegar a una altura en que podían verse recortadas las montañas, sobre los azules múltiples de un cielo expectante.

Una mezcla confusa de lo irreal y lo palpable, los luceros y las sombras, en los caminos de presagios. Se entumecían sus huesos y un cansancio súbito le volvía lentas las articulaciones. Sus latidos sonaban como pisadas. Qué absurdo terror de seguir adelante. Presentía algo fantástico e inevitable, y sin embargo la conciencia de que se le pasaba la hora de la cita era un acontecimiento que no tenía la medida de un sueño.

La invitaban fatalmente las asimétricas construcciones abandonadas que aparecían a trechos con misteriosas claraboyas por las cuales apenas se adivinaban los interiores lúgubres.

Por el camino, la seguían perros pequeños que se iban multiplicando. Eran perros chicos de inverosímil rostro humano, parecidos a su cara. Dos, tres, cinco y otros más, que asombrosamente aumentaban de tamaño, y al crecer ya no se le parecían. Los pequeños la agotaron con mordiscos diminutos descargados en forma continua sobre sus tobillos, y los grandes, frotando rudamente su pelo aceitoso contra sus muslos, la hacían tambalearse fuera de todo equilibrio.

Una sorda soledad la hacía sentirse etérea, más inexistente que un cabello; pero luego, una sensación de grosor la desbordaba ancha y pesada, abarcando las aceras su magnitud monstruosa, para de nuevo,

inesperadamente, tornar a su delgadez, en un oleaje inacabable.

Esforzándose por pensar que tal vez soñaba y que en los sueños es posible volar, hizo un impulso para vencer el pánico y se tendió confiada como las gaviotas que vuelan sobre el mar; pero su ascenso se levantó tan sólo a un milímetro angustioso que no permitió a la punta de sus pies elevarse, pues como dos pizarrines marcaron surcos en la tierra y un inesperado espejo de agua humedeció la piel de su estómago.

Destruida su confianza, torpemente siguió por el camino que ahora iba estrechando sus muros adversos. Hileras de puertas consecutivas permitían la entrada a las mansiones, que se iban ensombreciendo conforme avanzaba. Entró en una y pudo salir nuevamente a la calle, que, cada vez más estrecha, semejaba ahora el angosto pasadizo de una caja de muerto. Un escalofrío le bañaba de sudor el rostro.

Se precipitó por cualquier camino y se encontró ante un ancho pozo, cónico alcatraz que se abría a un cielo alucinante. Deslumbrada no pudo notar que otros la miraban. Pero pasados unos instantes fue viendo extraños individuos vestidos pobremente que asoleaban su miseria pegados a los muros de altura infinita. Eran tan pálidos e insignificantes que sólo intuyó el conjunto. Pudo no obstante fijarse en un hombre de pie en el centro del extraordinario pozo seco. Era altísimo, con una voz musical y potente cual eco de gong. Un terror inexplicable le impidió verlo de frente; temblor convulsivo que la detenía en la entrada de aquel patio colosal, ensordeciéndola los gritos del hombre, que, dios o demonio, daba órdenes rotundas a los esclavos lívidos, andrajosos y sin aura.

El deseo obsesivo de huir la hizo reaccionar y la lanzó tambaleante por una oscura salida que continuaba hacia el corredor de una casa que podía jurar había sido ya habitada por ella. Conteniendo su espanto, fue localizando las habitaciones. La impresionante alcoba con cuatro camas desoladas, el comedor destartalado y deprimente con aquel par de pinturas de pescados muertos en combinación absurda con claveles y racimos de tórtolas. La sala en sombras y sus estantes con patas raídas de sentenciosos títulos devotos. Mas, de pronto, los imponentes espejos dorados no reflejaron su imagen; vacíos, como dos lagos espantables.

Perdida en la crisis, recorrió una y otra pieza, corredores y pasillos; miró el mudo paisaje devorado por las ventanas, que ya no mostraba caminos, sino era todo un desierto, con las amuralladas casas siniestras, y en la cumbre una ágata por luna. Pero esta luna no la había visto jamás. Su vieja faz de cobre bifurcaba los senderos de estrellas emigradas mucho más allá del mundo, mucho antes de los muros y de las cavernas, con su luz postiza y blanda para pies sin caminos y pensamientos con alas.

Los perros famélicos nuevamente empezaron a salir de todas partes. Ahora iban tras ella silenciosos, sin morderla, siguiéndola dóciles por todos los cuartos como gatos humildes.

Su corazón era una bomba frenética. Segura del fin ya no se detenía, avanzaba hacia su destino. Salió al último pasillo. Una fila apacible de macetas le recordó de improviso un pasaje de su infancia. Ansiosamente buscó lo que había de aniquilarla. No vio nada. Alcanzó la puerta y ya en el dintel estalló su sorpresa: una niña, ella misma, como en el retrato que le guardaba su madre, pero con la cara cansada y triste como la de los hombres del pozo. Cruzó con ella una mirada terrible, interrogante y silenciosa. Enloquecida huyó hacia afuera. ¿Pudo haber algo más monstruoso que el encontrarse de súbito ante aquel pequeño verdugo inconsciente que destruía aun su vida, hora por hora, con el recuerdo vivo de su propia infancia?

La jauría de perros chicos volvió a morderla desesperadamente. Un deseo de gritar le desgarraba el pecho. No pudo contenerse y entonces los perros grandes que ahora eran tigres enfurecidos alcanzaron su garganta. Un estremecimiento la sacudió hasta la raíz de la vida.

Automáticamente se llevó su pañuelo al cuello donde la sangre resbalaba como si su gargantilla de corales se le hubiese desprendido.

Repentinamente reconoció que de nuevo caminaba por la avenida. Miró su reloj con el extraño círculo de números cautivos, ligado al grillete que encadenaba sus pulsaciones, y comprobó que se le había pasado la hora de la cita.

1 *Ábside. Revista de Cultura Mexicana,* XX-2, abril-junio de 1956, pp. 199-202. versión más extensa de la que aparece, con el mismo título, en el volumen *Tiene la noche un árbol.* [Nota de PRL.]

Juicio Final[1]

> … el sol se puso negro como un saco de cilicio, la luna se volvió bermeja como sangre. Y las estrellas cayeron sobre la tierra a la manera que una higuera sacudida de recio viento deja caer sus brevas…
>
> APOCALIPSIS DE SAN JUAN

Y de improviso todo el bosque se pone en movimiento. Caminan los árboles con el aterido andar de los lagartos. Caminan las ceibas y las hierbas humildes, los robles y las ramas de canto; desnudan sus secretas cabelleras subterráneas. Van en silencio tras la Voz, la Voz inevitable.

Un río de crespones verdes; de encinas que mueven sus raíces con solemne lentitud de paquidermos, de pinos y jacarandas entre el remolino de las hojas. Viajan también los sauces goteando duelo y los flamboyanes con su jauría de hojas en brama.

La caudalosa espesura de madreselvas destrenza su letargo sobre la maleza, y mira pasar las zarzas en un calambre definitivo y también los cactus con sus puñales.

Aumentan la avalancha mezquites tuberculosos, sicomoros, palmeras y los árboles que dieron fruto.

Las espigas se deslizan sin quebrantarse y la alfalfa recién nacida, el musgo, la flor y la simiente.

Todo el verdor del mundo apiñado en un tropel, en aquel tropel urgido por la llamada del Vengador.

Cuando cruzan los juncos con velocidad de ciervos, abriéndose paso en el vértigo, y saltan los cipreses derrumbando arbustos, hasta las biznagas de vientre hidrópico se ponen en marcha; siguen las sombras en vuelo, de los arcángeles exterminadores.

Rampan sobre sus fibras las legumbres, se aproximan temerosas, junto al cauteloso andar de las mandrágoras que sugieren avance de serpiente.

Las rocas no logran contener la ráfaga de ortigas, ni existe brisa que mitigue la convulsión de los laureles.

De todos los bosques acuden árboles, atraídos por la fuerza incontenible. Y millones de millones sucumben en busca de sentencia.

Perece de principio a fin el júbilo de la creación con sus nidos llenos de alas.

Sobrecoge el silencio del inevitable morir, y con él la tiniebla que

no cesa de llover sobre la tierra.

Entonces los lagos abandonan sobre el polvo sus zaleas calcinadas, y se escapan los riachuelos, dejan sólo líneas sobre un mapa de tierra. Granizo de luto devora la floresta. El mar de sangre coagulada barre la sal sobre sus cauces y seca sus vetas escondidas; agota torrentes y cataratas, enjuta el estruendo de los vendavales, marchita las lluvias de nieve en las montañas y el rocío sobre los tallos.

Queda sin humedad el mundo; sin una gota de llanto.

Se amotinan medrosas las fieras de la selva; sus colmillos como guadañas se arrastran en oleajes de huesos tumefactos. Pueden verse inmóviles lagunas de caimanes; búhos que vacían sus ojos como lunas y osos que taladran sus entrañas.

Allí los dromedarios, con la fija interrogación de sus cuellos sepultados en la arena. Una maraña de gritos, de aullidos de jabalíes, de estertores en la espesura, de tigres con pieles heliotropo, el polen dorado de sus fauces y las pupilas inclementes; vencidos de pavor, interrogan a la vorágine.

Son azalea los cuerpos de los cisnes; de hielo el alarido de las cobras, y los corceles son de bronce y de espanto.

Huyen las alondras por la garganta del cielo.

De los matorrales brotan los reptiles y en su angustia tejen redes con sus tentáculos; forman veredas duras como garfios.

¡Ay!, ruedan igual que piedras los animales domésticos y todo ser vivo se convierte en ceniza.

Luego, las estrellas que la vista del hombre exageró van cayendo. Al aproximarse a la tierra se empequeñecen. Transfórmanse en diminutas cáscaras con un brillo de lentejuelas podridas.

El sol, al derretirse, se vuelca sobre el mar hecho sed. Cascadas ciegas brotan de su seno; relámpagos de azufre desgranan sus volcanes; flota su cabellera de uranio, y en el caudal de su fragua los metales en llamas caen al vacío; diamantes derretidos, platino y esmeralda; todo lo que el hombre buscó bajo la tierra, confundido en la furia de su fuego.

Cuando el sol tiene el tamaño de una lágrima, los astros se desvanecen; se borra el último cometa y desaparece el espejismo de la luna, de la luna con su espejo traidor de falsos zodiacos, el astro sin poder y sin magia, el inventador del maleficio, falsa esfera de presagios ruines.

Los planetas no existieron nunca. Al espacio lo inventó la retina atrofiada de los hombres; fue la distancia la que construyó su leyenda.

La dimensión de la sombra abarca la inmensidad.

Pero allí, palpables en el abismo, donde los bosques derrumban sus

cadáveres, donde el arsenal de troncos crece, la monstruosa montaña de leños aumenta como una inundación.

Sobre el sepulcro de los soles, los troncos calcinados se buscan en sus huesos, mientras un aire de navajas sopla doloroso.

Retumban en la sima, remueven sus escombros. Se desparraman atrapados por el desconcierto, en “un solo haz de pesadumbre”.

Pero cuando la carroña de sus ramas desaparece, los contumaces habitadores de la tierra buscan en su savia resquicios del antiguo fuego. Y los de sangre reseca, sordos al follaje, aquellos de brazos amargos heridos de blasfemia, distiéndense en la penumbra con su larga imploración inútil, en espera de su segunda muerte.

Sólo los de hojas son oprobio, se apartan en secreto con sus raíces sedientas.

No existe bosque, ni queda selva que no converja con su antiguo corazón sin sosiego a la cita ineludible, encaminando sus raíces a Sion.

Y todo es destruido, hasta que sólo la Voz del Señor flota sobre la nada.

Pero de pronto se abre el Libro de la Vida.

Allí un poderoso fuego de luceros estremecerá los nombres de los que vuelvan de la muerte y el infierno a reprobar los bosques purificados.

El firmamento descargará sus soles “en candelabros de oro”, atravesará las entrañas de los troncos secos. Y el peso de su luz clamará en el lamento de una espada, con bíblicas voces aprendidas en el hueco de un torrente.

Porque se abrió el Libro de la Vida.

Los ríos emanarán de nuevo del solio del Altísimo y música de pájaros glorificará los árboles, arrancados de la algaida más remota. Los troncos se revestirán con el beso de Dios sobre sus frentes de topacio, y sus frutos serán astros de zafiro alucinante.

Y se abrirá el Libro de la Vida.

El viento dejará flotar su túnica y las zarzas darán flores, quedándose sin sed y sin lágrimas.

La tierra será absoluta claridad sin noche, donde los bosques con sus árboles de vida ascenderán su follaje rescatado de las sombras.

Porque se abrirá el Libro de la Vida.

El Cosmos es sólo incienso sobre el infinito…

1 *Revista Mexicana de Literatura*, núms. 9-10, enero-abril de 1957, pp. 3-6. Se trata de otra versión de "Y se abrirá el Libro de la Vida" que aparece en *Tiene la noche un árbol.* No se recogió en ninguna de las tres colecciones de cuentos de la autora. [Nota de PRL.]

Zapatos para toda la vida[1]

Cuando quebró La Parisiense mi padre tuvo que realizar rápidamente su mercadería de productos de belleza y almacenar lo que no fue liquidado.

Dos amplias piezas de la casa quedaron atestadas como un granero de mazorcas. Los más finos cosméticos importados: perfumes, jabones y una serie de frascos que contenían secretas alquimias, formaron la fauna que invadió con su aroma dos manzanas a la redonda y los años de mi adolescencia; además, acompañaron con sus efluvios el nacimiento pertinaz de mis siete hermanas, una cada año.

Esta quiebra tan lamentable para mi padre fue la única compensación de mi juventud desolada.

Pude usar un perfume para cada día de la semana. Sí, el lunes olía a “Heliotropo”, el martes olía a “Rumor”, y el siguiente a “Escándalo”, y después a “Arpegio”, “Hora Íntima”, “Intermezzo”, y el domingo a “La Nuit Bleue”. Cada amanecer escogía de aquel jardín fantástico una flor diferente. Era tener el arco iris al alcance de la mano. De colonias y esencias estuve penetrada y no creo en un elíxir con el que no me haya saturado. Costosísimas cremas para las arrugas me recorrieron del tobillo al muslo donde generosamente las extendí logrando una suavidad que todavía me dura. Cuando le tocaba su turno al polvo, me daba baños completos hasta tomar la apariencia de un fantasma, ya vestida, bastaba un movimiento para que de mí lloviera tamo como un costal de trigo.

Pero este huerto de magia aminoró muchas de mis amarguras. Largas horas pasé contemplando las ánforas blindadas. Absorta ante los ostentosos envases coronados por diademas o por exóticas cabezas de africanas con sus collares de piedras.

Los había con tapones esmerilados mayores que las botellas, otros remataban en prismas o en forma de lágrima, y había uno fascinante incrustado de rubíes y diminutos tréboles de plata, su interior de ópalo derretido tenía burbujas atigradas.

¡Aguas llenas de crepúsculos! ¡Frascos que degollaron sus gargantas frente a mis ojos ávidos! ¡Paisajes que viví a través de sus entrañas! ¡Botellas que imaginé un desfile de niñas ricas en traje de gala!

Había esencias que huían inexplicablemente en hemorragia

invisible aunque las manos no tocaran los frascos. Esencias que se iban como se va la vida. Los pomos con sus cerraduras intactas en unas cuantas semanas mostraban sus urnas vacías y la sensación de su ausencia empañaba mi gozo enfrentándome al terror de su fuga.

Era famoso "nuestro olor" por toda la colonia. Y aunque esta popularidad molestara a los de casa, a mí me enorgullecía.

En el internado fui un personaje. Excité la envidia de mis compañeras. No cabían de asombro cuando comprobaron que usaba cuatro jabones distintos para mi aseo en el baño: el de "Hiel de Toro" para el cabello, "Heno de Pravia" del cuello a la cintura, legítima lavanda de la cintura a los tobillos (porque los pies nunca me los enjabonaba), y por último, el de "Ross" color de caramelo para mi cara y mis manitas. Llegué al colmo cuando como una excéntrica millonaria les enseñaba las lociones que me cubrirían cada día de la semana y me entusiasmaba deslumbrarlas regalándoles con profusión muestras pequeñitas de perfumes costosos, tanto, que hasta logré olvidar mis medias de popotillo que parecían remendadas con soldadura autógena. Cuando alguna buena chica me decía llena de admiración: "¡Debes ser muy rica!", escondía mis zapatos sin medias suelas comprobando la frescura del mosaico para contestarle en la forma más despreocupada: "Algo, algo…" Ahora, que había niñas malas que amargaron la posesión de mi tesoro llamándome *la Urania* y haciendo conatos de vómito cuando mi estela implacable las azotaba o asegurando que les producía jaqueca mi persona.

Pero fuera de esos malos ratos fui dichosa con aquel bosque de fragancia que era todo mío como mis cabellos y mis lágrimas.

Afortunadamente mis padres no tomaron el menor interés por el destino de aquellos sobrantes. Si alguna vez regalaban a sus amistades un perfume tenían que soportar mi llanto y mi histeria, pues me creía despojada.

Nunca supieron la importancia que aquel paraíso de colores significó para mí, para mi espíritu abandonado a la sola emoción de aquella bodega encantada.

La verdadera tragedia de mi vida comienza cuando, unos meses después, mi infatigable padre quiebra por su cuenta en su nuevo negocio de zapatería.

Otra vez las piezas quedaron atestadas. Esto hubiera sido soportable si no discurren separar los zapatos por números y calcular, exactamente, la cantidad de pares que todos los de casa deberíamos usar mientras viviéramos. Así que, por ejemplo, si yo a los doce años calzaba del 19, a los veinte calzaría del 23 y, por lo tanto, tendría zapatos por toda la eternidad.

Colocaron los pares destinados a mi existencia en los ángulos de mi cuarto y aquellos ataúdes de recién nacido levantaron su escala hasta

el cielo. Yo tenía tiempo durante la noche de contemplar la torre de grilletes que aprisionarían durante mi vida mis indefensos pies sentenciados.

Al abrir alguna caja, al azar, procurando que no se derrumbara la Babel, mi desconsuelo no tenía límite al descubrir unos choclos híbridos, de consistencia de hierro, que invariablemente en hombre parecían de mujer y en mujer se hubiese jurado que eran de hombre. Su color tornasol los acababa de hacer abominables. En otra caja descubría unas botas que soñaron ser de cabritilla y eran de lona, casi calicot, con hileras de muelas a los lados, en partes blancas y en partes con las caries de metal negro al descubierto, en donde se atoraban unas cintas kilométricas. No existía ni un solo par halagüeño; eran zapatos de tropa, para pies de forajido, con cascos de hierro como criptas.

Envidié a los tarahumaras y a los niños descalzos y soñé absurdamente que un camión me triturara para que mi papá fuera la única víctima de sus zapatos. Mi consuelo era que los pies no me crecían y procuraba andar muy quedo para no destruir nunca mis mocasines rojos.

Acabar con el calzado de puntas amarillas, con los guaraches de mula, con aquellos botines que tienen chiquiadores en los tobillos, arrancar de las sandalias los moños de seda y quitarles lo sinuoso con baños de agua sucia, mutilar tentáculos de chancletas y escarpines y a todo trance no dejar zapatos, ni siquiera un cacle en donde enjaularan mis piececitos fue la idea fija, perturbadora, alucinante que dominó mis días; la obsesión que convierte en martirio las horas y los minutos.

Para conseguirlo discurrí pertrecharme de herramientas: tijeras, navajas, una lija, piedra pómez y buenas alcayatas. La mano del molcajete pasó a ser cosa mía, y también el raspador de coco, que sirvió de maravilla.

Evité dormir para caminar calzada a cuatro patas por los pasillos y el corralón empedrado. Empecé a estrenar dos veces por semana. Mis amigas tuvieron regalo el santo y el cumpleaños. Calcé a los limosneros del barrio. Con frecuencia dejaba algún zapato en las visitas, pero esto no dio resultado; las familias devolvían el huerfanito y me ocasionaban regaños y castigos. Fue mejor olvidar pares flamantes, escogido el número adecuado, a los niños de la casa.

A las zapatillas pespunteadas les tomé tal saña que muchas fallecieron bajo las ruedas del tranvía. Fue también un buen sistema recolectar bolas de chicle de todos los pupitres. Son infalibles contra el raso y el glasé.

Pero el afán es agotante. A veces camino diez y más kilómetros persiguiendo con mi tirria la dureza de estos cueros embrujados que no sufren ni se alteran, soportan inmutables mis ampollas y mis

pataleos. He inventado pasos que doblan el desgaste; pero estoy muriendo. Sus lengüetas asesinas me atormentan y las suelas se incendian con mi calentura. No hay manera de acabar con esta plaga. Inauguro seis grilletes cada día y apenas unas cuantas filas desaparecen. El blanco cajerío se aprieta malicioso mientras agonizo.

Es muy duro rasparlos con lija; muy difícil que se rompan dando saltos. Las uñas se quiebran y me sangran los diez dedos en esta lucha infortunada. A una legua de distancia el olor de la vaqueta me denuncia, no es que sude, lo que pasa es que metida en estos cepos cualquiera se deshidrata. Los modelos cada instante son más viejos, me avergüenzan. Hacen falta siete vidas para usarlos. No se acaban…

1 *Universidad de México*, vol. XII, núm. 3, noviembre de 1957, pp. 6 y 7. Originalmente Guadalupe Dueñas concibió en un solo relato lo que después sería “Topos uranus” y “Zapatos para toda la vida” en *Tiene la noche un árbol*. [Nota de PRL.]

Carta a un aprendiz de cuentos[1]

Querido amigo:

Me pregunta usted qué es un cuento y tengo la mejor voluntad de contestarle; es más, creo que ha dado con el cuerno de la abundancia, con la fuente, con el Wall Street de esta riqueza. Mucho se habla del cuento y todos identificamos el género. Mire usted, en el diccionario leemos… ¡Bueno, parece que la Real Academia no sabe qué es un cuento! y, amigo, si no lo sabe la Academia… pero veamos; un cuento… por ejemplo:

Había una vez en una ciudad (si usted prefiere algún epíteto jamás lo use, de seguro que es inadecuado) *de las llamadas cosmopolitas, casi en los suburbios* (atienda usted al nivel social que connota la ubicación. Tache usted ahora *había una vez* y empiece con *En una ciudad*…) *vivía una viejecilla nerviosa, mínima, empolvada, seca y repugnante, que por defenderse del tiempo ofendía a Dios y al diablo*.

La situación está planteada y el personaje ha empezado a rasgar su crisálida. Algo le debe ocurrir a esta vieja; nosotros, de lo que *debe ocurrirle* decidiremos qué ha de pasarle… Una vez que hemos escogido la anécdota, termina nuestra intimidad con la actora. Es bueno que ahora corra su propia suerte. Nuestra potestad termina en los obstáculos puestos para estimular, detener o impedir su acción. El camino que escoja no nos pertenece. Aclaremos: una vieja no pensará tan rápidamente como una muchacha; será, también, más obstinada y más rebelde; tendrá manías e inconsecuencias abrumantes; pero sus motivaciones serán también más evidentes. Hemos escogido un personaje anclado en una edad y en una condición social francamente molesta. Además, todo lo que llevo dicho sobra. No se sorprenda. Mi lección, más bien, la segunda parte de mi lección, tiene este enunciado: no existen situaciones generales; y nada que sea común entre las personas conviene a los personajes.

Para que a la vieja le pase algo es necesario que desee algo. Que vaya a alguna parte, que trate a otras personas. Una vieja va por su leche, por su pan, saluda a los vecinos y, ya encerrada en su casa, teje, reza, aliña o maldice. Desde luego que no es indispensable que nuestra vieja haga esto. Bien podría, por ejemplo, y a cambio, estar dedicada a la música, a la mecánica o a la astronomía. Para el caso todo es inútil.

Nuestra vieja no está dedicada ni a la astronomía, ni a la mecánica, ni a la música, y sí va por su pan y por su leche y saluda a los vecinos. Nada más que cuando está sola en sus cuatro paredes murmura canciones y se mira y se remira en el espejo fantaseando sobre composturas y afeites.

Comprenderá ahora al personaje. Le llamaremos… Es muy importante el nombre… Al lector debe decirle algo, o nada. Atienda usted: si le llamamos Friné, denunciaremos una aspiración a la extravagancia, por menos si la vieja es de Tabasco; por más, si es de paciente tribu burocrática. Si la nombramos Domitila, Gumersinda o Pancha incurriremos en lesivo folclorismo más extravagante todavía, con lo cual no situaríamos a la actora sino a nosotros los autores como dados a la chacota y a la tontería. Es de gran malicia comprometer a personas vivas dejando sólo una inicial sustitutiva. Lo mismo pasa con los nombres de lugar, pues cuando están escondidos en cábalas denotan malignidad y falta de temperamento. Bien, la vieja Friné (¡fuera complicaciones!) vive sola. Ella hace sus servicios. Nadie la ampara (aquí se atraviesa un inconveniente, que el tumefacto crítico nos reprochará inclemente: ¿de qué vive Friné?). Para pisar a la española le contestaremos que no nos interesa y, para salir del paso, advertimos que un sobrino de la señora le envía una pensión desde ciudad extranjera, ¿le parece Jalisco? Pues de allí… le recomiendo a usted, primerizo, que tenga mucho tacto con estos incidentales, porque deben caer, según dicen, como guante. Reanudemos:

Friné vive sola (aquí debe usted empezar). Interviene ahora un segundo personaje que suele ser persona, animal, fantasma o emoción. En nuestro cuento entra como un leve rasguño en la ventana, como una humedad en el vidrio. Friné vuelve la cabeza y, en la noche, una decoración medieval apronta las apariciones (¡demasiado solemne!). Suavicemos: Friné vive sola (mejor). Friné, recargada en la mecedora, sueña… (también). Friné sueña y un temblor de vidrios la despierta. Allí está el maligno en vela, sus fanales inmóviles y potentes, sus orejas tensas: sabe que ha hecho ruido y espera… Friné suda y siente las ataduras del miedo movilizándole las piernas; se sobrepone y lanza un zapato… quedo, para no romper los cristales. El otro ya no está ahí; lo oye maldecir aunque ya no está ahí. Esto la tranquiliza y trata con la postura de meterse en el sueño. Al cabo duerme y el otro, con su cara triste, con sus ojos verdes como velitas en pastel de pobres, la contempla, y su respiración nos deja creer que llora.

Comenzó esta desgracia porque, comedida, una tarde le tiró una galleta. El gato arqueó el lomo y vino a saludarla. Ella lo dejó hacer y no recuerda si correspondió con una caricia. El gato supuso que había encontrado pensión y ama y trató de instalarse. Es decir, empujaba suavemente su cuerpo contra Friné, sin que ésta maliciara otras

intenciones que las de las caricias. Cuando las atenciones fueron estimadas suficientes, Friné quiso cerrar la ventana; pero el gato se aferraba a la parte de adentro con mañas y ejercicios de virtuoso. Si conseguía cerrar un batiente, la garra quedaba prisionera en el otro; si no, brincaba a la cortina o se le subía al cuello, o se atravesaba en la ventana para que, únicamente a costa de su vida, pudiera cerrarla. Arañó la mano que lo expulsaba y luego lamió la herida con ostentosa alma de perro. Nada conmovió a Friné, que pudo, merced al artilugio de una escoba, echar fuera al bicho. El gato se sentó en la ventana y sintió a la involuntaria Genoveva. Hacía tres días que arañaba la puerta, que cantaba, que estremecía la vidriera con sus saltos y empujones, que maullaba con ferocidad dialéctica. El acoso verbal cedía cuando, en servicio de patrullas, probaba los agujeros, huecos y rendijas.

Perdóneme, me había olvidado de usted. Es que la inspiración nos pone frente a paisajes repentinos. La menor distracción puede aniquilar la mejor imagen, y, consiguientemente, su enunciación precisa. Una vez que enfrentamos a los actores ocurre el precipitado (el fracaso, por supuesto) que relampagueantemente va iluminando los lados de un poliedro infinito. Piense usted, intríguese por este gato y esta vieja. ¿Qué motivo tiene el gato para que, como un tirador, sólo apunte sus ojos verticales al entrecejo de Friné? ¿Qué motivos tendrá Friné para no aceptar al gato? Una mujer vieja, no tanto como para ausentarse del espejo, tiene algunas manías, ya lo dijimos, el arreglo excesivo, la preferencia por modas juveniles, etcétera. Pues de nada de esto haga usted caso: nuestro personaje, aunque repita lo de otros, es singular y su conducta es intransferible. ¿Me comprende? No se trata de un esquema de psicología, sino de una persona viva, y usted sabe, una persona viva jamás se porta conforme a las reglas; si prefiere, no haga mérito del canon; si más le place y si puede, invente sus propios preceptos. Yo tengo uno muy bueno: un hombre es la criatura que muerde hasta la mano que le da el perro. Basta de divagaciones; quedemos en que hemos trabado relación con un incidente susceptible de variados intereses.

Si usted es comunista, pues muestre la lucha de clases, es decir, las uñas de la vieja contra las del gato: claro que tiene que ganar el gato. Si es católico, pues a darle a la misericordia, y después de múltiples trabajos que casi rindan la resistencia del animal éste debe entrar en la casa. Ahora, que si es usted liberal, pues que la vieja acondicione un rinconcito a cambio de algunas ratas diarias. Amigo, yo sólo soy una convicción romántica y prefiero que el gato se enamore de Friné (observo que el nombre de Friné convendría más al gato); comprenda, un gato hambriento, que va de techo en techo escurriendo vergüenza y rasgando su mejor traje de feroz en chimeneas, pretiles y desagües,

siempre en su cápsula de llanto, siempre con el sabor de vanas ilusiones raspándole la lengua, siempre sobre ascuas, y sin que nadie saque con su mano la consabida castaña; es decir, que debe imaginarlo cayendo en el abismo del desempleo y del desamparo. Pero conmuévase, mírelo rascando una puerta y otra y otra y véale la sangre en las patas y el desaliento en su hociquillo rosa. Mírelo, en una mancha de sol, lustrar la sucia y pegajosa zalea; y véalo asustado huir cuando un perro o un gato fuertes lo echan nada más con su presencia. Contémplelo recargado contra la luna sin tener a quién maullarle, y, luego, sígalo a los basureros y busque con él incómodas piltrafas, y cómalas, y sienta las picazones de la roña, y lama una y otra vez apremiantes heridas.

¿Se acostumbra? ¿Está usted ya en cuatro patas trepando por la escalera de servicio rumbo a la azotea? El ambiente de tendederos y tinacos es ahora la selva o el desierto. ¿Adónde va a saltar usted? ¿En persecución de quién o de qué? ¡Que palpite, sí, que no deje de latir su acongojado corazón de gato! Sienta un consolador pst pst que le hace volver la cara a todas partes y, al fin, en una ventana, una mano como si fuera la del mismísimo arcángel, que tiende un mendrugo y frota el pulgar en el índice. Se acerca usted con recelo, tiende la pata hacia los ojos que lo recorren con piadoso asco, y como desprendidas de una rama caen las migajas mojadas en leche hasta la humillación más estridente. Oye usted: “un panecito para el gato” y desea usted acercarse y agradecer; pero la mano se retira con sobresalto y cierra la ventana… y nunca más… Usted se aproxima y mira adentro y ve a Friné y al espejo donde está Friné y a los ojos donde está el espejo y Friné mirándose en el espejo.

También están ahí la cama y el sueño y el ronrón y el agradecimiento y el despertar en amoroso regazo: y, después de todo el destino cumplido: ser el guía, el caballero de una vieja soltera, de una vieja a la que sólo miel le corre por los huesos. Un vidrio la separa del mundo de la gracia, un vidrio acorazado, un vidrio más duro que la muralla entre dos que viven juntos y, en ese vidrio, en el vaho que lo empaña, hay que dejar morir la ambición, el interés, la duda, el cuerpo.

Friné no quiere un gato, su edad es pregatal, aún joven para cocer sus filtros en las chispas de un gato. Por esta vez, nada… En verdad, Friné pensó que las imprudencias del gato venían de las impiedades del motor pro-soviético, y para extirparlas olvidó un pan o un plato con leche afuera de la ventana. Cuando se convenció de que al animal no le interesaban sus limosnas, aunque a veces las aceptase, cayó en la cuenta, de súbito, que un galán emergía. Al principio le pareció soportable; pero cuando los lamentos crecieron hasta no dejarla dormir y cuando por las mañanas recogía los alimentos intactos,

comenzó a alarmarse y a extrañar la guardia del gato en la ventana. Lloró cuando de un cable tuvieron que descolgar al minino, ahorcado por imprudencia o por deliberado deseo de morir.

Amigo, si se han humedecido sus ojos, si hay arritmia en su pulso… créame, hemos capturado la liebre, y es hora ya de empezar el trabajo. Si no, olvídese del cuento y de la literatura. Afuera hay demasiado sol y puede ser que alguien, que ni usted sabe quién es, lo esté esperando.

1 La autora publicó este relato en la revista *Ábside* (XXIV-3, julio-septiembre de 1960, pp. 321-327) y en el *Anuario del cuento mexicano 1959* con el título en masculino: “Carta a *un* aprendiz de cuentos” (1960). De manera significativa, en la edición de *No moriré del todo* (1976) lo cambia al femenino: “Carta a *una* aprendiz de cuentos”. [Nota de PRL.]

Reseña

Coincidencias en la angustia
A PROPÓSITO DEL LIBRO *LA CASA DONDE TERMINA EL MUNDO*[1]

Los severos profesores de literatura jamás podrán explicarse la desconcertante aparición de Carolina María de Jesús, una negra del Brasil, madre de varios hijos ilegítimos, cada uno de distinto padre; mujer inculta, ya de edad, cuya única tarea ha sido la de pepenadora de desperdicios en uno de los más miserables barrios de São Paulo, y quien de buenas a primeras escribe un libro sensacional: *Cuarto de basura*, vendido por millares y cuya aparición ha cubierto de fama y de dinero a la improvisada escritora. Pero la extrañeza de los académicos no tendrá límite al leer la obra de la colombiana Cecilia Pérez Currea, que, en nueve brevísimos relatos reunidos en un libro titulado *La casa donde termina el mundo*, edita en Argentina Ediciones Carlos Lohle, en mayo de 1959.

Ahora, la dirección de *Nivel* hace llegar a mis manos el citado libro. Se trata de la obra de una mujer en plena y hermosa madurez. Los que la conocieron en su juventud hablan de su belleza fascinante y aseguran que conserva su peculiar encanto. Pertenece a una generación espontánea de "autodidactas".

Inusitadamente y a pesar de la pobreza del lenguaje y de carecer de experiencia como conocedora de los altos estilos, entrega páginas de prosa austera no carentes de poesía. La concepción del mundo de Cecilia Pérez Currea produce una sensación extraña: es como flotar en una atmósfera alucinada, como estar bajo el influjo de una droga, o como hundirse en pasmosa subconsciencia y de pronto despertar al grito desgarrante de un ser inconsolable, grito de dolor que la escritora repite obsesivamente en casi todos sus relatos, sin que por ello resulte monótono su lamento. Es el grito de Medea, es el llanto de Jairo, es la desolación de la mujer que clama por el hijo muerto, en el pasaje de la Biblia, y es la enloquecida *Llorona* de la leyenda, que siembra de alaridos la noche.

La narradora se vale de los clásicos simbolismos de los sueños. Dentro de su visión onírica, sus relatos podrían considerarse dechados de lírica ingenuidad. Hay en la creación un "algo" desconcertante, un afán enloquecido por desentrañar el misterio. La autora tiene un

concepto angustioso de la Divinidad, que trágicamente la lleva a enfrentarse con su propio fracaso. Es Dios con quien intenta comunicarse, Él está al final del puente, de ese puente que de súbito aparece tendido hacia la eternidad, en el relato que da título al libro, en ese más allá que ella invoca para su postrera esperanza: el hallazgo de lo perdido. *La casa donde termina el mundo* está situada en el límite. Bastará recorrer el puente, entender las palabras del hijo.

Si el clima en que se mueven las figuras de Cecilia Pérez Currea está fuera de lo natural; si sus páginas nos alejan de lo cotidiano, éste es uno de sus méritos. La visión simbólica está lograda plenamente. La señora Pérez Currea consigue insertarnos en su universo, y allí nada nos parece irreal. La brevedad de sus relatos nos convence de su calidad narrativa. El halo fantasmal de que rodea sus figuraciones revela un talento poco común. Estamos frente a un lenguaje de sobria sencillez, que no carece de destreza. En los nueve cuentos palpita el sufrimiento, vibra la ternura desolada de un alma que huye de la realidad y se refugia en la ilusoria presencia de un recuerdo, con tal fuerza que logra darle cuerpo y existencia en el clima de su espíritu. Esta nueva Juana *la Loca* ha convertido su impotente dolor materno, su manía evocadora, la memoración del hijo muerto trágicamente, su obstinado desvelo, en una obra de arte.

La emoción que me ha producido leer *La casa donde termina el mundo* se debe principalmente a la alarmante similitud del universo de la autora con el mío propio. Tal vez no parezca rara semejante afinidad, pues si acaso es verdad que el subconsciente proporciona temas a los literatos, fácil es que el creador que recurre a ese material coincida con otro que explote la misma vena, y aunque la forma expresiva sea distinta y diversa la tesis, algún punto de contacto habrá que los unifique.

Con referencia al título de estas anotaciones en torno al libro de Cecilia Pérez Currea, y a la complejidad de su angustiado mundo, no creo inoportuno citar el concepto de Sainte-Beuve, quien afirmó en frase memorable que la "psicología del escritor se manifiesta directamente por medio de confesiones, e indirectamente recurriendo a los símbolos".

Es obvio admitir que el mundo de éstos, por lo mismo que se apoya en los objetos circundantes, es, como ellos, múltiple aunque limitado. Efectivamente: por más que el surrealismo trate de presentarnos imágenes en apariencia incoherentes, sin nada lógico y humano, esta incoherencia es ficticia porque tenemos que partir del entendimiento de que nuestra imaginación nunca logrará crear, por más esfuerzos que realice, figuras o ideas que estén fuera de la naturaleza. Toda concepción del hombre se basa en los sentidos y en la experiencia que ellos van adquiriendo en sus procesos intelectivos.

Creo que es un concepto de elemental metafísica el de que la naturaleza es la madre original del pensamiento. La filosofía ha enunciado siempre que el pensamiento es una consecuencia lógica del mundo de los objetos y las causas.

Me he permitido insistir sobre estos temas porque los símbolos, como antes dije, si bien son múltiples tienden a limitarse en la esfera de las imaginaciones. Es ésta la causa por la que una mujer angustiada como la autora del libro que comento puede llegar a coincidir, como en efecto coincide, de una manera sorpresiva y aun en la elemental estructuración de su lenguaje, con accidentes de espíritu o simplemente formales de una escritora que, por ejemplo, como yo, no había leído nunca esta obra de la colombiana, ni sabía de la existencia de tan notable mujer, así como segura estoy de que ella ignoraba hasta el momento mi presencia en los orbes de las criaturas literarias.

Por todo lo antedicho me ha apasionado de una manera insistente este libro de *La casa donde termina el mundo*, que viene a revelarme cómo en ese delicadísimo sistema inorgánico de las ideas, ¿o quizá orgánico?, las imágenes fraternizan y se demuestran ataviadas con palabras y símiles que les son afines, idénticos, y que al lograr su modalidad literaria son más preciosos aun en sus remotas y abstractas equivalencias.

1 *Nivel*. *Gaceta de Cultura,* núm. 23, 25 de noviembre de 1960, p. 1A.

A propósito de Luis Cernuda[1]

Rara vez llega a mis manos una obra que sea capaz de conmoverme —¿o será que yo, de tanto andar en la luna, me pierdo?— con la fuerza que lo ha hecho *La realidad y el deseo*.

En 1936 Juan Ramón Jiménez saludaba su primera edición con estas palabras: "El ejemplo que nos da este libro, doblemente bello por su contenido y por su aspecto, de Luis Cernuda, su nuevo sentido es el desfile por él de las cuatro primaveras. En Luis Cernuda las cuatro estaciones son primavera. Un dejo, un balbuceo del más delicado romanticismo y refinamiento con que Luis Cernuda une los vocablos para crear su mundo poético…" ¿Y qué mundo?, añadiría yo, tras de haber leído este libro. Un mundo como manojo sensible de reflejos en busca de belleza percibida y presentida, hallada o aprehendida que no podrá ser opacada por la envidia o el olvido.

Veintitrés años más tarde, otro gran poeta, Octavio Paz, en ocasión de la tercera edición de la misma obra, dice:

> Con una sola excepción, que yo sepa, la crítica ha callado ante el libro de Cernuda. O lo ha cubierto de elogios vacuos, que es otra manera de callarse. Como ha ocurrido antes con otros grandes poetas, la reserva de la crítica, su desazón o inseguridad, se deben al carácter involuntariamente moral de la inspiración de Cernuda. Su libro, claro está, no se propone una moral, pero despliega ante nuestros ojos una visión de la realidad que es un desafío al frágil edificio de lo que llamamos bien y mal. Ya Blake decía que todo verdadero poeta, aun sin saberlo, está de parte del demonio.

Y este silencio casi unánime en torno de uno de los más maravillosos libros de poesía escritos en nuestra lengua no se ha producido tan sólo en los países americanos de habla española; se ha dado también en España. No podría precisar cuáles son las razones de tal injusticia; deben ser bastante complejas. Y como doctores tiene la Santa Madre Iglesia… yo sólo me limitaré a aconsejar a las gentes que amen la auténtica poesía que lean *La realidad y el deseo* para que puedan compartir con el poeta la belleza que ofrece este libro extraordinario en el que tantos no han reparado. Porque tal vez sus

libros de crítica, especialmente *El pensamiento poético en la lírica inglesa* que tantas veces oí elogiar a nuestro inolvidable Alfonso Reyes, sean más conocidos, ya que Luis Cernuda es considerado como uno de los críticos más destacados de nuestra época.

Nivel, en su deseo de subsanar tales injusticias, me ha encomendado anunciar que prepara un próximo número para honrar al insigne autor de *La realidad y el deseo*.

UN HOMBRE CON SU AMOR

Si todo fuera dicho
y entre tú y yo la cuenta
se saldara, aún tendría
con tu cuerpo una deuda.

Pues ¿quién pondría precio
a esta paz, olvidado
en ti, que al fin conocen
mis labios por tus labios?

En tregua con la vida,
no saber, querer nada,
ni esperar: tu presencia
y mi amor. Eso basta.

Tú y mi amor, mientras miro
dormir tu cuerpo cuando
amanece. Así mira
un dios lo que ha creado.

Mas mi amor nada puede
sin que tu cuerpo acceda:
él sólo informa un mito
en tu hermosa materia.

NO ES EL AMOR QUIEN MUERE

No es el amor quien muere,
somos nosotros mismos.
Inocencia primera
abolida en deseo,
olvido de sí mismo en otro olvido,
ramas entrelazadas,
¿por qué vivir si desaparecéis un día?

Sólo vive quien mira
siempre ante sí los ojos de su aurora,
sólo vive quien besa
aquel cuerpo de ángel que el amor levantara.

Fantasmas de la pena,
a lo lejos, los otros,
los que ese amor perdieron,
como un recuerdo en sueños,
recorriendo las tumbas
otro vacío estrechan.

Por allá van y gimen,
muertos en pie, vidas tras de la piedra,
golpeando la impotencia,
arañando la sombra
con inútil ternura.

No, no es el amor quien muere.

DE DONDE VIENES

Si alguna vez te oigo
hablar de padre, madre, hermanos,
mi imaginar no vence a la extrañeza
de que sea tu existir originado en otros,
en otros repetido,
cuando único me parece,
creado por mi amor; igual al árbol,
a la nube o al agua
que están ahí, mas nuestros
son y vienen de nosotros
porque una vez les vimos
como jamás les viera nadie antes.

Un puro conocer te dio la vida.

1 *Nivel*. *Gaceta de Cultura*, núm. 27, 25 de marzo de 1961, p. 6.

Justine[1]

“Recorrió mi espíritu todas las cosas para considerar la malicia de los insensatos, y hallé que es más amarga que la muerte la mujer; la cual es un lazo como una serpiente; una red es su corazón y sus manos unos grillos. Quien es grato a Dios huirá de ella, pero el pecador quedará preso”, dice el Eclesiastés, y más adelante:

> No dejes que la mujer tenga dominación sobre tu espíritu para que no se levante contra ti y quedes avergonzado. No pongas los ojos en una mujer que quiere a muchos, no sea que caigas en su lazo. No frecuentes el trato con la bailarina, ni la escuches, si no quieres perecer a la fuerza de su encanto. No pongas tus ojos en la doncella para que su belleza no sea ocasión de tu ruina. De ningún modo des entrada en tu alma a las meretrices para que no te pierdas tú y tu patrimonio. No andes derramando tu vista por las calles de la ciudad, ni vagando de plaza en plaza. Aparta tus ojos de la mujer lujosamente ataviada, y no mires apasionado una hermosura ajena. Por la hermosura de la mujer, muchos se han perdido y por ellas se enciende cual fuego la concupiscencia. Cualquier mujer pública es pisoteada en el camino como estiércol. Muchos, embelesados de la belleza de la mujer ajena, se hicieron réprobos, porque su conversación quema como el fuego. No te arrimes a ella, no sea que tu corazón la prefiera y a costa de tu vida caigas en la perdición.

Los hombres que amaron a Justine ignoraron estos sabios consejos, desoyeron las amargas advertencias bíblicas y, a la manera de Ulises, atraídos por el canto de la sirena, naufragaron en sus brazos encontrando la desesperación o la muerte.

Justine, la heroína de *El cuarteto de Alejandría*, novela escrita por Lawrence Durrell, es la joven misteriosa que aprovecha su fascinación para seducir a los hombres y servirse de ellos para sus fines. Justine, la deseada, la perversa, la ninfa constante y ávida, la devoradora insaciable: a veces apasionada y tierna, a veces fría, cruel, impenetrable, pasea su desolación por los sórdidos tugurios de Alejandría, en donde viejas matronas de aquelarre atesoran sus

crímenes, vendiendo a los mercaderes seniles y lujuriosos las tiernas pequeñuelas que secuestran para que los violadores las prostituyan. ¡Oh, Dios! No bastarían mil millones de ruedas de molino para ahogarlos en el mar. Niñas de cinco años, sabias en la fornicación, deformadas ya por el estupro y el delito.

Justine tiembla, palidece, hace tiempo perdió a su hijita idolatrada y la busca sin esperanza. Conoce los vericuetos que conducen a los nidos de vicios innombrables y, día a día, lucha con sus propias garras, contra los sátiros que desfloran la inocencia. Ella es quien nos muestra el mundo corrompido, la Sodoma de nuestros días. Todo es una costra purulenta, todo está contaminado: el embajador dipsómano y anormal, el cónsul que ama a su hermana y vive su amor incestuoso, el marica, el ladrón, el asesino. Vemos al cuñado fanático y criminal, a la dulce prostituta Melissa, drogadicta y enferma, al marido de Justine traidor y sin honra. Vemos a los poderosos que truecan por riquezas la salvación de un pueblo; al representante de la ley, que por obtener el cuerpo de Justine pactará con el enemigo.

Y mezclado a todo esto, en viscosa confusión, el ideal patriótico de Justine: enviar armas a Palestina que lucha contra los ingleses. ¿El precio? ¡Qué importa!

Cuando Justine conoce al poeta, al ingenuo irlandés maestro de idiomas, sabe que fatalmente será su víctima; a él no lo defenderá el suave amor de Melissa, es ella quien va a destruirlo, ella quien lo exprimirá hasta convertirlo en una cáscara. Melissa no es el mal, es sólo la miseria y el desvalimiento. La injusticia se ha cebado en su debilidad, y el dolor la ha empequeñecido. Su destino será el aniquilamiento.

El poeta ha tomado conciencia, ve con claridad la dimensión del infierno que vive cada personaje. Para salvarse deberá huir. Sí. Se marchará maldiciendo y amando, con todo el odio de su corazón y con todo el ardor de su sangre, a Justine, la deseada, la perversa, la ninfa constante y ávida, la devoradora insaciable.

Pero Justine, la pecadora eterna, continuará removiendo la podredumbre.

Lawrence Durrell dice en alguna parte de su libro, *El cuarteto de Alejandría*: “El espejo ve al hombre hermoso, el espejo ama al hombre; otro espejo ve al hombre horrible y lo odia; y es siempre el mismo ser el que produce las impresiones”. Luego se pregunta él mismo: “¿No he dicho ya bastante de Alejandría?” La ciudad, a medias imaginada —y sin embargo absolutamente real—, empieza y termina en nosotros, tiene sus raíces plantadas en nuestra memoria. “¿Me dejaré contaminar otra vez por los sueños de la ciudad y el recuerdo de sus habitantes?”, dice.

> Se diría que me complazco en la desdicha. Pero no es así. Un solo factor casual ha cambiado todo, me ha obligado a volver sobre mis pasos: la memoria echándose un vistazo en el espejo. Pero para poder seguir es preciso retroceder, no porque sea falso todo lo que he escrito sobre Justine y los personajes que la rodean, nada de eso. La ciudad está y estará siempre allí, suspendida en el espíritu como el espejismo que los viajeros encuentran con tanta frecuencia. ¿Cómo me liberaré para siempre de esta ciudad ramera entre todas las ciudades? No. Tengo que ponerlo todo por escrito, fríamente, hasta que pase el tiempo de la memoria y el deseo. Sé que la llave que trato de hacer girar está en mí mismo.

Es así como Durrell nos lanza al rostro la descomposición de un mundo monstruoso. Durrell no da soluciones, no señala caminos. Nos deja el cáncer sobre el corazón; deja que nuestras llagas manen lava ardiendo y él desaparece: desaparece como un dios vengador, se marcha en su carro de fuego, como un juez implacable. Pero Lawrence Durrell no conseguirá tampoco el perdón; quedará fijo en la desgarradora tristeza de sus personajes, que son él y nosotros mismos.

1 *Revista de Bellas Artes*, núm. 32, marzo-abril de 1970, pp. 91-92.

Más allá del Sol[1]

Existe una teoría sostenida por los gnósticos, que se remonta al siglo II d.C., en la que se afirma que todo lo creado tiene su contrario; es decir, su doble. Cada átomo está repetido por otro idéntico. Una montaña, una estrella, una hormiga, un bosque, son gemelos de otra montaña, de otra estrella, de otro bosque. Así, nuestro universo forzosamente tiene su réplica, y en alguna parte gravita un mundo como el nuestro, con seres, animales y cosas idénticos.

En ese otro confín hay un yo, con mis ojos, con mis brazos, con estos cabellos que toco. Un Yo repetido con la fidelidad de la imagen proyectada en un espejo; un Yo que es mi reflejo y soy yo mismo. Pero en ese otro mundo, para mí que lo miro desde aquí, todo está al revés: si levanto la mano derecha, el otro levanta la mano izquierda; si abro la puerta de la izquierda, el que me refleja va hacia la puerta de la derecha.

Hay una teoría cabalística semejante, que afirma que hay un ser gigantesco, espiritual, llamado Macrocópulus, que, reflejado en un espejo, produce una imagen material que es la de nuestro universo. Esta teoría prehistórica aparece en España en la Edad Media, pero afirman que es una verdadera religión esotérica. Esta religión está basada en el número dos, el binario, que representa lo femenino, y, por lo tanto, viene de la religión lunar. Esta religión sostiene que todo tiene su polo contradictorio; así, el Bien es el Mal porque todo tiene dualidad: lo amargo es dulce, la luz es tiniebla, la hembra macho, etcétera, etcétera.

Todos los contrarios son uno y lo mismo. El cielo es la tierra: lo que sucede en la tierra no es más que el reflejo de lo que sucede en el cielo. Ellos aseguran que todo es doble, pero con signo contrario. De esta manera, como el cielo es luz, la materia es tiniebla. El mundo es la sombra de la luz y, si se mueve algo en el cielo, abajo se proyecta su sombra. En una palabra: es una cuestión de mística imaginativa y no racionada.

Para el científico Dirak es el contra-protón.

Partiendo de esas teorías hipotéticas, resulta interesante la aventura de ciencia-ficción que lleva a la pantalla el director inglés Robert Parrish. La cinta se titula *Más allá del Sol*.[2]

Presentan un centro de investigaciones planetarias, sostenido por diversas nacionales, que pide ayuda extraordinaria a los Estados Unidos y a varias naciones de Europa, para enviar una nave interplanetaria al otro lado del Sol, donde se ha descubierto un nuevo planeta que presenta características similares a las de la Tierra. Tras graves discusiones se hacen los preparativos para lanzar la cápsula, no sin antes escoger a los astronautas que van a tripularla, entre los expertos sobresalientes. Envían a un científico destacado y a un astronauta americano que ha probado su pericia en otros vuelos. La nave, al aterrizar en el planeta solar, sufre un accidente: choca contra unas rocas y se incendia. El científico está próximo a perecer en el fuego, pues ha perdido el conocimiento. El compañero lo saca de las llamas, no obstante encontrarse él mismo mal herido.

Hasta aquí la aventura resulta normal, pero en adelante el espectador entra en un clima de misterio y especulación científica.

Se acepte o no la tesis de un universo repetido, la acción se desenvuelve con tal lógica, que nos arrastra y nos obliga a participar del desconcierto y del sufrimiento del astronauta americano, frente a cada una de sus experiencias.

Ambos son socorridos y llevados a una clínica. El científico ha caído en estado de coma; el americano supone que no tuvo éxito el lanzamiento y que se halla de nuevo en la Tierra. Pero en secuencias impresionantes irá comprobando que ha llegado a un mundo reflejo, donde las personas con quienes habla no son las que ha dejado hace poco, sino el duplicado de ellas.

Asistiremos a su confusión y a su lucha frente a los que no comprenden y lo juzgan loco. Sólo él ha entendido y trata de explicarse a sí mismo la realidad del fenómeno.

La trama parece no poder desentrañarse, pero esto se logra cuando, enfermo, va hacia la sala de operaciones en una camilla que se desliza por el corredor del hospital, al final del cual hay un gran espejo. Al acercarse, alcanza él a ver su imagen reflejada.

La muerte lo sorprende en el preciso instante en que las dos imágenes se juntan, fundiéndose en una sola.

1 *Revista de Bellas Artes*, núm. 32, marzo-abril de 1970, pp. 92-93.

2 *Journey to the Far Side of the Sun* [*Más allá del Sol*], dirigida por Robert Parrish (1969). [Nota de PRL.]

Revista *Kena*

Guadalupe Dueñas fue editora de la “Sección literaria”, que se clasificaba en el índice con el rubro de “Para su cultura”. Estuvo a cargo de dicha sección durante los siete años y medio que trabajó en *Kena* (1963-1970). El último texto de su autoría data del 1º de octubre de 1964. [Nota de PRL.]

Mesalina[1]

“Nuestras matronas tienen dos túnicas: blanca la una, la otra de color”, le había dicho su madre. Y Mesalina comprendió la insinuación. Le fue fácil abandonar el hogar marital, incluso antes de tomar posesión del tálamo. Apenas consagrada su unión, era traidora a sus juramentos.

En el año 41 d.C. Claudio, a raíz del asesinato de su sobrino Calígula, fue nombrado emperador de Roma. Claudio estaba casado con una hermosísima joven llamada Valeria Mesalina Lépida; era su tercera esposa.

Se había casado primero con Urgulanilla, hija de un cónsul, a la cual repudió porque a consecuencia de una caída quedó coja. Tomó luego a Aelia Paetina, hija también de otro cónsul, de la cual se divorció. Fijóse después en la excitante belleza de Valeria Mesalina, y la pidió por mujer. Contaba él a la sazón cuarenta y ocho años; Mesalina tenía veinte.

Por el asombro admirativo del pueblo, pueden calcularse los encantos que los dioses concedieron al escultural cuerpo de la tercera esposa del cuarto emperador de Roma. Alta, de línea clásica, el pelo de noche y la piel de aurora, el rojo vivo y natural de sus labios sobre la blancura de su rostro demostraban cómo puede mantenerse el fuego sobre la nieve. Su belleza delicada y armónica fue el vaso encargado de servir toda la crueldad, no sólo de sus pasiones desbordadas, sino de la ambición desmedida de la Roma de su época, tan pobre en continencia como rica en ademanes de trágica grandeza.

Las costumbres de la Roma de los césares eran de tal índole que sólo conociéndolas se explican ciertas aberraciones o ciertos hechos, que hoy calificaríamos con razón de repugnantes o infames. Los romanos amaron sin delicadeza y se casaron sin amor. Amor en su lengua significaba libertinaje. Es larga la lista de las mujeres que se hicieron célebres por sus liviandades. Allí vemos a la noble matrona romana aparecer durante el día digna esposa y respetable madre, para encontrarla luego entre las sombras de la noche, yendo en busca de amantes o de libidinosas aventuras. Y para ocultar su condición reemplazaban la túnica blanca, orlada de oro o púrpura, por otra de color igual al de las meretrices y libertas.

La vida de Mesalina se antoja, a la distancia, una fantasía desfigurada por el cristal de aumento de los años. A no ser por el testimonio de la Historia, quedaría relegada a lo puramente imaginativo y febril.

Espléndido fue el banquete que siguió a la solemnidad nupcial, en la morada de Claudio. Al final de la comida, que terminó muy entrada ya la noche, el novio no podía tenerse en pie. Mesalina, que estaba sentada a su lado, le dirigía de vez en cuando una singular mirada. Después de las danzas se fueron retirando los invitados. Al fin, Valeria quedó sola con su madre y con su marido, pero éste había comido y bebido tanto que apenas si acertaba a darse cuenta de lo que en torno suyo pasaba. Mesalina hizo un gesto de supremo desdén y abandonó el aposento. Su madre siguió a la hija, y una y otra se perdieron entre las sombras.

Cuando las primeras claridades de la aurora comenzaban a luchar con las densas sombras de la noche, una figura vestida de blanco atravesó el jardín y, llegando junto a la ventana de la cámara nupcial, saltó con ligereza adentro. Era Mesalina.

Por la mañana, mientras Claudio estaba en el Senado, un hombre penetró en el tocador de Mesalina. Era el liberto Narciso, el hombre de confianza del emperador.

—¿Qué se te ofrece? ¿Qué vienes a pedirme? —interrogó Mesalina.

El liberto clavó sus ojos en los de su ama. Sostuvo ésta aquella penetrante mirada y le tendió una mano, que aquél se apresuró a tomar, cayendo a sus pies y cubriéndola de apasionados besos.

“Nuestras matronas tienen dos túnicas: blanca la una, la otra de color” —le había dicho su madre. Y Mesalina comprendió la insinuación. Le fue fácil abandonar el hogar marital, incluso antes de tomar posesión del tálamo. Apenas consagrada su unión, era traidora a sus juramentos.

Por la pendiente del vicio se desciende con suma rapidez. Al día siguiente compraba con un nuevo sacrificio de su honra el silencio y la complicidad de un hombre.

Sucesivamente fue aumentando el número de sus amantes.

Una noche un esclavo presentó a Claudio un pergamino. Abrió Claudio el pliego y leyó con estupor: “A Tiberio Claudio, hijo de Druso, salud.– Una niña concedieron los dioses a Valeria Mesalina, tu mujer. Madre suya es, que no puede fallar la Naturaleza; pero ¿quién es su padre?” Aquella misiva no llevaba firma alguna.

La vida licenciosa de Mesalina continuó. El humilde artista Menestero rehusaba sus favores y fue obligado a someterse a las exigencias de aquella devoradora criatura. Otros muchos mancebos decidieron suicidarse a continuar bajo la férrea voluntad de la apasionada mujer, que pedía insaciablemente que le proporcionaran

placeres.

Alpio Silano se había casado con Lépida, la madre de Mesalina. Un día fijóse ésta en aquel hombre de noble aspecto y de correctas formas y concibió la idea de hacerlo suyo; pero él no hizo caso de sus seducciones. La emperatriz ordenó que lo condujeran a su recámara. Lo recibió reclinada en su lecho. Al verla en aquella postura, el senador hizo ademán de retirarse.

—¿Y bien? —dijo la emperatriz—. Acércate a mí, ¿qué te detiene?

—Augusta, soy el esposo de tu madre —replicó él.

—Y yo la emperatriz de los romanos y todos vosotros sois vasallos míos. Acércate.

Silano se negó a obedecerla y fue condenado a muerte.

Vivía en Roma un hombre, Valerio Asiático, muy estimado del pueblo y muy rico. Mesalina ambicionaba su palacio y sus jardines y deseaba ser amada por él. Así que lo invitó a la corte y le tendió sus redes femeninas; pero Valerio se mantuvo correcto y distante. Mesalina comprendió la poca eficacia de sus encantos ante aquel patricio y urdió como único desquite la venganza. Lo acusó ante el Senado de traidor al emperador y de adulterio, que —por ironía— estaba penado por la ley; sufría pena de muerte todo el que fuera convicto de ese delito. Inútilmente intentó el emperador Claudio salvar a su leal amigo Valerio. Mesalina insistió en perderlo, y como única gracia le concedió morir de la muerte que prefiriera. El emperador condenó a su fiel amigo de otros días. Éste se alejó, en compañía de sus amigos, y se abrió las venas, recostado en una pira, que, por último, hizo prender en los jardines de su amado palacio. Su voz, apagándose, dejó oír:

—¡Mejor hubiera sido morir a manos de Tiberio o de Calígula… pero no más hermoso!

Con la misma rapidez con que camina la luz del día, Roma se llenó de temor y Mesalina de fortaleza. En vista de su éxito, se dedicó a acusar ante el Senado a todo aquel que no se avino a sus caprichos. La juventud huyó en masa de la desgracia de ser piedra de toque del deseo de la esposa de Claudio. Para Cayo Silio no hubo tiempo de alejarse. Es apuesto y muy joven. Está casado y muy enamorado de su esposa, Julia Silena. No le queda otra salida más que aceptar, y transige. Pero la emperatriz le exige que repudie a su esposa o será víctima de su ira. Cayo, temeroso de la mujer, repudia a Julia, pero su actitud se vuelve aún más reservada y fría, lo que provoca en Mesalina una irrefrenable pasión. Lo persigue, lo halaga, hasta que Cayo promete hacerla su esposa y adoptar a su hijo Británico. Claudio, al saberlo, monta en cólera. Cayo Silio, aterrado, se refugia en el foro. Mesalina, en cambio, permanece en los jardines que fueron de Valerio Asiático, esperando la decisión del emperador. Éste la desea

nuevamente a su lado, pero el liberto Narciso, que en los últimos tiempos ha sido ignorado por Mesalina, hace llegar a la emperatriz el rumor de que su esposo la ha sentenciado a muerte. Mesalina, al saberlo, se yergue como una estatua a la que el bronce se le hiciera carne, y tiene un último instante de digna altivez:

—¡Déjame que sea yo quien cumpla mi sentencia!

El liberto le entrega un puñal. Ella lo acerca a su cuello, pero se detiene, temblorosa. Un helado sudor baña su cuerpo.

El despechado amante decide no esperar más. Desnuda su espada y atraviesa con ella el corazón de Mesalina. La venganza de Narciso ha sido completa.

Murió en el mes de la vendimia, y su sangre de emperatriz romana, al correr por el filo de una espada, fue el vino de las embriagueces de su barro, desbordando el vaso de su herida, mientras sus párpados caían marchitos en la última de sus bacanales, a solas con la muerte, a quien no alcanzaron a conquistar sus seducciones.

1 Sección “Las grandes amantes de la realidad y la ficción”, *Kena*, año 1, núm. 1, 15 de marzo de 1963, pp. 68-69.

Paul Géraldy[1]

Poeta y autor teatral francés, nació en París, en 1885. Sus primeras obras, *Las pequeñas almas* y *Los poetas ingleses*, aparecieron en 1908 y 1910. Pasaron sin pena ni gloria, pero, de pronto, el público, especialmente el femenino, quedó conquistado por su recopilación lírica *Tú y yo*, editada en 1912, de un encanto un poco afectado, a la que siguieron el poema *El abuelo* (1915) y la obra en prosa *La guerra, señora*, aparecida en 1916. Sin embargo, podemos asegurar que donde Paul Géraldy encontró verdaderamente su camino fue en la comedia ligera, en cuyo género se advierte su tino en el análisis del amor. Sus obras principales son: *Las bodas de plata* (1917); *Amar* (1921); *Grandes muchachos* (1922); *Si yo quisiera*, en colaboración con Robert Spitzer (1924); *Roberto y Mariana* (1925); *Su marido*, con R. Spitzer (1927). Debemos citar también la novela *Preludio*.

A continuación, reproducimos dos poemas de su libro *Tú y yo*.

CASUALIDAD

¡Y pensar que pudimos no habernos conocido!
Amor mío, ¿imaginas
todo lo que la suerte debió haber permitido,
para ser lo que somos, nos amemos, y seamos nosotros?

Dices: "El uno para el otro hemos nacido". Pero piensa
en las ocasiones, pruebas,
causas, coincidencias que se han necesitado
para realizar, simplemente, esto: ¡nuestro amor!
Piensa que antes de unir nuestras cabezas vagabundas,
hemos vivido solos, separados, extraviados,
y que es largo, el tiempo, y que es grande, el mundo
y que hubiéramos podido no encontrarnos.

¿Has pensado alguna vez, mi dulce ventura,
en los peligros que corrió nuestra pobre felicidad
cuando el uno hacia el otro, por la naturaleza infinita,
gravitaban misteriosamente nuestros dos corazones?

¿Sabes que ese impulso era incierto
que hacia una tarde nos conducía

y que un capricho, una migraña,
podían apartarnos el uno de la otra para siempre?

Jamás te había dicho esta cosa inaudita:
cuando te hallé por primera vez,
no noté en seguida que eras bonita.
Apenas te miré.

Tu amiga me interesaba más, con su risa.
Tarde, muy tarde, se cruzaron nuestras miradas.
Piensa que pudimos no saber y leer,
y tú no comprender, y yo no osar.
¿Dónde estaríamos esta noche si, aquella noche, tu madre
te hubiese recogido un poco más temprano?
¿Y si tú no te hubieras sonrojado, bajo las luces,
cuando quise ayudarte a ponerte el abrigo?
Porque recuerda, ésas fueron las causas.
Un retraso, un impedimento,
¡y nada hubiera sido de la adorada embriaguez,
de la exquisita metamorfosis!
¡Nuestro amor podría no haberse dado!
¡Tú podrías hoy no estar en mi vida!
Corazoncito mío, mi corazón, mi pequeña adorada,
pienso en esta enfermedad
de la que estuviste por morir…

DUALISMO

Cariño, explícame por qué
dices: “MI piano, MIS rosas”
y “TUS libros, TU perro”… por qué
a veces te oigo decir:
“Es con MI propio dinero que ME
voy a comprar estas cosas”.

¡Lo mío es tuyo también!
¿Por qué estas palabras que nos separan
“lo tuyo, lo mío, lo mío, lo tuyo”?
Si tú me amaras en verdad,
dirías: “LOS libros… El perro”
y: “NUESTRAS rosas”.

1 Sección “Poética”, *Kena*, año 1, núm. 1, 15 de marzo de 1963, p. 90.

Lucrecia Borgia[1]

En esta mañana de abril de 1480, abierta a una primavera a punto de amanecida, mientras los árboles se engalanan de esperanza y la flor tiembla a punto de abrirse, Vannozza dei Cattanei, espléndida belleza de Roma, ha dado a luz a una niña que llevará el nombre de Lucrecia y que pasará a la permanencia de la historia con el apellido de Borgia, ya que a la realidad de lo sucedido esta mañana se ha de atender; ella es hija del cardenal Rodrigo Borgia, quien más tarde será el papa Alejandro VI.

¿Leyenda o realidad? En los círculos de Roma se murmura; la más selecta sociedad comenta, desde hace largo tiempo, las visitas de Rodrigo a la casa de Vannozza —diminutivo de Juana—, con que designan a la deslumbrante patricia que habita el palacio situado en la plaza Pizzo di Merlo.

La vida de Lucrecia comienza. El futuro Alejandro VI se preocupa por su destino. La niña crece. Por orden del cardenal, deberá educarse al lado de su sobrina, Adriana Milá, en el convento de San Sixto, en la Via Apia.

Lucrecia aprende religión, música, humanidades y poesía. Lo demás una mujer del Renacimiento lo aprende sola. Cuando cumple once años, ya se habla en todas partes de su belleza, de su gracia, de su simpatía. “Tiene un bello rostro, los ojos despiertos, la cara fina, la tez de nácar, los cabellos dorados, los ojos azules, la nariz bellamente perfilada, la boca sonriente, de labios delgados y el pecho firme y blanco.”

Se trata de una niña, pero en Roma es costumbre casar a la mujer en cuanto llega a la pubertad. Rodrigo Borgia es todavía cardenal y por alguna razón oculta le urge casar a la pequeña. El 26 de febrero de 1491 firma el compromiso de esponsales de Lucrecia con don Querubín de Centelles, noble valenciano, descendiente del ducado de Borgoña. El compromiso se acuerda a condición de ser ratificado de presente en el mes de junio, una vez cumplidos los doce años por la novia.

Sin embargo, repentinamente, antes de que llegue esa fecha, se concierta el 30 de abril la boda de la hija de la Vannozza con don Gaspar de Prócida, conde de Almenara, emparentado con la Casa de

Aragón.

¿Qué ha pasado con el valenciano don Querubín de Centelles? La oscuridad se cierne sobre los motivos del cardenal Borgia para sustituir a don Querubín por don Gaspar. Pero éste tampoco llega a ser el esposo de Lucrecia. ¿Por qué? Esta interrogación queda en el misterio. Los nobles investigan, preguntan e inquieren inútilmente. Los sucesos políticos los absorben. Rodrigo Borgia ha pasado de cardenal a ocupar la Silla de Pedro con el nombre de Alejandro VI.

Desde el solio pontificio, las cosas se ven de otra manera. El destino de Lucrecia ha de mirarse a través del cristal de la conveniencia política. El signo de su vida, triste vida en realidad, fue, pues, la incertidumbre, esa incertidumbre que gravita a través del tiempo sobre su figura, quedando únicamente al arbitrio de la fantasía, que no llegará nunca al justo medio, a la certeza histórica de una vida, cuyos hilos fueron movidos por circunstancias políticas, por motivos ajenos al deseo y a los sentimientos de esta jovencita, arrastrada por un viento huracanado de pasiones, de conflictos, de odios, de monstruosas calumnias, crímenes, traiciones. Sobre la verdad de sus actos se cierne una oscuridad impresionante que transforma su persona en una de las más apasionadas figuras femeninas del siglo XVI, en el marco de la Roma del Renacimiento.

Don Querubín y don Gaspar han perdido a la novia, pero Lucrecia no se va a quedar para vestir santos; será ahora el cardenal Ascanio quien se encargue de presentar al tercer candidato, sobrino suyo, don Juan Sforza de Aragón, descendiente de la Casa de Nápoles, señor de Pésaro, de veintiocho años de edad, regia presencia y una situación privilegiada por su parentesco con los duques de Milán.

Se firma el contrato el 2 de febrero de 1493, y el 4 de junio hace don Juan su entrada en Roma. Lucrecia llega al matrimonio con sus trece años y su pelo de mazorca. La ceremonia se celebra en el Vaticano, con asistencia del embajador, del duque de Ferrara, el de Venecia, el de Milán y uno enviado por el rey de Francia. La novia casi desaparece entre telas, brocados y joyas. La unión es bendecida por Su Santidad. Viene luego el baile de las damas; en seguida, la pareja se ausenta.

Días idílicos, según unos, y de hastío, según otros, pues en cuanto a los sentimientos de la joven esposa, nadie se ha puesto de acuerdo.

Alejandro VI tiene dificultad con el tío de Juan Sforza, Ludovico *el Moro*, pues éste se pone de lado de los franceses, por cuyo motivo decide anular el matrimonio de Lucrecia —por no haberse consumado —, razón muy dudosa. Juan Sforza se marcha, al parecer resignado; pero esa misma noche asiste a una fiesta con los hermanos de Lucrecia: César y Juan, duque de Gandía. Los tres abandonan la fiesta. Al día siguiente el duque amanece muerto, con nueve puñaladas en el

corazón. Todos atribuyen la muerte a Juan Sforza y a su tío el cardenal Ascanio, quienes así se han vengado de la disolución del matrimonio de Lucrecia. Sforza asegura que el asesino es César Borgia, cardenal de Valencia, dando pábulo a una de las mayores monstruosidades que circulan en torno a la Roma del Renacimiento: la de haber sido los celos, celos de su propio hermano, el móvil del crimen. La imaginación popular se aviva, la fama disoluta de Lucrecia va en aumento.

Desesperada, Lucrecia abandona el palacio sin despedirse del papa, y se refugia en el convento de San Sixto, en la Via Apia. La razón de este voluntario y temporal enclaustramiento no está ni en lo espiritual de una vocación ni en lo material de un miedo a Sforza, sino en su próxima maternidad, que achacan a un tal Pedro Calderón, que días más tarde aparece ahogado en el Tíber.

Tan pronto nace el hijo de Lucrecia, se firma un nuevo convenio de matrimonio, esta vez a favor de don Alfonso de Aragón, duque de Bisceglia, hijo natural de Alfonso II de Nápoles.

Las fiestas de la boda son aún más suntuosas que las celebradas cuando se casó con el de Sforza. Lucrecia tiene diecinueve años y Alfonso no pasa de diecisiete. Todo parece asegurar el principio de un amor, jamás sentido, quizá, por una criatura que ha acumulado odios, no tanto por sus errores como por los surgidos de la audacia egoísta de los Borgia.

De nuevo va a ser madre, y su marido, temeroso de los conflictos políticos que se avecinan, la abandona antes de su alumbramiento. Las fiestas que se organizan por el niño Rodrigo de Borgia y Aragón emulan las que fueron organizadas para sus esponsales. Alfonso de Aragón regresa y la pareja se reconcilia, pero, días después, Alfonso es atacado, al parecer por unos mendigos que intentan arrojarlo al Tíber. La guardia logra salvarlo. Lucrecia lo cuida y él teme ser envenenado por su hermano político César Borgia. Su terror termina, pues tres días después amanece estrangulado.

Lucrecia, recién viuda, acepta por esposo a su tercer marido, Alfonso de Este, primogénito del duque de Ferrara. Para la boda se viste de oro y brocado, un manto carmesí la cubre, un collar de perlas adorna su garganta, y descansa sobre su busto un colgante, en triángulo, con una esmeralda, una perla y un rubí.

Desde la ventana del Vaticano, Alejandro VI la ve partir. Conteniendo su emoción contempla a la hija que ha sido motivo para él de tan intensas preocupaciones.

En Ferrara, Lucrecia se enamora del poeta Pietro Bembo, su penúltimo amor, puesto que ha de cerrar sus días de pasiones Francisco Gonzaga, marqués de Mantua, de quien se enamora perdidamente, sin importarle que esté casado con una mujer que

también lo ama.

Amarguras, ilusiones, calumnias, realidades. Todo llena el corazón de Lucrecia Borgia en sus últimos años. Todo queda prendido en el aire en torno a la figura femenina más apasionadamente combatida de la Roma del Renacimiento. El 24 de junio de 1519 Lucrecia queda, con su muerte, incorporada definitivamente a la Historia y a la Leyenda.

1 Sección “Las grandes amantes de la realidad y la ficción”, *Kena*, año 1, núm. 2, 20 de abril de 1963, pp. 66-67. Es probable que los textos desprovistos del nombre del autor, como es el caso de esta biografía y de otros publicados en el periodo 1963-1964, dentro de la “Sección literaria” o “Para su cultura”, pertenezcan también a Guadalupe Dueñas. Varias son las razones: la inconsistencia con que algunos señalan su autoría y otros no en las mismas columnas; son pocos los artículos firmados en todas las secciones en los primeros años de la revista, y por la similitud en el estilo y el tratamiento de los temas. Sin dejar de otorgar el beneficio de la duda, para llegar a esta adjudicación entrevisté a Fausto Vega y a María Luisa *la China* Mendoza, fundadores de *Kena*, y a Andrea Cataño Michelena (hija de Margarita Michelena, esta última colaboradora y jefa de redacción en esa época). De acuerdo con Andrea Cataño: “Son de Guadalupe Dueñas, a juzgar por los que firma con su nombre y por lo que conozco de ella” (octubre de 2012). Se reproducen los créditos autorales como aparecen en cada número. [Nota de PRL.]

Vicente Aleixandre[1]

Nació en Sevilla, el 26 de abril de 1898. Su infancia transcurre en Málaga y vive desde casi su término en Madrid. Cursa simultáneamente en esta ciudad la carrera de Derecho y la mercantil. A los dieciocho años comienza a escribir —tanteos para siempre inéditos— en medio de lecturas profusas y estudios desiguales. Cuando termina sus cursos oficiales empieza a trabajar en una compañía industrial. Desterrado de su patria, sufre.

Dos años después cae gravemente enfermo. Alejamiento de sus actividades profesionales. Soledad y campo. Comienza ahora a escribir con fe y necesidad. Cambio radical en el curso de su vida. Vuelta a Madrid, y en un nuevo camino ya, se entrega de lleno a su labor. En agosto de 1926 aparece públicamente, por primera vez, su firma en la *Revista de Occidente* con una serie de poemas. En 1928 sale su primer libro, *Ámbito*. Colabora en *Litoral*, en *Carmen*, en *Verso y Prosa*, en *Mediodía*, revistas de juventud.

En 1932 publica su libro *Espadas como labios*. En diciembre de 1933 le fue otorgado el Primer Premio Nacional de Literatura por su obra *La destrucción o el amor*. Luego ha publicado *Mundo a solas*, *Sombra del paraíso*, *Nacimiento último*, *Historia de un corazón*, etcétera. Actualmente vive en la ciudad de Madrid.

COMO EL VILANO

Hermoso es el reino del amor,
pero triste es también.
Porque el corazón del amante
triste es en las horas de la soledad,
cuando a su lado mira los ojos queridos
que inaccesibles se posan en las nubes ligeras.

Nació el amante para la dicha,
para la eterna propagación del amor,
que de su corazón se expande
para verterse sin término
en el puro corazón de la amada entregada.

Pero la realidad de la vida,

la solicitación de las diarias horas,
la misma nube lejana, los sueños, el corto vuelo
inspirado del juvenil corazón que él ama,
todo conspira contra la perduración sin descanso
de la llama imposible.

Aquí el amante contempla
el rostro joven,
el adorado perfil rubio,
el gracioso cuerpo que reposado un instante
en sus brazos descansa.
Viene de lejos y pasa,
y pasa siempre.
Y mientras ese cuerpo duerme o gime de amor
en los abrazos amados,
el amante sabe que pasa,
que el amor mismo pasa,
y que este fuego generoso que en él no pasa,
presencia puro el tránsito dulcísimo de lo que
eternamente pasa.

Por eso el amante sabe
que su amada le ama
una hora, mientras otra hora sus ojos
leves discurren
en la nube falaz que pasa y se aleja.
Y sabe que todo el fuego que común se ha elevado,
sólo en él dura. Porque ligera y transitoria
es la muchacha
que se entrega y se rehúsa,
que gime y sonríe.
Y el amante la mira
con el infinito amor de lo que se sabe instantáneo.
Dulce es, acaso más dulce, más tristísimamente
dulce,
verla en los brazos
en su efímera entrega.
“Tuyo soy —dice el cuerpo armonioso—,
pero sólo un instante.
Mañana,
ahora mismo,
despierto de este beso y contemplo
el país, este río, esa rama, aquel pájaro…”

Y el amante la mira
infinitamente pesaroso —glorioso y cargado—.
Mientras ella ligera se exime,
adorada y dorada,
y leve discurre.
Y pasa, y se queda. Y se alza, y vuelve.
Siempre leve, siempre aquí, siempre allí; siempre.

Como el vilano.[2]

1 Sección “Poética”, *Kena*, año 1, núm. 2, 20 de abril de 1963, p. 90.
2 Vilano: ave rapaz que se alimenta de carroña.

Madame du Barry[1]

María-Juana Gormand de Vaubernier —Madame du Barry— no fue ni mejor ni peor que quienes la rodearon. Si alcanzó Versalles, no sólo fue por sus encantos físicos; fue, también, porque encontró un ambiente propicio, que había de llevar a la guillotina algo más importante que a una mujer todavía hermosa: una gran parte de la historia de Francia.

Madame du Barry es un claro exponente de la Francia de su época, quien pagó con un final trágico como su belleza sus culpas y las de los que le sirvieron de trampolín para alzarse hasta Versalles.

Los años de infancia de María-Juana no se desenvuelven con demasiada holgura. Su madre, la bella Ana Béqus, se esfuerza en salir adelante sin conseguirlo, y no quiere para su hija sus propias amarguras. Hay que dejar la tierra: hay que huir de la cadena de colinas cubiertas de bosque que la atenaza. Y una mañana, al alba, María-Juana —espléndida promesa de mujer— toma en compañía de su madre el camino a París.

Ni la madre ni la hija están muy seguras de triunfar en París. Sólo llevan ilusiones. Atraviesan los muelles, dejan atrás el Palacio del Louvre y se internan en busca de la casa de un amigo, contratista de víveres que, por serlo, ha de saber procurarles lo que ellas necesitan.

ENTRA A UN CONVENTO

El buen hombre es Dumonceaux, quien amó siempre a Ana Béqus y se admira de la alegría y de la belleza de María-Juana. Monsieur Dumonceaux se dedica a educar a la hermosa niña. La hace ingresar en el convento de Saint-Aure, dedicado a salvar a las que están expuestas a perderse. Monsieur Dumonceaux debe tener sus razones al dar este paso respecto a la pequeña Ma-ría-Juana, que ingresa en la correccional de Saint-Aure con el nombre de María-Juana Gormand de Vaubernier. ¿Qué puede, a su edad, necesitar de corrección? Pero, desde luego, algo se ha corregido ya en ella: el nombre. Ya ha dejado de ser la hija de Ana Béqus, la *Quantiny*. Mas, en este aspecto, no será

la única corrección. Su nombre seguirá variando, según las circunstancias.

Ana Béqus está a la puerta de Saint-Aure. Sabe que Dumonceaux ha pagado diez libras por el que será el lecho de su hija en el convento, y ve cómo le entregan dos vestidos y media docena de servilletas. Con todo ello en la mano, María-Juana, sin volver la cabeza, entra en el convento. La puerta, al cerrarse, la separa de su mundo. Años después será lo mismo en la puerta del Palacio de Versalles.

Lo primero que hacen las monjas de Saint-Aure con María-Juana es vestirla con una especie de túnica de sarga blanca, lisa y llana. Sobre las espigas maduras de sus largos cabellos hacen caer la noche de un severo velo, y calzan sus pies con duros y fuertes zapatos de cuero que no saben de la gracia artesana del curtido. Es la primera, pero no será la última vez que la hija de Ana Béqus luzca tan sencillo atuendo. El 8 de diciembre de 1793 volverá a vestir de blanco para dirigirse a la plaza que, por una ironía del destino, acabará por llamarse de La Concordia.

Toda la vida en Saint-Aure está alzada sobre los callados cimientos del silencio. Para no perderse, lo mejor es no hablar, pero eso no va con María-Juana, que está a punto de producir una verdadera revolución en el convento, como después contribuirán sus encantos a desencadenarla entre otras muchas causas. Las monjas la reprenden, la amonestan y la castigan, pero ella no sabe callar, y la comunidad, antes de verse rebasada y desbordada, acuerda devolverla a su lugar de procedencia, a su madre que, para las monjas de Saint-Aure, no es otra que la *Quantiny* Ana Béqus.

QUEDA EN LA CALLE

Vuelven a cerrarse las puertas del convento, ahora para dejar en plena calle a María-Juana Gormand de Vaubernier; en la calle, porque no tarda mucho tiempo en tener que abandonar la casa de Madame Frédérique, a cuyo servicio se encuentra su madre y a quien no hace gracia la intrépida chiquilla.

Dumonceaux desea volver a ayudar a Ana y a María-Juana, pero acaba doblegándose a las exigencias de su buena amiga, Madame Frédérique, que se vale de la calumnia. Cada una se vale de lo que tiene. María-Juana, cuando sea Madame du Barry, se valdrá de su belleza. Dumonceaux, rendido, dicta sentencia con el convencimiento interior de que no es justa. Lo mismo la dictarán ante los cargos del vicepresidente Dumas, el 16 del año II de la República contra la última favorita de Luis XV.

Ana Béqus y su hija deben abandonar la casa. Al salir, María-Juana se da cuenta de que ha perdido el apellido. No importa. Ya encontrará otro cualquier día.

Los nombres o los apellidos no suelen encontrarse en la vía pública, pero ésta es un buen medio para encontrar el sustento. María-Juana —de nuevo la hija de la *Quantiny*— se dedica a la nómada y urbana profesión de "quincallera". Una buena sonrisa en su rostro de extraordinaria belleza da valor a la pobre mercancía que exhibe en una amplia caja que sujeta ante su cintura por unos tirantes que rodean su cuello. Pasando el tiempo los tirantes se volverán collares de auténtica pedrería. Recorre las calles, va de puerta en puerta y de esquina en esquina viviendo las páginas primeras de la más extraordinaria novela por entregas.

ES MODELO DE UN FAMOSO DISEÑADOR

Ana Béqus, sin dedicarse al comercio, encuentra lo que su hija ha perdido: un nuevo apellido. De ahora en adelante ya no será ni Ana Béqus ni la *Quantiny*. Acaba de convertirse en Madame Rançon por el medio normal del matrimonio. Su hija se apresura a obtener las ventajas que le depara la nueva situación materna. Abandona el comercio callejero, se transforma en María-Juana Rançon, y, con el nombre recientemente adquirido, logra un puesto en casa de Monsieur Laville, modisto establecido en plena Rue Saint-Honoré.

Juana Rançon es ya una espléndida belleza encerrada en el palacio de cristal que es tradicional en los establecimientos de esa su clase. Es mujer del pueblo que intuye en vez de comprender. Y hay algo que le dice en su sangre que su belleza puede brindarle una mejor posición que su actual puesto como modelo parisién.

Su madre, la antigua Ana Béqus, hoy Madame Rançon, debe pensar de la misma manera, hasta el punto en que decide que María-Juana entre a servir a las casas de juego, que en la Rue du Bourbon regenta la conocida Madame Duquesnoy. Y en el juego debe y puede arriesgarse todo, incluso la belleza.

La inquietud se transforma en ambición dentro del alma de María-Juana. Lo que queda atrás no importa, ni cuenta, por muy turbio que sea. Los tropiezos en una sociedad como la francesa del siglo XVIII sólo son tropiezos cuando se fracasa; a la hora del triunfo se convierten en genialidades. Lo cierto y lo que definitivamente cuenta es que es una espléndida mujer ambiciosa, inquieta e intuitiva, que por serlo sabe hasta latín y a la que no le importaría, de ningún modo, una nueva corrección de su apellido, si es para seguir su camino ascendente. Y el

destino ha querido que el conde du Barry, prendado de la belleza de María, la conquiste para saciar su apetito y su ambición diabólica.

El 15 de abril de 1764, en el Palacio de Versalles, había fallecido Madame Pompadour, favorita de Luis XV, y el conde du Barry pensó inmediatamente en la frase ritual de la monarquía francesa: El rey ha muerto. ¡Viva el rey!

FAVORITA DE LUIS XV

Se falsifica el acta de nacimiento de la protegida del conde, para que el origen de María sea más claro y se efectúe el enlace de ésta con el hermano del conde, Guillermo du Barry. Se le concede una renta fabulosa, alhajas, trajes bordados en seda y plata hasta convertirla en una de las más elegantes bellezas de Francia. Y María-Juana se instala, cómoda y brillantemente, en todo un departamento del Palacio de Versalles, y pasa a ser nada menos que Madame du Barry, sucesora de Madame Pompadour, en los favores de la serenísima y ya no entristecida majestad de Luis XV.

El puesto de favorita en Versalles es lógico que fuera codiciado. Siendo así que una lluvia de pretendientes la cortejan y la enamoran. Cuando el rey está triste es obligada a devolverle la alegría. Madame du Barry, deliciosa como una porcelana, domina y encanta a Luis XV. Pero la nobleza se afana para que no sea presentada oficialmente en la corte. Para ello se hace necesario que la amadrine la condesa de Béarn, que por una pensión es capaz de amadrinar a todas las favoritas del mundo.

El rey Luis está entre el mariscal duque de Richelieu y el ministro de la Guerra, Choiseul.

Madame du Barry sigue siendo materia de desprecio entre muchos de los cortesanos de Versalles, pero no obstante esta hostilidad evidente el rey se presenta con su favorita en un vistoso desfile militar, obligando a sus vasallos a rendirle homenaje, lo cual ocasiona enorme disgusto a Choiseul. El rey, al enterarse, le pide que renuncie a su puesto. Mas el 27 de abril de 1774 el rey cae enfermo de viruela contagiosa. Madame du Barry vela al enfermo hasta que se le ordena que se marche para evitar el contagio. Luis XV muere y el reinado de Madame du Barry termina. Se recluye en su palacio de Louveciennes, donde recibe a sus amistades particulares, hasta que Luis XVI ordena su destierro, desde donde vuelve gracias a la insistencia de la reina María Antonieta.

La Revolución se desata. Queman su palacio. El Comité de Emigración la acusa de haber dado socorros a los emigrados. Es

conducida al tribunal para ser juzgada y la condenan a la pena de muerte. Y Madame du Barry, la última favorita de Luis XV, sube a la guillotina entre los gritos de la multitud que clama por su muerte.

1 Sección “Las grandes amantes de la realidad y la ficción”, *Kena*, año 1, núm. 3, 30 de junio de 1963, pp. 64-65.

Concha Urquiza[1]

Concha Urquiza, la poeta michoacana, muerta trágicamente en el mar de Ensenada, Baja California, el 20 de junio de 1945, había nacido en Morelia el 24 de diciembre de 1910.

Su tipo de colegiala no revelaba la inteligencia nada común que Concha poseía. Tenía una memoria privilegiada que le permitía retener páginas enteras del *Quijote* y buen número de poesías de los maestros castellanos. Su familiaridad con el latín la facultaba para repetir trozos selectos de los clásicos latinos que traducía con delectación y sus conocimientos del griego la hacían intérprete de los gigantes de la filosofía que ha normado, a través de los siglos, nuestras más caras disciplinas. Dominaba el inglés y el francés. Su cerebro semejaba un volcán en constante ebullición; se agitaba al contacto de la teoría que busca adeptos, de la duda que engendra la discusión, del pensamiento que necesita expandirse para ser escuchado; y a manera de corolario de su exuberante mentalidad, la melena rubia, rizada, alborotada, que señalaba desacompasadamente aquel continuo barbotar de ideas. Sin embargo, no era de las personas que despertaba de inmediato simpatías; era preciso tratarla un poco para poder hallar en ella el caudal inagotable de cosas buenas que atesoraba.

Algunos de sus más bellos sonetos los escribió en un café de chinos, vecino de la Preparatoria, en los papeles que servían de servilletas. Intentó ser monja, pero al año abandonó el convento. La época más fecunda de su vida la vivió en San Luis Potosí, de los años de 1939 a 1944: daba clases, sostenía nutrida correspondencia con sus amigos, estudiaba y escribía versos y también prosa, diáfana y perfecta. Los poemas de Concha Urquiza no pasan sin dejar huella, son de los que hacen pensar. Poesía mística la suya, al igual que su prosa, pasión por Dios en arrebatos de desconcertantes expresiones, en los que el amor divino ahoga todo humano amor. En el único libro que hay acerca de ella y que es debido al sabio humanista mexicano, el doctor Gabriel Méndez Plancarte, se explica esa arrolladora pasión. Estudiaba en la Facultad de Filosofía y Letras de esta ciudad cuando la invitaron las Hijas del Espíritu Santo a su colegio de Tijuana y, cuando realizaba una excursión a Ensenada, pereció ahogada.

Don Antonio Castro Leal dice de ella: “Alma religiosa, vivió el

drama entre la angustia y la esperanza, la carne y el espíritu, y de ello dio pruebas solemnes en su canto. En nuestra poesía religiosa femenina es el ejemplo más alto desde los tiempos de sor Juana Inés de la Cruz".

ROMANCE DE LA LLUVIA

¡Ay, corazón quexoso, cosa desaguisada!
¿Por qué matas el cuerpo do tienes tu morada?
Libro de buen amor, 786

Corazón, bajo la lluvia
herido de amor te llevo;
te cerca el campo mojado,
la lluvia te dice versos,
el agua gime al caer
en tus abismos de fuego.
La roja tierra del monte
entreabre el húmedo seno;
en el regazo del valle
ríen los pétalos tersos,
y hacen blanco en el río
las flechas de los luceros.

Bajo la lluvia liviana
herido de amor te llevo;
muchas aguas han llovido
sobre tu herida de fuego;
muchas noches te han cegado,
muchas albas te han envuelto,
¡tengámonos a gustar
el dulce llanto del cielo!
Corazón, corazón mío,
descansa bajo mi pecho;
mira cómo se deshojan
las nubes de lento vuelo;
¡cierra la sangrienta boca
y dame un trago de sueño!

Descansa, viajero ardiente,
descansa, ya llegaremos
—allá detrás de la lluvia—
al claro "allá" de tu anhelo;
ya abrevarán en tu herida
aquellos labios sedientos,
ya templarán tus ardores
aquellos ojos sin tiempo,
ya bajarás al abismo
deleitoso de su pecho,

y anudarás tus latidos
a sus latidos eternos…

Corazón, bajo la lluvia
herido de amor te llevo:
por los labios de tu herida
silban rimando los vientos,
y el agua gime al caer
en tus abismos de fuego.

San Luis, 5 de junio, 1940

1 Sección “Poética”, *Kena*, año 1, núm. 3, 30 de junio de 1963, p. 90.

Lola Montes[1]

Eliza Gilbert Porris (Lola Montes) nace el año de 1821 en Grange, Irlanda, un día cualquiera de un mes cualquiera. Su padre un oficial de guarnición y su madre una criolla educan a la niña en un mundo de amor, del que sale al cumplir los diecisiete años.

Eliza tiene el pelo negro, ojos de suavidad felina y su cuerpo, de un tono de piel entre moreno y cobrizo, ostenta formas apegadas a la más clásica línea de belleza helénica.

La madre de Eliza se ha divorciado y vuelto a casar. Eliza prueba con el padrastro sus armas femeninas, que rinden sin condiciones al capitán, marchándose ambos a Francia sin la criolla. Regresan a Escocia, después de conocer París, con el propósito de casarse, no obstante que el capitán no ha obtenido el divorcio.

LOLA SE CASA CON SU PADRASTRO

A cambio de una cantidad, consigue el capitán el anhelado divorcio y Eliza se convierte en la esposa del ex marido de su madre.

Tomás James logra un puesto en el gobierno de Inglaterra, en la India, y se marcha con su joven esposa, que se dedica a bailar, una de sus habilidades ingénitas, descubierta por ella en el pensionado de Montrose. Su gracia, su belleza y su juventud vuelven locos a cuantos atraviesan por su camino, empezando por Lord Auckland, que no disimula la fascinación que lo domina. El escándalo es de tal magnitud que se enteran en Londres y la reina Victoria llama a su presencia al gobernador para destituirlo de su cargo.

James se entrega a la bebida y Eliza a Mister Lemmon, comerciante en especias, a quien después de explotar abandona y regresa a Inglaterra, decidida a convertirse en bailarina española.

En Londres encuentra a un profesor español de baile que le enseña español y la ayuda a divorciarse de James, no sin antes inventarle una ascendencia andaluza para que debute como bailarina profesional con el nombre de María Dolores Porris y Montes, “Lola Montes”.

TRIUNFA EN EUROPA

Así se escribe la historia. Lola Montes es una danzarina que recorre con buen éxito diversos países. Es una mujer calculadora, de asombrosa suerte pero sin sentimientos.

En París tiene un triunfo sin paralelo y un éxito de locura en Bruselas. En La Haya sus bailes conmueven hasta a los tulipanes y el marqués de Villiers asesina a un pobre hombre por creerlo rival en el asunto de Lola Montes, con quien huye a Rusia. Después de ser aclamada en San Petersburgo, Lola conquista el amor del conde Sacha Porwanski, a quien se promete, siendo el noble expulsado del seno de la familia. En Varsovia su triunfo es inenarrable. La prensa la saluda como "encarnación de Venus". En Londres, la noche de su presentación no cabe ni un alfiler en la amplia sala. En un palco, la duquesa de Kent acompaña al rey de Hannover. La danza de Lola Montes electriza a los espectadores. Es la selva instintiva encerrada en un cuerpo de mujer, perfecto y temperamental, y dispuesta a aprovechar sus grandes recursos naturales.

AVENTURAS Y ESCÁNDALOS

Dos años dura su gira por Europa. En cada punto una aventura y un escándalo.

Y París de nuevo. Baile, triunfo y amor. Lola Montes, además de otras cosas, es incansable e insaciable. Para ella la danza no es una necesidad, es un pretexto para sus amoríos y es causa de los sucesos más sensacionales de la historia del teatro de todas las épocas.

Todo marcha sobre ruedas; dos de sus amantes se baten por ella en París el 16 de marzo de 1836. El joven Dujarier cae muerto. Lola Montes ya tiene otro sensacional suceso para su propaganda, pues el rival es condenado por asesinato y Monsieur de Beauvallon durará en prisión doce años.

En octubre de 1840 provoca un escándalo en Baden-Baden. Juega una fuerte suma, pierde y declara que no tiene con qué pagar. Hay un revuelo general. En una sala de juego se puede hacer todo menos quedarse sin dinero. Lola pierde los estribos. El príncipe de Reuss se entera y ordena sea expulsada de Baden.

¡QUÉ TEMPERAMENTO!

El rey de Baviera Luis I recibe una mañana la intempestiva visita de Lola Montes, quien irrumpe violentamente en la sala, provocando la indignación del monarca. Mas pronto cambia la expresión el soberano, doblegado por la belleza ardiente de la bailarina que exige la dejen actuar en el Teatro de la Corte. ¡Claro que actuará! El rey lo ordena y pide a la hermosa mujer pose para el pintor de la corte, quien reproduce a la bailarina para la galería real de mujeres hermosas.

—Quiero que sea el cuadro de mayores proporciones —dice el rey.

Y subyugado por las perspectivas anatómicas de Lola Montes exclama:

—No he admirado nunca una mujer de tan exacta línea clásica. Es tal su perfección, que dudo de su autenticidad.

Lola Montes, en un arranque temperamental, saca un fino estilete y corta su vestido de arriba abajo, del cuello a la cintura, y echa el busto hacia adelante en rotunda demostración de auténticas exactitudes.

Luis I de Baviera, a sus sesenta años en servicio activo, se llena de perplejidad y no duda ya que Lola es una mujer de “rompe y rasga”.

Se enteran los ministros, se entera el pueblo, lo sabe la reina, aunque sigue su inteligente y señorial política de no darse por enterada. ¡Una aventura más!

El rey le acondiciona un soberbio piso. El pintor Stieler está pintando su retrato con destino a la galería de mujeres hermosas y en el Teatro de la Corte se hacen preparativos para su presentación en gran función de gala.

Pero detrás de Lola Montes llega una serie de noticias sobre su vida, que ha pasado a disposición del primer ministro, noticias no sólo de sus devaneos trágicos, sino de actividades políticas. El rey Luis I de Baviera ha perdido la cabeza y no tardará mucho en perder la corona. Ama a la bailarina con todas sus potencias vitales, pero no es correspondido. Ella no ha amado nunca a nadie. Utilizó y utiliza, mientras pueda, el conjunto de sus armas de mujer al servicio de sus ambiciones.

POR PRIMERA VEZ, ¡PIERDE!

El Gran Teatro de la Corte está a reventar. Luis I está en su palco acompañado de la reina Teresa.

Durante el preludio alguien reparte unos pequeños folletos que cuentan la vida y milagros de Lola Montes. ¿Quién ha podido hacer tal cosa? Parece ser que un periodista de Berlín a quien la bailarina desdeñó.

Se levanta el telón.

—¡Qué la echen! —grita la galería. El rey se asombra.

—¡Viva la reina!

La representación se suspende. Los estudiantes, los bandos políticos, las pasiones y la confusión hacen su obra de desastre. Luis I no se atreve a ir al camerino de Lola Montes. Intenta acompañar a la reina, pero ésta se ha marchado. Al salir suenan dos detonaciones que retumban en toda la sala. La presentación de Lola Montes en el Gran Teatro de la Corte de Múnich no ha podido ser más desafortunada.

En el palacio de Berg el rey y Lola Montes charlan mientras toman un refrigerio. El ministro acecha. La conversación deriva a la política y la bailarina hace un comentario totalmente adverso. La policía obtiene una orden de detención que el rey destruye. Las opiniones se dividen. Unos abogan por Lola, otros desean su expulsión.

PIERDE LA CORONA UN REY

Lola baila ante unos cuantos de los suyos y tiene una idea genial. Abre el balcón, saca una mesa y baila frente a los estudiantes de Von Görres que se meten en el jardín, y bebe champaña y les arroja flores… Los que venían en son de guerra aplauden, pero lo echa todo a perder al decirles con brusquedad que se marchen. Las piedras rompen los cristales de las ventanas.

El príncipe heredero Maximiliano ruega a Lola que se marche a Núremberg, donde la esperan la emperatriz Carolina de Austria, hermana de Luis I, y el ministro Metternich, quienes la acusan del atentado contra el rey en el Gran Teatro de la Corte, el día de su presentación. Van a detenerla… pero el rey la rescata.

De regreso en Múnich, Lola Montes se adueña de la política interna de Baviera. Se organiza una manifestación al grito de: “¡Abajo Lola Montes!” Y se producen los primeros choques. Lola Montes no cede y está dispuesta a quedarse; pero Luis I de Baviera descubre las actividades privadas de su amante y ordena que salga custodiada.

Lola Montes pasa a Berna, después a Londres, donde se casa con Jorge Semford. Ante la amenaza de procesarla por bigamia, huye a América a través de España. En Nueva York se encuentra de nuevo con la popularidad al representar un drama sobre la vida de Múnich. Se va a San Francisco, y de nuevo hay boda con un periodista: Hull. Y por último, otra vez en Nueva York, donde da conferencias sobre su aventurera y azarosa vida.

El 17 de enero de 1861, en un humilde barrio de Nueva York, muere una mujer en la más completa miseria. Aparenta tener unos cuarenta años. Es Eliza Gilbert Porris, Lola Montes.

1 Sección “Las grandes amantes de la realidad y la ficción”, *Kena*, año 1, núm. 4, 30 de julio de 1963, pp. 80-81.

Ramón López Velarde[1]

Los restos del gran poeta jerezano fueron colocados en la Rotonda de los Hombres Ilustres el mes pasado, por este motivo deseamos dar a conocer a nuestras lectoras algunos de sus poemas.

Ramón López Velarde es la figura más admirada y estudiada de los poetas de México. Se considera que su obra marca los comienzos de la poesía mexicana contemporánea, ya que rompe abierta y ostensiblemente con el modernismo. López Velarde nació en Jerez, Zacatecas, el 15 de junio de 1888 y falleció en México el 19 de junio de 1921.

Era un provinciano silencioso, concentrado y lento, en diálogo perfecto consigo mismo. Su imaginación no ardía en fuegos de artificio, pero penetraba en él profundamente para expresar con mayor fidelidad lo que él había dicho; quería crearse un lenguaje personal, porque tenía que decir cosas personales. Hay una conciencia muy aguda en sus palabras.

La Revolución reveló a López Velarde el rostro de México. En tanto que los otros poetas miraban hacia el exterior, él penetraba la intimidad de la patria y por primera vez en la historia él se atreve a expresarla sin disfraces. El México de López Velarde es un México concreto, vivido día a día por el poeta. En 1910 conoce a don Francisco I. Madero; se adhiere a su causa, pero no se entrega a la aventura de la Revolución, sino que continúa su carrera de abogado, que concluye en 1912, mismo en que recibe su título. Obtiene su primera ocupación como juez de El Venado, S. L. P., mas inconforme con su suerte emprende su viaje a México. Aquí inicia el destino oscuro de los pretendientes sin título de la corte. Trabaja en algunos periódicos, ocupa modestos puestos burocráticos, entabla amistades entre el mundillo periodístico bohemio y se lanza con todo arrojo, pero al mismo tiempo con la timidez de su freno religioso, en un erotismo al alcance de sus posibilidades. La muerte de Fuensanta (Josefa de los Ríos), la pasión más señalada de su vida, acaecida en 1917, define la madurez de su impulso literario.

¿Imaginas acaso la amargura
que hay en no convivir
los episodios de tu vida pura?

Me está vedado conseguir que el viento
y la llovizna sean comedidos
con tu pelo castaño.

Me está vedado oír en los latidos
de tu paciente corazón (sagrario
de dolor y clemencia)
la fórmula escondida
de mi propia existencia.

Me está vedado, cuando te fatigas
y se fatiga hasta tu mismo traje,
tomarte en brazos, como quien levanta
a su propia ilusión incorruptible
hecha fantasma que renuncia al viaje.

Despertarás una mañana gris
y verás, en la luna de tu armario,
desdibujarse un puño
esquelético, y ante el funerario
aviso, gritarás las cinco letras
de mi nombre, con voz pávida y floja,
¡y yo me hallaré ausente
de tu final congoja!
¿Imaginas acaso
mi amargura impotente?

Me estás vedada tú… Soy un fracaso
de confesor y médico que siente
perder a la mejor de sus enfermas
y a su más efusiva penitente.

HERMANA, HAZME LLORAR…

Fuensanta:
dame todas las lágrimas del mar.
Mis ojos están secos y yo sufro
unas inmensas ganas de llorar.

Yo no sé si estoy triste por el alma
de mis fieles difuntos
o porque nuestros mustios corazones
nunca estarán sobre la tierra juntos.

Hazme llorar, hermana,
y la piedad cristiana
de tu mano inconsútil

enjúgueme los llantos con que llore
el tiempo amargo de mi vida inútil.

Fuensanta:
¿tú conoces el mar?
Dicen que es menos grande y menos hondo
que el pesar.
Yo no sé ni por qué quiero llorar:
será tal vez por el pesar que escondo,
tal vez por mi infinita sed de amar.

Hermana:
dame todas las lágrimas del mar…

1 Sección “Poética”, *Kena*, año 1, núm. 4, 30 de julio de 1963, p. 98.

Catalina de Rusia[1]

Juana Isabel de Holstein-Gottorp tiene diecisiete años cuando da a luz a Sofía Federica Augusta, a quien corresponde más tarde el título de emperatriz Catalina II de Rusia; Catalina *la Grande*, la mujer de vida apasionada en todas sus manifestaciones, la intensa criatura que asombra al mundo a los sesenta y siete años por su existencia placentera, auténtica y plenamente feliz. Ni aun la muerte tuvo para ella amargura; la muerte, que suele llegar por el camino de las lágrimas, respetó su regocijo, su poderosa capacidad de dicha. Hay quien afirma que murió de tanto reír.

¿QUIÉN ES EL PADRE?

Catalina es, legalmente, hija del príncipe Cristián Augusto, quien, deseoso de un heredero para asegurar su puesto en la milicia, tiene que resignarse a aceptar a la niña que viene al mundo el 2 de mayo de 1729, en New-Stettin, Polonia.

En la corte del siglo XIX da no poco de que hablar la suposición, con bastantes visos de realidad, de que la niña no es hija de Cristián Augusto, sino del conde Betzkol, que pasó su juventud cerca de la emperatriz Juana Isabel y para el que ésta tiene toda clase de atenciones. Los nobles insisten en afirmar que es hija de Federico II de Prusia, que, en sus años de heredero, disfrutó grandes temporadas en Dornburgo, ciudad frecuentada por ella.

CUANDO ERA BUENA CHICA…

Durante sus primeros años Sofía Federica Augusta es una muchacha como otra cualquiera, sin ninguna clase de preocupaciones. Comienza a despertar su inteligencia. Su capacidad pasional —que será infinita — duerme todavía. Es lo que se dice una buena chica, sin otra influencia que la de una amiga de su edad, enemiga a la vez de su

madre, quien influye para que la futura Catalina *la Grande* se convierta en una mujer lógica y enérgica. No obstante, aseguran que su educación ha sido esmerada, severa y muy francesa, al lado de su aya, Mademoiselle Gardel, gruñona y maniática, que no la deja hacer nada de lo que quiere, y de Laurent, su maestro de escritura. De mano de los refugiados franceses ésta lee asiduamente a Madame de Sévigné, a Voltaire y a Montesquieu.

UNA LIBERACIÓN: MATRIMONIO

Sofía Federica Augusta crece y lo primero que intenta es emanciparse por el único medio a su alcance: el matrimonio. ¡Hay tantos príncipes alemanes disponibles en esta época que aun se podría permitir el lujo de elegir! En 1744 no ha cumplido los quince años, cuando empieza a vivir el más amoroso de los cuentos de hadas.

Carlos Sievers llega a Berlín con una carta enviada desde San Petersburgo. Viene dirigida a la princesa Juana Isabel. La misiva es del mariscal Von Brunner, de la corte del Gran Duque Pedro Fedorovich, heredero de Rusia, y solicita lo siguiente: "… Por orden expresa de Su Majestad Imperial, la emperatriz Isabel Petrovna, desea que Vuestra Alteza, acompañada de la princesa, su hija, se dirija sin pérdida de tiempo a este país…"

Juana Isabel, con sus treinta años de espléndida belleza, supone que el interés es por ella y no por su hija, por lo que da demasiada importancia a su ajuar.

El príncipe Dolgorukov, en nombre de la emperatriz Isabel Petrovna, las recibe en Riga y mientras Juana Isabel y Sofía Federica Augusta atraviesan el hielo del Duna para ocupar el carruaje regio se lanzan al vuelo todas las campanas de la sede arzobispal del rito griego ortodoxo y se disparan salvas.

Juana Isabel supone que todo se ha organizado en su honor, Sofía Federica Augusta pasa inadvertida al lado de su madre; pero ya empieza a despertarse en ella una pasión: la del poder. Sabe muy bien que a quien esperan es a ella y, por sus venas, la sangre cabalga febril, mientras viaja hacia una posada cuyo remate es la corona imperial. Entretanto, su madre vive un sueño del que acabará despertándose.

SE CASA CON EL GRAN DUQUE PEDRO

El Gran Duque Pedro Fedorovich, heredero de Rusia, pide la mano de

Sofía Federica Augusta y ella lo acepta, no obstante la repulsión que le produce aquel rostro deformado por la viruela y aquel espíritu arrebatado y vicioso que demuestra una enfermiza inclinación por las mujeres con deformaciones físicas, ya sean tuertas o jorobadas. Sofía lo acepta como uno de los medios para llegar a la corona. Sofía es ahora Catalina y pasa a ser Gran Duquesa.

Su madre, Juana Isabel, sale de Moscú porque el conde Betzkol es nuevamente su amante y ella se halla en estado. El caso es que la historia de Rusia considera, casi unánimemente, a Juana Isabel como espía a las órdenes de los intereses prusianos. Alemania atribuye gran parte de la gloria y del triunfo de Catalina *la Grande* a la bienhechora influencia de Federico II. Pero una cosa es la ambición y el ensueño de la corona y otra el imperio de la mujer en sazón. Las reacciones de Catalina serán ahora rápidas, fugaces, sin que entorpezcan sus ambiciones. Sabrá separar lo que le exige su naturaleza femenina de sus propósitos de ceñirse la corona imperial de todas las Rusias.

El Gran Duque Pedro no puede tener hijos. La Gran Duquesa es de madera propensa al fuego. Entre sus chambelanes está Saltikov, atractivo y delicado, enamorado de ella. La Gran Duquesa exclama al oírlo cantar una frase encendida que ha pasado a la historia: “Sed merecedor de las lágrimas que vais a costarme”. La frase no la ha inventado ella: es de Mitrídates, pero da lugar a que el Gran Duque, humillado, se someta a una operación para tener descendencia.

Lo cierto es que Saltikov es el gran amor de Catalina. Después… se entregó a muchos, pero no amó a ninguno. Dejó que cada uno se figurase lo que quisiera y a todos los fue utilizando para sus fines políticos.

UN SUEÑO SE HACE REALIDAD

El Gran Duque muere el 9 de julio de 1762 y el sueño de Catalina se hace realidad. Tiene treinta y tres años cuando es proclamada emperatriz de Rusia. Los años pasan, pasan sus triunfos como emperatriz y sus debilidades como mujer. Sus antiguas grandes pasiones se convierten en un dejarse arrastrar por lo único que no podrá justificarla jamás: la costumbre licenciosa. Ahora tiene más prisa que nunca cuando se suceden, con verdadero vértigo y ningún amor, Lanskoi, Alejandro Vasilchikov, Pedro Zavadowski, Zoritch, Korsakov, Yermolov, Dmítriev-Mamónov y Platón Zúbov, que cierra, al cerrarle los ojos, la historia amorosa de Sofía Federica Augusta de Anhalt-Zerbst, la famosa Catalina II de Rusia.

1 Sección “Las grandes amantes de la realidad y la ficción”, *Kena*, año 1, núm. 5, 30 de agosto de 1963, pp. 70-71.

Enrique González Martínez[1]

Nació en Guadalajara, Jalisco, el año de 1871. Durante quince años ejerció la medicina en diversos lugares de Sinaloa. En 1911 se radicó en México. Fundó varias revistas; fue profesor de literatura francesa en la Escuela de Altos Estudios y dio clases en la Escuela Nacional Preparatoria. En 1920 ingresó en el servicio diplomático, y fue ministro en Chile, Argentina y España. Regresó a México en 1931. Miembro del Liceo Altamirano y de la Academia Mexicana de la Lengua, presidente del Ateneo de la Juventud y fundador del Seminario de Cultura Mexicana y de El Colegio Nacional. Estaba en su apogeo el modernismo cuando él señaló a la poesía un nuevo camino. En un estilo transparente y limpio, y en símbolos nobles y elocuentes, fue recogiendo la poesía y las enseñanzas de la vida. Murió en México el año de 1952.

CASA CON DOS PUERTAS

¡Oh, casa con dos puertas que es la mía,
casa del corazón vasta y sombría
que he visto en el desfile de los años
llena a veces de huéspedes extraños,
y otras veces —las más— casi vacía!…

Casa que en los risueños
instantes de la vida miró absorta
la fila interminable de los sueños,
de arribo fácil y de estancia corta…

¡Cuán raro fue el viador que en la partida
dejó, para los tránsitos futuros,
una hoguera encendida
en la piadosa puerta de salida
o una noble inscripción sobre los muros!

Los más dejaron, al fulgor incierto
de un prematuro ocaso,
algún jirón en el umbral desierto,
el alma errante de algún himno muerto
o un desgaste de piedras a su paso.

Sólo al silencio de la paz nocturna,
prende su lamparilla taciturna
huésped desconocido…
Y se pregunta mi inquietud cobarde
si es un cansado amor que llegó tarde
o es un viejo dolor que no ha salido.

UN FANTASMA

El hombre que volvía de la muerte
se llegó a mí, y el alma quedó fría,
trémula y muda… De la misma suerte
estaba mudo el hombre que volvía de la muerte…

Era sin voz, como la piedra. Pero
había en su mirar ensimismado
el solemne pavor del que ha mirado
un gran enigma, y torna mensajero
del mensaje que aguarda el orbe entero…

El hombre mudo se posó a mi lado.
Y su faz y mi faz quedaron juntas,
y me subió del corazón un loco
afán de interrogar… Mas, poco a poco,
se helaron en mi boca las preguntas…
Se estremeció la tarde con un fuerte
gemido de huracán… Y paso a paso
perdióse en la penumbra del ocaso
el hombre que volvía de la muerte.

1 Sección “Poética”, *Kena*, año 1, núm. 5, 30 de agosto de 1963, p. 98.

Ninon de Lenclos[1]

Al llegar a la pubertad la hija del hidalgo es dueña de una belleza poco común, casi perfecta. Es morena en tono de noche, sus facciones parecen copiadas de una porcelana; los ojos grandes rimando con la cabellera, un busto de peana de mármol y una boca asombrosamente pequeña. Posee además un cuerpo de líneas que responden a las exigencias de la época.

Ana nace en París en el mes de noviembre de 1620. Es hija de un hidalgo provinciano que ha sido desterrado por intrigar en la corte de Richelieu. No obstante, el padre desde el exilio se preocupa por la educación de Ana y ésta recibe instrucción esmerada.

A los diecisiete años tiene un desliz amoroso en la propia casa paterna, y el desengaño que las circunstancias de este despertar le produce hace que decida abandonar a la familia y lanzarse al París turbulento, sin saber que va camino de la celebridad.

Pronto adquiere fama por su belleza y el primero en conseguir su amor es Gaspar de Coligny, hijo del célebre señor de Châtillon. Coligny es un apuesto militar y Ana entra en un círculo sin fin de relaciones, dejando a la puerta su nombre provinciano y adquiriendo el que será famoso en la posteridad: Ninon de Lenclos.

De la milicia, Ninon salta a la nobleza para ampararse, no por mucho tiempo, en el marqués de Villarceaux. Dicen que el rey Felipe IV de España, presenciando una fiesta de toros en la Plaza Mayor de Madrid, adonde asistía acompañado de su esposa y la reina doña Isabel de Borbón, al indicarle ésta, refiriéndose a la bella Ninon:

—Pica bien, Villamediana…

Contestó:

—Pica bien, pero muy alto.

Ahora Ninon de Lenclos cuenta con un salón donde recibir a sus amistades y para picar más alto se fija nada menos que en el príncipe de Condé, de la rama menor de los Borbones, que será a la muerte de Luis XII del Consejo de Regencia. Ya el nombre de Ninon de Lenclos es popular en el lenguaje de palacio y, con su nombre, corren parejas su natural distinción y sus conocimientos, ya que en verdad puede decirse que Ninon posee una cultura excepcional entre las cortesanas y que en parte a eso se debió que uno de sus hijos llegara más tarde a

ocupar el Ministerio de la Guerra.

Sus relaciones con el príncipe le permiten acercarse a su eminencia Armando Juan du Plessis, cardenal de Richelieu, príncipe de la Iglesia. La amistad que le dispensa el dueño de la política de Francia es grande; Richelieu le asegura a Ninon de Lenclos una renta vitalicia de dos mil libras anuales, y esto causa tal revuelo en palacio, que la reina Ana de Austria, hija de Felipe III de España —que ha vuelto al lado de su esposo, después del nacimiento de su hijo Luis, desde su voluntario retiro de Val-de-Grâce, donde se recluyera ante los desdenes y sospechas infundadas del cardenal—, manda a detener a Ninon y la encierra en el Convento de las Arrepentidas. Ninon logra salir de ese convento, sin arrepentimientos, y organiza con más entusiasmo que nunca sus reuniones, ahora más apreciadas y en las que da cátedra de sus amplios conocimientos.

Estamos en el siglo XVII. París tiene sus moralistas y sus inmoralidades, y lo mismo que a París le pasa a Ninon de Lenclos. El dúctil y fino instinto de Ninon se refleja en una serie de máximas ingeniosas, acertadas y crudas, extraídas de su experiencia personal constantemente variada.

Foucauld, descendiente del señorío de La Roche, inicia su futura fama de clásico en los salones públicos y privados de Ninon de Lenclos.

Los que la conocen bien por conocerla mal dicen que Ninon sale de cada aventura como salía Venus Afrodita de entre la espuma blanca de la mar.

Es tal la actividad desarrollada por Ninon que no se puede seguir su vida amorosa, ya que ésta excedió todo límite.

Su rueda amorosa, tan amplia como nuestra imaginación, gira en torno de una clase: la nobleza. De no haber sido así, hubiera pasado sin pena ni gloria, como una cortesana más.

Pero no siempre es la culpable de esos rápidos cambios de ilusión. A veces es casi una fatalidad la que impone la sucesión de sus amores. Tuvo gran afición por los literatos.

Ninon vuelve de nuevo sus ojos hacia la milicia, aunque para variar se decide por la milicia del mar y empezando el escalafón por la cabeza se dedica al almirante Juan de Estrés. No falta quien afirme que en el salón de tertulia de Ninon de Lenclos se ha fraguado más de una conspiración, acarreando dificultades para Francia. No terminan así las relaciones de Ninon con la Marina. Después es el marqués de Céreste, Luis de Brancas.

Pero ella sabe que no debe abandonar el círculo que forman en torno suyo la nobleza, la milicia y la literatura, pues ésta le brinda popularidad y más o menos gloria, así que entabla relaciones con el marqués de Rambouillet, personaje del que habla todo París gracias a

la fama que le ha dejado su esposa, Catalina Vivonne de Savelli, la restauradora del Club Literario de París.

Los años pasan. Los salones de Ninon ya son un recuerdo difuminado por la edad de la mujer, cuya belleza tuvo en torno suyo a lo mejor de la Francia de su época. El otoño llega. Los árboles parisinos se quedan sin hojas. Del árbol de la vida de Ninon de Lenclos se cae la última hoja el 17 de octubre de 1705, y con ella en la mano va en busca del descanso y en busca de una razón que justifique su reprobable vida de cortesana, de la que sólo Dios tendrá misericordia.

1 Sección “Las grandes amantes de la realidad y la ficción”, *Kena*, año 1, núm. 6, 15 de septiembre de 1963, pp. 72-73.

Gustavo Adolfo Bécquer[1]

Gustavo Adolfo Bécquer era un sevillano de abolengo. Nació el 17 de febrero de 1836 y fue uno de los ocho hijos varones que tuvieron sus padres, cortos en recursos y largos en prole. A seis de ellos no los ha registrado la historia por ningún motivo. Los otros dos se han inmortalizado por sus propias obras. Gustavo Adolfo, en el ancho campo literario, donde caben muchos y triunfan pocos; y Valeriano, catorce meses mayor que aquél, por la gracia con que sus lápices y pinceles recogieron paisajes, monumentos y costumbres de la añeja España.

Gustavo ingresó en el Colegio de San Telmo con ánimo de hacerse navegante. No quiso el destino que llegara a hacer grandes travesías oceánicas, sino una, bastante breve, por el mar de la vida, en la que casi siempre vivió como náufrago y con el agua de la pobreza al cuello.

Su primer poema lo escribió a la edad de diez años. Bécquer era delgado, pálido, nervioso, sensible y tímido. A los quince años es un mozo de vida retraída e íntima, llena de ensoñaciones y nostalgias, que gusta de paseos solitarios y contemplativos.

En 1854 llegó a Madrid sin dinero y con esperanzas. Pero las puertas no se abrían. Revistas, periódicos y editoriales rechazan sus solicitudes. De cuando en cuando lograba publicar una poesía breve, sencilla, que no causa gran impresión en los lectores. Así fueron asomándose al mundo las hoy famosas *Rimas*. No se sabe si este poeta del amor acendrado haya tenido relaciones con mujeres reales antes de su matrimonio, aunque es seguro que vivió siempre enamorado de alguna y, desde luego, de una que, si no fue precisamente real, fue la realidad eterna de la belleza. Quizá por eso las Rimas nos producen la indefinible emoción de ser impresiones reales de amores ideales. Por eso no sólo no envejecen y pasan, sino que hoy las *Rimas* becquerianas tienen probablemente, entre poetas y profanos, más devotos que nunca.

Pero Gustavo Adolfo Bécquer también escribió prosa y consiguió en ella calidades tan poéticas como en el verso.

Bécquer contrajo matrimonio con Casta Esteban Navarro —de la que tuvo varios hijos que alegraron sus días— en el año de 1861.

El 22 de diciembre de 1870, cuando aún no cumplía treinta y cinco años, falleció en Madrid.

RIMAS

XXVI

Voy contra mi interés al confesarlo;
no obstante, amada mía,
pienso, cual tú, que una oda sólo es buena
de un billete de banco al dorso escrita.
No faltará algún necio que al oírlo
se haga cruces y diga:
"Mujer al fin del siglo diez y nueve,
material y prosaica…" ¡Boberías!
¡Voces que hacen correr cuatro poetas
que en invierno se embozan con la lira!
¡Ladridos de los perros a la luna!
Tú sabes y yo sé que en esta vida,
con genio es muy contado el que la *escribe*,
y con oro cualquiera *hace* poesía.

XXVII

Despierta, tiemblo al mirarte;
dormida, me atrevo a verte;
por eso, alma de mi alma,
yo velo mientras tú duermes.

Despierta, ríes, y al reír, tus labios
inquietos me parecen
relámpagos de grana que serpean
sobre un cielo de nieve.

Dormida, los extremos de tu boca
pliegan sonrisa leve,
suave como el rastro luminoso
que deja un sol que muere.

—¡Duerme!

Despierta miras, y al mirar, tus ojos
húmedos resplandecen
como la onda azul, en cuya cresta
chispeando el sol hiere.

Al través de tus párpados, dormida,
tranquilo fulgor vierten,
cual derrama de luz templado rayo,
lámpara transparente…

—¡Duerme!

Despierta hablas, y al hablar, vibrantes
tus palabras parecen
lluvia de perlas que en dorada copa
se derrama a torrentes.

Dormida, en el murmullo de tu aliento
acompasado y tenue,
escucho yo un poema que mi alma
enamorada entiende…

—¡Duerme!

Sobre el corazón la mano
me he puesto porque no suene
su latido, y de noche
turbe la calma solemne.

De tu balcón las persianas
cerré ya, porque no entre
el resplandor enojoso
de la aurora, y te despierte…

¡Duerme!

LXIX

Al brillar un relámpago nacemos,
y aún dura su fulgor cuando morimos:
¡tan corto es el vivir!

La gloria y el amor tras que corremos
sombras de un sueño son que perseguimos:
¡despertar es morir!

LXIV

Como guarda el avaro su tesoro,
guardaba mi dolor;
le quería probar que hay algo eterno
a la que eterno me juró su amor.

Mas hoy le llamo en vano, y oigo al tiempo
que lo acabó, decir:
—¡Ah, barro miserable, eternamente
no podrás ni aun sufrir!

1 Sección “Poética”, *Kena*, año 1, núm. 6, 15 de septiembre de 1963, p. 98.

Ana Bolena[1]

Ana Bolena Howard es una chica despreocupada, llena de encanto. En Hever Castle estudia literatura, poesía y música. Estamos en el año de 1521. Ana acaba de cumplir catorce; es romántica y escribe versos.

En 1522 Ana llega a Londres procedente de Francia. Es entonces cuando Enrique VIII, en pleno goce de los favores de María Bolena, hermana mayor de Ana, nombra a la joven Ana dama de Catalina de Aragón. Enrique VIII es definitivamente conquistado por la juventud y la gracia de Ana, y está dispuesto, en su fuero interno, a cambiar de hermana.

Ana es ambiciosa y se da cuenta de que, si quiere escalar el trono, tiene que aprovechar la oportunidad; la joven sabe bailar y está dispuesta a hacer bailar a todos, ignorando que la cabeza le bailará un día sobre los propios hombros.

Ana deja el puesto de dama de la reina y se marcha de nuevo a Hever Castle. ¿Hever Castle? Para un rey no existen distancias. Enrique VIII se planta ahí de buenas a primeras; Ana no sale de sus habitaciones y el rey tiene que regresar a Londres.

Para congratularse con la jovencita, nombra a su padre, Tomás Boleyn, vizconde de Rochford y tesorero de la corte, obligándolo así a fijar su residencia en la capital. Tomás Boleyn se traslada a Londres, pero Ana se queda en Hever Castle.

El rey se indigna y sale a galope hacia el condado de Kent, con la sana intención de imponer su voluntad.

—Mi deseo es que vayáis a Londres con vuestro padre.

—Sólo iré en cumplimiento de una orden.

—Vine a veros y os ocultáis.

—No pude sospechar que el rey viniera a verme a mí.

—¿No veis que os amo?

—Sí, pero estoy decidida a no ser vuestra amante.

—¡Yo lograré haceros mía!

—No lo dudo, señor. Pero será después de haberme hecho vuestra esposa.

Enrique VIII no se da por vencido. Insiste por correo… Mas Ana Bolena no responde. El rey desespera; es la primera mujer que se le resiste y la primera que se atreve a poner como precio la corona. Le

parece demasiado, pero está dispuesto a pagarlo.

Las monarquías absolutas, cuando no tienen el freno de un profundo sentido religioso, disponen de una palabra a quien debe la Historia la mayoría de los cambios políticos hasta mediados del siglo XIX: la palabra divorcio. Algo entre talismán y abismo. Y esa palabra se le ha metido entre ceja y ceja al rey de Inglaterra.

Mas surge un inconveniente. Y éste es la reina Catalina de Aragón, hija de los Reyes Católicos, creyente profunda y consciente de su dignidad de mujer y de soberana. Casó con Enrique VIII a los veintitrés años. Dama a la española, sabe de las aventuras reales, las sufre su corazón de mujer y las calla su dignidad de reina. Lo de Ana Bolena llega a inquietarle más… pero no logra romper su silencio. Luego, a la hora de verse repudiada, dará la medida de su verdadera majestad.

La primavera altera la sangre sensual del rey. Llama al cardenal Wolsey y lo envía a Roma a pedir a Clemente VII declare nulo su enlace con Catalina, para contraer nupcias con Ana Bolena. Mientras tanto la nombra marquesa de Pembroke y espera en su compañía las noticias de Italia.

Clemente VII no cede a las pretensiones del monarca de Inglaterra.

Enrique VIII y Ana Bolena se casan en secreto, en enero de 1533; Ana va ya con un fruto en las entrañas. El domingo de Pentecostés se procede a la solemne coronación de la nueva reina de Inglaterra, en Westminster.

La reina Catalina se retira. Ya no es sino una sombra en la radiante alegría de la Bolena.

A los ocho meses de la boda, Ana da a luz a una niña, que andando el tiempo será Isabel de Inglaterra, la bastarda. El sexo de la recién llegada no le hace gracia al rey. Le gustan las mujeres para consortes o para amantes, no para herederas.

Ana sabe que el rey no es el mismo desde el nacimiento de Isabel, y que ahora se entretiene con la juvenil Juana Seymour.

La noticia de la muerte de Catalina de Aragón hace concebir al rey la idea de anular su matrimonio con la Bolena y quedar libre. No se atreve a manifestar abiertamente su deseo; pero su canciller Cromwell piensa y busca el procedimiento hasta que encuentra a Smeaton, un juglar de la corte, a quien agarra la confesión de sus amores con la reina Ana, a los que en breve añade el amorío de Henry Norris.

Cromwell aprovecha el momento psicológico y, sabiendo cuál es el punto adonde se dirige el rey, le plantea la cuestión.

—Majestad: La reina…

—¿Ha cometido algún delito?

—Sí.

—¿Cuál?

—El de adulterio.

Como resultado, Norris, Smeaton y Jorge Boleyn ingresan en la Torre de Londres. Los dos primeros ya se sabe por qué, pero lo del hermano de la reina no tiene explicación posible y la propia esposa de Boleyn exclama al enterarse: "¡Maldita sea la reina!"

A Ana Bolena el rostro se le ha vuelto de cera y un escalofrío cortante le ha dado en pleno cuello, como en una anticipación de su próximo y trágico destino.

El duque de Norfolk, con todo respeto, se dobla ante ella y pronuncia con una solemnidad de miedo:

—Señora: Su Majestad el rey de Inglaterra, Enrique VIII, ordena que la instale en la Torre de Londres.

—Siempre estuve presta a obedecer los deseos del rey.

Ana Bolena se dispone a salir tal como está. Norfolk, galante, se cree en la obligación de preguntarle:

—¿Queréis, señora, cambiar vuestro tocado, o bien recoger y llevaros cosa alguna?

—Me parece, duque de Norfolk, que ya sólo el cuello necesitaré y sólo un momento.

Hasta ahora no pierde la dignidad conservada a lo largo del trayecto por el Támesis. Va serena, a pesar de la convicción de saber cuál es su destino. Ahora ostenta todo su empaque de reina. Mas en cuanto ve la silueta de la Torre rasga la noche su grito de angustia.

—¡Piedad para mí! ¡Soy inocente! ¡Soy inocente!

Ana Bolena entra la noche del 2 de mayo de 1536 en la Torre de Londres para pagar sus culpas.

Ana Bolena se presenta con la realeza que en realidad no le correspondía. El manto cubre sus hombros y sostienen sus sienes la corona. De nuevo está tranquila. El triunfo la empequeñeció y ahora la derrota la engrandece.

El juicio acaba y la sentencia es de muerte.

Norfolk ordena que le sean quitados los atributos de la realeza. Ella misma deja resbalar el manto a lo largo de su cuerpo y ella entrega la corona al verdugo. Ya sólo queda la mujer que espera le arranquen la cabeza del resto de su cuerpo.

Ana Bolena debe morir en la hoguera. Pero ¿quién se atreve a quemarla viva? El rey no es hombre de sentimentalismos y si ha resuelto que sea decapitada es porque su decisión es producto del miedo.

La reina debe ser ejecutada. Ella espera la mañana del 17 de mayo, pero la primavera le trae la gracia de un día más de vida.

El guardián de la Torre abre la puerta de la celda. Ha llegado el momento. Ana Bolena sale con paso firme en dirección al patio. La ex reina viste de gris porque ya lleva sobre la carne sus propias cenizas.

El armiño que circunda su escote es un poco de nieve.

—Decidle a Su Majestad que le estoy profundamente agradecida.

Son sus últimas palabras. No permite que le venden los ojos. Quiere ver llegar la muerte cara a cara. Se recoge el pelo de la nuca y pone su cuello a disposición del verdugo de Calais.

1 Sección “Las grandes amantes de la realidad y la ficción”, *Kena*, año 1, núm. 7, 15 de octubre de 1963, pp. 74-75.

Lady Hamilton[1]

El herrero Harte está muy contento esta mañana. Su esposa, Mary Lyon, acaba de darle una niña que tiene en los ojos dos mares pequeñitos. La noticia lo ha conmovido, aunque tal vez hubiese preferido un niño; mas cuando toma en sus brazos a la tierna Emma le dan ganas de hacer barquitos de papel para los mares de sus ojos.

Al herrero poco le dura la alegría. Dos meses después muere dejando viuda a Mary Lyon, la cual queda triste y con pocos recursos, y tiene que refugiarse con la pequeña Emma en la casa de sus padres. Ahí deja a la niña y ella entra a trabajar a la casa de Lord Halifax.

Emma aprende a jugar en el arroyo, come en escudilla y cubre con andrajos su cuerpo.

Lady Halifax paga la escuela a la chiquilla, quien como un árbol joven se desarrolla con la innata elegancia de una princesa.

En 1777 ya tiene doce años. Entra a servir a una casa acomodada donde aprende la difícil sencillez de lo diario, mientras los dueños cuidan de su educación. De aquí saldrá tal vez para casarse con algún trabajador de las tierras del condado. Pero Mary Lyon se marcha con su hija a Londres.

Emma acaba de cumplir quince años y es sorprendente su apariencia de bellísima porcelana. Entra al servicio del compositor Linley. No le agobia el trabajo y le encanta la música. De ahí pasa a la casa del doctor Budd y deja a éste a cambio de un puesto en una frutería, donde acaba de perfilarse su belleza y donde conoce a la señora Belly, a quien toda la clientela da el nombre de “Abadesa”, que la lleva a su casa.

De aquí en adelante la línea de su conducta se tuerce. Con la entrada de Emma como sirvienta en la casa de la “Abadesa” comienza la época definitiva de su vida. La casa de la señora Belly es de esas que procuran guardar a toda costa la moral de lo inmoral; casa de mala nota en el lenguaje de la calle, pues en ella se reúnen hombres y mujeres, amistades de la señora, y se hacen tertulias nada edificantes, y se leen novelas escritas con el instinto en vez de con el pensamiento. Emma lee esas novelas y exaltada escudriña su belleza en el espejo, copiando gestos y poses de la dueña, mereciendo por eso que la despidan.

No se arredra por tan poco y busca sitio en la taberna de bohemios adonde asisten pintores, escritores y artistas de toda laya, gente divertida, alegre y despreocupada que empieza a mirar a la nueva sirvienta como mujer excepcional. Emma es fina de figura, de voz y de modales. Ha aprendido a incitar y a contener.

Una tarde su madre le ruega que pida a algún cliente una recomendación para que su primo no sea enrolado. Consigue una tarjeta dirigida al teniente John Willet Payne, quien habrá de ser el primer hombre en la vida de Emma Harte Lyon, futura Lady Hamilton, embajadora en Nápoles de la Real Majestad del Reino Unido.

Cuando se halla en presencia de John Willet Payne, Emma se queda de una pieza, fascinada por el encanto que despide. Le habla de su deseo de liberar al primo del servicio militar, mientras él pone sus labios en su boca y en su cuello sin encontrar resistencia.

Para John Willet Payne ésta no es una aventura. Se ha prendado de Emma y, aun sin disponer del dinero necesario, le pone maestros de literatura y música.

A los dieciséis años de edad Emma da a luz a una hija, que envía a la tierra de su madre. Y libre, atiende a los numerosos amigos del teniente que viven enamorados de ella. Entre los más apasionados está el señor Harry Featherstonhaugh, quien llega a decir a John que cancelará sus deudas a cambio de que le ceda a la muchacha.

Payne lo encuentra lógico y conveniente y Emma acepta el cambio sin escenas ni remilgos.

Un castillo en el campo, un caballo para correr, un coche para pasear y salones al amor de la lumbre para conversación y lectura son ahora el marco de la joven Emma que sólo piensa en vivir feliz.

Pronto conoce a los amigos de Harry. A Emma el que verdaderamente la atrae es Sir Charles Greville, sobrino de Sir William Hamilton, embajador en Nápoles, pero este joven hace alarde de indiferencia. En vano Harry trata de contenerla. Emma tiene voz de pájaro y cuerpo de gacela y no está dispuesta a que este apuesto joven la humille. Se marcha a Londres y en un encuentro fortuito se deja caer en brazos de Sir Charles.

Sir Charles Greville ha pasado a tomar posesión de la “señorita” Hart, que ahora sigue sus estudios de canto y que en breve conocerá al que ha de ser el amigo más entrañable de su vida: el pintor Romney. Emma se convierte en su modelo predilecto.

Una noche asiste a un concierto. Ocupa un sitio al lado de Sir Greville. La cantante entona un aire familiar para Emma, y ésta le hace dúo a toda voz. Las protestas iniciales se vuelven ovación cerrada. Por estos días el embajador del Reino Unido en Nápoles, y tío de Greville, Sir William Hamilton, llega a Londres, a pasar unos días de descanso. Es viudo, rico, tiene cincuenta y dos años, un buen

capital y un aspecto de madura elegancia. Greville se sabe único heredero del embajador y se apresura a cumplimentarlo. El embajador queda conquistado por la belleza de Emma. La oye cantar y el entusiasmo aumenta.

En marzo de 1785 Emma sale de Londres y se traslada a Nápoles. Los diecinueve años de la fina y pulida hija del herrero de Ness se llevan su propia primavera envuelta en su ambición de gloria femenina, latente bajo la atracción material.

Sir William reparte órdenes. Todo el piso segundo ha sido asignado a la recién llegada. Ella ha venido un poco en calidad de profesora de idiomas. El embajador la colma de atenciones. Se hace tertulia en su salón. Canta y entusiasma.

Pronto cunde su fama por todo Nápoles. Reyes y emperatrices desean conocerla, pero la "señorita" no puede entrar en palacio. Sir William, de acuerdo con el rey, prepara una entrevista en los jardines del Posilippo. Emma está radiante, como si hubiese nacido para este su destino actual. En esta época conoce a Goethe y canta para él, *Nina*, una de sus extraordinarias interpretaciones. La famosa retratista Madame Vigée Lebrun impone que su primer lienzo sea la efigie de la "señorita" Hart. El príncipe de Gales encarga a Romney que le pinte dos bacantes con el rostro de Emma, que ya es la prometida de Sir William.

El 6 de septiembre de 1791, en la capilla de Marylebone, se celebra la boda de Sir William Hamilton con Emma Harte Lyon. Desde este momento Lady Hamilton vive la inquietud de la próxima presentación en palacio. La confianza que le demuestra la hija de María Teresa de Austria y la influencia que ejerce sobre la reina la hacen ser el eje de la vida napolitana. Pero de pronto recibe una nota de puño y letra de la misma reina dándole cuenta de la muerte, en la guillotina, del rey Luis XVI de Francia. Después, de nuevo a las fiestas, al teatro, a los conciertos.

Tiempos de gloria para Lady Hamilton hasta que su esposo llega un día acompañado de un marino en cuya mirada hay un brillo de diamante. Es el capitán Horacio Nelson. El amor de Emma hacia el marino es avasallador, mas el capitán ha de regresar al *Agamenón* ante la nueva de que se han visto navíos en las cercanías.

Pronto llega la noticia de la ejecución de María Antonieta. Los franceses se apoderan de Niza. Nelson se entera de que Napoleón se dirige a Egipto. Fernando Nasone se opone a los deseos de Nelson, pero Emma va a palacio y la reina le entrega la orden para que Horacio Nelson se marche en busca de Napoleón Bonaparte. Y así, gracias a Lady Hamilton, en 1798, puede vencer en Abukir el 1 de agosto a Napoleón.

El recibimiento de la capital del Reino Unido a Horacio Nelson es

un verdadero delirio. Lady Hamilton lo acompaña a todas partes. Nelson es el héroe del momento. Ha perdido un ojo y un brazo en servicio de la patria. La hija del herrero concibe una hija de este hombre. Nace Horacia en 1801. Sir William no protesta. Hace un viaje con su esposa y Nelson al país de Gales. En 1803 Sir William muere. Nelson se divorcia y planea casarse con Emma, pero tiene que dirigir el combate de Trafalgar. Ahí el destino lo espera. Un casco de granada le causa la muerte. La pequeña Horacia se queda sin padre.

Muerto su héroe, Lady Hamilton queda sola. Pronto nadie la recuerda. En 1813 va a la cárcel por deudas. La persiguen, la acorralan. Huye a Calais y en una buhardilla enseña francés y música a su hija. Y el 15 de enero de 1815 muere.

1 Sección “Las grandes amantes de la realidad y la ficción”, *Kena*, año 1, núm. 8, 1º de noviembre de 1963, pp. 70-71.

Sarah Bernhardt[1]

Sarah Rosina Bernhardt, la gran trágica francesa, tuvo una agitada vida esmaltada de triunfos, de derrotas, de amores, de ganancias fabulosas y de deudas. Y si en definitiva se salvó gracias a su temperamento rebelde, él es también el único culpable de la serie de extravagancias toleradas en consideración a su gigantesca figura artística.

La actitud humana, temperamental y estridente de la Bernhardt fue una consecuencia lógica del ambiente familiar —hija ilegítima de una gran cortesana—, azuzada por unos nervios muchas veces en trance de lo grotesco y al borde de lo trágico, pues vivió la tragedia en la escena y en la vida, aunque en ésta con la pequeñez de lo material y sin la grandeza que alcanzara en la farsa.

Amó mucho en verdad y poco intensamente pudiendo decirse que en el amor no hizo sino continuar los constantes viajes artísticos que la llevaron a través del mundo entero, y casi siempre ligó su existencia de mujer nunca saciada a la de aquellos que fueron sucesivamente sus compañeros en la escena.

Vida larga la suya, hasta el último momento, supo entregarse a la pasión por el teatro, sin olvidar la escultura y la pintura, hijos tan sólo de las frecuentes crisis en su temperamento; incapaz de quietud o de firmeza ni en vocación de arte —el teatro puede decirse nacido en ella, de su propia sangre— ni en divorcio de amores.

LA EXPULSAN DEL CONVENTO

Sarah nace en París el 23 de octubre de 1844. Su verdadero destino, su vocación, sin ella saberlo todavía, surge con motivo de prepararse una velada para el día de Santa Catalina en el convento donde entra como educanda a la edad de trece años. La superiora ha escrito una comedia. Durante los ensayos Sarah va de un lado a otro, ociosa, ya que carece de papel a causa de su persistente rebeldía. Su compañera, María Buguet, encargada de interpretar el arcángel San Rafael, no acierta con la acción ni con la palabra. La víspera del acontecimiento

la madre Sainte no encuentra solución, pero Sarah dice a grandes voces:

—¡Yo me sé el papel!

Y al día siguiente obtiene un éxito que pasa inadvertido.

A los quince años la expulsan del convento por insubordinación. Se va a vivir con su tía Rosina. Ésta recibe a numerosas amistades, entre las que se encuentran duques, artistas, músicos y el director de Bellas Artes, Camilo Doucet, que cuenta a Sarah historias fantásticas y le aconseja estudie teatro en el Conservatorio Auber. La naturalidad y la voz de la joven se imponen y es admitida, a pesar de lo poco favorable de su figura, pues es desgarbada, paliducha y flaca en extremo.

A los dieciocho años gana el primer premio de tragedia y de comedia. Doucet interviene ante Thierry, de la Comedia Francesa, y le firman su primer contrato. Por lo que ha visto en su casa, se ha hecho una composición de lugar muy elemental: la vida se compone de amor y de un porvenir, pero amor tan práctico como la carrera; sin sentimentalismos. El porvenir puede ser el contrato de la Comedia Francesa; el amor es el conde Kératry, joven rico y aficionado a la volubilidad.

DOS SONORAS BOFETADAS

Sarah sabe bien que su cuerpo no contribuye a su triunfo en la escena; contempla su cabeza y la encuentra clavada en un alfiler. Dumas comparará su figura con la de una escoba. La familia le hace un vacío casi hostil y la volubilidad de Kératry está a la vista. Sarah sufre en silencio y trina contra la delgadez de su anatomía. Pero un pequeño arranque de temperamento la ponen en primera fila. En el salón de descanso de la Comedia Francesa, autores y periodistas celebran la fiesta conmemorativa de Molière. Sarah se presenta llevando de la mano a su hermanita de ocho años. La pequeña pisa, distraídamente, la cola del vestido de la célebre trágica, Madame Nathalie, y ésta le pega un empujón arrojándola contra una columna. Sarah la obsequia con dos sonoras bofetadas al tiempo que grita:

—¡Mala bestia!

Al día siguiente Sarah Bernhardt sale del anonimato para convertirse en la figura del día. Thierry le da una oportunidad, pero su agrio carácter la hace fracasar en forma rotunda. Padece un síncope cardiaco y en la soledad de su habitación busca hallar de nuevo su propia confianza.

Se marcha a Madrid, donde encuentra adoradores y un nuevo fracaso teatral. Regresa a París desconsolada. Conoce a George Sand y

su amistad con ella es tierna y apasionada. La todavía aprendiz de trágica es para la autora de Leila su pequeña madona. La endeblez de su cuerpo y el pálido mate de su rostro reverdecen recuerdos: versos de Musset y melodías de Chopin. Sarah siente por ella una admiración puramente sensitiva.

TRIUNFOS Y ESCÁNDALOS

Por fin llega el triunfo. Se estrena una obra de dos personajes. Sarah interpreta con la gran trágica, Agar, el papel de Zanetto. Es el principio de su consagración. El ministro de Guerra, François Coppée, asiste a las ciento cincuenta representaciones. La murmuración aumenta su fama. Corren a la vez las versiones de sus amores con Napoleón el pequeño. Hablan de que, en Roma, Sarah prendió fuego a su mansión para cobrar el seguro y reclamar el interés del público. Sarah ha llegado al triunfo y quiere constante satisfacción humana; desea llegar a otro éxito más difícil en la vida: la dicha. Ahora va de un lado a otro, inestable y aturdida: París, Hamburgo, Madrid, Inglaterra… En 1879 Oscar Wilde la recibe con arras como cañonazos. La prensa cuenta y no acaba de contar si se presenta vestida de hombre o si aprende boxeo y le ha roto la dentadura al encargado de entrenarla. Francia disipa su niebla indiferente ante el clamor que levanta la Bernhardt. De Bélgica la llaman sin cesar y ella decide visitarla. Los triunfos se suceden y a los triunfos siguen como siempre los escándalos. El barón Magnus, ministro de Prusia, es uno de sus rendidos adoradores.

Obtiene un contrato para trabajar en Estados Unidos. El éxito que alcanza es grande y los escándalos mayores. Los aplausos a la actriz se mezclan con los silbidos a la cortesana francesa, y los pastores protestantes se convierten en sus más severos críticos. Se reparten folletines con la vida y milagros de la actriz bajo el título de “Los amores de Sarah Bernhardt”, atribuyéndole intimidades con el zar, con Napoleón III… y dando cuenta de la existencia de tres hijos: uno de Napoleón el pequeño, otro de un peluquero y el último de un condenado a muerte. Los periodistas se lanzan al asalto ante el sensacionalismo desatado por los pastores, y Sarah responde en su peculiar estilo:

—¿Tres hijos y ningún marido? Esto es siempre mucho mejor que tener tres maridos y ningún hijo, cosa que sucede muy a menudo entre ustedes…

LA ABANDONA SU MARIDO

Para aumentar su extravagancia se ha permitido ejercitarse en el tiro de cañón, comprar un caimán para reventarlo a fuerza de champaña y consolarse de tantos ataques de Angelo, un segundo actor de escena convertido en protagonista particular de la gira por las tierras de América. El recorrido geográfico es muy inferior al recorrido entre sentimental y sensual de la gran trágica. Angelo sigue en su calidad de protagonista privado, pero hay en la compañía un joven griego, Arístides Damala. Es hijo de un comerciante de Hermópolis y de la heredera de la Banca Nacional de Grecia. Sarah se fija en él y se propone anotarlo en su lista encontrándose con una glacial indiferencia por parte del elegido, detalle que viene a incrementar el fuego de la perpetua insatisfecha, quien por primera vez en su vida da la batalla para conseguir un éxito de carne y hueso. Sarah decide casarse con el griego. El matrimonio es la única solución para retener a su lado a su gran pasión del momento. En Nápoles no quieren casarlos, porque ella es católica y él ortodoxo. En París tendrán mayores obstáculos. Se marchan a Londres y se casan el 4 de abril de 1882 en la iglesia de Saint-André, en Wall Street. Pero Arístides no soporta el sentimiento autoritario y trágico de su mujer, y a los ocho meses exactos la abandona. Sarah se siente arruinada, material y sentimentalmente.

SIGUE SIENDO LA INDOMABLE SARAH

Ya no le importan los comentarios que se hacen de ella porque duerme en un ataúd forrado de sedas y hecho de madera rosa con adornos de oro. Tampoco le inmuta que su público repruebe que ella fume enormes puros, ni que la tachen de loca por su afición a los animales; ella colecciona un leopardo, un lobo, tres perros, un perico, un mono, seis lagartijas y un camaleón —al que lleva sujeto al hombro con una cadena de oro—, amén de leones, chimpancés, tortugas y lagartos.

En los últimos diez años de su vida sufre a consecuencia de un accidente en la rodilla derecha. Se somete a un tratamiento médico, pero los nervios y músculos de la pierna ya están dañados. Continúa trabajando, sostenida prácticamente en una sola pierna. Ella flota en escena tan grácil como en sus mejores años.

En 1915 le amputan la pierna y la Bernhardt rechaza el uso de las muletas, al igual que el de una pierna de palo: “Las muletas me hacen parecer grotesca y la pierna postiza me hace caminar con la pesadez

de una vaca".

Sigue siendo "la indomable Sarah" y su maravillosa voz de oro produce el milagro de que el público olvide que está mirando a una mujer coja de más de sesenta años.

Su salud está en bancarrota. Ahora también tiene ataques de uremia. El 26 de marzo de 1923 tiene que guardar cama. Son las ocho de la noche. La hora del último latido. La hora en que por primera vez en su vida Sarah Bernhardt ha descansado.

1 Sección “Las grandes amantes de la realidad y la ficción”, *Kena*, año 1, núm. 9, 25 de noviembre de 1963, pp. 68-69.

La emperatriz Josefina[1]

A la edad de tres años María-José Rosa pierde a sus padres durante el tifón que arrasa a la Martinica, en el año de 1766, y queda bajo la tutela de una mulata que la deja a completa merced de sus instintos y así, a medida en que avanza en crecimiento físico, va creciendo su ignorancia y su sabiduría; ignorancia de todo lo que debe saber y sabiduría de todo lo que debería ignorar. Se forma entre negras y mulatas, vivo marco a su belleza, y no existe para ella en el diccionario de los sentimientos la palabra pudor. La buena y lánguida Marion es más su esclava que su tutora. La futura emperatriz de Francia demuestra, eso sí, una gran preocupación por adiestrarse en el difícil arte de la coquetería.

De Marion, la mulata, pasa al pensionado de las Damas, y en 1778, a los quince años, sale y debuta en el mundo, en la intimidad del capitán Tercier, un colono antillano y un inglés que llegará a general…

Mientras tanto en París, Madame Renaudin solicita esposa para su ahijado Alejandro Beauharnais, quien andando el tiempo morirá en la guillotina en los aciagos días de Robespierre.

La solicitud llega a las Antillas y María-José Rosa se presenta en Francia y contrae matrimonio con Alejandro.

La luna de miel la pasan los recién casados en el palacio de Beauharnais, en la Rue Trevenot. La pareja no congenia y Alejandro se reintegra en seguida a su regimiento de guarnición en Brest. A los pocos meses regresa a París porque María-José Rosa va a ser madre. El hijo recién nacido no logra que nazca en ellos un sentimiento amoroso. Él vive su vida y ella, por ahora, vive su soledad y su desilusión.

Alejandro recibe órdenes de partir con su regimiento a las Antillas. Ahí conoce a Madame Longpré, mujer sin prejuicios morales, quien decide conquistarlo contándole los amores que María-José tuvo antes de casarse. Si no hubiera agua entre las Antillas y Francia, Beauharnais hubiera montado en su caballo pensando en la venganza. Así que, sin contener su cólera, escribe a su mujer ordenándole que abandone su casa, sin importarle que está por nacer su segundo hijo.

Madame Longpré consigue que entable relaciones con ella y la

lleve a París. La Revolución llega antes que Alejandro y al llegar éste es encarcelado y, cuatro días antes de la caída de Robespierre, entrega su cabeza a la guillotina.

María-José Rosa se queda sola, encontrando inmediatamente protector en el general Hoche y en seguida en Barras, quien le pone una casa de campo, un piso en París y una villa en la Rue Chantenerie.

En el verano de 1795 María-José Rosa conoce a Napoleón Bonaparte en una de las reuniones de Madame Tallien. Ella tiene treinta y tres años y el corso veintiséis. La viuda lo anota en su lista antes de llegar el otoño.

Napoleón la cree rica y con grandes propiedades en la Martinica; la cree noble y cree, a pesar de todo, que para él y por él ha dejado de ser María-José y Rosa, convirtiéndose en Josefina.

Desde este preciso momento Josefina se convierte en la dama de Luxemburgo, donde se instala el poder ejecutivo, compitiendo en elegancia con Madame Tallien y Madame Récamier.

Josefina piensa interiormente que Napoleón tendrá extraordinario porvenir y decide terminar su compromiso con Barras, no sin antes conseguir que éste, entonces poderoso jefe, nombre general del ejército de Italia a Napoleón. A partir de ahora el general Bonaparte y la vizcondesa viuda de Beauharnais son prometidos oficialmente. El 2 de marzo se celebra la boda a las diez de la noche.

Para Napoleón es la época del amor por Josefina, un amor sostenido por el recuerdo de una mujer que ha sabido constituirse en el tipo de su personal concepto de la pasión; para ella es la época de continuar una vida alegre y confiada, cuidándose muy bien de lo que debe al disimulo y al engaño a la hora de escribir, tarea llevada a cabo más de una vez en compañía del poeta Arnault, a quien hace el siguiente comentario mientras seca la carta para Italia: “¡Qué gracioso es este Bonaparte!”

Al terminar la guerra con los del Piamonte, llegan a Francia Murat y Junot y, como es natural, enamoran a Josefina, que se divierte con los dos apasionados revolucionarios.

Inútilmente le ha pedido Napoleón que vaya a Italia; Josefina tiene muchos intereses en París que defender y no pocos interesados en esa defensa.

Abrumado Napoleón por el silencio de su esposa en tales circunstancias y loco por su resistencia a viajar, se lamenta con Barras: “Estoy desesperado, mi mujer no viene. ¿Tendrá algún amante en París…?”

Tiene varios, pero el número no hace al caso. Josefina es orgullosa y no quiere ser menos que su marido, para lo cual se preocupa de conseguir sus victorias. Una de las últimas se llama Hipólito y es una victoria militar que le satisface más que todas.

Para no causar la violencia de Napoleón consiente en verlo en Milán, pero pronto se marcha con Hipólito a Génova, mientras Napoleón, tras de firmar la paz de Tolentino, regresa a París.

Las escenas de celos se multiplican. Josefina fastidiada le propone el divorcio, pero Napoleón se niega a concedérselo.

Hasta en Egipto saben ya quién es Josefina, pero la noticia que transforma a los parisinos es la de la muerte de Bonaparte en tierras egipcias. El pueblo lo siente y se entristece; solamente Josefina se alegra y no lo oculta. Mas es una falsa alarma. Napoleón no ha muerto. Nelson se ha conformado con derrotarlo en Abukir. Josefina se lleva un disgusto, desembocando en la decisión irrevocable de divorciarse. Al saber que su marido se dirige a París, se marcha a Bélgica.

Josefina suspende o al menos disimula sus "actividades". Tiene miedo, un miedo que le acompañará ya hasta su repudio siendo emperatriz; miedo nacido del hecho de no haberle dado un hijo a Bonaparte. Mas no es sólo eso. Queda aún otro acicate para el miedo de la criolla: la enemiga de los Bonaparte, las Tullerías. Y ve en ella fantasmas animados por su miedo. A los hombres los sabe encadenar, pero los fantasmas llevan las cadenas por su cuenta.

El 18 de mayo de 1804 Napoleón Bonaparte se proclama emperador. El miedo de Josefina alcanza proporciones insospechadas. Con sus cuarenta y un años no cumplidos, "la vieja" para los intereses de la familia del corso, que no deja de intrigar a fin de lograr la separación, basada en no pocas "razones" privadas aunque públicas y en el no contar con un heredero destinado a la consolidación de la nueva dinastía imperial bonapartista.

Josefina queda en las Tullerías. No se fía de nadie, hasta el punto de que, pensando en su suerte a la hora de la coronación, escribe al papa dándole cuenta de la circunstancia de su matrimonio con Napoleón, únicamente civil. La maniobra surte su efecto y el Pontífice se niega a coronar a Bonaparte si no legaliza conforme a la Iglesia su boda con Josefina. Y es coronada emperatriz el 2 de diciembre de 1804.

Josefina cambia ahora de actitud. La antigua mujer deseosa de estar sola en París, con miras a sus fines licenciosos y particulares, es una emperatriz celosa, pero sus celos no son de amor, sino de intereses. Teme a una posible rival en condiciones de ser madre. Y en su interior nace la angustia; angustia destinada a convertirse en un nombre que convertirá en cenizas su corona: María Walewska.

Su miedo se disipa un poco al casar a su hija Hortensia con Luis Bonaparte, rey de Holanda. Ésta tiene un hijo que Napoleón adopta. La sucesión está asegurada. Desdichadamente el niño muere. Napoleón se ha enamorado de la Walewska y Josefina se ve obligada a

recibirla con la sonrisa en los labios.

El año 1809 es el año triste de Josefina. La Walewska es la gran ilusión del emperador. El 10 de enero de 1810 se firma el acta en donde se declara disuelto su matrimonio; María-José Rosa Tascher de la Pagerie ha terminado su gran aventura. Casi ha cumplido cincuenta y un años y la muerte la espera al mediodía del 29 de mayo de 1814, en que fallece de una pulmonía fulminante.

1 Sección “Las grandes amantes de la realidad y la ficción”, *Kena*, edición internacional, año 1, núm. 11, 30 de diciembre de 1963, pp. 78-79.

Salomé[1]

La historia tiene sus heroínas sangrientas y sus verdugos magníficos. Hombres o mujeres vuélvense en el andar del tiempo símbolos imperdurables. La tradición los rejuvenece sin depurarlos, conservándoles la frescura del crimen y el horror de la inmortalidad. La sangre no pierde así su púrpura ni la reprobación su intensidad.

Para juzgar un hecho, para analizar una vida, hay que conocer el ambiente, estudiar la época, entender las circunstancias a las que obedecieron los actos que hoy nos parecen monstruosos.

Si queremos entender las reacciones de un ser que existió en una década distante, nos será necesario investigar los móviles oscuros, las pasiones terribles y la siniestra influencia de los espíritus diabólicos que rodearon la infancia y corrompieron la juventud del personaje que juzgamos.

Salomé, apenas cumplía diez y seis años. Sus gracias núbiles eran más embriagadoras que el ajenjo y tan penetrantes como espadas de dos filos. Era hija de Herodías, mujer de belleza fascinante, mujer madura, sensual, llena de lujuria, escándalo de Judea. Herodías estaba casada con Filipo, hermano del sanguinario Herodes. Una noche, en un arranque de pasión insaciable, huyó con el poderoso tetrarca de Oriente, famoso por su crueldad y por los horrores sangrientos que le darían la inmortalidad.

Arrastrada por el deseo, no temió fugarse con el hermano de su marido, ni abandonar a Salomé en el palacio del esposo traicionado.

Herodes, inaccesible a toda ternura, vese de pronto exaltado por una pasión frenética. Herodías, mujer de su hermano Filipo, le inspira una pasión avasalladora. Herodes no repara en la infamia y la rapta y huye con ella a Galilea. Esto era unir de un golpe el perjurio, el deshonor de la propia casta; sublevar las conciencias y escarnecer los principios estrictos de la moral judía. Pero ¿qué le importaban los escrúpulos de la sinagoga o la desaprobación del sanedrín al delegado del césar romano?

Vagaba entonces por los desiertos de Judea, anunciando al Mesías, un asceta fervoroso, vástago de familia sacerdotal. Hacía ya años que recorría sus montañas de Judea bautizando a las tribus a orillas del Jordán cuando llegó a sus oídos el sacrilegio del tetrarca. El precursor

se dirigió a su encuentro y le reprochó duramente el acto criminal.

Herodías, la bella, la lujuriosa, la desamorada madre de la pequeña Salomé, espiaba desde la penumbra el gesto imperativo del Bautista y sus ojos fulgurantes se detenían ante aquel hombre que osaba turbar las molicies de su lecho adúltero. La figura de Juan crecía en un fulgor extraño. Por primera vez sintió el peso de una dominación en aquel hombre del desierto. En ese instante, como evocada por sortilegio, apareció Salomé, hija de Herodías.

Salomé, criatura de belleza deslumbrante, de ojos extrañamente oscuros, envolvió al tirano en una mirada larga y sugerente. Con las manos unidas sosteniendo la nuca, abandonóse en una contemplación taciturna.

"¿Qué pensaba? ¿Qué proyectos agitaban su espíritu?" Herodes sonrió, deslumbrado. ¿Acaso no era él la causa de aquella pesadumbre insólita? Olvidó al Bautista, olvidó a Herodías y frenéticamente tendió los brazos a la joven.

Este ademán de ternura fue una revelación. La madre valoró el gesto y, clavando significativamente sus pupilas en las pupilas del Precursor, llena de odio se alejó en silencio.

Hacía ya tiempo que el Bautista vivía sumido en la cisterna esperando la hora del suplicio. Jesús conocía la suerte reservada al Profeta. Cierta vez había dicho, repitiendo las palabras del padre: "He aquí que yo envío mi ángel delante de Ti que te preparará el camino".

Desde las profundidades de la prisión, solíase escuchar distintamente los anatemas con que Juan vituperaba el incesto del tetrarca, que no conforme con arrebatarle la esposa al hermano, ahora tenía amores con la hija de su amante. Su voz tronaba presagiando las cóleras divinas. Muchas veces el prisionero pudo sorprender, inclinada sobre los barrotes de la cisterna, a Salomé semidesnuda que contemplábalo con ojos de infinita ternura. En los crepúsculos Salomé solía allegársele así, y toda abstraída en el ensueño permanecía tendida en tierra, con los brazos replegados, el gesto inmóvil, enamorada locamente del Bautista.

Sus manos agitadas hundíanse, como buscando algo que se escurría en las tinieblas. ¡Cómo hubiera sido feliz ella de aportar una consolación, tan sólo fuera fugaz, a ese pobre cuerpo torturado por el hambre, extenuado por la sed, enfiebrado por el insomnio! Pero cuando él lo advertía se acurrucaba en la oquedad de las tinieblas.

Cierta noche la joven habíale llamado por su nombre y como no respondiera le dijo: "¿Me odias a mí también, como odias a Antipas, como odias a Herodías mi madre? Yo no te hice mal nunca…" Y alargó la mano pálida en la oscuridad de la cisterna buscando acariciarlo.

Juan Bautista escupió las blancas manos. Salomé apretó contra su

corazón las manos injuriadas y se deshizo en sollozos.

Sucedió que una tarde la hija de Herodías, la bella Salomé, danzaba frente al tetrarca; sus pies desnudos, aquellos pies diminutos y trigueños que arrastraban a la muerte, deslizaban en la gracia del ritmo el torso impecable. El pecho, bajo el fulgor de las antorchas, rutilaba sus turgencias morenas. La calidez de la carne sonrosaba los tules. Los brazos semejaban a las trémulas, agitándose en la liviandad del éter. Hubiérase vacilado en precisar la esencia de aquella criatura leve, fugaz, adorable; sus movimientos participaban de todas las blanduras, de todas las inmaterialidades. Su cuerpo evocaba y sugería. Era mortal y divino; terrestre y aéreo, lánguido y vivaz. Parecía tan pronto una florescencia humana como un ser fantástico surgido por sortilegio. Simulaba la fuga del ave, el ansia de la orgía, el cansancio, la lujuria, el dolor. Había algo de diabólico en aquella mujer semidesnuda, hecha de candor y de lubricidad. Bestia libre en el gesto; vestal purísima en el ritmo. Se presentía en ella el deseo de atraer y la voluntad de seducir. ¿Dónde terminaba la deidad? ¿Dónde comenzaba la cortesana? Aquellos ojos severos, aquellos ojos extenuados, aquellos senos tumultuosos eran un reto.

De pronto, con las pupilas azoradas, parecía fijar un punto que ascendiera, palpitara, cayera en un remolino inconcebible. Permanecía así, sumida en sopor voluptuoso, del que salía de repente alucinada, loca, en el vértigo de un paroxismo exaltante, y corría jubilosa semejante a un insecto buscando cálices en que abrevar su loca alegría. Era el delirio del espacio, la impetuosidad del vuelo.

Y Salomé, como un ánfora exhausta, rodó a los pies del lujoso trono.

—Pídeme lo que quieras —murmuró Herodes—, te daré la mitad de mi imperio.

Herodías clavó sus crueles ojos en los ojos de su hija. Aquellas dos miradas de odio, diversas pero idénticamente tensas, se comprendieron. Salomé enlazó hasta el monarca sus manos ahuecadas como un nido y balbuceó con esfuerzo:

—Dame la cabeza de Johannan.

Y Mannane, el verdugo, presentó en un plato la cabeza palpitante del Bautista, que cerró los ojos y acabó de sangrar en presencia de Salomé, que sollozaba y cuyos senos desnudos rozaron los labios seniles del anciano…

> ¡Salomé: dicen que fuiste mala, dicen que fuiste impía, que una noche abrileña, de azahar perfumada, a Herodes le pediste la cabeza sagrada de San Juan el Bautista, porque no te quería… La verdad no fue así. Una noche de orgía el tetrarca de Oriente, al mirarte embriagada, robó un beso a tu boca roja flor de granada y

olvidó su corona por tu danza judía.

En las redes, ya preso de tu carne dorada, escuchó aquella voz que su amor maldecía, y ordenó le llevaran la cabeza cortada del Profeta importuno que turbó su alegría. Le cerraste los ojos, y en su barba rizada una hilera de perlas con tu llanto se hacía!

1 Sección “Ellas en la historia”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 12, 15 de enero de 1964, pp. 74-75.

Mata Hari[1]

El nombre de Mata Hari es todo un poema simbólico.

"Ojo de la Mañana", "Hija del Alba", éste es su significado. Con él fue conocida Margarita Gertrudis Zelle, súbdita holandesa y bailarina de fama mundial, nacida el 7 de agosto de 1876.

Su padre fue comerciante muy conocido y su madre una bellísima y rica mujer.

Sólo dieciocho años tenía Mata Hari cuando conoció al que había de ser su esposo, el capitán MacLeod. Margarita Gertrudis lo amaba perdidamente y el 30 de marzo de 1895 se celebró la boda en Ámsterdam.

No hubo felicidad. El marido, siempre rodeado de amigos libertinos y de mujeres fáciles, jugador empedernido, dispuesto en todo momento a jugarse lo que tenía y hasta lo que no tenía, acabó por arruinarse y obligó a su mujer a pedir dinero a los amigos.

Trasladados a Java, el capitán manda un batallón de reserva y la futura estrella de los *music halls* europeos da a luz a su hija Juana Luisa. Allí ocurre la tragedia de su pequeño hijo Norman, al parecer envenenado por una sirvienta indígena.

Al transcurrir los días, la vida se hace cada vez más odiosa para aquella mujer que se halla lejos de su patria, sin apoyo, casi sin relaciones, esclava de los caprichos brutales de su marido.

Mata Hari escribe a su padre: "Mi marido me ha dado latigazos por primera vez". Las quejas se hacen tan frecuentes que el señor Zelle denuncia los hechos a los tribunales de Java, y aconseja a su hija que procure tener testigos de los golpes y malos tratos para poder pedir el divorcio.

Cuando MacLeod sabe lo que se trama contra él, se enfurece. Ya no es con el látigo de montar con lo que amenaza, sino con su revólver de reglamento. En carta fechada el 3 de agosto de 1901 la desventurada esposa refiere una escena verdaderamente salvaje en la cual el marido la escupe y la arrastra por los cabellos, pues ahora MacLeod, enamorado de otra mujer, quiere recobrar su libertad aunque fuera a costa de un asesinato.

A finales de 1901 regresan a Ámsterdam. Viven en la casa de su tía Frida. Los escándalos que provocan las continuas borracheras del

marido los obligan a buscar un refugio más discreto.

El 26 de agosto de 1902 MacLeod, con el pretexto de echar una carta al correo, sale de casa en compañía de la niña, siempre enferma, y no vuelve más.

Mata Hari, enloquecida, sin recursos, enferma, no sabiendo dónde buscar a su hija, se refugia en casa de su tía, la baronesa de Landes, esposa de un banquero. El procurador, en nombre de la abandonada Margarita Gertrudis, entabla una demanda de divorcio. El tribunal condena en el acto al marido y lo obliga a devolver a la pequeña, pero el capitán MacLeod, en venganza, publica un aviso en los periódicos diciendo que lo que Mata Hari dice es falso y que es ella la que ha abandonado el hogar. Con esta noticia logró lo que perseguía: las damas puritanas del barrio cerraron sus puertas a la infeliz Margarita. Y lo que es peor, su misma tía, la virtuosa baronesa de Landes, le rogó que se marchara de su casa. La hija del negociante Zelle se marcha con su hija enferma y sin un centavo.

Margarita Gertrudis desaparece y de súbito hallamos a la abandonada muchacha en la casa paterna, en La Haya, preparándose para bailar en el teatro. Gracias a los consejos y a la ayuda de su padre, Mata Hari debuta en octubre de 1903 en París. Y la atormentada esposa de MacLeod, humilde heredera del señor Zelle, deja de ser la triste mujer desamparada para convertirse en la exótica Mata Hari que había de enloquecer al mundo con sus danzas, antes de emocionarlo con su muerte y de preocuparlo con el arcano de su leyenda.

Pero los triunfos de Margarita son ensombrecidos por la figura del marido; éste la sigue, amargando su existencia. El divorcio pedido por ella no ha sido reconocido por los Tribunales de Ámsterdam. En cambio, los jueces se lo concederán a MacLeod cuando éste lo solicite tres años más tarde.

Mas ahora, al enterarse de que Margarita se dedica a la danza, MacLeod le escribe amenazándola con hacerla encerrar en un convento. Margarita se asusta; llora, pide consejo y acaba por regresar a su tierra para esconderse en la casa de unos parientes.

En el triste y gris hogar provinciano, Margarita sufre de añoranza. La calle muda y cautelosa, el jardincillo de tulipanes que se estremecen al soplo del viento, la niebla que misteriosamente todo lo envuelve, la perpetua vigilancia de sus parientes que desaprueban su vida en París y su danza… Su inteligencia despejada le hacía comprender que, fuera de Holanda, su belleza exótica podía convertirla rápidamente en el ídolo del gran mundo.

Los que ponderaban su hermosura en verdad no exageraban. Era alta, esbelta, de belleza incomparable. Sus ojos magníficos, cercados de largas pestañas, tenían mucho de la India por su forma oblicua; su

enigmática mirada se perdía en el infinito. Pero lo que pasmaba eran sus brazos, poseía los más bellos brazos que ojos humanos pudieron ver.

Tanta llegó a ser su tristeza que, a pesar de las amenazas del marido, huye de nuevo a París en la primavera de 1905.

Poco después debuta, no en un *music hall*, sino en el Museo Guimet, templo de las religiosas orientales, ante la sonrisa de un gran Buda de oro, y obedeciendo a un impulso íntimo, se hace pasar por danzarina sagrada de la India. A partir de este momento se instala en el Palace de la Avenida de los Campos Elíseos y tiene coche propio.

La leyenda empieza recreada por ella misma. Su historia parece un cuento de *Las mil y una noches*.

> Yo nací en el sur de la India —decía— en las costas de Malabar, en la ciudad santa de Jaffuapatan, de la casta sagrada de los brahmanes. Mi madre era bayadera del templo de Kanda, murió a los catorce años el día de mi nacimiento. Los sacerdotes me adoptaron y me llamaron Mata Hari, es decir, "Pupila de la Aurora". Me encerraron en el gran patio subterráneo de la pagoda de Siva y allí aprendí los santos ritos de la danza…

En realidad Mata Hari no había visto las danzas místicas del santuario de Siva más que en los libros, pero su desconcertante figura asiática, cobriza, de grandes ojos de fuego y cabellos de azabache la hacían parecer una auténtica bayadera de la pagoda misteriosa de Kandah Swany.

Desde el principio de su carrera artística y galante Mata Hari tuvo el presentimiento de que su vida estaría señalada por trágicos acontecimientos. Aun en el cenit de la gloria, teniendo a sus pies a los magnates de toda Europa, algo en el fondo de su ser se estremecía al menor choque. Mata Hari en sus peregrinaciones por el mundo hollaba alfombras de flores, sentía angustias vagas, oía inquietas voces misteriosas. Cuando estaba en París o en Viena la más encumbrada sociedad se disputaba su presencia. En Petrogrado, en Madrid, en Londres, en Nueva York, Berlín, Buenos Aires y Barcelona rendían homenaje de admiración.

"Hija del Alba", "Ojo de la Mañana", vestal del templo Kandah Swany, amada de los dioses y favorita del templo de Siva; ésta era Mata Hari.

Una legión de admiradores recibía y despedía a la hermosa bailarina. En uno de sus viajes a Berlín, Von Jagow, ministro de Estado, se enamora de ella. La Mata Hari declara: "No soy francesa. Tengo derecho a tener amigos en cualquier país, hasta en los que están en guerra con Francia. Siempre he sido neutral".

A medida que se estudia más de cerca la existencia y las ideas de la desventurada danzarina, parece más inverosímil que estuviese pagada por el servicio de espionaje alemán. No es admisible que por unos miles de francos Mata Hari, a cuyos pies suspiraban banqueros y suplicaban ministros, se prestara al espionaje en tiempo de guerra, por más aventurera que fuera. Ella era aplaudida en todas partes y no tenía por qué arriesgar la vida. Fue tal vez víctima de su fama.

El fiscal en el proceso de Mata Hari opinó: "Estas mujeres se sirven de su belleza para colaborar en la obra destructora de nuestros enemigos y no merecen otra cosa que la muerte".

Al oír tales palabras, probablemente la más asombrada fue la propia danzarina. Y es que en ella había una especie de inconsciencia que no le permitía abarcar el peligro. Le halagaba pensar que los hombres más temerarios caían de hinojos ante ella. Es posible que la sorpresa, ante su error, fuera inmensa.

En 1915 un telegrama del Servicio Secreto Italiano llega a Francia. En él aseguran que es espía al servicio de Berlín. Y la divina Mata Hari quedó marcada como peligrosa e indeseable. Detectives franceses la siguieron noche y día; sin embargo, no pudieron sorprenderla ni acusarla de nada. Una fatal coincidencia agravó las sospechas. La danzarina visitó a un oficial amigo suyo gravemente herido que vivía en Vittel, centro importante de operaciones militares francesas.

A su regreso a París, el Servicio de Inteligencia Francesa la hizo comparecer ante él. Mata Hari negó indignada las acusaciones que se le hacían. Dijo con altanería que el amor que sentía por Francia era demasiado profundo y leal para que ella la traicionase. "Tenemos órdenes de deportarla" —le dijeron lacónicamente—. De haber aceptado la deportación, Mata Hari hubiera sobrevivido a la Gran Guerra. Pero surgió entonces una dramática decisión: "Si ustedes aceptan mis servicios, yo me presto a ser espía francesa en contra de Alemania". En aquel instante no podía prever las fatales consecuencias de su duplicidad.

El Servicio de Contraespionaje Francés simuló aceptar su ofrecimiento; pero los ojos del Servicio Secreto Aliado estaban fijos en ella, observando todos sus movimientos con la mayor atención. Para probar su lealtad, la enviaron a Bélgica con seis agentes. En el breve lapso de dos meses los seis agentes fueron detenidos y fusilados. Todos, menos Mata Hari. Los contraespías ingleses informaron que el grupo ejecutado había sido traicionado por una mujer. Al llegar a Londres, Mata Hari fue interrogada por el Servicio de Inteligencia Británico. Mata Hari confesó, desde luego, ser espía al servicio de Francia, aliada de Inglaterra. Sir Basil le aconsejó que abandonase el espionaje y la mandó a España. Allí se instaló en el suntuoso Hotel Ritz.

Madrid era un hervidero de espías. Mata Hari seguía vigilada por el Servicio Secreto Francés y se pudo comprobar que la espía estaba en contacto con las autoridades alemanas.

El poderoso acorazado *León Gambetta* fue torpedeado por un submarino austriaco y murieron seiscientos cincuenta hombres. Este desastre fue imputado a la traición de Mata Hari. Al fin, Francia logró obtener pruebas fidedignas de su culpabilidad al verificar que Mata Hari reclamaba en la estación de Lyon, en París, el precio de su traición. Allí quedó decidida su suerte. Fue conducida al Palacio de Justicia y, después de un interrogatorio, a la vieja prisión de Faubourg Saint-Denis, donde se le recluyó en una celda.

Fue condenada el 24 de julio de 1917, pero la sentencia no fue ejecutada hasta la madrugada del 13 de octubre. Aquella mañana de otoño Mata Hari, sonriente y desdeñosa, fue llevada al foso del castillo de Vincennes, donde la esperaba el pelotón que había de ejecutarla.

Mata Hari, danzarina sagrada, cortesana idolatrada y espía, cavó bajo el piquete de ejecución a la orden del comandante Massard. Doce balas atravesaron su cuerpo, que su propia sangre cubrió de floridas rosas.

1 Sección “Ellas en la historia”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 13, 30 de enero de 1964, pp. 80-81.

María Walewska[1]

María Walewska, la única mujer que amó a Napoleón.

¡Viva el emperador!

La guardia presentó armas. Los soldados le vitorearon. El príncipe José se adelantó a saludarlo.

Napoleón Bonaparte entró en el salón. Tenía la mirada fija en la lejanía. Sabía que le aguardaba un gran recibimiento. Los nobles polacos, los dirigentes revolucionarios ocultos tantos años, el pueblo paciente, los sacerdotes perseguidos… todos aguardaban al libertador, al héroe que acaudillaba al triunfante pueblo francés, sublevado en busca de libertad.

—La nobleza os aguarda en el palacio…

Napoleón bajó la escalinata. Las damas efectuaron una reverencia cuando cruzó ante ellas. Una joven no se inclinó. Miraba absorta en otra dirección. Su tez era blanca, su expresión llena de una ingenua ternura.

Napoleón se fijó en ella. Aquel rostro le atrajo.

—¿Quién eres?

La muchacha no contestó. Con sus grandes ojos lo miró fijamente.

—Dime, ¿quién eres? ¿Por qué me miras así?

Uno de los aficionados se acercó solícito.

—Se llama María Walewska, emperador, es la esposa del conde Walewski, señor, de nuestro querido conde.

Napoleón no contestó. Desengañado, apartó los ojos de la mujer. Siguió su camino con paso cansado.

La fiesta se prolongó hasta medianoche. Al terminar, María Walewska recibió un billete del emperador: “No he visto más que a vos, sólo a vos he admirado, no deseo más que a vos… N”.

María pertenecía a una de las familias de más pura sangre polaca. A la edad de quince años salió del pensionado donde había aprendido francés, danza y algo de música. Era tímida, dócil, de exaltada imaginación piadosa.

El viejo conde Anastasio Colonna Walewski pasaba de los sesenta años cuando pidió la mano de María. Triste pretendiente para una joven como ella, aunque su familia lo considerara magnífico partido ya que poseía bosques y enormes tierras de cultivo.

María quiso rechazarlo, suplicó y lloró y al fin consintió en casarse, cuando vio que la pena que causaba su negativa enfermaba a su madre. María se resignó.

Los primeros años de matrimonio transcurrieron grises y sin inquietudes. Retirada en el castillo, la joven leía, visitaba a los pobres y ayudaba a su marido. El conde, recto y honrado, era bueno con ella. Pero en la casa no había alegría, no había distracciones. Tampoco frecuentaba la sociedad.

Había sido necesaria la llegada de Napoleón para que el conde volviera a Varsovia y abriese de nuevo su palacio.

La primera reacción de María al recibir el billete del emperador fue de sorpresa y desprecio. Pero después se serenó y decidió no dar importancia al asunto. Echó el billete al fuego y se fue a dormir.

A la mañana siguiente recibió un nuevo mensaje. María lo devolvió sin abrirlo. Pero todo Varsovia se había enterado de aquel suceso.

La sorpresa de María no tuvo límite cuando el príncipe José le advirtió que el futuro de Polonia estaba en juego y su deber como patriota era ayudar, poniendo de su parte comprensión para que el porvenir de Polonia no sufriera.

María se entrevistó con el emperador. Napoleón aguardaba ansioso. La delicadeza del emperador tranquilizó a la joven. Conversaron alegremente.

María, con el corazón palpitante, escuchaba la historia de Francia. Luego se despidieron afectuosamente. Pero María quedó hondamente impresionada por aquel hombre que en la cumbre de su gloria sufría tanto. Un gran amor nació en su corazón, y María se entregó a él con todo el ardor de su naturaleza.

Napoleón ignoraba la ternura de una esposa amante. Josefina, la emperatriz, nunca había logrado que el emperador se sintiera a su lado, adormecido, cariñosamente amparado por una adoración capaz de proporcionarle todas las complacencias. Junto a María aprendió a sentirse feliz.

Los nobles de Polonia esperaban mucho de los amores del emperador. El príncipe José no dejaba de rogar a María que influyese en el ánimo de Napoleón, pero éste se mantenía inflexible, sin complacer a su amada.

La campaña fue corta. El ejército del zar quedó destrozado. Napoleón podía cruzar el Niemen y adentrarse en Rusia hacia Moscú; pero no lo deseaba. María y los nobles polacos comprendieron que la libertad de Polonia había sido sacrificada una vez más.

Napoleón se disponía a regresar a París, pero María estaba dispuesta a abandonarlo, pues su conciencia le reprochaba febrilmente su conducta. El conde Walewski sufría, imposibilitado en un sillón de ruedas, mudo e impotente, ante la más bochornosa de las pruebas.

María sentía, en lo más íntimo de su ser, verse obligada a renunciar a aquel gran amor, el único de su vida. El emperador le pidió se marchara con él a París. La presentaría en la corte y, aunque sus relaciones tendrían que permanecer ocultas, no por ello debía sentirse postergada. María, a pesar de sus propósitos, no resistió la tentación y decidió arriesgar su destino a una sola carta. Al amor más apasionado de su vida: Napoleón Bonaparte.

Su llegada a París sembró la expectación. Josefina, la esposa del emperador, inmóvil, tensa, con el rostro alterado; los hermanos del emperador, los nobles de la corte, esperaban impacientes conocer a la misteriosa mujer llegada de Polonia, que bien podía tener en sus manos el destino de cada uno. Josefina, pálida, sometida a duro escrutinio, era vigilada por todos. Sabían que los nuevos amores del emperador podían acarrear funestas consecuencias para aquella mujer estéril. Napoleón necesitaba un heredero. ¿Sería la condesa polaca la mujer escogida para sustituir a Josefina en el trono de Francia?

La vida de María en París transcurría apacible. Napoleón la visitaba con frecuencia y ella prefería huir de las intrigas de la corte que hablaban sin cesar del eminente divorcio de los emperadores. Se citaban nombres para reemplazarla. María Fouché luchaba por conseguirlo.

La Walewska no tenía ambición, no deseaba ser emperatriz, aunque comprendía que un hijo representaba un lazo de unión indisoluble con Napoleón y que eso constituiría la mayor prueba de amor que pudiera otorgarle. Y María anunció su embarazo.

Napoleón, loco de felicidad, la rodeó de cuidados, y ordenó que fueran practicados los oportunos sondeos en el Vaticano, a fin de obtener el divorcio. Se despidió de María en un momento angustioso. Llegaban malas noticias de España. El zar se mostraba nuevamente hostil. Inglaterra impedía el comercio con el Nuevo Mundo. Napoleón marchó sobre Austria dispuesto a eliminar el peligro. A su regreso, Napoleón empezó a abrigar la idea de contraer matrimonio con una princesa de sangre real. Le hablaron de la gran belleza de María Luisa, la hija del emperador de Austria, y decidió pedirla en matrimonio comprendiendo que aquella unión le reportaría extraordinarias ventajas políticas.

El matrimonio de Napoleón hirió el corazón de María, en el momento en que esperaba ser feliz, cuando sentía bullir en su seno la vida del hijo que ofrecería al hombre amado.

Ahora María Luisa acaparaba las horas del emperador, su interés se hallaba cerca de la nueva esposa que esperaba al heredero del trono de Francia.

A partir de aquella fecha la presencia de María le resultaba inoportuna y decidió alejarla de la corte.

María se preguntaba qué había sido de aquel tierno amor que el emperador había sentido por ella, y por el cual ella lo había sacrificado todo. Silenciosamente se alejó camino de Alemania. Sólo tres años habían pasado. Y ella volvía después de haber conocido el amor más avasallador y la más honda de las tristezas.

María dio a luz el 4 de mayo de 1810 en Polonia. Napoleón acogió con agrado la noticia. Había nacido su primer hijo varón. El emperador quiso conocerlo y pidió a María regresara a París. Ella y su hijo, a quien había dado el nombre de Alejandro, visitaron el palacio con el mayor secreto.

El fantasma de la guerra se cernía amenazador sobre Napoleón, el cual reunió el ejército más colosal que vieron los últimos tiempos, seiscientos setenta mil hombres, disciplinados por su mano de hierro, y entró en Moscú. Desde las ventanas del Kremlin, Napoleón vio arder sus últimas esperanzas y ante la insistencia de sus mariscales abdicó a la corona, creyendo salvar a Francia.

María Walewska fue a Fontainebleau. Quiso ver a Napoleón, pero Napoleón no la recibió. Cuando Napoleón se refugió en la isla de Elba, María insistió en verlo; la acompañaba su pequeño hijo. Ella quería quedarse a su lado, pero el ex emperador se lo impidió. Su antiguo amor no podía renacer, entre los dos sólo habría una buena amistad. Cegada por las lágrimas, María se despide de él, segura de no volver a verlo jamás.

Tres años después recibió Napoleón la noticia de la muerte de María, la única mujer que lo amó.

1 Sección “Ellas en la historia”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 14, 15 de febrero de 1964, pp. 72-73.

Emily Dickinson[1]

Emily Dickinson nació en 1830. Vivió y murió en Amherst, Massachusetts. Para comprender a Emily, la reclusa que durante veinte años no traspasó el jardín de su casa y trató únicamente a unos pocos amigos, siempre vestida de blanco, y escribía en secreto sus versos, escondida de todos, no es necesario inventarse historias de amor o renunciación.

Amó profundamente a un hombre y no pudo o no quiso casarse con él, pese a que por él era amada. Y lo que interesa en esta mujer no es el nombre del amado, ni la justificación racional por ella inventada, sino el proceso emotivo que le hizo inevitable renunciar a él. Esto lo encontramos en el carácter de las relaciones de padre e hija. Ejerció aquél una tiranía despótica —que recuerda a la ejercida por la autoridad paterna en Elizabeth Barret— de la que no pudo librarse. Por otra parte, el amado no era suficientemente fuerte para quebrar, por así decirlo, los lazos que sujetaban a la poeta: mezcla de miedo y amor. Pero ella tampoco fue lo suficientemente fuerte para sustraerse exteriormente a la tiranía, aunque su alma no se doblegaba jamás. La vida reclusa, cada vez más adentro de sí misma, fue la respuesta a la dominación paterna.

Hasta 1860 Emily apenas escribió, sin duda a causa del caos que la guerra civil produjo, y a ella se debe el impulso que le hiciera expresar sus inquietudes. En 1862 envió cuatro poemas a Thomas E. Wentworth Higginson para confirmar sus cualidades poéticas. La contestación de éste le hizo ver claro su equivocación, y desde entonces se negó a publicar sus poesías que en total se acercaron a las mil quinientas, parte de las cuales fueron publicadas posteriormente.

Su obra es diferente de cuanto se ha escrito en inglés. Fue además la crítica de Dios. Sin Dios nada hubiera sido, dijo alguien. Pero su Dios no es el viejo Dios de los cristianos de Nueva Inglaterra. Es una creación personal con mucho parecido al carácter del padre.

Emily Dickinson ha dejado una obra que constituye un verdadero legado a la posteridad.

Los poemas que a continuación publicamos han sido traducidos por la escritora Rosario Castellanos.

SI NO ESTUVIESE VIVA

Si no estuviese viva
cuando la primavera se anunciara,
dadle a aquel petirrojo
—como recuerdo mío— una migaja.

Si porque duermo, ay, tan profundamente
no puedo dar las gracias
sabed que entre mis labios de granito
quedaron detenidas las palabras.

CUANDO YA NO PREGUNTE

Cuando ya no pregunte por qué, lo sabré todo:
sabré por qué cuando termine el tiempo.
Cristo me irá explicando las penas, una a una,
en el aula hermosísima del cielo.

Me maravillaré de su desgracia
y entenderé, por fin, la promesa de Pedro.
Olvidaré esta gota de angustia intolerable,
en que ahora me quemo,
en que ahora me quemo.

MORIR NO HIERE TANTO

Morir no hiere tanto.
Nos hiere más vivir.
Un modo diferente, una forma escondida
tras la puerta, es morir.
Los pájaros del sur tienen costumbre
—cuando la escarcha está a punto de caer—
de emigrar hacia climas más benévolos.
Nosotros no sabemos sino permanecer.

Temblorosos rondamos en torno de las granjas
buscando la migaja que alguno ha de arrojar.
Tal es el pacto. La piadosa nieve
persuade a nuestras plumas de volver a su hogar.

LO SOPORTÓ HASTA QUE SUS PROPIAS VENAS

Lo soportó hasta que sus propias venas
trazaron una red azul sobre su mano;
hasta que la rojez de la decrepitud,
suplicante, cercó sus quietos párpados.

Dio el narciso su flor y se marchitó luego
yo no sé cuántos años.
Hasta que un día no lo soportó

y fue a sentarse junto de los Santos.

Ya no más su paciente figura en el crepúsculo
ha de salirnos, suavemente, al paso;
ni su sombrero tímido se verá por las calles
del pueblo ahora por ella abandonado.

Coronas, cortesanos, sí. Y en medio
de aquella multitud ¿no es su rostro pálido,
esquivo y ya inmortal,
el que aquí —y en voz baja— estamos evocando?

1 Sección “Poesía”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 14, 15 de febrero de 1964, p. 77.

León Tolstoi[1]

"Quien busca su propia felicidad es malo…, quien busca ser bienquisto de los demás es débil; quien persigue la felicidad de los demás es virtuoso; quien se propone llegar a Dios es grande."

Tenía Tolstoi solamente veinticinco años cuando escribió estos apotegmas, que ya entonces eran índices precursores de su actitud moral.

Tolstoi era malo, poseía pasión por el juego, por la lascivia, era tiránico, débil porque ambicionaba la fama e hizo constantemente lo que no debía hacer; pero su amor por el prójimo hizo de él un hombre humilde y virtuoso; su amor de Dios, puesto de manifiesto en una gran variedad de obras y de actos, hizo de él una personalidad augusta.

Sin embargo, las contradicciones formaban parte de su propia estructura física y moral. Adoraba la vida rindiendo un culto casi pagano a sus apetitos, pero practicaba el renunciamiento y consideraba el ascetismo como su meta. Su pasión por la verdad ilumina sus obras, pero no logra situarse por encima de una lógica retorcida para adaptar ésta a sus necesidades.

Espiritual hasta la exaltación, fue Tolstoi, además, un narrador mundano. En su desconsideración para las mujeres llega a lo ofensivo. Pero su autoridad moral solamente se vio superada por la elevación de su espíritu creador.

Nació el conde León Nikolaievich Tolstoi el 9 de septiembre de 1828, en la suntuosa hacienda familiar de Yasnaia, Poliana, a ciento treinta millas al sur de Moscú, veinte generaciones atrás. El padre de León fue educado según las normas de la burguesía de la época; prestó servicios en el ejército que derrotó a Napoleón. Se casó con una mujer rica y León fue el cuarto hijo.

León perdió a sus padres siendo aún muy pequeño. Su madre murió cuando él tenía dos años, y su padre siete años después. Vivió con unos parientes y su educación estuvo a cargo de preceptores privados. A su tiempo ingresó en la Universidad de Kazán y a los diez y siete años era un joven muy solicitado, no obstante carecer de atractivo.

A los veintitrés años ingresó en el ejército, convirtiéndose en el "caballero-voluntario". Su irregular género de vida continuó, incluso en el campamento. Allí jugaba y tuvo que vender parte de su hacienda

para saldar deudas. Confesó que tenía que luchar con sus "tres pasiones diabólicas": el juego, la sensualidad y la vanidad.

Aunque Tolstoi nunca había pensado seriamente en escribir, su diario estaba lleno de páginas que eran algo más que notas y ejercicios.

Cansado de su vida de excesos, hastiado de la vida de cadete y sin importarle nada la carrera militar, Tolstoi pasó entonces el tiempo dedicado a la lectura, a escribir y a su propia formación intelectual. Dotado de gran capacidad de asimilación, aprendió varios idiomas y llegó a escribir fluidamente el francés, y sin ayuda de nadie, llegó a dominar el griego en tal forma que sus traducciones resultan más perfectas que las de un profesor de aquella lengua clásica.

Tenía veintisiete años cuando se retiró del ejército y sobre la base de su primer éxito, y su serie de *Relatos de Sebastopol*, se dio cuenta de que su reputación literaria había quedado establecida. Durante algún tiempo se dejó halagar por la publicidad, pero el mundo de la bohemia no era lo suficientemente aristocrático para satisfacer sus preferencias, por lo que se retiró a Yasnaia, Poliana.

Sin embargo, era demasiado joven para resignarse a una vida tranquila. Inquieto, sin saber precisamente lo que deseaba, emprendió el gran viaje de Europa. Regresó decidido a casarse, pero no logró encontrar el tipo de esposa que necesitaba. Pasaba horas frente a su escritorio sin conseguir escribir. Los críticos llegaron a sospechar que jamás cuajarían aquellas primeras promesas y Tolstoi no hacía nada, en verdad, por modificar aquellos juicios.

A los treinta y un años lo encontramos subyugado con nuevos proyectos: abrir escuelas para los hijos de sus siervos.

Emprendió otro viaje a diversos países europeos. Creía que la educación debe ser libre y voluntaria. Afirmaba que la educación debe tender a mejorar la moral.

En 1862 se produjo en la vida de Tolstoi un cambio completo: se enamoró de Sofía Behrs, una bella joven de dieciocho años que bebía los vientos por el escritor. Se casaron y la vida de familia prometía ser ideal.

Durante diez y seis años la promesa resultó casi una realidad. Sofía estimulaba la obra literaria del esposo, copiaba sus voluminosos manuscritos y le liberaba de los agobiantes deberes de la administración de la finca. Del matrimonio nacieron trece hijos. Sin embargo, aunque Sofía estaba continuamente embarazada, sentía repugnancia por el amor físico y esto chocaba con el temperamento ardiente y sensual de León.

Ante este fracaso, Tolstoi se refugia en escribir su obra inmortal: *La guerra y la paz*. El personaje femenino más importante, Natacha, de la que todo lector queda prendado, no fue inspirado por Sofía, sino por

Tania, la hermana más joven de su esposa.

Durante toda su vida Tolstoi arrastró un conflicto interno; se vio constantemente acosado por una sensación abrumadora de pecado y por un temor morboso y torturante a la muerte. La religión de Tolstoi se basaba en la aceptación obligada de un Dios —un Dios universal común a todos los credos—, pero esa concepción representa una desviación de la divinidad de Cristo.

Sin embargo, Tolstoi no perseveró en esa idea. Muy pronto comprendió su error y su conversión transformó totalmente su vida personal. Los efectos del cambio resultaron imprevistos e ilimitados. Se vistió con pantalones de mujik, con camisas toscas y generalmente iba descalzo. Desde entonces controló sus pasiones y todos sus apetitos; se hizo más austero, dejó de fumar y comer carne. Todo esto resultó desagradable para Sofía, quien veía con terror las nuevas formas de vida adoptadas por su marido.

La situación resultaba grotesca. Tolstoi predicaba la austeridad y vivía rodeado de un ambiente de lujo. Indudablemente se sentía torturado por su diabólica indecisión. Los peregrinos que acudían a Tolstoi, al que consideraban su director espiritual, eran recibidos por un mayordomo que los conducía a la presencia de un conde vestido casi con harapos, pero en un suntuoso y rico salón. A la edad de setenta y tres años fue excomulgado por la iglesia.

Durante su vejez, Tolstoi recibía visitas de gente de todas las creencias. Discípulos humildes tanto como poetas famosos, políticos y jefes de Estado venían a rendirle homenaje.

Aunque había sido un padre tiránico y un esposo colérico y obstinado en las primeras fases de su vida, había sido también un compañero animoso, inspirador de diversiones y juegos: todos sus hijos lo habían respetado y amado. Pero se opusieron a aceptar sus métodos de vida. Sólo su hija menor, Alejandra, hizo causa común con él; el resto le representó una sólida oposición junto con la madre.

Durante sus últimos años se vio perpetuamente atormentado y agobiado por múltiples problemas: la pugna por dinero y los disgustos con Sofía y el más querido de sus discípulos, V. G. Chertkov. Durante treinta años Tolstoi había transigido. Pero no pudo resistir más. Un frío amanecer del mes de noviembre de 1910 Tolstoi salió de Yasnaia, Poliana. Salió sin rumbo fijo; sólo sabía que no podía permanecer ni una hora más en la casa. Su hija predilecta, Alejandra, alcanzó a su padre mientras éste paraba en un convento en el que vivía su hermana. Al día siguiente, cuando padre e hija continuaban su huida con destino desconocido, Tolstoi se quejó de un resfriado. Tenía fiebre alta. Cuando el tren se detuvo en la estación de Astapovo, donde el jefe de la misma cedió su casita al enfermo, se comprobó que tenía una pulmonía. Acudieron multitud de periodistas que se enteraron de

su huida. El mundo permanecía en suspenso, pendiente del lecho en que yacía Tolstoi. Sofía acudió también, pero a petición de Tolstoi se le impidió la entrada en la habitación. Hasta la mañana del 20 de noviembre, en que él perdió el conocimiento, no le permitieron que lo viese. Algunas horas más tarde falleció.

Tolstoi no fue el artista más pulcro ni el alma más augusta que jamás haya vivido en su país, pero fue la figura más destacada y la fuerza moral más vigorosa en toda la historia de la literatura rusa.

1 Sección “Los grandes personajes de la humanidad”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 15, 29 de febrero de 1964, pp. 74-75.

Octavio Paz[1]

En la poesía hispanoamericana de los últimos lustros Octavio Paz ocupa un sitio único tanto por la fidelidad a la vocación como por el vigoroso lenguaje con que crea su universo lírico. Nació en 1914. Muy joven aún empezó a escribir poemas, y acrecentó su prestigio hasta convertirse en uno de los poetas auténticamente originales de nuestras letras. Su verso, desbordado en imágenes cargadas de significación, traduce una experiencia personal que, al relacionarse con la realidad del hombre y de los objetos, crea a su vez una nueva y asombrosa realidad.

El amor, el odio, la muerte, el alborozo de los sentidos ante la apreciación del paisaje, la evocación creadora del solitario, la visión de los objetos inanimados, el fluir del recuerdo, la solidaridad con los demás, adquieren en su pluma un impulso lírico que es apremiante emoción, esperanzada réplica ante la conciencia de la soledad. Son temas que el poeta recoge de la literatura de siempre, pero a los cuales revalora desde puntos de vista hondamente poéticos. Pocas veces la poesía mexicana había contado con un escritor que sumara, a la aventura de la imaginación, semejante diversidad de asuntos.

La obra de Octavio Paz ha sido traducida al inglés, al francés y al sueco.

AMISTAD

Es la hora esperada
sobre la mesa cae
interminablemente
la cabellera de la lámpara
La noche vuelve inmensa la ventana
No hay nadie
la presencia sin nombre me rodea.

PAUSA

A la memoria de Pierre Reverdy

Llegan
unos cuantos pájaros

y una idea negra.

Rumor de árboles,
rumor de trenes y motores,
¿va o viene este instante?

El silencio del sol
traspasa risas y gemidos,
hunde su pica
hasta el grito de piedra de las piedras.

Sol-corazón, piedra que late,
piedra de sangre que se vuelve fruto:
las heridas se abren y no duelen,
mi vida fluye parecida a la vida.

LOS NOVIOS

Tendidos en la yerba
una muchacha y un muchacho.
Comen naranjas, cambian besos
como las olas cambian sus espumas.

Tendidos en la playa
una muchacha y un muchacho.
Comen limones, cambian besos
como las nubes cambian sus espumas.

Tendidos bajo tierra
una muchacha y un muchacho.
No dicen nada, no se besan,
cambian silencio por silencio.

LA MIRADA

Entre la tarde que se obstina
y la noche que se acumula
hay la mirada de una niña.

Deja el cuaderno y la escritura,
todo su ser dos ojos fijos.
En la pared la luz se anula.

¿Mira su fin o su principio?
Ella dirá que no ve nada.
Es transparente el infinito.

Nunca sabrá que lo miraba.

DOS CUERPOS

Dos cuerpos frente a frente
son a veces dos olas
y la noche es océano.

Dos cuerpos frente a frente
son a veces dos piedras
y la noche desierto.

Dos cuerpos frente a frente
son a veces raíces
en la noche enlazadas.

Dos cuerpos frente a frente
son a veces navajas
y la noche relámpago.

Dos cuerpos frente a frente
son dos astros que caen
en un cielo vacío.

1 Sección “Poética”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 15, 29 de febrero de 1964, p. 98.

José Gorostiza[1]

José Gorostiza nació en Villahermosa, Tabasco. Es funcionario de la Secretaría de Relaciones Exteriores y miembro del servicio diplomático. Pertenece a la generación de los Contemporáneos (1928-1931).

A pesar de la brevedad de su obra, es uno de los poetas importantes de las letras contemporáneas de México. Ha publicado: *Canciones para cantar en las barcas* (1925) y *Muerte sin fin*, en 1939, catorce años después. El primero es un solo poema, compuesto por diez cantos, algunos de los cuales se subdividen en otros. Ningún poeta mexicano había llegado a expresar de manera tan real la materia fugitiva del agua como Gorostiza. *Muerte sin fin* es un extenso poema cósmico, filosófico, un diálogo del poeta con el mundo de las formas. Nos pinta la tragedia de la inteligencia. La destrucción es tema de todo el poema. Gorostiza, después de cantar a la muerte con hondura y refinamiento, termina por burlarse de ella haciéndole un guiño irónico. Una de las virtudes de *Muerte sin fin* consiste en que logra hacernos patente el sutil encanto de la muerte.

Habiendo sido interrogado en una ocasión, expresó los siguientes conceptos:

> Un buen amigo me preguntó, ¿qué es la poesía? Quedé perplejo. No sé lo que la poesía es. Nunca lo supe y acaso nunca lo sabré. Leí en un tiempo mucho de lo que se había dicho de ella: de Platón, de Valéry, pero me temo que lo he olvidado todo. No obstante esto, contesté que la poesía para mí es una investigación de ciertas esencias —el amor, la vida, la muerte, Dios—… En poesía, como sucede con el milagro, lo que importa es la intensidad. Nadie sino el Ser Único más allá de nosotros, a quien no conocemos, podría sostener en el aire, por pocos segundos, el perfume de una violeta. El poeta puede —a semejanza suya— sostener por un instante mínimo el milagro de la poesía. Entre todos los hombres, él es uno de los pocos elegidos a quien se puede llamar con justicia un hombre de Dios.

Tu destrucción se gesta en la codicia
de esta sed, toda tacto, asoladora,
que deshecha, no viva, te atesora
en el nimio caudal de la noticia.

Te miro ya morir en la caricia
de tus ecos, en esa ardiente flora
que, nacida en tu ausencia, la devora
para mentir la luz de tu delicia.

Pues no eres tú, fluente, a ti anudada.
Es belleza, no más, desgobernada
que en ti porque la asumes se consuma.

Es tu muerte, no más, que se adelanta,
que al habitar tu huella te suplanta
con audaces resúmenes de espuma.

IV

¡Agua, no huyas de la sed, detente!
Detente, oh claro insomnio, en la llanura
de este sueño sin párpados que apura
el idioma febril de la corriente.

No el tierno simulacro que te miente,
entre rumores, viva; no, madura,
ama la sed esa tensión de hondura
con que saltó tu flecha de la fuente.

Detén, agua, tu prisa, porque en tanto
te ciegue el ojo y te estrangule el canto,
dictar debieras a la muerte zonas;
que por tu propia muerte concebida,
sólo me das la piel endurecida
¡oh movimiento, sierpe! que abandonas.

¿QUIÉN ME COMPRA UNA NARANJA?

A Carlos Pellicer

¿Quién me compra una naranja
para mi consolación?
Una naranja madura
en forma de corazón.

La sal del mar en los labios,
¡ay de mí!
la sal del mar en las venas
y en los labios recogí.

Nadie me diera los suyos
para besar.
La blanda espiga de un beso
yo no la puedo segar.

Nadie pidiera mi sangre
para beber.
Yo mismo no sé si corre
o si se deja correr.

Como se pierden las barcas,
¡ay de mí!
como se pierden las nubes
y las barcas, me perdí.

Y pues nadie me lo pide,
ya no tengo corazón.
¿Quién me compra una naranja
para mi consolación?

1 Sección “Poesía”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 16, 15 de marzo de 1964, p. 98.

Abraham Lincoln[1]

"Sin malevolencia para nadie, con indulgencia para todos."

Pocas veces ha aparecido en la historia de la humanidad una personalidad que obligue tanto a la admiración como Abraham Lincoln. Pocos también son los casos de un hombre que, teniendo los orígenes más humildes, haya llegado a las cumbres más excelsas de lo heroico.

Los padres de Lincoln, Tomás Lincoln y Nancy Hanks, eran de una pobreza absoluta. Ambos eran analfabetos y vivieron en el corazón de una selva de Kentucky, donde no había posibilidades de educación para sus hijos.

El lecho en que nació Lincoln era de estacas, cubiertas con hojas para suavizar su aspereza. En ese medio de salvaje naturaleza pasó los primeros siete años de su vida. Después su padre vendió la chacra por una cantidad de *whisky* y trasladó a su familia a otro lugar selvático, donde la vivienda que habitaron no era mejor que la que habían abandonado; durante la noche se protegían acurrucándose contra la hojarasca y cubriéndose con pieles de oso.

Abraham Lincoln sólo pudo asistir a la escuela durante doce meses. Con esos rudimentos quedó preparado para su formación de autodidacto, y en lo sucesivo él fue su propio maestro. Había hecho amistad con un abogado que vivía en un poblado de Ohio, y fue en su busca para que le prestara libros. Así leyó las Leyes de Indiana, la Declaración de Independencia y la Constitución de los Estados Unidos.

Su afición por la oratoria y las leyes se había manifestado ya, y para oír los alegatos de la corte caminaba hasta veinticinco kilómetros.

Las relaciones con su padre no eran afectuosas; éste era un hombre brutal que una vez lo derribó de una bofetada. El hijo no se quejó, pero tampoco olvidó el ultraje.

Uno de los incidentes más trascendentales en la vida de Lincoln fue el viaje que realizó a Nueva Orleans por el Mississippi. Un viaje penoso en que trabajó por cincuenta centavos diarios. En Nueva Orleans vio por primera vez a negros encadenados y azotados. Presenció también una subasta de esclavos, y todo aquello lo llenó de indignación y se alejó con sus compañeros, diciéndoles: "Si algún día

tengo la oportunidad de asestar un golpe a este sistema, lo haré en firme". Desde aquel momento Lincoln ganó en consideración ante el pueblo, y la gente lo tomó como juez y árbitro en las competencias de carreras y de lucha que con frecuencia celebraban.

En New Salem tuvo Lincoln la más dolorosa experiencia sentimental. Se enamoró de una linda muchacha llamada Ann, de diecinueve años de edad. Cuando la hizo su novia, Lincoln conoció algo que hasta entonces ni siquiera había sospechado que existiese en el mundo: la felicidad. Pero aquel hombre nacido para el dolor pronto sufrió el más terrible tormento. Ann murió y él nunca se consoló de esa pérdida.

Años más tarde Mary Todd, una muchacha aristocrática, perteneciente a una familia esclavista, poseída de un profundo orgullo de casta y con un temperamento violento y agresivo, se enamoró del delgaducho abogado y le pidió casarse con él. Mary tenía un rico pretendiente que se llamaba Stephen A. Douglas, personaje elegante y elocuente, rico y con gran reputación política. Cuando a Mary le preguntaron a quién de los dos prefería, contestó: "Al que tenga mejores perspectivas de ser presidente". Lógico era entonces que se casara con Douglas; sin embargo, el prometido fue Lincoln y la boda se fijó para el 1 de enero de 1841, pero la boda se pospuso y se realizó hasta el 4 de noviembre de 1842.

El hogar de Lincoln fue un infierno con aquella mujer petulante y vanidosa, e irascible hasta la locura. Se prodigaba en críticas para su marido, cuya indumentaria y facciones ridiculizaba. Abraham se sublevó una vez contra ella, la levantó en vilo diciendo: "Has estropeado mi vida".

Después de una primera derrota para representante en el Congreso de la Unión, Lincoln fue electo en 1846.

El año de 1858, teniendo Lincoln cuarenta y nueve años de edad, tuvo lugar su séptimo y más grande debate con Douglas. Éste era por entonces un verdadero ídolo nacional. Su reputación se había ensanchado cuando Kansas hizo su solicitud para ingresar a la Unión, como estado esclavista. Douglas se opuso, con lo cual ganó simpatías en el Norte. Pero la opinión del pueblo estaba a favor de Lincoln, considerando que era el único que podía derrotar a Douglas.

"¡Señor Lincoln, señor Lincoln, usted es el candidato!"

El pueblo se vistió de gala y Mary Todd pensó con razón que su antiguo sueño llegaba a su término. La división de los demócratas aseguró la elección de Lincoln para presidente. Su nombramiento fue considerado en el Sur como el término de la esclavitud y de la Unión y, en efecto, la Carolina del Sur aprobó un decreto de secesión. Otros seis estados siguieron su ejemplo y pronto se organizó una nueva República.

Lincoln esperaba que cuando el ejército confederado fuese arrojado de Maryland sería la oportunidad de lanzar la proclama de libertad de los esclavos, y en 1863 firmó el memorable documento.

La paciencia de Lincoln, su comprensión del estado de cosas y la intuición con la que conocía a los hombres, además de la energía que usaba en los momentos decisivos, le permitieron sobrellevar la tremenda responsabilidad.

La mayoría del ejército combatía por la Unión, no contra la esclavitud. Lincoln no encontraba al hombre que pudiera oponerse al general Lee, aunque ese hombre existía en el ejército del Norte y ya había empezado a distinguirse. Se llamaba Ulises S. Grant.

En 1864 se planteó de nuevo el problema de la elección presidencial. La guerra continuaba triunfante para el Norte hasta la capitulación de Richmond, cuando Lee rindió su espada a Grant. Las condiciones de la capitulación fueron una sorpresa para el Sur y una honra para el Norte y para la humanidad. Lincoln había dado instrucciones a Grant sobre el particular y por eso las condiciones fueron tan humanas. Lee y Grant habían sido compañeros de estudios en West Point y compañeros de armas en la guerra contra México. Recordaron sus años juveniles en una conversación cordial que nada se parecía a la de un vencedor y un vencido.

Lincoln fue reelecto y tomó posesión el 4 de marzo de 1865. Su mensaje al Congreso empezó con las célebres palabras: “Sin malevolencia para nadie, con indulgencia para todos…” Uno de los últimos actos de su vida fue visitar Richmond, donde hubo escenas conmovedoras como demostración de gratitud de los negros liberados.

El 14 de abril de ese año Lincoln asistió con su esposa al teatro, iban acompañados del comandante Rathbone y de la señorita Clara H. Harris. El general Grant y su esposa habían sido invitados, pero no aceptaron, porque la señora Grant no quería estar cerca de la señora Lincoln, quien con su carácter le había producido varias mortificaciones. Cuando llegaron ya había empezado la representación. El palco del presidente quedaba próximo al escenario. Un actor teatral llamado John Wilkes Booth penetró en el pasillo que daba acceso al palco presidencial, abrió sigilosamente la puerta y disparó arteramente sobre la cabeza de Lincoln.

Los funerales de Lincoln fueron los más solemnes que nunca se vieron. El cadáver fue conducido en procesión a Springfield para ser depositado en el monumento que se le consagró en Washington.

1 Sección “Los grandes personajes de la humanidad”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 18, 15 de abril de 1964, pp. 70-71.

Sor Juana Inés de la Cruz[1]

Juana de Asbaje —sor Juana Inés de la Cruz— nació en el poblado de Nepantla, al pie del Popocatépetl, no lejos de Amecameca, el 12 de noviembre de 1648.

Era Juana la tercera de las hijas de don Pedro Manuel de Asbaje, laborioso hidalgo, oriundo de la villa de Vergara, y de doña Isabel Ramírez de Santillana, nacida en Ayacapixtla, de padres españoles. Cuentan que doña Isabel, al quedar viuda y siendo Juana muy niña, se casó con el capitán Diego Ruiz de Lozano. Sor Juana jamás menciona al padre en sus escritos y es muy probable que sintiese antipatía por el padrastro. Este hecho bastaría para explicar su aversión al matrimonio, el desprecio que manifiesta hacia el hombre y la tendencia vindicadora de su sexo.

Fue sor Juana mujer de gran belleza física. Uno de sus confesores, el padre Francisco de Rivera, nos la describe como de

> muy buena estatura y en su mocedad muy hermosa, y aun de vieja parecía harto bien: el cuerpo abultado y muy blanco, el rostro redondo, el cabello negro y crespo, ojos graciosos llenos de inteligencia, con las cejas gruesas y no muy en arco, sino llanas; la nariz pequeña, la boca mediana, manos finas y lindas. En la cara tenía tres lunares que le daban mucha gracia…

Sor Juana Inés de la Cruz, figura preclara de la literatura hispanoamericana y de la poesía española de su época, es a la vez el más notable exponente de la cultura barroca. Nadie le aventaja ni en calidad ni en originalidad. Sor Juana es gloria y ornato, no sólo de su siglo, sino de toda la época colonial. Ciérnese su talento sobre todo el saber de sus contemporáneos y los domina por entero, imponiendo el sello de su innegable superioridad. Entendió de teología, de filosofía, de música, de artes numéricas, y hasta de política. Es prodigiosa la galanura y la novedad con que abordó asuntos que le complacía dilucidar. Conoció latín y llegó por él a la noción del arte que magistralmente cultivaron los poetas del paganismo.

Amado Nervo dice:

> La ciencia de sor Juana fue extraordinaria para su tiempo. Las matemáticas le eran familiares; la fisiología no tuvo secretos para ella; la física se hallaba en el catálogo de sus conocimientos favoritos; sabía gramática como la que más; versificaba en latín y entendía harto de medicina; la filosofía escolástica; el derecho canónico: todo cabía en aquella sesera única…

"Conmigo podía más el deseo de saber que el de comer", escribe esta extraordinaria mujer cuya sed de conocimiento fuera tan grande, y que llamaba a su espíritu desde los cuatro puntos cardinales. Y cuando confiesa su terrible pasión por el conocimiento, nos dice: "… leer y más leer, estudiar y más estudiar sin más maestro que los libros mismos".

Juana de Asbaje fue niña precoz. Cuenta ella misma que a los tres años, viendo que a su hermana le enseñaban a leer en la escuela, rogó a la maestra que la enseñase también a ella. Viéndola de tan escasa edad, negóse ésta, pero bien pronto pudo darse cuenta de que las pocas lecciones que le dio fueron suficientes para que la niña muy pronto leyera de corrido.

El primero y más fidedigno de sus biógrafos, el padre Calleja, dice: "La primera luz que rayó en su ingenio fue hacia los versos españoles, y era admiración de cuantos la trataban en aquella tierna edad ver la facilidad con que salían de su boca o de su pluma las consonantes y los números…"

Poseía sor Juana natural y singular destreza para componer versos y tan fácilmente versificaba que hasta en sueños le salían las palabras rimadas. Su irrefrenable deseo de saber la llevó a importunar, sin descanso, a su madre para que la dejase vestir traje de varón y la enviase a México a estudiar en la universidad. No accedió la madre a tan absurdas pretensiones, mas no tardó en mandarla a casa de su hermana que vivía en la capital. Allí estudió la niña cuantos libros caían en sus manos y aprendió latín y la gramática en sólo diez lecciones.

A los trece años Juana de Asbaje ya tenía fama por su discreción y rara sabiduría. Poco tardó en granjearse, la futura monja, la admiración y el afecto de cuantos la trataron. Entró en el palacio virreinal con el título de "muy querida de la señora virreina".

Casi cuatro años vivió Juana en la corte, en medio de un ambiente de lisonjas; festejada, admirada y cortejada por cuantos la conocían. Tres meses antes de cumplir los diecinueve años, y a pesar de su positivo éxito, resolvió abandonar el mundo y sus halagos para refugiarse en la vida conventual.

Los biógrafos de sor Juana, con excepción del padre Calleja, el más digno de crédito por haberla tratado personalmente, se empeñan en

buscar móviles románticos y supuestas decepciones amorosas, pero bastan sus escritos para eliminar toda hipótesis de esta índole.

Escogió primero el convento de las carmelitas, pero la austeridad excesiva de la orden quebrantó su salud y por orden del médico abandonó el noviciado. Quince meses después, ya repuesta, profesó definitivamente en el convento de las jerónimas, trocando su nombre por el de sor Juana Inés de la Cruz.

Su vida conventual no fue una vida de éxtasis, visiones o ascetismo exagerado. Dedicóse en la soledad del claustro al estudio. Menéndez Pelayo afirma que la celda de la monja fue una especie de academia, llena de libros y de instrumentos de música y matemáticas, y agrega que: "Vivió siempre en medio de la vida literaria, en comunicación epistolar con doctores y poetas peninsulares y en trato diario y directo con los de México".

Aunque sabios e ignorantes celebraban los talentos de Juana Inés, a partir del momento en que entró en el claustro no faltó quien censurase el que siguiera cultivando las letras. Hasta hubo quien solicitó que le prohibieran estudiar, y varias veces hízose violento el desacuerdo entre la sabia monja y sus superiores. Su confesor, el padre Núñez, rompió con ella por su desmesurada afición a los estudios humanos. Pero la más trascendental de las reprensiones sufridas por sor Juana se debió a que escribió la crítica de un sermón del padre Vieyra, persona muy afamada por su elocuencia. Esta crítica es considerada como obra de sutileza e ingenio. Mas al obispo de Puebla no le cayó en gracia el exceso de sabiduría de la monja y dirigióle una carta con el pseudónimo de sor Filotea de la Cruz, en la cual, tras de darle la razón sobre el tema discutido, la exhortaba a abandonar las letras profanas y dedicarse por completo a la religión. "Lástima es que tan gran entendimiento de tal manera se abata a las rastreras noticias de la tierra que no desee penetrar lo que pasa en el cielo…", dice en uno de sus párrafos el obispo.

Sor Juana no se entregó a arrebatos de rebeldía. Meditó su contestación y escribió su famosísima *Respuesta a sor Filotea*, donde con todo calor hace la defensa de los derechos de la mujer, y alega haber cumplido con sus obligaciones religiosas. Sin embargo, después de este desahogo, reconoce humildemente que adolece de tibieza y hace el propósito de abandonar para siempre las letras profanas. Sacrifica los tres mil volúmenes de su biblioteca, sus aparatos de física y sus instrumentos de música, repartiendo el dinero entre los pobres, y se consagra por entero a Dios.

A partir de este momento ensaya la penitencia. No lee más libros que los de devoción y los evangelios y sólo escribe algunas poesías religiosas. Con sincero empeño pretende llegar al misticismo. En esos momentos es cuando sor Juana realiza el más trágico sacrificio de su

vida y el más grandioso. Su sumisión a la autoridad de la Iglesia.

En 1695, dice Calleja, invadió el convento una peste. De cada diez religiosas que enfermaban, apenas convalecía una. Sor Juana, entendida en medicina, atendió a sus hermanas con caritativo ardor y terminó contagiándose. A los cuarenta y seis años, a consecuencia de la peste, murió esta mujer excepcional que, como afirma Calleja, vino al mundo “a justificar a la Naturaleza sus vanidades de prodigiosa”.

1 Sección “Los grandes personajes de la humanidad”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 22, 15 de junio de 1964, pp. 76-77.

Carlos Pellicer[1]

Carlos Pellicer, el gran poeta tabasqueño, nacido en Villahermosa el año de 1899, desde que dio a conocer sus versos en reuniones literarias en 1914 ha sido uno de los orientadores de la nueva poesía en México. Para los que no querían seguir a González Martínez sólo hubo en un tiempo dos caminos, abiertos por López Velarde y Carlos Pellicer. La obra de éste representa la defensa de la palabra, de su música y color como elementos poéticos, materia y esencia del poema.

En la actualidad es el poeta mexicano de obra más variada y de mayor resonancia lírica.

La escritora Emma Godoy dice al hablar de su poesía:

> Conocer el trópico de Pellicer es ya conocerle el color de su agua y las resonancias de sus estremecimientos… Las junglas de Pellicer, como las de Henri Rousseau, por más extraviadas que parezcan, ya han sido deformadas por la personalidad. Ellos elaboraron un inédito color de los trópicos para que dentro se poblaran de huayacanes y maculíes fantásticos; y bajo una luna sin astrónomos, se adormecieran los "jóvenes aceites del pantano", "extranjeros en la tierra"…

Carlos Pellicer ha viajado por Europa y Sudamérica en misiones culturales. Actualmente es director de los Museos Precortesianos inaugurados en México y en Villahermosa, Tabasco, gracias a su dedicación y entusiasmo, así como a sus vastos conocimientos sobre la materia.

SONETO

Era mi corazón piedra de río
que sin saber por qué daba el remanso,
era el niño del agua, era el descanso
de hojas y nubes y brillante frío.

Alguien algo movió, y se alzó el río,
¡lástima de aquel hondo siempre manso!
Y la piedra lavada y el remanso

liáronse en sombras de esplendor sombrío.

Para mirar el cielo, qué trabajos,
ruedan los ojos turbios, siempre bajos.
¿Serán estrellas, o huellas de estrellas?

Era mi corazón piedra de río,
una piedra de río, una de aquellas
cosas de un imposible tuyo y mío.

PAISAJE

Vuelvo a encender la luna de tu amor
sobre mis labios trágicos,
y sembraré en las noches sutiles de tu ausencia
el trigo de mi canto
al ritmo del recuerdo de tus manos.
¡La luna de tu amor y el viento joven
de tus pasos!
Tu soledad gigantesca
como la plenitud de tus campos.
Tu ternura salobre
como juegos de ola vespertina.
Tu letra desgarrada
por el vendaval de la distancia.
Nuestras palabras
como plantas
atlánticas que el pañuelo del aire
abandonó en todas las playas.
Y el tiempo de los dulces tiempos
cenital en el alma.
Y los nombres de los bellos días
nunca jamás escritos,
suaves nombres como de aves
nacidas en los árboles de nuestros nombres mismos.
Viaje profundo de tu amor
y estrella transatlántica;
floresta submarina de la evocación
ceñida de palabras mágicas.
Sobre los dromedarios de los meses
viaja el minuto electrizado
que un día sobre parábolas de fuegos invisibles
recorrerá los ámbitos de un cielo suspirado.
La soledad está pensando
junto a la ventana.
Desprende largos bólidos un repentino encanto
y el corazón al borde de esa pausa fantástica
quema en sus fuegos de feria
las realidades absurdas de mi alma.

1 Sección “Poesía”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 22, 15 de junio de 1964, p. 80.

Federico García Lorca[1]

> La poesía es un jardín del que no se puede ser jardinero sin haber nacido en él, como Federico.

Fuente Vaqueros es un pueblecito de la provincia de Granada. Como todos los de Andalucía, tiene una plaza bordeada de árboles y una iglesia parroquial sobre la que se levanta una torre chata y maciza.

En una casa situada en la calle de La Trinidad, con sus balcones cargados de geranios rojos, con gran zaguán lleno de sombra y frescura, su sala de recibir en donde los retratos familiares se miran en el antiguo espejo de marco dorado, sus alcobas y un suave aroma a membrillo y espliego en el aire, nació el 5 de junio de 1898 Federico García Lorca.

La poesía del ambiente rural andaluz es profunda y cargada de cantares que se le metieron a Federico en el alma desde sus primeros años.

Federico tenía sed de vida, avidez de palabras antiguas y esa angustia estética que no le abandonaría jamás y que hizo su ser maravillosamente fecundo.

Sus primeras poesías datan de 1915. En 1917 hizo un viaje por las provincias andaluzas y regresó cargado de notas que dio a la imprenta de Granada el siguiente año, y que constituyeron su primer libro en prosa: *Impresiones y paisajes*. Por entonces conoció a Manuel de Falla, que vivía, en un "carmen" de la Alhambra, con su hermana María. Falla ya era famoso por sus *Noches en los jardines de España* y *El amor brujo*, estrenado en Madrid en 1915. Federico veneró al insigne compositor y, con los años, don Manuel pondría música a alguna de las obras para títeres del poeta.

Don Fernando de los Ríos, ilustre catedrático, se sintió cautivado por la personalidad del mozo y decidió convertirse en su protector y llevárselo a la Residencia de Estudiantes de Madrid, nido de la más prometedora juventud intelectual. La vocación lírica de Federico avivóse desde la primavera de 1919 hasta el año de 1928, cuando publicó por primera vez una poesía suya, "Balada de la placeta", en una antología poética editada por La Novela Corta. Gracias a don

Fernando pudo Federico realizar, en 1929, su viaje a los Estados Unidos y fundar, a su regreso, La Barraca, el teatro universitario ambulante, delicia de las aldeas perdidas.

Durante su estancia en la Residencia, para no defraudar a su padre ni a don Fernando, logró su título de abogado en la Universidad de Granada, el año de 1923.

Federico se halló en un hogar lleno de resonancias. Antes que él habían sido huéspedes de la Residencia Miguel de Unamuno, José Ortega y Gasset, Américo Castro y muchos otros grandes ingenios, entre ellos el prodigioso Juan Ramón Jiménez y el claro y profundo Antonio Machado. Allí conoció Federico a otros poetas: Rafael Alberti, José Moreno Villa, Emilio Prados; el pintor Salvador Dalí; el cineasta Luis Buñuel; el músico Ernesto Halffter.

Federico convirtióse rápidamente en el milagro humano de la Residencia. Sentía una misteriosa ternura hacia todos; una hiperestesia de carácter angélico y, por lo tanto asexual, pero de ningún modo mórbida, como quien flota en una nube de amor intelectual bajo la que hierve una vida que nunca puede manchar al poeta.

Algunas veces se sentaba frente al piano de cola de la sala de conferencias y desafiaba a Ernesto Halffter y a Gustavo Durán.

Era incalculable el tesoro de letrillas, romances y coplas que Federico iba reuniendo. La música, la poesía de los pueblos, de todos los pueblos de España, afluían a él y brotaban de él como la sangre que sale de una herida. Esa fragante corriente popular es la que caracteriza a García Lorca. A diferencia de otros poetas de su generación, que trabajaban los versos como joyas, Federico sólo tenía que abrir la puerta de su jaula para que se le escaparan como ruiseñores criados en su pecho. Su sentimiento era espontáneo, e incluso en sus imágenes más enigmáticas su metaforismo era popular, de gracia pura, como en los mejores romances de Góngora y Lope de Vega:

> Verde que te quiero verde.
> Verde viento. Verdes ramas.
> El barco sobre la mar
> y el caballo en la montaña.

Este género de encantamiento poético, típicamente lorquiano, ha sido definido como el “ángel” de Federico. ¿Qué es tener ángel? Se hace difícil para quien no haya nacido en la fabulosa tierra tartesia —que tuvo un rey llamado Argantorio, cuyos toros pacían en pesebres de plata— comprender ciertas categorías de expresión, genuinas de Andalucía. El “ángel” es una especie de espíritu de ayuda, más que teologal, mágico, que habita en ciertos seres privilegiados, como el “duende”, sólo que éste puede ser diabólico, mientras el “ángel” está

hecho de gracia. Edgar Allan Poe estaba poseído por un "ángel" negro; Valéry tenía un "ángel" con los cabellos áureos; el de Federico era verde y propenso a transfigurar las cosas con un verdor fantasmal: la luna, los sueños, el rostro de los gitanos apuñalados. Federico no podía concebir el arte como un acto de maldad para perturbar al hombre, al modo de los poetas demoniacos, sino como la fe en la belleza. Por eso en aquella atmósfera propicia de la Residencia de Estudiantes se siente henchido de aspiraciones creadoras.

En marzo de 1920 Federico estrena en el Teatro Eslava de Madrid *El maleficio de la mariposa*, con coreografía de la Argentinita. Al año siguiente da a la estampa su primer tomo de versos. En 1922 organiza con Manuel de Falla un festival del cante jondo, en Granada. Su ternura por los ritos y tradiciones populares hace que en 1923 celebre, en su propia casa de Granada, la Fiesta de los Reyes Magos con un teatrillo de títeres que representa una pieza inédita de Federico García Lorca. Por don de su precioso ingenio, es poeta, músico, dramaturgo, titiritero, pianista y guitarrista; sabe también dibujar y pintar y es el autor de los decorados.

En 1924 Federico termina su libro *Canciones* y comienza su *Romancero gitano* (1928) y su poema escénico *Doña Rosita la soltera o El lenguaje de las flores*. Su estreno teatral es tan deslumbrante y variado como sus poesías. Son poemas dramáticos en los que cultiva temas clásicos de la escena, los celos, el amor desesperado, el anhelo doloroso de la mujer virgen, la tragedia de la esterilidad. En algunas de sus obras, como *Bodas de sangre* y *Yerma*, logra la grandeza del drama clásico.

Su fantástica vitalidad artística, que sólo interrumpiría la muerte, sigue dando frutos espléndidos: *Mariana Pineda*, estrenada en 1927 por Margarita Xirgu, con decorados de Salvador Dalí; la revista *Gallo; Poeta en Nueva York*, inquietantes poemas superrealistas y futuristas; *Teoría y juego del duende* se estrenó en 1930, cuando se hallaba en La Habana, como invitado del Instituto Hispano-Cubano de Cultura. Las obras de Federico son innumerables.

A mediados de julio de 1936 Lorca marchó a Granada, donde lo sorprendió la insurrección de los militares, comprometidos con Hitler y Mussolini. Se dio una vuelta por Fuente Vaqueros como para despedirse de los lugares donde había transcurrido su infancia. El 18 de agosto de ese siniestro año lo asesinaron los fascistas.

García Lorca casi nunca inventaba sus personajes. Le placía la vida. Su pariente doña María, la del "carmen", cuenta que una vez leyeron los dos en un periódico que una señorita de Jaén, en vísperas de su boda, se había escapado con un antiguo novio que era hombre casado. De ese escandaloso suceso sacó el poeta sus *Bodas de sangre*. Bernarda Alba y sus hijas existieron realmente. Oculto detrás del brocal del

pozo, Lorca observaba intrigado lo que ocurría al otro lado de la cerca de su casa, donde vivía aquella extraña familia de muchachas vigiladas por una madre viuda y tiránica. En cuanto a "Antoñito el Camborio", era un gitano que chalaneaba por las ferias. Al regresar de una de éstas, se cayó de la jaca y se le clavó en el vientre el cuchillo que llevaba en la faja. Federico llegó a verlo tendido en el camino y acuñó aquella medalla poética del famoso romance, que, como la silueta del puerto, "nunca volvería a repetirse". El caso de *Yerma* lo descubriría en algunos de los pueblos de la Vega:

¡Ay de la casada seca!
¡ay de la que tiene los pechos de arena!
[…]
Por el monte ya llega
mi marido a comer.
Él me trae una rosa
y yo le doy tres.
[…]
Hay que juntar flor con flor
cuando el verano seca la sangre al segador.

El cántico desesperado de *Yerma* revela la aflicción de una esposa sin retoños, lo que más entristece al labrador que mira sus tierras desiertas de herederos, y eso es para él como vivir una maldición:

¡Ay qué prado de pena!
¡Ay qué puerta cerrada a la hermosura,
que pido un hijo que sufrir y el aire
me ofrece dalias de dormida luna!

En la obra de Lorca —Luis Cernuda lo señaló— encuentra el lector que la muerte fue siempre el tema único del poeta. El amor y la muerte como expresiones de ese sentimiento trágico de la vida definido por Unamuno, y que está en la médula del pueblo español:

Amigos, que yo me muero;
amigos, yo estoy muy malo,
tres pañuelos tengo dentro
y éste que meto son cuatro.

[…]

Por el llano, por el viento,
jaca negra, luna roja,
la muerte me está mirando
desde las torres de Córdoba.

¡Ay qué camino tan largo!
¡Ay mi jaca valerosa!

¡Ay que la muerte me espera
antes de llegar a Córdoba!

Ni eso tendría el pobre y angélico Federico, sacado de la casa de un pariente de Granada, desde donde, encogido y temeroso, escuchaba el brutal desgarramiento de España; sacado por una pandilla de asesinos una madrugada lívida para fusilarlo en la carretera y enterrarlo en una barraca de la Vega. Pablo Neruda habló una vez del dolor de Federico, de su triste estupor ante la muerte de un corderillo rezagado, mordido por unos cerdos hambrientos. ¿Qué dirían sus ojos, abiertos como dos estrellas negras y heladas, al ver que la muerte ya estaba allí para llevárselo?

1 Sección “Los grandes personajes de la humanidad”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 23, 1º de julio de 1964, pp. 78-79.

Salvador Novo[1]

Salvador Novo nace en la Ciudad de México en 1904. Comienza a escribir poemas desde la niñez, y desde entonces se burla de la realidad y sabe poner una nota de humorismo en su obra. Tres han sido las simientes de su poesía: la circunstancia, el humorismo y la desolación. De esos tres motivos ha brotado una lírica que sorprende por la complejidad de sus matices, pues Novo ha hecho vibrar su lira con múltiples acentos que nos brindan la historia íntima de su alma. Del soneto al romance, de la décima al verso libre, nada ha permanecido ajeno a la inquisición de este espíritu inquieto e insaciable.

Salvador Novo ha sido profesor de literatura en la Universidad de México, jefe del Departamento Editorial en la Secretaría de Educación Pública y encargado de la Sección de Teatro en el Instituto Nacional de Bellas Artes. Fundó con Xavier Villaurrutia la revista *Ulises*, en 1927. Ha viajado por el continente americano, Europa y el Oriente. Actualmente es miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y una de las figuras más representativas del grupo de los Contemporáneos. Con admirable facilidad literaria, ha escrito ensayos, novelas, teatro, relaciones de viajes, argumentos cinematográficos, escenificaciones radiofónicas e innumerables artículos periodísticos. Salvador Novo es uno de los más altos exponentes de la literatura mexicana.

TÚ, YO MISMO

Tú, yo mismo, seco como un viento derrotado
que no pudo sino muy brevemente sostener en sus brazos una hoja que arrancó de los árboles
¿cómo será posible que nada te conmueva
que no haya lluvia que te estruje ni sol que rinda tu fatiga?
Ser una transparencia sin objeto
sobre los lagos limpios de tus miradas
oh tempestad, diluvio de hace ya mucho tiempo.
Si desde entonces busco tu imagen que era solamente mía
si en mis manos estériles ahogué la última gota de tu sangre y mi lágrima
y si fue desde entonces indiferente el mundo e infinito el desierto
y cada nueva noche musgo para el recuerdo de tu abrazo
¿cómo en el nuevo día tendré sino tu aliento,

sino tus brazos impalpables entre los míos?
Lloro como una madre que ha reemplazado al hijo único muerto
Lloro como la tierra que ha sentido dos veces germinar el fruto perfecto y mismo.
Lloro porque eres tú para mi duelo
y ya te pertenezco en el pasado.

ELEGÍA

Los que tenemos unas manos que no nos pertenecen,
grotescas para la caricia, inútiles para el taller o la azada,
largas y flácidas como una flor privada de simiente
o como un reptil que entrega su veneno
porque no tiene nada más que ofrecer.

Los que tenemos una mirada culpable y amarga
por donde mira la Muerte no lograda del mundo
y fulge una sonrisa que se congela frente a las estatuas desnudas
porque no podrá nunca cerrarse sobre los anillos de oro
ni entregarse como una antorcha sobre los horizontes del Tiempo
en una noche cuya aurora es solamente este mediodía
que nos flagela la carne por instantes arrancados a la eternidad.

Los que hemos rodado por los siglos como una roca desprendida del Génesis
sobre la hierba o entre la maleza en desenfrenada carrera
para no detenernos nunca ni volver a ser lo que fuimos
mientras los hombres van trabajosamente ascendiendo
y brotan otras manos de sus manos para torcer el rumbo de los vientos
o para tiernamente enlazarse.

Los que vestimos cuerpos como trajes envejecidos
a quienes basta el hurto o la limosna de una migaja que es todo el pan y la única hostia
hemos llegado al litoral de los siglos que pesan sobre nuestros corazones angustiados
y no veremos nunca con nuestros ojos limpios
otro día que este día en que toda la música del universo
se cifra en una voz que no escucha nadie entre las palabras vacías
en el sueño sin agua ni palabras en la lengua de la arcilla y del humo.

1 Sección “Poesía”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 23, 1º de julio de 1964, p. 82.

Simón Bolívar[1]

… Las razas venideras
con estupor profundo
tu genio admirarán, tu ardor triunfante,
viéndote sostener, sublime Atlante,
la independencia y libertad de un mundo.
"A Bolívar", JOSÉ MARÍA HEREDIA

SIMÓN BOLÍVAR, LIBERTADOR DE UN CONTINENTE

Simón Bolívar, el vencedor de Boyacá, de Carabobo, de Bomboná y de Junín; el libertador de Venezuela, Colombia, Ecuador, Panamá, Bolivia y Perú, es el héroe americano que con sus luminosos hermanos de signo, Hidalgo, Morelos, Sucre, Washington y San Martín, representa más acabadamente el máximo ideal del Hemisferio Occidental: la libertad.

Toda su vida es una batalla titánica por ese ideal. Y no la limita a su país de nacimiento, Venezuela. Su ímpetu gigantesco de luchador recorre pueblos, atraviesa el duro espinazo de los Andes, inflama el entusiasmo de millones de seres humanos y logra reducir a ruinas el orgulloso Imperio español, sobre cuyas cenizas levanta nuevas naciones y las inicia en el camino de la democracia.

Porque Bolívar no sólo les sabe ganar su libertad; también quiere enseñarles cómo usarla. Entiende que la libertad es una responsabilidad, tanto como un derecho, y desea que aquellos países hijos de su espada lo sean también de su pensamiento.

BOLÍVAR, ARISTÓCRATA Y REBELDE

El 24 de julio de 1783, en Caracas, nace Simón Bolívar en el seno de una familia acaudalada y aristocrática. Habiendo perdido muy niño a sus padres, queda bajo la tutela de su tío materno don Carlos Palacios y Blanco, quien lo educa esmeradamente, primero en Caracas, con maestros como los capuchinos Andújar y Negrete y don Andrés Bello, y luego en Madrid, donde Simón Bolívar —corazón tan apasionado

por el amor como por la libertad— se enamora de María Teresa Rodríguez del Toro y casa con ella, en 1802. Sólo un año dura aquel matrimonio, truncado por la muerte de María Teresa en la ciudad natal del héroe, en 1803.

A raíz de la muerte de su esposa, vuelve Bolívar a Europa. Y en Roma, en 1805, en presencia de su preceptor don Simón Rodríguez, pronuncia el célebre juramento del Aventino, poniendo su vida entera al servicio de una sola causa: la libertad de su patria, de ahora en adelante su máximo amor.

Vuelto a Caracas en 1807, toma parte en la conspiración que ha de culminar en el movimiento revolucionario de abril de 1810, contemporáneo a las reuniones insurgentes que en septiembre del mismo año encenderán en México nuestra lucha de independencia.

SE DESATA EL HURACÁN

La Junta de Gobierno surgida de la rebelión de 1810 designa a Bolívar su representante en Londres. Aquel huracán de valor y razón va a emprender una dura batalla que durará veinte largos años.

De vuelta a Venezuela, en 1811, Bolívar interviene activamente en la vida política de su país a través de la Sociedad Patriótica, en cuyo seno favorece la declaración de independencia de su país, el 5 de julio de 1811. La rebelión venezolana es abatida momentáneamente por las fuerzas realistas y Bolívar se refugia entonces en Curazao, de donde pasa a Cartagena, en la Nueva Granada, también ya en armas y, con la ayuda de los insurgentes neogranadinos, Bolívar emprende la liberación de los venezolanos el 15 de mayo de 1813. Lo acompañan en esta heroica aventura sólo ochocientos hombres, quienes se enfrentarán a una guarnición española de más de quince mil.

Bolívar toma Mérida y Trujillo y declara allí, el 15 de junio de ese mismo año —a un mes justo de iniciada la lucha—, la guerra a muerte al Imperio español. El 6 de agosto siguiente entra por primera vez en triunfo a su ciudad natal, Caracas, donde se le concede el título de El Libertador.

EL LLANO CONTRA LA COSTA

Si la costa es, en general, partidaria de la independencia, el llano le es hostil. Allí se ve en la lucha libertaria el predominio de los círculos aristocráticos de la capital y los llaneros, capitaneados por Boves en la

victoria, en febrero de 1814; Bolívar vuelve a derrotarlo en San Mateo y luego en Carabobo. Pero tras una nueva victoria de los realistas, en Aragua de Barcelona, España queda dueña de Venezuela, y Bolívar tiene que refugiarse otra vez en Cartagena, de donde marcha a Tunja, sede del gobierno de Nueva Granada, para hacerse cargo de una nueva misión que cumple brillantemente: la toma y liberación de Bogotá.

LA CARTA INMORTAL DE JAMAICA

Después de fracasar en la liberación de Santa María, renuncia al mando del ejército y se marcha a Jamaica, donde en una célebre carta —Bolívar tenía asimismo grandes dotes de escritor— contesta a un caballero de aquella isla que le pide informes sobre los sucesos que convulsionan a América. Bolívar, con una excepcional lucidez política, examina y expone los fines que se propone la revolución americana; las causas de las desgracias de la guerra; el estado de los nuevos gobiernos y los motivos que existen para alentar esperanzas; rememora la historia de la conquista; expone el plan de gobierno más adecuado para las distintas regiones de América, y prevé los destinos de las repúblicas americanas.

Para ese entonces, toda la costa Caribe está en manos realistas. Y Bolívar es arrojado de Jamaica porque las autoridades inglesas no quieren crearse problemas con las españolas. Bolívar es acogido en Haití por el presidente Pétion, quien le ofrece asilo y apoyo.

LA VUELTA AL CONTINENTE

Bolívar, empero, se consume en el exilio. No piensa sino en desembarcar en Venezuela y reanudar la lucha, lo cual consigue en 1816, seguido de trescientos cincuenta hombres solamente. Poco más tarde, acompañado del general Sucre y un puñado de fieles, se dirige a la Guayana Venezolana, toma Angostura y establece allí la capital de la zona liberada.

La vida que le espera está esmaltada de brillantes victorias y amargas contrariedades. Atraviesa los Andes y libra la batalla de Boyacá, llega a Bogotá, donde es aclamado como Libertador, y, de regreso a Angostura, proclama en el Congreso a la República de Colombia.

Vuelve triunfador también a Caracas. Va a Quito y termina con los focos de resistencia realista en el sur de Nueva Granada. Vence a los

españoles en Bomboná y libra las batallas triunfales de Junín y Ayacucho.

SE AQUIETA EL RELÁMPAGO

Aquel rayo de guerra ve al fin concluida su obra militar y ahora emprende la política. El soldado que recorrió América levantando naciones y haciendo ciudadanos libres cede su sitio al estadista visionario que concibe un sueño grandioso, anticipo del panamericanismo contemporáneo: el Congreso de Panamá que había de estar formado con representantes de todos los países sobre los cuales Bolívar tiene una influencia directa. Así, aquel proyecto gigantesco de unión continental, que sigue siendo el gran anhelo de quienes, nacidos en suelo de América se sienten ciudadanos de toda su vasta extensión, será una empresa para el lejano futuro.

EL TITÁN ABATIDO

En 1825 surge en el alto Perú un país que adopta el nombre del Libertador: Bolivia, regido también por una constitución redactada por Bolívar. Esa constitución —en la cual hay medidas muy sabias que prevén la mejor forma de gobierno posible para los países jóvenes, durante su transición de la dominación a la libertad— es la que luego rige a Colombia y al Perú. Pero también en este aspecto de su lucha ve Bolívar derrumbarse sus proyectos. Sus sueños de dar a aquellos países, después de la libertad, un régimen de derecho se desmoronan rápidamente.

Uno tras otro los sinsabores se abaten sobre el titán americano. Uno de los más amargos es la muerte del general Sucre, asesinado en Berruecos. Luego afronta la guerra contra el Perú. En seguida tiene que sofocar la sublevación de Córdoba. Nuevas contrariedades, como su renuncia a la presidencia y el levantamiento de Urdaneta, le hacen pensar, retirado en Cartagena, en el retorno a Europa. Pero el destino va a impedírselo. En San Pedro Alejandrino —en donde se había refugiado buscando un clima más benigno— lo sorprende la muerte el 17 de diciembre de 1830, cuando apenas cuenta cuarenta y siete años de edad.

A su muerte deja, en un testamento dictado con toda una vida de abnegación y lucha, la herencia más cuantiosa que hombre alguno haya otorgado jamás: un continente liberado que ama su libertad y

sabrá defenderla.

1 Sección “Los grandes personajes de la humanidad”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 25, 1º de agosto de 1964, pp. 74-75.

Santa Rosa de Lima[1]

Nació Rosa el 30 de abril de 1586, en la calle de Santo Domingo. Reinaba en España Felipe II y era virrey del Perú don Martín Enríquez. Fueron sus padres don Gaspar de Flores, natural de la villa de Baños, España, y doña María de Oliva, ambos de rancio abolengo cristiano, pero de escasa fortuna.

El nacimiento de esta encantadora niña les valió alusiones, leyendas y símbolos en los Juegos de Cañas que se realizaban en el campo y en las provincias del Perú, entre las cuales podemos citar un ramo de flores del que salía una lima, entretejido aquél con otros de olivas. Otro símbolo estaba constituido por una rama de oliva y un botón de rosa:

> De este injerto misterioso
> nació esta Rosa de estima,
> para dar dulce a la lima.
>
> […]
>
> Contempla ilustre ciudad
> esta oliva misteriosa,
> que lo que produce es Rosa.

Fue providencial la fecha del nacimiento de Rosa, que, como dijimos, tuvo efecto el 30 de abril. Ese día celébrase la fiesta de Santa Catalina de Siena, madre y maestra de Rosa. Con esta coincidencia da comienzo el paralelismo entre la Virgen de Fontebranda y la Virgen de Rímac, que se iría acentuando día tras día, hasta que los limeños llamaron a Rosa, aun durante su vida, la Segunda Catalina y la Catalina Americana.

Lima fue fundada por don Francisco Pizarro, el 6 de enero de 1535, fiesta de los Reyes Magos. En atención a esta fecha, se le llamó Ciudad de los Reyes, nombre que cambió poco después por el de Lima. Hoy es la segunda ciudad americana del Pacífico y, juntamente con Arequipa, Cuzco y Trujillo del Perú, ha conservado un típico carácter de ciudad española.

La importancia del Perú era notable y, cuando nació Rosa, había

sido elevado a la categoría de virreinato, con su correspondiente audiencia, cancillería, capitanía general y universidad.

Pero la gloria de Lima, con ser tanta, no está en sus rectas avenidas, ni en sus palacios y templos, sino en la esclarecida Virgen de Rímac, primitivo nombre de Lima. Ella es la que da gloria eterna a la ciudad.

En los Juegos de Cañas que tuvieron efecto para conmemorar la beatificación de Rosa, la cuadrilla que presidía el acto tenía por símbolo una lima entre azahares y de ella nacía una rosa con la siguiente leyenda:

> Si es flor de Lima el azahar,
> hoy con suerte más dichosa
> es flor de Lima la Rosa.

Rosa fue bautizada con el nombre de Isabel. Ese día los jardines de Lima se cubrieron de rosas, como si las flores dieran la bienvenida a aquella niña que las aventajaría en hermosura. Aún se conserva la pila donde recibió el bautismo y en ella una placa conmemorativa, colocada en el tricentenario de su muerte.

La hermosura de Rosa excitaba la admiración de todos. La gente se complacía en contemplarla y se hizo tan popular por su bondad y su gracia que los jóvenes de Lima se sentían felices con sólo verla pasar.

El ayuno y la abstinencia son clásicos en la historia de las mortificaciones corporales. La liturgia romana encomia las ventajas del ayuno corporal. Rosa de Lima había experimentado abundantemente tales beneficios, porque guardó abstinencia de carne durante toda su vida. A partir de los quince años de edad, obligándose a ello por voto, jamás la probó voluntariamente. También se abstuvo, desde pequeña, de comer frutas. A la edad de seis años ayunaba Rosa los miércoles, jueves y viernes. Y a esta temprana edad se mortificaba paseándose por el jardín cargada de piedras, las que más adelante sustituyó por gruesos troncos o cruces de madera.

A imitación de Catalina de Siena, usaba también una especie de vestido con mangas, ajustado al cuerpo, fabricado con gruesas cerdas de cabello. Lo usó varios años hasta que se lo prohibieron sus confesores.

Al intentar bosquejar la semblanza moral de Rosa de Lima, nos encontramos con un fenómeno bastante raro. Su belleza moral tomó vuelos insospechados desde su más tierna edad. La hija de don Gaspar de Flores fue santa desde que tuvo uso de razón, conservando hasta su muerte la inocencia bautismal. La cándida existencia de Rosa se deslizaba en paz, saboreando las dulzuras y suavidades que le deparaba el cuidadoso cariño de sus padres.

Pronto traspasó la adolescencia y llegó a la edad casadera. Su

encanto y sus virtudes la hacían muy codiciada, pero ella rechazaba a todos sus pretendientes.

Las virtudes de Rosa eran comentadas en todos los círculos. No es extraño, pues, que todos los monasterios la quisieran para sí, en la convicción de que ganaban con ella un tesoro de valor incalculable.

Por aquellos días Santo Toribio de Mogrovejo había fundado en Lima un monasterio de monjas clarisas, famoso por su austeridad. Esperaban las fervorosas mujeres que Rosa escogiera su comunidad. La fundación franciscana deseaba, a su vez, atraerse a Rosa. La joven y piadosa virgen recibió proposiciones de ambos conventos.

El 10 de agosto de 1606, fiesta del mártir San Lorenzo, a la capilla de Santo Domingo de la ciudad de Lima Rosa prefirió la orden de Santa Catalina de Siena. Ningún hábito podía simbolizar mejor la penitencia que el blanco y negro de Santo Domingo. La austeridad y la pureza son los dos grandes pilares del espíritu dominicano.

La humildad de esta joven contribuyó a agrandar, en el ánimo de la nueva terciaria, algunos escrúpulos que la atormentaron sañudamente. Pensaba que, siendo ella tan gran pecadora, no merecía llevar el mismo hábito que había vestido Catalina de Siena. Rosa oraba de rodillas ante la imagen de María, contándole su pena:

> Es de Domingo la Rosa
> y en su casa aquesta flor
> de blanco y negro color
> se viste por más hermosa.

Los padres de la Tebaida eran servidos por cuervos, los leones obedecían a la voz de Antonio Abad, San Galo daba órdenes a los osos de los Alpes cuando Santa Columba atravesaba la selva de Luxenil, las ardillas saltábanle a las manos y los pájaros la obsequiaban con deliciosa música; el prodigio se repite con Francisco Solano, evangelizador de Tucumán, pues, durante los dos meses de su última enfermedad, las aves jamás se separaron de la ventana de su celda. ¿Qué decir del Serafín de Asís, que amansa al hermano lobo y concluye con él un pacto para que respete, a cambio de que se le respete a él también, a los vecinos de Gubbio? Toda una bandada de pájaros se aquieta y suspende sus cantos, en Venecia, mientras él se halla absorto en oración. A veces invitaba a las flores a que entonasen un himno al Creador.

Durante su corta vida, Rosa, como Francisco de Asís, hace un pacto con los mosquitos. Ella misma hace de las *Florecillas* de San Francisco una segunda versión: "… ellos también, a su modo, me ayudan a cantar alabanzas divinas". Cuando Rosa, al amanecer, abría la puerta de la celda, decíales con la mayor sencillez: "¡Ea, amigos, levantarse a dar alabanzas a Dios!"

Rosa invitaba a los árboles, a las hierbas y a las flores a que entonasen un himno al Señor, utilizando el versillo de los niños hebreos: "Bendecid al Señor, todas las plantas que nacéis en la tierra: loadle y ensalzadle sobre todas las cosas, por todos los siglos". Y las plantas, lo mismo que los mosquitos y el ruiseñor, "obedeciendo al punto, comenzaron a mover sus ramas acompasadamente. Y no sólo esto, sino que los más copudos árboles inclinaban reverentemente sus frondosas ramas en obsequio del Supremo Hacedor".

Siendo novicio fray Bernardo, ayudaba a la santa misa en la capilla. Cuando se daba la comunión a Rosa, temía quemarse las manos a causa de las llamas que salían de su rostro, el cual producía la impresión de un horno encendido. Así lo aseguró bajo juramento quince años después de la muerte de Rosa, siendo ya sacerdote.

Si las paredes de la celda de esta santa doncella hablaran, quedaríamos pasmados de las asombrosas penitencias y de los extraordinarios favores que el Señor concedió a la vidente peruana. No se vaya a creer que se trataba de una maniaca o de una imaginación loca y fantástica, sino de un alma escogida. Su vida mística empezó en la niñez y, muy pronto, de la simple meditación pasaba con la mayor facilidad a la contemplación. Dejándose llevar por su inclinación poética, exclamaba:

> Las doce son dadas.
> Mi esposo no viene.
> ¿Quién será la dichosa
> que lo entretiene?

Es sin duda privilegio de las almas místicas el don de la profecía, que consiste en conocer los hechos ocultos y futuros. Rosa conoció y predijo los dolores sobrehumanos que habían de estrujarla en su última enfermedad y anunció su muerte, acaecida el 24 de agosto de 1617.

Tres años antes de morir Rosa cayó gravemente enferma. Los dolores que padecía eran atroces. Nadie dudaba de la proximidad de su muerte. Tres días antes de su fallecimiento recuperó el sentido, pues había estado hundida en un largo sopor. Era el 24 de agosto de 1617, fiesta de San Bartolomé. Rosa tenía treinta y un años y cuatro meses de edad.

No hubo en la estancia paños luctuosos y en lugar del lúgubre chisporroteo de los cirios encendidos la gente entonó suaves melodías regocijadas. Vistieron el crucifijo de Rosa con el hábito blanco y negro de la Tercera Orden, ciñeron su cabeza con una corona de rosas y colocaron en sus manos una palma, símbolo de victoria.

El cadáver fue trasladado al convento de Santo Domingo. Las calles y ventanas estaban atestadas de gente. Nunca se vio tal en la capital

del virreinato. El ataúd fue colocado en majestuoso túmulo, que la gente asaltó en busca de reliquias.

El 18 de marzo de 1619 abrióse la sepultura y fueron colocados sus restos en el altar expresamente destinado a ella, en la iglesia de Santo Domingo.

El 12 de abril de 1671 fue canonizada, decretando el papa Pío X que debería ser inscrita en el catálogo de las Santas Vírgenes, el 30 de agosto.

1 Sección “Los grandes personajes de la humanidad”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 26, 15 de agosto de 1964, pp. 74-75.

Madame Curie[1]

La trágica historia de Polonia es de todos conocida. Rodeada de países extraños que la hacen víctima de su codicia, ni un día ni una hora ha dejado de rebelarse contra el yugo que la hizo esclava. En esta pugna de siglos se han sacrificado por ella sus mejores hijos.

En la capital de esta noble nación, el 7 de noviembre de 1867, bajo el albo manto de nieve que cubría la ciudad de Varsovia, nació María Sklodowska. De cuerpo menudo, finísima la tez sonrosada y blanca, cabello oscuro y abundante, desde la infancia se perfila como una criatura de viva inteligencia y aguda sensibilidad. Su padre es un sabio, el conocido doctor Sklodowski, profesor de física y química, hombre patriota y bondadoso a quien no molestan los infantiles juegos de María, que va creciendo junto a él. La pequeña vive y estudia al lado del profesor y la ciencia va haciéndosele familiar. Aún niña, concurre a la Escuela Normal. Necesita hacer sus estudios rápidamente a fin de poder ganarse la vida.

María es huérfana de madre. Es una muchacha a quien no parece importar gran cosa su belleza. Tiene cosas más apasionantes en que ocuparse: ante todo el problema punzante de la existencia. Por encima de esto, la atracción poderosa de la ciencia a cuyos dominios se ha asomado desde el modesto laboratorio del profesor Sklodowski, y que ejerce sobre ella una fascinación irresistible.

Pero María es una mujer pobre, demasiado pobre, y, por lo tanto, tiene que abandonar sus estudios. Ya es maestra, pero más ha aprendido en su investigación caprichosa al lado del padre que en la escuela. Acepta primero una colocación de institutriz, y un buen día abandona el trabajo, reúne algún dinero y se marcha a París. Tiene entonces veintitrés años y la mente llena de proyectos. El más inmediato es, al parecer, bien sencillo: matricularse en la Sorbona. Los comienzos son un poco duros. La Sorbona, en 1892, no estaba invadida como hoy por las mujeres. En la época en que María, tímida y encogida, se matriculó no asistían a los cursos más que ella y otra joven que pronto abandonó los estudios.

Gracias a su viva inteligencia y a su labor constante, María Sklodowska pudo vencer estas y otras dificultades y hacer brillantemente su primer examen, al finalizar el año.

Dos años deberían transcurrir —hasta 1894, "año decisivo en su vida"— para que la joven polonesa comenzara a trabajar seriamente en el laboratorio de investigaciones del sabio profesor Lippmann.

El destino le tenía reservado un encuentro que le ayudaría a realizar el más apasionado proyecto de su vida. Una noche de invierno asiste a una velada y ahí conoce al profesor Pedro Curie, y este encuentro marca la hora decisiva en su vida y en la ciencia.

Pedro Curie es hijo de una familia modesta, y a la sazón director del Laboratorio de Altos Estudios y encargado de las manipulaciones de física de la Facultad de París. Era entonces el futuro sabio un muchacho alto y delgado, de cabello castaño y aspecto tímido.

A María le impresionó la expresión de sus ojos claros, cierta ligera apariencia de abandono en su elevada estatura, su sencillez, su sonrisa grave y juvenil. A partir de aquel día se encontraron con frecuencia en la Sociedad de Física. Entusiasmados, se enfrascaban en amistosa charla sobre cuestiones científicas. Los unía una comprensión sorprendente y desde el primer instante se sintieron unidos por una simpatía que aumentó con el tiempo. El corazón de esta muchacha seria, estudiosa y bella encuentra al fin su alma gemela.

La carrera científica de Pedro Curie es rápida y segura. La aureola de legítimo prestigio que le rodea y su mirada de candor infantil, que nunca pierde, atraen a la estudiante polonesa. Los dos hablan el mismo lenguaje. Y cuando ella charla es él quien permanece largas horas oyéndola, soñando con la estudiante polonesa, con un cálido hogar en que haya niños, pájaros y canciones, y sea al mismo tiempo un inmenso laboratorio poblado de tubos y retortas. Sabe que esta mujer no será una rémora, ni un lastre, que no será enemiga, sino aliada en la lucha por el alto fin que ambos persiguen. Un día, al fin, le ruega que acceda a ser su mujer.

Para María las palabras de Pedro son como un deslumbramiento, pero prefiere, antes de decidirse, que el tiempo la aconseje.

María Sklodowska deja París, dispuesta a pasar el verano en Varsovia, junto a su padre.

Durante su permanencia en Varsovia María recibe frecuentes cartas del profesor Curie. Pedro y María no pueden concebir ya una vida futura el uno sin el otro, pues están unidos por el amor y los ideales. María Sklodowska se convierte para el mundo y para la inmortalidad en María Curie. Mas, para ella, la boda no es el fin, como para las protagonistas de los cuentos de hadas, sino, por lo contrario, el principio de una vida de íntima colaboración, de un compañerismo nunca interrumpido, de apretadísima unión en la lucha.

La vida de los nuevos esposos es en extremo sencilla, y María combina los cuidados del hogar con sus investigaciones en el laboratorio donde trabaja junto a su marido.

Tenían los esposos Curie, para sus investigaciones, un mísero laboratorio improvisado. Fue allí donde María realizó el descubrimiento de uno de los mayores prodigios de nuestro tiempo: el del *radium*, manantial inagotable de energía. Gracias al *radium*, lo mismo se regenera un tejido que un órgano.

El descubrimiento asombra a los sabios de París, Londres, Berlín, Estocolmo y Nueva York. Es algo que echa abajo las viejas teorías sobre la constitución de la materia, que abre nuevos horizontes a la ciencia y permite al hombre penetrar en el misterio de la estructura del átomo.

Apenas descubierto el nuevo elemento radiactivo, gracias a las investigaciones tenaces de los esposos Curie, se plantea la cuestión de la influencia que puede ejercer sobre los seres vivos, y es Pedro quien, en un acto de heroísmo, somete su propio brazo a la acción del *radium* y sufre una quemadura que tarda varios meses en curar.

¡El gran prodigio se comprueba! El *radium* destruye las células cancerosas. El nombre de los Curie es universalmente conocido. En 1901 la Academia de Ciencias les concede el Premio Lacazo y en 1903 se da a los dos el Premio Nobel, puerta de la fortuna y de la gloria. La Legión de Honor ofrece un premio especial a Pedro Curie, pero el insigne sabio se niega a aceptarlo. “Nunca consentiré —dijo en tal ocasión— que se me conceda un honor del cual no participe mi esposa, que es también mi colaboradora.”

Ahora los esposos Curie podían al fin tomar, a sus expensas, empleados que los ayudaran en sus trabajos. Mas, ¡ay!, ¿por qué pasaron aquellas horas tan de prisa? El 19 de abril de 1906 Pedro Curie, al salir de una reunión de profesores y al atravesar la calle, fue arrollado por un coche de caballos quedando muerto casi en el acto.

La noticia de esta catástrofe causó verdadera consternación en el mundo científico y en el hogar donde Pedro había sido esposo amado y padre devotísimo. ¡Cuál no sería la inmensidad de aquel dolor, súbito, tremendo, inmerecido! Muy pequeñas las hijas para comprender la desgracia. Sobre el corazón de María Curie cayó la desdicha y ensombreció su vida el desastre irreparable.

A pesar de todo, María Sklodowska siguió trabajando, pero ya como un cuerpo sin alma. Las investigaciones continuaron. Y siguió la obra del amado desaparecido.

En 1911 la Real Academia de Suecia concede justamente a Madame Curie lo que ningún otro sabio ha logrado nunca: el Premio Nobel por segunda vez.

En la primavera de 1921 Madame Curie, acompañada de sus hijas, hace su primer viaje a Estados Unidos. La admiración general rodea a la maga de la ciencia.

Después de numerosos viajes se retira a su antigua morada, en la

isla de Saint-Louis. María Sklodowska Curie, que entregó su juventud a la investigación de radiaciones desconocidas, ha recibido emanaciones que la asesinan. Su propio descubrimiento ha destruido sus órganos. Su mal es tan grave que la ciencia nada puede hacer.

En el verano de 1934 Marie Curie ya no es sino un espectro. El 4 de julio expira a los sesenta y siete años de edad.

1 Sección “Los grandes personajes de la humanidad”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 27, 1º de septiembre de 1964, pp. 78-79.

Pablo Picasso[1]

Picasso nació el 25 de octubre de 1881, en Málaga, España, y fue bautizado con el nombre de Pablo Nepomuceno Crispiniano de la Santísima Trinidad Ruiz Picasso. Los compañeros del muchacho acortaron la imponente serie de nombres llamándole Pablo Ruiz. Su padre, José Ruiz Blasco, de ascendencia vasca, era profesor de arte, y cuando el joven expuso sus primeros cuadros usó los apellidos de su madre y de su padre firmándolos como P. Ruiz Picasso. Fue al cumplir los veinte años cuando abandonó el apellido de su padre, por ser demasiado común, y adoptó el de su madre, que era más desusado y eufónico.

Se dice que Picasso nació con un lápiz en la mano. No fue sólo un dibujante precoz, sino decididamente un artista, desde antes de cumplir los diez años. A los catorce dibujó retratos que se conservan en la actualidad como ejemplos de realismo expresivo y profundidad en el modelado.

Después de que la familia se trasladó a Barcelona, donde su padre fue profesor, Pablo, que no había cumplido aún los quince años, fue admitido en la Escuela de Bellas Artes. El tiempo fijado para las difíciles pruebas de ingreso era de un mes: Pablo las aprobó en un día.

A los dieciséis años presentó obras suyas en la Exposición de Bellas Artes en Madrid y ganó un premio. Unos cuantos meses después tenía su propio estudio.

Vagaba por las calles, los muelles y los cabarets, dibujando todo lo que veía; vagabundos, monjas, mujeres galantes, trabajadores de los muelles, perros, damas refinadas, a las que le encantaba caricaturizar; viejos aburridos y robustos cocheros.

A los diecinueve años visitó París por primera vez, y ya era evidente que habría de alcanzar allí el triunfo. En un mes vendió tres lienzos. Volvió a Madrid, donde comenzó a publicar una revista titulada *Arte Joven* e hizo una exposición de sus pinturas al pastel, pero pronto volvió a París.

Fue influido grandemente por los destemplados estudios bohemios de Toulouse-Lautrec, la atrevida pincelada de Van Gogh y las masas de color plano de Gauguin. Dejó de pintar con tonos suaves y contornos desvaídos y adoptó una paleta más enérgica.

Tenía veinte años cuando comenzó a pintar sus notables series de pobres, de hombres y mujeres infelices de cuerpos agotados, manos huesudas y dedos largos y delgados.

A los veintitrés años Picasso era un muchacho pequeño, moreno, macizo, inquieto e inquietante, con ojos sombríos, muy profundos, penetrantes, extraños, casi sin movimiento. Sus ademanes eran toscos, sus manos femeninas; desaliñado en el vestir, con un espeso mechón negro y lustroso que dividía una frente inteligente y enérgica. Tenía un aspecto medio de bohemio, medio de obrero.

Picasso pintaba de preferencia por la noche, frecuentaba los cabaretuchos, practicaba el tiro al blanco, asistía a los encuentros de lucha libre y vivía enamorado del circo.

No sólo fue su pasión por lo que actuaban en la pista, sino también por el personal auxiliar del circo, lo que le dio a su arte un nuevo y más alegre sesgo.

Picasso era a los veinticinco años un pintor consagrado. Sus obras fueron ensalzadas y coleccionadas por Gertrude Stein, la cual posó ochenta veces para el retrato que le hizo Pablo, quien, antes de concluirlo, se sintió descontento del resultado y borró la cara. Muchos meses después, al volver de un viaje, pintó de nuevo aquellas facciones.

En unión de su colega y amigo, Georges Braque, Picasso realizó continuas y audaces búsquedas, explotando las posibilidades del cubismo.

Cézanne había sugerido que los paisajes y los objetos usuales parecían compuestos por conos, cilindros y esferas.

Picasso y Braque completaron estas insinuaciones incluyendo el cubo, y no pasó mucho tiempo para que redujeran sus composiciones a prismas, triángulos y otras formas angulares; para lograr un simulacro de geometría sólida.

Aunque pocas veces ha explicado Picasso sus sucesivas evoluciones, se mostró deseoso de defender explícitamente su adhesión al cubismo y sostuvo que “el cubismo no es diferente de cualquier otra escuela pictórica”.

Picasso no sólo conservó abiertos los ojos, sino que mantuvo a sus críticos en tal estado de apasionada controversia que se convirtió en un personaje legendario antes de cumplir los treinta años.

Empero, no se detuvo en el cubismo cuando le pareció haberlo agotado. Avanzó hacia nuevos y más radicales experimentos. Durante algún tiempo jugó con los emplastes, superponiendo papel y otras cosas en la superficie de sus lienzos, como si se propusiera demostrar que la belleza puede ser evocada mediante el empleo de los materiales más vulgares. Pegaba con engrudo papel periódico, pedazos de cuerda, trocitos de linóleo, tela, arena, vidrio y madera simulada y

agregaba carbón vegetal, tinta o aceite. La técnica vino a ser una especie de mosaico, fundiendo el realismo de un material vulgar con una irrealidad extraordinaria.

Más tarde Picasso realizó otro viraje y empezó a hacer retratos de sus amigos y camaradas, de un fiel realismo en los detalles.

Este periodo, llamado "época clásica", se prolongó después de haber ido Picasso a Roma, donde diseñó los cortinajes y escenarios para el ballet *Parade*. Allí conoció a Stravinsky y pintó el célebre retrato del compositor.

El "periodo neoclásico" de Picasso se inició cuando se encontraba cerca de los cuarenta años. Durante los siguientes doce experimentó varias metamorfosis. Hizo "construcciones" de alambre, hierro y madera; escribió poesía superrealista; se hizo escultor y creó cabezas gigantescas, animales y extrañas deformidades. Dio rienda suelta a su fantasía en un torrente incontenible de abstracciones.

La Guerra Civil española lo sorprendió en España, cuando frisaba en los cincuenta. En un lienzo colosal, de trescientos pies, Picasso lanzó su protesta contra la crueldad y la barbarie de todas las guerras y, en particular, contra aquélla.

El dolor de Picasso se encuentra implícito en las aterradoras imágenes de *Guernica*.

A partir de 1937 muchos de los lienzos de Picasso revelaban su desesperación. Además de pintar sus cabezas de "doble rostro", Picasso se lanzó a otras exploraciones, y a los sesenta años seguía siendo el constante innovador. Los críticos nunca han cesado de disputar sobre los estilos de Picasso. "Siempre que he tenido algo que decir lo he dicho de la manera que he considerado que debía decirlo…"

Picasso ha experimentado tantos cambios radicales —siendo un excelso artista en todos ellos— que ha descartado una manera después de otra. No ha "evolucionado", porque sencillamente nunca le ha satisfecho ver ni pintar objetos, lugares y personas en ningún estilo establecido.

Picasso es indudablemente el más voluble e inconstante artista de nuestros tiempos, quizá de todos los tiempos. Picasso es el creador intelectual de los experimentos más audaces.

Hoy Pablo Picasso, a los ochenta y tres años, sigue siendo uno de los más extraordinarios creadores de imágenes en toda la historia del arte.

1 Sección “Los grandes personajes de la humanidad”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 28, 15 de septiembre de 1964, pp. 80-81.

Giuseppe Verdi[1]

El gran anciano de la ópera está en la terraza; contempla la luna que alcanza el cenit, y sigue con la mirada el vuelo de un murciélago. Alto, tieso, cabello y barba blancos, desde aquella posición elevada abarca la extensión de su hacienda. El aire fresco y perfumado de la noche de verano contribuye al hechizo misterioso de la escena y el canto de los grillos forma un tema para un nocturno en re menor.

Verdi, paseando la mirada alrededor, ve el teatrillo que hizo construir para dar conciertos gratuitos a su gente; luego el parque que cedió a la vecindad, y la valla baja de entrada a su casa, abierta a todos los amigos, que es decir a todo el mundo.

Hay en su rostro un leve matiz de tristeza; pero una tristeza que se quiebra en tierna sonrisa humana y comprensiva. Es el rostro de un padre noble, de un sacerdote venerado, de un benefactor de la humanidad: un amigo, un protector simpatizante, de suprema sabiduría.

Y allí está solo, como un olmo gigantesco en la planicie y como él dominante. Su aspecto es ciertamente de autoridad y predominio y, sin embargo, hay en él algo de las maneras sueltas y corteses de un joven. Por mucho tiempo permanece inmóvil. Ocúltase la luna, bórranse los contornos, desvanécese el mundo de la realidad, y ante la mirada del anciano desfila el panorama de la vida dramática de Giuseppe Verdi; un argumento más interesante que el de cualquiera de las óperas que escribió; un siglo casi de música de obras gloriosas que se suceden unas a otras como las gotas de una cascada, desde *Nabucco* hasta *Rigoletto*, con su "La donna è mobile" y *El trovador* y *La traviata* y *Aída*, con su "Celeste Aída". Todo, todo desfila vertiginosamente ante él, y el panorama que contempla es éste:

Busseto, en Parma, Italia. Con más exactitud, Rocole, en una choza con pretensiones de posada. Es muy costoso alimentar a Giuseppe, y el pilluelo andrajoso tiene que compartir la estrechez paterna. Tiempos duros aquéllos para Giuseppe. Unos mendrugos de pan, unos huesos que roer y un poco de carne los domingos.

—¡Hola, muchacho! ¡Ya eres un hombrecito de siete años, y no vas a vivir a costa de tus padres! No, Giuseppe, es preciso que ganes para ocupar tu lugar en este mundo.

Lo vemos haciendo mandados: lleva cebollas y verduras, y fruta y queso de la tienda de comestibles. El trabajo es duro. Los clientes se enfadan si se demora. Se disgustan, pero no con Giuseppe, pues siempre hay para él una sonrisa; es un buen muchacho; sabe su obligación y cumple bien los encargos.

Vedlo ya convertido en dependiente principal, con un muchacho recadero a sus órdenes. Sin duda es mejor mandar que ser mandado. Y por las noches el patrono tiene allá arriba una espineta y al jovenzuelo se le permite tocarla. El tendero tiene ideas propias y elevadas. Gusta de la música y de los músicos. Y hasta les fía. Y sin duda por eso tiene tantas deudas in-cobrables.

El caso es que Giuseppe tiene ocasión de tocar sin ningún método, desde luego, y sólo las notas de las melodías que cantan los campesinos.

Fue muy curiosa la manera como el señor Barezzi entró en la vida de Verdi. El señor Barezzi era el potentado dueño de la casa grande. La casa estaba rodeada de altos muros, mas por dentro era agradable y se podía oír buena música y en donde hay música hay felicidad. Al hombrecito de la tienda le parecía el lugar más agradable del mundo, y se quedaba embobado escuchándola desde la escalera siempre que iba a llevar un encargo a casa del señor Barezzi. Tal interés mostraba, que el cocinero se lo contó a la señorita y ésta a su padre. El amo hizo entrar al muchacho y lo invitó a tocar. Padre e hija se quedaron embelesados y la señorita se ofreció a enseñarle; pero él pronto supo más que su maestra. Tocó luego el órgano y toda la ciudad acudía a la iglesia para escuchar al pequeño Verdi de doce años.

Ahora tiene diecisiete. Es apasionado y ardiente, rebosa melodía. Sigue libremente los cursos en Milán, pero lo rechazan los directores por ser demasiado original.

Se enamora de una muchachita linda y sencilla, pero siempre débil y pensativa. Vuelven los tiempos duros, los días de hambre y de trabajo febril; el estreno de su obra y el fracaso. Meses de prueba: lucha con la enfermedad y la pobreza. Busca un empleo de pianista en un restaurante; el hijo muere, la esposa no para de toser, la ópera que compone resulta un nuevo fracaso. Y, por fin, la querida esposa fallece.

Se entrega a la desesperación, parece volverse loco. ¡El hijo y la mujer, perdidos para siempre!

A merced de las olas, como un barco sin timón, desempeña raros trabajos. Pero en el libro de la vida estaba escrito que no habría de continuar así. Una voz imperiosa le gritaba: “¡Escribe, compón!”

Y así vino la tercera ópera, que escribió con muy poco entusiasmo. Más de una vez estuvo a punto de arrojarla al fuego. No asistió al estreno, ¿para qué? Pensaba que estaba condenado al fracaso. Sin

embargo, al día siguiente los gritos de "¡Viva Verdi!" atronaban el aire, y vinieron a decirle que tenía una fortuna de veinte mil francos. Al principio no hizo mucho caso, pero al cabo del tiempo se le cicatrizó el corazón y el optimismo volvió a ser su credo.

De ahí en adelante ya no hubo preocupaciones. Las óperas le salían del corazón. Era Verdi, el gran Verdi, el maravilloso compositor de Italia, el músico más famoso del siglo, el más celebrado portavoz de la ópera y seguramente el más prolífico de esta clase de compositores.

Al llegar a la madurez, escribe sus mejores obras: *Rigoletto*, *Il trovatore*, *La traviata*, etcétera.

Se casa de nuevo, esta vez con una joven inteligente y de corazón, que será su compañera durante casi cincuenta años.

La serenidad de su vida matrimonial lo alienta. Pasa los días en apacible felicidad, conforme con los placeres rústicos, rodeado de recuerdos sentimentales, con algún retorno a la ópera, como en la ocasión en que el jedive de Egipto le encarga que componga una ópera de asunto oriental, dedicada al inmortal hijo del Sol, el Ptah. El asunto versará sobre la vida de los grandes nobles y admirables monarcas de Egipto.

Y creó *Aída*, con el admirable ambiente del Nilo y de sus templos.

Luego se le tributaron honores como no se habían rendido jamás a ningún músico. Vino *Otello* y finalmente la estrepitosa jovialidad de *Falstaff*, dechado de ingenio, manifestación del verdadero espíritu del anciano Verdi, en lo mejor de su sazonado fruto.

Solo, en la terraza de su casa, el anciano de barba y cabellos blancos, erguido todavía, ve desfilar ante la mirada del recuerdo todo el libreto de la ópera de su vida de amor y de sufrimiento, de trabajo y lances novelescos. Y la brisa fresca y perfumada comunica un místico encanto a la escena, y el chirrido monótono de los grillos parecen entonar el "Miserere".

Giuseppe Verdi muere a los ochenta y siete años de edad, una mañana de 1901.

1 Sección “Los grandes personajes de la humanidad”, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 29, 1º de octubre de 1964, pp. 80-81.

Homenaje

La locura de Emma[1]

Me proponía hablar sobre la locura de Emma para descubrir a sus lectores una de las fases desconocidas de la autora, entre otras razones por mi incapacidad para tratar asuntos ajenos a la alucinación, tema recurrente en mis cuentos, y sobre todo para encontrar en estos linderos alguna justificación para participar en el homenaje de la revista *Ábside* y poder ofrecer público testimonio de mi admiración y afecto por la maestra y amiga; pero como es difícil también hablar razonadamente de la locura, he caído en mi propia trampa; por lo tanto se advertirá que naufrago entre el elogio y la incongruencia, pero llegaré a lo que positivamente me causa gran envidia de la cambiante personalidad de Emma Godoy.

En principio, no me refiero a la locura de Emma relacionada con el extravío total, sino con aquella locura que suele ser la llama de la creación ardiente, locura privilegiada que se da en los seres admirablemente bien dotados, lo cual no suele tampoco ser común. Ya Séneca decía que no existe ningún gran genio sin un toque de demencia y que es preciso no estar en sus cabales para que un hombre aspire a ser poeta. Y Foucault afirma que la locura es la verdad desnuda del ser, y que es el otro extremo de nosotros mismos, ya que se trata de oír las voces que, llegadas desde muy lejos, nos descubren la verdad.

Diríase que la locura es la capacidad de escuchar el "oráculo", es algo así como pertenecer al conciliábulo de brujería y al derecho de entablar relaciones con los fantasmas. Se afirma que existe un extraño parentesco entre la literatura y el orate, mas tal vez se deba a que el lenguaje de ambos se aproxima, o porque el que habla es un otro Yo, iluminado. La locura y la genialidad se funden en un mismo destino.

Emma es una criatura polifacética, con multiplicidad de rostros, imágenes de acuerdo a quien se le acerca. Estas variaciones hacen de ella un personaje insólito de inteligencia ávida y curiosa. Su visión sobre el mundo es original, personalísima y muy amplia. Ama todas las cosas. Contemplativa y exuberante, se entrega sin límite a la enseñanza, que abraza como vocación y compromiso. Escritora siempre imprevista, nos sorprende con charlas de ensayista erudita de filosofía, de religión o de arte. Polemista agresiva, terrible y a la vez

aguda y llena de humor y de gracia, ya que tiene un carácter donde la alegría es continua.

Escritora de muchos rostros, sí, pero de un solo tema predilecto: sembrar la palabra de Dios. Católica apasionada, estudiosa de las religiones, no le son ajenas las doctrinas heterodoxas, los dioses hindúes, musulmanes, hebreos o de la cábala. Conoce los errores y no padece confusiones teológicas. La fe brota de su alma a borbotones. Quizá por esto puede escribir poemas de recóndita aflicción, por no ser perfecta, y distraer en menesteres la sed de Dios que la habita; sello evidente de la predestinación que espolea una existencia cuya meta inevitable será la santidad.

Emma no podrá hacer oídos sordos, ni decir con el poeta incrédulo: "Quizás detrás de la moneda esté Dios", porque para ella la duda no existe. Y como prueba recurro a su obra y a su diálogo vibrante que patentiza incansable su anhelo por las verdades eternas.

Señalaré que ese empeño es el que provoca mi envidia, porque bien me gustaría abandonar mi tibieza y contaminarme del ferviente deseo de apostolado que ella padece.

Que se tomen, pues, mis torpes palabras y mis titubeantes apuntes como muestra de solidaridad en el reconocimiento que en esta ocasión se rinde a Emma Godoy, como mujer y como escritora.

GUADALUPE DUEÑAS
Av. Universidad 1471. Col. Florida Zona 20
México 20, D. F.
5-24-57-832

1 *Ábside. Revista de Cultura Mexicana*, XXXVIII-1, enero-marzo de 1974, pp. 36-38.

2 La zona y el número telefónico no aparecen en la revista *Ábside*, sino en el texto mecanografiado que me proporcionó Luz María Díaz Dueñas del archivo personal de Lupita Dueñas. [Nota de PRL.]

III
Guadalupe Dueñas por Guadalupe Dueñas

¿Por qué escribo? ¿Para quién escribo?[1]

Escribir significa para mí satisfacer una necesidad: liberarme de un caos de imágenes internas imponiéndoles el orden de la palabra y plasmándolas en un mundo cuya coherencia deriva de leyes propias.

Quien encuentre en mis escritos un exceso de fantasía podrá pensar que por medio de ella estoy tratando de fugarme de la realidad cotidiana. Ciertamente es una fuga; pero encima de eso, es buscar acercarme a otra realidad más verdadera, más mía.

¿Cuál es esa realidad? Apenas comienzo a descifrarla. Cada una de mis historias se parece al instrumento de que se sirve el escultor para dar forma a la estatua. Con ellas estoy cincelando la figura en que ha de cuajar lo que hoy es únicamente silueta de humo.

Todo el que escribe aspira a comunicarse con los demás y al elegir el tema y la manera de desarrollarlo está eligiendo también al posible lector. Si mi mundo resulta para muchos arbitrario, y si con mi manera de mostrarlo no logro hacerlo más accesible, lógicamente no puedo aspirar a conmover al gran público; pero me conformo, siguiendo en esto la lección de humildad de Valéry, con aquella frase que decía:

> Uno le censura; otro le desdeña. Irrita usted, causa lástima. El gacetillero a expensas de usted divierte fácilmente al Universo y sus amigos sacuden la cabeza. Pero, ¿sabe usted?, sienta esto: que hay en cada ciudad de Francia un joven secreto que se haría despedazar por sus versos y por usted mismo…

1 Estos apuntes los escribió a petición de Emmanuel Carballo para su antología *Cuentistas mexicanos modernos* (1956). Del archivo personal de Guadalupe Dueñas. Texto proporcionado por Luz María Díaz Dueñas. Se reproduce en su totalidad de acuerdo con el original mecanografiado. [Nota de PRL.]

Confrontaciones. Los narradores ante el público[1]

NOTA PRELIMINAR

Las trece conferencias de este volumen, unidas a las veinte del anterior, integran la totalidad del ciclo “Los narradores ante el público” que tuvo lugar en la Sala Ponce del Instituto Nacional de Bellas Artes, los años 1965 y 1966.

Organizadas por Antonio Acevedo Escobedo, jefe del Departamento de Literatura, las dos series de “Los narradores ante el público” modificaron la relación tradicional entre el lector y el escritor en nuestro medio, ampliaron la audiencia que lee y sigue, discute y admira a los escritores mexicanos.

Entre Rubén Marín (1910) y Gustavo Sainz (1940) aparecen en este libro dos estilos, dos épocas al fin complementarias más que opuestas. Porque ahora ya no puede hablarse de “corrientes” ni “escuelas” sino de obras, caminos individuales. Todo canon y toda regla se han nulificado, incluso la preceptiva de romper con las reglas. Así, la única característica común de estos trece novelistas y cuentistas es la honestidad y la sinceridad esenciales con que cada uno se ha enfrentado al lector. Todos trabajan para construir una literatura independiente, un lenguaje que sea expresión y testimonio de nuestros días.

En estas páginas coexisten el ensayo teórico, la autobiografía, el relato, la evocación, la autocrítica, la seriedad, el humor, el academismo, la vanguardia, la humildad, el orgullo, el respeto, la irreverencia, la afición, la profesionalización, la voluntad de escribir y el temor a ser juzgados. Todo ello refleja la riqueza de un momento sin precedente en las letras mexicanas, la diversidad de una vida cultural cada vez más polémica y más fértil.

GUADALUPE DUEÑAS[2]

Me han recomendado amigos que me estiman mucho y familiares muy allegados que siquiera en esta ocasión procure ser un poco seria, y guardar compostura y guardar mi acostumbrado rol de graciosa profesional, porque según dicen ya no está de moda ser chistoso. Esta última generación es muy seria, muy culta, muy formal. Muchos de los que dizque son algo en la literatura mexicana se han dedicado a hacer una crítica monosilábica, tal vez por el influjo oriental tan fuerte en estas fechas o por un destete prematuro que los obliga a tartamudear, camp, camp… pop, pop, tet, tet, cheche, mum… Antes se usaba numerar: el primero, el segundo, el tercero. Ahora ya se avanzó mucho.

En vista de todo esto voy a procurar ser algo más solemne.

Cuando don Antonio Acevedo Escobedo me llamó por teléfono para hacerme esta invitación, acepté de inmediato, y luego me puse a pensar si sería justo que empañara la simpatía y buena voluntad de todos ustedes con mis arbitrarios conceptos acerca de la literatura, con mis opiniones azopilotadas y pesimistas y con la informalidad de mi persona, que tan dada es a la guasa y que intenta siempre salvar lo trascendente, lo importante, lo serio, con un poco de broma. No me pregunté si sería en verdad una escritora, porque a eso hace mucho que le di respuesta: el que tiene un lápiz y escribe… es un escritor. A ésos pertenezco, porque hay otros para quienes el acto de escribir es creación, una especie de parto sagrado. Ellos ponen ante nuestros ojos un objeto que no estaba allí y que sólo identificamos en el momento de leer. A mí no me preocupa ser considerada escritora cam cam, pop pob, agogó o yeyé.

No hay nada que halague más al escritor que la oportunidad de leer sus engendros ante un público condescendiente. Noto que en este ciclo de charlas sólo aparecen tres mujeres —su servidora una de ellas —; supongo que se debe —y esto lo digo con todo respeto— a que el Departamento de Literatura de Bellas Artes se empeña en poner la edad de las damas, prueba bien dura, porque no hay nada más incómodo que impedirnos disimular los años y hacerles olvidar el tiempo a nuestros amigos. Es algo brusco ese afán de recordarnos la proximidad de nuestra defunción. Tengo noticias de que este dato mortifica también a los varones. En fin… no se puede ser notable y pasar inadvertida el acta de nacimiento.

Pues bien, creo que ya todos me conocen, y para entrar en confianza, les recordaré que nací en Guadalajara, soy tapatía de ascendencia española y árabe; mi mamá cantaba, mi papá comía gato —en las pausas—, fuimos catorce hermanas. No me conviene decir que soy la mayor, pero soy la primogénita, descontando a mi hermana Mariquita, la del bote. La naturaleza me ha dotado de lo mejor, hasta con talento.

Pero también tengo que reconocer mis defectos: jactanciosa, buena para nada, tímida, pecosa, neurótica… Dispongo de una pensión exigua, de un trabajo intenso y no bien remunerado, de cinco mil libros que debo leer antes de morir, de hermanas con problemas, de amigos menesterosos, de amigas envidiables y de unas ganas inmensas de llorar…

Debo reiterar que no me he casado, ni conozco las delicias de la maternidad. Esto es una limitación, así lo dicen; además es cierto, pero ayuda, porque según esta moda del psicoanálisis se adquieren inmejorables, casi perfectos complejos que la apartan a una de la sana razón, y, claro, en lugar de cuidar criaturas vengo a Bellas Artes a dar conferencias. Tampoco he comulgado con hongos alucinantes por miedo a que los espíritus celosos de mi locura me conviertan en cactus, en piedra o en alimaña venenosa.

Como oradora soy peor que como cuentista. La mirada humana me asusta mucho, y no me ha pasado nada importante, ni siquiera he padecido una enfermedad notable, de modo que no sé qué cosa pueda decir a ustedes que parezca un poco original. (Estos últimos datos los copié de la conferencia anterior sobre el mismo tema.) Prosigo pues…

En la primera charla de esta serie me tocó escuchar el brillante y valioso ensayo literario del doctor Marín. Dijo, entre otras cosas importantes, que no creía en el escritor que carece de cultura, conocimiento profundo del idioma, manejo del leguaje y dominio de la sintaxis. Su justa afirmación me llena de terror. En esto, por razones personalísimas difiero, pues si así fuere, no estaría yo aquí. Creo en la gracia, en la chispa, en el talento, en el genio, en la lotería, en el soplo divino que existe para aquellos que, además de lo anterior, tienen cimientos culturales verdaderos; pero es que con toda la cultura del mundo, no se escribe si no hay “magia”, un don regalado que no se adquiere en los libros, ni en las aulas, sitio donde no he puesto un pie, desde luego. Es por esta suerte que algunos salvajes incursionamos en las resbalosas orillas del Parnaso. Y cuántas veces un ser primitivo consigue comunicarnos algo estremecedor, mientras el culto nos deja helados.

La idea de que el público conozca al autor de una obra y entre en contacto con él puede en ocasiones resultar muy interesante, pero ya se ha dicho hasta el cansancio que en general esto no lo favorece. No siempre el escritor responde a la idea que el lector se ha formado de él; si es que conoce su obra. Desde luego se corre el riesgo de desilusionarlo, sobre todo cuando no se es brillante, ni se tiene facilidad de palabra como en mi caso. A lo mejor algún lector imaginaría que era yo güerita, de ojo azul y que diría cosas sensacionales y me apena defraudarlo.

Publiqué en 1958 un libro de cuentos que alcanzó cierto éxito, y

desde entonces no he publicado para no opacar mi fama. La crítica literaria en nuestro país no puede ser más generosa para el novato, para aquel que publica su primer libro: se le da la bienvenida, se le aplaude, se le mima, es muy mono, muy gracioso, muy inteligente. Los defectos se califican de frescura, de estilo personal y hasta la ignorancia resulta prueba de sutil malicia; las fallas, deliciosa ingenuidad, que en vez de disminuir el mérito, asegura un estilo sin influencias que consagrará la posteridad. Pero… cuando este genio publica su segunda obra, o pasa del estado de promesa al de efectiva realidad, las navajas se afilan, los elogios de ayer se convierten en diatribas abiertamente censurantes. El resentimiento de los que no festejaron la obra se vuelca y se señalan los defectos. Los que se sumaron al coro de alabanzas se olvidan del elogio otorgado al consentido de otrora y con expertísimo estilete comienza una disección terrorífica y el milagro de ayer es un chivo expiatorio al que se le hace pagar muy cara la efímera gloria. Para el crítico, el escritor que se atreve a lanzar su segundo trabajo es un insolente que tiene la obligación ineludible de superarse o morir. Se trata ya de un profesional al que no se le perdona la vida. Supongo que el crítico está en la razón. Y una cosa es darle la bienvenida y otra permitirle quedarse en el Parnaso como una enfermedad crónica.

Alguien ha dicho que los escritores mexicanos son escritores de un solo libro. Es cierto. (Salvo honrosas excepciones, desde luego.) Yo creo que en parte se debe a lo anterior.

Fenómeno curioso el de esta resequedad colectiva, cuyo motivo en verdad es alarmante.

Si no ha de negarse que nuestros escritores escriben bien y saben narrar, la causa que los esteriliza es grave.

Cuando leemos obras mexicanas descubrimos que las mejores son las que cuentan experiencias infantiles. En el clima de la niñez encuentran arsenal suficiente para episodios, relatos o cuentos fantasiosos, pero apenas intentan traspasar esa época, que entre los nuestros se alarga hasta los quince, dieciocho y sesenta abriles, el "estro" se apaga, la imaginación se consume, los hechos se entiesan; descubrimos que no hay proyecto ni visión futura. ¿A qué se debe? Sencillamente a que al mexicano no le ocurre nada, absolutamente nada. Supongo que no pensarán que la muerte de la mamá y demás familia es algo que le sucede a él, ni tampoco el hecho de que se enamore como coyote y se case o permanezca célibe. Ésas son desgracias, desdichas que ocurren a todos los hombres, como la enfermedad y la muerte. Tampoco es un hecho importante el que, en su mayoría, dediquen la mejor versión de sí mismos para narrarle al psiquiatra exhaustivamente el horrible problema de que no pueden escribir nada, o la necedad de que no se entienden con sus semejantes

—como si esto fuera posible— y que permanecen atrapados por el miedo al fracaso.

Son varias las causas y a ésas voy a referirme. No es la vanidad que en última instancia serviría de acicate: es la pereza infinita, el desdén por la tarea y ante todo la incapacidad de pensar… pensar por nuestra cuenta, tener un juicio sobre el mundo, una idea propia, es algo superior a nuestras fuerzas. Sólo poseemos una visión plástica, somos contempladores que permanecemos como las estatuas encantadas, sin movimiento. El rigor y la constancia nos son desconocidos. El oficio de escritores nos es ajeno. Cuando nos referimos a un hecho, somos tan locales como los tarahumaras.

El arte de escribir es el arte de ver y hacer ver a los demás lo que uno ve. Los grandes escritores han visto a los dioses, a los reyes y a los hombres, y esto es lo que son sus ficciones. Ahora se habla de los hombres, pero sólo de la cintura para abajo, y si son damas, algo de la cintura para arriba. En mi caso, hombres no he visto y mujeres no me importan. ¿De qué quieren que escriba? ¿Qué es lo que a mí me interesa o me conmueve? Soy una escritora que no cuenta relaciones sexuales y no por timorata, sino por buen gusto. Es difícil superar a Salomón, a Sherezada, la de *Las mil y una noches*, a Boccaccio, al Aretino, a Sade, a mi amigo Sainz, el de *Gazapo*. Pienso que lo que hacen son las cuentas de la lechera. *Lo histórico* también me revienta, para eso es el *Diccionario Porrúa*. Nunca he estado de acuerdo con lo que ha sucedido y me parece demasiado irreverente que me hayan traído a un mundo donde mi acción y mis opiniones no cuentan. ¡Lo que yo le hubiese aconsejado a Cleopatra, a Napoleón o a Santa Rosa de Lima!, pero nada, se lo encajan a una para que haga corajes, donde todo está decidido. *La ciencia* me deja indiferente: un tornillo más, un tornillo menos y con ciencia y sin ciencia todo igual. *Las cuestiones sociales* me preocupan, pero me sobrepasan, me dejan en cero, yo no tengo pan para tantos, ni melanina suficiente para cambiarles el color a todos los que más valía que fuesen azules. *¿De pintura?* Se me acabó la vista cuando finalizó lo figurativo y de lo abstracto sólo percibo el humo, el ocre y el desacuerdo. Prefiero esperar la Confrontación 67… *De escultura:* se acabó la piedra, se acabó el mármol, no hay gigante que mueva un bloque mayor que el de Miguel Ángel. Tal vez se me ocurra algo ahora que labren los montes y prendan fuego a los rascacielos. *¿De cine?* La censura detiene mi vuelo y el cine experimental me deprime. *De televisión:* he sido escritora vergonzante y esporádica y prefiero cobrar. *De religión:* mi fe es ciega y mi catolicismo deja mucho que desear. Como ustedes verán, mi irresponsabilidad es ilimitada. Así que prefiero hablar de lo que no se palpa, es decir, de otras relaciones.

De aquí, de todo esto, ¿qué experiencia nutre mi afán de escritora?

¿Mi gran deseo de comprender y relacionar el esfuerzo de los hombres, su ambición, sus intereses y el universo minúsculo en que viven, en que vivimos? De 9 a 14 el trabajo de oficina con segundos para hablar de un libro, de un chisme o beber un café; de 15 a 16, ración alimenticia veloz y fatigada; de 16 a 20, clases, sopores, malevolencias; de 20 en adelante, preocupación por Vietnam, por los negros de Alabama; ofensas o elogios a los gringos, diez segundos de comunismo, hora y media de democracia, ni un minuto para rezar, y a dormir, con pastillas, alcohol o humo y el sueño por la necesidad de comer, por vestir, por vivir, persistente, gordo, necio…

Cuando leo, no por información, sino por verdadera necesidad de comunicarme, observo que quienes me ponen en la línea de captar los más apasionantes disturbios humanos y quienes más me los aclaran son los que hemos llamado autores clásicos mexicanos y extranjeros. Es mi lamentable deber confesar que en mi lista no aparecen autores que por primera vez hayan publicado de 1950 en adelante.

Yo publiqué en 1958 y por eso no me leo y estoy necesitada de la benevolencia de quienes siempre han encontrado un juicio que justifique atrevimientos como el mío.

Yo he pensado mucho en una novela que no he escrito totalmente sobre estas cosas, sobre el mundo interior y la experiencia de pasarlo a instancia pública, donde están las ideas, las inconformidades, los rencores como a punto de hervor: en el vientre del Estado. Quiero hablar de cosas simples, sin piel, ni sudores, ni penumbrosas epidermis.

Tal vez no entiendo nada. Soy muy ignorante. Leo, hago preguntas, discuto, contradigo: llevo en fin la vida del ignorante de pronóstico. Y esto es precisamente lo que se ve en mi novela.

Les voy a causar la mortificación de leerles partes que los conecten con el mundo donde no pasa nada, pues aquí no suceden cosas de mayor importancia que las rosas…

1 “Nota preliminar”, p. 7; “Guadalupe Dueñas”, pp. 57-65, en VV. AA., *Confrontaciones. Los narradores ante el público,* segunda serie, INBA/Joaquín Mortiz, México, 1967.

2 Ofreció esta conferencia en la Sala Manuel M. Ponce del Palacio de Bellas Artes, el 8 de julio de 1966. En el ejemplar de Joaquín Mortiz aparecen en el siguiente orden: Rubén Marín, José Revueltas, Edmundo Valadés, Guadalupe Dueñas, Emma Dolujanoff, Salvador Reyes Nevares, Armando Ayala Anguiano, Raquel Banda Farfán, Jorge Ibargüengoitia, Alberto Ramírez de Aguilar, Salvador Elizondo, Tomás Mojarro y Gustavo Sainz. [Nota de PRL.]

IV
Miscelánea

La gallina degollada[1]
(ADAPTACIÓN DEL CUENTO DE HORACIO QUIROGA)

Personajes
BERTA (hermosa joven de 28 años, elegante, nerviosa, atormentada)
MARIO (esposo de Berta, joven guapo, 30 años, aspecto vital)
REMEDIOS (cocinera vieja, 50 años, rezongona)
MELLIZOS (niños de 8 a 12 años, idiotas, mudos)
NENITA (de 4 años con hermosos rizos rubios)

Sets
Patios / descripción
Saloncito elegante
Cocina moderna, con ventanal al patio
Vista de puertas

La cámara abre sobre una gallina degollada que cuelga silenciosa, amarrada de las patas.
La sangre gotea sobre un recipiente (cacerola, cazuela, fuente). Oímos sonar las gotas con sonido débil que irá en crescendo hasta que el golpe se parezca a un martilleo continuado y ensordecedor, de yunque o de tambor enloquecido. Luego silencio. En seguida los créditos sobre la pantalla.

Fade in *a*:
Un patio cerrado con altas paredes. Al frente un ventanal moderno que nos deja ver una cocina moderna, bien equipada. En long shot vemos a una criada —cocinera normal— que se ocupa en arreglos culinarios. Bajo este

ventanal, que queda un poco alto en relación con el piso del patio, estará una banca de jardín únicamente. En el suelo, algunos juguetes destrozados, pelotas destruidas, basura, abandono… En la banca vemos a dos niños (8 a 12 años) vestidos con notable descuido, suciedad y desaliño. Cabellos hirsutos, miradas de locos, aspecto y fealdad impresionantes (son mellizos); el parecido de los niños los hará doblemente repulsivos. Son mudos, sólo lanzan sonidos guturales. Sentados sobre la banca mecen sus piernas, balancean sus cabezas y babean.Close up sobre la siniestra pareja.

NIÑOS: Da, da, ou, aa, ou, aa… ooo. Da…da… da… iii ia… ia… da… a… *(Ríen y ríen como tontos. El vaivén de las cabezas hace que se den topes que sonarán con sonido hueco. Este sonido les producirá alegría bestial.)*

Hacen ruidos con los labios, bajan del banco y corren uno tras otro, dando vueltas como ardillas atrapadas.
La criada, de cuando en cuando, echa una mirada sobre las criaturas. La cámara la enfoca: vemos que entra al patio por la pequeña puerta que estará disimulada a la izquierda del ventanal.
La criada es áspera y vieja.

CRIADA REMEDIOS: ¿Quieren callar? Me aturden; molestan más que mil demonios. ¡Shs… ss… Shisss…!

Los muchachos la ignoran y siguen corriendo imitando al "tren", ya que sólo tienen sentido de imitación.

NIÑOS *(con sonido ronco):* Pu… pu… pu… pu, pu, pu…
REMEDIOS *(furiosa):* A su sitio… ¿No

oyen? ¡Qué van a oír estas pobres bestias!
¡Quietos, digo!

Los agarra del brazo y los arrastra a la banca. Allí los sienta con brusquedad. Los chicos se quedan quietos, mirándola como bobos.

REMEDIOS: Si no fuera porque me pagan bien y necesito ahorrar, no me quedaría a servir en esta casa.

Recoge cacharros y juguetes del suelo y los arroja con estruendo al rincón. Los muchachos (siempre se mueven como si estuvieran conectados para iguales movimientos) se bajan de la banca e imitando lo que hizo la criada arrojan otros juguetes al rincón.

REMEDIOS *(impaciente):* A su lugar. ¡Sentados! *(Los toma de nuevo y los sienta.)*

Los chicos se quedan como de palo.

REMEDIOS: Es preferible lidiar con animales que sufrir sus desatinos.

Sin dejar de medio acomodar cajas y trapos sucios tirados por ahí.

REMEDIOS: Después de todo, si su propia madre no los aguanta, mucho menos yo.

Los amenaza con un golpe que no les da.

NIÑOS *(gritan):* Ah… ah… ah…

La criada aplaude con las manos y los chicos la imitan sin hablar.

REMEDIOS: ¡Ale! ¡Ale!, a callar… Ya les traeré la comida para que se calmen.
(Sin dejar de hablar se marcha.)

Close up *sobre los chicos silenciosos.*
De pronto, como animados por un resorte, se paran en la banca para alcanzar a ver por la ventana lo que hace la criada.
En long shot *y por el ventanal donde los chicos quedan de espaldas a la cámara, vemos a Remedios que pone una olla en la lumbre, sale y regresa con una gallina viva.*
Close up *sobre el rostro de los niños aplastado contra el vidrio; observan sin respirar los movimientos de la criada.*
Ésta los mira y hace señas de que bajen. No oímos lo que dice, pero la vemos murmurar y hablar sola.
Los chicos permanecen impasibles.
La criada retuerce el cuello de la gallina (oiremos que cacarea, veremos su aleteo final). La criada toma un cuchillo y corta la cabeza al animal y deja que la sangre destile sobre una cacerola, como hemos dicho.
La cámara enfoca el rostro de los niños que han mirado todo, con la boca llena de baba…
Disolvencia.
Corte a saloncito de buen gusto, íntimo, bien amueblado. Berta (joven bonita de 28 años, vestida con elegancia) se pinta las uñas de los pies. Su aspecto es frívolo, pero hay en su rostro un ceño de notable angustia. Cerca de ella, en la alfombra, una hermosa niña de 4 años, con bellos rizos, juega con varias muñecas. El cuidado que revela la niña es excesivo. Viste elegantísima.
La mamá la mira de cuando en cuando; con gran pasión le sonríe y le dice:

BERTA: ¡Cielo!… chiquita mía…

La niña, indiferente, sigue en sus juegos.
Entra Mario, esposo de Berta.
Es un joven guapo, de aspecto vital (30 años). Se quita el sombrero, lanza una mirada distraída a Berta y se dirige a la niña; la toma en brazos y la cubre de besos.

MARIO: ¿Qué hace mi muñeca? ¿Qué hace mi tesoro?…
NENA: Papá, papi *(le lanza los brazos al cuello).*
BERTA *(sin cambiar de postura):* Es feliz con sus muñecas: las viste, las desviste y no se cansa de jugar. ¡Es un amor!

Mario deja a la niña con sus muñecas y mira severo a Berta, mientras se quita el saco.
Después de una pausa.

MARIO: Me parece que podrías tener más limpios a los muchachos, o al menos ordenar a Remedios que los lave, que los asee un poco, siquiera por compasión.
BERTA *(se encoge de hombros):* Es la primera vez que te veo inquietarte por el estado de tus hijos.
MARIO *(con sonrisa forzada):* De "nuestros hijos", me parece.
BERTA: Bueno, de "nuestros hijos", si lo prefieres. *(Lo mira:)* ¿Te gusta así?
MARIO *(violento):* Creo que no vas a suponer que yo tenga la culpa, ¿no?
BERTA *(vibrante y con sorna):* ¡Ah, no! ¡Por supuesto! Pero yo tampoco soy la responsable, supongo… *(Trans.)* ¡No faltaba más!
MARIO *(conteniendo su ira):* ¿Qué no faltaba más?

BERTA: Pues si alguien tiene la culpa, no soy yo. ¡Entiéndelo bien! ¡Eso debe quedar claro! Hace tiempo que te lo quería decir.
MARIO *(fuera de sí):* ¡Dejemos ese punto!, ¿quieres?
BERTA (se pone de pie): Como quieras, pero si pretendes aclarar…
MARIO *(grita):* ¡Berta!
BERTA: Como gustes.

Pausa.

MARIO: ¡Por favor…!
BERTA: No grites, la niña no debe vernos discutir.
MARIO: Eres tú quien ha provocado la discusión.
BERTA: Está bien, olvídalo.
MARIO *(dominándose):* Sólo trataba de decirte que a esos infelices niños les hacen falta tus cuidados y no debemos olvidar que merecen un poco de afecto. *(Pausa.)*
La criada los viste, les da de comer, los acuesta con grosería y los trata quizá con brutalidad, mientras tú los ignoras. ¿Es eso justo?
BERTA *(resentida):* ¿Es acaso justo que hayan nacido así?

Murmura.

MARIO *(sin contenerse):* Esa pregunta debes dirigirla a tu familia.
BERTA *(da un salto indignada):* ¿Qué fue lo que dijiste?
MARIO: ¡Nada!
BERTA: ¡Sí, te oí algo! *(Encarándosele:)* Mira, ¡no sé lo que dijiste, pero te juro que prefiero cualquier cosa a tener un padre como el que has tenido tú!

A media voz, con los dientes apretados.

MARIO *(pálido, tiembla de rabia):* ¡Al fin! ¡Al fin has dicho lo que querías, lo que se te pudría dentro del pecho!
BERTA: ¡Lo he dicho y lo repito!
MARIO: ¡Tú eres una enferma! ¡Sólo tienes vida en apariencia, y la prueba está en tus frutos desventurados…!
BERTA *(ahogándose de ira):* ¡Sí! ¡Pero yo he tenido padres sanos!, ¿oyes?, ¡sanos!
¡Mi padre no ha muerto de delirio! ¡Yo hubiera tenido hijos como los de todo el mundo! ¡Ésos son hijos tuyos! ¡Los mellizos son tu sangre!
MARIO *(ríe con amargura):* Pregúntale al médico quién tiene la culpa de la meningitis de los gemelos: mi padre o tu pulmón picado.

Oímos el llanto de la niña.
La niña tiene el rostro lleno de lágrimas.
Al oír el llanto los dos enmudecen y corren a abrazar a la criatura.
Golpe musical dramático.
Close up *sobre sus rostros demudados que se miran con terror, mientras toman en brazos a la niña para calmarla.*
Disolvencia.
Comercial.
La escena anterior continúa.
La niña en brazos de la madre es arrullada. Luego la acuestan en una camita preciosa que está en la salita.

BERTA: Ya, mi amor, mi vida.

La acuestan entre los dos.
La niña, calmada, se queda en silencio.
Mario toma la mano de Berta y la atrae contra su corazón.
En voz baja.

MARIO *(lleno de pena):* ¡Perdóname, querida, perdóname!
BERTA *(con el rostro lleno de lágrimas se recuesta en el hombro de su marido):* Perdóname tú a mí… El sufrimiento nos enloquece, nos hace decir cosas horribles.
(Solloza). Perdóname.
MARIO: Te amo, te amo… mi amorcito, mi dulce amor… ¡No llores, te lo ruego!
BERTA *(lo mira conmovida):* Tú también estás llorando.
MARIO: Yo soy el culpable de todo, yo. ¡Cómo me duele herirte!
BERTA: ¡Somos tan desdichados!
MARIO: ¡Te quiero y me quieres! Es nuestra única verdad.
BERTA: Todo es tan horrible… Tan espantoso…
MARIO: No pienses nada. Sabes que te amo y que lo que sucede Dios lo ha permitido y nosotros debemos acatar su voluntad sin echarnos en cara nada, nada, nada… amor.

Música adecuada.

BERTA: Tenemos una hija hermosa.
MARIO *(le seca las lágrimas):* ¡Ella es nuestro consuelo! Dios nos ha compensado, nos ha bendecido con esta niña adorable.

Close up sobre el rostro angelical de la niña.

BERTA *(contemplando a la niña que duerme):* Es cierto, sí. Los dos la amamos.
(Lo mira triste:) Te prometo ocuparme más de los niños.
MARIO *(la besa):* Gracias, amor…
(Pausa).

Ahora… vámonos al teatro, quiero que te diviertas. Iremos a cenar, a bailar…
¡Estaremos contentos!
BERTA: Sí, déjame encargar a la niña.
MARIO *(solícito toma el abrigo de Berta, que estará sobre el sillón):* Cúbrete bien, no quiero que te resfríes.
BERTA *(se asoma a la puerta y grita):* Remedios… ven…

Remedios entra.

BERTA: No cenaremos en casa.
REMEDIOS *(gruñe):* Oh… Guisé una gallina para los señores.
MARIO: Nos la almorzaremos mañana.
REMEDIOS: Bien… ¡qué remedio!
MARIO: Dales de cenar a los niños.
BERTA *(animada ya):* Sí, que cenen bien.
Luego los acuestas. No vayas a dejar que entren a esta pieza. La niña puede asustarse.
Cuídala bien. Cierra la puerta de la cocina para que ellos no entren.
REMEDIOS: Ellos nunca entran a las piezas.
BERTA: Bueno, regresaremos un poco tarde. *(Pausa y al ver el rostro desagradado de Remedios:)* El señor te dará una propina.
Sé buena, quédate en la salita por si despierta la nena.
REMEDIOS: Mmmm. *(Gruñe y siguiendo su costumbre de hablar sola:)* Como si el dinero lo arreglara todo.
BERTA: ¿Qué murmuras?
REMEDIOS: Digo que pueden irse tranquilos, como siempre…

Mario y Berta miran una vez más a la niña y salen.

REMEDIOS *(sola):* Tomarse una el trabajo de guisar para esta gente… ¡bah!

Sale de la pieza, que cierra con cuidado y que se vuelve a abrir sin que ella se dé cuenta.
Disolvencia.
Comercial.
Corte a:
Cocina.
Los niños dan vueltas alrededor de la mesa, con sus ruidos inarticulados y sus risas.

NIÑOS: Ao, ao, iii… bu, bu…

La cámara nos enseña el ventanal roto por donde se han introducido, o bien la puertita.
Las plumas de la gallina están en un cesto. Lo toman e imitan los movimientos que vieron hacer a la criada. Luego, uno toma el cuchillo que quedó sobre la mesa y salen los dos disparados para el interior.
Cortamos a la puerta del saloncito que la criada dejó abierta.
Los niños entran.
Corte a saloncito.
Los dos niños se acercan a la cama donde la niña duerme y por un momento la contemplan silenciosos, luego los dos se miran y, como si se pusieran de acuerdo, empiezan a correr alrededor de la camita. La niña despierta y grita.

NENA: ¡Mamá… mamá…!

Corte a la cocina.
Remedios entra con paso cansado.
La cámara muestra la mesa llena de plumas y todo en desorden. La mujer

corre al patio. Vemos que se asoma por la puerta.

REMEDIOS *(muerta de angustia):* ¡Niños, niños! ¡Cielos! ¿Dónde se han metido? *(Sale corriendo.)*

Corte a puerta del saloncito.
Escuchamos un grito horrible que lanzan los niños, confundido con el llanto enloquecido de la criatura.
La criada va a entrar cuando salen corriendo los dos niños: uno lleva el cuchillo ensangrentado y el otro un puñado de rizos en las manos.
La mujer, paralizada, no se atreve a entrar.
La cámara nos enseña a Berta y a Mario que se han regresado de prisa.

MARIO: Oímos un grito… ¿Lloró la niña?
BERTA: Sí, sí, la niña me llama.

Remedios, en la puerta, parece de piedra.

MARIO: ¿Qué sucede? *(Empuja a la criada y entra.)*

Berta pretende entrar, pero Mario la detiene.

MARIO: ¡Espera!
REMEDIOS *(demudada):* Los niños… los niños, señora… han sido los niños.

Su grito es horrible.
Pretende entrar, pero con todas sus fuerzas Mario la detiene.

MARIO: ¡No entres, no entres!

Berta mira el cuchillo ensangrentado

que dejaron caer los mellizos y grita.

BERTA: ¡Mi hija…!

Berta se desploma en brazos de Mario, que la sostiene apenas.
Los mellizos pasan corriendo con los rizos de la niña en la mano haciendo su horrible ruido.

NIÑOS: ¡Bu, bu, bu…!

Fade out.

1 Del archivo personal de Guadalupe Dueñas. Material proporcionado por Luz María Díaz Dueñas. [Nota de PRL.]

La princesa fantasma de Europa[1]

Un autor dice con relación a Carlota: Frecuentemente se habla del Segundo Imperio de México como una aventura más o menos descabellada del Partido Conservador Mexicano, de Napoleón III o de Maximiliano o de los tres juntos; pero aquel intento de monarquía en América no fue aventura de los reaccionarios mexicanos, ni del emperador de los franceses, ni del archiduque de Austria, sino una empresa bien meditada, bien calculada, hasta cierto punto, y de vastos alcances de toda Europa; por lo mismo, el fracaso no fue solamente de Francia, sino de todas las potencias europeas que en el momento preciso de la decisión tuvieron miedo, vacilaron en realizar lo que habían planeado desde tiempo atrás. El papel de víctimas expiatorias tocó a Maximiliano y Carlota, quienes lo desempeñaron a conciencia y con heroísmo; pero de todos los actores en aquella empresa de tan grandes alcances, que podía haber desviado el curso de la historia, tal vez Carlota fue la única que captó, en toda su magnitud, la significación del proyecto. Por eso, aquella extraordinaria mujer, que parecía destinada desde la cuna a tan magna y difícil empresa, merece destacar entre las grandes figuras de la humanidad.

Mas para describir la inmensa tragedia de Carlota, emperatriz de México, se necesitarían el genio de Esquilo y muchos tomos de nutridas páginas. Nos concretaremos a una breve biografía de la gran mujer, para destacarla en sus rasgos más característicos de significación humanística, de proyección histórica a través de las edades y de influencia inmediata en la sociedad que vivió.

María Carlota Amaña Victoria Clementina Leopoldina, princesa de Bélgica, nació a la medianoche del 7 de junio de 1840. Hija de Jorge Cristián Federico, príncipe de Sajonia Coburgo Gotha, Leopoldo I de Bélgica y de la princesa María Luisa de Orleans.

A los cinco años la pequeña mostraba una “sangre fría imperturbable”, como todos los niños que sufren, como todos los niños que en su tierno corazón llevan ya una profunda herida inconfesable.

Y el único ser capaz de restañar esa clase de heridas, capaz de curarlas completamente, es la madre; pero la pequeña Carlota tampoco tuvo ese recurso; la reina María Luisa murió cuando la pequeña contaba ocho años de edad, cuando apenas entraba en el uso

de la razón. Decididamente, el destino se ensañaba con aquella inocente criatura.

Todos los retratos de Carlota en su infancia la representan como una encantadora niña de ojos grandes, sumamente expresivos, y de mirada inocente, pero profunda, y con un no sé qué de recóndita tristeza; se adivina en ella a la niña prematuramente formal, y el conjunto inspira ese sentimiento de atracción y de conmiseración a la vez, que se expresa muy bien con la palabra simpatía. Admiración, respeto y conmiseración despiertan los retratos de la emperatriz Carlota cuando niña. Es que su infancia no tuvo niñez. Rodeada de todas las satisfacciones materiales, de todas las riquezas, de todas las comodidades que hubieran hecho feliz a cualquiera de su edad, ella no lo era; sus retratos lo dicen, y sus biógrafos también lo dejan entender con toda claridad.

Mientras la reina María Luisa vivió, la princesa Carlota recibía enseñanzas directas de su madre, que enseñaba al aire libre en los tranquilos jardines del palacio de Laeken, teniendo como condiscípulos a sus hermanos.

Pero Dios no quiso que Carlota fuera educada completamente por su madre, y a los ocho años la princesa Carlota quedó prácticamente bajo la dirección del rey Leopoldo, que, preocupado como estaba por las combinaciones políticas internacionales, encontraba muy natural y conveniente iniciar a la pequeña en las cuestiones políticas y de Estado; los otros educadores hacían, cada cual por su lado, la misma labor de austeridad en el ánimo de la princesa, y todavía niña solía repetir la frase de San Alfonso Ligorio: “Dios pedirá estrecha cuenta a los príncipes a quienes ha confiado una parte de su grandeza y de su poder, y les ha impuesto también el deber de velar por la salud de los pueblos cuyo gobierno tienen”.

La pequeña Carlota se daba cuenta, pues, desde tan temprana edad, que tenía encima una gran responsabilidad que cumplir ante Dios y ante los hombres. A los dieciséis años gobernaba ya el hogar como si se tratara de un principado: con dulzura pero con firmeza y siguiendo al pie de la letra la máxima aquella que es muy propia de los educadores eclesiásticos: “Con suavidad en la forma, con energía en la esencia”.

De esta manera se formó el carácter de la pequeña Carlota, que de suyo vino al mundo dotada ya de una voluntad recia como de reina.

Y ni un momento se apartaba de ella la idea de que era princesa y que Dios la había mandado a la tierra para ser reina; una reina cristiana, una reina creyente, una reina imbuida en principios religiosos y morales rígidos, pero una reina.

A los dieciséis años la princesa Carlota era ya una mujer capaz de gobernar no sólo un hogar, sino hasta un país; había demostrado que

podía gobernar el hogar, le faltaba demostrar que podía también dirigir un país, y desde aquella tierna edad se clavó en su mente la idea de que era preciso llegar a ser reina.

De Bélgica, ella no tenía probabilidades de serlo; de Francia, menos; en consecuencia, surgía luego en la imaginación la posibilidad de un enlace con algún príncipe heredero de corona.

Las enfermedades no faltaban; amigas y amigos de sangre real comenzaron a frecuentar a la princesa, en su palacio, y fue entonces cuando adquirió especial afición a la equitación. Una jovencita que era tan prudente en todo, hasta en sus distracciones, se mostraba un tanto despreocupada y atrevida en cuanto se veía sobre el lomo de un corcel. ¡Como si un presentimiento le hubiese dicho que llegaría a ser emperatriz de un país de charros y caballistas!

Tocaba piano, declamaba versos, pintaba cuadros, cantaba, pero ninguno de estos pasatiempos le sugestionaba tanto como los paseos a caballo; mas, como no le gustaba excederse en nada, se impuso el deber de reprimir su afición a la equitación; frecuentemente era suprimido o sustituido el paseo a caballo por paseos a pie en el jardín de palacio y por visitas a las amiguitas. Y cuando se sustituía el paseo a caballo por un paseo a pie, la princesa paseaba por los jardines en traje de amazona. No deseando dar rienda suelta a su afición, Carlota se conformaba con vestir el traje de amazona.

Así, completamente formada en lo espiritual y en lo material, la princesa Carlota llegó a la pubertad.

Carlota reinaba en el Palacio Real de Bruselas como una real princesa; no obstante, el rey Leopoldo no quería que se prolongara su doncellez y, viendo que entre los aristócratas cercanos no había quien conquistara el corazón de su hija, comenzó a invitar a reyes y príncipes extranjeros; así fue como conoció Carlota a Maximiliano de Habsburgo, que, como otros muchos invitados de sangre real, visitó también la corte de Bruselas, no por la corte, sino por la princesa Carlota, que era ya un prestigio en todas las cortes europeas.

En cuanto se celebraron los esponsales, que fue a principios de enero de 1857, se dedicó con el ardor que ella ponía en todas sus acciones a prepararse para cumplir con sus deberes de esposa, sacando enseñanzas reales de las obras de San Francisco de Sales. Pero no sólo eso, sino que también se preparaba a ser una excelente virreina; estudia la historia de las lenguas, por lo que se refiere a la multitud de dialectos que se hablaban en Italia; toma apuntes de la historia de Italia, recoge datos sobre los partidos políticos de la región que va a gobernar; le dicen que las dificultades pueden ser muy grandes, y esto, en lugar de arredrarla, la entusiasma, pensando en convertirse en salvadora de un país.

No se encuentra otro periodo de la vida de Carlota en que se la vea

realmente feliz como en ese lapso; todo eran promesas halagüeñas, nada hubo que ensombreciera aquella felicidad que ella gozaba como si fuera una realidad. Y se comprende que estaba verdaderamente enamorada de Maximiliano, porque en sus conversaciones y cartas hace descripciones de él, dizque fijándose solamente en las cualidades morales; en realidad, la princesa lo que describía, sin querer, era su gran amor por el príncipe que había soñado.

Por fin llegó el 27 de julio de 1857, fecha señalada para la ceremonia real. A las once menos cuarto el rey de los belgas, en uniforme de teniente general de la armada, dando el brazo a la princesa Carlota entró en el salón azul del Palacio Real de Bruselas. Carlota aparecía radiante en su vestido magnífico de satén blanco con broches de plata de arte exquisito; un velo inmenso caía ondulante sobre sus espaldas; una diadema de azahares y diamantes, artísticamente entrelazados, coronaba su cabeza, que parecía más orgullosa que nunca.

El acta de matrimonio civil se firmó ante el burgomaestre Carlos de Bruchere, y todos los concurrentes estamparon en el libro de registro sus firmas en calidad de testigos.

Terminado el acto civil, contrayentes e invitados pasaron a la capilla de palacio, donde el cardenal arzobispo de Malinas esperaba con cruz alta y cristales para dar la bendición nupcial.

Al terminar la ceremonia religiosa siguió un almuerzo y recepción diplomática, donde los desposados fueron presentados prácticamente a toda la nobleza europea, ya que había misiones especiales de casi todos los países del continente y de las Islas Británicas.

Funciones teatrales, bailes populares, fuegos artificiales y paseos en los parques públicos siguieron hasta el día 30 de julio, en que salieron Maximiliano y Carlota rumbo a Trieste.

Antes de salir, Carlota quiso que su esposo la llevase ante la tumba de su difunta madre, y allí oró, sobre el sepulcro de la autora de sus días, durante una hora, hasta que, haciendo un esfuerzo magno, se levantó, corriendo hacia la salida de la pequeña capilla.

Dos meses duró el viaje desde Bruselas hasta el castillo de Monza, donde prácticamente los archiduques vivieron su luna de miel.

En una carta a la condesa de Hulst, en diciembre del 57, le dice que la vida en palacio es muy tranquila, soberanamente tranquila. Muy pronto iba a desvanecerse aquella tranquilidad, pues estaban los archiduques sobre un volcán; el Lombardo-Véneto lo estaba desde 1848, que se había levantado en armas para sacudir el yugo austriaco. En una recepción dada por los archiduques, para atraerse a la nobleza, en el palacio virreinal, solamente acudieron unas cuantas damas con sus consortes, más por curiosidad que por simpatía.

En ese momento comenzó a actuar la virreina Carlota con toda su

inteligencia y con toda su energía; en un instante comprendió cuál era el problema y cuál su misión de esposa del virrey.

En las inundaciones de Pavía y de Lodi, que se registraron aquel año, Maximiliano personalmente salvó a varias familias, y la virreina repartió personalmente auxilios a los damnificados. En consecuencia, si los nuevos gobernantes tenían la frialdad de la nobleza, en cambio se ganaban a las multitudes con cierta facilidad. Indudablemente que la mano de Carlota andaba de por medio, ya que la actividad desplegada en esa conciliación no se vio nunca en Maximiliano cuando obraba solo.

Pero la intriga se desataba en el corazón de la misma Viena contra el virreinato; el principal instrumento de esa intriga era el conde de Gyulay, que tenía el mando militar en el virreinato y que era uno de los dirigentes del partido militar austriaco.

Maximiliano nunca estuvo de acuerdo con esta división del gobierno, y por diversos medios indicaba a su hermano, el emperador, dejara los dos poderes en manos del virrey.

El día 10 de enero de 1858 Napoleón III envió una especie de ultimátum a Francisco José, que, en términos diplomáticos, era una invitación a declarar la guerra; y el 27 de abril el general Gyulay, al frente de ciento setenta mil hombres, retaba a los franceses que estaban en el Piamonte a iniciar su avance sobre el Lombardo-Veneto.

Pero desde el día 21 Maximiliano había sido relevado del virreinato; Francisco José accedió a las indicaciones de Maximiliano de reunir en una sola persona el mando civil y militar, sólo que aquella persona no era Maximiliano, sino el general Gyulay.

Inmediatamente Maximiliano abandonó el poder y se dirigió a reunirse con Carlota en Miramar, adonde había sido enviada, so pretexto de que podía estallar una guerra o una revolución.

En este castillo se daban frecuentísimas recepciones suntuosas como si el ex virrey o la ex virreina quisieran olvidar la humillación de que habían sido objeto.

Aquello era bonito, pero sólo para almas mediocres; ella quería, necesitaba otra cosa; ella quería gobernar, ser reina, acaso emperatriz.

Y lo logró. Pero ¡a qué precio!

Es evidente que aquellos días transcurridos en Miramar después del virreinato y en medio de las intrigas internacionales y los amagos de guerra y revolución fueron días molestos para Carlota, que tenía que sentirse como leona enjaulada, aunque la jaula fuese de oro. Es indudable que aquel lapso fue de orgullo ofendido.

Acaso temiendo Maximiliano algún arranque de franqueza de su esposa, quiso distraerla con un viaje en su propio yate, *La Fantaisie*, por las costas del Mediterráneo, y así fue como en el invierno de 1859-1860 visitaron los archiduques Istria, Dalmacia, Corán, Málaga,

Madera, Gibraltar Ceuta, etcétera.

Para comprender completamente a Carlota, no hay como leer sus escritos y aquellas cartas en que se manifestó con toda la espontaneidad de su carácter. Uno de ellos es *Souvenirs de voyages á bord de* La Fantaisie, editado en Viena y en 1861. Este interesante libro contiene algunas opiniones de Carlota sobre los españoles y las españolas antes de que ella se imaginara que algún día una española (la emperatriz Eugenia) tendría que humillarla.

Se ve en la autora una fuerte mentalidad y disciplina intelectual no muy comunes entre escritores. Puede llamársela, en consecuencia, escritora; tenía talento para serlo, aunque no lo haya sido.

Este viaje por las costas del Mediterráneo es muy importante en la vida de los archiduques, porque posiblemente durante él Gutiérrez de Estrada o cualquier otro de los políticos conservadores mexicanos se fijaron en Maximiliano para ponerlo en el trono de México; la visita a España parece estar confirmando esa suposición que no sería difícil comprobar.

Fue importante también porque Maximiliano no quiso desviarse hasta la isla de Madera, sin necesidad. Era que en Funchal, capital de Madera, había muerto su primera prometida, una princesa de Portugal, es decir, durante este viaje por el Mediterráneo se precisaron los motivos de la desavenencia conyugal entre Maximiliano y Carlota, y posiblemente se precisaron también sus trágicos destinos. Fue herida la orgullosa susceptibilidad de la que se había creído absoluta dueña del amor de su consorte.

Lo cierto es que a partir del mencionado viaje comenzaron a notarse los distanciamientos conyugales entre Maximiliano y Carlota. Había pasado definitivamente la luna de miel.

Evidentemente, se iniciaba la tragedia.

Porque matrimonios reales desavenidos no son raros en la historia, abundan en todos los tiempos y en todas las latitudes, y, sin embargo, no han terminado en tragedias; se han guardado las apariencias y, aparentemente, todo ha salido bien y todos han quedado contentos; pero el caso de Maximiliano y Carlota era diferente; se habían unido por amor, conscientes ambos de que podían completarse, equilibrarse el uno con la otra. Eran caracteres opuestos, pero ambos se conocían a sí mismos y estaban dispuestos a completarse entre sí. Maximiliano, carente de voluntad, voluble, versátil, superficial, poco dispuesto al sacrificio. Amante de la tranquilidad y de la belleza, a lo poeta; Carlota, toda voluntad, tenaz, firme, de ideas profundas y grandes y de resolución excepcional.

Cuando España y Portugal se lanzaron a la conquista de América, lo pudieron hacer gracias a que los demás países europeos se hallaban preocupados por cuestiones religiosas y de política interna; pero

cuando se dieron cuenta de que estaban dejando lo más por lo menos, también se lanzaron a la conquista de tierras americanas, aunque logrando menos que lo conquistado por España y Portugal. De los países que se descuidaron en aprovechar las oportunidades fue Francia. Y desde los tiempos de la Colonia se fijó en las Californias y en lo que hoy es el estado de Sonora; diversos intentos realizados por medio de piratas fracasaron para establecer una fundación francesa en el noroeste de Nueva España.

De modo que, cuando la Guerra de Secesión estalló en los Estados Unidos, Napoleón III, dejándose llevar de sus ambiciones imperialistas, creyó oportuno hacer un nuevo intento de establecer en México una barrera al avance de la influencia anglosajona en América Latina.

Y según el historiador Egon Caesar Corti, fue el mismo Napoleón III quien sugirió a los exiliados conservadores mexicanos, José Hidalgo, José María Gutiérrez de Estrada, Juan N. Almonte y el padre Francisco Javier Miranda, el candidato para el Imperio mexicano.

Por otra parte, sin duda que Napoleón tenía noticias de los vehementes deseos de Carlota por llegar a reina; de Maximiliano también ha de haber tenido referencias personales y sabría de su carácter débil y tornadizo; pero eso no era gran inconveniente, ya que Carlota podía desempeñar el papel destinado a su consorte.

Era mucha empresa para una mujer, aunque indudablemente Carlota tenía la talla suficiente para realizarla. Fracasó porque nadie la quiso ayudar; pero de todas maneras, el solo intento coloca a la gran mujer entre las más distinguidas figuras de la historia.

En el mes de octubre de 1861 el conde de Rechberg, ministro de Negocios Extranjeros de Austria, se presentó oficialmente en Miramar a ofrecer a Maximiliano, a nombre del emperador de los franceses, el trono de México. Maximiliano contestó que aceptaría el trono siempre que así lo ofreciera el pueblo mexicano mediante el voto claramente expresado. El procedimiento fue éste: se elegían desde México o desde las capitales de las provincias personas de reconocida filiación conservadora, como era natural. Entre los terratenientes, los amigos del clero y los ricos en general; estas personas se valían de sus servidores o de empleados que, conforme al censo de la localidad, hacían votar a todos los habitantes en favor del imperio; se levantaban actas aparentemente intachables, firmadas por los vecinos más caracterizados y con la nota de: “Siguen tantas más cuantas firmas”. Esto fue lo que se mostró a Maximiliano para convencerlo.

Mientras tanto, Carlota desplegaba, sin duda, toda su energía en favor de la proyectada monarquía en México.

Y para probar que la empresa es buena, Carlota apela al juicio sereno y claro del archiduque, pero esa apelación la hace mediante un

enredijo de palabras que más bien es una invitación a un brillante porvenir y no a una empresa quimérica.

Carlota tocaba todos los resortes que podían conducir a la realización de su sueño y activaba la solución de todas las dificultades de detalle que necesariamente se presentaban; una de éstas era la renuncia que Francisco José exigía de Maximiliano a todos los derechos que tenía o pudiera tener el patrimonio de la ilustrísima casa de Austria.

Como esta renuncia era paso de los más serios que tenía que pensar Maximiliano, Carlota tuvo que desplegar actividad especial para resolverla.

Por fin el 9 de abril de 1863 Francisco José y su hermano Maximiliano firmaron en Miramar un pacto por el cual el archiduque renunciaba para siempre a sus derechos; y el día 10 Maximiliano y Carlota aceptaron el trono de México y ambos juraron, sobre los evangelios: "Asegurar por todos los medios el bienestar, la prosperidad, la independencia e integridad de la nación".

Arregladas, mejor dicho, mal arregladas todas las dificultades que se presentaron, Maximiliano y Carlota partieron de Miramar para México el 14 de abril de 1864, a bordo de la fragata *La Novara,* escoltada por la fragata francesa Themis; en la travesía Carlota se dedicó a estudiar el español y a formar una especie de ordenanza para sus damas de corte y su servidumbre particular, poniendo minuciosidad de detalles indignos de preocupar la mente de una emperatriz que tuviere conciencia del arduo papel que iba a desempeñar.

Por fin, el 28 de mayo de 1864 *La Novara* avistó Veracruz. Carlota no perdía aún nada de su entusiasmo y, en cuanto pudo ver las torres de San Juan de Ulúa y de la parroquia de Veracruz, escribió una larga carta a su abuela, diciéndole que no sabía por qué llaman esto Nuevo Mundo, ya que Veracruz se parecía a Cádiz. Bien pronto, al día siguiente, tuvo que rectificar un poco su primera impresión.

Como el arribo fue al oscurecer, los ilustres viajeros decidieron desembarcar al día siguiente por la mañana; el general don Juan Nepomuceno Almonte había sido nombrado, por la regencia, presidente de la comisión que iría a recibir a los emperadores a Veracruz; pero la imprevisión, la apatía o una verdadera contingencia ocurrida en los carruajes que iban al puerto desde México hizo que la comitiva se demorara un día en el camino y no alcanzara a llegar el día 29.

Y cuando *La Novara* atracó en la bahía Maximiliano y Carlota pudieron ver desde cubierta el Veracruz de 1864, triste, destartalado, bajo un cielo de fuego; nadie, ni las autoridades del puerto, ni los vecinos, ni siquiera los que habían ido a ofrecer el cetro hasta

Miramar, salía a recibir a los archiduques. Carlota lloró lágrimas de despecho, de orgullo ofendido, según refiere Sara Yorke Stevenson, en su libro *Maximilian in Mexico* (1889).

Llegada Carlota al punto de su ambición, ella disculpaba u olvidaba pronto las contrariedades, atenta solamente a gozar de su satisfacción; nombró luego su corte de honor, compuesta de las más aristocráticas damas.

En consecuencia, la vida de sociedad se desarrollaba con todo el ceremonial y el boato que podía tener cualquier corte europea. Así, para el mes de julio de 1864 los "lunes de la emperatriz", o sea, los días en que Carlota recibía, eran ya famosos en la capital y en el resto del país. Todo el mundo se preocupaba de los modelos y figurines acabados de llegar de Europa, todo el mundo quería vestir a la europea, principalmente las damas, y hasta se uniformó al regimiento de la guardia imperial con los uniformes azul celeste y plata que portaba la guardia napoleónica; a los militares mexicanos y civiles no les gustó aquello, y los franceses se rieron de la mala imitación. Pero todo el mundo se sentía imperialista y en todos los pechos renacían esperanzas de tranquilidad. Sobre todo, lo que importaba era hacer buena la primera impresión del imperio. De ahí el cuidado que puso Carlota en los "lunes de la emperatriz". En el día la emperatriz recibía al público y prestaba atención personal a obras de caridad y de beneficencia, para lo cual tenía destinadas varias oficinas en el ala norte del palacio imperial; en la noche se llevaba a cabo un baile fastuoso.

Cuando Carlota asistía a alguna ceremonia oficial, solía ataviarse de seda blanca, color por el que tenía predilección para presentarse en público y que, al decir de todos los cronistas, le sentaba maravillosamente por su tez blanca y su cabellera negra; en la frente lucía la diadema de oro, perlas y brillantes, y sobre los hombros el manto imperial bordado de armiño. Sola o acompañada de Maximiliano, en las grandes fiestas aparecía siempre en la carroza dorada de lujo, tirada por ocho caballos o cuatro troncos enjaezados con penachos de plumas y gualdrapas de terciopelo carmesí y oro; cada tronco iba conducido por dos palafreneros que portaban la librea imperial carmesí y oro.

Esta lujosa carroza, que en nada, fuera de las insignias imperiales, se diferenciaba de las que usaban los reyes europeos, era precedida por el gran maestro de ceremonias, seguido de sus secretarios, de los ministros de Estado, de los chambelanes del palacio, de los caballerizos y demás gente palaciega.

A la portezuela de la derecha de la carroza marchaba a pie el gran chambelán de la emperatriz, y a la izquierda, el capitán de la guardia palatina; seguían las carrozas de las damas de honor y de las

invitadas.

Ningún historiador niega que Carlota, acaso sin darse cuenta, se echaba sobre las riendas del gobierno de México con oportunidad o sin ella.

Y desde el 10 de agosto hasta mediados de octubre de 1864 Carlota gobernó al Imperio mexicano, con elogio del mariscal Bazaine y de todos los colaboradores del imperio, que encontraban en ella voluntad, decisión y facultad particular para captar prontamente las ideas fundamentales.

A fines del año de 1865 el cielo se enturbió para los emperadores; el día 8 de diciembre de ese año llegó a la Ciudad de México monseñor Francisco Meglia, nuncio de Su Santidad Pío IX, que venía con la misión del Vaticano de procurar resolver el embrollado asunto de los bienes del clero y todo cuanto se relacionaba con la buena armonía entre la Iglesia y el Estado mexicano.

Maximiliano tuvo varias conferencias con monseñor Meglia, sin conseguir absolutamente del nuncio una sola concesión.

De antemano se había formulado un proyecto de concordato, por el cual se reconocían a la Iglesia mexicana todos los derechos esenciales para que la religión católica fuese considerada como religión oficial; pero el imperio se negaba a devolver todos los bienes del clero, y en otros muchos puntos el concordato tenía bases fundamentalmente liberales. Maximiliano no lo negaba; Carlota tampoco, y cuantas veces se ofreció obtener de los soberanos una declaración de principios sobre el proyectado concordato siempre confesaron tener ideas liberales al respecto.

En semejantes condiciones no era aventurado predecir que el nuncio no era la persona indicada para conciliar ideas moderadamente liberales con los principios sostenidos por el Vaticano. Y cuando Maximiliano se convenció de que él no podía convencer al nuncio, dispuso que se tuviera una entrevista con Carlota.

La conferencia entre el nuncio y Carlota duró dos horas, en las cuales Carlota no logró convencer al nuncio en un solo punto en que él había discrepado en las conferencias con Maximiliano; entonces Carlota, desesperada, amenazó con imponer la autoridad y la fuerza del imperio.

—El imperio fue creado por el clero —replicó el nuncio.

—¡Un momento, monseñor! —exclamó Carlota—. No fue el clero el que ha hecho el imperio; es el emperador quien lo hizo en el momento en que aceptó venir a este país.

La exaltación de Carlota no conmovió ni un ápice al nuncio, dando por terminada la fallida entrevista.

Ennegrecido el cielo, con la negativa de monseñor Meglia, los augurios de tormenta se acumulaban con las noticias que se recibían

de Europa. La guerra se cernía sobre el viejo continente, y alarmado Napoleón III ordenó retirar una parte de las tropas francesas.

Muchas noches de desvelo han de haber afligido a Carlota, y al fin encontró un recurso. ¡Iría a Europa!

La misión que llevaba Carlota no era otra que la de insistir en que apoyara Napoleón III al imperio y, cerca del papa, convencerlo de que el proyecto de concordato era bueno y debería ser aceptado en lo esencial. Es decir, que la emperatriz no llevaba otra misión que insistir en lo que había sido pedido desde México sin obtenerlo. Carlota creía que no es lo mismo suplicar desde lejos y por interpósita persona, que personalmente; creía en la influencia de los reyes y en la sugestión…[2]

Y el día 9 de julio, a las cuatro de la mañana, Carlota salía de la Ciudad de México, acompañada de un numeroso séquito. Maximiliano la acompañó hasta el pueblo de Ayotla.

En Puebla ocurrió algo extraño y misterioso; a la media noche y cuando todos sus acompañantes estaban ya en sus respectivos lechos, Carlota se levantó de improviso, pidió que la vistieran y ordenó que la llevaran a casa del prefecto imperial de Puebla, señor Esteva, la cual estaba deshabitada porque el dueño se hallaba en Veracruz. La versión que se conoció inmediatamente en México fue que Carlota comenzó a perder sus facultades mentales aquella misma noche.

Por fin, el día 13 a las dos de la tarde llegó Carlota en ferrocarril al puerto de Veracruz e inmediatamente se hizo trasladar al barco francés *Emperatriz Eugenia*; a las seis de la tarde de ese mismo día 13 de julio de 1866 el *Emperatriz Eugenia* se llevaba a Carlota para siempre.

Cuatro semanas duró la travesía desde Veracruz hasta Saint-Nazaire, y durante todo ese tiempo, según los relatos de los acompañantes de Carlota, la emperatriz no salió de su camarote. Arribando a Saint-Nazaire el 8 de agosto.

Llegó a París el 9 de agosto; y el día 11 se presentó en Saint-Cloud seguida de su corte, y casi hizo irrupción en el despacho del emperador.

Como queda dicho, Carlota llevaba instrucciones para pedir, exigir o suplicar, según el caso, se mantuvieran las fuerzas francesas en México; que se cumpliera con el Tratado de Miramar, en que Francia se comprometía a sostener el imperio por determinado tiempo, y que se facilitaran recursos pecuniarios, siendo indispensables medio millón de pesos inmediatamente.

Con evasivas delicadas y gentileza, Napoleón comenzó por decir que no era dueño de su situación, que el parlamento y la prensa lo atacaban rudamente, que Francia estaba seriamente amenazada, que no había dinero, que Estados Unidos le amenazaba también.

—¡Cómo!… — gritó Carlota—. ¿El jefe de una nación de treinta

millones de habitantes, poseyendo la supremacía en Europa, disponiendo de inmensos capitales, gozando del más vasto crédito del mundo, teniendo los ejércitos victoriosos siempre… vuestra majestad nada puede hacer en favor del Imperio mexicano, donde Francia tiene tantos intereses que proteger?…

—Creedme, Madame, no puedo hacer nada; sin embargo, someteré el caso a consejo de ministros.

Y el día 19 Napoleón acudió personalmente al Grand Hotel, en donde se hospedaba Carlota, para hacer saber a la soberana de México el acuerdo de ministros, el cual era negativo.

—¿Olvidáis vuestros compromisos? —exclamó Carlota poniéndose de pie.

—No los olvido… Lamento no poder cumplirlos y no debéis indignaros así, Madame, que es impropio de vuestra majestad.

—¡Yo no sé cómo he podido olvidar lo que sois vos y lo que soy yo —replicó fuera de sí Carlota—; por mis venas corre la sangre de los Borbones, mientras por las vuestras corre la de un… Bonaparte! Al tiempo en que se desplomaba sobre un sofá, presa de terribles convulsiones y atendida por la emperatriz Eugenia.

Carlota, un tanto calmada, preparó su viaje a Trieste, abandonando París el 23 de agosto.

El día 17 emprendió la marcha rumbo a Roma, en donde una comisión de cardenales y otra de la corte italiana esperaban a la emperatriz de México el día 25 de septiembre.

El día 27 Pío IX recibió en el Vaticano a Carlota, que se había quitado el luto que había llevado por la muerte de su padre y de su abuela, y se presentó ataviada de blanco y amarillo, que son los colores pontificios.

Tras de cumplido el ceremonial de las entrevistas solemnes papales, Pío IX y Carlota quedaron solos en el salón de recepciones. La conferencia duró casi setenta minutos. A la salida, el papa acompañó a Carlota hasta la puerta del salón, y dando la bendición a todos los presentes, se retiró.

Sin hablar una palabra, volvió a la carroza imperial, llegó al hotel y se encerró en sus habitaciones, ¡había fracasado la entrevista!

El día 29, a las ocho de la mañana, se levantó, hizo llamar a la peinadora, la vistieron, la peinaron y, sin decir a nadie sus propósitos, pidió que le prepararan la carroza puesta a su disposición. Llegó al palacio del papa en los momentos en que Pío IX acababa de celebrar su misa y se disponía a tomar su desayuno, la invitó a desayunar en su compañía. Pero, en el momento en que el Santo Padre tuvo que dar por terminada la visita, Carlota comenzó a llorar y a gritar en forma alarmante. A grito herido, decía que no saldría del Vaticano nunca; que allí debía quedarse porque los agentes de Napoleón III trataban de

asesinarla, y, ante su insistencia, hubo que dejarla pasar la noche en la biblioteca del palacio papal, donde se improvisaron camas para Carlota, para tres damas de honor y para dos sirvientes. Al día siguiente por la tarde, y después de que se le dijo por todas las personas que la rodeaban que los agentes de Napoleón habían sido encarcelados, la infeliz Carlota accedió a regresar a su hospedaje, en el cual se encerró y no quería tomar otra cosa que las comidas preparadas exclusivamente por su sirvienta personal.

El 7 de octubre llegó a Roma el conde de Flandes, hermano de Carlota, llamado urgentemente por los acompañantes de la emperatriz desde el día del colapso en el Vaticano.

Carlota y su hermano estuvieron hablando solos durante una hora larga. Después de aquella entrevista salió el conde cabizbajo y con toda seriedad, pero también con mucha cortesía, dio secamente las gracias a todos los que estaban presentes, y al día siguiente, 8 de octubre, Carlota y su hermano salían en ferrocarril rumbo a Miramar. ¡Había terminado la misión de Carlota en Europa! Había terminado también para siempre su vida oficial. ¡Se había suicidado como emperatriz!

De Miramar fue llevada por sus familiares a Bruselas, e instalada en el castillo de Laeken el 6 de agosto de 1868, en donde murió en el año de 1927.

1 La autora publicó este artículo en algún rotativo. Lamentablemente no se guardó la fuente hemerográfica; se trató de localizar, pero no fue posible ubicar su impresión. Como la portada presenta una fotografía de la telenovela *Carlota y Maximiliano* protagonizada por María Rivas (en la imagen) y Guillermo Murray, asumimos que estos apuntes constituyeron parte de su investigación para el guión televisivo que produjo y dirigió Ernesto Alonso en 1965. Por estas razones se recupera en esta sección. Del archivo personal de Guadalupe Dueñas. Material proporcionado por Luz María Díaz Dueñas. [Nota de PRL.]

2 Falta un segmento de la página. [Nota de PRL.]

Acerca de Julio Torri[1]

Lo conocía como todos en este mundillo cultural de México, y me habían dado muy malas referencias personales suyas. Me conquistó cuando le llevé un ejemplar de mi libro de cuentos *Tiene la noche un árbol*. Me ofreció un jerez magnífico hablando primero de los viñedos que procuraban materia prima para bebida tan extraordinaria. Me comentó:

—Usted está asentada en otra galaxia; quisiera que platicáramos con frecuencia.

Quedamos en comer juntos cada quince días, y realizamos el proyecto durante un año completo. Íbamos a diferentes restaurantes franceses. Era un gastrónomo y siempre me dejaba elegir el menú. Yo gozaba con su presencia y con la comida. Le hablé sobre mi proyecto de escribir *Imaginaciones*. Antes de conocerlo lo retraté en el primer trabajo que integraría el volumen y era igualito a lo imaginado, un gnomo. Contestó que yo le parecía más irreal, pues su cerebro no entendía mi entusiasmo por los alimentos.

Nuestras entrevistas estaban llenas de risa. Siempre procuré que lo más chispeante de mi persona permaneciera en juego. Mi otra correspondencia a su gentileza consistía en llevarlo hasta la universidad antes de su clase, aunque ya estaba próximo a jubilarse. Por su parte, me demostraba un profundo amor al subirse en mi coche. Mis cualidades como chofer son tan poco razonables que casi ningún amigo me hacía la deferencia. Cuando mucho una sola vez, luego les aterrorizaba la perspectiva. Sólo sé voltear a la derecha. Pienso que Torri jamás lo notó. Se extrañaba de que algún tipo me dijera:

—¡Mamacita! ¿Por qué no te quedas en tu casa?

O cosas que no conviene a la decencia publicar. Torri creía que me galanteaban.

Cuando le enseñé la semblanza literaria que le hice me animó a que escribiera otras, aunque deseaba que me ocupara de Xavier Villaurrutia o de algunos ateneístas a quienes no conocí. Recordaba las anécdotas más inesperadas sobre Torres Bodet y sobre muchos, cuyos encantos no lograban embrujarme. A Torri le debo la información, a la cual aludo en un texto, de que Borges fuera

inspector sanitario de aves comestibles. Sabía rarezas infinitas. Admiraba la inteligencia de Salvador Novo, le divertían los sonetos que éste enviaba a sus amigos cada Navidad; para comentarlos conmigo suavizaba sus atroces groserías.

Me hablaba de hermosísimas mujeres amadas en Francia, en una época en que estuvo acompañado por Reyes, Borges y Marcel Schwob. Tuvo contacto con Picasso y con numerosos personajes. Su conversación llenaba mi vida de luminosidades literarias y me hacía creer que lograba acercarme a la cultura. Me confió su admiración por Antonieta Rivas Mercado, por la bella Amalia González Caballero de Castillo Ledón, la deslumbrante María Asúnsolo y por Lupe Rivas Cacho; pero guardaba los nombres secretos de sus enamoradas de París. Aludía al Café Colón y a cabarets, cuyos nombres siento no haber apuntado en mi mente. Me dijo que sus amores fueron siempre clandestinos y, cuando dejaron de serlo, le causaron mortificaciones. Le pregunté por qué, a pesar de su entusiasmo por lo femenino, nunca se casó. Repuso que al idealizar a las mujeres no podía arriesgarse a confrontarlas con la vida diaria, dispuesta siempre a romper los moldes del sueño.

Todo lo opaco que, según cuentan, se mantenía en sus clases fue brillante en su conversación social salpimentada con un maravilloso sentido del humor. Le pregunté si advertía la importancia de su prosa, que prefiguraba a Kafka, Borges y Arreola. No profirió ningún comentario. Como respuesta hizo un gesto muy suyo: movió la cabeza como quien aleja un mal pensamiento. Al menos en apariencia, demostraba profundo desdén por la literatura y, si yo la mencionaba por cualquier motivo, él procuraba bromear sobre el asunto. Pienso reconstruir palabra por palabra uno de nuestros diálogos:

—Escribí algunos otros textos que destruiré en estos días —me confesó.

—Eso es un crimen y Dios lo juzgará por privar a los demás de un beneficio; pero ya sé que usted ni siquiera cree en Dios —le repliqué.

—Se equivoca. Aunque parezco pagano, conservo un resquicio donde guardo a Dios y ni Él va a creerlo —contestó.

—No me asuste. Usted está muy cerca del instante de verlo.

—Me considera usted viejo, ¿verdad? —sonrió mientras aderezaba sus ostras.

En general hablaba poco de sí mismo o de su trabajo. No me habló de que tuviera un hijo. Vivía como un asceta, como un cartujo. Me extrañaba que admitiera esta concepción mía del mundo realmente extravagante frente a su cordura.

Los enterados de nuestra amistad solían ponerme en guardia. Pensaban que Julio Torri era un viejo verde interesado en llevarme hasta su biblioteca de libros eróticos. No vi maldad ni ofensa en ello.

Lo que me mostraba resultaba hermosísimo. Además, se comportaba de una manera cordial, delicada, generosa; incluso ofreció prestarme volúmenes valiosísimos. Me enseñó dos grabados de Durero y sus pinturas de Georges de La Tour. Comentó que tenía un hermano. No lo creí. En su casa no se podían descubrir pisadas de ser humano…

1 En Beatriz Espejo, *Julio Torri, voyerista desencantado*, Centro de Estudios Literarios-IIF-UNAM, México, 1986, pp. 103-105.

A manera de prólogo[1]

Por nada del mundo me gustaría apagar el braserito de nadie, y tomando en cuenta que me separa de la creación literaria de los escritores archimodernistas más de treinta años, me considero ajena, neófita, ciega para emitir un juicio sobre este torrente creativo que me produce vértigo no exento de admiración y envidia de la buena. Al leer lo de *Z Mar* me confundo, me enredo en su devenir imaginativo, ¡metafísico, surrealista, loco! Alubión de figuras y dibujos por ella interpretados que escapan de argumentos de sensibilidad, con la agilidad de un gazapo. Espero que al terminar su carrera desbocada encuentre sus anhelos en órbita. Lo hará con su talento evidente. Y no sería raro que al final de su esfuerzo la crítica la considere "genio". Lo desea con entusiasmo y amor su tía Pita.

GUADALUPE DUEÑAS DE LA MADRID

1 Luz María Díaz Dueñas (*Z Mar*), *Ocurrió en un… pensamiento*, portada, contraportada, textos y láminas interiores de Luz María Díaz Dueñas, edición de la autora, México, 1995, p. 17.

SEGUNDA PARTE

OBRA INÉDITA

PRÓLOGO
La ciudad desconocida de Guadalupe Dueñas

PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI

Como la mayoría de sus contemporáneos, Guadalupe Dueñas escribió a mano poemas, relatos, apuntes para el trabajo y todo lo que acudía a su imaginación en cuadernos y libretas. Ahí permanecieron silenciosos a lo largo de siete décadas. Para complementar su universo artístico y conmemorar sus contribuciones a la literatura se rescatan estas notas inéditas, así como su mítica novela *Memoria de una espera*, bajo la custodia de los archivos del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México.

POESÍA

Guadalupe Dueñas soñó con ser poeta. Leyó, admiró y escribió sobre Edgar Allan Poe, Ramón López Velarde, Emily Dickinson, Concha Urquiza, Federico García Lorca… y mientras escribía largos poemas fue amiga de Octavio Paz, Salvador Novo, Pita Amor, Rosario Castellanos y Luis Cernuda. Pero el padre Alfonso Méndez Plancarte, su amigo y guía espiritual, le anunció que sus relatos superaban sus versos, y era mejor que le apostara a la narrativa.

Resulta significativo que los primeros títulos de sus libros los tomara de dos célebres poemas. *Tiene la noche un árbol* es uno de los versos de *Muerte sin fin* de José Gorostiza y sirve de epígrafe al relato del mismo nombre: “Tiene la noche un árbol / con frutos de ámbar”, y *No moriré del todo* corresponde a la oda de Horacio, “Non omnis moriar”, donde el poeta latino, al hablar de la poesía, exclama: “Non omnis moriar multaque pars mei / vitabit Libitinam…” [“No moriré del todo, y una gran parte de mí evitará la Libitina”]. Para Horacio, parte de sí mismo se encuentra en sus obras y, por ende, mientras se conserven y lean, sobrevivirá, burlando a Libitina, deidad que aquí

representa a la Muerte. Siglos después Manuel Gutiérrez Nájera retomó a Horacio y escribió su oda modernista "Non omnis moriar" (1893).

Tenía razón María del Carmen Millán cuando afirmó:

> Se ha dicho que el cuento pretende comunicar el tono de una emoción, una experiencia o una situación muy concentrados e intensamente proyectados, de manera que tiene muchos puntos de contacto con el poema. Para comprobar esta cercanía, basta en el caso de Guadalupe Dueñas el hecho de que haya elegido para sus dos libros títulos relacionados con dos poetas importantes, José Gorostiza y Manuel Gutiérrez Nájera; no pasan inadvertidos los textos que mantienen una alta calidad lírica como "Y se abrirá el Libro de la Vida" o "Los barcos", ni el valor de los abundantes símbolos poéticos que condensan el significado que la autora quiere transmitir, ni la calidad del lenguaje depurado y trabajado en función de un todo armónico.[1]

Su devoción por la poesía la expresó con vehemencia en una entrevista que le hizo Octavio Novaro:

> *—¿Por qué no escribiste poemas si tus cuentos son terriblemente poéticos?*
>
> —¡Claro que escribí, mucha poesía! En realidad ha sido el arsenal del que he nutrido mis cuentos. Escribí apasionada y loca. Escucha este endecasílabo formidable: "Dame Señor la paz de la ceniza / ¡Ya caiga ancianidad sobre mi lumbre!" ¡Y mira si ha caído! Y este otro: "Caña quebrada he sido / zarpazo de la duda…", etcétera. Y otro más: "¡Oh soledad / silencioso ciprés de llanto verde / tu angustia es no volar de tus raíces / quedarte encadenado en el camino / quebradas las banderas de tus ramas / Pozo de los silencios, soledad". Y por último: "Terrible soledad de los olivos / me muero por la estrella de tus manos / granate que arranqué con mis puñales / panal que destrocé con siete garras"… y por ahí va… No te los transcribo porque son más largos que *Muerte sin fin*. Y para que veas qué buena onda me asiste, déjame explicarme: le tengo alegría a las matemáticas y la medición literaria me horroriza. Mi mayor anhelo hubiera sido escribir poesía y me consuelo al pensar que la poesía no es exclusiva del lenguaje métrico, por lo que abrigo la esperanza de que alguien la descubra en mis trabajos. Cuando enseñé mis engendros al padre Méndez Plancarte me aconsejó que los enterrara bajo tierra. Obedecí y creo que ha sido una de las pocas cosas cuerdas que he realizado en mi vida; empero, no dejo de reconocer que hay sobre

> todas las artes un sentimiento preponderante: LA POESÍA. Quítesele ésta a cualquier manifestación artística y se viene a tierra como una estructura de cristal a la que le faltara la pared maestra. Tengo predilección por el cuento y la novela, porque a través de la narrativa aspiro a expresarme mejor.[2]

Hoy, prescindiendo de la recomendación del padre Méndez Plancarte, se reeditan los poemas que sobrevivieron el paso del tiempo, ese arsenal que alimentó sus narraciones.

Estos textos son una muestra de su labor como poeta. Pese a ser un género en el cual no alcanzó a desarrollarse, en ellos se perciben las principales obsesiones que más tarde habrán de dominar los temas de sus cuentos: la muerte, la culpa, la soledad, la imposibilidad del amor y el lado tenebroso de la vida cotidiana. Transcritos de dos de sus cuadernos, estos ejercicios líricos destacan por la fuerza de las metáforas y el predominio de atmósferas oscuras.

Autora de prosa impecable, la búsqueda de la perfección de la palabra poética con evidente afán clasicista se aprecia en estos materiales. Sin lugar a dudas conocerlos permite acercarnos a su angustia existencial, esa que padecen los protagonistas de sus relatos; nos revelan a una Guadalupe Dueñas más recóndita y atormentada.

Como no estamos ante composiciones acabadas, ya que la poesía fue su confidente en el ámbito privado, en ocasiones se hizo necesario editar los textos no sólo para imprimirles mayor ritmo, sino también con la finalidad de mantener su cosmos poético lo más fiel y cercano posible a su imaginario.

A los poemas del cuaderno 2 les anteceden varias páginas de estudio sobre preceptiva poética, revelando su inquietud por aprender y perfeccionar los lineamientos de la lírica clásica.

En el caso de las composiciones que carecen de título, se toma el primer verso para identificarlas. Cuando un texto presenta diferentes versiones, se indica su sucesión con números ordinales.

La edición de estos poemas fue realizada por el dramaturgo Reynol Pérez Vázquez y quien esto escribe, y la transcripción estuvo a cargo de Luz María Díaz Dueñas y mía.

Se reproducen las notas de la autora en las portadas de estos cuadernos para verla en la intimidad lúdica de sus preocupaciones.

VARIACIONES DEL MISMO TEMA

“La cita triste” es un relato con una historia peculiar en la bibliografía de Guadalupe Dueñas. Se publicó con el título de “La cita” bajo el

nombre de su hermana menor, María de los Ángeles Dueñas, en marzo de 1955. De acuerdo con esta última:

> Este cuento está basado en un novio que tuve, se llamaba Francisco; fue el amor de mi vida, todavía lo recuerdo: con unos grandes ojos verdes y unas pestañas largas y rizadas. Lo quise mucho, nos íbamos a casar; yo tendría veintiún años, pero él había tenido poliomielitis de niño y tenía una pierna más corta que la otra. Su madre y sus hermanas deshicieron el compromiso. Yo creo que no me querían, porque le dijeron a mis hermanas que si me casaba con él y tenía hijos, éstos iban a heredar la misma enfermedad y que no querían destruir mi vida. Sufrí mucho cuando se deshizo el compromiso. Recuerdo que me inspiré para escribir este relato afuera de la Basílica de Guadalupe, donde tenía una cita con él. Mamá Pita me ayudó, ella me motivó para que lo escribiera. Yo trabajaba de cajera en el Banco de Comercio, y el banco organizaba estos concursos literarios. Participé en el concurso y gané; el premio consistió en mil pesos, que en aquel entonces era mucho dinero. Se publicó en la revista del Banco de Comercio y en ese número, en la portada, aparecía una foto mía. Pero Mamá Pita me decía que no me dedicara a escribir, que era un mundo muy doloroso, de mucho sufrimiento. Escribí otro cuento, pero ése ya no se publicó, porque Mamá Pita me dijo que no tenía la calidad para publicarse. Era muy rigurosa, muy crítica.[3]

Guadalupe Dueñas dejó testimonio de este relato en uno de sus cuadernos. Por lo tanto, la anécdota del cuento está basada en la memoria de la cita entre María de los Ángeles y Francisco, pero el escrito de la *Güera* fue retrabajado por Lupita. En el texto prevalecen el estilo y algunos aspectos biográficos de la autora. Basta citar estas líneas:

> Había nacido inadaptada, la lógica era una palabra vana, aniquilada en su cerebro. Por aquella fuga continua resultó una herida violenta el solitario despertar de su adolescencia.
>
> Cuando al fin él se marchaba, ella, febril, huía a la pequeña torre de la casa. Y como si se trasladara a un desierto, cortaba con el mundo hundiéndose en su vida de fantasmas.
>
> Amaba esas paredes húmedas de signos dibujados por el moho, con extraños mapamundis de mares sin historia, y las tejas de amarillos orificios que el sol fingía ríos de azogue al alcance de su mano. Ésta era su ciudad y su tumba. La bóveda solemne protegía su universo. Sólo ahí el aire le pertenecía, lo sentía tan suyo como a las novelillas sin rostros que se apilaban silenciosas en el pretil

de ladrillo.

La historia detrás de “La cita triste” no sólo relata el amor de los adolescentes marcado por un destino aciago, sino el amor filial de Lupita por su hermana menor, a quien siempre cuidó, amó y protegió. Guadalupe le llevaba entre veinticinco o veintisiete años a María de los Ángeles, por lo que desempeñó el papel de madre con ella.

Así, *la Güera* le narró esta anécdota —la que seguro Mamá Pita conocía íntimamente— y Guadalupe Dueñas, la escritora, le dio vida literaria. Imaginamos a la hermana mayor en su papel amoroso con su hermanita, reviviendo aquella primera cita para participar en el concurso de la revista del banco, certamen que entusiasmaba tanto a una como a la otra, aunque por diferentes razones.

Queda una duda. ¿Por qué el borrador de “La cita triste”, el primer texto en ese cuaderno, está fechado el 8 de diciembre de 1933? Los otros apuntes aparecen fechados en los años cincuenta. A “La cita triste” le siguen “María Antonia” y “Los piojos” (marzo de 1954) y “Mi personaje inolvidable” (agosto de 1954). Por lo tanto, todo parece indicar que Lupita escribió “La cita triste” entre 1954-1955; además, en 1933 este hecho no había sucedido todavía, pues la Güera nació en 1935. ¿Se habrá equivocado —en una jugarreta del inconsciente— y en lugar de 1954 escribió 1933? ¿Recordó ella misma alguna cita lejana? Su texto autobiográfico “Lo que le sucedía” narra también el enamoramiento funesto de una adolescente de dieciséis años.

Se recogen las dos versiones. La primera es la manuscrita encontrada en uno de los cuadernos de la autora; la segunda, la publicada en la revista *Nuestro Banco* de María de los Ángeles Dueñas.

TRES APARTADOS

Textos en desarrollo

La compulsión y el compromiso de Guadalupe Dueñas con la escritura quedaron registrados en sus páginas manuscritas. En este apartado se reproducen algunos apuntes inéditos que revelan la diversidad de su quehacer literario.

De los textos en desarrollo destacan “Lo que le sucedía” y “María Antonia” por su tono autobiográfico; en el terreno de la confesión, poseen la tendencia intimista de un diario. Sobresalen las notas sobre “Mi personaje inolvidable” porque las retoma años más tarde para crear la figura del mulato, amante de Mabel, en *Memoria de una espera*. “Desde esta ventana” presenta la singularidad de que la autora

comienza narrando una experiencia lacerante, que abandona cuando un suceso del mismo recuento le sirve de detonador para crear "El sapo". "Guía de turistas" recuerda su personalidad desacralizadora y en "San Gabriel de la Barrera" utiliza su pericia de escritora para apoyar a don Francisco Armida en la venta de dicha propiedad. El señor Armida fungió como figura paterna para la familia Dueñas de la Madrid al fallecer su socio y amigo, Miguel Dueñas Padilla, en 1938.

Asesora de obras de teatro en el IMSS

Al iniciarse la década de los setenta emprende su labor como asesora teatral del Instituto Mexicano del Seguro Social (IMSS) por invitación de su amiga Griselda Álvarez Ponce de León, entonces en la jefatura de Servicios de Prestaciones Sociales del IMSS. Antes, en 1959, Guadalupe Dueñas había ingresado a la Secretaría de Gobernación con el puesto de oficial administrativo G, donde se desempeñó varios años como censora cinematográfica.

"Los Rosenberg", *"A 8 columnas* de Salvador Novo", *"Educando a un sinvergüenza* de Alfonso Paso", *"Señorito casadero* de Juan José Alonso" y *"Recordando con ira* de John Osborne" nos acercan a su trabajo como asesora teatral. De este género llama la atención la reseña *"A 8 columnas* de Salvador Novo", obra que no se atreve a recomendar. Sin duda, Dueñas demostró en relatos tan emblemáticos como "Las ratas", "El sapo" y "Divagaciones sobre el paisaje" haber sido una intelectual que criticaba sin concesiones los vicios de la condición humana. Pero, en calidad de funcionaria al servicio del erario en Telesistema Mexicano, la Secretaría de Gobernación y el IMSS, estaba obligada a la moderación; tenía que guardar las apariencias y ser cautelosa.

En "Las aventuras de Perico" realiza la sinopsis de una obra infantil en su labor de asesora teatral del IMSS.

Primeras versiones de algunos cuentos publicados

Sus cuadernos también guardan las primeras versiones de algunos de sus cuentos. Se transcriben: "Navidad" ("Conversación de Navidad"); "Digo yo como vaca" y "La hora desteñida" (conservaron el mismo título); "Las señoritas de Moncada" ("Al roce de la sombra"); "Voy a casarme" ("Una carta para Absalón"), y "La timidez de Alfredo", que posteriormente convirtió en dos relatos: "La timidez de Armando" y "Canina fábula". Esto, con el propósito de mostrar su proceso creativo, ilustrando la evolución en la forma, el contenido y el manejo del lenguaje.

En cada uno de estos tres apartados estamos frente a borradores; por lo tanto, no se trata de detenernos en el estilo ni en la integridad

de estos escritos, sino de considerarlos piezas importantes en el tratamiento y las ideas de la autora como intertextualidad y complemento de su universo literario.

Al igual que en la sección poética, cuando los textos carecen de título se toman las primeras palabras para identificarlos. La transcripción de estos materiales fue efectuada por Luz María Díaz Dueñas y quien esto escribe.

NOVELA

De acuerdo con los documentos que se encuentran en el Expediente de Guadalupe Dueñas de la Colección del Centro Mexicano de Escritores del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México, Dueñas aspiró a una de las becas del Centro al año de haber publicado sus primeros cuentos:

Agosto 16 de 1955

Srita. Guadalupe Dueñas
Pomona #1
México, D. F.

Estimada señorita:

Tenemos la pena de comunicarle que en esta ocasión, por escasez de becas, no nos ha sido posible concederle la que usted solicita para su trabajo creador.

Sus cuentos fueron cuidadosamente leídos y ampliamente estimados por el jurado que decide estos asuntos y, teniendo en cuenta la calidad de su trabajo, el Centro Mexicano de Escritores se sentirá muy honrado con su presencia en las sesiones de los jueves por la tarde.

También nos gustaría recibirla como invitada en las sesiones de análisis de manuscritos, si usted se mostrara interesada.

Dentro de cualquiera de estas posibilidades, nos encantaría contarla entre nuestros amigos.

Esperando recibir noticias suyas quedamos de usted su atto. y ss. ss.

Margaret Shedd

Dueñas no se da por vencida y vuelve a insistir seis años más tarde. En esta ocasión su plan de trabajo consiste en escribir una novela:

México, D. F., 26 de junio de 1961

Miss Margaret Shedd
Directora del Centro Mexicano de Escritores
Presente

Muy estimada señorita Shedd:

Con el propósito de escribir una novela, según el plan que anexo, me permito solicitar del Centro Mexicano de Escritores, que usted dignamente preside, se me conceda la posibilidad de obtener una de las becas anuales que ofrecen a los escritores mexicanos.

Adjunto a mi petición el plan de trabajo mencionado, mi *curriculum vitae* y algunas opiniones críticas sobre la publicación de mi libro de cuentos, *Tiene la noche un árbol*, editado por el Fondo de Cultura en 1958.

Agradezco la atención que merezca mi solicitud y reitero a usted, como siempre, las seguridades de mi atenta consideración.

G. Dueñas
(Rúbrica)

Plan de trabajo

La novela que pienso escribir y que titularé, provisionalmente, *Memoria de una espera* tiene la siguiente tesis: trata del enfrentamiento de dos órdenes. Uno concreto: el mundo de las relaciones humanas. Otro abstracto: el mundo del Estado.

El Estado es concebido como enajenación. El hombre, al no resolver sus problemas en el mundo humano, recurre a una instancia que cree superior; pero como sus conflictos son humanos, al final percibe que su recurso se invalida.

A partir de esta experiencia de rechazo, se forma la comunidad de necesitados que tampoco es suficiente, pues al hombre no le bastará jamás la tibia y frágil comunicación con sus semejantes, quienes al final de cuentas hallarán como único amparo la comunicación con Dios.

Estas situaciones se ventilan a través de una trama sencilla, en un ambiente citadino, donde la heroína solicita el favor oficial de un personaje político. Durante las antesalas indispensables, se presentará a los problemas y miserias del pequeño grupo que la rodea y en el que aparecerán las diversas clases sociales, igualadas irremisiblemente por el afán de comprensión y la sensación de desamparo que sólo encontrará consuelo espiritualmente.

G. Dueñas

(Rúbrica)
Puebla 247, Roma Sur
Teléfono 25 55 55 1/2

Esta vez se le concede la beca y Dueñas firma el contrato con el Centro el 17 de agosto de 1961. Su proyecto: escribir la novela *Memoria de una espera*. Y así lo hizo. Sin embargo, esta obra nunca salió a la luz. Parece ser que se propuso reeditarla, como lo señala en la "Advertencia" del mecanoescrito, pero tampoco lo llevó a cabo:

> Este trabajo fue realizado durante la beca del Centro Mexicano de Escritores concedida en 1961-1962.
>
> Los capítulos aquí reunidos serán canjeados en breve por la nueva versión de los mismos, debidamente pulida. El orden de las páginas puede ser alterado, así como la extensión y el final de la historia, que deseo rematar con un pensamiento positivo.
>
> La autora

Hemos mencionado la sed de perfeccionamiento de Guadalupe Dueñas, su incansable inclinación "sobre los trabajos y los días del lenguaje" y sus conceptos sobre la descomposición y la prepotencia humanas. Es posible que estos factores, por diferentes razones, le hayan impedido publicarla. En entrevista con Marta Tenorio respondió en 1985:

> —*¿De qué trata la novela que no ha podido terminar?*
>
> —*Máscara para un ídolo* es mi visión del poder; de las transformaciones que sufren a causa de él; de la enfermedad que es el poder. La novela de lo que yo imaginaba era la esfera del poder; nunca creí que la realidad pudiera rebasar mi imaginación, por eso no la he podido terminar.[4]

Desde 1966 María Elvira Bermúdez, a propósito de la conferencia de Dueñas dentro del ciclo "Los narradores ante el público", menciona que la autora está escribiendo una novela y que "*Máscara para un ídolo* es su título provisional".[5] En su *curriculum vitae,* resguardado en el expediente del Centro, se indica que "ha terminado su primera novela, titulada en un principio *Antesala*". Se trata de la misma que con el título *Memoria de una espera* presentó como proyecto para recibir la beca del Centro, y que entregó al término de ésta.

A lo largo de los años, en notas y entrevistas, la polígrafa se referiría a su única novela con el título de *Máscara para un ídolo*. Su constante alusión a dicho texto la convirtió en la obra mítica y

legendaria de Guadalupe Dueñas, quien siempre sintió una deuda con el Centro. Así se lo comentó a Beatriz Espejo en 1977:

> —*¿Qué escribiste durante el tiempo que duró tu beca?*
>
> —Realicé varios trabajos literarios publicados en diversos periódicos y revistas y escribí una novela titulada *Máscara para un ídolo*. Tengo el compromiso de publicarla. Precisamente ahora trato de pulirla y rejuvenecerla, para entregarla a mis editores. Así saldaré mi deuda con el Centro.[6]

Esa deuda con el desaparecido Centro Mexicano de Escritores y con sus lectores queda saldada en este volumen. El mecanoescrito que se transcribe en su totalidad se encuentra en el Expediente de Guadalupe Dueñas de la Colección del Centro Mexicano de Escritores del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México, y se reproduce con la autorización de la Dirección General del Patrimonio Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de México.

BIBLIOGRAFÍA Y HEMEROGRAFÍA

Cierran este libro la bibliografía y hemerografía de Guadalupe Dueñas a mi cargo con el propósito de ilustrar su numerosa y meritoria producción.

DUEÑA DEL PRESENTE ETERNO

Si Guadalupe Dueñas permaneció en el olvido a lo largo de tres décadas, este volumen busca recuperar su legado artístico para que vuelva a ocupar el lugar que se merece como una de las grandes creadoras del milenio pasado. Porque “no resiste más. Se adelanta a todos, hacia la vida. Es música el zumbido de abejas que la recibe bajo el sol. Palpa sus cabellos, sus latidos y su piel, ¡todavía vive! La certidumbre de que existe le golpea las arterias”.

No todo muere y leyéndola perpetuaremos su existencia.

Enero de 2017

1 María del Carmen Millán, *Antología de cuentos mexicanos*, SEP, México, 1976, vol. 2, p. 119 (SepSetentas).

2 Octavio Novaro, "Guadalupe Dueñas", *El Día*, *Perfiles de México*, núm. 429, 2 de febrero de 1980, página principal.

3 Entrevista de Patricia Rosas Lopátegui con María de los Ángeles *la Güera* Dueñas de la Madrid (31 de marzo de 2012).

4 Marta Tenorio, "Guadalupe Dueñas y su viejo naranjo", *Punto*, núm. 137, 23 de junio de 1985, p. 19.

5 María Elvira Bermúdez, "Los escritores y el público", *El Nacional*, 11 de julio de 1966, p. 8.

6 Beatriz Espejo, "Con Guadalupe Dueñas: 'En el Centro me sentí liberada'", *El Gallo Ilustrado*, suplemento de *El Día*, núm. 759, 9 de enero de 1977, p. 5.

I

Poesía

Edición
REYNOL PÉREZ VÁZQUEZ Y PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI

Transcripción de los cuadernos
PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI y LUZ MARÍA DÍAZ DUEÑAS

Cuaderno 1

Versos cortos
(1937)

ANTES DE QUE MUERA

Antes de que muera
arrancaré las corolas
de pulpa ensangrentada
de todos los claveles
y con la carne roja
que son las amapolas
amasaré un guiñapo
que registre los latidos
que llamo corazón.

Pondré en mi cintura
un ramo de orquídeas,
me haré una guirnalda
de ramo de lis
y entre mis manos
sólo flores blancas
limón nardo azahares
gardenias jazmín,
mentiré a la muerte.

Seré un jardín extraño
con la muerte albina
y la pobre gente
mirará a lo lejos
mi féretro pasar,
como flor gigante
el cortejo de alas
cual las nubes blancas
antes de ennegrecer.

DE TU IMAGEN BORROSA

De tu imagen borrosa
sólo queda en mi alma
un perfil amasado
con humo y tinieblas,
su forma es tan vaga
que no puedo decirte
si tus ojos amados
se han borrado
en la sombra.

Y no sé si es que amaba
tu expresión de ternura
o acaso el desprecio.

Qué bárbaro olvido
el de tu cara.
Quizá la tuviste
impasible y despótica
como dios de piedra
insensible y sin alma
y los labios duros
llenos de palabras
como arenas breves
filosos como el vidrio,
mezquinos para el beso.

Qué cosa lejana
este amor que se quiebra,
y ay cómo duele
no saber de recuerdos.
Es perder la esperanza
en la bruma cobarde
de la propia ausencia
de sí mismo.

Cuaderno 1
(1951)

Empieza por el otro lado porque éste es muy feo con pavos reales y letras.

Este cuaderno es exclusivamente para poemas de Pita.

Se lo traigo yo en julio de 1951.

Se aconseja a la magna poetisa que escriba los ensayos poéticos con tinta para que no vayan a borrarse con el tiempo.

Se le aconseja también que escriba sólo poemas negros, porque al fin de otro color no le salen.

Modelos de poemas de diversos colores para no imitarlos las poetisas tenebrosas.

Amanecía tu voz
tan perezosa, tan blanda,
como si el día anterior
hubiera llovido sobre tu alma.

(J. Torres Bodet)

Sí, las primaveras te necesitaban.
Cien estrellas esperaban
que tú las contemplases.

(Rilke)

Tiene el amor feroces
galgos morados,
pero también sus mieses,
también sus pájaros.

(José Gorostiza)

Ya nunca más tiritamos
como tiritan los sotos.

(Gabriela Mistral)

CIUDAD DESCONOCIDA

I

Cuando en desnudez mi sombra
sea total ausencia

sin tiempo y sin angustia
y en mi garganta hueca
desangrados los gemidos
en disecado cauce amargo
la estrangulada serpiente
de mi lengua repose,
vencida de hastío
sin rencor y sin ruegos,
y mi disecada entraña
dé un grito convulso
sin respuesta ni origen
campanada en un páramo reseco.
Cuando mi realidad sin presencia
ya sea sólo pensamiento
bruma en la noche de humedad salvaje
desgranadura sobre el obsesivo
siniestra llama sobre las crestas
sobre sombra vencida
sobre el pardo sudario de musgo
donde danza la niebla desnuda
y agonizan libélulas locas
como pétalos truncos
sin flor en la colina,
mi invisible presencia
desde la ciudad desconocida
esperará la noche
ya sin huella, felino cansado
como lago sin reflejo
vano espejo sin mi imagen
volveré a esta soledad,
sangre sin terror ni huellas,
a buscar mi soledad
que era silencio de silencios.
Y mientras la luna fosforescente
pasea su cráneo lívido
sobre el gran risco,
tus estrellas tiritan bajo,
mi voz su sonido aullará
en la noche con dolor de Medea
soledad, soledad,
eternamente en soledad
oh luna negra, mi negra luna
cuando apareces
a mí me asustas como a los perros
oigo el aullido de los chacales
gritando muerte
miro que surges de una mortaja
con tu maraña de pelos rojos
soy toda angustia supersticiosa
hasta mis ojos son sin pupilas
dos lunas lívidas,

blancos enormes que nada miran
luna que hubo en mi vida
cuando en errante gitanería
dancé descalza bajo tu sino
sin más vestido que tus cendales
de nubes ocres como el petróleo.
Volveré a esta soledad,
sin sangre, terror ni huellas
a buscar mi soledad que era silencio
con silencios hecho,
una larga quietud sin eco
bajo el tiritar de las estrellas
mi canto estéril
como una estrella ha de morir.

II

Insondable la noche
sobre un lago sin reflejo
como vano espejo sin imagen
que retrata la nada
y los gemidos del aire
quiero mirarme en ti,
con tu nada y mi nada
surgir hecha carne
y volver a encontrarme
la soledad de siempre
y de nuevo sentirla.
Vendré huyendo
del estruendo de fantasmas
a buscarte entre las sombras
de mi antigua soledad
y del ruido de las almas
donde tú eres dulce amigo
que no mira la pobreza
del que asiste a tu festín
y regalas con tu sangre
al que brinda en tu gran mesa,
es manjar tu propia carne
un maná que hace inmortal
lo regalas al que busca
tu palabra y tu sonrisa
que es tesoro de perdón.
Extranjera entre las almas
yo no entiendo ni los salmos
que te canta tu ciudad,
me es ajeno hasta tu nombre
he perdido tu palabra
en la nueva soledad
donde todos te conocen,
me he perdido de tu casa

voy huyendo de tus ojos
pues me humilla tu piedad.
Cuando sea total ausencia
ya sin tiempo ni fatiga
ni preguntas, sin angustias
ya sin rencor ni ruegos,
campanada en un páramo
disecado cauce amargo
mi garganta túnel hueco
desangrado de gemidos
con mi lengua ya en reposo
como un grito convulso
en que duerma la serpiente
de mi lengua estrangulada.
Ya sin rencor ni ruegos
buscará mi soledad
mi invisible presencia
con su carro de angustias,
yo no puedo ver tus ojos
me he borrado de tu casa
por un pobre goce ruin.
De tu mirada me escondo,
tras la vid y hasta la higuera
tu llamada me persigue
con un ruego hecho sollozo
que envenena mi placer,
tu dolor es infinito
no merezco que me busques
he olvidado tu redil
traigo ciegos los dos ojos
vengo herida hasta morir.
¡Cómo puedo ya decirte
que me asfixio sin tu luz,
que te siento en mis arterias
y tu ausencia es el motivo
de mi hastío de vivir,
y aun contra mí misma
eres tú mi roja sed!
Llevo un grito aquí en el alma
sola sombra de mi sombra
realidad ya sin presencia,
un espejo sin imagen
rota lira de vencida
sobre un lago sin reflejo
invisible de presencia
con la sangre ya sin huellas
y la boca en el secreto
de ciudad desconocida,
campanada que persigue
como un canto hecho sollozo
el azul de tus pupilas

para siempre hechas silencio,
fuga henchida de misterio
flor robada de una estrella
o del carro de la angustia
con las horas a mi encuentro
en ciudad desconocida,
pequeña como mi cuerpo
cuyas puertas pavorosas
abrió mi último latido
en la ciudad oprimida
sin luz y con seis murallas
que aprisionan mi reposo,
túnel hueco y desangrado
sola sombra de mis días
realidad ya sin presencia.
¡Ay, ciudad desconocida!
Yo ingresaré en tu misterio
sin bagaje de futuro.

III

¡Ay, ciudad desconocida,
cuando sea total ausencia
ya sin tiempo ni preguntas,
vendrás a la muerte
sola sombra de mis días
realidad ya sin presencias
con la sangre ya sin huellas,
fuga henchida de quietudes
y la boca en el secreto
en ciudad que nunca he visto!
Con murallas que atraviese
a cuya puerta terrible
llamó mi último latido,
en la ciudad oprimida
oscura con seis murallas
que aprisionan mi reposo,
en túnel hueco y cerrado
entraré como extranjera
indefensa y mutilada.
¡Ay, ciudad desconocida
que soñé como de sueño
y en mi nido de silencios!
Me sorprenderá al arribo
un estruendo de fantasmas
alaridos en el aire
con su carro de zozobras
el lamento de mis horas
desgranadas de gemidos
largos días a mi encuentro
avalancha de segundos

turba de minutos vanos.
Reclamando su destino
vanos días de mi abulia
torvas noches de miseria,
ciegos ángeles en fuga
los lamentos sin consuelo
como manos sin limosna
y el tumulto de las almas
que yo misma ofendí
ya no quieren mi piedad.

IV

Ay, las flores que no quise
y las aves que no amé,
el amigo traicionado
y la frente que no besé,
la plegaria que no dije
esperanza que no tuve
la ternura siempre ausente
los sollozos en mi puerta
el ideal roto y maltrecho
y las voces disecadas
con promesas sin origen.
Oigo el canto de los gallos
sordo ruido de lo falso
en grotesca mascarada
de mentiras que sostuve
en chirrido de cristales
un zumbido que agiganta
el clamor desesperado
de las frases de perfidia.
La piedad que nunca tuve
vuela herida de cristales
y mi boca desdeñosa
en un grito de impotencia
la trompeta que me anuncia
es ya tarde, ya es tarde.
La muralla me aprisiona
mudo abrazo de cerrojos
bajo el mármol de mi loza
y en mis huesos desprendidos
cruje un ruido de fantasmas
como golpes de martillo,
tiempo nulo ya impotente
esqueleto empobrecido
que viró en danza grotesca
mudo abrazo de cerrojos
bajo el mármol de mi loza
seis murallas que aprisionan
secos huesos desprendidos.

Vida, polvo
tiempo y cifra
rudos golpes de martillo
sobre carne ya sin tiempo
sobre sangre vuelta tierra
tardío lloro de las almas
añoranza de las horas.
Volveré, huyendo del fragor
de fantasmas entre sombras
de mi vida y de mi sangre,
mi quebrada soledad
pardo fruto de silencio
con los tímpanos abiertos
los párpados destruidos
y el pasado interrogando
en la noche abominable
que repasa mi existencia
cuando cumpla mi condena
y regrese nuevamente
a mi antigua soledad,
estallido de trompetas
los añicos de mi polvo
resurgiendo de la nada
aleluya de mi carne
en su nueva integridad.

1951

DURANTE TRES MESES NO TENGO MANOS

Durante tres meses no tengo manos
(voz, sí, tú tendrás oídos y manos).

27 de septiembre de 1951

VERSOS SUELTOS

Mi canto estéril como una estrella
tiene quietudes de almas sin eco
un fatalismo de agua del Nilo
que es de silencio con silencio hecho.

INSONDABLE LA NADA

Insondable la nada
sin *pupettas* se busca
las cuencas vaciadas

hacia dentro en la angustia.
Oh infinita fatiga
este horror de encontrarme
de palpar que yo existo
cual existen las peñas
cual existen los astros
al borde del vacío.
Qué pavor de tinieblas
el sentir que se vive
qué temblor en las almas
al saber que se existe.
El vacío circunda
mi interrogar doliente
medito, tiritando
la verdad intangible
de ciegos espejismos.
Caña quebrada he sido
zarpazo de la duda;
y pregunto a la sombra:
¿frío de alas angélicas,
frío de eternidades
la inútil continencia,
cansancio sin descanso
mis ansias de blancura?
¿Ser ya un fuego marchito
y fundirme en la muerte
con mi lívido rostro
asido por la nada?

A MI PADRE (1)

Si de nuevo tus párpados helados
se agitaran en danzas de alegría
con áurea de perfiles diamantados
la noche sobre mí ahuyentaría.
Alondras de cristal que enmudecieron
al borrarse las flores del granado
al fugarse el torrente en que murieron
las quejas de tu ayer apasionado.
Si tuvieran retorno los instantes
y volvieran los cantos hechiceros
a tus labios fragantes
así como tornan los luceros
igual que vuelven los amantes.
Si pudiera encontrarte nuevamente
espiga de un dolor desesperado
el beso que soñé sobre mi frente
cerraría la herida del presente.
Gemiría como un viejo Mastín

buscando en las huellas de tu sombra
y en tu ausencia sin fin
la caricia que huyó y no lo nombra.
Si de nuevo tu boca me nombrara
de rodillas mi corazón pondría.

Diciembre de 1951

A MI PADRE (2)

Primer soneto

Si de nuevo tus párpados helados
se agitaran en danzas de alegría
la sed que me destruye saciaría
bandada de cristal sobre mis prados.

Y a tu aura de perfiles diamantados
el beso que soñé le arrancaría
el beso que no vino a mi agonía
espiga de dolores sepultados.

Y mi ciego rencor que no te nombra
buscaría en las huellas de tu sombra
tu caricia que huyó tras el lucero.

La alondra de tu voz que fue promesa
de arrullar en tus brazos mi tristeza.
¡Si de nuevo tus párpados que espero…!

Enero de 1952

EL ECLIPSE

Con una negra mantilla
la luna cubre sus ojos,
la luna lleva corona
de azahares con heliotropos.
¿Dónde andarán tus lebreles
sedientos como los osos,
buscando irán por la niebla
sangre en tu anillo ya roto?
¿Dónde andarán los luceros
viuda de negros tesoros,
luna de amantes y hechizos
pálida luna en despojo?
Raudo en cometa muy rojo
ya se perdió en la montaña,

llora llorando lloroso
llanto que ciega la noche
lloro sin fin como el opio.
Se te desangra la cara
y tu crespón es sollozo,
ya no lo encuentras tú misma
besa otra boca en el soto,
lleva otra angustia encendida
ya es un amor sin retorno.
Tu negro plinto de viuda
nunca hallarás ya el reposo.
¿Qué es lo que hará Sicomoro
hoy que la luna se casa?

11 de enero de 1952

ABSTINENCIA

Porque en mi triste castidad enjuta
he sentido en la noche cómo estrechan
silenciosas orugas que me acechan
con ojos invisibles en la gruta.

La lujuriosa flor de ácida fruta
con los siglos de ausencia me pertrechan
de ramajes de hastío que sospechan
crisálidas de mal sobre mi ruta.

Con terrífica mueca en mis entrañas
corona de cien buitres me circunda
y en vendaval de soledad me dañas.

¡Oh pálida virtud tan infecunda
en tu regia altivez con que me engañas!
¡Con un grito de amor se te confunda!

12 de enero de 1952

DIVAGACIONES

Bajo el sudario de alas de cuervo
hay en la noche fantasmagórica
una locura de embrujamiento,
será el retorno de un alma ausente
quizá el regreso de amados muertos
viejas ciudades que nadie ha visto
cárcel del aire mi pensamiento.
Notas de un arpa que no se escucha
sopla la noche su gran secreto,

los nubarrones semejan nidos
de sangre negra, presentimientos
con que se entinta la azul tiniebla
mientras la luna fosforesciendo
pasea en la noche su cráneo lívido,
más silenciosa que real espectro
bocas en llanto desde el abismo
sopla la angustia sobre el silencio
extiende el río su helado lecho
en fermentado cauce de musgo.

15 de enero de 1952

DERROTA

De mi albura de ayer ya sólo me queda
como pobre jirón de tus derrotas
confusa soledad de ramas rotas
y un ángel que solloza entre la seda.

Tu antigua castidad de blanca greda
degollada paloma con que azotas
las tinieblas del mar en donde flotas
como herida hecha cruz en su ala leda.

Amargará tu boca desolada
mutilado el plumaje entre la bruma
los sollozos de sol en desbandada.

La danza de coral sobre la espuma
tu vida en aridez de roca helada
tu albura de jazmín que ya se esfuma.

24 de enero de 1952

LAS MUERTAS

El hielo sin piel de los ausentes
con la lluvia de cal sobre sus huesos
crepita en orfandad bajo los besos
del musgo hecho cristal sobre sus frentes.

Con las bocas cautivas y silentes
devoran la ceniza de embelesos
que en quimeras de ayer bajo los brezos
agotaron la sed de sus torrentes.

Su esqueleto borroso se rehúsa
a fundirse en el aire como un grito

sin sombra ni perfil tierra confusa.

Sin carne ni color, polvo marchito
afán por existir con ansia ilusa
retienen la silueta en infinito.

25 de enero de 1952

YO LLEVO UN ÁNGEL TRISTE

Yo llevo un ángel triste
un ángel que agoniza con mi duelo,
la pena que me asiste
lo clava en escalpelo
herido en el fracaso de su anhelo.

La hiel con que se nutre
la sed que me consume
es este tiritar sobre mis llamas.

OLVIDO

Por los huecos aristas del olvido
con su amargo cortejo de despojos
tras el fatal estigma de cerrojos
regresa de mi ayer, pájaro herido.

La alondra que soñé para mi nido
en sombras se quebró sobre mis ojos
con la inmensa oquedad de abismos rojos
y los cantos de ayer en alarido.

En el vano regreso hacia la nada
su pupila insomne no me alcanza
es de frío cristal su boca helada.

Extranjero al ocaso en llamarada
con el fuego de ayer sin esperanza
ya no sabré el color de su mirada.

27 de enero de 1952

MELODÍA DE MUERTE

Cuando era sola esencia del deseo
y en un vientre hoy marchito
un frágil aleteo
el ancestral estigma de ser reo

germinaba en mis huesos.

Enraízan en la muerte
las furias que cabalgan en mis venas
rojo polen que vierte
herida de cadenas
en hondo sollozar de las arenas.

Los surcos de la frente
son las flechas señeras de un ocaso
que en la angustia demente
se rinden al abrazo
de misterioso *fátum* de fracaso.

Veneno de simientes
engendradas en sangre de pantano
largas llagas dolientes
tristeza de gusano
dolor de aniquilarse en polvo vano.

De preguntas me preña
el silogismo errante que se fuga
eternidad que sueña
la inquietud que subyuga
¡inmutable el silencio de la oruga!

30 de enero de 1952

SINFONÍA DE MUERTE

Verdad indestructible
tatuada por el tiempo sobre el barro
con la sangre finible
bajo un sino en desgarro
en sórdido desdén por un guijarro.

El mundo en que se abisma
es caduco espejismo en que sucumbe
el gozo del carisma
engaños en trastumba
de efímeras potencias en derrumbe.

Señora del arcano
esclavos de tu reino te interrogan.
¿Tu destructora mano
los mástiles ahogan
las tinieblas de horror en donde bogan?
¿O acaso nueva forma
reedifica en el polvo de sus huesos
con la suprema norma

que guardaría ilesos
a su sangre y su espíritu hoy opresos?

¿Y retomarán su alma?
Y los cuerpos fundidos en tu sombra
¿alcanzarán la calma
con la voz que te nombra
a la altura de Dios en luz que asombra?

25 de febrero de 1952

VERSOS SUELTOS

Pero no habrá reposo para el hombre que pasa
porque la antigua aurora repetirá sus gritos
pedirá siempre el árbol la savia de su vida
y el aire clamará por sus cálidos nidos.

25 de febrero de 1952

LA INFINITA CADENA DE MIS MUERTOS

La infinita cadena de mis muertos
reclama el eslabón de mi existencia
un esqueleto más en su impaciencia
como será una arena más en su desierto.

Su grito quiebra ya mi paso incierto
remeda a los vivos la vida la inocencia
y voz hacia la voz con sed de ausencia
mi polvo va hacia el polvo de lo yerto.

Con el don de vivir vuelto suplicio
en la dura renuncia del asceta
mi copa en plenitud es un cilicio

y el ansia del vivir una saeta
acuda al corazón como a un resquicio
por donde he de fugarme hacia la meta.

5 de marzo de 1952

GITANERÍAS

RIP (Para E. G.)[1]

Mi palabra en vendaval
soplará sobre tus ruinas

y el grillete de tus lianas
crujirá como la yesca
que se incendia de esperar.
Lloverá sobre tu fragua
un rencor hecho ceniza
aprendido en el abismo
de tu cauce sin memoria
de tu estanque sin reflejo.
Triste sombra de una imagen
que se esfuma como nota
de una flauta ya sin trino
con el tajo de la asfixia
sobre un pecho que es de niebla.
La palabra coagulada
como el hielo entre los pinos
de floretes inviolables
envainados en la comba
de libélulas que duermen
con los pájaros del aire.
Corroída de nostalgia
irás voz desesperada
llorarás en el desierto
funeral de llamas lívidas
con el rostro de mi muerte
sobre el llanto de la cara.
Y el zodiaco inescrutable
de tu sueño enloquecido
anclará la ruin sentencia
en el filo de lo estéril
con un odio insobornable
en vorágines de hastío
con su brújula de sangre
desgarrándote el ocaso.

11 de marzo de 1952

YO SOY MI SOLA MUERTE

No soy la rotativa
crisálida de angustia
ni soy este destino
frustrado de holocaustos
con la sutil mentira
tradicional de engaños
ni soy esta añoranza
del hijo que no tuve
de nardos y luceros
la rosa de cien alas
con llanto en cada ojiva

ni soledad de náufrago
berreando luz amarga
de un faro inconsolable
tampoco sensitiva
mandrágora del ansia,
ni soy este camino
de valladar sin ruta.
Yo cuajo en el instante
que plasma lo finito,
alcanzo mi existencia
el SER que el hombre busca
robando del misterio
la realidad sin fraude.
Yo soy en esa hora
esencia de la esencia
tatuada en la floresta
de una infinita rama
colmada la pregunta
mi llanto anochecido
asciende hacia la altura
y surjo en sola muerte
absoluta e inmortal.
Yo cotizo mi vida
sin ayer ni mañana
palpando lo que he sido
soy cuando ya no existo
soy lo que ya no existe
yo soy mi propia muerte.

ATARDECER

La tarde es un sudario de amapolas
empañando el *teocalli* de esmeraldas
con géiseres de sombra milenaria
tendidos sobre un mar de trigos verdes.
La tarde se desangra moribunda,
calcinadas galaxias de obsidiana
pintando van el filo del abismo
con bruñidos dibujos en la escarcha
bordada de arabescos que tiritan
rasgando en orfandad su carne gélida.
La ensortijada melena que sacude
el pirul de racimos enlutados
dispersa en lenta lluvia de corales
el cascabel sonoro de sus frutos.
Le entinta con la savia de la noche
meciendo sus guedejas de Medea
con el viento que trepa por la cima
saturado de incienso de romero.

Cintilan las luciérnagas azules
con su brillante lágrima con alas
un átomo de estrella solamente
sobre el negro tan negro de la vida.
En los pinos la niebla se recorta
con su velo sutil de novia muerta
letárgico contorno que agoniza
penando por la sombra que se borra
asida al ataúd que está en la tarde
adorna de sollozos cada hiedra
resbala sobre el musgo que adelgaza
perdiéndose en la danza del arroyo.
Hora de hueca soledad que gime
su muerte en cada flor y en cada roca,
nostalgia por un sol que ya no existe
asfixia de hojarasca luminosa
borrada del confín como un ensueño.
Sin el verde la luz y el amaranto
sin el fluido aletear de las libélulas
ni el brillante copal de los ocasos
paisaje que se enluta de silencios
la idílica presencia de los riscos
solitarios menhires sin consuelo
con su eterna aridez de piedra antigua
tallando van la mueca de los siglos
centurias en quietud de eternidades
inmóviles al coro de los árboles
y al triste cementerio de amapolas
que envuelven en sudario cada tarde.

ME LLEGA TU PRESENCIA

Milagrosa
cual perfumado salmo gigantesco
en notas de paráclito salterio
y aleluyas de esquilas y tezontles
canta canto de vides y azucenas
mi valle de candor aniquilado
revive de rubores y de llanto.
Te miro a ti cuando eras niño
jugando con enorme catarata
que desflora entre peñas su torrente
y a tus manos que ordenan terremotos
tenderse hacia el cristal apasionante
acariciar la crin encabritada
que en un vuelco de espumas te rechaza
prefiriendo el abismo a tu ternura.
Veo saltar en un vértigo demente
las cuentas que tus dedos desgranaban

quedando tus pupilas en sorpresa
con sólo unos brillantes luminosos
temblando entre tus manos despreciadas
las gotas que salvaste del naufragio
resbalan por tu herida dulcemente
y tú lloras estrellas de contento
oscureces el sol con tu alegría.

TU VOZ

Mística sinfonía de esperanza
modulada en el alba de los trigos
con notas de paráclito salterio
y aleluyas de esquilas y cenzontles.
¡Oh perfumado salmo gigantesco!,
tu mágica canción es un torrente
melódico clamor de cataratas
enardecido grito misterioso,
con tu canto de vides y azucenas
mi valle de candor aniquilado
revive de rubores y de llanto,
solloza en el pinar la flor nevada
perdida en la nostalgia de su duelo
y un llanto de cristal perlas heridas
se vuelcan sobre el sol mis nubes rotas
incandescente voz de espumas diáfanas
musical claridad de alondra intacta.
Quietud en desbandada milagrosa
tu voz tu sola voz sin límite
prendida en esta angustia de misterio,
arrasando el pretérito de luto
el inútil calvario de luceros
erial de soledad inhabitado
consumido lagar de secas vides
donde sólo tu música augural
es tremulante címbalo de vida,
tu sola voz abrasadora
que incendia mi frialdad de ácido túmulo
mi hollado campo estéril consumido
por larga ausencia insomne acumulada
en este desamor que siega el trigo.
Tu voz eco de llamas clamoroso
incomprensible amor, amor sin márgenes,
tu voz frente al sollozo esquivo
tu voz frente al gusano, tu sola voz.

12 de junio de 1952

SOÑÉ QUE ESTABAS MUERTA (1)

Soñé que estabas muerta
sentí tu carne helada,
eran tus ojos dos flores amargas
en un hondo resquicio.
Tu pupila de ébano
la punta afilada
de un sable enemigo.
Las ojeras profundas
como dos pensamientos,
pétalos lívidos
tus violadas mejillas.
Tu boca
silencia y fermentada
saboreando la sombra
como un grito clavado
en la garganta
que se colmó de espanto.
Entre tus dientes
reposaba tu lengua
como culebra estrangulada.
Estaba tu pecho
lleno de tu ausencia,
era tu cuerpo botín de soledad
punto en que la carne duerme
y todo se detiene
un efímero momento.
Ánfora inútil
tu vientre amargo,
fijas las manos
como cisnes ahogados de hastío
con las alas quebradas.
Sólo era tu envoltura
carne desamparada,
columnas desengarzadas
tus muslos de pantera
estáticos lagartos
con dos garras sin origen
camino ni vereda
con huesos de ceniza congelada
conformes en dormir eternamente.

Julio 1 (11-03-49)

SOÑÉ QUE ESTABAS MUERTA (2)

Era tu piel de nieve una mortaja
habitada de ausencia,

tus dispersos cabellos eran alas
de enlutados cenzontles disecados
y tu boca fermento de cien llagas
era sola herida redonda.
Por un hueco resquicio en sombra vana
se perdían tus ojos
cual dos lívidos pétalos sin rama,
en un párpado abierto tu pupila afilada
como un sable enemigo
y sobre los estériles jacintos
de tus piernas heladas
destrenzadas tus manos
eran guirnaldas secas
de un dolor hecho olvido
que fue el grito de ayer vuelto a la vida.
Ya sin puerto camino ni vereda
huesos de ceniza congelada
conformes en dormir eternamente
en desierto sin sed, tiempo sin lágrimas.

ROSARIO SIDERAL MI DIOS DE SAL AMARGA

Rosario sideral mi dios de sal amarga
engarzado en las noches de mi insomnio
con fugaces estrellas sin destino
y extraviados luceros oxidados.
Soñar en este bosque de luceros
donde rosas gigantes se iluminan
con el aura encendida de los astros
y extraviadas manzanas sin retorno
de esquilas de luz se desintegran.
Soñar que somos dioses o libélulas
en viaje de inquietud hacia el olimpo
o indivisibles círculos concéntricos
que forman el abismo y son la nada.
Sobre el misterio inmenso del espacio
marcan huellas de sangre los meteoros,
y en cada cuenta anida algún sollozo,
y en cada estrella gime un sueño herido.
Por una luna hostil, falsa medalla
esculpida en los astros del pretérito,
quebraron sus diez luces los cometas,
dejando en aridez el cruel celaje.
Fatídica riqueza de mis arcas:
su aciaga plenitud de soles muertos
en vacuo desamor de los planetas
sin gloria en los misterios y sin salve.
Mi inconcluso rosario va en mis venas,
constelación de llanto que agoniza

tras leve cintilar de esquilas rotas
galaxia en soledad que se desgrana
con la trágica cruz que cierra el día.

5 de agosto de 1952

AHORA SIN TI SOLA Y ROTUNDA SELVA

Ahora sin ti sola y rotunda selva
sello la puerta
eres mi jardín bosque sin muerte
verde olivar ebrio de sombra,
róbale al sol su llama
fíngete flor cisne níveo serpiente páramo.
Hojas de cal lucen tus dalias
iluminados son ramos y cantos
diabólico eslabón encadenado
con sed de recordar que no se calma
reconstruyendo el rostro y la sonrisa
el color de la tarde o las palabras.
Memorias que se arrancan del olvido
la noche en que tu sombra se alargaba
como delgada esfinge sobre el mar,
noches de añil visto tras la mañana
amanecer de asombro en las pupilas.

5 de agosto de 1952

DEL HUECO DE LA NOCHE SUBE UN OLOR AGRESTE

Del hueco de la noche sube un olor agreste
y los leños enjutos enseñan sus canillas
como si alguien hubiera lavado un camposanto
o como si un viento tardío desnudara la tumba
hollando indiferente el hogar de los muertos.

Arriba las estrellas tan borrosas y exiguas
con las rosas gigantes de una rama
que oscila en la selva sin fin de los espacios.
¡Oh pájaros de luto de solitaria muerte
y canto nunca oído,
aterradas criaturas sin regazo!
Qué piensan de la noche,
embriagadas de palabras de efímero sentido.

Piedra sepulcral hermana de una esfinge
los corazones exhaustos maldicen la esperanza
voy por dentro oscuro y es una tormenta doble,
es tu jauría de luto aprisionada

en el lóbrego marco de mis venas,
llevo en el pecho un hueco abismal como la nada
por ojos dos pájaros negros
y la boca hermética como caja de caudales
igual que la que enseñan los muertos.

Aquí donde el olvido, caduca flor de sierra,
destruye los fantasmas en la boca del aire
en los labios del aire, con el llanto del aire.

1 E. G. posiblemente se refiera a Emma Godoy. [Nota de Luz María Díaz Dueñas.]

Cuaderno 2

Si este libro se perdiere,
como suele suceder,
ruego a quien se lo encontrare
que lo sepa devolver.
Y si no sabe mi nombre,
aquí lo voy a poner:

Nombre: Pita Dueñas
Nacionalidad: Gitana
Domicilio: Sadi Carnot 115, México, D. F.
Estado: Patológico grave
Ocupación: Vagancia
Señas particulares: Muy muy tontita y muy muy “creída”

Poemas extraordinarios
MÉXICO, 1950

Aquí empezarán los
POEMAS NEGROS de
Pita Dueñas

PLEGARIA

¡Ay, Señor, salva mis ojos
del crematorio derrumbe!
Agua lustral de belleza
los redima de sus nupcias
con el dolor y la noche
lavados ya de terrores,
serenos Dios mío serenos
al fin recorran mis horas
e interroguen a mis días
vencidos ya los pavores
que crecen en la hora parda
como aullidos infinitos
de los perros macilentos.
Ser dos ojos solamente
ojos de sabiduría.
Como fuego de San Telmo
ojos floten por el mundo
vaguen montaña a montaña
a gozar lo que ignoraron
y a amar lo que no supieron:
absorberse en el paisaje
de remolinos nubosos,
blancos de perla engarzada
en la garganta del cielo
y ver cómo el mar se bebe
con sus labios de occidente
copa de vino llameada
que desborda en sus cristales.
Para arrancar del secreto
al sayón enmascarado
que en cuatro puñales negros
me enclavó sobre la cruz.
Para saber por qué necia

apagué toda luz tierna
la débil flor de mis frutos
triturando la simiente
hasta sangrar la raíz
y reconstruir el instante
en que llegó la jauría
donde mi rama de azahar
y llevar a luz la causa
que envolvió en crespón de luto
el iris de mis diamantes.
Ay contemplen mis despojos,
vean mi pobre vientre estéril
hinchado tambor con sones
en muertes vivas que estallan.

Marzo de 1951

EL ALMA ME OLÍA A JARDÍN

El alma me olía a jardín
dulce naranjo florido
de soledad fue mi infancia;
yo no supe si me amaron
me forjé mi mundo propio
lo hice con trozos de cuentos
y el plumaje tembloroso
de un ensueño de colores.
¿Contra quién el anatema?
Hay dos filos en la espada
que me duele al que le hiere
y también me hiere a mí.
Si bien sé del cataclismo
que me cegó los dos ojos,
¿qué importa que hoy descubra
la sacrílega pedrada
que me derrumbó por dentro?
Si mis manos ya no existen
y mis labios no se ven
ya soy sólo mi sudario
y mi grito es sin sonido.
Hoy mis venas ya no guardan
tibio coral derretido
son hoy acueductos de pus.
Ya mi vientre está manido
y mi corazón de cáncer
que saltaba como el pecho
de una cierva enamorada
es un jirón de la asfixia.
Yo ya toda soy de nada

¡para qué quiero los ojos
que no sea para llorar
amargo llanto de siglos
llagas sobre mi eternidad!

VERSO SUELTO

Las coquetas pitayas con su antifaz

Mayo de 1952

PLEGARIA ÚLTIMA

Señor cuando llegue la hora
en que pierda tu presencia
¿borrarás tu semejanza
destruyendo hasta la imagen
en que me forjó tu amor?
¡Te quedarás impávido
absorto frente a mi muerte
como la estatua de sal!
¡Dios no has oído a los muertos!
Si yo soy la obra maestra
de ti mi escultor supremo,
si yo he sido el recipiente
que tu espíritu guardó.
Señor bórrame de esa hora
si para encontrar tu rostro
es preciso que yo muera
porque tú no me concedes
el quedarme yo dormida
como la mujer de Lot.
Que me despierte tu beso
cuando haga trizas el aire
la gran trompeta de Elías.
Mi Dios ¿será posible
que permita tu dulzura
a mi carne Templo Vivo
confundirse con el fango
si yo soy tu obra maestra?
¡Cómo es que me derrumbas!
¿Qué ya no es bastante muerte
el tener que envejecer?

PLEGARIA EN LLAMAS

El grito de tu ausencia me desgarra

paisajes sin tu rostro son la nada
vibrar sin tu presencia es el vacío
desolada tristeza tu silencio.
Regreso por la sed que me traiciona
quebrada soledad de mi desierto
en un oasis de llanto no me sacio.
La ciudad encendida ya he dejado
por no verte la sangre perder
ser yo misma tus clavos me aterra
con mis manos brindarte la hiel.
Soy aerolito en llamas desprendido
de un planeta de sol
mi piedra va candente todavía
un fuego de Luzbel que no se pierde.
Y si mi hora de llamas está en la cima
añoro ser ceniza o derretirme
que caiga ancianidad sobre mi lumbre
el tronante rojo es una llaga
un río de cocuyos encendidos.

REGRESO

En la noche de pámpanos y lotos
el horizonte rojo es una llaga,
un río de cocuyos encendidos
se asfixia en el cristal de mis arterias
y traigo el vientre lleno de cantáridas
temblor de chuparrosas en las manos
y nostalgia sin fin que me enloquece.
Regreso por la sed que me traiciona
quebrada soledad de mi desierto,
en un oasis de llanto no me sacio
soy yo misma —la sed— el puñal que me desgaja.
Un toque de violines encendidos
extermina la danza de bacantes
y el canto de los pájaros se ahoga
al grito de la ausencia que desgarra.
Desolada tristeza este silencio
paisajes con el rostro de la nada
ahondando la presencia del vacío.
Añoro ser ceniza o derretirme
que caiga ancianidad sobre mi tumba.
Desolada tristeza es el silencio
ausente de tu voz y de los pámpanos
paisajes con el rostro del vacío
rodando alucinantes a la nada.
Terrible soledad de los olivos
me muero por la estrella de tus manos,
granate que arranqué con mis puñales

panal que destrocé con siete garras
si mi boca de tierra los recoge
y se bebe el joyel de sus entrañas
aun antes que el incendio me consuma
retornaré al redil de la montaña.

10 de mayo de 1951

A LOS ALEVOSOS

Ya no había preguntas
en la ciudad sin voces
estaba al descubierto
formidable la verdad,
derretíase la duda
como uva en el lagar,
ojos desorbitados
ahogados en asombro
saciados del misterio
los párpados insomnes
en la contemplación,
mil bocas en el grito
que ya pintó Siqueiros
con un eco de llanto
hasta el duro-mismo corazón.
¡Manada temblorosa
de pálidos reptiles
vencida por lo enorme!
¿Qué has hecho de tu ciencia
que pasa a tu porfía
si altivo levantaba
tu hocico de gusano
ensayando teorías
para poder negar?
¿Qué sientes hoy que miras
su Rostro Soberano
ridícula osadía
del ser, sin su presencia?
Sólo eras pobre topo
que chapoteaba hambriento
en las sucias entrañas
de tu propio muladar.

Era de humo tu fuerte
la torre de ceniza
orgullo de tu mente
¿y qué es lo que sabías
cegado en tu soberbia?
“Existo porque pienso”
tu orgullo así decía

y hurgabas en la noche,
negabas la verdad
persiguiendo tu aullido
de lobo atormentado,
huías irredento
sabiendo que perdías
a cada nuevo intento
de separarte de él
de no encontrarte en él.

Adónde te llevaba
tu réproba anarquía
pavesa de cerilla
para alumbrar tu noche
escritos en tinieblas
abortos de la duda
que al llanto te condenan
en maldición eterna.
Ya está tu boca lacia
colmada tu medida
tu mueca de serpiente
es la blasfemia muda
que ya grabó la muerte
sobre tu estirpe rota-roja.

Guanajuato, 3 de mayo de 1951

BAILA GITANA

Ya nada llevas color de luna
ya todo sabe a mar de cicuta
con tu corona de azahares negros
trágica novia de bacanal
llevan tus manos la estrella rota
muerde tu boca yesca y zarzal.

Bosque de cítaras encantadas
soplan los faunos perversidad.
La noche es pulpo de siete bocas
catorce brazos para bailar.
Desnudo el cuerpo de Sulamita
baila tu danza de roja sed.

Bebe tu noche el día no existe
que nunca he visto corales blancos
ni a los jacintos color de mal
ni supe nunca yo envenenadas
tus castas aguas de los torrentes.
Baila gitana, goza tu danza.
La noche es corta, se va la luna

gritos de sangre hay que saciar.

Vive tu danza loca gitana
que hay un cadalso mismo cadalso
por el abrazo de siete bocas
o soledades de noche torva
que es doble culpa la siembra estéril
de tu denario bajo el zarzal,
que traigan odres y enciendan ostras
rompa cristales sangre sin ley
arda tu noche el día no existe
es corto el tiempo para llorar.

Octubre de 1950-mayo de 1951

OH SOLEDAD, SOLEDAD

Oh soledad hermana de la muerte
un pozo de silencios te sepulta
mudez aterradora y desolada,
sentir que no se vive entre las vidas
saber que no se es muerte
entre los muertos.
Desolación de estrellas y desierto
un eterno interrogar de las pupilas
plomo en el corazón y odio en el llanto,
sollozo que derrite inexorable
a la agónica hermana de la muerte
fundirse en el hastío de las horas
que ruedan inmutables a la nada.
Ay no tener destino ni cabida
ser un latido inútil que se pierde
la gota solitaria que se esfuma
de un ánfora de bálsamo escondido
quebrada en un desierto de guijarros.
Quedar agazapada en el camino
con dolor de cadenas en las manos
esperando tan sólo la partida
de un lugar de tortura sobrehumana.
Elíxir que se esfuma en la llanura
el olvido de Dios y sus criaturas
en la ausencia sin fin de las estepas
los sueños van cautivos del hastío,
sólo el dolor se agranda como el eco
en un grito de llamas que retumba
cual cráneo que rebota en el abismo.
Oh soledad
silencioso ciprés de llanto verde
sollozo del hastío inexorable,
tu angustia es no volar de tus raíces

que beben en sepulcros podredumbre.

10 de mayo de 1951

NARCISO

Te has perdido el paisaje
que en el alba florece
por quedarte en ti mismo
y en el fondo del agua.

Junto al llanto del sauce
tu perfil se refleja
desolado arabesco
sobre un manto de arena.

Eres grito en el aire
cincelado en el viento
tus pétalos de ausencia
los devora la bruma.

Curvado sobre el risco
te sorprendió la alondra
pasaron los luceros
llamándote a la vida.

Las colmenas cayeron
como lluvia dorada
y gritaron tu nombre
el pinar y la espiga.

Pero viaja la tarde
y a tu talle de cirio
lo amortaja la niebla.

Junio de 1951

MOISÉS

Sin milagro
en la roca estéril,
sordo al verbo
lloraba el profeta
su minuto sin fe.

Corría su llanto
como rojo hormiguero
y un hilo sangriento
como herida enorme

manchaba el Valle.

Desamparado Moisés
solo en tu niebla
solloza fiero tu pecho,
quiebra ciego a la tierra
que no nació para tus ojos.
Cuarenta años amargos
en el desierto
gloriosa trompeta del Sinaí
es tu plegaria
un trino que agoniza.

La vara rota
sangra en el aire
como un león herido,
su vara sola
frente a la tribu fantasmagórica.

PERDIDA EN TI

Perdida en ti
sola y rotunda soledad
su ausencia y yo
frente a la muerte,
diabólico eslabón encadenado
con sed de recordar
que no se colma
reconstruyendo el hastío
y el color de la tarde.

Cárcel del aire
en soledad sin sombra
es una daga mi pensamiento,
espejo sin margen
un lago sin reflejos.

LAS MAGNOLIAS INMÓVILES

Las magnolias inmóviles
eran cirios dormidos
sobre cien candelabros
de esmeraldas tejidos;
esperaban la noche
con su polvo encendido.
En la charca cuajada
de pupilas de grillos
el incienso del monte

saturado de pinos
retozaba en las ramas,
dibujaba en el agua
la silueta del viento
mientras yo te esperaba.

Y llegaba tu ausencia
con su llaga y su grito
amasaba el paisaje
huracanes de frío.
Ay tu ausencia tan mía
con torrentes de frío
sollozaban las hojas
desmayábase el trigo,
alas de mariposas
negras alas del río.

II
Variaciones del mismo tema

La cita triste[1]

Diciembre 8 de 1933

Ella lo había visto permanecer, en aquella esquina, horas enteras de pie, constante y silencioso, aferrado a su esperanza.

Acabó por acostumbrarse a su presencia y serle familiar como el poste, el fresno y el pueblerino kiosko en donde había de todo como en una caja de sorpresas.

Igual que en los cuentos, aparecía repentinamente para desvanecerse luego en forma inexplicable sin que la adolescente hubiera logrado nunca verlo llegar ni alejarse.

El hecho insólito de que aquel extraño esperara por ella le había producido sorpresa y también un terror inconfesable. Lo consideró un intruso en el campo de sus sueños. No lo esperaba ni lo deseaba todavía. Aunque llegaba ya a los dieciséis años, su existencia transcurría en un mundo fantástico creado por ella donde todo era irreal, embriagado de su pensamiento.

Aquella tarde, a través de los cristales, lo miró con rencor culpándolo por romper el curso lento y apasionado de sus pensamientos y haberle regalado la inquietud cuando se vive una literatura bebida a sorbos sedientos de versos, héroes y sueños, de un río inagotable que no saciaba nunca.

Bajo el alero en sombras de su ventana vieja, hosca lo maldecía. ¿Quién es? ¿Qué quiere? ¿Por qué me turba?

Acosada por su presencia, siempre sin falla, deseaba la noche para borrarlo, para olvidar que había cosas hondas y extrañas, hechos enormes y misteriosos con los que nunca quiso enfrentarse. ¡Era tan grato no pensar! ¿Por qué robarle su dicha buena?

Había nacido inadaptada, soñadora hasta el absurdo. Huyendo de sí misma sin realidades posibles, la lógica era una palabra vana, aniquilada en su cerebro. Sin aceptar su destino, en fuga continua, era una herida violenta el solitario despertar de su adolescencia.

Cuando al fin él se marchaba, ella, febril, huía a la pequeña torre de la casa, único lugar que por inaccesible no era visitado por los suyos. Allí había situado su refugio. Una colchoneta vieja le servía de ajuar. Un pretil de ladrillos manchados y salitrosos sostenía su

colección de cuentos, versos y novelillas, un libro de viajes y siete vidas de santos; su único tesoro.

Allí, como si se trasladara al desierto, contaba con el mundo y se hundía en su vida de fantasmas. Amaba esas grandes humedades de signos dibujados por el moho, extraños mapamundis con mares sin memoria y borrosas siluetas de ciudades sin nombre; amarillos orificios que el sol fingía luceros o barcos dorados al alcance de su mano. Allí sentía como si al oír el aire le perteneciera y la ardiente luz filtrada y áurea fuera suya propia. Era su ciudad y su tumba. Como tigre en acecho, vigilaba su cueva donde atesoraba sus huecos sueños de viento arrancados de sus libros.

Los disturbios de su casa no podían alcanzarla hasta allí, la protegía la bóveda solemne como un quetzal de princesa. Allí era la señora de un alcázar que nadie le disputaba.

La anarquía de su hogar le facilitaba aquel escape continuo. Muy de cuando en cuando se dignaba bajar y ambulaba por la casa como un duende perdido, en un mundo inadmisible en donde la ignoraban por completo. No supo que era feliz hasta que el extraño tuvo la osadía de recordarle que tenía una existencia como la de los otros.

Cuando al fin aceptó una cita, lo hizo realmente con la esperanza de que después no volviera a buscarla nunca.

Lo vería al día siguiente. Escalarían el cerro de las llamas, que, por hallarse tan cerca, casi besaba los muros de la casa.

Sin disimular su extrañeza, él llegó puntualmente con el último sol de la tarde. El encuentro les produjo un azoramiento absoluto. El choque de ambas sorpresas les borró las palabras. Mas para ella hubo otra sorpresa estrujante. Ignoraba que él fuera cojo, que guardaba una pierna de palo su pantalón impecable, que ocultaba una mentira su zapato negro, y porque él leía sus pensamientos treparon en silencio, jadeantes y trágicos.

Más que una pena moral resultaba para él una tortura física el ascender por la empinada cuesta. Ella lo dejaba atrás arrepentida de obligarlo en semejantes condiciones a recorrer aquel calvario. Sudorosos y pálidos ascendían lentamente. Se hallaron de pronto en la vereda que presta descanso. Ella, siempre adelante, se volvió de pronto para pedirle perdón, pero una boca crispada y unos ojos altivos cercenaron sus palabras. Aumentó su confusión. Se aborrecía por su crueldad, por haber tenido la cobardía de humillarlo, por no volver atrás y refugiarse en su guarida solitaria.

Mientras él secaba el sudor de su frente, ella descubrió que poseía manos verdaderamente bellas y, por ello, un deseo inexplicable de acercamiento la hizo hablar con una voz que no era la suya y unas frases robadas a sus libros con el torpe esfuerzo, literario y rebuscado, de deslumbrarlo:

—Esta loma es mi preferida. Desde aquí se domina el valle; a la izquierda puede verse, como un puñal de plata, el lago de la muerte. No sé si será su nombre; yo así lo llamo. Cuando levanta la niebla, se agranda como una pupila enorme y después es una larga herida. Añoro las minas de cuarzo, lívidas flores inmóviles, aniquiladas en el silencio de sus jardines con sueño, donde las vetas enormes lloran la riqueza antigua sepultada en sus arterias. Aquí todos los caminos son huecos desiertos de plata. Sin embargo, este paisaje no me parecerá nunca triste. Vengo con frecuencia, casi todas las tardes. En casa nadie lo sabe. Yo encuentro consuelo entre los riscos.

Calló repentinamente avergonzada, mirando la expectante cara del muchacho; su silueta manchaba el horizonte y sus ojos oscuros con azul musgo. Hubo un silencio.

—Las rocas —continuó, esforzándose— tienen calor de caricia, besos de sol.

Pasó las piernas desnudas gozando la tibieza de las rocas. Atónito, él la miró como a una demente, casi con miedo. Contra la luz desvanecida, sus abismales ojos transparentes, azules, mensajes de lejanía, se inundaron de crepúsculos.

Bajo el vientre de los nubarrones la pareja se oscurecía, en tanto que el sol ausente abandonaba su rastro de ocre y fuego.

Las primeras gotas de lluvia resbalaron por las vainas de las mezquitas. Después descendió el agua en chubasco vertical. Apenas tuvieron tiempo de refugiarse bajo el tejado de un horno de ladrillo. La lluvia furiosamente lamía sus pies como una jauría de lebreles embravecidos, intentando morder la suela del zapato vacío. Un juego de relámpagos los entintó de ámbar. Se buscaron sus ojos. Cuando la miró, ella sonrió llena de ternura, pero él frunció más el ceño. Entonces, con un gesto parco e inocente, ella le acercó su cuerpo lleno de frío; en un gesto de perdón, él le tomó la mano vencido de tristeza.

Hubiera querido besarlo, cubrirlo con sus brazos, decirle que podía amarlo, pero no sabía ni su nombre ni el sonido de su voz. Esquivo y obstinado sólo miraba la lluvia en manantial sobre sus ojos.

Cuando una campanada languideció en la oscuridad, sólo un polvillo tenue bajaba como grumo.

Volvieron por la vereda, empezaron a descender. El agua corría en pequeños arroyos con un murmullo de lágrimas. El lodo fingía veredas blandas y pequeños oasis entre el musgo.

Aunque parecía imposible, él logró ponerse aún más pálido y sus labios amargos devoraron la distancia angustiados.

Resbalaba sin cesar, saltando sin tino como un animal perseguido. En el vértigo de su pena, chocaba con los troncos y con las ramas y era su rabia impotente una forma del llanto. Desbocado tras de su sombra sin poder darle alcance, se quebraba como un títere bajo la maldición

de su risa.

Aterrada iba ella tras él.

—¡Espera! —rogaba—. ¡Espera! Me da miedo la noche.

Pero su corazón era una piedra en la avalancha de rencor, de arenas, de hojas y de viento arrastrado cuesta abajo. Su meta era huir, huir de la niña esquiva, huir de su lástima, de su interrogación muda, desaparecer y que no le oyera más el grotesco compás de sus pisadas, que ella no escudriñara el telón miserable de su pierna ausente, que quedara ciego y cayera en el vacío más allá de sus renuncias, lejos, sí, de su boca y de su carne, de sus muslos gloriosos nacidos para la danza y la belleza, insultantes junto a sus rodillas abominables e impares…

Descendía en un vértigo, era un trineo enloquecido; el ruido de su carrera lo llenaba todo; piedras y guijarros en cascada estruendosa lo seguían como cabras al filo de los riscos. Acosado por la angustia, era un gemido construido de alas a la par del viento arrastrando su grito.

Bajo una lluvia de relámpagos, la rodada inevitable entre zanjas y guijarros, era un bulto fantasmal en carrera informe, indefenso y vencido; patinaba sobre el lodo.

Ya lejos se levantó tambaleante como un perro atropellado, confundiendo su miseria con el verdinegro de los árboles; se perdió en la noche, robado a la esperanza, mientras ella herida de sollozos alcanzaba su atalaya vacía en donde ya nunca amaría la soledad.

1 Del archivo personal de Guadalupe Dueñas. Texto proporcionado por Luz María Díaz Dueñas. [Nota de PRL.]

La cita[1]

Junto al Callejón del Agua que tuerce su angostura de grises empedrados ella lo había visto permanecer horas enteras de pie, constante y silencioso, aferrado a su esperanza.

Acabó por acostumbrarse a su presencia y serle familiar como el poste, el fresno y el pueblerino kiosko en donde había de todo como en una caja de sorpresas.

Aparecía siempre repentinamente, para desvanecerse luego en forma inexplicable sin que la adolescente hubiera logrado nunca verlo llegar ni alejarse.

Que aquel extraño esperase por ella le había producido sorpresa y también un terror inconfesable. Lo consideró un intruso en el campo de sus sueños. No lo esperaba ni lo deseaba todavía. A los dieciséis años la realidad lastima.

Aquella tarde, a través de los cristales, lo miró con rencor culpándolo por romper el curso lento y apasionado de sus pensamientos y haberle regalado la inquietud.

Bajo el alero en sombras de su ventana, hosca lo maldecía.

¿Quién es? ¿Qué quiere? ¿Por qué me turba?

Acosada por su presencia, siempre sin falla, deseaba la noche para borrarlo, para olvidar que había cosas hondas y extrañas, hechos enormes y misteriosos con los que nunca quiso enfrentarse. Resultaba tan grato no pensar. ¿Por qué robarle su dicha sencilla?

Había nacido inadaptada, la lógica era una palabra vana, aniquilada en su cerebro. Por aquella fuga continua resultó una herida violenta el solitario despertar de su adolescencia.

Cuando al fin él se marchaba, ella, febril, huía a la pequeña torre de la casa. Y como si se trasladara a un desierto, cortaba con el mundo hundiéndose en su vida de fantasmas.

Amaba esas paredes húmedas de signos dibujados por el moho, con extraños mapamundis de mares sin historia, y las tejas de amarillos orificios que el sol fingía ríos de azogue al alcance de su mano. Ésta era su ciudad y su tumba. La bóveda solemne protegía su universo. Sólo ahí el aire le pertenecía, lo sentía tan suyo como a las novelillas sin rostros que se apilaban silenciosas en el pretil de ladrillo.

La anarquía de su hogar le facilitaba aquel escape continuo. Muy

de cuando en cuando se dignaba bajar y ambulaba por la casa como duende perdido en un mundo inadmisible. Mas no supo que era feliz hasta que el extraño tuvo la torpeza de recordarle que ella tenía una existencia como la de los otros.

Cuando aceptó una cita, lo hizo con la esperanza de que después no volviera a buscarla más. Escalarían juntos el cerro cercano.

Con el último sol de la tarde, él llegó puntualmente. Su encuentro les produjo un azoramiento absoluto; el choque de sorpresas les borró las palabras; mas para ella el asombro fue doblemente estrujante. No sabía que él fuera cojo, que guardara una pierna de palo su pantalón impecable, que ocultara una mentira su zapato negro. Y porque él leía sus pensamientos, treparon en silencio jadeantes y trágicos.

Más que una congoja resultaba para él una tortura física el ascender por la empinada cuesta. Ella lo dejaba atrás arrepentida de obligarlo a recorrer aquel tormento. Sudorosos y pálidos subían lentamente. Se hallaron de pronto en la vereda que presta descanso. La muchacha siempre adelante, se volvió de pronto para pedirle perdón; pero una boca crispada y unos ojos altivos segaron su ruego.

Aumentó su confusión. Se aborrecía por su crueldad, por la cobardía que le impidió volver atrás a tiempo y refugiarse en su albergue solitario.

Mientras el muchacho se enjugaba la frente, la niña descubrió que él poseía manos verdaderamente bellas y, quizá por eso, entre su caos sentimental, se abrió paso un deseo contradictorio de acercarse al inválido con la palabra y alejársele con el deslumbramiento; así lo hizo con una voz que no era la suya y con frases pedantescas robadas a sus libros.

—Esta loma es mi preferida, con sus minas de cuarzo como lívidas flores inmóviles, donde las vetas lloran su riqueza antigua. Todos los caminos son huecos desiertos de plata. Sin embargo este paisaje no me parecerá nunca triste. Vengo con frecuencia, casi todas las tardes. En casa nadie lo sabe. Yo encuentro consuelo entre los riscos.

Calló repentinamente avergonzada, mirando la expectante cara del muchacho y esforzándose continuó pasando las piernas desnudas sobre la tibieza de las piedras.

—Las rocas tienen calor de caricia, besos de sol, amor de montaña.

Mientras él, atónito, la miraba como una demente, casi con miedo. Contra la luz desvanecida, aquella silueta manchaba el horizonte y los ojos abismales del enamorado buscaban vanamente en la lejanía el mensaje que agonizó en su boca, el coloquio encendido que ahora enmudecía de hielos. Todo era silencio.

Bajo el vientre de los nubarrones la pareja se oscurecía, mientras que el sol ausente abandonaba su rastro de ocre y fuego.

Empezaron a descender. El lodo fingía veredas blandas y pequeños

oasis entre el musgo.

Fue entonces cuando ella con un gesto tierno le acercó su cuerpo lleno de frío.

Hubiera querido besarlo, decirle que podía amarlo, pero no sabía ni su nombre ni el sonido de su voz. Él, esquivo y obstinado, rehusaba mirarla. Aunque pareciera imposible, logró ponerse aún más pálido. Angustiado resbalaba incesantemente, saltando sin tino como un animal perseguido. En el vértigo de su vergüenza, chocaba con troncos y ramas. Y era su rabia impotente una forma de llanto. Desbocado tras de su sombra, sin poderle dar alcance, se quebraba igual que un títere bajo la maldición de su destino.

Aterrada iba ella tras él.

—¡Espera! ¡Espera! —rogaba—. Me da miedo la noche.

Pero el corazón del muchacho era una piedra más en la avalancha de rencor, de arenas, de hojas y de viento arrastrado cuesta abajo. Su meta, huir, huir de la niña esquiva, escapar de su lástima, de su interrogación muda, desaparecer y que no oyera más el grotesco compás de sus pisadas, que ella no escudriñara ya el telón miserable de su pierna ausente. ¡Si se quedara ciego y cayera en el vacío más allá de sus renuncias, lejos sí de aquella boca, de aquellos muslos estatuarios y perturbadores, remos potentes para su tentación indómita, insultante duplo junto a sus rodillas abominables e impares…!

Descendía con el viento, como un trineo enloquecido; el ruido de su carrera lo llenaba todo; piedras y guijarros en cascada estruendosa lo seguían como cabras camino abajo. Acosado por la angustia, era un gemido en alas arrastrando su grito.

Bajo la lluvia de relámpagos, entre zanjas y riscos cual bulto fantasmal indefenso y vencido se arrastró sobre el lodo. Semejante a un perro atropellado, logró levantarse, escondiendo su miseria entre el verdinegro de los árboles. Así se perdió en la noche robada a la esperanza, mientras que ella, desgarrada de sollozos, alcanzaba su cúpula vacía en donde ya nunca amaría la soledad.

1 Publicado con el nombre de su hermana María de los Ángeles Dueñas, quien obtuvo con éste el primer premio del III Concurso Literario del Banco de Comercio, *Nuestro Banco*, marzo de 1955, pp. 12-14. [Nota de PRL.]

III
Tres apartados

Textos en desarrollo

Transcripción de los cuadernos
PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI
LUZ MARÍA DÍAZ DUEÑAS

Lo que le sucedía[1]

Julio 21

Lo que le sucedía era tan absurdo que ya no le buscaba explicación. Lo inconcebible cayó sobre su vida y, a los dieciséis años, envejeció de golpe todo lo que hay que envejecer.

Rápido, como estalla la enfermedad, pasa un accidente o llega la muerte; rápido, como se rompe un cristal o una vidriera, saltó de la adolescencia y se transformó en un adulto con todo el lastre de la desilusión.

Fue como si de pronto un bloque de hielo ocupara el sitio del corazón; a toda su carne la cubriera nieve de volcán; sus potencias fueran nulas y una fuerza diabólica destruyera sus actos.

Era sólo una bestia, un ser irracional con una capacidad de dolor inagotable; indefensa como una hoja y despreciable como una oruga.

Ella era aquella niña que hacía tres meses cumplió dieciséis años y devoró la escala de la desdicha con la gula de los desventurados.

No fue pretexto el que fuera huérfana de padre y viviera mimada por tres mujeres ancianas: su madre y sus dos tías; ni siquiera el cambio que experimentó su vida al conseguir el empleo en una oficina de gobierno; ni que la hubieran colocado en aquel departamento de viejos depravados que le dieron la impresión de ser una manada de lobos sin dientes, enjaulados en aquel cuarto sin luz donde languidecían en sus escritorios y las papeletas de Control permanecían semanas esperando ser archivadas. Ese departamento era como un lugar de olvido donde iban arrinconando a los que en otros países deberían estar jubilados. Sólo había una señora de edad con aspecto equívoco (de conseguidora), pero que era una buena mujer. Le dio consejos para que se pusiera lista y no permitiera abrazos, dizque de abuelo, porque todos y cada uno se sentía con derecho de protegerla por verla tan niñita. Pero los lobos cuando no tienen dientes son buenos y la vieja los obligó a comportarse honorablemente.

No fue por ellos, caducos pergaminos, sino porque un hado maligno se cebó en su persona.

Cuando llegó era graciosa, feliz e inconsciente en el sol de aquel cuarto sin aire. Sólo que un día, un día sin nombre, consiguió que

Enrique la invitara; aquel Enrique del que contaban cosas tan raras; tan guapo y que le parecía deslumbrante.

Su fama de niño rico que huyó de su casa para irse a vivir con una mujer divorciada con la que tuvo un hijo, y luego aquel carro costoso como el del ministro y aquel aire esquivo de inconquistable. Las enamoradas que tenía en las oficinas, sus trajes impecables y el sueldo que se olvidaba de cobrar eran demasiadas necedades para que una chica sencilla no fuera a enamorarse.

Y después de largas semanas de hacerse la encontradiza en los corredores consiguió, como un premio, la invitación soñada; pero no contaba con que el alma fuera a helársele. Al contrario de lo que pasa a los enamorados, la personalidad de él tenía algo gelatinoso. Era aquella boca dura, apretada como caja de candado, o tal vez las pupilas cargadas de desprecio lo que comunicaba el malestar; lo que llenaba y envenenaba de tono amargo la dicha de verlo.

Para conseguir su amor se sabía incapacitada, maldita, porque era monstruosa su emoción. El deleite de saberlo cerca ya era en sí un pecado que le cegaba las palabras y la llenaba de timidez abominable por su estrato inferior; la oscurecía y la estremecía como a una epiléptica. Por un extraño contraste, él se refugió en el odio y firmó en su corazón el pacto de crueldad con que la destruiría.

Lo rechazó con empeño, tirria, saña feroz; pero él, al hacerla su víctima, hacía uso de un derecho; como el que tortura a un esclavo. Desde la primera entrevista dejó planteado que era y sería el amo; al que hay que agradecerle un latigazo. Dejó bien aclarado que no ofrecía amor ni matrimonio para quien no consideraba de su rango.

Poseía una fortuna propia; un caudal de conceptos hirientes que aplicaba en carne viva. Una amistad impasible fincada en la tortura; tal vez viniera de una raza de esclavos en donde los más efímeros minutos amables tomaban dimensiones exageradas y lo cotidiano era el infierno.

Ninguna explicación lógica podía tener aquella renuncia a su orgullo. La ausencia total de dignidad formaba parte del suplicio. Si se hubiera vendido para que la pisotearan, éste habría sido su destino.

Nada estaba borrado, todo era tan vivo como inevitable, y a ellos nada les importaba no recuperar su propia alma. El crimen o la vida, todo por una sola palabra. La desesperanza no dejaba lugar al ensueño, pero sus dos abismos se atraían como a la yesca el fuego. Si ella era una pira ardiendo, él siempre sería un lago de hielo.

Todo parecía tan simple, tan vulgar y tan humano y era una lepra viva que a los dos iba desmoronando.

Su amor era un amor ingenuo, hecho de imaginaciones; de inventar escenas; de creer en príncipes fugitivos a los que no importa la pobreza; de novias que duermen y un rey las despierta; campesinos

humildes que un hada transforma, y jovencitas tristes que se convierten en mariposas. Todo era posible dentro de su mundo mágico.

Ella no era asequible a las historias adversas, porque muy joven contaba con la esperanza.

Jamás las entrevistas tuvieron algún sentido porque, si iban al cine, él permanecía mudo y ella de pronto se quedaba desierta; si a tomar un helado, la deprimía con su mirada de odio. Su insensato amor la entorpecía; volvía desmayada, torpe; le impedía toda actitud serena. Tensa, fija en su emoción, perseguida de esperanzas; sorda de latidos y de espera, con un sabor de llanto; arrasada por aquel amor maldito.

Nueva en la soledad y el desconcierto, se aferraba a un milagro.

Para los otros el amor era felicidad natural; su amor, en cambio, era un campo de crueldades; sádico refugio de un desesperado.

Perdía seguridad. Si al pasar él no le hablaba, doblada sobre el barandal, quedaba quebrantada como un hilacho, bandera de derrota.

Viaje funesto, irremediable.

1 Aunque estos apuntes quedaron inconclusos, es importante recuperarlos porque exponen el estado anímico de la autora y abren una ventana a su biografía. [Nota de PRL.]

María Antonia[1]

Marzo de 1954

1

María Antonia, hoy cumples cincuenta años; toda una vida triste; cincuenta años no vividos; un pasado de sombra, de inútil soledad. Humo y tinieblas. Espejismo. Todo perdido. ¿Qué piensas hoy, María Antonia?, hoy que no necesitas más que volar para morir. ¿Qué hiciste de tu tiempo? ¿Tuviste algún gozo que valiera la pena vivir? ¿Hubo un dolor tan hondo que te salvara del hastío? ¿Qué hiciste con tus sueños y tu soledad? Ya no hay tiempo ni aun para llorar. ¿Acaso valieron la pena tus ideales, tus renuncias y tu cuerpo baldío sin recuerdos?

María Antonia, impecable y fina, con tu mantilla negra y tu mongólica máscara, plasmada de austeridad y ausencia, en donde sólo tus ojos como heridas amargas descubren, a pesar tuyo, su infierno; o tus manos cuidadas, único resto de tu vanidad; manos rebeldes que no te pertenecen y soportan palideces de prostituta; manos de harén que te traicionan, languidez que te perturba.

¿Qué piensas, María Antonia, hoy que cumples cincuenta años?

Es grotesco que hoy quieras amar. Se acabó tu tiempo, eres semilla seca que nunca más ha de germinar. ¿Qué hado tan negro maneja tu destino donde al filo de la muerte tienes sed? El corazón envejece; el tuyo se ha quedado prendido en los dieciséis. Lo que te pasa no es ridículo, es desgarrador. Tú no debes querer amar; mírate la cara, escudríñate los surcos de la piel, asómate a tu cuerpo; aunque el daño te envenene la razón, descubrirás que el tiempo con su guadaña helada sepultó todas tus lunas bajo el espejo insomne de tu desolación. Tu sangre se coagula en los cauces confusos de tus arterias viejas, y el rubor de tu cara es una mancha triste, cárdena brasa tardía en tus mejillas flácidas. Porque no has vivido, piensas que la vida se te estancó por dentro y no oyes el derrumbe de tus horas perdidas, ni el llanto irremediable de tus primaveras muertas; te ahogas de renuncia, pureza y soledad.

Algo de Tartufo doliente y mísero te vigila la agonía y este dudar al último, cuando las quejas son nulas y las verdades tienen crueldad insospechada, penetra como puñales sobre la carne inútil y ya no quedan sollozos ni lamentaciones. Sólo hay un hecho enorme. La vida es sólo una cifra doble. Tu inventario es tan pobre: ni tus remordimientos suman, valen, abarcan un recuerdo.

Tu palidez de cortesana y tu andar felino que te traicionan.

2

María Antonia, ¿qué hiciste de tu tiempo?, ¿qué hiciste con tus sueños y tu soledad?, ¿con tu cuerpo baldío como un campo yermo? ¿Tuviste algún goce que valiera la pena vivir? ¿Hubo un dolor tan hondo que te salvara del hastío?, o ¿fueron tus renuncias espejismos amargos, sepultados en las dunas de la inutilidad?

Eres semilla seca que nunca más ha de germinar.

¿Qué hado tan negro maneja tu destino donde al filo de la muerte tienes sed? El corazón envejece. Tu delito fue quedarte prendida en el ayer. Mírate a la cara; tu camino de virgen necia con la lámpara sin aceite y los ojos ciegos. No te soporto en perpetua dolencia. No te degrades pidiendo, deseando amor. El aire ya tiene sabor de muerte y no es tan malo morir.

Tu silencio, único orgullo de tu alma sombría, defensa sobre tu cara impenetrable; pero te traiciona tu andar felino, la languidez de tus manos y esa mueca dura de tu boca sin ruegos. Tú no eres buena, María Antonia; tú no eres pura; te marcaste una línea por donde caminas a rastras y, hoy que el invierno te marea, tienes frío, miedo de estar equivocada.

Es tarde, María Antonia, tienes que renunciar. Te sientes nueva y vital por dentro, pero es un espejismo más; debes envejecer, no importa que no hayas vivido; la culpa fue tuya. “Desgraciada, pero estética”, ¿no lo dijiste así?

No me digas que hoy quieres amar, no lo digas, María Antonia; me quiebras de pena…

3

Cumples cincuenta y seis años, María Antonia. Mírate la cara, escudríñate los surcos de la piel, asómate a tu cuerpo baldío como a un campo yermo donde no hay amanecer. Impenetrable y fría con tu mongólica máscara plasmada de austeridad, donde sólo tus ojos

(escorpiones fantásticos) como heridas amargas descubren tu infierno y, a pesar tuyo, tus manos rebeldes; manos de harén que te traicionan tu andar felino en languidez perturbadora.

Descubrirás que el tiempo, con su guadaña impía, sepultó todas tus lunas bajo el espejo insomne de tu desolación. Tu sangre se coagula en los cauces amargos de tus arterias viejas y el rubor de tu cara es una mancha triste, cárdena brasa tardía en tus mejillas flácidas.

Eres semilla seca que nunca ha de germinar. ¿Qué hado tan negro maneja tu destino donde al filo de la muerte tienes sed?

La vida se te estancó por dentro y no oyes el derrumbe de tus horas perdidas, ni el llanto irremediable de tus primaveras muertas. Te ahogas en las renuncias y un rojo Tartufo vigila tu agonía y este dudar al último. Las quejas son nulas y las verdades tienen crueldad insospechada. Penetran como puñales sobre la carne inútil y ya no quedan sollozos ni lamentaciones.

Tu delito fue quedarte prendida en el ayer y no envejecer al ritmo de tus mutilaciones. Olvidada durmiente de un cuento sin príncipe. ¿Qué hiciste con tus sueños y tu soledad? ¿Hubo siquiera un dolor tan hondo que te salvara del hastío?, o ¿fueron espejismos de tus ideales austeros, de virgen mediocre; engañadas auroras sin alcance en donde se pierden los estériles?

Ya se agotaron tus ríos y murieron las palabras y es pueril la esperanza donde el tiempo está cumplido; donde las magnolias altas doblan sus pétalos de lino y las amapolas huyen de los campos infértiles. No ves que están vacías las palmas de tus manos. Ya crecieron las hijas de los otros y nadie te llama madre. Los árboles-niños ajenos; los árboles son grandes en los huertos de los otros. Nadie te llamó madre ni ha de llorarte abuela.

Eres una niña vieja, pobre María Antonia; vieja y amarga que no tuvo juventud.

Llora, María Antonia, que no te dé pena llorar.

¿Quién tiene la sabiduría de envejecer? ¿Quién sabe el arte de envejecer?, de aceptar por dentro definitivamente la serenidad: ni volcán ni torrente. Llevar la sola sentencia de muerte con una tranquila resignación, sin amargura y sin aspaviento. Haber pasado por el gran viaje sin echar de menos la renunciación.

¿Quién puede aceptarse a sí mismo sin repugnancia?

Te regalaste a la muerte por amor a la vida. ¿Viviste por tu cuenta? Débil y mutilada, María Antonia.

Ya no tienes ahora más que esta frígida noche en que haces el cómputo de tus desilusiones. Apagaron sus cirios las auroras. Sólo la noche larga surge, como un corto verano pasado a la orilla de la playa, para que tus manos abarquen puñados de estrellas y quizá tengas suerte y olvides tus odios y logres ser buena. No llores, María

Antonia, porque no viste la vida que fue benévola. Te quedan ahora fugaces minutos que son una suerte. Ya no te lamentes. Echa a andar los corceles de tus propósitos; realiza tus sueños de bien; cincuenta años inmóvil, como estatua de sal. De prisa, María Antonia, es tarde, más tarde de lo que parece; ya no puedes hacer proyectos, sólo te quedan minutos para cumplirlos.

Envejecer no es ninguna novedad; los que viven lo resisten. El desacuerdo está entre la edad y lo de adentro. Es trágico el contraste de la vitalidad de adentro y la cáscara gastada. Los que se ahogan gritan: "no más ilusiones", pero todos están llenos del ansia de vivir; no hablan del fin, sin embargo sus cerebros piden vida sin cesar y no nombran que no quieren envejecer.

Seres desesperados, creados para lo infinito, que pasan la existencia discutiendo trufas con cerdos y cuando llega la noche aún no están ahítos, siempre sorprendidos ante el corto plazo. Sus proyectos se amontonan en iones hasta el cielo, pero apenas alcanzan a realizar alguno, todo queda como el lastre de un sueño, impotentes para ejecutarlos; abúlicos, sólo diligentes para las palabras.

Olvida tus cabellos blancos y tu eterna vanidad. Prepárate para el gran momento; tienes unas horas para recuperarte y no sentirte sola. Otros no pudieron ni siquiera al último decidir el paso hacia la bondad, hacia su propia cruz.

No has hecho nada; tus ideales han sido proyectos en espera de la elección; promesas que ya no tienes tiempo para realizar.

Te escondiste dentro de ti misma como en una fortaleza y tu lóbrego refugio se llenó de silencios. Nada en común tienes con los otros; nadie te reconoce. En la mudez de tu estancia olvidaste los sonidos; ni una voz ni un coloquio para tu idioma sin verbos, desconocido, extraño, secreto, inventado en tu aridez inútil.

Sólo tienes la tenaz esperanza de tu corazón y, en el huerto seco y en las angostas paredes de tus tinieblas, buscan tus manos la inercia, ansían la seca puerta, la única puerta de la eternidad.

Se pierde tu alma. Tus ojos no han mirado jamás el cielo; los confines de tu alma buscan salida hacia la plenitud.

Quizá sea tiempo para bien morir, María Antonia; horas, minutos, antes de que te abandone el alma.

4

Reflexiones de María Antonia

María Antonia, contemplas cincuenta y seis años. Una larga vida, pero

dime: ¿qué hado tan negro maneja tu destino que al filo de la muerte tienes sed?

Asómate a tu cara, escudríñate los surcos de la piel, mira tu cuerpo baldío donde no hay amanecer.

Descubrirás que el tiempo con su guadaña fría sepultó todas tus lunas bajo el espejo insomne de tu desolación. Tu sangre se coagula en los cauces amargos de tus arterias viejas y el rubor de tu cara es una mancha triste, cárdena brasa tardía en tus mejillas marchitas.

Eres semilla seca que no ha de germinar; ya se agotaron tus ríos y murieron las palabras y es pueril la esperanza donde el tiempo está cumplido; donde las magnolias altas doblan sus pétalos de lino y las amapolas huyen de los campos estériles.

Te escondiste dentro de ti misma como en una fortaleza y tu lóbrego refugio se llenó de silencio.

Nada en común guardas con los otros ni nadie te reclama. En la mudez de tu estancia olvidaste los sonidos. Ni una voz ni un coloquio para tu idioma sin verbos…

1 La numeración es mía, indica la secuencia de las diferentes versiones, tal como aparecen en el cuaderno. A veces dice “cincuenta años”; otras, “cincuenta y seis”. [Nota de PRL.]

Mi personaje inolvidable

Agosto de 1954

Era ébano escultural y vivo, sin más nota civilizada que el paliacate rojo ceñido debajo del ombligo. La cabeza egipcia de soñador exacto y dos abalorios por ojos en un rostro impenetrable.

No convive con los hombres; su soledad innata lo salva de la nostalgia de los otros, del miedo que corrompe y de la envidia de saberlos más fuertes o más dichosos.

Trepa por las palmas como por un camino propio y, al curvarse el cocotero bajo el peso de su abrazo, su cuerpo es una línea de ébano combada hacia el ocaso. Su actitud es de cisne expectante; a veces, de tigre violento. Puede incluso buscar su alimento entre luchas de vida y muerte; bajar por las rocas frenéticas; nadar mar adentro bajo las aguas broncas; robar las almejas naranja y beberles la sangre dormida; o cazar con su arpón de cobalto los erizos de hiel afilada; y con el hacha pequeña que esconde abrir las entrañas del fruto y saborearles goloso la pulpa rosada, semejante a las piernas de las niñas que ha visto bañarse a la orilla de la playa.

El agua es casi su elemento; ejecuta piruetas desde rocas tan altas que su osada cabriola corre ya fama por todos los puertos. Concede el espectáculo para obtener unas monedas. Le basta tan sólo realizar un salto cuando los bañistas se apiñan temerosos del oleaje que ladra sobre las rocas macerando sus carnes con la sal de la rivera.

Embelesado en su secreto, su idólica figura se alarga en las horas sobre el risco. Yodo y viento curten su piel oscura, su piel adolescente de nativo feliz que aún no sabe el precio en que se cotiza el color de su epidermis en los mercados del mundo. Siempre ha sentido pena por los blancos, lentos y gelatinosos, luchando por no ahogarse, envidiando su agilidad, y las mujeres pálidas, rellenas de leche de higuera y las niñas delicadas como flores de guayabo.

Resultaba claro que existían hombres de todos los colores como los peces: morados, amarillos, rojos… En la profunda cueva submarina que descubrió un año atrás, bajo el bosque de corales, bucea para verlos jugar con las esponjas y él un día habrá de conocer a una niña azul que no será fastidiosa como las blancas con su agresivo

conversar, desagradable como el alboroto de las gaviotas en las islas de guano.

Había aprendido solo a nadar y a volar como pájaro desde la roca más alta en piruetas expectantes que llenaban de estupor a los bañistas y de rencor a los nativos. Ejecutaba los saltos ceremoniosamente como si en el hecho depositara la devoción de un rito. Nunca, en un mismo día, accedía a repetirlos. Nada importaba que solicitaran de nuevo su pirueta, ni siquiera un tesoro cambiaría su decisión. Con obstinación silenciosa se mezclaba entre el público con su puño extendido. Igual que un hueco fruto de ceniza recogía unas monedas y se alejaba tranquilo.

Es soñador sin límites, empecinado en el naufragio de las estrellas altas, aquellas que él acaricia sobre su lecho blando donde la chaquira canta canciones para las niñas solas. Cuando duerme con sus flautas de caracoles ámbar, bajo el amor del cielo, sin techo y sin cabaña, el viento que lo abanica silba trinos lejanos. Peina su cabellera de negra jungla en olvido, y amoroso la baña con su tibio aliento salado. Es feliz, no es mucho lo que sabe de la muerte. A las tortugas las ha visto morir; los animales mueren, y quizá los otros tengan que perecer también, pero su cuerpo altivo como carey flamante es una casa intacta, plena de inmunidad.

Nada sabe del mundo, de su playa no ha salido jamás, y su oficio de contemplativo llena parte del lugar. A la hora del sol potente, bajo el manglar tupido, a diez minutos del oleaje, puede refrescarse, comer ostras hasta el hartazgo y avizorar de nuevo las palomas sobre el mar. Ni un kilómetro adentrará en la tierra.

Hoy y mañana estará ahí, sobre la roca, indiferente a la curiosidad de los extraños, del ganado humano y su agresivo conversar, desagradable como el alboroto de las gaviotas en las islas de guano.

Aprenderá la sabiduría en su meditar continuo y el tiempo transformará en anciano su agilidad ondina.

Desde esta ventana[1]

5 de agosto de 1956

1

Desde esta ventana, mientras miro la lluvia que persiste sobre la calle, entrelazando sus torrentes con rocíos de agua y gotas enormes a intervalos de granizo, pienso que está bien callar, ¡no decirlo!, quedar en silencio como las montañas y guardar los ojos para no mirar el rostro del odio asomado a los espejos; olvidar la palabra que la boca vuelve centella de la venganza; muda e inmutable esperar el sonoro secreto de la muerte.

Pero no, estoy aquí y necesito gritarlo; que alguno de los míos se entere, que lo sepa y maldiga conmigo, que un momento rocen sus dedos un poco de mi infierno.

Si es la soledad un humo tan espeso que tuerce la razón y exalta el sentimiento, sea ello la disculpa de mi ira y de este afán de catarsis que me obliga a decir a boca llena: ¡me han herido!

Conozco la derrota; el reposo de la lengua sellada por el miedo, la necesidad de agradecer sin rebajarse.

Todo empezó cuando enfermó ella, la "esposa" de mi protector; la mamá de aquella hija única, alcancía de caprichos y belleza.

Fue mi oportunidad para "colarme" en la casa, comentó la familia. Efectivamente, esto dio lugar a que entrara en su intimidad, y fue así como un día amanecí en aquel palacio de lujo desorbitado y falso, donde antigüedades costosas se codean con terracotas; secreters de Bull se mezclan con imitaciones de Puebla; pinturas compradas a lance de austeros castellanos nacidos en Morelia o Tusguendía compiten con *pompadours* de peinado inverosímil y escote sólo para mayores; salones con espejos venecianos de auténtica factura, junto a candelabros forjados por algún particular. Profusión de bibelots de París y Guanajuato; tapetes arrancados de algún salón municipal por algún diputado venido a menos, pero de legítimo tejido persa. Alcobas con muebles de la Sempson; un salón totalmente ajuarado con

pertenencias del duque de Alba; cortinaje de Maximiliano; deshilados de Bruselas; otros de punto de cruz hechos por las monjas de Querétaro. Pero el conjunto, a decir verdad, está lleno de armonía, elegancia y buen gusto en estos tiempos en que es posible mezclar épocas, estilos y colores con libertad extrema.

La casa es de un estilo austero y, a pesar de la mescolanza de antigüedades de tan dudosa procedencia, guarda su señorío y un no sé qué de misterio.

La parte baja, helada como catacumba, está llena de óleos que enseñan como de sus antepasados, pero que en verdad pertenecen a rostros de familias que ya no los reconocen y que por necesidad o filantropía los donaron tiempo ha para las obras del santuario, o bien para adquirir algo nutritivo. De todas maneras, son accesibles a cualquier parentesco, pues como se sabe los óleos tienen la característica de tomar una pátina similar a la de la familia que los adquiere, y es muy común que los ricos adquieran a sus antepasados en alguna subasta. La expresión de esos rostros, con la mirada imprecisa, resulta muy aceptable porque raramente existen familias que se salven de haber tenido una tía o al menos un abuelo bizco.

Pero aquí la fantasía llega más lejos. Tienen los títulos nobiliarios con árbol genealógico en *technicolor* y copias de copia en tercera dimensión. El escudo de su heráldica ha sido horadado a golpe de cincel en el frente de la casa y se repite ufano en las sillas del comedor y en los emplomados de la biblioteca, sin mencionar las tarjetas personales en donde la grabación es un hallazgo de negro y oro. El año pasado vendieron un rancho para pagar al señor Franco Sisalas de Calatrava; y por un tropiezo insólito con un barón en un año que queda muy atrás ultimaron las formalidades necesarias para gozar de ese título que enreda y dificulta la explicación de los otros títulos. No es importante que hayan pagado al Gatha por figurar en el libro ni hay que dar importancia a semejante simpleza. Esto es tan inocente como cuando organizan una fiesta hawaiana para la que mandan sembrar palmeras con cocos; reparten faldas y pulseras de flores entre los invitados; les dan camarones condimentados con resolana y mantequilla negra, y le ponen a la ginebra loción para el pelo para que todo quede muy exótico.

2

Mientras miro la lluvia que persiste sobre la calle, entrelazando sus torrentes con rocío de agua y gotas enormes a intervalos de granizo, pienso que está bien callar, no decirlo, quedar en silencio como las montañas y guardarse los ojos para no mirar el rostro del odio

asomado a los espejos; olvidar la palabra que la boca vuelve centella de la venganza y aceptar lo inmutable.

¡Pero no!, estoy aquí y necesito gritarlo, que lo sepan y maldigan conmigo, que alguien roce con sus dedos un poco de mi infierno.

En este frío meditar que me atormenta, aquí anclada en mi memoria, encadenada a esta sed de recordar que no se colma, reconstruyo rostros y sonrisas, el color de la tarde y las palabras y mi ciego dolor de tórridas violencias que revive sobre el amargo cauce de mi nombre.

Si es la soledad un humo tan espeso que tuerce la razón y exalta el sentimiento, sea ello la disculpa de mi ira, de este afán que me encadena sin sosiego. Conozco la derrota; el reposo de la lengua sellada por el miedo; la espera de la noche para escalar un sueño y el regusto maligno de saber un secreto, de llevarlo en la mente como un puñado de larvas que engendran el amanecer en tiempo de relojes mudos, que señalan la distancia y suman los instantes de la nada y al golpe del estrago maldecir la esperanza.

Desde esta ventana fija, sin apartar el rostro, mientras copia la lluvia lágrimas de vidrio, puedo mirar el campo, ver los sauces que luchan por retener sus ramas azotadas por un soplo sin clemencia que vomita tras de las puertas bocanadas de furia; ver cómo las hojas descalzas y amarillas arrastran su congoja en un clamor de preces, suspendidas sobre la tez de siglos que guardan los encinos; mirar que el musgo tiembla; las ramas se encabritan; leños enjutos levantan su silencio de verde amenazante; ver que un sapo triste estalla sobre el patio.

3

El sapo

Cayó del tejado con un golpe seco y quedó en silencio. Permaneció sobre la hierba como la mano cansada de un hombre humilde que estuviera reposando. El color de la piel y el curso congestionado de la sangre lo hacía semejante a un miembro humano. De pronto ensayó a volar. Llevaba ensayando desde siempre. Elevóse vertical y cayó sobre sí mismo sin avanzar un milímetro. El salto sonó en el pasto como una bofetada. En el vidrioso espacio de su mirada el paisaje quedó fijo mientras parecía observar cómo el viento bajaba rasurando la montaña.

Y pienso:

¿Dónde estarían sus alas? ¿Dónde la figura de mariposa o de

cóndor? ¿Dónde hay un agua clara para volverse flor?

Se alzó como un puño, hinchó su piel rugosa y la grieta de su boca desdentada, llena de fétido aliento, amenazó un grito en el silencio. El vientre lechoso rebasaba los litorales de su carne; los párpados de lona; el fósforo verdoso de sus pupilas en fuga; el miedo permanente que fingía un minutero en su pecho y aquellas ancas grotescas y desvalidas que ensayaban un vuelo inútil cada día. Su garganta eternizaba un temblor.

Tornó a saltar de nuevo hasta alcanzar el río.

1 La numeración es mía, indica la secuencia de las diferentes versiones, tal como aparecen en el cuaderno. [Nota de PRL]

Guía de turistas

—¿Sol y lluvia? Mire, México es un país divino. Usted que vive en el Paseo de la Reforma no necesita ir a Xochimilco para conocer las chinampas. Son así, cuajaditas de flores, como este camellón que llega hasta Toluca. Hay para exclamar prodigios. ¡Mis manos florecen, dedos en las gladiolas crecen…! (a nueve pesos la docena).

”Puede usted coger su celofán y a su gusto confeccionar el ramo. El Día de las Madres no se imagina… El 10 de mayo esto es una gran procesión; una ventana a practicantes del amor filial. Usted sabe, se pone a los doce pesos la docena.

”México es lindo. Aquí se pone triste su visita; las fuentes del deseo que por ahora están en erupción tienen precaución de colocarse a cinco metros; con la humedad nadie va a notarlo. Se para y puede llorar a sus anchas, porque la lluvia neblinosa lo deja del todo humedecido.

”Me gustaría enseñarle nuestros edificios nuevos. Aquí no hacemos rascacielos en ocho días. En lo que ayer era un terreno, ahora se levantan pisos de espuma; gavetas y gavetas hacia el cielo, infinitas torres que multiplican los babeles de una pieza. Algunos quedan inconclusos porque la emoción no corta el respiro de nuestros paisanos y nos gusta parar en los pisos para tomar aire; pero queremos entrar al concurso de torres. Esos edificios que se adelgazan seguro con la dieta y con las ganas de no parecernos demasiado a otros países.

”En este país tan lindo encuentra usted de todo. Si siente la nostalgia de la provocación. Se llega usted hasta las Artes vuelta por Santa María y luego luego encuentra hasta viandas en botes con tomates; empiezan en otras esquinas elotes de los que antes costaban siete y ahora es necesario pagar setenta veces más el mismo siete…

”Pero si le gusta el folclore lo puedo llevar hasta el Tenampa y…”

—Mí sólo querer saber John Sciter Sheck —interrumpe el turista desconcertado.

El guía pregunta:

—¿Vive en este país o es algún pariente suyo? Espere, parece que me suena como a algún héroe… de seguro tiene por aquí su calle. Permítame, voy a preguntar…

”¿Con que usted es un poeta y sólo quiere conocer lo típico? ¿Sabe?, México es un país divino. ¿Le gustaría ir a la Villa, visitar los museos? Pero si prefiere el Tenampa para conocer a Diego Rivera, a Pita Amor y a Cantiflas, usted nomás me dice, aquí traigo los retratos. A Teotihuacán no se lo recomiendo, está intransitable el camino. En cuanto a Xochimilco… Pero si usted ya ha visto la Cuahilban no le queda en el mundo nada que ver. ¿Por qué mejor no nos quedamos en su cuarto a ver el tenor de Texas que dan en la televisión?

”¿Sabe?, México es un país divino. Usted que se aloja en Reforma no necesita ir a Xochimilco para conocer las chinampas. Son así, cuajaditas de flores, como este camellón que llega hasta Toluca…”

San Gabriel de la Barrera[1]

Guanajuato, México

Descripción de la propiedad

Guanajuato no es de estos tiempos, casi no es de este mundo. La ciudad coge por sorpresa al viajero, quien se siente súbitamente arrebatado hacia los soñadores siglos de la dominación española. Un ambiente de romance satura las calles sonoras y empinadas. La irrealidad lo impregna todo. Si al volver de aquella esquina alumbrada a medias por un viejo farol, encontrásemos a algún caballero castellano de golilla, capa y espada, rondando el balcón de dama recatada, nos parecería natural. O si a la medianoche paseamos bajo la luna, podríamos creer que caminamos por la fantástica ciudad inhabitada y pavorosamente muerta que en algún cuento describe Papini. Guanajuato no es de estos tiempos, casi no es de este mundo.

Ciudad en la cañada del río, hace trepar sus callejas irregulares por las áridas montañas en loco alarde de capricho. ¿Quién sabría adivinar dónde son las luces de las últimas casas trepadoras y dónde empiezan las estrellas?

Durante el día contrastan vivamente la tierra gris y la montaña descarnada con la fiesta de colores: azul profundo del firmamento y abigarramiento de pinturas chillonas con que el pueblo mestizo gusta de revestir los muros de sus casas, y el alegre vuelo de las palomas, que huyen de punta a punta de la población, asustadas por el aire herido de las campanas.

Joya entre las ciudades virreinales es Guanajuato. En ella se aúnan en formidable contraste la majestad ascética del gran arte colonial español y la emoción viva del arte popular. Tierra fértil en próceres y cargada de historia.

Con dejo de calleja florentina y con reminiscencias de la morisca Granada, los españoles fundaron hace cuatrocientos años esta ciudad de señorío cabal. Ricas vetas de oro y plata —cargadas como ningunas en el mundo— hicieron de esta provincia residencia de príncipes, dueños de minas fabulosas cuya plata —casi la cuarta parte de la que circula actualmente— les permitía llevar una vida absurdamente

pródiga y construir palacios, fortalezas y templos con ancha liberalidad. Notables son estos edificios no sólo en la República Mexicana, sino en toda la América Latina. Auténticamente colonial, detenido el aliento en aquellos siglos, la ciudad sólo ha recibido posteriormente, durante el XIX, algunos suntuosos toques de arquitectura francesa que recalcan su nota aristocrática, tales como el Teatro Juárez, que fue el más precioso en todo México cuando el Porfirismo, y los chalets veraniegos que rodean la Presa.

En el corazón de la República, y con fáciles y abundantes medios de comunicación por vía férrea o por carretera. A cinco mil quinientos pies de altura, clima templado y regular. Gente hospitalaria. Universidad con bandada de muchachas y muchachos bullangueros y artistas. Ciudad tranquila donde nunca ocurre nada, si no es el alboroto pintoresco de las fiestas populares en las plazas, alrededor de la vetusta fuente; o las serenatas de los estudiantes bajo las ventanas de las niñas hermosas. Así está y así es la muy noble y leal ciudad de Guanajuato.

San Gabriel de la Barrera, finca situada a sólo milla y media de Guanajuato, es, por tanto, el lugar ideal para quien desee vivir en descanso y quietud, al mismo tiempo que en contacto inmediato con el mundo.

1 Del archivo personal de Guadalupe Dueñas. Texto proporcionado por Luz María Díaz Dueñas. Sin fecha. *La Güera* me comentó que don Francisco Armida le pidió a Lupita que escribiera este texto para hacerle propaganda a la finca de San Gabriel de la Barrera. Lo escribió alrededor de 1975, cuando el señor Armida quiso vender la propiedad. (Entrevista de Patricia Rosas Lopátegui con María de los Ángeles *la Güera* Dueñas de la Madrid, abril de 2012.)

Asesora de obras de teatro en el IMSS

Transcripción del cuaderno
PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI
LUZ MARÍA DÍAZ DUEÑAS

LOS ROSENBERG

Julio de 1971

Primera parte

Agentes del FBI irrumpen en el hogar de los esposos Ethel y Julius Rosenberg, de ascendencia judía, por sospechas de ser espías al servicio del Partido Comunista ruso. David, cuñado de Julius, y su esposa Ruth hacen declaraciones graves sobre la intervención de la pareja en la venta de secretos atómicos a la Unión Soviética. Ante esta evidencia, palidecen las protestas sobre la inocencia de los acusados, a quienes se enjuicia como traidores a Estados Unidos y criminales de guerra. Largo interrogatorio de jueces, agentes, abogados y demás implicados.

Segunda parte

El juicio continúa. Las pruebas de culpabilidad se acumulan. Los Rosenberg insisten en su inocencia, jurando no ser miembros del Partido Comunista, pero simpatizan con sus ideales. Las declaraciones de David cada vez son más graves. La defensa se hace imposible. Interviene la mala fe, los odios políticos y las imprudencias de los mismos acusados. La justicia se pierde en un laberinto de falsedades. Los Rosenberg atraen la compasión y la simpatía de unos relatando sus sufrimientos, y el odio de otros. Finalmente son condenados a muerte en la silla eléctrica, sin apelación. Se le ofrece la libertad a Ethel si confiesa su culpabilidad.

Opinión

A veinte años de distancia reviven el proceso llevado contra los esposos Rosenberg, acusados de alta traición contra Estados Unidos al vender secretos atómicos a la Unión Soviética.

Por medio del interrogatorio exhaustivo de jueces, abogados y personajes implicados en el delito exponen los sufrimientos de los dos espías, condenados a morir en la silla eléctrica. Se hace hincapié sobre la invalidez de las pruebas, y se trata de demostrar que en el caso

existió una maquinaria infernal movida por oscuras fuerzas políticas internacionales para aniquilar a dos inocentes, sobre los que además pesaba el antagonismo de raza.

La obra es pro judía y abiertamente antiamericanista.

Los diálogos adecuados y bien construidos, con parlamentos cuya dimensión sería suficiente para una conferencia. La información es magnífica, o mejor dicho, es la única reconocida históricamente de acuerdo a las publicaciones que se hicieron en el momento y de las cuales se ha especulado hasta nuestros días.

Concretando: es un documental del juicio criminal seguido contra los Rosenberg en 1951, en los Estados Unidos. Como representación teatral puede ser tan interesante como aburrido en la actualidad contra la corriente del macarthismo norteamericano.

A 8 COLUMNAS DE SALVADOR NOVO

Acto I

Un diputado espera al director del periódico para fijar precio a la campaña contra el ministro de Salubridad, un rival político que es honesto y al que le urge desprestigiar. Carlos, reportero novato, consigue que el director lo autorice a firmar su primera entrevista.

Enrique, un vivales, espera a Carlos para proponerle chamba al servicio de un político.

Acto II

Enrique va a ver a Celia y encuentra a la cronista Martha, a quien presume de intelectual y de "ayudar" a Carlos. Consigue que Martha lo patrocine para ser reportero.

Llega Carlos (interesado también en Celia) con su entrevista; habla con Torres, jefe de redacción, y éste le advierte en relación con la entrevista hecha al ministro que no debió exaltar sus virtudes, sino buscar algo que lo tambaleara. Para conquistar reputación de buen periodista, debe hacerse temer. Carlos, desconcertado, le entrega su reportaje.

Entra Celia que agradece a Carlos la recomendación del ministro, gracias a la cual su mamá entró a Cardiología.

Torres transforma la entrevista de Carlos en un ataque escandaloso. Celia protesta de tan infame calumnia y sale. Entra Martha que ofrece que el reportaje lo haga Enrique.

Acto III

El reportaje a 8 columnas contra el ministro fue firmado por Enrique.

Torres admira y envidia la actitud de Celia y la honestidad de Carlos. Martha aparece y cuenta a Torres que Carlos propinó terrible paliza al director que está en cama. Carlos busca a Celia porque la mamá está grave. Martha huye. Se acusa al gobierno de subvencionar y pagar a esos gánsteres de la palabra, traficantes de escándalos que se escudan impunemente tras de las 8 columnas de un diario.

Opinión

Literariamente es una obra de calidad. Pero como los sucesos están situados en México: un diputado es el que paga la difamación contra el ministro de Salubridad y se acusa al gobierno de subvencionar y propiciar la inmoralidad de la prensa, dejo a la superioridad la consideración de este tema, cuya diatriba social puede resultar imprudente en estos momentos.

EDUCANDO A UN SINVERGÜENZA DE ALFONSO PASO

Acto I

Gregorio y Margarita se quejan de su hija Rosana, intelectualoide mandona e insoportable de la que huye todo mundo. Lorenzo, un palurdo que sabe de mujeres, solicita clases de francés y de cultura. Ella no consigue dominarlo, sino que es atraída por su cinismo. El joven la besa con pasión, sin esperar permiso.

Acto II

Rosana se ha transformado; desea conquistar a Lorenzo, pero éste le comunica su decisión de irse de padre. La noticia le produce a Rosana un ataque histérico del que son víctimas los papás. Rosana, desesperada, toma fobia contra el amor y colecciona insectos.

Aparece Yolanda que busca a Lorenzo, quien le estafó once mil pesos. Rosana la entera de que entró en un convento, y ésta le dice que está en el cabaretucho de una amiga. Telefonean y lo insultan. La callejera aconseja a Rosana que se case con Lorenzo, porque ella sabe que él la quiere.

Lorenzo aparece, discreto, miente y quiere marcharse, pero Rosana lo detiene declarándole su ardiente amor.

Opinión

Comedia sosa, sin calidad, con alusiones sexuales burdas. Argumento insulso y sin gracia. Una sabionda antipática a quien conquista un patán sinvergüenza.

SEÑORITO CASADERO DE JUAN JOSÉ ALONSO

Prólogo

En un cine de un poblado, Ramón y Alicia ensayan *Don Juan Tenorio* con música de bolero. Don Lucas dirige. Alicia no soporta el pueblo y se larga.

Acto I

El auto de Alicia se descompuso. Alicia se hospeda en la casa de doña Elvira y su hijo Ismael, que suponen es religiosa porque lleva el hábito de "doña Inés". Alicia les explica el error y entabla caluroso coqueteo con Ismael, solterón virgen quien acaba por irse a dormir con ella, con alegría de doña Elvira.

Acto II

Doña Elvira pide al cura don Urbano case a Ismael con Alicia, pues su hijo, a quien considera irresistible, la ha deshonrado y debe reparar la falta. Don Urbano habla con Ismael y éste acepta casarse. Libario llega para cobrar la compostura del auto de Alicia, pero al verla tan guapa no cobra. Alicia no acepta casarse, a pesar de los ruegos de doña Elvira. Aparece Ramón, el actor. Le reclama a Alicia haberlo plantado. Ella dice que va a casarse con Ismael. Ramón exige que cumpla su contrato o la obligará la policía. Ismael le aconseja que asista tres días a la representación y regrese a casarse. Él la esperará. Doña Elvira le ruega que vuelva. Don Urbano llega y le pide lo mismo. Alicia promete regresar.

Epílogo

Alicia regresa de la gira. Doña Elvira le dice que su hijo se ha ido a la capital a buscar esposa. Alicia dice que ella no podía casarse con él, que Ismael y ella se encontraron con quince años de retraso y se marcha. Doña Elvira consuela a Ismael y le promete llevarlo a conocer un cabaret. Ismael llora y ríe.

Opinión

Comedia graciosa con situaciones humorísticas bien logradas. Diálogo ágil, con sus ribetes picarescos. Basada en esta obra se estrenará una película filmada en España, que seguramente tendrá éxito.

RECORDANDO CON IRA DE JOHN OSBORNE

Acto I

Jimmy, su esposa Alison y el amigo Cliff pasan el domingo en casa y los tres se aburren. Jimmy, inconforme social, neurótico y agresivo, critica a la mujer, con quien es afectuoso Cliff, y al entablar un juego de manos provoca que Alison se queme con la plancha. Cliff la socorre y ella le dice que está en estado[1] y teme decirlo al marido. Cliff le aconseja que se lo confiese. Alison tiene un acercamiento amistoso con Jimmy e intenta informarlo de su estado, pero interrumpe la llamada telefónica de Helena, amiga de Alicia y detestada por el marido; Helena pide que le den hospedaje. Jimmy vuelve a su tono insultante.

Acto II

Helena y Alison preparan la comida. Jimmy toca la trompeta. Helena pregunta si está enamorada de Cliff y si Jimmy lo apreciaba. Contesta que le tiene mucho cariño. Helena le aconseja que reaccione y salga de ese manicomio, pero ella cree que ésta es la manera de resistir contra un mundo en desacuerdo. Helena le dice que debe irse, pues Jimmy acabará por matarla.

Jimmy aparece con su acostumbrada agresividad contra Alison y su madre. Cliff interviene indignado y también Helena, a quien insulta y critica. Jimmy vomita su ira por los percances sufridos de niño hasta sacar de quicio a Alison. Helena le dice que ha telefoneado a su padre y vendrá a sacarla de ese mundo. Jimmy pide a su mujer que lo acompañe, pero ella sale con Helena.

El coronel llega por su hija. Hablan sobre el odio de Jimmy, quien ha dicho que su esposa es una vieja puta. El coronel no comprende que el amor de Jimmy sea ese violento rencor. Piensa que algo no funciona en el mundo. Alison llora y el padre desea que esté segura de querer regresar a su hogar. Helena aparece y después Cliff. Éste dice que sin ella todo va a desmoronarse. Alison se va. Helena dice a Cliff que sólo parará allí esa noche. Cliff dice que él se marcha y que ella dé a Jimmy la carta de despedida.

Jimmy entra, lee la carta y enfurece; insulta a Alison y no le

importa que vaya a tener un hijo. Helena le da una cachetada y luego se besan apasionadamente.

Acto III

Jimmy, Cliff y ahora Helena repiten la escena del acto I. Ella plancha, los otros discuten, charlan, pelean. Helena arregla la camisa que han roto. Cliff anuncia a Jimmy que ya no vivirá con ellos. Jimmy dice que su amistad vale más que la de 10 Helenas; que las mujeres los destruyen. Helena vuelve y se besan. Planean salir cuando aparece Alison y Jimmy la deja con Helena y sale.

Las dos mujeres toman el té. Alison pide perdón por estar allí. Helena dice que está en su derecho porque es la esposa. Las dos opinan sobre Jimmy. Helena dice que no comprende su mundo y lo va a dejar y no le aconseja a ella que vuelva con él, aunque haya perdido al hijo. Alison le ruega que no lo abandone. Jimmy entra y discute con las dos mujeres. Helena le comunica que lo abandona porque no tolera el sufrimiento de Alison. Ésta llora y habla del hijo que han perdido; le ruega y se humilla. Él cede y se abrazan.

Opinión

Se plantea el conflicto de una pareja de jóvenes esposos, liberados a lo *hippie,* donde ella es pasiva en extremo y él un inconforme social, neurótico, cargado de rencor y de ira por las penalidades de su infancia. Destila amargura, egoísmo y hostilidad. Personalidad esquizofrénica, de intelecto muy a la inglesa.

Las costumbres y reacciones de los personajes, así como la exposición de sus preocupaciones nihilistas e incongruentes, los sitúan en el más nebuloso Londres, donde una amiga puede quedarse con el esposo, y la esposa agraviada, quien pierde al hijo sin que al padre le importe un bledo, puede reanudar relaciones con la amiga y volver con el insoportable marido.

LAS AVENTURAS DE PERICO

Acto I

Perico y Perica temen a la Bruja y quieren que diga dónde tiene a los niños que transformó en animalitos. El Hombre Invisible los ayuda y llama a su amiga el Hada Roja para que se enfrenten al Dragón y rescaten a los niños.

Acto II

La Bruja está en el bosque con bigotes, y su ayudante se prepara para convertir en animalitos a Perica y sus acompañantes, que llegan temblando de miedo. El Dragón y la Bruja vigilan a los animalitos y se enfurecen porque Perico y Perica no comen uvas encantadas. El Hada Roja los defiende de la Bruja y rescata a los animales.

Aparece la Bruja que ha capturado al Hada, a Perico y Perica y desea que el Dragón los devore, pero él no quiere a la Bruja; dice que es un Dragón bueno. La Bruja piensa hacer un suculento guiso con todos, pero imploran al Hada de las Lluvias y con su vara mágica lo arregla todo.

La Bruja llora y está arrepentida, pero apenas se descuidan, convierte a Perica en lorita, mientras ríe a carcajadas.

Acto III

En el reino de las Hadas, el Hada Roja se preocupa por Perica que no aparece y organiza una búsqueda, pues ha visto en su bola de cristal que está en el bosque. Mientras tanto, Perica ruega a la Bruja la deje libre. El Hada Roja y el Hombre Invisible llegan al bosque y salvan a Perica. Dan consejos a la Bruja para que cambie de conducta. Ella acepta a cambio de que todos los niños la quieran.

Todos bailan de alegría.

1 Embarazada. [Nota de PRL.]

Primeras versiones de algunos cuentos publicados

Transcripción de los cuadernos
PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI
LUZ MARÍA DÍAZ DUEÑAS

¡Navidad![1]

¡Navidad! Noche inefable, eternamente cantada por los hombres. Noche que hasta las bestias feroces y los reptiles sanguinarios reconocen y alaban, suspendiendo sus actividades malignas. Noche sublime en que los villancicos hacen llorar a los asesinos, a los simples y a los endurecidos

Nochebuena en donde la felicidad y la armonía son algo establecido que nadie se atreve a poner en duda; noche en que los pillos sonríen como angelitos y los perros no aúllan, y las hienas no devoran a sus cachorros. Decir que resulta abominable es temerario, se corre el riesgo de ser apedreado por blasfemo; al que tal diga ha de nombrársele descastado.

Pero, con el perdón de ustedes, yo soporto el anatema porque esta noche me resulta francamente insoportable. Otra vez pido perdón, si no lo digo ¡exploto! No tengo yo la culpa, ni tampoco la bendita noche, que por lo que conmemora es grandioso.

No sé cómo la pasen ustedes; a mí su llegada me trastorna. Les explicaré.

En casa somos siete hermanas con siete maridos; un hermano de veinte años, y yo que no he podido pescar. Hay, además, la pequeña que padece los dieciséis en punzada vertiginosa y que esperamos se case. Se trata, pues, de una familia numerosa donde no hay padre ni madre, ni la más remota esperanza de que se cuele una suegra (porque eso sí: todas son muy pobres, pero ninguna se deja).

Cada una tiene cuatro o cinco querubines belicosos e insoportables. De los maridos, ni hablar. Fueron escogidos con demasiada prisa; de diferentes colores, nacionalidades y tipos, pero uniformemente de mal humor.

Mis hermanas son lindas; las adoro con sus defectos, sus maridos y sus hijos. Resulta que nos hemos sugestionado con el cuento de que somos muy unidas, con un deseo de ancestral ternura con la que nos hacemos pedazos queriendo seguir una tradición imaginaria que tal vez posea la escritora Selma Lagerlöff, pero no nosotras que descendemos de gitanos nómadas, a quienes enloquece saber dónde y cómo van a pasar la noche. Da el caso, pues, que ninguna se atreve a romper este fantasma de la hermandad modelo. El desahogo nos

aliviaría del todo, pero están los maridos. Ellos fingen que también lo creen y nos enredamos todos con la mejor voluntad del mundo.

Unos días antes de la fecha comenzamos a planear la noche trágica. Nuestra combinación de sangre española con no sé qué champurrado nos da un sistema belicoso que nos dificulta el arreglo de la noche. Se grita, se maldice, se suman, se rechazan ideas. ¡Es un desastre organizar la cena! Resulta, por ejemplo, que a nadie le gusta el bacalao ni pescado alguno, pero siendo Navidad, aunque el animal nos diseque, no puede eliminarse. Alguien sugiere lo compren de cartón o de trapo. En cuanto al pavo, es penoso decirlo: en casa no le gusta a nadie, así lo coman los reyes. ¡Cuesta más que un par de zapatos! y es proverbialmente duro y tieso. El relleno se lleva cien pesos. Castañas y oro molido. Por supuesto quedaría perfecto con papas y papel de china, que para tirarlo… (que es lo que se hace cada año), sería igual y se perdería menos. Mi hermana, "la rica", opina que de ninguna manera, y se rellena con los más costosos ingredientes: castañas, pistaches, ciruelas, cosas deliciosas que juntas y molidas saben a grillo.

La ensalada de betabel, la clásica ensalada de Nochebuena, tampoco nos falla; vinos espléndidos; el pastel alemán que tomaba Hitler en su cumpleaños, pero que a nosotras siempre se nos quema. Sin presumir, hasta *champagne* legítimo. Maravilloso, ¿no? Pues para nosotras este banquete tiene alguna *getatura*.

La reunión se lleva a cabo en casa de mi hermana "la rica"; en el *hall* enorme, alegre y calientito (por lo menos en Navidad). El clásico arbolito luce radiante, lleno de regalos (como nos enseñaron los gringos).

Para empezar, cada una de mis hermanas llega lo más tarde posible, en un maratón de impuntualidad. Los últimos, para que nadie se atreva a decirles nada, estrenan el peor ceño del año. Llegan, por supuesto, cargados de regalos con inocentes cintas de colores que descargan junto al árbol, como pedradas sobre un sapo invisible.

Nadie hace comentarios; los que llegaron primero ya se aprendieron el estucado del techo y tienen un hambre famélica. Por fin se deciden a beber, pero es contraproducente; no se alegran. Cada quien dice lo más desagradable de su repertorio.

Como mi gracioso hermano es la hora que no llega, se deciden a pasar al comedor y se acercan todos a la mesa, con rabia de culebra.

Mientras sirven el consomé, cada uno piensa lo bien que hubiera sido acostarse a las ocho; otros, quizá, preferirían haberse ido a otra parte. El malhumor es contagioso. Tres de mis hermanas, las que siempre están "en estado", cargan su electricidad sobre el marido, que esa noche no soporta nada. El ambiente es más espeso e imposible, pero como es Nochebuena, y no podemos estar separadas (porque es

una noche en que todos nuestros amigos hacen lo mismo), nos aguantamos a lo mártir; no podemos dar el espectáculo de aburrirnos en casa en una noche tan notable, que una vez que pase diremos a los amigos que fue deliciosa.

Como realmente no han cenado, alguien pide caldo de frijoles. El pavo está intacto. Pide arroz de al mediodía. La criada se equivoca y trae pollito cocido, del que prepararon para el día siguiente. Todos confiesan que ese condimento sencillo sí les gusta. Se vuelve polvo lo del día siguiente; olvidan un poco su pesimismo.

La moral mejora y nos apresuramos a repartir los regalos, que es una ceremonia que nos tiene en tensión; violentos. De todo esto, es lo que resulta peor; nos regalamos bagatelas, pero el caso es pesadito: unas tienen cinco chicos, y a una nada más le regalan un obsequio. No es costeable. Mi hermana, "la Cotorra", es muy práctica: guarda el regalo de cada año y lo regresa religiosamente el siguiente con su misma envoltura. Lo malo es que se lo da al mismo cuñado o hermana que se lo obsequió el año anterior, ocasionando disgustos y explicaciones molestas; lo bueno es que a ella poco le importa, y la siguiente vez hace lo mismo. Mi hermana Lucha está muy al tanto de las baratas y si lo rebajado son fondos talla 32, como a nadie le vienen, con tranquilidad les dice que los guarden para cuando sus hijas cumplan quince años. Invariablemente mis cuñados reciben calcetines de un número inverosímil, corbatas de proverbial mal gusto, navajas Gillette los que tienen máquina eléctrica, y así nos va a todos por el estilo. Fatal; nadie queda conforme.

Los maridos rechinan de cólera y suelen decir cosas desagradables en contra de nuestra familia; mi hermana la menor se venga destrozando los oídos con unos lamentos en francés que repite sin cesar la sinfonola. Desquitan su murria bailando con la escuincla. Ella se sabe todos los pasos del mambo. No tienen más parejas que la chica y la grande (la grande soy yo). Acabo con palpitaciones; hablan mal de sus esposas y se sienten después muy aliviados; suspiran muy tristes por no haberme escogido a mí en vez de a mi hermana. Ellas los ven con odio y a mí con ternura y dejan que sus consortes se manden. Yo me aprovecho del caso, pues qué remedio me queda. Ofrecen ponerme casa, pero todo queda en familia.

Es apenas la una y media; yo invento cualquier pretexto para irme a mi casa, derecho al refrigerador a merendar decentemente mi chilindrina y mi vaso con leche.

Tomo posesión de mi cama, feliz, esperando que el año que entra no haya cena de Navidad y me quedo pensando cómo sería bueno tener un acuerdo para lograrlo; pero no se me ocurre nada; no tengo suficiente valor para decirles que la Navidad con la familia es detestable, que cada quien se acueste o cene en donde le dé su gana;

que a las ocho nos demos un abrazo y cada quien desaparezca; pero es seguro que este año tampoco voy a decirlo, somos tan unidas y nos queremos tanto…

1 *Circa* 1951. Primera versión de “Conversación de Navidad”, *Tiene la noche un árbol.* [Nota de PRL.]

Digo yo como vaca

Si hubiera nacido vaca estaría contenta. Tendría un alma apacible y cuadrúpeda, con mis ojos soñolientos aprendiéndome el paisaje, envuelta en piel tabaco con dos manchas cabalgándome en las ancas. Mi cola recortada en tiras de papel de China espantaría las moscas que retozaran en mi lomo como sobre un puesto de fruta. Luego, junto al río hincharía mis riñones con enormes tragos de agua barriendo con mis belfos el contorno verdoso donde flota la loma. Sabría buscarme siempre tiernos retoños de romero y triscaría la hierba prefiriendo a la madura caña las hojas del trébol.

En la cerca de huizaches, quietecita, rumiando mi silencio, cuando las gentes hablaran de tanta cosa estéril, yo les enseñaría mis ubres de lino como una cordillera y los becerros blancos nutridos de mi zumo.

Porque sería bonita habría de gustarme un toro de lidia para una sola entrega, y luego pasaría años y años con la mirada humedecida y adentro de mi testa millones de sueños.

Viviendo sin culpa con la mente baldía de los bueyes; sólo abriría mis párpados cuando oyera las campanas y entonces en la charca mis ojos se reflejarían completamente azules, igualita que mi padre.

En el arroyo manso el carrusel de nubes empujándose suaves como manadas de algodones; a la hora del tramonto, echada en mis cuadriles, pensaría que el cielo es un enorme prado con alfalfales azules donde el sol embiste como un semental de fuego.

También habría de gustarme frotar mi piel sudorosa en el aprisco aglomerado de calenturas y que por mis lagrimales se pasearan las hormigas.

Yo en medio del campo inmóvil y sin hacer nada con mi estampa solemne de matrona absorta. Si acaso de vez en cuando que mi chicle de rastrojo moviera las mandíbulas viendo pasar las nubes.

Rezagándome en el valle, iría a lamer las piedras de sabor salado como tequesquite que uniforman la blanca barda donde palpitan las lagartijas, y a lo mejor a mi regreso me darían cebada.

Me estaría horas y horas sobre el musgo terso, piensa que piensa.

Cuando algún becerro se desbarrancara, mugiría con fuerza para que los pastores al bajar las peñas pronto lo encontraran.

La hora desteñida

No era extraño que ella apresurara el paso por la acera para llegar exactamente a la hora de la cita. Se hallaba en el instante en que principia la noche, cuando la hora desteñida diluye los paisajes y los postes fungen ser dagas afiladas sobre las paredes grises. Las calles se vuelven patios inofensivos, kilométricos corredores con la piel de cemento. Pero la luz se mancha de fantasmas y pinta callejones siniestros. Por esto tampoco fue extraño que se perdiera en el asombro de lo que miraban sus ojos. Un callejón irregular se abría a la derecha. Una extraña calleja que estaba segura de haber visto antes, quizá en otra existencia, con las enigmáticas casas de piedra. Una mezcla confusa de lo irreal y lo palpable. Se entumecían sus huesos y un cansancio súbito le volvía lentas las articulaciones. Sus latidos sonaban como pisadas. La invadía un absurdo terror. Había en el aire algo inevitable y, sin embargo, la conciencia de que se le pasaba la hora de la cita era un acontecimiento que no tenía la medida de un sueño.

La invitaban fatalmente las asimétricas construcciones abandonadas. Por el camino la seguían perros pequeños que se iban multiplicando. Eran perros chicos de inverosímil rostro humano, parecidos a su cara. Dos, tres, cinco y otros más, que asombrosamente aumentaban de tamaño y, al crecer, ya no se le parecían. Los pequeños la agotaban con mordiscos diminutos descargados en forma continua sobre sus tobillos, y los grandes frotando con rudeza su pelo aceitoso contra sus muslos; la hacían tambalearse.

Su total soledad la hacía sentirse etérea, más inexistente que un cabello; pero luego una sensación de grosor la desbordaba ancha y pesada abarcando las aceras su magnitud monstruosa para de nuevo inesperadamente tornar a su delgadez en un oleaje inacabable.

Las señoritas de Moncada[1]

La Barca es un pueblo triste de cuatro calles, empedrado de tinieblas, con las casas abandonadas como si fueran cáscaras. Los surcos que dejan las carretas lucen manchas de estiércol y de pronto en las aceras crece alegre el zacate y no es raro ver un prado de margaritas como un regalo en mitad de la calle. Con una plaza sin rostro como otra cualquiera; con un jardín donde las bancas son tan viejas que hacen juego con la música que toca el organillero. Tres pirules forman el parque y un par de naranjos tan austeros que no se atreven a dar flores. Las torres de la iglesia son blancas, pero las ponen de luto los tordos que allí nacen en parvadas y andan entre la gente como si tuvieran alma.

Un bostezo de lodo comienza en las orillas y va alargando su mueca bajo el cielo nublado de un azul que da sueño.

En el carro de segunda se metió como un lamento el silbido de la máquina, vibró en las ventanillas lechosas y se perdió por el laberinto de los furgones.

Raquel abrió los ojos sobresaltada, recobró su postura en el asiento, frotó la vidriera con su pañuelo y miró el paisaje de lomas pequeñas, horizontes llenos de jorobas amasadas con yeso y tepelate. De cuando en cuando un cactus de brazos abiertos pidiendo auxilio y alguna ardilla perseguida por el viento. Una súbita angustia le llenó el alma. Los pasajeros que dormitaban se movieron en las bancas inclementes. Su compañero de viaje retiró los pies enormes del respaldo de enfrente dando por terminada su hora de sueño, lograda en esa postura inverosímil. Desde que se acomodó a su lado, aquel hombre la tomó bajó su protección.

—Estamos a tiempo —dijo—. Dentro de dos minutos estará usted en La Barca. Es una pena que la hayan destinado a ese sitio habiendo tantas escuelas. Lo conozco de punta a punta. No hay nada que ver. Todo el pueblo huele a establo, a garambullos y a leche agria. De allí son oriundas esas moscas obesas que viajan por toda la República. La gente no es simpática. Lo único interesante sería conocer a las señoritas de Moncada; valdría la pena que le dieran alojamiento. No han admitido jamás a nadie, pero usted pudiera caerles bien. Yo estoy enterado de que les vendría de perlas un huésped, ahora que andan

tan mal. Tienen una finca amueblada como un palacio y, ¿usted sabe?, se educaron en París; su madre era francesa. Regresaron a la muerte del padre, don José de Moncada, hace quince años. Huérfanas y arruinadas se refugiaron en la casa paterna sin más ayuda económica que la pensión que les manda un pariente de Francia. Los más viejos contaron que eran hijas de aquel poderoso señor de Moncada, dueño de la hacienda de ese nombre, que abandonó sus caudales a la caída de don Porfirio y se instaló en París, se casó con una francesa, de la que tuvo estas dos hijas. Cuando llegaron el pueblo les tendió una alfombra de leyendas y ellas agrandaron el misterio con sus rarezas y su silencio. Al principio las familias insistieron en su amistad, pero la decidida actitud de las damas las convenció de lo imposible. El abierto rechazo a toda cordial acogida en unos cuantos años ha hecho que su existencia transcurra en aislamiento perfecto…

Todas las mañanas asistían a misa de siete. Atravesaban la plaza con las blondas al aire y el cabello marchito. Indistinguibles como dos mortajas se detenían en el atrio con la estadía quietud de los cipreses. El eco de sus pasos irrumpía en el silencio de la nave y el idéntico murmullo de sus faldas, que se sabían de memoria todos los fieles, cruzaba como un soplo de retama. Después nadie lograba verlas. Hasta los alimentos más indispensables los recibían por la ventana, entreabriendo apenas la puerta. Tan misteriosas y tan hurañas que ya nadie intentaba conversar con ellas.

Vio agitar a la milpa su refajo almidonado con sus frutos escondidos entre máscaras de luna. Las vio venir, atravesaron la plaza como dos gastados resortes, igualitos y nerviosos. Podría pensarse que fueran gemelas. Venían de misa a la única hora que dejaban verse. Se detuvieron en el atrio de espaldas a su casa; nadie la obligó a preguntar, pero era su destino. Tocó la mantilla de una y adivinó que tocaba el halo de la muerte. Las vio de frente. Dos rostros gastados, sin vida. Le sorprendió el color ámbar estancado en sus mejillas, y aquel empeño de no levantar los párpados escondiendo el azul inesperado de unas pupilas que obligaban a pensar en nórdicas duquesas en destierro.

Llegó aquella mañana con su humilde valija y un atado de libros por toda familia. Siguiendo el juego de la suerte se fue con ellas. Se detuvieron en la mejor finca. Las dos la observaron con su cara mitad niña joven y mitad vieja como una medalla enmohecida que habiendo caído en el barro sólo por el anverso estuviese carcomida de moho. Un traje sastre enfundado en su delgadez; la flacura de sus piernas de pájaro aprisionadas en medias de seda café y la timidez opaca de su mano extendida. La dejaron hablar.

No, no tenía familia. Era maestra rural; vino a cumplir su servicio

en la escuela de Briseñas, un rancho que queda cerca. Sólo buscaba dónde vivir.

Ellas hablaron en otro idioma; ninguna oyó el llanto de los ángeles.

Le mostraron su alcoba y quedó sobrecogida en medio del cuarto: roperos con lunas; espejos sobre el tocador vestido de brocado que doblaban el recinto, repitiendo las imágenes en el azogue transparente. Se vio ahí, multiplicada en el espacio; se vio caminando de puntas, palpándolo todo, como ciega, acariciando la alfombra con su propia cara. El dosel de la cama comparable sólo al que llevaban en la procesión de Santa Lucía; la mesita llena de porcelanas; sábanas de lino olorosas a santa; cojines de raso más fino que su carne sobre los que crujían sus manos tan ásperas como si estuvieran llenas de astillas. Todo sucediendo adentro de un sueño.

Qué rara se veía con su camisón de siempre marcado en el hospicio, y con sus pies oscuros como pezuñas de ciervo. Era milagroso que la hubieran admitido aquellas mujeres en su palacio por tan poco dinero; a ella, tan humilde. No durmió, no fuera que al despertar todo se hubiese desvanecido.

Raquel se tendió de espaldas sobre la cama con la vista fija en las rosas del techo hasta quedarse dormida. Una rebanada de sol calentaba su boca cuando despertó horas después.

Por la mañana contempló la tina de mármol con la admiración de una fuente sagrada, considerándose indigna de usarla. Colgó su gabardina, sus tres blusas, su falda a cuadros y el único vestido de seda floreada. Los vio balancearse en el ropero forrado de ébano como pellejos descoloridos, pobres como su vida; se los imaginó forajidos ahorcados de un roble.

Salió al corredor insegura, con la misma emoción que cuando en el hospicio declaraban día de asueto.

La mesa del desayuno estaba bajo la jacaranda donde el corredor hace escuadra. No fue el polvo de sol jugando en el mantel calado; ni los panes diminutos envueltos en las servilletas; ni la compota de manzana; ni el ramo de mastuerzos lo que la hizo de pronto soltarse a llorar como una necia. Fue tal vez la ternura que creyó ver en las viejas, aquel calor de madre que no tuvo nunca y el sentir un momento que para ellas no era una “cosa”.

Le alisaron los cabellos sin preguntarle nada. Les estuvo contando eventos muy tristes de su vida. Ahora sería feliz con ellas.

La escuela del rancho quedaba un poco lejos y sólo tomaría el desayuno y la cena.

Las tres se fueron acostumbrando a su nueva vida. La muchacha tan metódica y silenciosa no les molestaba y la atendían con gusto. Raquel las observaba llena de cariño y fascinada por su misterio. No les sabía más pasión que aquel amor a la limpieza que las hacía

trabajar la mañana entera. Perdían horas en sus macetas; cuidaban cada flor como si fuera la carita de un niño; tapizaban las paredes de su patio con enredaderas extrañas con el mismo entusiasmo que bordaban sus manteles. Todo el patio era un vergel. De los pilares colgaban singulares jaulas con orquídeas. Taparon el brocal del pozo con una gruesa tarima formando una superficie pulida sobre la que pusieron un San José de piedra, jarrones y porcelanas. Una parte la acolchonaron de paño y ahí se sentaban en compañía del santo a coser por las tardes bajo el techo de madreselvas.

Misteriosas y dulces, conversaban tan quedo como si estuvieran siempre adentro de una iglesia. A veces reinaba tal silencio en la casa que sobresaltaba el temor de que se hubieran muerto. En realidad se refugiaban en un altivo mutismo que las iba envolviendo en su propia noche. Su mundo era aquel coloquio de sus dos soledades frente a los recuerdos, donde el presente no tenía acceso.

Apenas abandonaba la casa, cubrían el portón de cerrojos y llevaban al extremo su afán de vivir otros tiempos. Ellas mismas se perdían en el juego vistiendo trajes de otros días. Volvían a ser la Nena y Monina; peinados con caireles, listones y trajes de gasa. Así, engalanadas, entraban a la sala con trágica alegría. Sentadas al piano, tarareaban en secreto las últimas canciones de su juventud y entablaban conversación con visitas imaginarias. Embajadores, duques y varones iban desfilando. Reían y tuteaban a personajes invisibles y contestaban por ellos. Releían cartas recibidas de París y proyectaban viajes como en otros tiempos. Era la Nena la que levantando la voz anunciaba la próxima boda de Monina, o de pronto frívolas improvisaban un vals que Monina aplaudía esforzándose por cubrir el papel de cada personaje.

Era desgarrador oírlas decir de repente:

—La marquesa de T nos da una despedida mañana porque salimos para El Cairo.

O bien:

—Que sirvan más *champagne* al duque de M…

De aquella grotesca farsa sólo eran testigos sus propias sombras en los espejos y las miradas indiferentes, imprecisas, de los óleos de sus antepasados. Frente a ellas sus seres amados cobraban forma y ellas revivían con sus fantasmas. Pero resultaba inocente su manía. Lo asombroso era que, en cuanto algo real las reclamaba, olvidaban su diversión insensata y volvían a ser dos viejas marchitas como de cien años.

Aquel aciago día regresó inesperadamente mucho antes de la hora acostumbrada. Cansada de llamar a la puerta, recordó que había quedado entreabierto el balcón de su recámara y, convencida de la soledad de la calle, saltó ágilmente el barandal y se introdujo en la

pieza.

Al ir a buscar a las ancianas para avisarles de su llegada, penetró en la sala en el exacto momento en el que se hallaba en todo su esplendor una de aquellas fiestas imaginarias. Las vio bailando, vestidas de manera extraña. La sorpresa la llenó de desconcierto y, sin pensar en las consecuencias, las observó protegida por las cortinas. Iban y venían fatigosamente deteniéndose frente a los sillones, ofreciendo copas de jerez, o insistían con las galletas; comentaban la gracia inconcebible de la impalpable dama construida de viento, o se inclinaban en el vacío de una silla y simulaban comunicar un secreto. Luego reían a coro…

Raquel sintió comprensión y, aquilatando la frustración de aquellas mujeres, una inmensa ternura llenó de lágrimas su corazón.

Por desdicha agitó la cortina y la sorpresa trocó la danza de las viejas en un horrible grito. Trató de excusarse pero ellas no querían oírla; lloraban como dos criaturas con un dolor inconcebible. Tenían algo de avestruces desplumadas; había auténtico dolor en sus espaldas desnudas sin edad; saleas lechosas tiradas sobre la alfombra con los promontorios salientes semejantes a sillas de montar.

Abatidas, se quedaron en el suelo como un puñado de cascajo y Raquel, asustada, se retiró a su cuarto.

Estuvo cavilando sin dormir, buscando la forma de que la perdonaran. Su pequeño cuerpo helado de pensar que por cosa tan sencilla la fueran a echar de la casa. Buscaba en su mente cómo decirles que su ternura había hecho entrañable su compañía; que ella estaba sola con soledad de siglos y no quería irse nunca de allí. Ya había decidido pedir planta fija en la escuela de Briseñas y permanecer con ellas siempre. Necesitaba cuidarlas si caían enfermas. Las quería como eran; así, silenciosas, sin palabras, con ese moverse de palomas en un mundo distinto. Nada podía importarle que se construyeran su pasado cada mañana y revivieran un sueño, si ella misma se sentía una princesa recién nacida, mimada por dos madres. Las tres podían soñar; ella no se burlaría.

Apuntó la madrugada, los espejos del cuarto reflejaron la misma estrella en las vidrieras.

Con ser tan de mañana, Raquel oyó movimiento de seda que crujía, de volantes de tafeta plisada arrastrándose en el mosaico y se asomó por la vidriera que daba al patio. Eran ellas con los mismos vestidos de fiesta. Las vio bajar al San José de su pedestal en el pozo y dejaron libre la enorme tarima. Con gran cuidado, poniendo todo su esfuerzo, empujaron la tapa hasta dejarla ladeada sobre el brocal. Luego lanzaron piedrecitas y esperaron el ruido como un gran suceso. Cuando subía la queja del agua, cual nota triste por la garganta de piedra, repetían el juego con una emoción temblorosa.

1 Primera versión de “Al roce de la sombra”, *Tiene la noche un árbol.* [Nota de PRL.]

Voy a casarme[1]

Voy a casarme con el Gran Par; no es el nombre de una miscelánea, sino de un título real.

Cuando conocí la ciudad lo que más me sorprendió fue su sistema político. Tienen una serie de suplentes como caballos de repuesto en los postes.

Existen reyes; parlamento con diputados; cámara de Comunes y Corrientes; líder-capitán de izquierdas; el asesor de las derechas y otros sobresalientes que están al quite como en una corrida de toros.

Los reyes se ocupan de lo más importante: que se ilumine la sala de recepción; que pinten de verde el arco de la entrada; firmar tarjetas de agradecimiento para visitas de nobles; nombrar condes cuando ya se estén acabando; estar pendientes de que a los carruajes no les falten motitas doradas; sacar el primer premio en las exposiciones de perros y también nombrar a los PARES. Ellos invistieron a mi futuro esposo. Arribó a la nobleza de la forma más insólita y por un hecho del todo inesperado.

Sucedió que un día el rey y la reina, como de costumbre, salieron a cubrir sus deberes de equitación cinegética: la reina, montada en el blanco corcel regalo del duque del Pocomar, y el rey, tan hermoso, sobre el arábigo caballo Goliat; los dos de belicosa sangre importada; él mandado a hacer especialmente con figura griega para compensar en lo posible lo imposible de su majestad, la que con delantal blanco corría el riesgo de parecer su mamá.

De pronto, un tábano insolente profanó las orejas del corcel de la reina que saltó a la deriva y el rey, que se hallaba sin descendencia, se disparó en su seguimiento campo abierto donde unos alambres telegráficos habían descendido a la altura de su cuello. A la velocidad de su carrera hubiera sido imposible advertirlos y, mucho menos, con el color que allí acostumbra a tener la atmósfera, y fue entonces cuando mi futuro esposo, advirtiendo que iban a degollarse como un par de gorriones, trepó en su mula de sangre logrando llegar en el exacto momento en que los caballos de la nobleza patinaban como trineo debajo del alambrado. Los dos reyes, conscientes de que debían la vida a la carrera de la mula de mi prometido, le otorgaron el nombramiento que ahora lo coloca entre los privilegiados. Se ocupa

en ser par y ha abandonado el campo, pero ahora lo que dificulta la realización de nuestra dicha es que los señores del protocolo Paril le han informado que para adquirir nupcias conmigo es indispensable que yo haya realizado algún acto que le iguale en heroísmo, o alguna acción notable que me dé derecho a alternar con su título nuevecito.

Me sugieren, por ejemplo, que atraviese el Canal de la Mancha en un braceo sin respirar, que es el que estoy ensayando, pero, desde luego, en tierra firme para evitar los trastornos del agua; otros me aconsejan me desplome en paracaídas sin abrirlo hasta llegar a tierra, como parece lo hicieron en este país unos voluntarios hará cosa de un año. Quizá fuera más fácil arriesgarme de mujer mosca, trabajito que aquí no conocen, aunque sea tan popular en mi tierra, el problema es que aquí todos los edificios son lisos y enjabonados.[2] Podría, sin embargo, hacer una prueba porque está decidido que sin un acto heroico no habrá matrimonio.

Yo estoy entusiasmada con este país que inventó el jugo de zanahoria y lo distribuye por tubería después de condimentarlo en la gran licuadora que funciona en lugar de reloj en la torre de la plaza. También me llama la atención su puntualidad para beber mate, sea la hora que sea; tal parece que a las agüitas calientes les hubieran concedido su indulgencia plenaria; o es tal vez que se empeñan en distraer el hambre que no tendrán oportunidad de saciar con el exceso de raciocinio, o mejor dicho, racionamiento; aunque en forma muy civilizada, no lo hacen mejor que los jefes de familia numerosa de mi país que cuando escasean de lo necesario, para solucionar el hambre de sus pequeñitos, compran cien kilos de tortillas y un solo chorizo que en un juego de verdadera estrategia hacen pasar por la tortilla, como rápido ferrocarril por un riel comible que deja la sensación de ser alcanzado porque el ingenioso olor de que satura la torta le da el derecho de sentirse alimentado, sin necesidad de racionar humillantemente a todo un pueblo.

Este tipo de alimentación, resultando tan milagroso como un amuleto contra el hambre, es un aperitivo formidable para no desdeñar las tortillas vacías. En fin, a pesar de lo entendido de estos caballeros, siempre hay cosas que podemos enseñarles.

Tienen algo maravilloso: un club donde no se habla una palabra, en una verdadera manía de silencio. Tan difícil es pertenecer a él como llegar a par. Posee un edificio elegantísimo que se sostiene gracias a sus elevadas cuotas de ingreso. Rigurosamente alfombrado desde el portón, los pasos en sordina dan la sensación de asistir a una sala de enfermos graves. Los clientes ocupan sus mesas, bien distantes unas de otras, y juegan solitarios con barajas de franela, o al dominó con algún fantasma que les acomoda las fichas con suavidad. Para aminorar todo ruido, el whisky lo reparten en vasos de corcho, y para evitar que

suenen las tartaletas las sirven humedecidas, quedando prohibido el acceso a cualquiera que tenga tos. A los que respiran fuerte, les ponen su silenciador y hasta las hojas de los libros son de raso pesado para que no puedan crujir. En ningún cementerio del mundo el silencio es más atroz, pero tiene su grandeza este manicomio de sombras donde no me dejarán entrar.

Mi futuro esposo es socio, desde luego, y dice que de tanto no oír palabra hay ratos en que no me logra entender, pero conviene de todos modos dominar este ejercicio de dejar de ser para que luego en el Gran Concilio no le dé trabajo hacerse el que no es. Además, el silencio los iguala con su mudez y como ninguno puede alardear de superioridad, éxitos, abolengo, imbecibilidad resultan en un idéntico nivel los reyes, los pares, los gusanos y los cadáveres. ¡Me encanta este club!

Me enloquecieron las tiendas de la avenida principal donde únicamente compran los elegantes. Un solo aparador todo de brocado y espejos exhibe en su escenario un brillante y una flor. Puede una permanecer horas suponiendo que entrará un hada, una garza o un oso, que todo es posible. Lo fabuloso de la piedra no es el brillo que exageran los espejos, sino la cifra estratosférica tan inverosímil como los años de luz que dicen transcurren de una estrella a nuestros ojos. Otro decorado muestra un cocodrilo vivo y flamante en un charco con orillas de arena y, tirada al descuido, una cigarrera de la misma piel del lagarto que sólo le falta hablar. ¿No es asombroso? Y esto sin entrar donde las niñas desnudas se ajustan los neglillés o se abrochan las fajas para cinturas de avispa.

Está dicho que me encanta este país, pero yo me distraigo y la cuestión no se resuelve. ¿Qué acción se le ocurre a alguno que pueda llevar a cabo para obtener la aprobación de mi matrimonio? Por más que pienso no se me ocurre nada y para el fin de semana se me acaba mi permiso de estudiante en este extraordinario país.

1 Primera versión de “Una carta para Absalón”, *Tiene la noche un árbol.* [Nota de PRL.]

2 Las siguientes líneas aparecen en la parte posterior de esta página del cuaderno: “‘A Pita Amor, mi hermanita de aquí, con todo cariño’. ‘Con todo cariño para Daddy, con la súplica de que no los lea porque no le gustan’, Lupita”. No queda claro si las dedicatorias corresponden a este relato. [Nota de PRL.]

La timidez de Alfredo[1]

La timidez de Alfredo llegaba a lo extravagante como su miedo a los perros. El complejo se lo consiguió su madre gritándole cuando ya no era pequeño.

—Mi amor, mi rey, mi dulce de leche —sin importarle que la oyeran los vecinos, y al final—: ¿verdad que es un rorro?

La vergüenza lo engarrotó por dentro. Lo quería con un amor eléctrico que lo debilitaba más que una calentura. Se entusiasmaba con él como con un radio. Creía era una propiedad escriturada y que su hijo le pertenecía, igual que su faja o su dentadura.

De pequeño lo despertaba repentinamente durante la noche para comprobar que no estaba muerto, o con un maternal gruñido del todo inesperado provocaba que la criatura saltara hasta el techo asegurándose con esto de que no era sordo. Desde los seis meses le provocó la histeria y su desmedido torrente amoroso le ocasionaba convulsiones.

No era tonto; tenía una inteligencia de onda lenta. Inadaptable al vértigo, registraba las ideas con retraso. Su mente se parecía a esas pantallas de televisión que al principio sólo reflejan calambres luminosos y hasta el mes enfocan las imágenes. No sabía pensar de golpe.

La comida, todo un proceso, duraba diariamente de las doce a las cuatro. Masticaba en cámara lenta raciones de alpiste y a cada momento la mamá terciaba:

—Escupe, niño, no te pases la carne; es muy fina tu garganta y no te cabe —y Alfredito escupía moderadamente cada bocado.

Hasta los siete años cultivó una melena llena de cairelitos y la madre le mordía los cachetes para sacarles chapas. Su malograda vocación de corista la desfogó en el chico, confeccionándole los más extravagantes vestidos de fantasía. No había semana que no sufriera alguna transformación en su indumentaria. Pasaba de Niño Jesús a Pierrot y de allí a bailarina. La mamá gastaba una fortuna en trajes. Indistintamente lo vestía de hombre o de mujer, según el decorado con que amanecía su imaginación, y se ponía feliz cuando lo solicitaban de rey mago para la misa de gallo de la capilla mayor, o de china poblana para alguna kermés. Era un adolescente asustadizo. Su

figura tampoco le ayudaba. Con los pálidos cabellos de chilacayote y los ojos melosos en conserva, tenía aspecto de postre. La economía de sus labios lo mostraba totalmente hecho de jamoncillo. La azucarada piel permitía admirar el oleaje de una sangre en genuino *technicolor* que con el más mínimo pretexto le burbujeaba por el cuello. Bastaba un portazo o que se hiciera añicos el cristal de una ventana para que, con la ligereza de la leche hervida, subiera atropellándose el calor hasta estallarle en los oídos y le incendiara la córnea de los ojos. Este flujo y reflujo lo dejaba fatigado. Cuando el infeliz sentía que el aluvión corolario ascendía por sus rodillas y avanzaba hasta su cerebro, el detrimento de su voluntad era definitivo.

Su timidez llegó a ser tan exagerada que en una ocasión, en pleno diciembre, la mirada de cualquier idiota le impedía temblar a sus anchas por el miedo a que lo notaran sin abrigo, teniendo que aguantar además del frío la trepidación escandalosa de sus huesos.

Cuántas veces esperando el tranvía lo dejaba pasar por no atreverse a molestar al motorista con la subida de su única persona. Si tomaba un autobús, era tal su pena que confundido saludaba de mano a los pasajeros, atrayendo las miradas sobre su sorprendente crepúsculo.

Se sabía insaboro como las gelatinas de vino que hacía doña Lola, quien tenía la fantasía de que un chorro de hojas de naranjo daba matiz alcohólico; sólo porque en sus mocedades había bebido en Indianilla un ponche de hojas con piquete se aferró a la idea de que las ramas de azahar producen alcohol. Alfredo se sentía así de indefenso y de simple.

Pero si su timidez era exagerada, su miedo a los perros llegaba al absurdo. Todo empezó con aquel diminuto ejemplar, pelo de alambre, que le regaló su madre cuando cumplió cinco años. Parecía de juguete, pero apenas se quedó solo empezó a morderle los tobillos; se trepó en la lámpara y estuvo dos horas meciéndose como chango hasta que volvió su madre, y luego le salieron con que el animalito tuvo alergia a su abrigo de peluche. Y aquel lebrel gris que sacaba la cabeza por la reja hasta la cintura y mordía a los que pasaban. ¿Y al que le dio rabia y se comió enterita a su patrona? No, él difería en absoluto sobre los perros por undécima vez.

En vano leyó diversas historias de perros fieles; vio películas donde era sorprendente su inteligencia y superaban en sentimientos al hombre; descubrió que existía un cementerio con los más poéticos epitafios, innegable testimonio a favor de los canes y aun leyó un tratado notable sobre el cielo de los perros. Pero nada lo convenció, achacándolo a la ingenuidad del hombre y a su necesidad desesperada de compañía. Todo lo impreso acerca de estos lobos sueltos en las ciudades era consecuencia del fraude hecho a la amistad por sus semejantes.

Un día su madre inventó que poseía buena voz y exigió que tomara clases de canto. Lo inscribió en una academia a tres cuadras de su casa. Durante un mes llegó en busca del maestro, pero un perro callejero que día a día se refugiaba en la puerta le impidió llamar. El animal, como si se diera cuenta, abría los ojos soñolientos y lo vigilaba desde que aparecía en la esquina. Alfredo se llenaba de malestar. Miraba con inquietud la solitaria calle y aprovechaba el paso de algún transeúnte para pasar a la acera de enfrente y regresaba sudoroso con una mudez implacable. Con los nervios quebrantados volvía a casa y nadie lo sacaba de su silencio.

Este temor patológico lo hacía desandar manzanas enteras con tal de no atravesar el lugar donde se instalara algún perro. En el momento que veía venir un can, cambiaba de banqueta apresuradamente y repetía el juego cuantas veces vislumbraba una nueva sombra.

Siempre pensó que si los gatos eran pumas disimulados, los perros eran fieras esperando que las calles tuvieran aspecto de selva para devorar a sus habitantes.

Los consideraba animales de presa que olían su terror y enseñaban los colmillos traidoramente cuando no los miraban sus dueños. Al lado de su reja vivía un perro abominable, diminuto y ágil, con cara de culebra. Su propietaria lo sacaba por las mañanas. Lo llevaba a la juguetería situada en la esquina y mimosa le preguntaba al animalito qué juguete prefería. El bicho levantaba los hombros si la pelota o el carrito eran de su agrado y hacía una mueca humana si no le caía en gracia la bicicleta. La vieja conversaba con aquel pequeño diablo y se entendían de maravilla en un connubio de besos. Alfredo se quedaba helado. Sudaba contra esta repulsión absurda.

Con haberlo visto el día que visitó al abogado de su madre podía comprobarse que su cobardía y timidez progresaban sin remedio. Al tocar el timbre se abrió el zaguán por encanto y un san Bernardo sin muelas, viejo como una encina, lo olfateó en la entrada. Iba a retroceder cuando la voz de la dueña sonó tranquilizadora:

—No tenga miedo, joven, no va a morderlo; es un animal muy noble.

Pero el muy noble le adivinó el susto y con la leonina cabeza le fue dando empujones por todo el patio. Bajo las embestidas llegó hasta la sala, apretando las rodillas para no temblar. El animal, al darse cuenta de que destilaba odio, ladraba impotente.

A los pocos minutos apareció el licenciado, precedido por un par de Bulldogs que sujetaba enérgicamente de dos correas. Alfredo estaba morado de susto porque no sabía ponerse pálido. Enfocaron los cuatro ojos, en forma descarada, sobre la timidez de Alfredo, cuidando muy bien de que no los viera el licenciado.

Los chatos y el san Bernardo se ignoraron, como si no se conocieran, y los gemelos enfocaron contra él esa inteligencia tan nombrada; emprendieron el simulacro de devorarlo y lanzaron los aullidos con que ellos azuzan las jaurías en el bosque. No se hicieron del rogar para enseñarle las dobles carreteras de sus dientes: amarfiladas púas que soñaban hundirse en el suave migajón de su carne.

El abogado, ajeno a su sufrimiento, trataba de explicarle ciertas formalidades, mientras el san Bernardo limpiaba en sus pantalones su baba gelatinosa y los chatos le hacían señas feroces que no dejaban lugar a duda. Estaba angustiado porque ya sabía que le olían el miedo.

Alfredo, con disimulo, arrastró un sillón a guisa de barricada. Los chatos lo cercaban por ambos lados y vagamente se daba cuenta de que el licenciado planteaba un acuerdo que le interesaba; entendió que insinuaba aprobara la venta del edificio ubicado en Peralvillo. Con un esfuerzo, aclaró que su madre lo enviaba para rechazar esta venta, pero no le fue posible determinar los motivos que tan explícitamente le había dado su madre y sólo se ocupaba de situarse detrás del sillón, en forma estratégica, para que los colmillos de los Bulldogs no lo desgarraran. Se jaloneaban de las correas que uncidas a su collar detenía el amo, quien parecía no advertir la descarada intención de sus animales. Insistía sobre la conveniencia de la venta con una larga enumeración de ventajas.

En su subconsciente, el muchacho retenía vagamente la orden de su madre de rechazar la venta, en tanto que los animales lo iban acorralando y robándole la conciencia; lo dominaba el miedo de caer de un momento a otro dentro de sus fauces como un apetitoso merengue. No podía evitar el malestar que le producía la sospecha de que al menor descuido iban a soltarse y andarían libres en aquella selva de sillones de trapo. Sin perderlos de vista, se dio cuenta de que el licenciado dictaba un largo escrito ininteligible en donde se mencionaba con frecuencia el nombre de su madre.

Y tal como lo imaginaba, se soltaron los gemelos; pasaron entre sus piernas con la fuerza de un torrente caudaloso y, mientras se bamboleaba como un ahorcado, seca la garganta y con los cachetes afiebrados, el licenciado redactaba la hoja número 27 de una escritura incomprensible.

Por el espejo vio perfectamente cuando uno de los Bulldogs le hizo la seña de que lo esperarían en el zaguán, en tanto el otro gemelo se ponía de acuerdo con el san Bernardo. Le dijeron algo que a él se refería porque el taimado empezó a reírse con todo el hocico. Después tranquilamente se sentaron como dos dragones al lado de la puerta y sólo el san Bernardo entraba a la sala, lo olía y corría a contárselo y los tres estallaban a carcajadas. El sin muelas, parecía flota en la sala,

pesado como camello, con la inconsciencia de un ganador del Premio Nobel.

Como el licenciado estaba en bata, comprendió que no iría a dejarlo hasta la salida y que era entonces cuando los tres monstruos iban a acribillarlo a dentelladas.

Los oía dar vueltas impacientes en el pasillo, esperando su salida. El miedo infinito lo adornaba de rocío y se miraba goteando como un llovido pino que humedecía la alfombra.

Parecía un moribundo aferrado a los sillones, soportando el cardilleo que le echaban los perros por la vidriera.

Dos veces le preguntó el licenciado si se sentía indispuesto. No obteniendo respuesta, continuó su lectura; pero él seguía meditando en que no tendría salvación.

El licenciado dio por terminada la lectura convencido de que no se realizaría la venta y quedó sorprendido cuando Alfredo planteó de nuevo el asunto, aceptando ahora la venta y gastando palabras por hora y media. Empezaron el escrito bajo las condiciones antes denegadas.

Veintisiete hojas a renglón seguido cerrado llevarían una tregua de unas tres horas; en este intervalo ya había pensado en otro motivo para rechazar la oferta e irse quedando hasta que se murieran los perros, porque no iba a darles el gusto de que lo despedazaran a la salida.

1 Primera versión de “La timidez de Armando” y “Canina fábula”, *Tiene la noche un árbol.* [Nota de PRL.]

IV
Novela

Memoria de una espera
(1962)

Transcripción y cuidado de la edición
PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI

Expediente de Guadalupe Dueñas de la Colección del Centro Mexicano de Escritores del Fondo Reservado de la Biblioteca Nacional de México. Dirección General del Patrimonio Universitario de la Universidad Nacional Autónoma de México.

Advertencia

Este trabajo fue realizado durante la beca del Centro Mexicano de Escritores concedida en 1961-1962.

Los capítulos aquí reunidos serán canjeados en breve por la nueva versión de los mismos, debidamente pulida. El orden de las páginas puede ser alterado, así como la extensión y el final de la historia, que deseo rematar con un pensamiento positivo.

LA AUTORA

Mónica contempló la tarjeta de recomendación, frotó el escudo nacional grabado en oro sobre la cartulina, y, aferrada a ella, entró arrogante al ascensor.

—¿A qué piso?

—A la luna.

—¿A quién busca?

—Al ministro.

Mónica creyó que la miraban respetuosos. Supuso que deberían trinar de envidia. Ignoraba que el ministro no asiste a las nueve en punto, que el blindaje de la antesala está vacío de ruidos, de movimientos de almas.

Llegó a la oficina y le sorprendió que la sala de recibo tuviera muebles, paredes, candelabros, como las cosas ciertas. Tomó asiento, abrió su bolso, miró la tarjeta de recomendación. Le confortó palpar el escudo nacional. Cerró la cartera, miró el techo, el confín del recinto. Cruzó las pantorrillas y abrió nuevamente el bolso para comprobar la existencia de la tarjeta. Pensó: "Infalible". Clavó una uña en el sobre, alisó la plica y la guardó. "Aquí todo es color granate, imposible suponer el precio de la alfombra, valorar el candil opulento."

Y sintió temor, temor de la oscuridad aniquilante. La luz tiene la posibilidad inminente de huir y dejar las cosas en negro, como los retratos sin revelar que siempre dan miedo. Son seres carbonizados a punto de desvanecerse. Acarició otra vez la tarjeta, la asió con los dedos del relieve y la depositó cuidadosamente en su cartera.

Frente a los abismales sofás, los sillones suplicantes se arrodillaban monótonos uno frente a otro. La decrépita sonrisa de los cojines caldeaba las paredes. La mesa central con su larga pista de frío reverberaba semejante a un mausoleo.

Consultó el reloj: "Las nueve y media". El ministro no podía tardar, la recibiría ahora, al instante, primero; y eso, la amedrentó. Mientras las palabras de presentación y el ruego y el exordio se le grababan, decidió ceder su puesto a cualquier otro. Que la recomendación se hubiera esfumado la sobresaltó. Su índice enloquecido volvió a trasegar. La tarjeta perdida en el acordeón de piel se había adherido al compartimiento de seda. Asustada, descoyuntó las fauces de carey para capturar la cartulina con el sello de la nación.

El silencio lo llenaba todo, estaba allí como el aire; silencio espectral que Dios sabe hasta cuándo duraría. Deseaba el ajetreo, las interrogaciones, el reclamo, los deseos, las protestas, el ir y venir del

chirrido constante del elevador, los goznes de las puertas gemebundas. El claveteo de los pasos presurosos en el mosaico del corredor.

El silencio la enervaba y le metía el rostro debajo del tiempo, hondo, hasta la diversión de las estatuas encantadas que de niña la aterraba. ¿Quién inventaría entretenerse con el miedo? Cómo tenía presente las horas de pavor interminables cuando las alegres compañeras fugitivas ya la habían olvidado. A ninguna detenían sus ruegos. Permanecía en el pasillo, en el jardín, en la sombra, como la esposa de Lot… Qué horrible soledad. No es verdad que haya quietud. No hay silencio. El estruendo de nosotros mismos nos aturde. La amargura estalla. La meditación ensordece y su infinito morir azota sus cordilleras en nuestros pensamientos. Lo que calla muere: los pájaros, la lluvia, la música, los árboles, las palabras… Jamás le habían gustado los días de asueto, los días festivos llenos de presagios. Días que parecen de luto, con tiendas cerradas, calles desiertas, gentes perdidas, amigos que se esconden. Nadie habla en casa; se disgrega el mundo y uno queda solo, vacío, nulo como la antesala… "Ánimas, que llegue gente."

Cerca de las diez entraron dos señoras encopetadas. Mónica observó sus rostros marchitos, enmarcados en cabello de trigo reseco. Escogieron lugares tan alejados que la joven apenas las distinguía; sobre todo, porque al sentarse se volvieron pequeños gatos recién nacidos.

Ellas examinaron a la muchacha y la juzgaron vanidosa y remilgada. En voz baja aseguraban tenía un ojo café y otro amaranto y hasta quién sabe si pensaran lo mismo que los mercaderes toledanos topados con el de la Triste Figura, que Mónica fuera "tuerta de un ojo" y que le manaba del otro bermellón y piedra azufre. Se dedicaron a inventar el motivo de su presencia: placas oficiales, empleo, prebendas escandalosas, o quizá fuera amiga de potentados, pudiera ser…

Se hizo presente una turista con sombrero. La extranjera echó un vistazo a la sala, fatigada; por centésima vez apareció el mérito, el óleo de don Miguel Hidalgo.

Mónica vio que se trataba del héroe que arruinara a su familia; por su causa, su padre no ingresó a la dominación española hace dos siglos. Ya iría en auge, muy allegado a la sombra de los virreyes, pero las ideas repentinas de ese señor, que dijo eran de libertad, frustraron por completo a sus antepasados. Sin separar los ojos de la pintura, comprobó que la fecha de la muerte del Libertador había ocurrido un siglo antes del nacimiento de su padre, mas como ya ninguno de los dos estaba en este mundo, nada tenía importancia.

La gringa dio el visto bueno a los abullonados de terciopelo en los brazos de los sillones. El esquinero incrustado de hueso se repetía en el lienzo de la pared como la sombra de un fantasma. Esto le produjo

sueño. Luego sus pupilas resbalaron, lentamente, igual que una esponja, sobre la figura de Mónica. No le pareció rival de peligro. "Si se arreglara mejor el cabello, ganaría", y pensó que era demasiado insignificante. Tres minutos después, dormitaba con las piernas levantadas sobre el sofá cercano.

"¡Cuánto tarda el ministro!" Mónica, al dar cuerda al reloj, calculaba que, de no llegar a las once, perdería la cita con su dentista.

Aparecieron unas monjas. Sus miradas reprobatorias coincidieron en que la falda de la joven era demasiado corta y el escote un poco exagerado.

Al rato, un hombre. Usaba anteojos negros sobre el rostro de lino. En el ojal lucía la insignia de la Barra de Abogados. Permaneció indeciso en el salón sin resolverse a salir o a quedar. Iba y venía de la puerta al muro y del muro a la puerta.

Después entró un caballero, lo que se dice un *gentleman*. Dijo: "Buenos días" y echó una mirada sobre las visitas. Escogió sitio cerca de la mesa y comenzó a hojear un grueso libro.

No tardaron en arribar dos jóvenes, también distinguidos. Uno de ellos se apoyaba, al andar, en un bastón. Desdeñosos hicieron alarde de no reparar en la concurrencia. Se sentaron en las butacas como en un trono. Un rayo de sol teñía sus frentes. Mónica los comparó con lapiceros finos, brillantes, envainados en bruñida tapa de oro.

Llegaron varios chamacos con su mamá y además un obrero muy viejo el cual montó en una silla y, firme en su cabalgadura, dióse a la tarea de revisar a Mónica centímetro por centímetro.

Otras personas se recargaban en las paredes; algunas más pudieron acomodarse en diversos asientos. Llegó un carpintero, y un profesor, y un agente de negocios, y un tratante de medicinas, y un gendarme, y un soldado, y mendigos, y boleros, y ciegos, y lastimados, y *cowboys,* y curiosos, y esquiroles, y tablajeros, y huelguistas, y poetas, músicos, taquígrafas, locos, zapatistas, señoritas callejeras, ricos, toreros, caciques, estudiantes, maromeros, bailarines, hacendados, modistas, nigromantes, abigeos, cainitas, arrianos. A Mónica le parecieron presidentes de la República, y fantasmas, y reyes, y faraones, y hetairas, y profetas, y adivinos; llegaron además perros y golondrinas, lombrices, osos, jirafas, avestruces, alineados unos sobre otros, en pirámides, a horcajadas, en los vanos, pegados a los muros, subidos en los muebles, escalando los techos, trepando en los candiles, encajados en las rendijas, sumidos, adelgazados en el viento. En todas partes, debajo de las alfombras, entre las cortinas, en las escupideras, en los ceniceros, en los cajones, miembros, cabezas, vientres, brazos, corazones, hígados, venas, humores. Capas de humanidad comprimiéndose al máximo; paquetes de fruta seca, sobre sí y sobre los demás; desvalimiento contra desvalimiento, ansiedad contra

ansiedad, lástima contra lástima, risa contra risa, sombra contra sombra, necesidad contra necesidad…

Cuando emergió el portero, como en la escuela, saludaron todos:

—Buenos días, don Chepe.

Don Chepe acomodó ceremonioso sus deteriorados huesos en un asiento de niño chiquito. La silla permitía elevarse indefinidamente. Con aquel tirabuzón cualquiera podía llegar al cielo. Y en el cielo estaba el conserje, bizco, en calzoncillos, con sus alitas y su color de nube. Desde allí, don Chepe recorrió con mirada idéntica a todos los personajes y comenzó un interrogatorio sorprendente.

A las señoras que llegaron primero y que ahora tejían como si estuvieran en casa:

—¿Qué tal van los calcetines?

Y sin esperar respuesta preguntó al obrero:

—¿Cómo va ese reumatismo, don Andrés?

—Así, así… —contestó el aludido, que tenía los pies sobre el tapiz y los ojos en blanco.

—Y usted, señor Rivas, ¿ya terminó el novelón?

El señor Rivas, sin levantar la vista, hizo un gesto negativo e irguió altivamente su gaznate.

—Miren a la gringa. Ya empezó su siestecita…

Las miradas de todos convergieron sobre la cinta estrecha y gris que roncaba en el sillón.

Tras una pausa, el conserje se dirigió al de los anteojos quien a leguas dejaba ver su desaliento. Se balanceaba como si pendiera de un gancho que le sostenía de los hombros y le evitaba pisar el suelo. Mecía el cuerpo, a veces a la derecha y a veces la izquierda.

—No se desespere, licenciado Morales.

Sorprendió a Mónica que toda aquella gente que parecía tan en familia no estuviera desayunando en casa del ministro. Resuelta, se levantó para mostrar la recomendación al conserje. Éste miró la blanca cartulina con absoluta indiferencia.

—¿Ya habló con el segundo secretario?

—Hablé con el del ascensor.

—¿Y no la pasó con el jefe del Administrativo?

—No, señor.

—¿Llenó las formas en la Oficialía?

—No.

—Entonces, tome asiento.

—Perdone, el señor ministro, ¿a qué hora llega?

—A veces temprano, a veces tarde.

—¿Viene siempre?

—De venir, sí viene. Eso se lo podría decir el mayor, pero hoy está de guardia. Siéntese. Ahí tiene algunas revistas.

Mónica regresó a su lugar. Seguía llegando público. La estancia se achicaba. Había ya más gente que sala. La miraban. Se sintió mortificada. En los ojos de algunos halló indicios de burla; en los otros, despego glacial de pasajeros de camión. Resignóse a matar el tiempo. Arregló los pliegues de su falda y disimuladamente deslizó los pies de las zapatillas y entrecerró los ojos decidida a dormir.

A la una y media, exactamente, llegó un chamaco con el almuerzo de las catrinas tejedoras. Tomaron sopa caliente de un termo. Al conserje le obsequiaron una empanada de bacalao. Mónica lo supo por el olor. Los demás se movieron inquietos cuando el licenciado sacó una torta de chorizo del bolsillo de su gabardina.

Brotada del suelo apareció una chiquilla vendedora de membrillates.

El caballero cerró su libro; lo ablandó el hambre, humilló el enresortado pescuezo y salió parsimonioso al corredor. El elevadorista habíale llevado el refrigerio en un portaviandas. Mónica, de reojo, lo vio usar tenedor y servilleta.

Las monjas perdieron su aire de reliquia y comieron huevos cocidos, entre jaculatorias.

La señora gorda salió con los niños que cada cuarto de hora entraban y salían para hacer pipí, y ya no regresó jamás. ¡Claro!, era de las personas que no buscan a ningún ministro. Que sólo van a descansar mientras los niños hacen de las suyas.

Tras de ellos desapareció el anciano don Andrés, después de haber descendido ágilmente de su cabalgadura.

Los demás, en silencio, se dirigieron a la escalera. Parecían pensativos, temerosos de abandonar la antesala. No estaban seguros de tener hambre, ni de que en sus respectivos hogares los recibirían cordialmente.

Mónica aprovechó el desorden ocasionado por aquella especie de día de campo y se acercó de nuevo al conserje.

—Disculpe, ¿por cuál de estas puertas entrará el ministro?

—Por ninguna.

—¿No?

—No, señorita. El señor ministro tiene entrada secreta y elevador particular.

—¿No sale por aquí?

—Ni entra.

—¿NO?

—Nunca.

—¡Ah!

Desorientada, insistió:

—¿Sabe acaso si se habrá ido?

—Eso sí quién sabe.

—¿O no vino?

—A lo mejor.

—¿Sería preferible regresar mañana?

—Si usted quiere, pero venga a tiempo.

"¿A tiempo de que?", pensó la muchacha dirigiéndose a la escalera.

El reloj de la Secretaría daba las dos. Caminó distraída hasta llegar a una gran avenida. Parecía el Paseo de la Reforma. Un taxi pesero la dejó en las calles de Varsovia.

Como tantas veces, contempló desde la esquina la fachada polvorienta de su casa. El contraste de los nuevos edificios hacía más desolado el gesto de los balcones y la inestabilidad de la puerta. Las viejas cornisas se reclinaban en muros poderosos y ajenos.

Al entrar, desde el *hall* inevitable se alza la escalera en agresiva trayectoria, semejante al espinazo de un animal enfermo. Cada escalón ruje a pesar de la alfombra. La oscuridad lame los muebles. No se siente la presencia del aire. Las paredes, siempre húmedas, con caminos de lluvia y grietas, donde la cal hierve y se congrega como la espuma en la boca de los muertos. Los muros hidrópicos y las piedras que se derriten incansablemente lloran lava sobre los muebles, sobre los hinchados sillones de terciopelo —hipopótamos absortos— y sobre los espejos que miran con pupilas líquidas, inermes, tan inermes como los óleos en donde el yeso se desploma sin protesta.

Cuando la noche avanza, el tragaluz, que en las mañanas enceguece y desequilibra, se entinta de relámpagos. El miedo vuelve más negras las estancias. No hay tregua en esta quietud resignada. La soledad amordaza, calcina y un sólido terror devora las cosas, pero todo vive su tiempo propio, como el sauce, como el jabalí, como el arroyo…

Mónica piensa, al revisar los cerrojos que abrigan su ausencia, que la casa pudo ser de cristal; pero ella cegó las ventanas y su alegre casa de ágata se volvió guarida de penas. Casa sin ángel.

Pidió a la sirvienta un poco de sopa y un plato de fruta. Mordisqueó distraída algunos duraznos y subió a su recámara a esperar la noche.

Eran las once cuando Mónica llegó a la antesala. Encontró a la misma gente que el día anterior y buscó la misma silla, segura de haberla adquirido en propiedad. La ocupaba un sujeto gordinflón de respirar tan fuerte que su fuelle de sapo parecía encargado de sostener las cintilaciones siderales.

Mónica miró desdeñosa al que pasaba por alto su derecho de un día de antigüedad. Sin embargo, no le quedó más remedio que

apoyarse en el rollizo brazo de un confidente.

La sonrisa del portero la inundó de optimismo. Más confiada contempló a las tejedoras, terminaban los calcetines, y, como un intestino, el estambre ondulaba por las sillas. Absortas en su labor, examinaban muy de cuando en cuando, con mirada bondadosa, el rostro de los demás. En el bisel de los espejos, Mónica pudo rejuvenecerlas treinta años. Y se las imaginó con sus bucles aprisionados por una cinta de seda; trajes de muselina salpicados de flores, botitas azules de cabritilla y volvió a verlas con los ojos abiertos, sin arrugas, entonados por una risa adolescente.

Ahora en sus asientos lejanos, tendrían halo de marquesas; pero Mónica las veía quebradizas, juguetonas con las esferas de estambre, huidizas como arañas luminosas. Se acurrucaban en los asientos y pequeñas, más pequeñas que nadie, hasta hacerse casi impalpables, sus garras inquietas enhebraban las madejas y las sometían a un laberinto de puntadas. Durante el día resonaba en la sala el tintineo de sus agujas de plata.

La muchacha encuadró a los demás. El caballero seguía enfrascado en la lectura; la *miss,* dormida. Los demás rascándose por escalafón: el estómago, la nariz, la frente…; y ¿el mayor?: de guardia. Total nada. Bueno. Tanto como nada, no. Al menos el obrero le ofreció, a la hora del "rancho", una galletita.

Mónica observó, interesadísima, a un individuo de copete engomado que el día anterior permaneció junto a la repisa, esquivo a las oportunidades de conseguir asiento. Había construido una notable colección de barquitos con las hojas de estaño de las cajetillas, que sin pudor recibía de los fumadores.

Sus obras de arte se extendían sobre la cubierta del esquinero. Las vigilaba con celoso sentido de propiedad. Hasta ponía en algunos banderitas de listón tricolor que inexplicablemente sacaba del chaleco. A otros los pulía minucioso y los dotaba de remos hechos con palillos de dientes que oprimía entre los labios. Ensimismado, contemplaba sus creaciones listo a evitar el naufragio de sus góndolas, balandros, cargueros y buques. Antes de marcharse, Mónica vio que el joven guardaba sus navíos en el cajón central del mueble y se embolsaba la llave ante el asombro de todos.

Las monjas venían recomendadas por un gobernador, medio hermano del ministro. Mónica sospechó que por causa de la otra mitad no las recibían. Eran religiosas Paulinas enviadas de Francia a petición del arzobispo de México para fundar una casa de cuna. Una viuda de abstinencia dudosa, para alcanzar la salvación, sin exagerar la

templanza, les donó la finca que fue antiguo convento de las clarisas; suficiente para contener varias docenas de criaturas, pero que necesitaba adaptarse a condiciones de higiene y comodidad modernas. Urgía aprovechar el ofrecimiento del gobernador que daba por segura la aportación del ministro, y era apremiante entrevistarlo, porque, cuando la madre Teresa y sor Imelda lograran hablar con el personaje, tendrían que proponerle mejor un asilo de ancianos.

Las religiosas permitieron a Mónica visitar el orfanatorio. Así conoció en el convento de Tlalpan a la veintena de niños que esperaban el milagro.

Al entrar, el sonido de la campana la sobresaltó y un oscuro remordimiento la hizo estremecerse. Le causó supersticioso desconcierto entrar al patio y suponer haberlo recorrido en otro tiempo, tal vez en otro siglo. Comprobarlo le quitaba las fuerzas. Cada pilar, cada hueco estaba grabado en su memoria extrañamente. Podía describir a ojos cerrados hasta el más mínimo detalle: la mata de ruda lamiendo el balcón. Allá, recargado en el muro, el jacinto ensortijado donde las abejas se adormecían; zumbaban sordamente pesadas de libar. ¡Con qué exactitud reconocía las grecas de cuarzo blanco y negro que impedían al panalillo invadir con su espuma las hileras de pensamientos, simétricas, como la buena conducta! El destilador de piedra que purificaba el agua, el agua que caía gota a gota en el cántaro con un sonido musical que se confundía con la caída del pirú, sacudido por los pájaros. Idéntico el dibujo de las cornisas y la tersura de la cantera suavemente rosa. No faltaba ni siquiera la vieja siempreviva, creciendo inoportuna sobre el tejado. ¿En qué vida contempló todo esto?, ¿en qué sueño ambuló por ese patio imborrable? Cada descubrimiento le producía miedo físico. No miró la fuente por no comprobar que estaba invadida de renacuajos. Atravesó el corredor igual que una sonámbula.

Rondas de novicias la rozaron con veloces hábitos crujientes. Iban embelesadas, con la prisa que llevan las amantes.

Junto al aljibe parecían grupos de garzas.

Al final de la huerta estaba la capilla. Alcanzó a divisarla de cantera, como el castillo de azúcar que describen en los cuentos.

Compartió con las hermanas, hasta la hora del rosario, su alegría vital que las embajadoras ante el ministro estaban perdiendo en aquel pegajoso “estar” aniquilante, en la antesala de sombras.

En el pequeño dormitorio había que navegar entre nubes de pañales hasta las veinte cunitas azules que colmaban el más intenso sueño maternal. Mónica, a través del tul, sorprendió ojos maliciosos, muecas incomprensibles, bebés de requesón, dormidos, despiertos…

Burlona comentó:

—Este año el muchacho se ha dado en abundancia. Debe haber

epidemia.

—Pronto alojaremos otros veinte, en la nueva ala.

—Qué terrible tener que cuidarlos. ¿A qué hora descansan ustedes?

—Nos bastan cuatro horas de sueño.

—¡Horror!

—Fíjese en este par de gemelitos. ¿No son hermosos?

—¡Lástima que crezcan!

—¿Por qué?

—Serán feroces. Pasarán por el mundo haciendo daño.

—Alguno será santo.

—O para martirio de incautos, "ministro".

—Este monín será bueno.

La afanadora acercó a sus labios la cabecita dorada.

—Vaya una cara más pícara —recalcó irónica la muchacha.

No cabía duda. Al pasar junto al rubio hermoso, el muy ladino se rio, seguro de que en el mundo lo aguardaba por lo menos una curul. ¡Claro!, era un niño sin educación que produjo un sonido indecente.

Una religiosa sacó media docena de monigotes y los puso sobre el pasto, donde ensayaron movimientos de gusano.

Mónica no pudo contener su exclamación:

—¡Qué bien están!, qué gordos, sin papá y sin mamá.

—Y con salud excelente —aseguró la afanadora.

–¿No será otro mito eso de la tristeza de los huérfanos?

—¡Qué cosas se le ocurren, señorita!

—Sí, me gustaría saber en dónde estará el maldito que ha de meterles el complejo.

—A estos chiquitines nadie va a dañarlos con malas ideas. ¿Cómo dice que se llaman?

Los ojos de la religiosa que hizo la pregunta se abrieron inocentes en una cara que parecía no haber traspasado la infancia.

—Complejos.

—Tonterías. A estos niños los protege San Vicente.

Las monjitas soñaban con que el ministro visitara alguna vez la casa de cuna. Todo el convento vivía en oración. Cada mañana la madre Teresa y sor Imelda, antes de salir, eran bendecidas por la superiora y rociadas con agua bendita. Devotamente, bajo su esclavina, llevaban alguna reliquia y la estampa del Santo Patrono de los Infantes.

De nuevo en el salón, la tos larga que se afilaba desde la otra esquina. La tos que venía de lejos abocinada, con agudeza de pizarrín, con ronco gemido, con desgarramientos en el límite de la decencia, con

súbitos ahogos, distraía a Mónica de la contemplación de los rostros. Rostros sin fuerzas, desangrados, como hojas en abandono sobre el rojo de las sillas. Otra vez el aullido impaciente, los espasmos, y otra vez la calma y otra vez los ojos vueltos hacia el agonizante flaco, doblado sobre la única silla de bejuco, que invariablemente aparecía cuando él estaba allí, en espera de otra y otra expectoración humillante. Para ayudarlo, Mónica sorbía a estallar el oxígeno cálido que repartía en sucesivas expiraciones; a veces también ensayaba dodecafonías con la tos increíble del sujeto, que se combinaba asimismo con el hipo anunciador de un niño entelerido, que una mujer miserable acurrucaba en infecto pergamino de agresiva ternura. El enfermo, de quien se dudaba fuera dueño de tanta tos, con esa señora que melindrosamente pedía para un pasaje ilusorio con pretexto de una manda, formaba la sección de intocables de la sala. Ellos eran los que obligaban al amor de los semejantes. No se hallaría espejo común más pulido ni justo, pero eso molestaba y se acabó por arrastrar burlas liberadoras. Uno de los pasatiempos consistió en adivinar las expectoraciones o atinar en los zollipos que cupieran en horas o minutos.

Mónica catalogó a estos asistentes entre la “población flotante”, público inestable al que sin duda pertenecían también los tres judíos que llegaban una vez por semana. Ellos iban exclusivamente a tratar negocios personales. Discutían en su idioma imposible, leían en voz alta, probablemente un convenio diabólico; alegaban congestionados y emprendían la marcha, sin cesar de hablar acaloradamente. Aquella jerga parecía permitirles gritar a dúo sin parar mientes en la comprensión del otro y sólo por el gusto de no agotar el bisbiseo simultáneo, que se convertía en ruido comparable a trompo o, también, a la deglutación espesa de saliva. Parloteo semítico, desperdiciado en vanas profecías de inversiones fantásticas. Rumor que perseguía a Mónica hasta en el sueño.

Pero el viejo conserje se encariñaba con los asistentes. Los consideraba su única familia. ¡Con qué amor mencionaba la constancia ejemplar de algunas buenas personas ya fallecidas! Las recordaba con precisión: jóvenes que envejecieron, niños que habían crecido sobre aquella alfombra. En verdad cifraba su alegría en conseguir que algunos de ellos aceptaran la invitación de ir a comer o a cenar a su casa. Esto lo llenaba de orgullo. Nada menos, cierto domingo don Chepe celebró su cumpleaños e invitó muy deferentemente a Mónica y a las señoritas Sámano. La muchacha se mostró recelosa, pero le explicaron que se trataba de persona decente, de casa honorable, a la que podía ir, y que no se le ocurriera desairar a don José Valverde, quien, en su juventud, fue caballerango del hijo de don Porfirio.

El conserje vivía solo en un cuarto alquilado, en el último piso de una vecindad de las calles de Regina. Sabía guisar especialidades del norte y su afabilidad igualaba a la de un príncipe.

Notable la pulcritud de su recinto. Fragante a tela de algodón y a quietud enjabonada. La angosta cama de azófar sugería penitencias; como blancura inhóspita el almohadón, y, sorpresa, la palabra "Recuerdo" bordada sobre la funda. Una botella de cristal vacía adornaba la cómoda y un racimo de uvas se derramaba en una fuente de cerámica. Frente al balcón, el ajuar de bejuco: un sofá y dos mecedoras retorcían sus cuellos de cisnes barnizados. Colgaba del techo la bombilla de luz esmerilada. Paredes sin vírgenes, sin santos, sin una cruz; sólo el dibujo de un gato en una litografía pendía de un clavo; y todo sostenido por el piso de duela gruesa, pintada de congo anaranjado.

Las invitadas escucharon las singularidades que el anciano contaba acerca del ministro y que repetía cada vez, cada minuto, siempre.

—Sí, dicen que una mañana subió por la escalera de servicio —hablaba despacio y con voz sonora—. Tantito más y me topo con él en el descanso; mala suerte que ese viernes me detuve a comprar un billete de lotería, si no, lo hubiera visto tan cerquita como a ustedes. Cosas de la vida. Mi antecesor habló con él. Él sí le habló; ahora que a mi compadre le encantaba soñar. Yo, para qué les digo, sé que me lo puedo encontrar cualquier día, pero llevo años de esperar. Me conformo con pertenecer a su séquito. Mi caso es distinto; yo no necesito pedirle nada. Hace mucho que nada deseo.

Acercó a las mujeres la dulcera con torrejas. Cuando habló de nuevo, su voz parecía entristecida:

—Sírvanse, por favor —dijo insistiendo en el postre.

—Doña Aurorita, la anciana del 7, afirma que ella sí lo vio —replicó una de las Sámano.

—¿Aurorita Benavides?

El conserje movió la cabeza dudoso.

—Esa señora aguardó tres años. Al último perdió la paciencia. Andaba muy inquieta. Un día esperó veinte horas, frente a la casa del ministro. Allí está muy oscuro, demasiado sombreado de árboles, y no hay seguridad de que haya sido su rostro lo que miró. No, no es buena testigo, yo la conozco. Después de ese día ya no volvió a la antesala ni se atrevió a saludarme. Parecía avergonzada, como si le quedara grande la mentira.

Don Chepe poseía un extraordinario timbre de voz. Desgranaba las palabras con lentitud y daba la impresión de que todo lo que hablaba era importante.

—¿Y el viejo Lemus, que estuvo tres días acechando su automóvil? —terció Concha Sámano.

—Bueno, eso ya es diferente. Fue otro problema.

Sacó un cigarrillo con parsimoniosa lentitud; mientras lo encendía observó que las señoras saboreaban el dulce golosamente.

—Resulta que el ministro cambia de auto como de pensamiento. Lo que pasa es que la gente tiene su fantasía. Pero no todo es negación. No hay que desesperarse.

Dominó una mueca de desdén, de amargura, que subía hasta sus labios. En seguida sobreponiéndose dijo:

—Beban de esta horchata, es sana y fresquecita.

Era algo extraño, pero parecían molestarle grandemente las alusiones que se hacían respecto a que éste o aquél hubieran podido ver al ministro. Él tenía ideas muy peculiares acerca del asunto y no quería comunicarlas a nadie. No deseaba correr el riesgo de ahuyentarlos y que por causa de una palabra imprudente alguno dejara de asistir a la antesala.

Si las mujeres hubieran podido leer en la mente de don Chepe tan claramente como en una pantalla cinematográfica, hubieran visto cruzar por su memoria los nombres que formaban su universo: Pablo, Raúl, don Andrés, Contreras, el hombre de la tos, las religiosas… el constructor de barcos y todos los demás.

"Siempre es posible que ocurra lo inesperado —pensaba supersticioso—. Nada raro sería que las monjas lograran verlo."

Él se conformaba con refugiarse en la esperanza de los otros. Le entretenía seguirlos en su entusiasmo o en su desaliento. Se exaltaba pensando en el desenlace. Para él no eran sino un grupo de niños ilusionados en espera de un prodigio. Apacible, los oía hablar de lo que obtendrían del señor ministro.

Éstos pregonaban ser sus amigos desde la infancia; aquéllos decían que el funcionario les debía favores personales que lo obligaban a servirlos; otros aseguraban que los había llamado insistentemente por teléfono. Al ujier le divertía este candor y malignamente observaba cómo se volvían humildes y silenciosos al pasar de los días y cómo incrédulos aludían a la efectividad de las recomendaciones de cada nuevo aspirante. Se tranquilizaba cuando los veía ingresar al cuerpo de "resignados". Así sucedió con el altivo lector que durante los primeros meses exigía, reclamaba, levantaba la voz hasta que por fin aprovechó el tiempo leyendo emocionantes aventuras, y el obeso de Ramiro Contreras, tan rezongador y tan tan de prisa en un principio y, bueno, tantos más. Ahora la espera se prolongaría hasta donde les alcanzara la resistencia.

A don José Valverde le hubiera gustado que la antesala creciera y un río de nacimientos y familias lo cercaran y, por lo menos, lo tuvieran como testigo de su dicha. De aquí que las deserciones lo pusieran melancólico y malhumorado y que acusara con palabras

fuertes y despectivas a quienes no regresaban. Personas que trataron con él durante años, que compartieron su mesa, que lo obsequiaron con ropa y bocadillos, que le platicaron sus intimidades, cuando no volvían, el ujier negaba conocerlos y no contenía su irritación si alguien los mencionaba.

Llegó por fin el esperado mayor, con botas de montar y gorra de conscripto. Extraña mezcla de corsario, zapatista y rejoneador. En el pecho de Mónica resonó la noticia. ¡El mayor! Quiso besarle la mejilla y gritar: "Señores, ¡el mayor! ¡Aquí está el mayor!" Le indignó la apatía de los otros que ni siquiera alzaron los ojos. Él mismo no parecía sorprendido de estar allí.

—Señor, yo lo esperaba para entregarle a usted…

El corazón le quería salir primero que las palabras, y cuando le tendió la maltratada cartulina, ya amarillenta, él apenas si le concedió un vistazo; menos la vio a ella, pues ya estaba de espaldas dirigiéndose al sitio del licenciado.

—¡Hola! —dijo, y empezó a describirle un juego de *football*.

—¡Qué partidazo se perdió, amigo!

—Sí, fue una lástima.

—Los Jaibos estaban en su día. Llegando se anotaron un gol de bandera imponente. Palabra. ¡Qué leche! El Atlante metió un saque de meta y ahí estuvo el primer *penalty*, en seguida un *corner,* bueno, para qué le digo más; los otros a bloquear y desde media cancha le chutan a su portería y la bola entra al ángulo derecho. El otro lo fouleó macizo, y claro, el árbitro contó sus once pasos. Ya se lo dije una vez, es un sucio villamelón, vendido y sinvergüenza, pero no le valió de nada, pues marcaron *off side*. Y mire si tienen fibras estos muchachos, con el gol solitario, sostuvieron el equipo hasta que les llegó una racha de miedo. No les vieron ni el polvo. El Atlante, puro saque de banda. Ni hablar. Se levantaron con el santo de espaldas.

Había reseñado sin tomar aliento.

—Señor, yo lo esperaba para entregarle…

—Y eso que no ha visto jugar a las Chivas.

—Pero ¿qué le duran a los Pericos?

—Bueno, no voy a decir que el equipo Nacional no tiene lo suyo…

—Señor mayor, en esta cartulina…

—El domingo juega el América contra los Panzas Verdes.

—Hay que ir.

—Le digo…

Con la mano tendida, Mónica lo siguió deseosa de que viera su carta. El hombre la tomó maquinalmente. No abrió el sobre, no miró

los sellos realzados en oro, siguió con el cuento del *football*. Estratégicos lances ejecutados por el Tampico, por el Atlas, por el Atlante. Truhanerías de los contrarios.

Mónica esperó en vano que terminara el partido. El hombre accionaba con amplios ademanes. Ella temió que rompiera su cartulina y se dedicó a rescatarla cuando la sacudió cerca de sus mejillas. Humillada permaneció de pie, frente a él, sin moverse, detenida de la tremante hoja.

Cuando regresó a su lugar, sintió contento, repentino descanso. Aunque su reacción fuera absurda, comprobó que ya no le interesaba nada que no fuera estar allí, en aquel sopor, hundida en esa quietud. Languidecería en el cofre encarnado, apretando la recomendación a sus anchas y eso era suficiente.

El conserje olvidaba desprender del calendario los días, quedaban allí las cifras cabalísticas, hasta que algún entrometido se tomaba la molestia de arrancarlas. Cada vez que esto sucedía, los visitantes fijaban sus ojos en las fechas, incrédulos y sorprendidos de que pasaran con tal rapidez las semanas. Allí no había tiempo. Cuantos permanecieron en la antesala empezaban a adormecerse, quedaban prisioneros en aquel paladar llameante. Bastaban horas para que la depresión colectiva paralizara la voluntad del inexperto, que irremisiblemente se convertía en nueva víctima. Llegaban animosos y confiados: unos exigían con altanería inmediata audiencia. En su insolente actitud podía leerse la marca del automóvil que los esperaba: Cadillac, Jaguar o Mercedes… Los había tímidos que llegaban a pie o en bicicleta, pero unos y otros, si no escapaban pronto, se debatían hasta la flacidez en aquella alfombra devorante. Los más impetuosos se mudaban en mansos y quedaban arrinconados por ahí, deseosos de ser siquiera amigos del conserje. En la antesala sólo eran miseria. Por diferentes razones iban a pedir, y a todos asistía el derecho de ser atendidos. Su esperanza se cifraba en aquel superior creado, exclusivamente para consolarlos. Cada uno suponía llevar un asunto urgente, más importante que el de los otros, el que atraería la justicia y la preferencia del ministro. En el cerebro de cada uno desfilaban argumentos fortalecedores de la seguridad de contarse entre los recibidos. La espera les producía oleadas de indignación. El convencimiento de sus derechos sostenía el fluctuante vaivén de optimismo y desaliento, que hacía de ellos la masa inerte que tanto impresionaba a Mónica.

¿Cuál sería la vida de estas gentes cuando aún ignoraban que sus horas iban a ser sometidas al azar de una inútil espera? ¿Qué harían

en las claras mañanas, en esas que, como la de ahora, dejaban morir clavados en sus pensamientos? ¿Y por las tardes? ¿Darían paseos por los corredores, mirarían al sol desfigurado penetrar por las ventanas, o al crepúsculo desangrarse entre las cúpulas? ¿Cuál sería la hora en que cada uno amaba? ¿Por qué no hablaban de sus ratos buenos? No para todos se hizo la desdicha. Algunos habría en condiciones de contar un suceso amable.

Mónica pronto se alegró de no pertenecer a ninguna silla en especial, porque de esta manera pudo cambiar de lugar frecuentemente y entablar conversación con los retraídos. Para congraciarse con el caballero, hizo comentarios sobre el autor de *El mendigo de San Ángel,* lectura del erudito, más éste la juzgó tan impertinente que cortó sus interrogaciones con monosílabos corteses. La muchacha, confusa, intentó platicar con don Andrés, el más próximo, que ahora cabalgaba sobre el sofá. Le preguntó por sus males, y, el que ella juzgó obrero por su apariencia, resultó ser un maestro rural que durante dos horas describió minuciosamente el mapa de su reumatismo crónico. La joven, fatigada, oía sólo ruido del que hacen los jamelgos cuando mascan panoja. Supo el día exacto en que "le empezó el enfriamiento", fue por culpa de una llovizna. Él era un maestro que vivía calientito en la ciudad y por malas artes del director lo enviaron primero a la escuela de Marfil y luego a la de Salamanca, donde cambió de temperatura. El primer ataque se anunció con taladros en las pantorrillas, en las venas tensas como alambres de púas, en los huesos sin fuerzas. El tormento se repitió con la entrada del frío. Le recetaron baños termales. Pasó una larga temporada en Comanjilla.

Con su voz chillona explicaba don Andrés, que persistía a horcajadas en el respaldo del mueble:

—El agua brota a noventa y cinco grados. Los hervideros nacen de cualquier peña. Hay que andar muy avisado para no meter las piernas en un cráter, porque en menos de un segundo queda el hueso pelado como un carrizo. No se aguanta el olor de azufre que hormiguea por los pulmones, los satura; se le puede dar el golpe, como a tabaco podrido. Las horas se vuelven interminables de puro mirar el raquítico horizonte dibujado a lápiz. Créame, señorita, hay lugares que enferman en vez de sanar. Le digo a usted que allí la tristeza se come a la enfermedad. Peregrinan los garambullos al pie de la colina con sus lunares rojizos y esperan el vuelo de las gangas que juguetean en los matorrales, confundidas con los abrojos y que, al menor ruido, se levantan vertiginosas como si a los terrones les nacieran alas. Su graznido es lastimero. Un grito salvaje que asusta. A mí me metía miedo; a veces me prevenía para oírlas, pero siempre me agarraban de sorpresa. Dicen por allá que su carne es exquisita. Pechuga desde el

pico a la rabadilla. Y ha de ser, porque se ven muy redonditas.

Don Andrés encorvaba las manos en forma de ánfora.

—Pero el paisaje es triste. Aquí y allá crece algún guayabo. Ya sabe cómo son, encanijados y de fruto mezquino, con semillas amargas que desdeñan hasta los propios pájaros. A lo lejos se asoma el rostro de Silao, salpicado de viruelas, no otra cosa parecen sus luces salteadas. Su fulgor mortecino no alcanza ni a lo que alumbra una candela. En las orillas del pueblo los focos van más espaciados y sólo sirven para reconocer los postes de las esquinas y no olvidar de por vida la negrura del cielo. Conozco Silao, en esa oscuridad se oye el repique de las ánimas y parece que los muertos nos untaran de sudor.

—Conozco Silao.

Don Andrés ni la oyó.

—El sonido de las campanas se arrastra por el sendero salitroso y culebrea por la barranca. Su eco llega hasta el hotel y dan ganas de morirse sin necesidad del baño, que quita al más templado toditas las fuerzas. Pero debe seguirse la cura al pie de la letra. La receta es una mezcla de fe y de agua caliente, una especie de rito en que los pacientes llegan al éxtasis.

—A lo mejor el agua está embrujada.

—Sólo estando allí puede uno darse cuenta. Sólo sumergido en el mareo vaporizante que se cuela en el cerebro hasta que lo enloquece. Haga usted cuenta de que ha bebido tisana de peyote. Uno se siente delgadito, delgadito y tan menguado que nadie es capaz de desear nada, ni siquiera salud.

—¡Vaya!

—Después del baño queda uno hecho trizas. Amolado como alumno en exámenes.

—Pues si se enteran, no va a quedar paciente que se someta a semejante curación.

—Considere usted lo que es sudar a lo bruto en una cueva de mantas. Derretirse, licuarse como un tlaconete. Sepultado en las cobijas uno siente las cataratas de agua precipitarse desde la garganta con cosquilleos de lumbre que en seguida se congelan. Se diría que el corazón sobresaltado viajara dentro del cuerpo a velocidad de Sputnik. Hay que apretar los dientes para que no se escape. Entonces se da uno cuenta de que no ha muerto, aunque siente desamparo de viuda con diez hijos.

—Su propaganda es atroz.

—Hay que ver a los pacientes llegar al comedor, deshabitados, ojerosos, sin saliva, incapaces de soltar una lágrima. Así les recuerden la Pasión de Cristo. Secos por dentro y por fuera. Todos dicen que al principio se recrudece el mal y que luego comienza un alivio notable… pero francamente diré…

Por fortuna, inesperadamente, la sala quedó en tinieblas y tal coyuntura fue aprovechada por Mónica para interrumpir el inacabable proceso de los achaques de don Andrés.

Se retiró al otro extremo arrepentida de su curiosidad. Siempre resulta peligroso entablar conversación con desconocidos y mucho más con hipocondriacos. Uno nunca sabe si éste lleva semanas sin hablar o si topamos con un extravertido que se desboca en torrentes, y nos relata desde el primer berrido que dio en la cuna hasta la fecha en que le decoraron un pastel con sesenta velitas. La vida menos interesante se lleva, por lo menos, seis horas de plática. De todos es sabido que cuando un cristiano decide contar, aunque lo ahorquen, seguirá hablando, arrastrado por la imposibilidad de truncar la historia. Si incluso los que tienen la costumbre de contar películas no cejan hasta bajar el telón y refrescar su mente con el anhelado *end*.

Con el tiempo Mónica tuvo que cambiar de parecer y, con tal de no aburrirse, decidió soportar aquellos ataques de verborrea. Aún más, acabó por parecer un prurito de conversación. Sus preferencias se inclinaron por conseguir explicaciones de los herméticos. Su juego fue seducirlos por la vanidad de hablar de sí mismos. Pero no siempre tenía éxito. Por ejemplo, Pablo y Raúl —la pareja de elegantes— la ignoraban. Apenas respondían a sus variadas preguntas. Y el lector la desanimaba con su indiferencia. En cambio el resto de los habituales no resultaban tan ariscos: el conserje le sonreía francamente. Le aceptaba modestas bolsitas de chocolates. A veces compartía con ella un chicle: una pastilla para él, otra para ella. Intimidad ideal que la señorita jamás gozó ni con su familia. Las tejedoras principescas, Concha y Laura Sámano, que empezaban un mantel, la animaron a que aprendiera el punto más sencillo: el de “revés”. Tendría que comprar agujas del uno.

Estas distinciones le mostraron poco a poco que, al fin, formaba parte de la comunidad. Su exactitud era premiada con muecas de aprobación de las religiosas. Sus faldas ajustadas no pasaron inadvertidas a los ojos del gordo y del licenciado. La gringa, antes de comenzar a dormirse, le preguntaba si sus zapatos de lagarto eran mexicanos o si la chaqueta de dril la había comprado en Tlaxcala. Con decir que el constructor de barquitos le había obsequiado un diminuto balandro y, sin más, le confesó que era artista apasionado por la pintura abstracta, y aun el elevadorista se atrevió a recomendarle un menjurje para las pecas. No podría esperar mayor cordialidad de aquella gente.

El licenciado Morales le había confesado su preocupación. No recordaba el asunto que le urgía tratar con el ministro. Esperaba desde hacía seis meses; incansable, solía apretar el nudo de la corbata y frotaba los lentes contra su camisa. Los ojos ensangrentados se

confundían con el color de los muebles. Desesperadamente buscaba en los bolsillos alguna señal que le apuntalara la memoria. Por breves momentos permanecía inmóvil, hundido en cavilaciones para volver al inquieto vaivén, a la infructuosa tarea de vaciar la cartera, de hurgar en el forro del chaleco, de peinar el cabello y desgajarlo de nuevo sobre la frente.

—Si hoy me llamara —decía como condenado a muerte— no podría explicarle al señor ministro el afán que me retuvo tantos meses. Tampoco he de marcharme sin saber su veredicto. Señorita, se trataba de algo concreto y apremiante, algo que, de resolverse, me hubiera hecho amar de nuevo el sol y regresar entre los míos. No sería yo esta sombra de Caín en huida. No duermo, bebo incontinente. Ebrio, imagino recordar, pero lo grave es que no existe la amnesia total —afirmó convencido—. ¡Mienten! Lo principal, lo importante, es olvidar que se ha olvidado. En fin, lo único que deseo, ahora, es descansar como los otros. Dormitar en los féretros de este salón y no permanecer balanceándome como péndulo, golpeando mi cráneo en el friso inclemente.

—¡No me pida que razone! —exclamó adelantándose a la súplica de Mónica—. Ya no insisto en conocer al ministro, sólo quiero recordar, poseer mi secreto, el que guardé meses y días. Era diáfano y se ha vuelto oscuridad; negro sobre negro, eso es mi pensamiento.

—Señorita Mónica —dijo con un suspiro al cabo de un rato—, paso una prueba absurda. Mi situación no tiene consuelo. A cada momento compruebo mi inexistencia.

El licenciado palpó su cabeza, seguro de que en ella se escondía el secreto. El monólogo del hombre, su pena, los comparaba Mónica al tormento de quien ha perdido a Dios. Al contemplar el porte desvalido del abogado, su amarillenta piel, de cigarra enloquecida, pensó que quizá andaría extraviado en busca de panales desiertos.

—Heme aquí —continuó el individuo—, al cabo de mis delirios. A nadie lo he contado —dijo confidencialmente y con el rostro tan cerca de Mónica que ella pudo muy bien percibir la niebla alcohólica que se desprendía de sus huesos, de la ropa y de la piel de aquel fantasma—. Lo que pasa en esta sala haría gritar a quien fuera menos hombre. Ayer precisamente miraba en ese rincón —señaló el sitio donde se encontraban las tejedoras aristocráticas—. A esas señoras las pude ver a contraluz, con los cuerpos transparentes como el vientre de las salamandras; el cordelaje de las arterias entretejía sus esqueletos. Me acerqué para estrujarlas, pero sólo toqué dos omoplatos fríos, de espesor miserable. Puedo asegurar que el candil desciende con frecuencia, aunque nadie lo note. Que camina con sus doce brazos, que se arrastra igual que un pulpo y navega sobre la alfombra. Todo se oscurece. Fíjese bien en la mesa, es una larva llena de proyectos.

Clavó la vista en el mueble y se estremeció ligeramente.

—Detrás de este muro, la nada. Lo que digo es pura verdad, tan cierto como que el ministro vigila nuestros lugares y sabe quién le es fiel y quién deserta. ¿No se ha dado cuenta? Cuando nos descuidamos entra y marca en nuestros rostros la cifra exacta de la suerte.

Seguramente el licenciado se hallaba en pleno delirio. Por la ansiedad con que la observaba, Mónica notó el miedo de Morales a oír algún comentario burlesco, mas ella se concretó a mirarlo seriamente.

En la sala todos conocían la historia. Sin excepción recibieron el bautismo de quejas. Su desquite de náufrago consistía en iniciar a los neófitos en su amargo laberinto, en obligarlos a soportar sus confidencias mientras la pulcritud de sus cabellos, sacudidos bajo sus dedos móviles, se tornaban en melena.

Mónica aprovechó la pausa en que él se limpiaba el sudor de la frente y volvió a su lugar. Desde allí contempló, uno por uno, a los seres que como ella esperaban audiencia. Se los representó tal como estarían en sus sarcófagos. El licenciado, al fin, quieto como un soldado de plomo. Las monjas vestidas de profesas, con tocado de gardenias sobre la cofia y auténtico aire de santas. La *miss* así, igualmente inerte; Pablo con la cara burlona, abrazado a su bastón como preludio de su esqueleto. Las deterioradas señoritas Sámano, dos momias envueltas en pergamino y sudarios de estambre. Al gordo tendrían que hacerle un cajón amplio. Sobre el raso se verían horribles sus mofletudos cachetes azulencos. ¿Y la amable cara del conserje? Terrosa, siniestra, con una mascada sujetando sus mandíbulas; las finas aletas de la nariz se le juntarían igual que alas de mariposa. Se entretuvo mirando al caballero que leía, el señor Rivas, ¡qué gruesas tenía las venas!, ¡qué inútiles cañerías de sangre! Su cara rubicunda quedaría color del henequén. El presuntuoso amigo de Pablo, “sin agregarle peso al mundo”, menos importante que la rotura del tapiz, más borroso que un insecto… Los demás, todos en la fosa común… ¿Y ella? Vio su rostro en el espejo: estaría más pálida que hoy, pero con la misma mueca de asco. Sacó un lápiz para ennegrecerse la línea de las cejas.

Pensó: “¿Qué importancia tiene estar aquí o en cualquier otra parte? ¿Ser recibido o no por el ministro? ¿De qué negocios querrá hablarle la gente? ¿En qué pensamientos estarán sumidos todos los que se encuentran aquí, condenados a una espera sin límite? ¿Era igual ser amado o no ser amado? ¿Su dolor o el de los otros? ¿Qué? Todo era cuestión de un rato. Ahora que algunos ciertamente gozaban en este mundo. A ésos les daría más trabajo morir. Bueno, después de todo, la vida es un don, una oportunidad de alcanzar la dicha eterna”. Esta verdad la conocía, aunque hoy no le sirviera de mucho. Meditó: “El licenciado quiere olvidar que ha olvidado, y yo me conformaría

con no recordar jamás".

Ramiro Contreras parecía revenirse de aburrimiento, parecía una vejiga cada vez más llorada. Un día, otro más, y Ramiro, en accesos de impaciencia, seguía ensayando el discurso de petición para cuando afrontara la presencia del ministro. Todos conocían el exordio que el obeso repetía de corrido, el más insignificante roce producido detrás de la puerta ministerial, sin llegar nunca hasta el remate:

"Excelencia, dignísimo señor ministro, mi caso es inoportuno, lo sé. Usted está ocupado en asuntos trascendentales. Lo que he de exponerle sólo a mí compete; es cierto, pero ¿qué mejor prueba de grandeza puede ofrecer quien, como usted, que, acostumbrado al habla con los primeros magnates de la tierra, oye al humilde? Señor ministro, quizá a usted que me escucha…"

Resultaba lamentable oírlo murmurar su letanía hasta asfixiarse y enmudecer agobiado por la decepción. Igual a una marmita retirada del fuego, Ramiro quedaba en silencio buscando dentro de sí la frase clave que conmoviera al poderoso. No quería que, por causa de una oratoria deslucida, diera al traste con la oportunidad de producir interés en el hombre de Estado, convencido de que la palabra bien empleada envuelve e inclina la más reacia voluntad.

Pero Ramiro cada día estaba más desanimado. Era una pila de desaliento. Se le oía suspirar lastimosamente como si un verdugo invisible le degollara la esperanza.

La expectación había vaciado el alma de los otros, indiferentes y fríos, ya no les importaba siquiera saber por qué motivo la *miss,* a quien veían dormir y revisar invariablemente los muebles, cada mañana aparecía más desolada y distante. Mónica suponía que las visitas de la extranjera formaban parte de su negocio, es decir, que seguramente deseaba adquirir los muebles suponiéndolos coloniales. Lo cierto es que don Chepe contaba que era de las más antiguas asistentes.

—Lleva años —aseguró cuando Mónica quiso averiguar algo sobre el asunto de "la señora" y añadió—: eso nadie lo sabe, el problema de la *miss* es un misterio y, observe usted, lo más curioso del caso es que ninguno se sienta en el sillón rojo, parece que lo tiene comprado.

En efecto, el sillón le estaba destinado y la gringa se llenaba de impaciencia cuando algún entrometido, algún advenedizo desconocedor de las reglas, lo ocupaba, seguro de su participación en los bienes públicos. Todos sabían que ese mueble pertenecía a la americana. Lo nombraban "el sillón de la *miss*", casi respetuosamente, como si fuera un nombre propio.

Corrían sobre su persona versiones atrevidas. Decían, por ejemplo, que tenía amores con el ministro, pero esto era improbable. El ministro no la recibía y, por otra parte, no parecía preocuparle la

tardanza. Llegaba siempre con retraso, distraída y ausente, con estudiado desaliño. A pesar de ser mujer madura, tenía un aire de ingenuidad que convidaba a protegerla.

Alguien dijo que al principio de la guerra estuvo complicada en un turbio asunto de espionaje. No pudo aclararse si ella conocía el secreto de la atómica desde antes que estallara en Hiroshima; o si su amistad con exiliados la hizo sospechosa; quizá su parentesco con los Rosenberg, condenados a la silla eléctrica, era la única causa; a lo mejor fue que predijo un complot contra el gobierno que resultó cierto y luego le achacaron las explosiones consecutivas de varias fábricas de pólvora (cohetes), y hasta anduvieron diciendo que escondía bombas especiales para desastres aéreos. Comprobaron un DWI, que manejó en estado de ebriedad, y tuvo un accidente del que sólo gracias a sus prominentes amigos se salvó de la cárcel.

Se contaban, en secreto, picantes aventuras ocurridas durante las fiestas organizadas en su casa. Se hablaba, misteriosamente, de una sesión espiritista planeada por ella, a la que concurrieron importantes personalidades políticas. Parece ser que el espíritu invocado era enemigo de un prominente que jugaba al honorable. Le aclaró las estafas y mencionó cada trampa con pelos y señales. El acusado, enfurecido, quería descubrir el truco para demostrar las falsedades, mas todo resultó un escándalo.

Pero lo único que les constaba a todos era que su nombre, Mabel, aparecía frecuentemente en la columna de sociales, junto a ilustres títulos. Nadie la hubiera reconocido, al verla principescamente alhajada, presentarse en el Country Club o en exclusiva reunión de embajadores.

El hecho de ignorar sus antecedentes la convertía en personaje excitante y misterioso, sobre todo por las fuertes sumas que le entregaba al mozo que hacía el aseo, cuando ella lo mandaba a cambiar un cheque.

Sin embargo tampoco era raro que en su media lengua les pidiera un préstamo (cantidades que devolvía formalmente).

En la antesala, todos vivían adormecidos en una especie de limbo, con los cuerpos enquistados en las sillas, cómodos, sin atisbos de voluntad. Mónica se percataba de esto como el anestesiado que mira y comprende, aunque no puede reaccionar. ¿Sería la sala una capilla ardiente donde ella estaba ya muerta?

El lunes, el llamado del mayor intranquiliza a todos:

—¡Que pase el señor Rivas por orden del ministro!

La voz se pegó a las paredes de la sala y desapareció. El reloj de los

corazones también detuvo su ritmo y la sangre subió a los ojos y se asomó por las mejillas, y contrajo la piel y suscitó toses, y carrasperas, y ahogos. Del silencio, la boa de la frase los estranguló, el ciclón del ruido abatió exclamaciones, risas, golpes impacientes, taconeos, murmullos, gritos, augurios, felicitaciones. El mundo se detuvo.

—¡Que pase el señor Rivas!

El salón, de una costura a otra, el infinito; de una silla a otra, la eternidad; de un minuto a otro minuto, evos… El señor Rivas emergió y fue creciendo, y en ese instante, por expansión, quedó solo, fue sacando a los otros que no dejaron ahí más que los ojos atónitos, marchitos, incrédulos. El señor Rivas, una piernada tímida, otra más indecisa, la siguiente más firme, la posterior casi segura, la sucesiva rígida y luego el hombre quedó inmóvil, frío, duro, de piedra. Todos lo veían, le llovían miradas como de dos admonitorios, como puños esgrimidos, como rastreras envidias, como peticiones de misericordia.

—¡Que pase el señor Rivas!

Aquella voz inasible, gruesa, maciza, que lo empujó, que lo rescató del anonimato, que lo expuso; aquella voz tan recta, tan masculina, tan imposible, había hecho el milagro. Nadie podía asegurar cómo empezó, pero de pronto estaba ahí: única, señorial, viva, inconfundible. No fue ruido que empezó a engrandecerse, no; si comenzó no se sabe, nadie recuerda (Mónica hizo más tarde investigaciones infructuosas). Salió, en cambio, del cielo, del piso, de las paredes; salió y se impuso y ninguno dejó de oírla, igual que si dentro de cada pecho allí hubiera sonado.

El hombre Rivas, pálido, como ante una sentencia de muerte, arrasados los ojos en lágrimas, tose repetidas veces para darse ánimo, intenta reflexionar; tembloroso, aprieta el nudo de la corbata, limpia los zapatos en el pantalón, se pone tieso y sufre un mareo inoportuno. Ve pasar los jarrones a la altura del candil; el destello gelatinoso de la mesa oscila y las patas reblandecidas se doblan sobre la alfombra. Turbado, deja caer una mirada de ¡auxilio! en el cronómetro florentino que adorna la repisa. Ahora se da cuenta de que le falta una manecilla. Saca su reloj y sin mirar la hora lo guarda. Sabe que docenas de ojos están pendientes de sus movimientos. Lo observan y dudan de su serenidad. Advierten el disgusto que le produjo ser interrumpido, quizá en el mejor párrafo del libro de aventuras. Las monjas le quitan del traje unas hebras de estambre, de ese que flota por todo el salón desde que Laura y Concha inventaron mezclar, con el filamento, hilos de angora. Nuestro lector, puesto en pie, parece más alto que nunca. Brilla su mirada, el esfuerzo por contener su emoción le da aspecto heroico. El sufrimiento lo ennoblece. Se lanza tras el mayor con la misma dignidad con que Maximiliano se dirigió al Cerro de las Campanas. Al desaparecer, la conmoción resulta tan

honda que por largo rato el silencio anonada a los concurrentes.

Había que reconciliar el espíritu con el acontecimiento, y no era fácil. Igual sucede cuando los deudos aún no establecen definitivamente el papel del difunto.

Mónica, por tanto, se quedó con el pañuelo, no se atrevió a sacudirlo entre los dedos lacios; el licenciado apretó las solapas y ni siquiera intentó deshacer las arrugadas pistas de su fuerza. Las monjas rompieron un rosario y no advirtieron las hojas del misal por el suelo. Las tejedoras tendrían que deshacer "arroces y reveces". Y hasta la gringa, con latina inspiración, quedó como ensayando peteneras.

Volver al movimiento, recobrarse, fue el intento siguiente, igual a una película atrofiada que reanuda su paso a otro carrete.

Mónica, arrepentida de no haberse interesado en las lecturas del caballero, lamenta no ser su amiga; tal vez este intelectual de envidiable suerte hubiera podido interceder por ella ante la inaccesible persona.

Don Chepe suspira como si le hubieran robado un hijo.

—Llevaba apenas un año —dice melancólicamente, con una mirada de resentimiento hacia el mayor. Saca un paliacate almidonado y enjuga el rocío de sus ojos.

"¡Pues no lo verá!, quedará entre los empleados de allá adentro", piensa con rencor.

En consideración a don Chepe, sin excepción, al día siguiente llegaron todos temprano y las conversaciones transcurrieron en voz baja. El conserje permaneció agobiado y ninguno se atrevió a preguntar por el caballero lector.

Esa misma tarde, las señoritas Sámano citaron a los concurrentes en su casa para tratar un "delicado asunto", un plan, que de ser aprobado por don Chepe beneficiaría a todos.

A la hora señalada se presentaron las monjas. Oscurecía cuando Mónica, presurosa, subió los escalones del segundo piso habitado por la familia Sámano, que para ayudarse alquilaba la planta baja. Al abrir la puerta la invadió el olor antiguo de las casas opulentas. Allí estaba la mesa de tortuga con sus imprescindibles porcelanas angélicas, sosteniendo la copa de alabastro; la colección de bibelots en los entrepaños que cegaban la ventana; allí estaba el perfume mortuorio de los arcones; las sillas victorianas con medias lunas desvaídas; las cortinas orladas en oro, con ese oro ennegrecido que vuelve luctuosa la pasamanería y hace que los flecos luminosos de otra hora aparezcan descarnados. Trechos de alambre deshonesto saltaban por debajo del sofá entre gastadas vísceras de estopa.

Más allá, en el paño angosto del muro, una miniatura imperial enmarcada en terciopelo y marfil, y otra aún, de la emperatriz, con su fatal locura ensortijada. En un atril, un libro de seda de esquinas marchitas, sometido por soberbio broche de pedrería, regio como el escudo clavado en el centro, vano como la gloria acumulada en redondillas, en letras, en lágrimas que cantaban nacimientos, enlaces, bautizos, muertes, egregias defunciones de vanidosos y engreídos antepasados ligeramente nobles.

Fue justa la decepción de Mónica al ver que sólo las monjas habían llegado. Laura y Concha, sin preocuparse por la tardanza de sus invitados, aseguraron que asistirían los demás. Poco importa la demora. Todo mundo en México se pierde, además de que nadie toma en serio los relojes. Esto es fácil de comprobarlo cuando alguien pregunta la hora. El poseedor del artefacto se sonroja, mira sorprendido la carátula, limpia el vidrio con saliva y le da cuerda vertiginosamente hasta convencerse de que la máquina está reponiendo el tiempo perdido. Sucede lo mismo cuando se quiere saber dónde queda tal o cual calle. Los que viven por el rumbo ignoran el nombre de la esquina que hace escuadra con su propia casa. Es un misterio entender cómo se orienta la gente. Nadie conoce una dirección; para todos es nueva la existencia de un barrio. Quizá se salven los carteros, aunque éstos sólo recuerdan la nomenclatura anterior.

Laura se sentó junto a sor Imelda; Concha en la anémica silla de ébano.

Las Sámano eran mujeres dulces, meditantes, en vigilia perpetua. Mujeres de pecho plano, avergonzadas de su inocencia. Mujeres de párpados enjutos, pespunteados a mano, con pupilas diminutas no mayores que su esperanza. Vírgenes de sal sin rencor y sin lujuria, nacidas para el olvido como las estatuas de los cementerios.

Desde el pasillo, las pisadas de Pablo, el joven del bastón, iluminaron el rostro de las monjas. Rechinó la puerta. Venía acompañado de su inseparable Raúl. Su estatura gallarda rozó los prismas del candil. El otro, con su actitud desdeñosa, no se dignó observar el señorío del salón.

Formaban una pareja desconcertante. Estaban hechos de material distinto, sin imperfecciones. Venían de un planeta donde era natural ser bello y elegante, pero su helada cortesía mellaba la curiosidad e irritaba a los habitantes de aquel pequeño mundo. Nadie iba a perdonar a Raúl el alarde de ausencia, ni a Pablo su reserva atroz que conseguía aislarlos aun allí, donde la espera los medía con idéntico rasero. Existía una razón inaudita que escapaba a la explicación, pero que calificaba el privilegio de su casta.

Las señoritas convidaron pastas finas y té en servicio de plata.

Mónica deseó que no llegara el abogado. Temía que este hombre le comunicara su malestar.

La calma de las tejedoras no sufría menoscabo. Con orgulloso porte entraban y salían de la alcoba situada frente al recibidor, donde una mujer se quejaba débilmente.

En una de tantas salidas, dijo una de ellas:

—Es Lina, nuestra hermana mayor. Lleva once años paralítica. Ha sufrido dos embolias. La pobre quedó muda y ciega. La única señal de vida es cuando se queja.

—¿Quién la atiende? —preguntó conmovida la madre Teresa.

—Ya no vemos a ningún médico —dijo fríamente Laura—. No hay nada que hacer. Hasta que Dios se la lleve. Tía Rosa la cuida y la alimenta. Todo hay que dárselo líquido y en la boca. El menor movimiento le ocasiona dolor. Tantos años en cama la tienen cubierta de llagas. Conforme Laura hablaba, la voz se le endurecía.

—Gracias a Dios ustedes tienen comodidades para cuidarla —observó sor Imelda.

—No lo crea, madre, antes nuestra posición era distinta. Ahora, al menos, encargos de tejidos no nos faltan. Nuestro hermano, mal que bien, después de tantos remilgos de señorito, trabaja en los Ferrocarriles y si logramos ver al ministro…

Se admiró de que las señoritas Sámano disfrutaran un minuto de paz, pero esas mujeres habían agotado la porción de dolor que les asignaron en el mundo. Por la desgracia de su hermana lloraron como nadie. No tenían culpa de que Lina no hubiera muerto. En verdad la enterraron cuando afirmó el doctor que no tenía remedio, y acostumbradas a vivir con el cadáver, ya no la compadecían. La desdicha de Lina se volvió un martirio sin sorpresas que disecó sus reservas sentimentales. Ahora la paralítica era un bulto frente al que podían reír y conversar, indiferentes, sin importarles su existencia.

Laura y Concha hablaban de los males de su hermana como de los vidrios rotos. No había más; Lina era un fardo, un estorbo que ansiaban llevar al cementerio. Cuando se referían a su persona, lo hacían siempre en pasado. La tía o el hermano decían: “En tiempo de Lina”, “Cuando Lina”, “Lina no conoció esto”.

—Sobrevino la tragedia un once de octubre. El estertor doliente se prolongó por días, y luego la inmovilidad para siempre. Médicos, hospitales, experimentos… ¿Para qué recordar? Al fin sólo eso: un fermento de llagas sobre la cama.

Contreras subió asfixiándose. Se detuvo en el umbral y esperó que se aquietara el fuelle de su corazón. Laura le dio a beber un poco de agua. Sin dejar de mostrar desdén por las monjas, el hombre buscó el lugar más apartado. Clavó su mirada en las rodillas de Mónica y quedó en éxtasis, más que si viera una aurora boreal. La muchacha no

advirtió la insistencia del recién llegado, ni la aparición del señor Morales, hasta el momento en que Laura arrimó una luz e iluminó los papeles sobre la mesa.

—La gringa no vendrá —dijo el abogado.

—Ni falta que hace —aclaró el gordo—: es extranjera, desconoce el idioma, no tiene derecho ni al aire que respira. Esos bichos se cuelan por todas partes, igual que otras alimañas.

No pudo evitar una mirada de reojo que intimidó a las monjas.

—¿Por qué tiene que dormir esa cotorra en una sala de espera destinada exclusivamente a los ciudadanos?

Esta última pregunta se la hizo directamente al licenciado.

Laura intervino con su voz clara:

—Señores, vamos a exponer rápidamente el motivo de esta reunión, disponemos de muy poco tiempo; las religiosas viven hasta Tlalpan, y no conviene que Mónica ande de noche, sola por la calle.

—La señorita tiene mi compañía a su disposición —ofreció el gordo, de lo más animado.

—Yo pongo a sus órdenes un modesto *coupe* —recalcó Morales y, al darse cuenta de la apuración de las monjas que escudriñaban la oscuridad, agregó—: si me lo permite, señorita Mónica, llevaremos a las reverendas al convento y después la dejaré a usted en su domicilio.

—Ya hablaremos luego de eso, abogado —dijo Concha, haciendo equilibrios en el esquelético asiento, y explicó—: el plan que proponemos, y que ha sido aprobado por el conserje, es el siguiente: se aproxima el onomástico del señor ministro y esto nos brinda una oportunidad milagrosa. Con la cooperación de todos, podemos obsequiarle un chaleco tejido. Laura y yo nos encargaremos desde luego de la mano de obra y ustedes se cotizarán para adquirir el estambre que en este caso tendrá que ser de primera. Podemos conseguir lana de Australia. La puntada es un primor. ¡Laura! ¿Tienes allí el muestrario? ¡Miren, de preferencia ésta! —y señaló un pequeño cocol pegado a una lámina, un punto de revés y otro de arroz.

Hizo una pausa y continuó:

—Escoger el color también es importante: chicle, gris, azul o canario. Depende mucho del acierto de la combinación para que el obsequio amerite que el ministro nos dé las gracias.

Ante el estupor de todos, que la miraban fascinados, como a una encantadora de serpientes, prosiguió:

—Claro que entrarán muchas madejas, la puntada es compacta; hay que trabajarla como lo hacen los ingleses, con agujas curvas. La sisa sin costuras para que la prenda quede de una pieza.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Ramiro Contreras—. Tiene toda la apariencia de un soborno; es una tontería, una idea feminoide para retrasados mentales.

—No es para tanto, camarada —intervino el licenciado.

Sin inmutarse Concha prosiguió:

—Basta una aportación individual de cincuenta pesos. El tiempo apremia. Hay que comenzar inmediatamente el trabajo.

—Tal vez surtieran mejor efecto las oraciones —consideró tímidamente la madre Teresa—. Un ramillete espiritual como el que le enviamos al señor arzobispo saldría más económico.

Conforme hablaba se iba entusiasmando. Propuso que entre todos juntaran quince mil jaculatorias, unos mil rosarios, setecientas misas: "Un cúmulo de gracias derramadas sobre el alma del ministro".

—Nunca oí nada más ridículo —blasfemó el gordo.

—Hermana, hermana —se oyó la vocecita de sor Imelda.

—Permítame su reverencia recordarle que su ilustrísima, después de ese obsequio, nos retiró el permiso de recibir limosnas, nos cambió de capellán y murieron de insolación las palomas; perdone, no creo que resulte prudente en este caso pues a lo mejor, o digo a lo peor, el ministro no goza de la amistad del Señor.

—¡Sor Imelda, por Dios! —exclamó la madre Teresa escandalizada —. No desbarre, eso lo dispuso la Providencia. ¿Cómo puede usted dudar del valor de la oración? ¿Ha perdido el juicio?

—Perdón, reverenda —murmuró compungida la mujer—, sólo he querido insinuar que, bueno… que podríamos unirnos a la idea de Conchita y, además de nuestros rezos, el señor ministro se abrigaría con la mejor lana.

—Me marcho. No soporto más necedades. Imaginé que elaborarían alguna simpleza, pero esta ocurrencia llega al colmo.

Contreras cogió su sombrero.

—No me parece tan mala la idea —se atrevió Mónica, titubeante.

Al gordo se le llenó de luz el cuarto; se quedó en suspenso por si de nuevo oía la voz.

—Una dádiva no es un insulto —dijo el del bastón, y entregó un billete de cincuenta pesos. Su compañero, sin hablar, puso sobre la mesa su contribución.

Pudieron oírse los dedos de Mónica capturar en su bolsa hasta el último peso y completar su cuota con monedas de cobre.

Conforme Mónica reunía el dinero, la faz de Ramiro enrojecía como si un fogonazo le iluminara el rostro.

—La cuestión del gasto no me importa —masculló con rabia—. Aquí está lo que me toca y además la parte de la señorita.

—¡No puedo aceptarlo, señor mío! ¡Gracias!

La vehemencia de la respuesta de Mónica pareció quitarle bríos, pero sólo se turbó mientras su piel se volvía escarlata.

—Quiero dejar asentado que esto no resultará. Es una idea encubada en mollera de beata.

Clavó las pupilas en el par de monjas.

—Coopero por mi sentido de compañerismo y porque, como sea, tomo parte en la responsabilidad; me ligo a este conglomerado, a mi pesar, pero por ningún concepto participo de la esperanza ni apruebo la tontería, y para ser íntegro, anuncio el fracaso de esta extravagancia. El tiempo demostrará la justeza de mi antipatía por esta maniobra jesuítica.

Las religiosas se santiguaron y el gordo salió resoplando.

No hubo comentarios. El licenciado amontonó billetes de cinco y diez pesos extraídos de los numerosos bolsillos de su indumentaria. Del saco, del pantalón, del chaleco. En toda su persona los dineros se alojaban como en un condominio.

—Nosotras tendremos que pedir autorización a la superiora —se disculpó la madre Teresa—. En este momento no veníamos preparadas.

—Hay tiempo, madre —dijo Laura, guardando el numerario—. Con esto tenemos de sobra para iniciar la compra del material.

Por primera vez la gringa permanece despierta. Las tejedoras pasan de mano en mano una gruesa madeja de confuso morado camote.

Contreras, sin chistar, ve con tirria el color preferido y la semejanza que le encuentra con las capas de obispo; le hacen torcer el gesto y dar la espalda a las religiosas. Laura, especialmente a él, le hace entrega de los comprobantes del gasto efectuado: dos pares de agujas y siete madejas australianas legítimas. El hombre sin querer echa un vistazo sobre las notas y las rechaza en silencio.

Las señoritas Sámano enseñan al ujier el muestrario para que admire la futura puntada. El álbum recorre la sala. Los contribuyentes palpan la consistencia del tejido. Don Andrés hace un breve comentario sobre la buena calidad del estambre y se disculpa con las damas por no haber asistido a la reunión. El asmático pone tregua a su oxidado carraspeo. Algunos se encogen de hombros.

Las monjas se apresuran a enredar las madejas. Apaciblemente el licenciado Luis Antonio destrenza los mazos. Las bolas resbalan y el conserje las levanta, las sacude y va desde el extremo del salón con la blanda esfera entre las manos. Se diría que son cabecitas de niño.

El hacedor de barcos arranca un trocito de estambre y lo coloca a guisa de bandera en un balandro.

La prenda que van a obsequiar al ministro es ahora símbolo que los une y fraterniza. El trabajo interesa a cada quien en particular. Les pertenece por igual el éxito o el fracaso; participan en su causa como en el nacimiento de un hijo. Este motivo en común solidifica su

acercamiento y mitiga su impaciencia. Pero al mismo tiempo aísla a los que no contribuyeron y vigilan rencorosos el ardid.

Sin excepción, los ojos de todos están ocupados en esa labor.

Mónica retiene la respiración cuando supone que Laura ha soltado un punto; espía el acero que ensarta el resorte y experimenta la misma impresión que cuando su abuela decoraba platones de cajeta y ella tenía que aguardar hasta el fin para lamer las natillas sobrantes adheridas al cazo.

La *miss* está perpleja. Los azucarados ojos añil le bailan interrogantes. Hoy no se adormece con la tertulia del salón; presiente con sensibilidad de yegua que existe un complot al que no pertenece; se agita inconforme con el sueño a media asta. Piensa que ayer todos eran extranjeros entre sí, y hoy un fenómeno incomprensible la destierra únicamente a ella, la deja apátrida. Se coloca sus anteojos de turista y detiene su interés en los rostros que no ha mirado nunca. Los consideró masa paciente, indistinguibles unos de otros; rebaño que rumiaba como ella un *hot dog* a la una en punto.

Ahora resulta que poseen manos, bocas nerviosas, pupilas afiladas de desdén o de cansancio, muslos, voces, actitudes enemigas o indiferentes. ¿Quiénes son? ¿Piedras de silencio? ¿O gritos enjaulados? ¿Adónde van cuando se marchan? ¿Estarán seguras las monjas de que existe Dios? El que acompaña al inválido ¿será su amor? ¿Cuál es el secreto que guardan las tejedoras eternamente vestidas con faldas y blusas impecables? Y esa muchacha ceniza, con cuerpo que se enjuta de desamor, está cautiva ¿de qué espanto, de qué mentira? ¿Qué puede desear Pablo?, que ella sabe que es tan rico, ¿qué espera? La *miss* se puso la mano sobre la frente para distinguir al conserje que le quedaba lejos y al mirarlo pensó: “Desde el principio del mundo, don José Valverde estaría así, igual de viejo”.

Mónica la observa y sonríe. Supone que la gringa debe sentir la desolación que sufre, en donde todos se conocen, el que mendiga ser incluido en el alboroto de los huéspedes, al que se le vuelve alegría que un criado le hable y exagera la despreocupación, temeroso de que el servidor se dé cuenta que nadie lo procura. Mabel, animada por el gesto amistoso de Mónica:

—*Hello honey*, mí querer saber *what happened*?

—Usted no parlar español, *lady* —sentencia furioso el gordo—. Usted únicamente *sleeping. What so matter with you?*

—Mí querer saber…

—Usted no poder saber nada —replica con brusquedad Contreras.

El licenciado olvida un minuto su negrura y ríe de buena gana.

—Por favor, camarada —interviene—, podemos informar a la señora. Madame, se trata de la cuelga del ministro. A usted le corresponden cuatro dólares.

—¡Oh, mucho bueno, *his birthday will be happy*. Mí no conocer al señor…

Esto lo dijo maliciosamente, guiñando un ojo.

—No conocerlo nadie, señora —bufa Ramiro Contreras.

La gringa se tranquiliza y recupera su sueño de dragón.

Pero la calma le dura poco. Se incorporó movida por un deseo ajeno a su voluntad, y suplicó que fueran a su casa, a un *drink*.

Al hacer la invitación su vista vagaba imprecisa sobre los asistentes.

—Usted también ir, yo tener gusto en verlo —dijo sin tomar en cuenta la antipatía del obeso.

Un gruñido fue la respuesta.

A don José Valverde le danza un calor por las piernas. Sin disimular su contento, igual que una gallina que reúne sus polluelos, le parece de perlas aquella unión. El chaleco hace milagros. Piensa: "La gringa, que se negaba a ver y a oír, olvida su indiferencia para afirmar la intimidad del grupo".

¡Idea genial tuvieron las señoritas Sámano! Con mujeres así hasta se podría vivir.

La casa de Mabel casi está fuera de la ciudad. Mónica llegó en compañía de las Sámano, después de un rodeo larguísimo y de conjeturar repetidamente la forma de regreso. Esto fue el principio de la excitación que iría aumentando hasta la amenaza de los perros furiosos que salieron a recibirlas, junto con las frases tranquilizadoras de Mabel, con los amagos de huida, de carrera y de parálisis protectores.

La visión de la excéntrica sala, las bebidas insidiosas, lo que pasaría después, para quedar en el depósito personal de la memoria, como un sueño vergonzoso.

Mabel, un mástil entre los dos perros, iba diciendo voces sosegantes, apaciguadoras según el tono, pues la violencia del gruñido e intenciones de los terranovas se fue aplacando hasta que, dóciles, la siguieron detrás de la casa, mientras en inglés y español repartía disculpas y consolaciones.

El ídolo grande que salió a espiarlas, entre cortinas, al fondo de la estancia, era definitivamente falso y en su manufactura intervino, más que el barro, superficiales imaginaciones egipcias, babilónicas y aztecas mezcolanzas. Consistía en una cabeza redonda y calva apuntada para simular las fauces de un saurio. El cuello delgado comunicaba sus serpientes a un rectángulo macizo que ostentaba frutas entre las sierpes hasta el centro donde lucía la estridencia de

una calavera. El monstruo tenía los brazos junto al cuerpo; el derecho tatuado con el zodiaco terminaba en una mazorza, el izquierdo salía entre números y figuras y remataba en una esfera. De la mitad inferior del rectángulo salían garras poderosas y abiertas. Además, se distinguían sus alas como las de una bestia que apenas se posa, más bien, que cae sobre su víctima. Enmarcaba el ídolo una trepadora de hule donde habían colgado heno y campanitas; un telón de fondo negro hacía resaltar las cortinas laterales amarillas. Frente al ídolo colocaron un anafrillo apagado.

Extrañó a las visitas que no hubiera sillas, sino cojines esparcidos en esteras de yute de colores, y sobre todo, que no estuviera nadie, no obstante el rumor que llegaba de lejos; la soledad de la estancia no podía achacarse a la penumbra. Miraban cómo la luz de una ventana alta desvestía al monstruo, cuando la voz de una sirvienta les señaló el camino.

—Por aquí, por aquí.

Fueron hacia el pasillo estrecho y frío, tal vez porque su encaladura blanca todavía estaba húmeda. Siguieron hasta una puerta y les sorprendió que fuera Mabel la que abriera.

—*Come in,* pasen, pasen —las requería dulzonamente, mientras casi les desabotonaba los abrigos y les ponía copas en las manos.

—*Please, ladies, seat down*. Pronto habrán de conocerse todos. *Everybody wants to know you*.

Contrastaban las ropas floreadas, las camisas amplias y *sport* de los norteamericanos o de güeros que lo parecían, con los formales atuendos de los compañeros de Mónica, pues estaban ahí ya, el conserje con su ropilla de domingo, el licenciado que esta vez llevaba chaleco de gamuza. Pablo y Raúl impecables, y el hacedor de barcos inesperadamente de chaqueta azul y *cachenez* blanca. Era fácil dar con ellos porque estaban juntos, convencidos de que pertenecían a otra ganadería, alrededor del desenfado de los dos jóvenes que eran los únicos a quienes se consideraría en ambiente, tal vez porque, como siempre, el desdén se les caía a pedazos.

Los extranjeros reían, conversaban. Los mexicanos preguntaban con timidez, criticaban rumorosamente, se convidaban cigarros y cortesías y el mayor tiempo permanecían estáticos, callados, hundidos en las sillas de mimbre o en los equipales que les hubieran tocado en suerte. Se protegían, más que de las personas, de la confusión de objetos que adornaban el cuarto: una iguana rampante en el respaldo de un sillón; mecedoras de palo; un molcajete con flores; junto a la puerta, un detestable caballo de tule de tamaño natural. Las redes yucatecas que hacían de cortinas y las paredes claveteadas de ombligos —chillantes jícaras michoacanas—, y luego “los ojos de buey” enmarcados en hoja de lata, simuladores de espejos llenos de paño, como las pantorrillas

de la dueña, acumulaban desproporciones mezclando la falta de gusto con la falta de arte. ¿Qué hace Mabel en ese nido de brujas? Soporta las flores de madera, innegablemente bellas, momíficas en un envase de "carretones".

La difícil reunión de los mexicanos, tan lejos ¡ay! de sus familias, fue disolviéndose con el alcohol y la intrusión de Mabel con un gringo que presentaba a Mónica, al abogado, a las Sámano, o de alguna güerilla que iba a rescatar al intrépido y que al fin se quedaba en las redes cazadoras del constructor de barcos, quien allí también pedía papel, paciencia y ganas de admirarlo. Pero no eran los únicos citadinos en la fiesta, definitivamente no eran los únicos. Agudos chillidos, donde asomaban palabras conocidas, imponían la presencia de varias muchachas que simulaban espantarse porque algún *boy* sentaba a cualquiera en sus piernas o la instaba a tomar sin respiro el contenido de una copa.

El encogimiento de Mónica, del abogado, del conserje, de las señoritas Sámano, quizá, pensó Mabel, pudiera desvanecerse si juntaba a todos los mexicanos; fue a hablar seguramente con las sonoras muchachas para proponerles esta alianza tribal; pero ellas, por las miradas hacia el grupo de compatriotas, bien denotaron que no estaban dispuestas a perder ese roce con la libertad que los *teenagers* provocaban; esa salida de sí mismas que, como decía el abogado, eran "serpientes que se hubieran transformado en pájaros". Las jóvenes morenas escotadas eran más gringas que las gringas, reían más fuerte, bebían más fuerte, pisaban más fuerte, hablaban inglés más fuerte y despreciaban a sus compañeros aborígenes también más fuerte. Mientras las norteamericanas se recostaban lánguidas a beber y a sonreír y a mirar dulcemente al compañero, las nativas brincaban, jalaban a sus cómplices y manoteaban incontenibles.

—¿No tiene usted hambre?

Mónica, con desconsuelo, recolectó los últimos cacahuates de una fuentecilla de cristal y los entregó al jurista.

—Amigo mío, estas personas sólo tienen sed; comer no les parece higiénico.

—¡Eh, eh!…

Y cuando el mozo se acercó con las copas, anduvo capturando las aceitunas para ofrecerlas a su amigo, puesto que la sirvienta a quien llamó, porque lucía la quincalla de unas papas de gasa, como un relámpago desapareció por una de las puertas y, seguro, sin que nadie las hubiera tocado ni con el pétalo de una rosa.

Había que nombrar el hambre para que ésta apareciera, para que se instalara con sus múltiples alfileres en un hueco insoportable. Hasta Mónica sintió apetito, pero las señoritas Sámano, acostumbradas a comer a sus horas y seguras de que la invitación se refería a una cena,

se desmayaban, y cuando inoportunas preguntaron a los dos *dandies* si sentían lo mismo, éstos, imperturbables, asintieron, igual que el francotirador que sabe cuál es su destino.Mabel a cada momento inquiría si todos estaban satisfechos. Y don Chepe, en uno de esos momentos estelares en los que es héroe el más insignificante, le dijo a la anfitriona que si no tendría un pan en la despensa. A Mabel le dio mucha risa y se alejó trotando.

Los meseros parecían el guardaespalda de cada uno, su mozo de armas, botellas inagotables: cazaban las copas vacías, se esmeraban porque no perdieran su nivel.

—Tal vez la República ganaría más si los empleara como ingenieros hidráulicos —dijo el licenciado, pero a nadie le interesó su chiste.

Laura, milagrosamente, pescó una diminuta porción de queso y la compartió con su hermana.

Comenzó a sonar una guitarra y una canción empezó a caminar por el aire. Una balada triste. “My love, my love…”, era lo único que se distinguía claramente. Al principio no se sabía si era hombre o mujer lo que cantaba, pero era una voz que quería vivir por sí misma, más bien, que quería morir por sí misma. Trataba de quedarse, y al mismo tiempo de no estar ahí. Era como una llaga en el tiempo, en el espacio, en la piel de cada uno. Su incomodidad, su deseo de desaparecer inquietaba particularmente a Mónica, que sentía cómo iba cercenando las conversaciones, el choque de los vasos, las risas de los otros mexicanos, como si el ruido fuera una luz que decreciera hasta extinguirse. Parecía que la fiesta hubiera terminado porque esa voz así lo quería, porque urgía el pasmo, la petrificación, porque deseaba que no la estorbaran, que simplemente se comprobara su existencia con la respiración de cada uno, con el latir de cada uno, como si se trajera en la sangre desde mucho antes y sólo hasta entonces se hubieran dado cuenta. Una herida que sólo es advertible cuando ya está infectada y es irremediable su proceso. No decía “My love”, no tenía palabras, no tenía música tampoco. Estaba ahí, eso es todo. Después terminó, se supo por el silencio negro, igual al de la frente sudorosa de donde había salido esa voz estrangulada. Sus dientes blancos eran la única luz que podía enfrentarse a la sutil delgadez de la canción. Sin embargo, nadie se había liberado de nada, al contrario, como gusanos comenzaron a hervir las emociones, los pensamientos, las inquietudes, la condición ineficaz, sola, de cada contertulio.

El negro brillante, sedoso, fue mancillado por los ojos de todos. Al final de los puños blancos el luto de sus dedos arañaba el aire con la angustia de un ahogado. La voz debió brotarle de las manos, que aleteaban en la penumbra simbólicas acusaciones, y el blancor de los ojos sin pupilas, como huevos de paloma, acapararon la oscuridad.

De este espasmo, la canción viril, el ritmo encendido, la voz de barítono lució como una orquídea en el desierto y la gente fue a verla y advirtió que había cesado el encanto y que se reanudaba otra vez la vida entre los hombres.

Una de las Sámano se acercó a Mónica para preguntarle si no tenía un dulce; Mónica le aconsejó que fumase, porque decían: “Eso espanta las ganas de comer”. Comedido, el licenciado ofreció cigarrillos. La sorpresa consistió en que la tejedora hiciera por fumar e instara a la hermana por secundarla. En seguida una lluvia de exclamaciones, de represiones y de risas delató la incipiente borrachera de ambas. Una de ellas hasta intentó descalzarse para simular que corría, mientras que la otra se armaba de una botella, tan torpemente, que en la maniobra tiró el pesado tapón de vidrio e hizo añicos unos vasos llenos. Con el incidente la alegría se volvió mortificación que las obligó a sacar pañuelos para secar la alfombra; hasta querían desgarrar sus ropas interiores como corolario de su bochorno para que sirvieran de jerga.

Insistían en pagar los daños y suplicaban a Mabel, a quien llamaron, que las perdonara, que eran unas tontas y se reconocían y acusaban de poco mundanas e imprudentes. Los demás quisieron calmarlas, pero sólo consiguieron arrancarles drásticos sollozos que fueron creciendo como el hambre irreprimible de los contertulios. Cuando lograron calmarles las lágrimas con una copita, una risa tenaz retomó el paso convulsivo de las Sámano, pues en aceleración creciente la risa las ahogaba y les producía dolor; se torcían y enderezaban como crispaciones de cadáver en el crematorio, sin dejar de reír. Y hacían buches y temblaban desde la frente. Alguien sugirió golpearlas, y otra más aplicarles compresas de agua fría; un atrevido deslizó en una de ellas hielo por la espalda y la ofendida gritó estentóreamente y se contoneó sin gracia, como avalancha de adiposidades, mientras quienes las veían se burlaban de su esfuerzo y atizaban con ello los estremecimientos de la otra Sámano. Al fin, entre torceduras de piernas, entre apreturas de muslos, casi tocando el suelo con la cabeza, casi en cuclillas y dominada por sus chillidos, la interfecta alcanzó a esconderse detrás de una cortina. Su hermana hizo suya la vergüenza tapándose la cara.

La embriaguez de las aristócratas deprimió a Mónica y la retrajo hasta sus pensamientos, hasta la pendiente de sus sensaciones dolorosas que no se atrevía a encarar, aunque la atosigaban fulminantes y hondas. Para alejarlas de su mente prefirió exclamar:

—Me siento mal.

—Sí, claro, esta gente no come. Venga, vamos a la cocina, a lo mejor encontramos algo. Al menos podremos devorar a la mucama.

—¿Usted cree? —lo interrumpió Mónica estúpidamente y

estúpidamente rio y no se atrevió a insistir ni a pronunciar otra palabra.

Don Chepe los miró alejarse, con envidia, pero un momento después la pareja regresó decepcionada.

El cuarto retacado de humo, de alcohol y de bullicio estaba pronto a volcar su carga en otra parte. Había una especie de preparación para ello. Intermitentes el ruido y el silencio, marcaban el impulso que tomaría el lanzamiento; parecía la cuenta en un campo de pruebas y el ánimo expectante gritaba que algo iba a ocurrir, que cada uno estuviera en su puesto.

Mónica estaba en el suyo, cabizbaja, analizando la inmotivada esperanza de esa tarde antes de venir. Sucedía lo de siempre; era asirse a un hilo que se desvanecía. El fracaso apagaba las fulguraciones de su curiosidad. Hasta la garganta le subió la sangre y le hizo daño. Bebió de un trago la segunda copa.

—Mire, mire —sintió una mano que la sacudía. El licenciado le apretaba el brazo.

Las Sámano estaban de pie sobre su más aquilatada estupefacción, atisbando un espectáculo que las había curado de su nerviosidad.

—¡Estos gringos! —decía don Chepe, para superar su consternación.

—¿Qué va a pasar ahora?

—No sé, no sé.

—¡Pero no es posible!

—¡Se pone bueno! —exclamó don Andrés, a quien nadie había visto, porque desde que llegó se apoltronó a escanciar copa tras copa, en alarde de aplomo desdeñoso, para imitar a los “señoritos”, que ahora sí, tolerantes, explicaban:

—No pasará nada. Ellos son así y hay que tomarlos en su salsa.

—¡Qué fiesta más padre!

—¿Y se va a desvestir enteramente?

—Las cosas no llegarán a más… No, no se trata de una orgía, seguro que no es una orgía.

—¡Suave, suave! —don Andrés equilibraba su flacura sobre el brazo del sillón y hacía visajes para que su mirada traspasara la penumbra, pues se imaginaba a otras mujeres desnudas.

Al fabricante de embarcaciones le molestaba que le echaran a perder sus ingeniosos artefactos.

—Ya verán, ya verán, también yo los conozco —murmuraba don Andrés con los ojos lúbricos—. Hay que estar dispuestos a todo, nada más que hay que ponerse listo para conseguir buena pareja.

—Allá usted, pues se llevaría un gran chasco —le advirtió el de los barcos, nervioso y mohíno.

Mabel, pálida y apenas insinuada, no obstante su desnudez,

deslucía en medio de un corro de *vaudous,* de color mezclado con los blancos, que palmeaban y movían la cabeza suavemente contra los hombros. El canto se fue extendiendo y acalló otros ruidos. Los asistentes buscaban lugares para ver o para participar; unos, de pie, se acomodaban junto a los muros; otros buscaban un compañero a quien embrazaban antes de iniciar el palmeo que acompasaba la danza extraña del *mamaloi* negro. Éste saltaba en el aire al sonido de un tambor que marcaba fuerte ritmo, y quedaba de pronto rígido como una lanza. Los movimientos de cabeza y el canto del grupo animaban a los remisos.

Mabel, como una llamita, como una espiga en campo ya segado, permanecía inmóvil, sentada en un taburete con elevador que la iba alzando sobre todos. Apagaron y encendieron un reflector azul sobre la mujer desnuda, de largas piernas, de brazos delgados, de talle esbelto reclinado hacia adelante, hasta apoyar casi la cara sobre la rodilla del miembro recogido, mientras la otra pierna permanecía extendida y abandonaba el largo pie como la prolongación de un rayo. Se adivinaba por las figuras próximas, los movimientos de las otras lejanas. Iban flexionando las piernas juntas hasta quedar hincadas; después se sentaban sobre sus propias pantorrillas, sin dejar de palmear y sin cesar de mover la cabeza. Mabel era el remate de ese ritmo, la creación de esos cantos insistentes, oscuros, impersonales.

Mónica observó con ternura la carne desteñida de la extranjera y no supo si el licenciado tenía pupilas detrás de las gafas para contemplarla. Ella compadeció a esta mujer sola, en ese departamento decorado con bules.

Las sirenas de luto, con su faz de ajolote, lo estaban midiendo todo; cuando los huéspedes se marchen sus senos diminutos quedarán igual de mudos y sus colas erectas inquietarán el insomnio de la *miss* y ella beberá *whisky,* sin más esperanza que regresar al salón y dormir. No estar sola, nunca sola, en esa miscelánea de locura. Al cine, al cabaret, al restaurante, a las tiendas congestionadas, adonde haya gente, gente viva, calor y pertenecer a algún rebaño y dormir en algún aprisco, llena de alcohol, de palabras en inglés, sí, pero sola ¡no! Nunca padecer la soledad de Mónica, ni la desazón del obeso, ni la angustia del hombre de los ojos blindados de relampagueantes cristales negros; no, tampoco la melancolía del conserje, ni quedar hundida en el silencio de Lina que se pudre frente a la prisa de las tejedoras. Allá, en la sala de espera, entre los murmullos de los seres que inventaron la existencia del ministro. Porque Mabel sí lo sabe: es un mito colosal como el del mundo, donde nada es verdad. El amor, el bien… ¡palabras! Sólo es exacta la muerte.

—¿Qué intentan con esto?

—No sé, Mónica, no sé.

La ceremonia tardó aproximadamente media hora y Mabel no se movió y aquello era asunto de encantamiento, pues nadie estaba dispuesto a ceder y comportarse como una persona. No importaba que la tensión del principio se aflojara en el público, quien en cierto modo ya se había desentendido del espectáculo y comenzaba a obrar por su cuenta. De cuando en cuando se elevaba la voz desgarrada del negro.

—Vámonos —habían propuesto las Sámano aterradas.

—Qué tomadura de pelo. Gringos estúpidos —decía el del astillero.

—Se lo dije, éstos si no hacen payasadas no gozan —repetía don Chepe.

Al conserje le sobró tiempo para enrojecer hasta las orejas.

—Creo que ya no hay qué examinarle a la señorita Mabel. No sé para qué la han puesto ahí, como luna. Si igual se aburría abajo. ¿No cree usted, Mónica?

—Ay, licenciado, me dan ganas de pellizcar a Mabel para que no ande de convidado de piedra.

—Con razón no comen.

El cuchicheo burlón traslucía el relajamiento, aunque también calentaba la incertidumbre por lo que fuera a ocurrir, pues no dejaban de inquietarles el sonido de los oficiantes, mecánico, autónomo, rígido, tan aparte de lo que no fuera su reino. Definitivamente había que callar y esperar, ya que las burlas se deshacían antes de lograr su objeto; era preferible el intento de colaboración, pero se corría el riesgo de extraviarse en el lance, pues al cabo de un rato de palmear y vocear se iba perdiendo el contacto con los otros, se iban desprendiendo las siluetas, la carne propia, el sonido insistente y ensayado. Un temor oculto les impedía participar en el rito.

Se abrió la puerta y el olor del incienso delató el anafre encendido. Hombres fornidos cargaron a Mabel y los del coro se fueron levantando y empezaron a despojarse de la ropa. El ritmo de los cantos fue más atrevido y el palmeo se aceleró hasta llegar a la demencia.

—*Never forgotten* —repetían y esparcían la noticia.

El grupo de mexicanos, sin necesidad de deliberación, comenzó a ganar la puerta, las mujeres protegían sus ojos con los cuerpos de los hombres que abrían paso. Desandaron el pasillo y llegaron al salón. Aún estaba solo. El ídolo resplandecía con luces indirectas. El canto quedó atrás.

Apresuraron la salida y se enfrentaron, desabrigados, al frío de la noche.

El salón tan de todos, tan de cada uno, como ningún sitio lo fue en la

vida, está vacío, ruin, resonante; de un lado a otro, movidas por injustificado alarde, las palabrejas: “Cerrado - Vacaciones” han dejado un cementerio de máquinas, papeles y deshechos. Los solicitantes pensaban en el abuso de autoridad que cerraba la oficina y los despojaba como a los paracaidistas.

Durante quince días nadie cambiará los esquineros de su sitio; Contreras no sacudirá la mesa; ni las religiosas repondrán flores, sustraídas de la capilla.

El salón ya no será el mismo sin ellos, pero ellos mismos ¿qué serán sin él? Regresarán a sus antiguos sitios, tendrán que volver a sus disfraces cotidianos. Marco Antonio Morales habrá de estar alerta para no exponerse a provocar la burla de su cónyuge; el gordo, el gran masticador empecinado en la demolición de un abultado chicle, se guardará de ello, si no desea agobio de reproches. Sor Imelda no olvidará las sanciones éticas un instante, el tiempo justo que el arrebato del mundo la impulse, feliz *flapper,* a cruzar la pierna, aquí en la sala; uno por uno ha abierto el fuelle de su corazón y goza con su personalidad recién nacida, actual, sin carga de memoria, y cada uno se yergue como un fénix magnífico.

La ausencia sería intolerable; decidieron, pues, verse siquiera en los corredores.

Caminar balanceando la bolsa, dejándola golpear en los muslos, resbalándola por la cadera al compás del taconeo perezoso; caminar por el corredor vacío sin atreverse a más de doce o quince pasos y volver, y otra vez como una ola regresar y emprender el pasatiempo de llevar con el pie cada compás, con la vista baja, con los hombros caídos, con el ademán indiferente. Caminar así cansa, y lo prudente es respirar apoyada en la baranda y dejar que los ojos paseen por las altas columnas, por el embaldosado, por las cenefas del ambulatorio frontero donde el sol ha venido a recargarse. Alguien pasa y deja más ausencia, más vacío en el palacio solo, secreto.

Allá arriba, en la azotea, un soldado asoma y abajo se oyen ruidos de armas. ¿Dónde está el secretario? En el tercer salón queda su oficina. Mónica se asoma a la puerta de la antesala, ase la manija y los batientes no ceden. Todo cerrado. Todo limpio, parece un convento. Esto no fue jamás convento. Ahí hacían las ceremonias, sí, debajo está un templo de arrugados penachos y sangre oxidada y alfombras de plumas. ¿De colibrí? ¿De faisán? ¿De ave del paraíso? ¿De águila? ¡Qué cárcel es ésta! El tiempo está aquí prisionero, acurrucado por los pilares, salido de este vaho que escapa de jades y obsidianas, y del ajetreo de los empleados; cuando ellos se van, surge de escombros imprevistos, de ocultas rendijas, de túneles inesperados.

Como si fueran de hojas y una a una pudieran alzarse y desvelar pasadizos, costumbres, celos, perdones, venganzas, así se extravían los

ojos persecutores de figuras muertas, de rostros, de costumbres. Provocan los salones de fiestas como alcancías selladas; los salones de fiestas con su emperatriz y sus charros liberales y sus obsidianas afiladas.

Cuesta abajo pasa la luz mortecina de hachas imprevisibles. Los ruidos militares y los automóviles que se mueven abajo están amasando la última capa de tiempo para ahondar más un pozo de recuerdos, un vertiginoso revuelo de ficciones, una inmensa red de olvido, una incalculable sed de irregularidades.

Cuando la cárcel no llegaba a más de treinta leguas, cuando el campo anillaba a la ciudad con su agua prodigiosa, ¿cómo sería?, ¿por qué canales llegarían a entender lo que amaban y cómo era que lo ponían en boca del dios ensangrentado? ¿Y ese son inexplicable, taladrante, de las cañas de barro y esas danzas impotentes y esas penurias insomnes, y ese caracol, ese caracol desde lo alto como una peña encendida, como serpiente loca, como rencor furioso en aire calcinado? Todo eso abajo está moviéndose, está en su cárcel; el chocar de espadas y el piafar de bestias húmedas y los Cristos mutilados y las manos tendidas para dar y para golpear, y para robar y para…

Ese soldado no se ha movido de ahí, cuida y ensaya, como sobre un monte, el origen del polvo adverso. Su estremecimiento contagia y su responsabilidad sobrecoge. ¿Si no fue el enemigo? ¿Si únicamente el viento jugó con su destino? Si dio la alarma y la sorpresa no prosperó y fue enjuiciado y condenado a muerte, y él, avergonzado, corrió la guerrera y dijo: “No gasten sus balas, son para el enemigo” y sin impedirlo enterró una daga en su pecho, y cayó entre estertores y rogó que lo perdonaran, que lo quisieran. Ésta es una cárcel para delito grave. “¡Ayúdenme, ayúdenme!”, se pide de prisionero a prisionero.

Ala sureste, segundo patio, cuarto piso, tercera puerta a la derecha, ahí está el despacho del ministro. ¿El ministro sabría que es el ministro? ¿Reflejará su cara el espejo? ¡Ése es el ministro! Lo tocarán, rozarán sus ropas, lo verán moverse, hasta le estrecharán la mano, y, sin embargo, ese cuerpo, esa mirada, esa actitud, no es el ministro. El ministro aparece cuando no está, cuando esa puerta nos pone a distancia, cuando la antesala es el ansia de verlo. También lo ve quien llega a su despacho, pero no lo ve; el hombre que está ahí es el señor, el padre de familia afanado por el diario sustento. El ministro aparece cuando lo pensamos, no está aquí, ni siquiera detrás de esa puerta tenaz e invariable. Si entrara, sorprendería a un hombre avergonzado, un hombre bueno, un hombre que también querría ser él mismo, pues sólo aparece debajo de un marbete: ministro de Gobernación, de Agricultura, de Fomento, exactamente unas rayitas en el holán de un oficio, un emblema debajo de una orden, pero no, tampoco es esas

rayitas, es el oficio todo, las copias del oficio, el empleado que lo hace, el que lo entrega, el que lo recibe, la satisfacción o el temor al leerlo, ahí existe el ministro. El ministro es un vehículo de órdenes, una cueva de abstenciones, una piedra en el vacío. Estuche de los ídolos imperturbables.

El soldado no se ha movido, sí, sí se ha movido, aunque el haber llevado algo a la boca afine esa quietud. Jamás diríamos que es una estatua, sale de él la vida incontenible y soberbia y se derrama en lejanías. Sus ojos van más allá de edificios, de carreteras, de montes circundantes, apenas visibles entre cortinas de edificios, redes de comunicación, torres de energía. Si este soldado tan joven entreviera su oficio de violencias y mirara hacia atrás y dedujera el campo a la veloz carrera de la huida y del ataque, espantado arrancaría sus ropas y decidiría otra ciudadana ocupación.

Entre revueltos arenales, el rostro de esos hombres se conforma, están acurrucados, sedientos, tendidos sobre campos de arbustos y de hierba traicionera. Sobre ellos las cuchillas de las auras, que ya se atreven casi a tocarlos, los brazos ajironados, lentos, como juncos chamagosos rechazan a las bestias; para esperar la muerte han enterrado la cabeza en el suelo, sólo a veces alzan los pies cuando se posa en ellos la honda negrura del zopilote. Hay sangre en las hilachas parduscas; hay a veces un viento suave como una consolación, al respirarlo se desea vivir y se ahonda en la agonía. Ahí, esos dos bultos, están agotando su esperanza; mueven los labios, tal vez recen, tal vez recuerden su frágil condición, tal vez estén hablando con la muerte que los reanima como una caricia. Aúnan su desfallecimiento, su deseo de no sufrir, sus ganas de fallecer. Maldicen sus heridas, su ropa, su piel, su nacimiento. Ya no aman ni odian, esperan la tenaza del animal en los ojos y se aterran; tienen fuerza para mover los brazos y poner las manos en la cabeza, en el costado, en el aire. Se avergüenzan de no sentir vergüenza, de no tener miedo, de no ser nada, de estar anestesiados, y de ser estúpidos inservibles, parte y centro del paisaje limpio y transparente, de horizonte a horizonte, calmosamente iluminado, vacío, casi vacío y silencioso como cuencas de ciego. Paisaje de arena gris, de arbustos amarillos y de lumbre óptima, donde, alarde de rencor, la venganza arroja aún los ímpetus de las caballerías, los gritos avizores, los quejidos, las blasfemias. De eso han quedado los dos cuerpos llagados, impotentes, como señal y reguero de noticias funestas.

Terrible es oír a quien no le faltará la vida, al que rompió sus pactos con la casa frugal y, por muy hombre, se enredó en los anillos de un monstruo empavorecido por caseríos violados, a quien decidió la aventura, siempre al margen del paisaje, siempre en el reflejo de ríos incandescentes, siempre en el vértigo de banderías fatigadas,

siempre en furgones de itinerarios imprecisos. ¡Nos vamos! Y las mujeres corren los visillos y buscan con ojos corredores lo que una noche antes desecharon. Allá lejos, muy lejos, una culebrita de polvo finaliza historias sepultas en el alma. La voz del que va a morir es gruesa y persuasiva, gana la voluntad, y en la marea de las divagaciones suelta sus punzantes, agresivos, cuervos melancólicos. El pueblo está vacío, sucio, aguijoneado de rencores que muerden la sangre de otros, de muchas generaciones. Las mujeres, sobre todo, oyen al que va a morir; su voz ronca y pastosa las soborna, las tiene despiertas, las toca con su espuma viscosa. Las que han resistido y las que fueron débiles tejen complicadas justificaciones. Sólo a las mujeres les está permitido el dolor del moribundo; sólo ellas saben encogerse de piedad y de terror por el que va a dejarlas, y lo saben, y desde antes sienten el frío del abandono, el arrepentimiento, y dejan sin embargo que la tímida mano encienda la mechita de pasión. La energía furiosa del recién llegado como aire caliente derriba puertas, muros, escondrijos seculares y se instala al borde de lechos deliciosos, igual que un espía desesperado ante enemigos invisibles. La voz del que va a morir juega a la volubilidad de resolver adivinanzas, pregunta para que se le responda algo distinto, evita hablar de lo que interesa, elude la conversación descarada, burla las convenciones del trato y, como una nuez tierna y promisoria, como una lucecita en negrura compacta, como una gota en dunas infinitas, quiere, sólo, sólo quiere saber si alguien está con él, si lo recordarán, si su ebriedad y su gozo y su desenfreno lo hicieron olvidar, a él, inolvidable, que esta cárcel puede abrir sus puertas y tenernos vivos y libres. Pero su ilusión desaparece porque su júbilo es por asomar la cara y respirar, aunque dentro, aunque sitiado, aunque empobrecido.

Nada impide que llegue y toque por la entrada especial el ejército de ujieres, de secretarios. ¿Cómo sabrían si no era cita secreta? Él tendría que acceder por curioso, sujeto a indiscreciones. No es tan difícil verlo, aunque el señor que ahí apareciere no sería el ministro, sino un hombre deseoso de comunicaciones turbias y lisonjeras. Ninguno verá nunca al ministro, ninguno, pero puede desencadenar su poder, eso sí, su poder que está a distancia, pero perceptible, y que circula por las oficinas, que roe en peticiones y tratos y registros.

Únicamente lo que está en la forma de su fuerza lo enfrenta y lo conlleva y hasta puede oponérsele. Nosotros, traspasables al fluido que es él, no tenemos fila que lo detenga, transformador que lo dirija, acumulador que lo guarde.

La energía continua del Estado, que ahora ese militar soporta y revela, se trasmite de individuo a individuo, por toda la extensión de país.

Esa energía que yo siento, que yo contribuyo a fortalecer, a

alimentar, a condensar en una o más personas a quienes pido y espero, esa energía debe favorecerme, debe venir a mí en la medida que no dañe, en el modo que no desfigure. Es difícil entender que por encima de este panorama de concreto y fastidio y actividad se extiende por montañas y ríos la milagrosa corriente que vivifica, distingue y aniquila. En los pueblos tranquilos, cuando la serenata, cuando el pan habitual, cuando la esperanza se angosta y se expande en los cuartos amigos, nadie imagina el vibrar de esta corriente que nos amarra con nudos obstinados. Aparentes sustracciones de lo temporal, los pueblos parecen ojos limpios, reflejantes, hondos surtidores; mana de ellos la apacible acrimonia, rasgueo de guitarras recónditas en el pecho de las doncellas, en el vestigio de abuelos secos y duros, en el nivel palpable de fantasmas convencionales.

Repicaba y abría el cielo el girasol de los rebozos, de los chales y de las mantillas distintivas y, de pronto, como si pertenecieran al mundo, como si los estuvieran acechando, como si los hubieran espantado, la lluvia de peones y de alarmas acallaron los deseos de rezar y mudaron la paz en temblor inusitado que llenó de carreras al pueblo, de trancas que se corren, de bestias que se desparraman, de mujeres que se esconden.

Es cólera de Dios, dice la voz del sacerdote, mientras espera que las bayonetas lo sacrifiquen, pero eso no ocurrió y los cepos quedaron intactos y el cura exhibió su fuerza cuando obligó a los guerrilleros a rezar y a pedir y les ablandó el rostro y les habló de sus casas y del abandono de los hijos y conforme llegaban iban quedándose en la iglesia hasta que estuvo llena y el ministro ofició para esa gente de armas una misa bizarra y estentórea. Los mismos jefes no se atrevieron a sacar a la tropa de la iglesia. Esperaron que todo terminara y el pueblo por esa vez quedó intacto y agradecido. Pero cayó la tarde y el alcohol templó la sangre y la sangre animó las gargantas y las gargantas los dedos y los dedos los instrumentos y la música los pies y empezó el baile, llano, bueno, amistoso, y comenzaron a salir las mejores hijas de los mejores dueños y fueron descorchando más botellas y fue encendiéndose el pulso de los hombres y siguió la risa y la proposición y la caricia soslayada y después el gañán que defiende sus promesas, el lance que no resulta, el insulto premioso, y detrás, impulsivo, el fulgor de la daga y el fuete del disparo, y luego el instante encadenó la tempestad de balas, y el luto y el silencio de los grillos y el coro de los sapos.

También hubo iglesias saqueadas e imágenes esparcidas, despojos en lugares tortuosos, donde música maléfica y risas sucias borbotaron impiedades. Dijo el cacique que colgaran a los niños si los hombres se negaban a defenderlo. A cada uno se le dio un rifle y se le puso delante y en medio de enfurecida tropa. Los niños, cada uno en espera

de la horca, ahí, de pie, sobre cajas y burros y sillas; luego, entre tanto, multitud de mujeres dominadas por perspicaces ametralladoras.

Los tambores silenciaron los disparos y los gritos de las mujeres acallaron la lucha. Conforme avanzaba la tropa, brumosos capitanes azuzaban y les pedían que tiraran más rápido. Cuando el enemigo venció, irremisiblemente, entonces la defensa ordenó el sacrificio de los niños. Impetuoso se desprendió el alúd de mujeres y las ametralladoras no las contuvieron y los soldados tuvieron que volver las bayonetas contra ellas y los del pueblo trataron de rescatarlas y después… los cadáveres mutilados como los gajos de una rama inconstante quedaron midiendo la velocidad del viento.

¿Sólo el arrebato y la sangre y la cólera y la desesperación y el llanto son las aventuras que da este país? ¿Los campos de maíz y la alborada del trigo y los montes de alfalfa? ¿No hay aquí más que gente violenta? ¿Nadie está ligado a la naturaleza? Entre las personas y el campo, ¿qué recorre la distancia infinita? La continuidad de la esperanza y del trabajo expone los nudos donde la savia permanente parece decidida a tomar otro rumbo. Son las figuraciones de ira que nos sobrecogen y dan tono a los ruidos proféticos.

Las vicisitudes por pingües o adversos negocios, las relaciones habituales y mansas, la cólera rutinaria, las tribulaciones de cada día, los gozos acostumbrados y que por derecho advienen, el contento de la vida tranquila, todo eso también existe y también entibia el deseo de vivir, pero sus recortados límites separan las casas, cierran la puerta, oscurecen la ventana, y el río que es un país queda represado en multitud de charcas inconexas. Se agota en lodo y polvo hasta que la corriente junta de nuevo el horizonte de todo, en historias comunes, en sufrimientos semejantes, en esfuerzos compartidos. El amor calmado o violento en las esquinas de los pueblos, los celos, la instancia, el temblor de una mano crispada en la reja no duran, no vivifican, no traspasan la historia de un hombre para volverse levadura en la sangre de todos, en unión con el desconocido, con el ignorado, con el recién vivo. Así, de esta manera, el corazón viaja hasta paralelos difíciles, hasta honduras sin término. Cuántos hilos resultan de esa historia grande que nos lanza uno al otro sin remedio, en prácticas repentinas, en acontecimientos donde nada es minúsculo y todo es necesario, afluente de misteriosas construcciones. Y a tres pasos estoy de la sala del ministro, nada me liga a él, señor con esposa e hijos, pero, en cambio, cuánto tenemos en común, idéntica atmósfera nos hace simplemente conocidos, dialogantes. Hemos vivido juntos mucho tiempo, sabemos las mismas historias, consumimos el mismo caudal y martillamos en un futuro semejante. Él me conoce, ahora sé que me conoce y que su invisible condición es como debe ser. Él es un agujero por donde gritar, una caja de resonancias, un temblor

que convoca, una memoria indeleble, un pensamiento de recuerdo y de proyecciones.

El ministro, hoy lo he visto y sé que existe, y sé que los demás, como quieren, no podrán verlo, porque no traspasan el umbral casero de sus preocupaciones, y él, así, no se mostrará, él estará presente cuando deseen que no haya historia propia, él es también un instrumento para emitir corriente…

—Mónica… la estuve buscando… pero… ¡qué le pasa!, ¿por qué llora?

Mónica no supo contestar y para romper el hechizo que la entretenía cayó en llanto sobre las solapas del abogado que había ido a llamarla.

—¡Qué fastidio ir a Chapultepec! ¿Quién lo propuso?

—Fue sor Imelda, tiene ganas de conocer el zoológico.

—Vamos, por complacer a la monjita.

Mónica hubiera preferido quedarse en el barandal en espera de otras revelaciones, pero se conmovió porque la hermana quisiera ir al bosque. Echó a caminar a la vera del licenciado hasta donde se entumían el conserje, las monjas y las tejedoras.

Don Andrés declaró que anduvo perdido en el edificio, que le parecía velar a un amigo difunto y al propósito lanzó un hallazgo de observaciones: “Como si estuviera en una de esas capillas modernas en donde hay que exigir juramento para saber si deudos y fallecidos son los que uno busca, pues aparecen iguales los de nuestro dolor y los de otros”. Calló al advertir que Mónica ni siquiera sonreía.

Las Sámano trabajan laboriosas, pero la postura es insostenible, con el estambre al viento se afloja el tejido, y tienen que desbaratar una y otra vez lo empezado. Resulta inútil que la madre Teresa y sor Imelda protejan la espalda de Concha. Después de luchar contra el viento, Laura decide pasear mientras teje. Las hermanas la siguen, bolas de sumisa fibrilla en incansable jubileo.

Por fin sor Imelda pregunta:

—¿Siempre vamos a Chapultepec?

Concha refuerza la proposición, cansada del devaneo de sus compañeras.

—Sí, vamos, nos caerá bien el oxígeno.

El conserje prefirió no ser nadie en el campo que basura burocrática en el corredor. Manso, como un borujo de papel, optó por donde el viento soplara, y condescendió de mala gana.

—Por lo que más quiera, don Chepe —era Laura la que hablaba—, pasemos por los compañeros y en diez minutos llegamos al parque.

Estoy helada, no puedo más. Si seguimos aquí acabaré por caer enferma.

Don Chepe condescendió de mala gana.

El grupo se repartió en el *coupe* del licenciado Morales y en un taxi que apareció milagrosamente por la avenida. Contreras, de mal humor, prefirió irse en camión y esperarlos en la rotonda.

Chapultepec reluce como una esmeralda en el sexo de una mendiga; al menos Mónica, todavía somnolienta, dejó intacta su imagen obscena: la ciudad abrumada perezosamente reúne sus músculos después de incómodo, continuado esfuerzo.

Un solecito tímido se paraba en los árboles y su calor no detenía la humedad que desde el pasto se elevaba por los troncos con rapidez de insecto. No había lugar seco en donde sentarse. Ello sirvió para que los excursionistas emprendieran una caminata forzada y falsamente divertida. Mónica así lo sintió y elaboraba planes con objeto de reanudar sus pensamientos.

El baño de Moctezuma no le dijo nada; el foso de piedra quedó mudo y las doncellas con los linos pluviales y canciones melancólicas y los criados con bandejas de frutas y licores salvajes y los coros con flautas y atabales y los cortesanos con mujeriles remilgos no aparecieron; el aroma estaba ahí, pero no la esencia; las flores significaban un rescoldo casi frío y exhibían que no eran del bosque sino que advenedizas coloreaban el espíritu de un remoto, agotado, filón humano. Mónica, entristecida, no consiguió imaginar a los sobrevivientes; lo intentó, deseó ser uno de ellos y no pudo. Ulises no fue más él cuando regresó a Ítaca, él fue más él en la memoria olfativa del perro malicioso.

El entusiasmo de sor Imelda ponía alas a su esclavina, en sus mejillas lustrosas el gusto se hacía visible. Era tal su alborozo que la madre Teresa se vio obligada a amonestarla.

—Tenga prudencia, hermana, usted es muy dada a la frivolidad.

—¡Qué maravillosos árboles! —abrió los brazos simulando volar, respiró a todo pulmón—. ¡Esto es vivir!

—Nada valen las cosas de la tierra…

La monja incontenible arrastraba a Contreras.

—La entrada principal debe ser ésta. ¡Venga, señor Contreras, apúrese!

—Tiene que contener su vehemencia, sor Imelda —murmuró consternada la reverenda.

—¡Qué ganas de remar! ¡Mire las canoas!

—Nuestro corazón pertenece al Señor y nada que no sea su amor debe interesarnos.

—Madre, las fieras son criaturas de Dios y yo no las he visto nunca.

—Su exageración… hermana, su alegría…

Con dificultad logró la reverenda emparejar su paso al de sor Imelda.

—Él no quiere que seamos tristes.

—Desde luego, la tristeza es pecado, pero debemos tener presentes los peligros que nos ofrece esta aventura mundana. Llevamos demasiado tiempo sin tomar parte en los ejercicios diarios del convento y el demonio acecha los días de libertad que disfrutamos. Recemos una estación, hermana.

Sor Imelda oraba mientras los changos, frente a su asombro, lucían sus impúdicos traseros betabel. Las monjas se alejaron rápidamente y terminaron la oración junto a la jaula de las avestruces.

Por dejar a sus compañeros, Mónica, con cualquier pretexto, se detenía o adelantaba. Miraba absorta en el piso las figuras dibujadas por el agua, o se entretenía en sortear los charcos con pasos menudos y rígidos. Los demás reían cuando alguno chapoteaba o rengueaba en los bordes de lodo. También se ayudaban a transitar con los finos bastones de la cortesía, al extremo de que la reverenda Teresa, sin reparo, sostuvo el peso de su gracia recargada en el hombro de Contreras.

El interés teórico por aclarar si las jaulas son islas de libertad y los barrotes la frontera con la zona funesta; si los libres son los animales y los hombres, los presos; si los irracionales nos ven y se entretienen cuando nosotros creemos que ocurre lo contrario, crecía en el aburrimiento de todos. Después hubo que pasar al amplio tema de los animales en libertad, sus costumbres, sus cualidades, su sentido, para casi terminar con las comparaciones. Mónica no se sustrajo a este capítulo y, a sabiendas de su cursilería, imaginó a las fieras por las calzadas, entretenidas en observar a los hombres enjaulados; hasta creyó y se entusiasmó por su idea, como cualquier lógico que cree haber superado el *record* de las sesenta y cuatro formas silogísticas…

La mirada de Mónica se desvió hacia la arbolada empinada y boscosa. Las fieras se paseaban por la calzada. Las focas, con cara de paisanos, rieron de alguna palabra soez acerca de su persona. No le sorprendió ver pelícanos trepados en el cuello de una estatua; tenían el rostro de las vecinas que la espiaban en las tardes, juntitas en el balcón de la calle de Varsovia. Igual que siempre, escondían el pico entre las alas circunspectas.

Las rejas estaban invertidas. En las jaulas había gente, gentes de todas partes: payos y turistas, en la isla de los monos; algunos chapoteaban en el pantano concebido para el rinoceronte. Había personas en galerías solitarias, repegadas con temor a los barrotes, y seres temblorosos, guarecidos en el fondo de las cuevas.

Las Sámano, agarradas a una estaca, se parecían demasiado a los canguros; de las fláccidas bolsas sacaban golosinas. Contreras no podía

ser otro que aquel oso barrigudo echado sobre el piso. En el aro de los guacamayos, Marco Antonio Morales se arrancaba las plumas. Inconfundibles las monjas entre las codornices y, desde la rama más alta, el conserje dejaba ver un ojo fijo y redondo. En alguna parte estarían Pablo y Raúl. A Mónica le impresionó una salamandra con el rostro del hacedor de barcos. De don Andrés sólo distinguió las pezuñas. Ella no podía verse, nada había que reflejara su imagen; únicamente percibió la pesantez de sus miembros y las repugnantes escamas de sus dedos. Al tropezar con una flor, saltó un escarabajo que le hizo recordar a Mabel.

Falso y forzado resultó el ejercicio de inteligencia para demostrar la perspicacia que nos distingue de las fieras. Cada paseante espetó una máxima imbécil o una comparación infortunada. Era obvio que los elefantes les pareciesen los tambores jactanciosos de un desfile, que los camellos repitieran la imagen de Alarcón, que los búfalos compitieran con la utilería monótona de Walt Disney, que los pingüinos se alzaran como advenedizos en fiestas informales, y otras muestras rebuscadas de miseria imaginativa.

—Las panteras tienen los ojos de Mónica.

Mónica rio:

—Lo que tienen de mí es la inconformidad. Miren qué desesperante ir y venir.

—Usted tiene muchas cosas para ser feliz, señorita —dijo don Andrés con intención.

—Sí, ya me lo han dicho. Este tigre de Bengala también las tiene, pero… no desea estar aquí.

Sor Imelda llegó al colmo de la malicia cuando estuvieron junto a la caja donde la muchedumbre se estrujaba para ver al cachorro de tigre amamantado por una perra y donde el hacedor de barcos arremetió contra la maternidad y sus adherencias:

—Si van así las cosas este tigrillo fundará otra Roma.

—¿Sabe? —dijo la monja—, yo era novicia cuando llegué a México. Sin permiso fui al Chopo —aquí se ruborizó.

—No. No puedo decir lo que vi.

La empolvada galería adherida a su imaginación la mortificaba, pero a la hora de meditar y por más propósitos de concentración religiosa aparecían pájaros terrosos con hedor a momia y a reptil semejante al olor de las sábanas del orfanatorio. Los episodios de la Pasión eran interrumpidos por hileras de monstruos: ascendían chivitos de dos cabezas y venados con cuernos en la espalda y borregos sin orejas y pescados con la forma del diablo por el Monte Calvario…

—Vi un niño palidísimo, hijo de marrano conservado en un frasco. ¡Dios!, ¿por qué no podré olvidarme de esto?

Después de todo ya había hecho demasiada penitencia por esa falta… Por conocer el bosque, la madre Teresa será la única responsable.

La confesión de desobediencia la entristeció y ya no pudo levantar los ojos ni dirigirlos a nadie y le suplicó a la madre Teresa que regresaran al convento.

Era imposible sobreponerse a la necesidad de estar juntos. ¿Por qué, si tanto fastidio les quemaba las energías, no se separaban? Tal vez la misma abulia los retenía, pero era el caso que algo como ternura daba el grito de alerta cada vez que alguno descarriaba. Mónica sentía nostalgia de sus fantasmas y le mortificaba la resequedad de visiones impotentes. Apenas la red de conexiones soltaba su semilla en campo fértil, sobrevenía la escasez devastadora y escamoteaba los frutos prometidos. Creyó que su fusión con la naturaleza le correspondería espléndidamente, pero ahí está el verde mudo, el cielo desierto, las construcciones inútiles. Se esmeró en relacionar la impávida naturaleza con el mundo sin conseguirlo, sin que ningún matiz añadiera algo a los lugares comunes, reiterados. Su deseo por estar preocupada en el nudo mismo de su disipación, en un objeto, en una materia, en un recuerdo. Mónica se aburría y no disfrutaba su aburrimiento; vagaba entre ideas y sensaciones cada vez más imprecisas y fugaces, que impedían la debida concentración y aplomo. Le molestaba la ropa, le molestaba que las gotas de lluvia pusieran sus yemas frías en el cuello, y sobre todo en la cara y le desprendieran el maquillaje. La resolana le exigía gesticular hasta el adolorimiento y el caminar, porque no había donde detenerse, y la humedad en los pies y el barro adherido a los zapatos y el peso de la bolsa, y esta desgana, este desfallecimiento, este grito enquistado como un ala en la trampa, todo ello la inclinaba desfavorablemente a la desesperación.

El azúcar del castillo que Mónica había supuesto providente no le trajo un solo pensamiento; ni siquiera porque su familia guardaba el tesoro de una visita de la emperatriz obligaba al corazón a romper su cárcel; quería más sensitivo el cuerpo, deseaba vertiginosas imágenes. Sólo el bosque, los paseantes, vendedores y sus compañeros, sólo eso, claro y diáfano, destacaba de un fondo reseco. La exterioridad cayó como la piedra en el tejado y su ruido la sobresaltó y la condujo a buscar el calor de la compañía.

—¿Sabe usted qué me pasa?

—Que ya no soporta la tontería de este paseo.

—Es otra cosa. Me sentí sola.

—¿Y?

—Entiéndame, me sentí sola, por fuera. Sentí que salía de mí, que iba al encuentro de las cosas y las vi como son, pero no regresé

adentro de mí, quedé ahí afuera, ¿sabe?, como ante un cuadro; aunque no…, no como un cuadro… más bien sentí la incomunicación de ahí afuera. No le puedo explicar; lo vi a usted y era un extraño, más bien yo una extraña para usted, ¿comprende?… Sí, porque yo hubiera deseado hablarle y usted quedó junto a mí sin conocerme; sólo porque se movía no estaba pintado. Así vi todo…, y había tanta indiferencia, tal frialdad, que sentí mucho miedo… Creo, licenciado, haber bajado al infierno. ¡Estoy muy mal!

—¿Quiere usted que nos sentemos?

—Va a decir que estoy loca…, yo sentí eso, licenciado. Déjeme explicarle. Cada uno llevábamos una cobertura de hielo. Nos veíamos, pero no había comunicación, éramos sólo figuras soltadas al azar, ¿entiende?, como esos muñequitos de cuerda, muchos, en una decoración igualmente de juguetería. Qué terror sentí por si alguien nos pisara, o con su mano grande hiciera un manojo con nosotros y nos arrojara lejos. Licenciado, qué indefensos somos, qué poquita cosa; licenciado, va usted a decir que estoy loca.

Parecían la estampa de la consternación. Ella tan temblorosa y preocupada y él tratando de calmarla sin entenderla.

—Ve usted. Sentí que pisaba un suelo blando, pantanoso, irreal. Así he venido desde que comenzó esto. Licenciado, ¿usted es muy desdichado?

El hombre no contestó, agazapó los ojos detrás de los lentes y hundió la cabeza en el saco.

—Contésteme, me urge que me conteste.

—Por favor, Mónica… bueno… es relativo. Desde qué punto de vista… porque…

—No diga nada. Perdóneme.

Callados, sin tocarse, como dos adversarios, trataron de alcanzar a los otros.

La escena vergonzosa tuvo término cuando los enteraron de que el hacedor de barcos había reñido con el gordo Contreras. Sucedió que, delante de un reno, gritó:

—¡Miren al cornudo! —y agregó—: como si fuera difícil, los cuernos nunca faltan. ¿Quién ha de creer que el cachorro no es hijo de la perra?

Maldita la gracia que le hizo a Ramiro el comentario. Demudado le reprochó:

—Lo que dice no se habla frente a damas respetables.

—No es ningún secreto… En las mejores familias suele colarse un tigrillo. Ja, ja…

—Usted trata de burlarse de alguien.

—¿Qué le pica?

—Boquiflojo.

—Pero, amigo…

—A mí no me ofende ningún majadero.

—Usted está chalado.

—Ándese con tiento, jovencito.

—No sé qué le sucede, ni por qué se pone el saco.

Contreras lo miró con odio, parecía que iba a caer víctima de un ataque de apoplejía, le temblaban las manos. Estaba trastornado. La doble papada no encontraba reposo.

Para cerrar su inesperado acceso de cólera plantó al grupo sin atender a las palabras conciliadoras del conserje y se internó en la calzada. Los ojos de todos siguieron su corpulenta figura, temiendo que se desplomara. Su fuga sembró el desconcierto.

—¡Dios bendito!

—Se lo dije, hermana. El paseo no era conveniente.

—La disipación no es parte de nuestra regla. Sólo Dios sabe por qué amarguras atraviesa ese pobre cristiano.

Oportunamente gruesas gotas de lluvia los obligaron a volver a sus hogares.

Hubiera sido insoportable pasar la mañana en los corredores muertos, expuestos al frío y a la lluvia de ese miércoles. Por eso cuando don José Valverde avisó que Pablo invitaba al grupo a la casa de Raúl y después a almorzar, todos se alegraron. No todos, en verdad nada más las señoritas Sámano, puesto que ellas eran las primeras a quienes habían ido a recoger.

Pablo y don Chepe se encontraron cuando aquél se estacionaba frente a la casa de Raúl. Fue Pablo quien llamó al viejo para proponerle la reunión, tal vez con ello intentaba justificar sus persistentes negativas a los convites del grupo. Concha y Laura tuvieron gran sorpresa, y más porque creían que la visita era para informarse respecto del tejido que habían descuidado, pues el ajetreo del día las obligaba a trabajar durante las noches y el sueño las impulsaba a doblar la tarea para el día siguiente. Al convencerse de que no iban a inspeccionarlas, dejaron que el entusiasmo les moviera cara, manos y piernas.

Pasaron por Mónica. La encontraron en la calle, iba ya rumbo a la antesala. Le sorprendió que la buscaran, pero recibió indiferente la idea del almuerzo. Se acomodó junto a Pablo, friccionó sus manos desenguantadas y cayó en la inconveniencia de repetir saludos, besos, preguntas y respuestas socialmente convenientes e idiotas.

Llegaron a la casa del licenciado Morales. Don José, diligente, fue a llamarlo. Asomó por el balcón una mujer sucia y desgreñada que de

mala gana ofreció pasar el recado sin simular la desconfianza por el grupo, pues se advertía cómo aventaba los ojos hacia adentro del coche.

Contreras iba muy incómodo. Aborrecía intimar con extraños, sobre todo con "catrines"; aunque temía más el vértigo de quedarse solo. Con remilgos subió al automóvil y soportó entre jadeos que las señoritas se apartaran como una reprobación a su grasa y desordenada persona.

Raúl los recibió en la estancia encristalada, vestido igual que un maniquí: bata de cachemira y mascada al cuello. "No sabía que vendrían." Lo dijo como para disculparse del desdén que le alargaba la punta de los dedos cuando los recién llegados le oprimían la mano y le decían cumplidos burbujeantes.

La llama fría del criado sirvió, con desprecio notorio, bebidas y bocadillos, atento sólo a las displicencias de Raúl, su amo, que ponían en peligro la cordialidad supuesta y tonificante.

En verdad superaba la animadversión del huésped el hallarse en casa rica, el pisar en alfombras, el sentarse en muelles espumas, el calentarse artificialmente, el sorber licores a voluntad, exquisitos; el sentir la alegría nerviosa de estar en otro mundo que el propio suyo, desmantelado y lamparoso.

Concha alardeó su confianza y pidió el teléfono para invitar a las monjas. La superiora fingió no entender y advirtió que las hermanas serían visibles al término de las vacaciones, y para suavizar el rechazo, contó que sor Imelda hablaba dormida y padecía fiebres nocturnas.

Raúl, aferrado en no participar, colgó sus oídos en la ceremoniosa música de Bach que trataba de imponer subiendo cada vez más el volumen. Pablo, en cambio, elogiaba a su amigo y lo intimaba a contar finales de anécdotas regocijantes: "¿Sucedió en Inglaterra, verdad?"…"Tú ya conocías Roma"… "En Egipto las señoras…". Raúl, desentendido, se olvidaba de su educación inglesa, de sus 37 años, de que conoció a Pablo en un banquete del Country Club, de que juntos viajaron por el mundo; de que ahora Pablo suavizaba su aspereza y hablaba de él con entusiasmo.

El repiqueo del teléfono sacó a Raúl de su distracción y displicente ordenó al criado que le trajera el aparato.

—12-30-20 —dijo, y cuando le contestaron se levantó y fue a la pieza contigua.

—No es posible… No sea alarmista. Piénselo bien.

—¡Pablo, ven!

Mónica oía con sorpresa la brusquedad de la conversación.

—El ministro no tiene nada que ver. Al contrario, nosotros hemos tratado de hablarle.

Momentáneo silencio.

—Bueno, bueno, diga, ¿está hablando por el teléfono directo?

Una tregua.

—¡Ah, qué tal!, ¿es usted, abogado?

—…

—De acuerdo. Lo prefiero. Esta tarde a las cuatro en punto.

—…

—Perfecto.

—…

—Sí, comprendo. Hasta luego.

El golpe del audífono sobresaltó a Mónica. Pablo hasta entonces preguntó a su amigo.

—¿Qué sucede?

—La catástrofe. Se rajaron. ¿Hasta qué hora se largan tus invitados?

—Espérate, no seas grosero.

—Sólo a ti se te ocurre pastorear a esa tropa de imbéciles.

—¡Hombre! No imaginé que hoy hablarían.

—Tienes cosas de loco.

—Bueno, ¿qué te dijeron? Sabía que no saldría bien.

—No es hora de lamentarse.

—Te advertí…

—Deja el sermón para otro día, ¿quieres? Y no dramatices.

—¿Esperas solucionarlo?

—No sé, tal vez, ojalá. Se necesita estar ciego. Hay mucha gente que no podrán hundir.

Uno de los dos cerró la puerta.

No se advertía una sola juntura en aquella madera que aparecía pulida, tersa, losa por la cual jamás saldrían los dos amigos.

A Mónica le pareció eterno el tiempo que permanecieron tras la muralla. Al salir, sus rostros no revelaban nada. Pablo, si acaso, tenía más descoloridos los labios. Raúl, impenetrable, puso otro disco.

Con curiosidad morbosa, Mónica los contempló inquisitiva, deseando descubrir el secreto de esos hombres, pero volviendo sobre sí misma, como siempre, calculó que por más mal que les fuese no estarían tan descontentos de la vida, ya que podían jugarse al azar su aventura. Se encogió de hombros, los olvidó y procuró divertirse. Casi lo estaba consiguiendo cuando Ramiro rompió en sollozos y sin venir a cuento exclamó:

—No soy ningún cornudo, ¡no!

Desde su corpulencia, su cara fofa, desparramada sobre los almohadones, clausuró por un momento las burlas incipientes y la atención de todos recayó sobre el desastre de aquella humanidad, que oponía a sus fracasos la cólera de sus palabras y el rechazo sistemático de toda concordia.

—No soy cornudo —repitió con la insistencia de los borrachos.

—No lo soy. Pero mi mujer fue la de la idea. Se aburría sola. Yo le dije que las jovencitas son muy ruidosas. Doloritas me acusó de egoísta. ¿A mí que me importaba que fuera su sobrina? No era conveniente traer a nadie a casa. Yo presentía que no iba a resultar. Ella tuvo la culpa. La verdad es que nunca la contradije en nada. Me casé por casarme con Doloritas Cuervo, de los Cuervo y Montes de la refinería… Desde señorita era almidonada y regañona, pero nuestro matrimonio pasaba ya de quince años.

—Ya se emborrachó. ¡Vámonos! —dijo don José.

—¿Lo engañó Doloritas?

—No, ella no, es una católica, es fea, es fiel… Las jovencitas son muy ruidosas, se lo dije, se lo dije. La criatura acababa de cumplir los veinte, tenía un carácter efervescente. ¡Maldita sea!

—¿Cuál de las dos?

—El jardinero, los acólitos, todos los pantalones de la privada de enfrente. Acabó por encandilarme a mí también. No había manera de controlarla, como no se controla a un terremoto.

Se sonó ruidosamente y se limpió los lagrimones.

—Explíquese, la verdad es que no lo entendemos.

—Ni yo. Mi señora se afligía. Pero ¿cómo resistir tanta juventud?

—¡Dios Santo! ¿Usted con su sobrina?

—Sobrina de ella. A mí no me gusta mi familia. Estaba hecha de alegría. Tiene el cuello blanco blanco y tan suave, la verdad, ¡qué comparación con Doloritas! ¡Pss…! Ni remedio. De la noche a la mañana mi hogar se convirtió en una tómbola. No supe ni a qué horas. Mi mujer era puras lágrimas y la sobrina, Irene, canta que canta… Me abrazaba fuerte y me decía: “Gordo, si quieres descansar del velorio, anímate a pasear un rato, para que sepas lo que es vivir con un pájaro en lugar de con un zopilote”.

A pesar del patetismo de la confesión, un pudor disimulado en el alma de cada uno los hizo avergonzarse de su mofa y violar el secreto de aquel hombre, a quien un trago de alcohol despojó de su prestancia y mostró amilanado y miserable.

Sacó su pañuelo empapado, buscándole esquina limpia.

—¿Y luego?

—Pues nada, a ella le entregué mis ahorros, hechos con puras privaciones. No me daba abasto para cumplirle antojos… No, no salió. Doloritas regresó a Puebla, a la casa de sus padres, con un baúl lleno de quejas y la endemoniada sobrina se quedó muy campante, dizque a vivir conmigo. Pero fue para hacerme la vida flecos.

Se limpió el sudor.

—¡Ah, pero no soy un cornudo!

—Claro que no, su esposa es decente.

—Bien tarde adiviné lo que quería. Al principio no lograba entender sus designios, porque era dulce, era cariñosa, me hacía olvidarme de todo.

Tenía tanta gracia la facha de Contreras y era tan inesperada su transformación y tan inoportuna su confidencia que, sin dejar de compadecer su pena, lo encontraban risible.

—La felicidad dura muy poco, muy poco. Irene desaparecía cuando le daba la gana. Frecuentemente faltaba de noche. Si yo inquiría la causa, la muy fresca contestaba que no tenía ningún derecho a explicaciones puesto que no era su marido. Y si le ofrecía divorciarme, reía como si le hicieran cosquillas: "Qué cosas se te ocurren, gordito". Pero ni remotamente pensaba en irse de casa.

—¿Todavía sigue allí la descarada?

—Sí y no.

Su vitalidad animal agudizaba la tristeza de sus conflictos. Se levantó y, sin más, bebió las copas de las señoritas Sámano.

—Después de todo, no le dé tanta importancia. Total, fue una canita al aire. Reconcíliese con su mujer y listo.

—El desastre no tiene remedio. Doloritas, tan orgullosa, ni perdona ni oye promesas.

—Como buena poblana.

A Contreras, en su borrachera, le dio por interesar a Mónica en su desventura, aunque sabía que ella lo había declarado inexistente.

Publicó sus tribulaciones entre hipos y coronó el relato con una confusa declaración amorosa que hizo a Laura Sámano, a la que a veces nombraba "Irene".

—Soy nada, soy nada —decía sollozando—. Sólo tú eres reina, criatura inalcanzable, Irene mía. Te veo a través de niebla y a veces me sorprende encontrarte en una calle vulgar, con zapatos y bolsa… ¡Ay, Laura! —y lloraba lágrimas grandotas.

Laura moría de miedo.

En seguida insultó a Concha llamándola traidora y luego remató con Mónica a quien rogaba que no fuese a Puebla.

Ante tan burdas peripecias, ninguno pudo evitar las carcajadas, hasta el pulcro Raúl perdió su reserva, y ahogado de risa, ocultó el rostro en su mascada.

Pablo, compadecido, le ofreció una taza de café negro. A los veinte minutos el gordo estaba tan quieto que daba lástima. Una vergüenza humilde lo descalificaba, lo hacía mantener los párpados vencidos, como si de pronto hubiera desaparecido su potencia y fuera sólo kilos de materia.

El grupo lo miraba curiosamente. ¿Con que éste era Ramiro el vitriólico, el audaz, el que se ensañaba con las ideas y con los mansos? Ante la sobrina se derretía su furia; no era capaz de exhibirse en un

parque sin temblar, ni de tomar copas con los amigos por miedo a aquella golfa que sí sabía pedirle cuentas. Sometido a su tiranía, era propiedad de… porque no podía ser propietario de nadie. No, no tenía voluntad. Maldecir a una monja o despreciar a una mujer que no le interesara era su desquite.

Mónica se apiadó de él. Ramiro Contreras sería siempre así: cursi, ordinario y mezquino. Seguía apegado a su mujer, aun sin amarla. Terrible cosa es la costumbre, ¡lo más fuerte de la vida!, ¡lo único poderoso! Y, al mismo tiempo, una pasión vulgar lo convirtió de coloso en enano. Nunca sospechó que de tan pobre metal tuviera el alma.

¿Qué desearán del ministro? —interrogó don Andrés, refiriéndose a Pablo y a Raúl que conversaban apartados en el umbral de la oficina.

—Se nota que no han trabajado nunca —comentó el gordo con rencor.

—Bueno, ninguno de los que hacemos antesala trabajamos. Ver a un ministro resulta costoso. Bien que para esos "catrines" no será sacrificio. Tampoco entiendo la afabilidad con que nos recibió la mamá de Pablo, tan encopetada. No olvidó ni una sola fineza.

—Yo desconfío de esa clase de atenciones. Su etiqueta rebuscada nos puso incómodos, nos metió en una atmósfera tiesa.

—El servicio no pudo ser más suntuoso ni más auténtica la excelencia de las viandas.

—Las elegancias no me interesan. Uno se acostumbra a las cosas, y, lujosas o baratas, igualmente acaban por carecer de importancia. Los ricos son tan desdichados como cualquiera de nosotros. Además, ni ellos ni nadie conoce su destino.

—A mí me intriga el problema de éstos. La señora dijo que Pablo se encerraba en la biblioteca como en una isla y sólo toleraba las visitas de Raúl. ¿Notó la violencia con que él soporta la preocupación de la mamá?

En señal de desprecio Contreras levantó los hombros.

—Cuando la señora dijo que el ministro frecuentaba la casa, don Chepe no creyó que el mandatario aceptara invitaciones; hasta usted se quedó con la boca abierta colmada de pastel de hojaldre, desde los dientes a la garganta, como bodega de acaparador, ja, ja…

—¿Cómo no voy a sorprenderme? Si el tal Pablo puede ver al ministro cuando se le antoje y su madre invita al cuerpo diplomático, a todo el gabinete y al mismísimo señor presidente. ¿Qué hace él aquí? ¿Quiere usted explicarme? ¿Y el Raúl?

—¡Otro vago, y de seguro libertino! Ricachones que no más vienen

a quitarle el tiempo al ministro y a retardarnos la entrevista.

—En lo que me fijé fue en que Mónica nos abandonó. Prefirió disfrutar la compañía del dueño, deslumbrada por la mansión…

—Así son las mujeres… Sí, se quedó con él en la biblioteca.

La euforia que les había causado la invitación se disipó; cada cual sentía haberse metido donde no tenía que hacer, y esta impresión no la suavizaba ni el trato exquisito de la madre de Pablo, ni el lujo de la casa. Cada palabra, cada lugar común los desnudaba en su vulgaridad y los enfrentaba a la vergüenza de la crítica de ellos mismos. Casi era de mecate el traje pardo de Contreras, casi de jerga la muselina de Conchita, casi de yute el casimir de don Andrés, casi de espinas la seda floreada de Mónica. Eran impropios como sus ropas, sus modales, sus palabras, sus pensamientos. La prestancia de la sala denunciaba la indigencia de los intrusos. Alguien tuvo la impresión de estar ahí como curiosidad en exhibición, sintió una etiqueta sobre los zapatos deslavados: "Pobre, ejemplar encontrado en…", no siguió leyendo y trató con el pie de empujar el letrero humillante. La sala relucía más con la pringue de los circunstantes, hasta el punto de arrojarlos e impedir que fuesen localizados.

Mónica distraía otros pensamientos observando un colmillo labrado con carritos, dragones, lotos, venas, estrías: "¿Por qué no le dejaron un pedacito terso?" Habría bastado un pájaro, una flor, una gota de rocío; sí, llanuras sin árboles, a lo más una sola figura, una loma en el desierto.

En la biblioteca presidían los ojos líquidos de don Pablo Galarza, difunto, engolfado en un marco de oro. Un halo luctuoso impidió a los visitantes hacer comentarios de los emplomados venidos de Francia, de los herrajes italianos, de los grabados ingleses, de la profusión de objetos que exaltaban la geografía suntuaria. A veinte años de su fallecimiento aún tenía fuerza, la mirada dura y pertinaz y quien la enfrentaba rendía sus máscaras y quedaba indefenso. La mirada salía de una cara angulosa, cuadrada en el mentón, de alta y abultada frente, de pómulos discretos, nariz feudal y labios amorosos. De este temple era Pablo, menos en los ojos verdes y profundos como los de la madre.

La invisible presencia se desprendía de los anaqueles, del señorial asiento magullado por su huella, del crucifijo de marfil suspendido en el tiempo. Brotaba del forro de cuero intacto que cubría al cartapacio con las últimas epístolas del muerto. Surgía del secante verdoso que conservaba la firma del ausente. ¿En qué rincón sus pisadas? ¿En dónde su postrer pensamiento? La eternidad, el amor, el grito, ¿dónde? Sólo el retrato para medir la lejanía.

Evocarlo era captar la ruptura de un tiempo impecable, manifiesto aún en la cabellera fragante de la viuda, y perdido en sus manos

enjoyadas.

—Usted fue una belleza.

—¡Qué hermosa debe haber sido!

—¡Qué bonita fue!

La mujer no es como el Cid, que vive de sus glorias. Necesita la diaria pleitesía, el reconocimiento fructificante, el aroma inactual de las palabras, todas para la eternidad.

A don Andrés le hubiera gustado tener la prestancia del caballero con su banal burguesía.

Contrastando, Marco Antonio Morales llegó a la antesala abriéndose paso entre respiraciones y alegatos de la multitud de adolescentes que reclamaban al ministro. El botón desprendido de su camisa y las solapas ajadas eran la patente de su esfuerzo. Naufragó en Pablo y le espetó como el surtidor de una ballena:

—¿Veremos al ministro?

—¡No!

Pablo insistió en desasir los dedos que le apretaban las muñecas.

—¿Ni aun usted?

—Licenciado, sea razonable.

Más sereno Marco Antonio le pidió que no se disgustara y que si era posible le explicara por qué, a su parecer, el ministro era invisible.

—A todos nos acerca la imposibilidad de ver al ministro. No importa que seamos ricos o pobres. Nos desintegramos frente al muro que es él. Yo podría hablarle, pero ahí, donde puedo verlo, ha dejado su poder. Es uno más en la fiesta y a ése ni lo necesito ni lo busco.

—¿Cree usted eso?

—¡Claro! Lo veo una noche y al otro día es como hoy, inasequible. No le cuento que ya me han prometido la entrevista y no me recibe, porque allá era sólo mi amigo, sin solemnidad, sin frases de protocolo. Dése cuenta de algo: ni él mismo sabe esto. Él piensa que es el ministro. No sonría, no sonría, no me burlo de usted, ni quiero desorientarlo. Fíjese en Mabel, ella cree que se acuesta con el ministro, pero no, el ministro como tal, ni siquiera la recibe.

—No lo entiendo. Si las leyes se hicieron para el pueblo y la existencia del ministro no es más que para cumplir la ley, él es uno de nosotros, tiene la obligación de servir, obedecer órdenes concretas que lo fuerzan a interesarse por nuestros problemas…

—¡Ah qué licenciado! Padece usted una deformación profesional. La aflicción personal no existe, inmediatamente que usted se topa con esa muralla que es el Estado, se despersonaliza, se vuelve el número de un expediente en el que no hay asunto de importancia, igual da un conflicto de vida o muerte que la solicitud de un cambio de plaza. Papeleo, trámite, humillación. Eso es lo único que somos frente al poder público.

Raúl terció para apoyar con violencia:

—Usted frente al Estado es un eslabón más o menos, una pieza intercambiable, y perdone que use este ejemplo tan gastado; mire, el Estado es el amo y que nos vaya bien, porque no quiera ensayar en nosotros otras crueldades mayores a los de esta espera.

Pablo impidió que Raúl continuara:

—El Estado nomás oye, en él comprobamos nuestra incapacidad de comunicación. Imagine usted un mundo sin Estado. Ahí nos entenderíamos…, bueno, pero esto no tiene sentido.

—Hablan ustedes como si fueran anarquistas.

—Medite usted en esta experiencia —interrumpió Raúl tajante.

Mónica, que los había escuchado, deseó que terminara la disputa.

—Yo espero que el chaleco obre milagros —rio.

Raúl no pudo dominarse, aunque atenuó lo que afectivamente pensaba.

—No mienta, usted no espera nada, está aquí por inercia, ya le comieron la voluntad, usted lo sabe y anda dando esperanzas.

La cara de Mónica se ensombreció:

—Me apenan las religiosas. Es tan humilde lo que piden.

—A ellas dentro de un mes yo voy a solucionarles el problema —aseguró Pablo—. Ya hablé sobre el asunto con mi madre. Intervendrá en el "milagro" y San Vicente lucirá en su hábito otro corazoncito de oro.

—Pues no dude que el "prodigio" lo han conseguido nada más por su fe.

—Me dejan ustedes desconcertado —murmuró Marco Antonio, tratando en vano de cerrar su camisa—. Realmente no vale la pena que recuerde, no vale la pena…

Movía la cabeza mientras se incrustaba serpenteando entre los grupos, sin dejar de repetir: No vale la pena. NO VALE LA PENA…

Mónica, con angustia, lo vio alejarse. La misma angustia que sintió ayer al entrar en la biblioteca de Pablo, el mismo disgusto borbotante en los anaqueles labrados, en los bustos de bronce y de mármol con parentescos flameantes como una bandera desde la política, desde las letras, desde… ¡Sí! La misma náusea desprendida del tintero de oro, de los libros; enjambre de escarabajos trepadores, de toda esa sustancia impecable y arreglada de donde salía el mayordomo con el servicio de té, el clima, el olor a dinero, a bienes heredados, a superflua abundancia.

—¡Qué maravilla tener riqueza, se adquieren todas las cosas! —había exclamado ella.

—Si viera que no —respondió Pablo—. Se lo digo de corazón y sin desdeñar mi solvencia. En la vida hay cosas más importantes que el amor y el dinero, y digo amor, porque sé que doy en el blanco.

Mónica hizo un mohín desdeñoso y quedó petrificada.

—Escúcheme —continuó él—, aunque considere que soy demasiado joven para equivocarme. Lo que no puede realizarse no existe. Grábese eso y nunca saldrá perdiendo. Calcule su triunfo de antemano. Hay que abolir el sentimiento. Somos seres de razón, no de azúcar. Nuestro dolor no tiene importancia, nos aleja de los otros, nos vuelve despreciables, e invariablemente provoca en los demás el deseo de aniquilarnos. Pero no ponga esa cara, ya sé que no está de acuerdo.

—La verdad, no. Y si lo dice porque conoce a la persona que me desdeña, entienda bien esto: igual me daría que muriera o no hubiera nacido, mi vida sería igualmente suya. Amo, pero no como aman las gentes; para mí, querer ha sido como besar la cara del destino. Amo con todos los sentimientos que constituyen, con el placer de oír mis pasos en la calle desierta, con el dolor de una gangrena, con la emoción que despierta la música, con la ansiedad del hambre a las tres de la tarde, con el temor de la muerte, con la unción de los cuadros religiosos, con el sexo, con el olfato, con la prisa de atravesar una calle, con la ambición y la generosidad, hasta mis uñas, hasta la infancia en que no lo conocía y ya lo necesitaba. Pero no es su presencia ni su voz, es, sí, mi amor por él lo imprescindible.

Mónica apretó los párpados y dijo luego avergonzada:

—Disculpe la letanía.

Hizo un esfuerzo por dar a sus palabras un tono de broma mientras hojeaba un libro tomado al azar.

—Este día ha sido pródigo en melodramas: primero el gordo y ahora yo. Hemos tenido éxito.

El volumen resbaló de sus manos. Pablo colocó el libro en su sitio con tanta lentitud que parecía haberse olvidado de Mónica.

—Quisiera ayudarla —su voz tenía un hálito de ternura—. Hacerle entender que nada de esto existe. Pero es inútil. Usted a lo que más le teme es a olvidar. Suprima los recuerdos y quedará libre. No más sola que hoy. No existe amor que valga una lágrima y si aguanta saberlo le diré: es digno de envidia quien no realiza un sueño; al menos a su ideal no lo destruye la náusea.

—Si usted piensa así, lo compadezco. Lamerá siempre piedras heladas.

—Puede ser, o tal vez usted no maduró por dentro y yo envejecí de golpe.

Su violencia pareció aflojarse.

—¿Sabe, Pablo?, no le llevo la contraria. Olvidar debe ser bueno, lo que sucede es que a mí no me alcanza la vida para desatar un afecto y, además, no tiene caso, yo soy una cosa ya líquida a fuerza de quemarse.

Por la ventana del jardín derretían sus manojos las jacarandas,

fijando sobre el césped de la rica mansión caleidoscopios de tinta.

La muchacha, con gesto de niña, acarició golosa las pastas de colores y recargó la frente en el vidrio.

—La antesala está hoy insufrible —oyó Mónica comentar al hacedor de barcos.

Don Andrés soltó una risita.

—Si el conserje no convence a los muchachos de que el ministro es un fantasma, se meterá en aprietos.

—¡Exigimos audiencia! —bramó el joven que encabezaba al grupo.

—¡El ministro, el ministro, el ministro! —martilló la porra.

Hubo adolescentes que se encaramaron descorteses sobre las espaldas de los veteranos, jovenzuelos que hicieron rodar las madejas de estambre, muchachos que se limpiaron las narices en las cortinas, chicos que con lápiz escribieron en la pared de raso: “viejo coyón”, “farsante, vendido”, “ministro de petate”, y hasta alguien se atrevió a lanzar un chicle sobre el chongo de sor Imelda. Sin ponerse de acuerdo Pablo y Mónica, para evitar la bulla juvenil, abandonaron simultáneamente la antesala. Pablo ofreció llevarla. Subieron al auto y durante el trayecto los dos callaban, enlazados en sus pensamientos, hasta que se detuvo el coche frente a la casa de Mónica. En la angostura del callejón los dos parecían buscar una palabra.

—Debe tener el propósito invencible de olvidar si quiere seguir viviendo.

De improviso alisó fraternalmente el cabello de Mónica. Su voz se volvió casi un ruego:

—Él no la amó nunca, y usted sabe que no trató de herirla.

La muchacha hundió la barba en el pecho y Pablo no puedo saber si estaba llorando.

—He estado viviendo de miseria —murmuró con voz ronca, y como si razonara consigo misma—, de algún rincón que él no saqueó. La mitad del día me sumo en algo vegetal que se parece a la muerte, pero así y todo, lo que quede será mío y ya no habrá posibilidad de nuevas agresiones o despojos.

Su respiración se hizo agitada, vibrante, imploró:

—Qué bueno ha de ser andar por la calle con el paso firme y sin tambaleos de amor, sin pena, con inocencia de once años y con este andrajo de corazón que me queda poder algún día echar hojas de nuevo y resucitar. Anhelo caminar alegremente, cargando gustosa los restos del naufragio con lo que pienso edificar el resto de mis días.

Su voz se hizo humilde, temerosa:

—Pero bien sé que verlo es para mí siempre una sorpresa, que me

acomete como una garra, que me hace revivir lo que imaginé sin razón ni fundamento, tan arbitrariamente que no tiene por qué parecérsele. Y no quiero engaños en mi vida: él sólo es el espejismo de lo que deseo.

Levantó los hombros con desdén y exclamó con furia:

—¡Descubrir que uno puede amar a quien desprecia! Eso no me lo perdono, es un fraude contra uno mismo, contra lo más puro del alma.

Pablo la interrumpió:

—No haga literatura. En el amor se juega con extremos: o toda la dicha o toda la desventura. Él eligió para usted y usted quiso ser devorada.

—Sí —gritó— y no sé qué hacer con toda la ternura que reservaba para él, con toda la delicadeza que fui juntando para dársela un día… cuando él quisiera; toda la risa que guardé, toda la pasión. No sé qué hacer con todo eso. Sigue aquí dentro y no sé dónde tirarlo, en qué muladar que no sea este mío…

Se detuvo y abrió la portezuela del auto:

—Tampoco sé por qué le digo a usted estas cosas.

Sin mirarlo se alejó y con los dedos crispados desató la cadena de su reja.

Reanudar las labores fue como para los perros perdidos que dan por fin con la casa del amo. Encontrarse de nuevo en la sala familiar los llenó de optimismo. Los hombres hablaron con más entusiasmo de automóviles, de política y de deportes. Las mujeres elogiaban los vestidos y el maquillaje de las compañeras. Las tejedoras, engalanadas con idénticos volantes de tul, sobre albas blusas de espuma, olorosas a los arcones de cedro, a polvos de rosa y a esencia de eucalipto, se levantaron solemnes e impusieron silencio. Cuando todos las miraron expectantes, ellas pronunciaron:

—¡Está listo el chaleco!

Un ¡ah! religioso acogió la comunicación.

Como nadie había podido dar las medidas exactas del ministro, a pesar de las discusiones sobre la talla, acabaron por servirse de la sisa y espesores que supusieron tendría San Ignacio de Loyola, pues como militar debió ser fornido y de presencia importante, así lo aseguraba sor Imelda.

La caja dorada en que empacaron el presente era un hallazgo de elegancia: de una esquina pendían listones de color sepia con remates de chaquira en forma de flecha.

Los que llegaban por primera vez veían perplejos la escena. Don José Valverde contempló orgulloso el trabajo, para él era como si cada

uno hubiera rematado un punto.

—¡Qué mujeres, sobre todo, Laura!

Ramiro no pudo menos que refunfuñar a causa del olor a incienso que las monjas agregaron al obsequio.

—¡Qué perfección!

—¡Qué acabado!

—No se nota costura alguna.

—¡Permítame…!

Y las señoras no ponían término a sus elogios, ni les parecía suficiente ponderar al máximo el primor de las puntadas.

Pusieron la caja sobre el esquinero. El dueño de los barcos, en homenaje, suspendió sus creaciones para ceder sus ojos al tributo, pues realmente ninguna de sus naves tenía el prodigio de este envoltorio provocador y persuasivo.

Visitadores antiguos y recientes desfilaron ante la ofrenda que como palabra cabalística haría el prodigio de abrir la puerta inaccesible. Los nuevos la veían con respeto supersticioso de quien contempla un amuleto. Justamente era el chaleco que Odiseo se hubiera puesto, si Penélope lo hubiese terminado.

A las Sámano el ministro las sacó de su anonimato; transformó en fogata la endeble llamita de sus vidas, por gracia de la dádiva quedaban ligadas a él para siempre. Las migajas de estambre que ascendían hacia el sol, las motitas perdidas en los salones, las partículas dispersas en el suelo constituían sustancia indivisible del chaleco en que enfundaban la dimensión de la República. Algo intangible y secretísimo las unía al ministro, como si transportaran el polen que las sostendría hasta la eternidad.

Conscientes de su importancia, las aristócratas vigilaban su creación y suplicaban insistentemente, con angustiosa delicadeza, se abstuvieran de manosear la labor, pues el traqueteo apelmazaba el estambre e iba perdiendo lustre.

Don Andrés vio la necesidad de poner un letrero que prohibiera zarandearlo; no faltaba gente brusca y sin comedimiento: torcían los dobleces, causaban estropicios al listón, mellaban el papelillo de las esquinas, tan cristalino, tan bien ajustado; a tanto sobar, el resorte disminuía la tensión y su calidad elástica se iba degradando. Ante el eminente riesgo de que el dechado acumulara polvo y manchas grasientas, las señoritas y las monjas ostensiblemente se afligían. El licenciado solucionó el conflicto: sobre la cuelga colocó un pliego de celofán. Los curiosos se acercaron a mirar como los moscovitas miraron el cadáver de Stalin, cuando todavía era comunista.

A las incomparables artistas les llovieron peticiones.

Las señoras en mitin solicitaron el derecho de regalar un suéter del color de la espiritualidad del ministro.

No todas estaban conformes con el tono elegido; para la manufactura no había reproche. Serían los prodigiosos dedos de las Sámano las encargadas del trabajo.

Hubo protestas:

—¡Que le den otra cosa!

—¡Egoístas!

—¡La idea fue de las tejedoras!

—¡Imita monos!

—¡Basta, basta!

—En el obsequio participamos todos.

—¿Los que no llegaron a tiempo?

—¡Todos!

—¡Eso no es justo!

—¡Qué cómodo!

—¡Calma, calma!

—¡Aprovechados!

—¡Montoneras!

—¡Silencio, por favor, silencio!

La envidia se localizaba en el empeño de repetir exactamente el modelo.

Solemne fue el instante en que el grupo asaltó al mayor encomendándole la entrega del obsequio. Éste, anonado, miró la puerta infranqueable.

—Pero yo, yo… —tartamudeaba—. Lo más que puedo hacer es entregárselo al señor secretario y si acaso él ve al ministro… —y se puso pálido sin completar la frase.

Entregado el chaleco al dudoso emisario cayeron exhaustas en sus sillones, pero libres de cuidado renacían de nuevo a la esperanza. El corazón de sor Imelda se detenía pensando en la emoción del mandatario en el momento de abrir la caja, desatar las cintas y encontrarse con la prenda. Concha imaginaba la sorpresa que habría de producirle la confección impecable de la sisa y la altura exacta de los hombros. Laura se preocupaba porque resultara de su agrado el color. No había problema si el ministro era de tez blanca, pues de lo contrario le daría al rostro un tinte cenizo poco favorable —¡cielos!—, un reflejo moribundo sobre la piel. La reverenda rechazaba sus aprensiones rogándole que no fuera racista.

—Las caras oscuras resaltan bellamente con el color obispo.

Y comenzó de nuevo a correr el tiempo, kilómetros de abulia petrificaban las conciencias, fijas, tercas, contempladoras de su propia estatua, nutridas con la sal de su remordimiento.

La amistad del grupo se iba enfriando. Unos avergonzados de abrigar esperanzas, otros molestos por consentir aquella inocentada. Ninguno haría alusión a la suerte que hubiere tenido el chaleco.

Tácitamente hasta el conserje evitaba el tema, cuando alguien mencionaba el asunto. Pensó que, si el ministro los reunía para agradecer el obsequio, no participaría en el encuentro. En el hipotético caso, su condición de súbdito lo desterraba. Atrapado en el cepo burocrático, siempre al margen de los poderosos, estaba obligado a permanecer en el sitio de guardia. Suponer que las tejedoras traspasaran el oscuro paladar que engulló el señor Rivas, prestigioso lector de incunables, le hizo sospechar que, si las señoritas regresaban a la antesala, el silencio que hubieran contraído le envenenaría el corazón, porque seguramente no revelarían la verdad. Pero éste era un discurrir absurdo. No lo verían.

Durante treinta años comprobó que los "llamados" naufragaban a lo más en la sala 15. Unos se marchaban, otros volvían a esperar de nuevo ahí, en su reino, en la antesala del mundo.

Don José Valverde, empleado cumplidísimo con derecho a jubilación perpetua, insistía en su plaza, sostenido por el fuego tenaz de conocer al ministro. Aunque se empeñara en negarlo, el sello de su fuero, el impacto de su firma estaba vigente en leyes, en memorandos, en oficios, en la evidencia del pasmo colectivo al sonar el timbre de su privado. Después de tantos años, aún no podía sobreponerse al dominio que irradiaba del invisible. El anzuelo de sus recuerdos hurgaba hasta el primer día cuando era un mozalbete, época lejanísima de don Genaro Ortiz de Madariaga, en 1931, inviolable incógnita. Quince, veinte, veinticinco le sucedieron, implacablemente invisibles.

"No, las señoritas Sámano no lo verían, ni siquiera Laura". Don José hablaba en voz cada vez más baja, como si el temor de que los extraños adivinaran el fracaso lo dejara afónico.

La ansiedad de las religiosas era notaria, le daban más vueltas al rosario que a los planetas los rusos. Nada tenían que preguntar al mayor, pues éste informó oportunamente que había cumplido con el encargo al entregarlo a la secretaria del secretario de la secretaria del secretario, del secretario.

Las hermanas Sámano no iniciaban otros trabajos y andaban poco comunicativas.

El gordo comenzó a vestir de negro, estaba adelgazando. En dos semanas aparecía consumido y ojeroso, sin ganas de contar sus penas. Don Andrés exageraba su eterna sonrisa demoniaca. La gringa no había vuelto y el licenciado Morales, insolentemente despreocupado, aprovechaba la pared para ensayar ejercicios yoguis.

Mónica permanecía en su ataúd, con los ojos cerrados.

Pablo soportaba el tiempo con el ceño fruncido, taciturno y demasiado pálido. Su amigo no aparecía.

Algo se quebraba dentro de cada uno, algo se desmoronaba

irremisiblemente. Como en los banquetes aburridos cuando los comensales desesperados convierten el migajón en polvo enamorado.

En Mónica arraigó la sed de romper el conformismo, de socavar la estática resignación, de golpear la muralla hasta sangrarse; descubriría el principio de la espera, donde crecía inhumana de desesperanza, en ramajes de ira, en odio silencioso anidado en horas, días y blasfemias.

Existir tal vez sea olvidarse de la piel, del ansia de estar muerto, de uno mismo, y para saberse vivo, empeñarse en la tarea que los otros han soltado en el camino. Escudriñar arena por arena y el más ligero trazo. Quizá entonces cada quien comprenda y halle que el amor es ese darse por la dicha de ser bueno. A lo mejor radica ahí la compañía; a lo mejor la necesidad colmada del otro es la alegría de no sentirse solo.

El tedio del grupo obligó a Mónica a enfrentarse consigo misma, a meditar larga y fríamente en el indigno abatimiento de la antesala. La espera le sirvió para buscar en el oleaje de su conciencia, para sacudir la pegajosa desidia de sus pensamientos, para juzgar las causas que desde siempre imperaron sobre aquellas voluntades deformadas y sin mudanza.

No advirtió que la posibilidad de análisis repentino, de hacer un alto en su desbocada turbulencia interior, provenía del choque sufrido en aquel “estar” que le dio la ocasión para descubrir el mundo de los otros, de esos otros a quienes vio siempre con indiferencia.

Lo que la traspasaba, lo que de ellos le dolía, era precisamente el deshumanizado gesto de abandono repetido en ella. Entonces descubrió que no era una isla, sino que estaba ligada a sus semejantes. Que lo que le repugnaba en unos lo tenía dentro de sí, y lo que admiraba en otros anhelaba poseerlo.

La incomunicación entre el Estado y el Pueblo reflejaba en espejo de aumento la desolación colectiva; ahí estaba puesta su soledad y la soledad de todos, multiplicada en el eco de las peticiones sin esperanza.

Esta confusión en que se mueve el mundo y el rompimiento de su unidad tienen por fuerza una causa remediable.

La equivocación consiste, sin duda, en el sistema de relaciones humanas que pone al hombre en guardia y lo hace reaccionar acosado. Su engranaje es una selva hostil, enemiga, donde la bondad no funciona. Cuando alguien tiende su mano el terror nos aleja recelosos de caer en una trampa; la ayuda es abstracta, desvertebrada. El contacto entre gobierno y súbditos carece de realidad; un acto de justicia siempre es mágico, quien lo consigue huye con la sensación de padecer un equívoco, de haber ganado un golpe de azar, de haber birlado un designio. Se ausenta con sobresalto temeroso de que se desvanezca el milagro y lo implacable lo atrape nuevamente y le

arrebate el don. Nadie conoce sus derechos, nadie cree en ellos. Es más cómodo plegarse a la derrota.

Mónica recorrería el laberinto, el viacrucis de cada uno. Lo haría sin rendirse ante el gesto desdeñoso, ante la falta de rebeldía o ante el ruego lastimero de aquel conjunto inerte.

Un sol espléndido doraba la ciudad. Mónica decidió visitar nuevamente el convento de Tlalpan.

La hermana Imelda la recibió sonriente. Decía sentirse bien, menos nerviosa, habían cesado las fiebres; no obstante en sus mejillas los lunares insidiosamente negros le daban aspecto fantasmal. Aunque hablaba mucho, como de costumbre, se mostraba más emotiva, casi imperiosa, y de improviso, como si una ingrávida presencia la reclamara, se hundía en algo sólo visible para ella y nada conseguía arrancarla del súbito silencio. Después de unos minutos volvía del misterioso trance con la sonrisa infantil de una criatura sin recuerdos.

La actitud de la monja era ilógica. Mónica no hallaba causa capaz de producir en sor Imelda tamaño desconcierto, aunque todo lo que sucedía en el convento le parecía fuera de las leyes que rigen afuera. Debió ocurrir algo poderoso para que aquella sensibilidad virgen quebrantara su júbilo.

Sor Imelda quiso tener noticias de todo y de todos.

—¿Qué hicieron el martes? ¿Cómo es la mamá de Pablo? ¿Asistieron a la comida? ¿Es cristiana la gente rica?

Mónica procuraba informarla, pero las preguntas de la hermana llovían sin aguardar respuesta. De toda ella se desprendía una avidez febril como si quisiera sorber los secretos de la vida en una sola bocanada.

—¿El chaleco? ¿Mabel? ¿El ministro?

Cuando Mónica terminó su reseña, el rostro de la monja estaba tan impasible que ni un solo gesto dejaba suponer que la hubiese escuchado.

La madre Teresa se alegró de ver a la muchacha y la condujo al jardín, a aquel jardín cultivado por la octogenaria madre Augusta que mientras podaba las ramas y limpiaba de abrojos conversaba con Dios y con los pájaros, y deseaba mayores sufrimientos para quitárselos a otros. Le parecía bien poco la fístula que supuraba en su rodilla y taladraba sus huesos. Deseaba ser un grito, un leño que ardiera en su holocausto. Mónica la miró agazapada en el prado con sus dedos esqueléticos ocupados en la humilde tarea. Recorrió los claustros por donde discurrieron únicamente las mujeres de la austera orden de Santa Clara, cuya vida contemplativa fue tan rigurosa que en horas de

recreo los árboles del huerto fueron testigos cuando más de una risa, y quedaron contagiados no sé de qué serenidad, de qué plenitud, de qué paz interior.

El patio sembrado de naranjos alrededor de una cruz de piedra le fascinaba y la hundía en cambio a ella en desasosiego, en tristeza, en oscura nostalgia. Se sentía un náufrago que al alcanzar la playa comprobara que no tenía ya tacto, ni labios, ni pies, ni manos; nada más los ojos arrobados. Igual que Moisés, el Profeta, vio de lejos el sitio de promisión en donde jamás reposaría. Ella estaba allí, negada a la paz, de espaldas al refugio. Pisaba su propia patria y sentíase extranjera. ¿Qué podía decir? ¿Qué puede decir nadie del dolor de no ser el de ayer… al que le fue dado tiempo sin mancha?

A Mónica la blancura de las azaleas la hería y le recordaba el mundo. Todas las cosas llamaban a sus sentidos. Especialmente cuando se hallaba en el convento, el ansia de gozar de todo placer físico se volvía insoportable. Un demonio particular la atenazaba en ese lugar bendito. Le sucedía algo de lo que les pasa a los condenados a muerte que anhelan comer, hartarse de viandas nunca saboreadas, un día o unas horas antes de ser ejecutados. Y efectivamente comen con voracidad, con una alegría animal, desorbitada, contra la que nada puede el pensamiento de la muerte. Uno oye hablar de esto y piensa que es un hecho absurdo, inadmisible y nos sobrecoge la inesperada reacción humana. Mónica se veía a sí misma como esos reos y a semejanza de ellos deseaba sólo lo que era materia. Frente a la abnegación gozosa de aquellas vidas su existencia resultaba un fraude. Triste en el bien, triste en el mal, sin entereza, quebrada y vacía. ¡Oh Dios, no poder desprenderse definitivamente de tanta mentira de la que a voces reclamaba alejarse su conciencia! Le iba a coger la muerte en esta indecisión —como a tantos otros— y resultaría inútil su clarividencia, porque para la salvación eterna sólo cuenta el Amor, y ella no lo sentía. ¿Hasta cuándo, Dios, hasta cuándo aprovecharía la existencia para obtener la Gracia? Parece tan fácil renunciar al mundo que hiere inmisericorde a sus esclavos; a ese mundo al que Dios dio la espalda y por el cual no oró jamás y para el que sólo tuvo palabras de abominación. Y sin embargo…

De pie, en el quicio de la puerta de la capilla, se dibujó la ascética figura del padre Anselmo. Su larga sotana flotaba al viento. Estrechó afable la mano de Mónica, mientras una tenue sonrisa destruía la austera máscara de aquel rostro digno de un cuadro de Domenico, el de Toledo.

Él la conocía desde pequeña. Dos o tres veces al año, Mónica lo visitaba por causa de algún conflicto y desaparecía durante meses hasta que una nueva crisis la hacía buscarlo. El padre Anselmo poseía el don de la sencillez. Daba la sensación de interesarse por los

problemas ajenos en forma entrañable. Su juicio certero, su comprensión, su virtud y su fe se hacían evidentes en toda su persona. Irradiaba seguridad sin petulancia. Conseguía empequeñecer las tribulaciones hasta desvanecerlas con sus razonamientos.

Mónica le inspiraba especial ternura. Desde lejos seguía su ir y venir; aquel inútil y desesperado empeño por ser amada y dar su amor. Su falta de conformidad y la pasión que ponía en todo lo conmovían. La veía consumirse en un afán que le minaba el alma y el cuerpo; sacudida por el dolor y odiándose a sí misma, implacablemente. Se daba cuenta de que el romanticismo de Mónica, su desolación y su inadaptabilidad acumulaban motivos para su destrucción. El fuego con que la muchacha se ligaba a un sentimiento era patético, algo contra lo que no podía defenderla.

—Mónica, la dejo charlando con el padre, necesito atender algunos asuntos —dijo la madre Teresa, discretamente.

—Buena gana tengo de conversar un rato con esta muchacha, que lleva tiempo de darme calabazas, así es que despreocúpese, madre Teresa.

—No diga usted eso, padre —protestó Mónica—, hace tiempo que deseaba encontrarlo.

Echaron a caminar por la avenida que conduce a la huerta.

—Padre, me gustaría que conociera usted a Pablo, un amigo mío; tal vez le hiciera bien discutir con usted determinados problemas.

—¿Le interesa él?

—¡Oh, no!, es decir, no amorosamente, pero lo estimo y deseo ayudarlo. Es un espíritu extraño: fino y negativo, con una vida que imagino tormentosa y hundida sabe Dios en qué cauces. No es creyente, desde luego, pero su inquietud es auténtica, así como el descontento de sí mismo. A pesar de la frialdad de sus conceptos, sospecho que apreciaría lo que usted le planteara.

—Pues si él está de acuerdo, ya sabe dónde encontrarme.

—Gracias padre, buscaré una ocasión.

Llegaron hasta el muro salpicado de mosquetas. El cortinaje de verdor trepaba a una altura inconcebible, las enredaderas se mezclaban en plena floración.

—¡Padre! —dijo Mónica débilmente—, de pronto me he quedado sola, como si el mundo se hubiera hundido arrastrando en su caída los frágiles pilares en que apoyaba mi existencia. Y en esta remotísima soledad en que ahora me encuentro me juego la vida eterna.

—Está sola porque así lo ha querido. Espera que alguien la acompañe en vez de ser usted la que acompañe a otros que no tienen siquiera la compañía que da la fe. Mientras esté encerrada en su egoísmo, esperando ser amada, estará sola. La única forma de no estar solo no es ser amado, sino amar. “¡Tanto dolor implora!” y usted

cierra los oídos para no darse. Los hombres, los animales, el universo, al darse usted se le entregarían. Ahora, si insiste en estar sola…

Mientras hablaba el padre, Mónica estrujaba cruelmente una mosqueta apenas entreabierta.

—Me asalta el pensamiento de que, sea cual fuere mi conducta, mi destino está ya irrevocablemente fijado y que son inútiles mis esfuerzos, porque de todos modos he de salvarme o he de condenarme. Estaba escrito.

—¿Por qué habla de otra cosa? ¿Quiere eludir su problema? Toda la solución de nuestras vidas está en la entrega a los demás, en salir de la prisión crudelísima de uno mismo. Sin embargo, responderé a esto otro que la aflige también: no nos creó Dios para deshacernos. ¿Por qué se angustia?, si la sangre de Cristo nos ha comprado la salvación a todos, ¿entiende?, a todos. Si queremos, podemos gozar un día de la Visión Beatífica. No hay predestinación para el infierno. Todos podemos salvarnos, según afirma San Pedro. Algunos rehúsan deliberadamente asistir al Banquete del Padre Celestial. Predestinación sólo hay para los santos, que, a diferencia del no predestinado, además de poder, querrá…

—Padre…

—Grábese estas palabras de San Agustín: "La salvación es obra del Señor, la condenación es obra exclusivamente nuestra". Dios predestina para el cielo, el hombre se destina para el infierno.

—¿Y hay que luchar contra el corazón y contra la carne?

—No diga luchar contra, sino preparar el cuerpo también para la vida eterna, para que resucite en Cristo y sea glorificado y goce de la plenitud de las delicias, juntamente con el universo en el día que dice San Juan, no sólo que habrá un nuevo cielo, sino también nueva tierra: el día de la redención de la materia.

—¡La religión exige olvidar los goces naturales de la vida!

—Nada hay negativo en la Iglesia. Toda abstención sólo se justifica cuando se obtiene un bien superior y todo masoquismo es pecado.

—Lo que usted invoca tiene efecto aquí, pero en la vida, frente a la soledad del mundo, donde el único simulacro de compañía es el amor humano, la carne grita su hambre y su acoso es tan despiadado como la necesidad de afecto. Usted escogió libremente la castidad, ¡yo no! La llevo impuesta por una circunstancia ajena a mi deseo. ¡Compréndame!: no quiero el mal, pero me es intolerable la abstinencia. Me conformo con salvarme de panzazo, con un seis; ¿qué quiere?, no tengo tamaños para santa. Esta renuncia obligada me daña el alma y el cuerpo. Pasé la adolescencia luchando contra esos fantasmas para que al final el fracaso me destruya. ¡Qué mejor hubiera sido atender a quien me amó al principio de la vida!

Mónica con violencia arrancó las hojas de una enredadera,

insensible a la desgarradura que produjeron las espinas en la palma de su mano, y volcó en palabras su ira.

—¿De qué sirve el bien, la lealtad, la ternura en estos casos?

El tono de su voz disminuyó tanto que parecía no querer oírse.

—Lo que me enseñaron como valioso no sirve, padre. Son una serie de mitos que no funcionan. Nadie cree en ellos. El hombre no está interesado en la pureza ni soporta el sentimiento, y la fidelidad le pesa como plomo. Perdone que sea tan cruda y a usted precisamente le haga una confesión impía: lo único que soporta con bastante entereza es la traición.

—¡Ave María Purísima! Qué sarta de disparates se le han ocurrido. Ha hecho usted de su vida un embrollo. Desde el principio olvidó que venimos todos al mundo a servir y amar a Dios en el prójimo, que es su imagen visible; olvidó que la vida es un camino, no una meta y estamos de paso. De ese error nace que exija felicidad a la vida y disfrutar del cielo en el tiempo. Si hubiera pensado con rectitud y hubiera sentido un anhelo del goce eterno y sin mancha, hubiera ordenado sus afectos, habría elegido un esposo que le ayudara a calmar su carne y a amar a Dios, pero usted sólo pone los ojos y el corazón en el hombre que la ayuda a condenarse y aun se queja de que misericordiosamente Dios le ataje los proyectos. Usted busca hombres en el muladar porque ha olvidado el único fin de esta vida y, si ha errado en el planteamiento mismo del problema de su existencia, es natural que todo le salga mal y todas las soluciones sean falsas. Enderécese desde lo esencial y lo demás se enderezará por añadidura.

—¡Estoy llena de odio contra mí, de una rabia sin término!

—Lo bueno es que como no razona, ni piensa lo que dice, todo lo que urde no cobra sentido. Si su monólogo la calma, diga cuanta locura quiera, pero separe del chubasco de tonterías las verdades serias. Y si en tanto estima la compañía de un mortal, que por mejor que sea adolecerá siempre de la imposibilidad de hacerla feliz, porque sólo Dios puede llenarla. ¿Por qué no espera a que Él le mande la paz o decida su destino? ¿Quién es usted para exigir a su Creador una dicha inmediata que se empeña en suponer en un individuo mezquino y grosero? ¿Se desmorona al no conseguir el juguete preciso, escogido torpemente para su propia desventura?

La depresión de Mónica aumentó.

—Sé cómo duele el desamor de las criaturas y sé cómo se siente —dijo el padre con dulzura—, pero el que de verdad tiene a Dios jamás está solo.

Conmovido puso suavemente la mano sobre la cabeza de Mónica, pero ella empecinada en su locura continuó:

—¿Y si para Dios no contaran las renuncias y sólo tuviéramos lo que hay en esta vida? ¿Y si ese Dios lo hubiera inventado el hombre?

¿Y si únicamente somos materia que reproduciéndose cumple su misión, como los pájaros, las fieras, los pantanos, para desaparecer en la nada y fundirse en un flujo y reflujo de transformaciones químicas? ¿Y si sólo obedecemos a una ley universal sin eternidad ni trascendencia, sentenciados al olvido, recipientes de un espíritu que al dejar de existir nos desecha como a cáscaras?

—No blasfeme, hija, se lo ruego seriamente. Nunca imaginé que estuviera tan enferma, tanto, que su mente se enloquece. Nada de lo que ha dicho tiene en su corazón cabida, afortunadamente; pero no haga ejercicios de ingratitud con lo Único que la sostiene, no se enfrente a ese Poder temible que hoy por hoy sólo es amor y misericordia. Usted ama a Dios, cree en Él y lo necesita, déle gracias de rodillas. ¡Ay de aquel a quien Dios da la espalda y permanece indiferente, sin lucha, sin afán, con insensibilidad de piedra, negado a la tortura de anhelar su presencia.

El padre Anselmo habló violento, angustiado ante la actitud de Mónica; luego, al darse cuenta del aniquilamiento de la joven, prosiguió en forma dolorosa su discurso.

—Usted sabe que la fe es un don, un don que si no se cultiva puede perderse; un acto de humildad que hay que renovar a cada instante.

—Padre, yo creo, pero mi lucidez es transitoria y sólo puedo decir con Job: "Señor, no te comprendo, no entiendo tus designios, las cosas naturales que tú creaste para bien de tus criaturas, en mí se vuelven sierpes llenas de ponzoña…"

Mónica permaneció con el rostro hundido entre las manos.

De regreso, acomodada en el asiento del tranvía que con lentitud se deslizaba por la calzada de Tlalpan, Mónica miró pasar los rieles en hilos interminables de azogue derretido y huir los postes como los días. En el solitario vagón, con el cuello doblado sobre la ventanilla, los brazos sueltos, las piernas lacias y las manos sin voluntad, la invadió una total sensación de desamparo. Casi sin comprender repetía las últimas palabras del padre Anselmo y las conclusiones daban vueltas en su cerebro. ¡De modo que no he sabido vivir, que tendré que empezar a vivir desde al principio! De modo que la compañía no consiste en ser amado y uno puede estar solo aunque esté rodeado de corazones rendidos, porque lo importante no es la compañía que me puedan dar, sino la que yo daré.

—¡Dios, dime que no estoy sola, que estoy contigo!

Al llegar Ramiro Contreras a casa, los acordes del *jazz* lo hicieron palidecer y de dolor dobló el cuerpo. Tambaleante asió el muro. Por instantes su frente húmeda se inclinó hasta tocar la cantera. Le fue

difícil abrir la puerta y deslizarse hacia la sala. Sonaba la media noche en la iglesia del Carmen. Era seguro que su hermana Genoveva dormía. Procuró no hacer ruido. Arrastraba los pies sigilosamente, a la manera de un ladrón. Con la espalda lijó el muro del corredor, el de la cocina y sacudió el caliche acumulado en sus hombros y en la manga del saco. Encontró un panecillo, lo rellenó de frijoles helados y lo fue comiendo con desgano. Alcanzó la rebanada vagabunda de queso sobre un plato y la mordisqueó distraído. El vaso de leche que Genoveva siempre servía permaneció intacto.

En la reducida estancia, la figura de Contreras se destacaba impresionante. Encorvado, macilento, con el voluminoso cuerpo sobre el banco, oscilaba. Sobre el pavimento pringoso caían las gotas del alimento que el hombre olvidaba llevarse a la boca; algunas cayeron sobre el pantalón, otras escurrieron hasta los zapatos.

Como si fuera la primera vez que Ramiro se encontrara en aquel sitio, miró las cacerolas de peltre llenas de cicatrices. El botellón de agua Electropura parecía burlarse de la mísera cocina, acostumbrado a veranear en flamantes salas gastronómicas. Detuvo su atención en unos tomates podridos, depositados en la cazuela de barro que colgaba milagrosamente de un clavo endeble. Un jarro y un puñado de cucharas de palo aventadas sin concierto sobre el pretil parecieron distraerlo. El hombre abarcó la pobreza ahí reunida. En verdad superaba a la de los otros cuartos de la casa. Sintió lástima por Genoveva: “Pasaba tantas horas frente a la estufa queriendo sacar de la nada algún insólito guiso”. Pensó con ternura en la vida de aquella hermana viuda desde hacía treinta años. Apareció de nuevo ante sus ojos cuando era una chiquilla de trenzas desteñidas, paliducha, solitaria, resignada siempre a soportar su destino de trabajo, de penuria y de criatura marcada por la orfandad y la desdicha. El anciano con quien la casó su padre, enfermo y malhumorado, se aferró a su juventud y pasó a ser en el hogar sombrío de aquel notario lleno de hermanas una llamita tenue, arrinconada, obediente al mandato de los familiares del diplomado, quienes difícilmente perdonaban la humillación de que su apellido coronara a tan insignificante personita.

El llanto de una criatura lo volvió a su circunstancia. Con un estremecimiento se levantó del banquillo y fue a la alcoba apresurado.

No hizo más que acercarse a la cunita y cesar la aflicción de la niña. Una sonrisa celeste resplandeció al verlo. Frente a la ternura del hombre, seguro de su fascinación, el bebé ejecutó el repertorio de gracias que le había enseñado Genoveva. Escupió, gorgoritó, trompetilló y para alcanzar la cúspide del éxito balbuceó torpemente “pa pa”. La pequeña consiguió que Contreras la pasease en brazos y dormida la arropara en la cuna; luego acercó la mecedora y contempló la respiración apacible de la chiquilla. Se quedó ahí clavado como una

bandera en la cima de un volcán de recuerdos.

Una noche como ésta, en esta misma fecha, cinco días después de la fiesta de Todos Santos… ¡Con qué claridad aparecía la escena! Desde que dio vuelta a la esquina, tuvo la corazonada de que algo terrible iba a sucederle. Empezó a tiritar y a poco ardía en calentura. Debió huir y morir o desaparecer, pero fue el eco del *jazz* lo que lo arrastró por la acera. La jauría de notas rebotaron en la calle y le estrellaron en el rostro; salieron rabiosas por los balcones con un filo de navajas que le achicaron el alma. No lo quiso creer; dudó hasta que el sonido le traspasó los huesos y lo volvió un fardo sin pensamientos. De pie, en el quicio, no lograba distinguir a los creadores de la estridencia. Ahora las caras estaban grabadas en el cerebro como si cada una se le hubiera incrustado. Las mandíbulas rígidas le impidieron reprochar o exclamar por la injuria.

Los muebles rodeaban las paredes, formaban una hilera expectante. Hasta en los brazos de los sillones había invitados. Irene, despreocupada, lucía en excéntrico baile y obtenía aplausos frenéticos de la valla de mozalbetes que celebraban su ritmo con oles jadeantes. No desanimó sus meneos la aparición del gordo.

—¡Hola, rey! —exclamó desde su sitio de exhibición.

Al terminar la danza, con la más zalamera de sus sonrisas, fue a recibirlo. Le tomó la mano y lo presentó como su tío, de manera tan natural que resultaba ridícula cualquier protesta.

—Vaya sobrina la de usted. Lo felicito —dijo un envaselinado jovenzuelo en el colmo del entusiasmo.

—¿Cómo siguen sus reumas? —le preguntó comedida una señora de edad a quien no había visto nunca.

“Reumas”, pensó Ramiro y un calambre le atenazó las piernas.

—¿Con que es el cumpleaños de la niña, señor?— oyó interrogar a alguien—. Debe estar orgulloso de tener una sobrina tan guapa. Se le casará pronto.

El que hablaba tenía cara de buena persona.

Contreras, estupefacto, con la boca llena de espuma, lejos de imaginar una respuesta, no era más que ese “tío” improvisado.

Irene continuaba la danza en sus narices.

El atolondramiento de sus sentidos lo hacía flotar incoherente de un sitio a otro. Atendía a las visitas como autómata. Su mente entorpecida discernía débilmente que aquello era el fin. Ante Irene y ante sí mismo la humillación que ella le infería con el solo nombramiento de “mi tío” revoloteaba como un insecto en la pieza. ¡Claro!, “un tío”, casi un suegro que aprobaba la futura elección, la preferencia de aquel demonio de criatura. Era la mayor indignidad que podía sufrir hombre alguno. A pesar de esta reflexión, la cercanía de Irene lo cohibía, lo trastornaba como un elíxir venenoso. Su

presencia tenía el don de quitarle las fuerzas, de convertirle en agua la sangre. Lo que más desconcertaba al gordo era el aplomo y la osadía de aquel diablo con faldas. La sorpresa era desproporcionada. Sentía zumbarle los oídos, una obnubilación que lo incapacitaba para reaccionar. Sin más, Irene le ordenó el papel que debía desempeñar y el muy infeliz siguió sus instrucciones, a pesar de su desesperación.

Cuando más tarde pretendió "aclarar las cosas" con la muchacha, la arbitrariedad de ella lo dejó sin argumentos, la insensatez de los alegatos multiplicaron el tamaño de su deshonra y lo empujaron al máximo delirio.

—Reaccionas como un cavernario, mi vida —dijo la sobrina—. Pero conozco tu corazón. Sé que eres bueno. No significa nada grave lo que hago. Todo es sencillísimo. Tú no puedes ampararme con tu nombre, porque estás ligado a mi tía, y por lo tanto, tu papel no es denigrante como imaginas. Nadie puede reprocharte que me ayudes a organizar mi vida en un hogar. Otra cosa sería si fueras libre. Yo de quererte sí te quiero, pero esto nada soluciona.

Contreras no tuvo oportunidad de interrumpir, Irene siguió.

—Además, te di mi amor y lo único que tienes que hacer es mostrarte generoso mientras encuentro barco…

La ira dejaba sin palabras a Contreras, se ahogaba. Tartajeante imploró.

—De modo que no sospechas que sufro y me ofendes con semejante proposición.

—De sufrir, todos sufrimos, y hasta mi pobre tía pasa las de Caín, pues viéndolo bien, no porque esté disgustada, por estos contratiempos, deja de ser tu esposa.

—Pero yo te amo a ti, es a ti a quien deseo. Es por ti que eché a rodar mi vida…

—Me has tenido. Ni hablar. Conserva el recuerdo como algo amable, no me lo hagas pesar. Piensa que, de no ser por mí, jamás hubieras conocido una aventura. Total, felizmente cometiste una acción irrazonable. Con mi honorable tía no te hubieras enterado nunca de lo que es amar a cien por hora. Te repito, nada has perdido. No tienes que hacerte la víctima, ni martirizarte el alma, como si fueras un marido engañado. Conmigo has gozado y ahora te toca demostrarme que eres un caballero. Después de todo eres mi tío. Lo que pasó entre nosotros no tiene que volverse drama.

Sonrió angelicalmente y dijo con una dulzura digna de eternizarse en la historia:

—Te prometo que mi suerte ha de resolverse en corto tiempo. Mientras tanto yo no te niego nada. Mira, chiquitito, estoy segura de que tu mujer olvidará el "detalle" y serás para ella un prestigiado Don Juan. Subirán tus bonos, lo verás… No cualquier conquista tiene una

figurita como la mía.

Y toda coqueta le enseñaba las piernas.

Los labios de Contreras, de una transparencia verdosa, próxima al síncope, balbuceaban:

—Por ti lo perdí todo…

—No te quejes, tillito lindo, no te fue tan mal.

Efusiva lo abrazó.

Quince días después Irene le confesó que estaba encinta.

—¿Quién es el padre?

—¡Oh, qué importa! Un "niño bien" que no se casará conmigo.

Ante la furia de Contreras, la muchacha lloró, pidió clemencia, dijo que por vivir con él todos la ofendían. Se recostó en sus brazos y entre hipos le suplicó que no la abandonara.

—Mi gordo, mi amor, no vas a desampararme ahora.

Le besó las manos humildemente, tan humilde que a Ramiro le entraron ganas de arrodillarse. La veía allí, desvalida, confiada a él, con los interrogantes ojos enloquecidos de miedo. Si quería, podía destruirla. Al mirarla agazapada volvió a su memoria un recuerdo de su adolescencia: de cacería con su padre por los linderos de la sierra, atraparon una venada que acababa de parir. Contreras no olvidaba el terror desmesurado que le vio en las pupilas. Dos negras heridas por donde entraba a raudales el espanto. Los mismos ojos de ella. "¡Déjala que huya!", suplicó a su padre.

Su piedad creció al tamaño de su amor y no le importó el egoísmo, ni la inconsciencia de la mujer. Le dedicó su tiempo, su ternura, su cuidado, sin regatearle gastos ni antojos. Nadie hubiera hecho más por ella, ni un padre, ni un marido…

Los últimos tres meses Irene tuvo que guardar cama. Para el gordo la orden médica fue la gloria. La tuvo para él solo. Obediente a sus caprichos, mimándola cariñoso; al cumplir sus gustos se consideraba compensado.

El 29 de diciembre nació por fin la criatura: una niña. Irene la dejó en la cunita comprada por Contreras. Una nota prendida a las sábanas decía: "Tillito lindo: te heredo a mi hija. Sé que tú la querrás y también la querrá mi tía. Reconcíliate con ella. No pienses que soy un monstruo. A la niña yo de nada le sirvo. Conmigo pasaría demasiados trabajos. De lo que más me arrepiento es de hacerte sufrir a ti. Te quiere y te deja mil besos, Irene. P. D. Me gustaría que la niña se llamara como mi tía: Lolita".

Con la singular herencia, Contreras no tuvo más remedio que implorar la ayuda de su hermana, la buena Genoveva, viuda, quizá demasiado vieja para esos trances. Genoveva fue a vivir a la casa del gordo para atender a la "huérfana" y consolar a aquel pobre hombre, hundido, deshecho, que permanecía inmóvil horas enteras frente a la

cuna, como si en aquel pedacito de carne rubia, salido del vientre de la amada, pudiera desentrañar la historia, el secreto de Irene, de esa niña inhumana y a la vez apasionada y tierna que lo había destrozado. Enfermizamente reconstruía la aventura vivida a sus espaldas; la felicidad de los amantes. Este pensamiento era la llaga que lo enloquecía.

De cuando en cuando, con su índice torpe, el gordo acariciaba la mano diminuta de Lolita. La piel de la niña era más suave que los pétalos de jacaranda que llovían sobre el prado del jardín de Pablo.

Hasta la semana de Pascua, la mañana del lunes, las monjas se desprendieron de su rama de gracia y visitaron a Mabel para llevarle una reliquia que le habían prometido.

La americana, débil y amarilla, nublada de rímel, salió al encuentro del tímido llamado de las hermanas, aunque casi no podía andar por el peso de plomo de su alma. En cutis de pergamino, los jeroglíficos de la desazón hendían más los surcos de las lágrimas. El constructor de barcos explicó alguna vez a sor Imelda cómo la sal se infiltra y hace caminos en el acero de los buques como una mano que los fuera arrugando. Amorosa y discreta, la madre Teresa la puso sobre sus hombros, la condujo a un sillón, la acomodó, buscó peine y lociones, y cuidadosamente, lo mismo que si se tratara del bordado de una casulla, fue poniendo en orden cabello por cabello, gesto por gesto, ademán por ademán. Tal vez así lo hubiera hecho con pensamientos e imágenes, humo, hojas dejadas al azar en la tempestad del cuarto. Entre las dos la vistieron con ropas buscadas afanosamente: blusas de invierno y faldas de verano. Mabel, sin protestar, casi sin advertir el despropósito, las acompañó tomada de sus manos.

Cuando llegaron a la antesala, todos se alegraron. El mismo Contreras se alegró. Los fieles asistentes le hicieron el regalo de sonrisas pulidas y espontáneas. Don Chepe le arrimó el banco donde le gustaba encaramar las piernas. El artista le puso en el regazo un barquito como una miniatura de Chellini en la mano del Papa. El licenciado se inspiró para limpiar el polvo que velaba la pintura de Hidalgo, tan admirada por Mabel, con el envés de su corbata. Llovieron preguntas sobre la salud, sobre la palidez, sobre la ausencia. Las tejedoras ofrecieron el calor de unos mitones al estrechar las manos frías de la extranjera. Don Andrés no obtuvo respuesta para sus insistentes aclaraciones sobre el ídolo verde de la casa en San Ángel. Mónica, en un acto de piedad despiadada, por nada y le pone la punta de los dedos sobre una pierna, mas retuvo su mano desvalida y marchita. Pensaban y emprendían el esfuerzo cortés para que el

fantasma no desapareciera, para corporizarlo y convenir en que no era tal, sino de carne y hueso, que había regresado y que su mirada azul y su melena de trigo y su gargantilla de carey eran reales y no ese azul vagaroso, y ese trigo intangible y ese hueso ilusorio.

Si no hubiese terminado ese día no hubieran tenido que aguardar ni el miércoles ni el jueves con desolada inquietud, con indiscreta preocupación, con decepción creciente.

Mónica creyó su deber ir a visitarla. Fue la portera quien le abrió la puerta del dormitorio. Pedacería de vidrios, botellas lánguidas, deshechos de botanas y luquetes exigían pisar fuerte para no resbalar o golpearse en los muebles desordenados. Desde su cofre de humo, Mabel movió una mano y lanzó un gemido de invitación. Centelleaba como única viveza la hielera repleta donde Mabel hundía sus escarpados dedos para extraer las raciones geométricas y decantarlas en sendos vasos con *whisky,* tres o cuatro, colocados en fila que iba a beber indistintamente y que cuando estuvieran agotados arrojaría con un movimiento de la pierna hasta que no quedara uno, y, entonces, beber directamente en la botella. De la borrachera inusitada de Mabel salieron las burbujas confidenciales del habla, difíciles al principio y después como agua hirviente, hasta su consunción, hasta un charquito de nada.

Mónica se enteró de que Mabel, como otros tantos fines de semana, estuvo en Acapulco, que fue a dorarse, a nadar, a excitarse. El ejercicio, el alimento, el paisaje y el alcohol olvidado hacían que la sangre llameara en sus arterias y corriera desbocada por sus venas. La grieta abismal del placer la atrajo con su laxitud fascinadora. La necesidad de compañía estalló en un roce, en una mirada alucinante, en un signo escaso. La soledad inconmensurable dio lengua al engañoso vértigo arrebatado, a la fugacidad de un abrazo en una pista de baile. Después, paso por paso, la interrogación sorda, la pregunta inválida y un dolor denso intransferible. El simulacro de amor del compañero fugaz se le convertía en vertiginoso desconsuelo.

El *sport* sexual llegó al límite: la busca del gozo que le punzaba en un resquicio olvidado, en lo más escondido de su alma. Ahí ardía la maldición de cargar con la tristeza de la carne que no apagaba la persistente lluvia de su espíritu, inconforme y desalentado, con reproches indiscernidos, por frívolos, por banales, por sobrepuestos en asociaciones paganas, por asentados placeres intolerables. La llaga condenatoria crecía semejante a un cáncer en los escombros de su sensibilidad maltrecha.

Mabel ignoraba que el gozo no era el estremecimiento de su cuerpo, ni sus palpitaciones aceleradas, ni el temblor de sus muslos; que el gozo no era la alegría animal que la transformaba y de improviso anulaba su dignidad; que el gozo no era el rugir de los

sentidos que arrasaba su delicadeza y liberaba la osadía bestial de su intimidad para dejarla trémula, herida, abyecta. A Mabel la educaron en la fiesta del placer sin lamentos, en el desvarío donde no cabe el espanto, en la empresa de obtener todos los jugos del delirio. El erotismo la destruía con sus relámpagos, con su turbulencia incontrolable, con su sed de deleite, sometida a un fuego enardecido y satánico que le sacudía las raíces de la vida, con la impresión más real y efímera de que existía.

Como la lava del volcán, como la lengua de la boca, así salió el mulato del mar. "Era —dijo— como el dios del viento. ¿Sabes?, la piel adolescente parecía imantada, sólo un paliacate debajo del ombligo acentuaba su desnudez. Yo lo perseguí."

Mónica lo vio joven y fuerte hundido en los abismos del agua. Lo vio robar almejas naranja y beberles la sangre con sueño; atravesar con su arpón de cobalto feroces erizos y llevarse el botín como un racimo de dagas. A él no le inquietó la cercanía de la extranjera. Alardeó de indiferencia, de seguridad, de ser feliz, dueño absoluto de un extraño universo donde Mabel resultaba mendiga y él un tigre desdeñando la presa. Mabel subió al acantilado, lo observó temerosa, lo vio abrir las entrañas de los frutos marinos y devorarles goloso la pulpa nevada con crueldad insana. Seguro de que lo veían, de que una carne rubia admiraba su viril encanto y de que dos ojos interrogantes caldeaban la distancia, como el más experto domador iniciado desde siglos en prácticas malignas, ignoró a la hembra. Jactancioso, altivo, sensual, trepó por las palmeras como por un camino propio. Al curvarse el cocotero bajo el peso de su abrazo, su cuerpo era un arco de ébano prendido entre las hojas. Vigiló a la gringa que inútilmente esperaba. No bajó ni cuando el sol derritió su incendio inundando el mar, ni cuando ella hambrienta y fatigada regresó a la arena teñida de un crepúsculo desesperante.

Revestido de antorchas, apareció en la noche.

Pájaro y pez, hecho de mar y de espacio, ejecutaba piruetas desde las peñas más altas para obtener unas monedas. Mabel, instalada en el lujoso bar, adivinó al muchacho en la poca soberbia, ¡indistinguible para los demás y vivo en su deseo! Lo vio con los ojos nuevos de los alucinados. Estaba ahí, indiferente a la curiosidad de los extraños y a su agresivo conversar desagradable, que él comparaba al ruido de las gaviotas en las islas de guano. Su indiferencia lo salvaba de la nostalgia de los otros y del miedo corruptor de saber si eran más fuertes o más dichosos. Observaba a los blancos y sentía pena por ellos; lentos y gelatinosos, ostiones desahuciados; las mujeres pálidas, rellenas de leche de higuera, niños frágiles como flores de guayabo. Pensaba en hombres de todos colores, igual que los peces: morados, amarillos, verdes.

Entró al bar tras el aplauso; desdeñosamente aceptó la paga por su hazaña y no quiso repetirla. Al pasar frente a Mabel, ella pretendió comprarlo y extendió un billete fluorescente, pero pasó de largo. Cuando temblorosa y sorprendida guardaba los billetes, una mano ágil, una garra ávida, la detuvo y un puñado de conchas resbaló por su espalda, como una caricia anticipada.

Mabel durmió con él bajo el amor del cielo, sin más techo que el naufragio de las estrellas altas. Acarició su cabellera de negra jungla en olvido y él la enloqueció con su aliento salado. Bajo el manglar esperaron la sorpresa de la luna nueva.

No recordaba Mabel cuántas noches pasó llorando para conseguir que consintiera en acompañarla a México. El mulato alegó que nunca había vestido ropas de cristiano, ni jamás una jornada adentró en la tierra, ¡nunca más allá de donde se escucha el bangó del agua!

Con ropa de paisano, el mulato desmerecía, pero Mabel estaba ciega de lujuria.

Ya en México, en la mansión citadina, el nativo volvió a lucir su paliacate rojo.

Mimado por la extranjera, sólo a ratos parecía olvidarse de su playa. Durante esos días la gringa no bebió. Deseaba tener alerta los sentidos.

La versión de los hechos no pasaba de ser aventura turística; pero oírlo de labios de Mabel, a través de un concepto amorfo, de un extraño sentido de libertinaje, mezclado casi a inocencia animal, escapaba del enfoque de Mónica. El derecho sin límite a la donación de sí misma implicaba una generosidad desconcertante.

Sin pudor, crudamente, con la cara iluminada por una exaltación malsana, Mabel describió a Mónica los detalles de sus orgías. Sus refinamientos combinados con el salvajismo primitivo del muchacho, al menos por unos días disimuló la diferencia de edades. “Una noche —con la boca febril, tremante, con la angustia con que las brujas confiesan sus secretos—, una noche, ahí sobre la alfombra, sobre esa alfombra, en un día como éste, marcado para siempre en la eternidad… él me inició en una droga extraña, en sensaciones desconocidas…”

Y ante la respiración de Mónica, que no podía menos que escuchar, de asomarse al proceso de una pasión a la que ella estaba negada, Mabel describió sus noches infernales, hasta la última en que el mulato la pateó brutalmente azuzado por el tóxico.

Mónica no se atrevía a mirarla. La oía sollozar con un estertor seco, con un lloro que no terminaba nunca.

Se preparó una nueva fila de jaiboles, amparada por su silencio. Sin palabras, transcurrió media hora. La gringa era un hipo sin lágrimas.

De pronto, con otra voz, preguntó dulcemente acariciando las

mejillas de Mónica:

—Miss Sámano, ¿acabaron chaleco?

—Creo que sí…

—*It is very nice!* —aspiró aire con un suspiro ancho, profundo.

—*I hope the Ministro* ser *a really person, because* ya no espero nada. Mí sólo verlo de noche.

Rio nerviosamente hasta contagiar a Mónica, mientras repetía con voz ahogada:

—¡De día *it is impossible*…!

Una risa histérica la sacudió nuevamente. Luego guardó silencio y dijo desolada:

—*I'm waiting for him, but he forgot his promess and forgot me forever*…

En su mirada no podía caber mayor tristeza.

—Mabel, todos la queremos, nos hace falta verla.

—*Oh my dear, you are so sweet*!

—¿Vendrá?

—*Yes, I promess*.

Marco Antonio Morales hablaba aquella mañana, en medio de la antesala, con esa exaltada euforia que a veces lo poseía y que invariablemente anunciaba un próximo periodo depresivo. Su apariencia era exacta a la de un líder obrero. Sin corbata, la camisa oscura falta de botones, el pantalón hostil, en desacuerdo con el saco. El plumaje de la frente levantaba agresivo un cerrado abanico de agujas. Por un instante tuvo aspecto de carnero rabioso, irguió su insospechado perfil de arcángel y su lengua empuñó las palabras.

Mónica tardó en darse cuenta del sentido de su perorata. Las expresiones usadas y las sugerencias hechas para convencer a los visitantes de la originalidad de sus planes más bien correspondían a la estrategia de un safari.

Si la maniobra de las señoritas Sámano desconcertó al auditorio, lo que proponía el licenciado resultaba tan fantástico como una intriga policiaca.

—Tenemos que organizar una campaña para descubrir la verdadera identidad del ministro. Les propongo un pacto, algo más eficaz que obsequiar un chaleco, desde luego sin que el regalo quede descartado —al advertir esto, hizo una reverencia a las aristócratas que humildemente doblaron la rama de su cuello sobre el tejido.

—Se necesita que cada uno, sin excepción, averigüe algo que nos dé la clave de la existencia del mandatario. Toda la noche dio vueltas en mi cerebro esta idea —dijo sin tomar aliento—. Para salir de dudas,

debemos dedicarnos encarnizadamente a esta cacería. No entiendo cómo no se nos había ocurrido antes. Hemos perdido un tiempo precioso. Si el ministro es un hombre como nosotros, en algún momento será visible. Bastará con que cualquiera de los presentes logre hablarle para asegurarnos la oportunidad de ser recibidos. ¡Empeñémonos en esta búsqueda! —dijo como si se tratara de algún venado—. Cada quien haga uso de su ingenio. Turnaremos la vigilancia hasta capturarlo. Actuemos con la sagacidad con que cazaríamos un halcón o un ánade. No obtendremos nada lamentándonos y permaneciendo con los brazos inermes, sospechosos de su inexistencia.

Subió el tono de voz:

—Hasta ahora no hemos hecho otra cosa que tomar el té con las señoritas Sámano o regalarnos en la casa de Pablo. Justamente lo que las damas idearon es más de lo que se nos ocurrió a nosotros en tan largo tiempo. Enviar un obsequio es más positivo que haber permanecido en la antesala un año como postes. Hemos sido de una pasividad extrema.

Parecía que el licenciado no podía terminar su discurso:

—Dentro de nuestras posibilidades cada quien puede hacer sus investigaciones. El resultado lógicamente nos aclarará el misterio. Yo los convoco aquí dentro de quince días, solamente quince días, ¿se dan cuenta? Quince días para que aportemos el resultado de nuestras pesquisas y de una vez por todas nos desengañemos. A lo mejor sucede que el señor ministro visita esta semana el orfanatorio, como anunció a su reverencia el medio hermano por ellas mencionado, y esas buenas mujeres nos consiguen la entrevista.

—No hemos cesado de orar —dijo sor Imelda.

El gordo interrumpió con su inflexible don de aguafiestas:

—Los rezos no consiguen nada, madrecita —y enfrentándose al licenciado aprobó—. Me gusta su plan, licenciado Morales. Yo me comprometo a vigilar la casa del ministro durante los quince días.

Raúl, que raramente hablaba, aseguró de buen humor:

—Lo veremos a como dé lugar.

Pablo escuchaba impávido.

El licenciado miró a Mónica en espera de su asentimiento. La muchacha le mostró una sonrisa desencantada.

—Al menos podemos probar —suplicó Laura, que no había perdido un solo punto del discurso y sí varios del tejido.

—Nada perderemos —se oyó decir a don Andrés, quien había estado ausente durante tres semanas agobiado por uno de sus ataques de reuma.

—No resultará —murmuró don Chepe entre dientes.

—No hay que ser tan pesimistas —reiteró el licenciado—. Tenemos

que intentarlo.

Pablo preguntó:

—¿Como deporte?

—Suponga usted como deporte. No será peor que esperar aquí sin la más leve oportunidad. Lo que me ha enfermado es permanecer inactivo. Le juro a usted que no aguanto más.

—Yo poder verlo —dijo la americana con voz estropajosa—, yo poder verlo esta noche —y se tambaleó en la silla.

—No resultará.

Esta vez nadie oyó al conserje.

Los ojos de don Andrés brillaron, dio unas palmadas en la espalda a Morales y entusiasmado con su secreta manía policiaca expuso sus opiniones minuciosamente.

—Es cuestión de olfato, de encontrar la pista. Hay que ordenar el método que debe seguir cada uno.

—No, don Andrés, es mejor que cada quien siga su libre iniciativa —protestó el gordo—. Nada de cortapisas.

—Pero sería una plancha coincidir en el mismo rastro.

—No se preocupe por eso, don Andrés. Nuestras horas de trabajo y nuestras actividades son bien distintas. No hay ninguna posibilidad. Por ejemplo, mire usted, a la señorita Mónica no se le ocurriría vigilar la residencia del ministro durante la noche.

—Yo tampoco podría hacerlo, señor Contreras —respondió don Andrés adelantándose—. Tome usted en consideración mi reumatismo crónico que me impide estar largo tiempo de pie, y más con estas nochecitas cargadas de sereno.

—Es un decir, señor, sólo traté de ponerle un ejemplo. Nadie lo va a obligar a soportar la intemperie. Es evidente que usted no podría.

Don Andrés se molestó.

—Si padezco de reumatismo, no será por mi gusto, no escogí la enfermedad. Pero me sobran medios para seguir un indicio, sin necesitar hacerla de “velador” y mucho me temo que el plantón resultará inútil, pues según tengo entendido el señor ministro no es lo que se dice un “parrandero”, sino persona de costumbres morigeradas que se recoge siempre muy temprano.

—Pues corren otras versiones, amigo, y yo no metería la mano por él en eso de la abstinencia…

La gringa soltó una risita que demostraba cuán familiar le era el idioma español. Hizo un guiño malicioso al anciano y parecía dispuesta a darle amplias informaciones. La madre Teresa intervino:

—No vamos a dedicarnos a la maledicencia, Mabel.

—Pero en este caso la murmuración nos beneficia —dijo Laura.

La monja se quedó muy seria. Y el gordo Contreras comentó:

—Lo malo es que a la *miss* en esto no podemos darle crédito,

porque a ella la visita un conglomerado demasiado fluctuante para que pueda precisar quién es el ministro.

—¡Oh!, mí saber… —Mabel mezclaba la risa con palabras ininteligibles.

—Se trata de un trabajo serio —les recordó el licenciado.

—No hay más que hablar, compañero —respondió Ramiro.

—Aquí estaremos puntualmente dentro de quince días y alguno de nosotros aportará los datos que descubran la verdadera identidad del ministro.

—No resultará —repitió por tercera vez el conserje—. No resultará.

Era tan dolorosa la expresión que había en el rostro de Mónica que Pablo le preguntó al salir de la antesala:

—¿Qué le pasa? ¿Por qué anda tan desalentada? Sigue cultivando su dolor como una planta venenosa.

Y con repentina dureza le espetó:

—Pero si usted sabe que él la desprecia precisamente por la fidelidad que guarda a su recuerdo. Por salud es lógico que lo arranque de su corazón.

—Lógico, lógico, si la gente hiciera lo que es lógico nadie estaría donde está, ni pasaría por lo que pasa. Y los actos responderían a las matemáticas. ¿Es lógico que un hombre niegue lo que aseguró y se mofe y haga escarnio de la inocencia del otro y de la ternura que él posee? ¿No es un esfuerzo de maldad? Sí, ya sé, la idea conduce al acto, pero en ese ejercicio de desamor le juro que también saldrá perdiendo.

—Bueno, suponiendo que así sea, usted jamás podrá recuperarlo dentro de sí misma. Espiritual y moralmente ese tipo le falló en toda la línea. Jamás le perdonará que haya resultado un fraude. Lo único que va a conseguir es llenarse de odio y no puede imaginar lo que eso daña.

—¡Vaya! Usted cree en el odio, pero no en el amor.

—Creo en la salud. Abomino de ese sentimiento viscoso, enfermizo y miserable.

—Prefiere el hastío.

—Déjese de cuentos. Olvidar es una actividad vital, tan necesaria como la misma memoria.

—Olvidarlo sería caer en mi propia nada —dijo Mónica con aspereza.

Los pasos de Pablo acusaban en las baldosas su violencia. Mónica se dio cuenta y le hizo un cariño en el brazo.

—Está bien, Pablo, otro día hablaremos, hoy no me siento capaz de soportar sus demoledoras convicciones. Deberían ser amigos, usted siempre está de su parte.

—¡Vámonos respetando, Mónica! Yo no tengo alma de pinacate, no

me gusta destruir el corazón de nadie. A mí me duele su inocencia y me indigna que se estime tan poco.

—Usted piensa como él —lo dijo Mónica como un insulto—. Para ustedes una mujer mundana no puede enamorarse como una campesina, sino que debe tener algún amuleto que la salve; si flaquea, hay que castigarla sin misericordia. ¿Sabe? En ustedes la lógica sólo funciona cuando han saciado un capricho o han fracasado en él. De otra manera son los primeros en atropellarla.

Pablo rio.

—Estoy seguro de que va mejorando. Ahora sí la encuentro capaz de razonar y de salvarse. Un poco más y le auguro una clarividencia total y en breve la paz definitiva.

—Me alegra su pronóstico, pero no será tan fácil. No sé dónde acaba mi amor, ni dónde empieza mi odio. Lo único que sé es que reviviendo mi llaga mantengo el fuego.

Estaba contento de que ella cerrara para siempre el amargo capítulo que durante tres años la habían colmado de sufrimiento. La ventaja era que Mónica tenía a su favor la actitud demoledora e innoble de su ex enamorado, infalible para destruir el cariño más acendrado del mundo.

La madre Teresa de la Inmaculada escuchaba las razones de la reverenda que insistía en la inutilidad de las idas y venidas a la antesala del ministro.

—No es prudente continuar ausentándose, el noviciado la necesita.

Teresa de la Inmaculada vio pasar a la vieja hermana sor Augusta, encorvada, macilenta, con las sepulcrales manos sobre el pecho, intentando dar calor a un élder recién nacido. Sus labios imploradores, dibujados para la oración, expelían vaho tibio sobre el indefenso arrebujado en sus huesudos cuencos, a la manera de una borla diminuta, de un gajo de armiño, de un *egret* quebradizo. La vio subir por la rampa y desaparecer en el refectorio y pudo contemplarla luego en su máxima ternura, elevando el plumaje hasta la mancha del sol próxima a borrarse. Sostenía al polluelo, escondido ahora en la manga de su hábito, y elevaba el brazo demandando al rayo mínima consolación.

Cuán frágil figura la de sor Augusta: un temblor de vidrio, con transparencia de hostia, más frágil que el pájaro oculto entre los pliegues de sus vestiduras, quien duraría mayor tiempo. Andaría por la tierra, nadaría en el estanque largos días añorando la dulce presencia de sor Augusta; después amaneceres y crepúsculos que brillarían tristes. El convento no sería el mismo cuando el halo

desprendido de su existencia se ocultara en la eternidad.

Los ojos de la madre Teresa brillaron al exclamar:

—¡Reverenda! Dios nos ha oído.

La superiora enrojeció emocionada, se puso de pie. Su estatura no sobresalió mucho del nivel que tenía cuando estaba sentada.

—Ustedes dirán… —inquirió la portera— la línea está descolgada…

—¿Entendió usted que venían a traer un donativo?

—Eso dice la señorita, espera contestación…

—¡Vaya, madre, contéstele usted! ¡Éste es un milagro de la Providencia!

—¡Dios bendiga a Mónica! —dijo la madre Teresa saliendo apresuradamente.

—Llegarán antes de una hora —explicó la madre Teresa al entrar de nuevo al despacho de la superiora. Será una ayuda de importancia, reverenda madre.

—Avise al padre Anselmo. Debemos recibirlos cortésmente; que se aliste también la prefecta y Ana de la Cruz que habla italiano. También convendría que dos o tres novicias engrosaran el séquito.

Sacudió nerviosamente el polvo del escritorio con un plumero pequeñísimo.

—¡Qué mortificación!, no tenemos jerez, ni galletas frescas. Deberíamos ofrecerles algún refrigerio.

—No se preocupe, reverenda, Mónica sabrá amenizar la entrevista.

—Usted estima mucho a Mónica.

—Me inspira gran ternura. Tiene madera para ser algo mejor.

—Me pareció una chica atormentada.

—Y lo es, reverenda, lo es como nadie.

—Es extraño. Al parecer tiene bastantes cosas a su favor.

—Entre otras, una conciencia excepcionalmente lúcida que por una parte la levanta y por otra la aniquila.

—Como tantas criaturas mundanas es un alma desorientada.

—Pero vale la pena ayudarla.

—Desde luego. Haga lo que pueda por ella.

La mamá de Pablo llevaba un abrigo de nutria. Mónica, sentada a su lado, aspiraba el perfume desprendido de la señora. En el asiento delantero Pablo indicaba al chofer el camino más corto para llegar al convento.

Doña Renata interesaba a Mónica en la descripción de un evento artístico al que había asistido la tarde anterior. Se trataba de la exposición de una originalísima pintora. La muchacha aparentaba escuchar, mientras impaciente deseaba tener suerte y llegar antes de que el padre Anselmo se hubiese marchado. Sería un descanso para ella ponerlo en contacto con Pablo.

Al llegar sólo Mónica advirtió la conmoción que en las religiosas produjo la visita.

El padre Anselmo, la reverenda y cuatro religiosas más formaron el comité de recepción.

Doña Renata Linares Mendiola viuda de Galarza estaba emocionada ante el agradecimiento que le demostraron y se interesó sinceramente en los proyectos, unos ingeniosos, otros ingenuos, con que se beneficiarían los niños. Su irresistible don de gentes conquistó a las monjas en seguida. Halagada con las manifestaciones de afecto, permitió concederles además una cuota mensual para sostenimiento de la obra.

Doña Renata quiso conocer a sor Imelda, pero la postración de la hermana que había recaído nuevamente lo impidió.

Mónica, con estrategia, logró que Pablo se quedara en el recibidor con el padre Anselmo.

—Es muy encomiable la generosidad de ustedes —insinuó el padre.

—Agradézcala usted a mi señora madre. A ella le divierten estas cosas.

—La filantropía entraña un delicado sentimiento.

—¿Usted lo cree?

—Sí, es parienta cercana de la virtud más grata a Dios. La Caridad.

—Caridad es amor, filantropía es otra cosa.

—Sí, está usted en lo cierto.

La hostil actitud del joven no pasó inadvertida al sacerdote. Por su parte, disimuló en lo posible las desdeñosas respuestas que claramente demostraban antipatía y reserva.

Pablo, empeñándose en un juego de violentos sofismas para confundir al padre, insistió:

—Por supuesto que para las monjas el donativo no es otra cosa que la palpable intervención de la Providencia.

—Exactamente.

—Es lo que ustedes consideran un milagro.

—En cierta forma lo es.

—Los milagros, digo, esta clase de milagros, ocurren con frecuencia a los católicos, a creyentes, a…

El padre cortó la frase:

—A los católicos, a los creyentes y a los que no lo son. No hay suceso, por más mínimo, que si se analiza con seriedad no provenga de un designio que escapa a nuestro discernimiento. Llámelo destino, producto de una gestión o consecuencia natural.

—Me va usted a salir ahora con el eterno estribillo de "no se mueve la hoja del árbol sin la voluntad del Señor…"

—Usted está aquí, ha venido misteriosamente arrastrado…

—Por la casualidad…

—Habla con una persona cuya investidura le repugna y cuyas ideas no le interesan. Hace un mes o más bien lejos estaba de imaginar esta visita, de suponer este encuentro, esta conversación…

—No soy adivino, no. Lo que pase mañana tampoco lo sé.

—Ni sabe el motivo por el que Dios lo ha conducido a este instante.

—¿Entra en el género "milagro"?

—Milagro es nacer, vivir, amanecer cada día. Ahora que si a usted le interesa discernir el significado real de la palabra "milagro", que indica un hecho sobrenatural, es materia larga; pero quedaría sorprendido si alguna vez indagara en lo más profundo de su corazón el sinnúmero de sucesos a los que usted llama casualidades, golpes de suerte, triunfos, etcétera, y que muchos de ellos resultarían sobrenaturales, o bien, fuera de su comprensión.

Pablo exageró su escepticismo. Tenía empeño en medir sus fuerzas con un buen contrincante. Además le irritaba estar hablando con el beato.

—Ustedes escabullen siempre el razonamiento. Lo más endeble de la farsa que plantea la religión se prueba en el momento en que se les exige a sus representantes —y me refiero a los más preparados— respuestas lógicas. Inmediatamente hacen mutis, y sus recursos teológicos muestran telones y telones exponiendo ilusorias tesis que al final dan de bruces con la fe: un don por medio del cual se acepta o no lo sobrenatural. Ahora que el que no tiene el don se fastidia.

—La humildad, reconocer nuestras limitaciones, es lógico, señor.

La risa de Pablo sonó forzada. Bajo su apariencia cortés se advertía la saña con que buscaba anonadar los argumentos del padre. Éste no perdía la calma, divertido lo iba acorralando dentro de la polémica. El comedimiento de sus aseveraciones menguaba el encono del joven.

—Nunca me he dejado aprisionar por opiniones ajenas. El hombre es libre de hacer lo que quiera con tal de que tenga el coraje necesario.

—Nada más no confunda libre albedrío con libertinaje.

—En mi léxico no existe la palabra pecado; ignoro el bien y el mal como planteo ortodoxo.

—Depende de la deformación de su conciencia.

—Todo está permitido. Anhelar el orden, la belleza, ¡cuestión de herencia!, no espiritualismo: prejuicios atávicos que no responden a ninguna realidad.

Pablo parecía estar sobre un abismo, continuó:

—La verdad es que la vida consiste nada más que en una comedia inmunda. Antes creía que nuestra existencia era la espera de un gran acontecimiento, o de una catástrofe. Hoy, el vivir me parece un caos. El dolor del mundo resuena en mí espantosamente, en mí, que soy feliz según el concepto humano.

Ahora rio con amargura.

El padre dijo:

—En todos los rincones de la tierra hay hombres que sufren atrozmente en el cuerpo y en el alma, pero algo existe aparte de nosotros, en este universo, que nos aplasta con su pesado silencio.

Pablo no escuchaba, descendía su pensamiento a lo más profundo de su alma y se llenaba de repugnancia.

—Usted anda errante como un réprobo dentro de su propia conciencia, pero no somos animales, sino desterrados sublimes que hemos olvidado demasiado nuestra patria.

—Y pensar que esos sufrimientos, que esas lamentables torturas carecen de sentido —dijo Pablo como si hablara consigo mismo—. Millones de seres han gritado su angustia en las innumerables noches desde que fueron encendidos los soles en las primeras horas del universo. Y nadie ha escuchado palabras liberadoras y lo más grotesco es que no existen misterios y nos torturamos en vano. Usted, que es creyente, ¿ha pensado en que este planeta, después de algunos millones de años, acabará por perecer y será como si jamás hubiere existido la humanidad?

—¿Qué quiere probar con eso?

—Que todo se precipitará por siempre en olvido absoluto.

—¿Inclusive su alma?

—Nada habrá que guarde la memoria de lo que realizaron y sufrieron esas extrañas criaturas que un día soñaban en la tierra y que se llamaban hombres.

—¿Nada?

—Las sinfonías de Beethoven, la Biblia, los guerreros, los más sublimes sueños de los santos, Napoleón, Dante, la desesperación, el amor, la sucesión de los imperios del mundo, Cristo, todo fue perfecta y absolutamente vano y ese drama gigantesco que dura tantos siglos y del que no quedará un solo testigo, lo mismo podría no haber tenido

lugar.

—Se equivoca…

Pablo siguió sin oírlo:

—¿No es una burla aterradora? ¿No es como para dar alaridos de angustia o para refugiarse en la muerte?

—Permítame…

—Un momento breve, como un relámpago, estamos en el mundo, vivientes, con la tempestad salvaje de nuestras pasiones, torturados por todos los anhelos y todas las ilusiones, deseando aprisionar lo imposible.

El padre Anselmo, convencido de que era inútil parar el chorro discursivo de Pablo, escuchó paciente.

—Interrogamos al pasado, leemos lo que han pensado los hombres; no podemos comprender: sollozamos de éxtasis, de nostalgia, hacemos grandes gestos llenos de pasión, y luego, de pronto, nos quedamos extendidos, inmóviles y ya no hay nada más, nada más…

Transcurrió un minuto de silencio. El padre Anselmo habló pausadamente:

—Cuando lo escucho, el dolor me oprime. Como usted, los hay que se precipitan por todas partes en busca de algo; sus almas atormentadas en ningún lugar encuentran paz. Hay quienes perseguidos y mancillados aúllan en la noche como lobos vagabundos, desesperados, taciturnos, han perdido toda certidumbre. Aun los que llegaron a los límites del saber caen de rodillas implorando quién sabe a qué Dios. Hay inteligencias que se rompen y se idiotizan a causa de la angustia inexpresable de su soledad en el universo; como usted se debaten en las tinieblas, pero ¿está realmente seguro de que la verdad es incognoscible, de que la verdad no existe?

Pablo hizo un gesto desolado, y contestó con acritud:

—Dejémonos de disertaciones filosóficas que no conducen a nada. Realmente yo no estoy interesado en estas cosas.

Caminó nerviosamente por la sala y espió el jardín, la arboleda, el claustro. El padre se quedó en su asiento con los ojos bajos. Miraba la punta de sus botas que sobresalían de la sotana. No oyó cuando Pablo regresó al estrado y le preguntó directamente con una voz distinta, comedida, la misma que usaba entre sus gentes mundanas:

—Le estimaría más si me diera su opinión de hombre de honor respecto a mi conflicto personal.

El padre lo miró fijamente.

—Le explicaré a grandes rasgos —dijo Pablo—. Se trata de un asunto en el que participaron activamente altas personalidades del gobierno. Las cosas se complicaron y éstos se han ido esfumando sin importarles que la responsabilidad recaiga en sus empleados de confianza, de los cuales la mayoría ignora la naturaleza del negocio. El

iniciador del plan se niega a defenderlos so pretexto de que resultaríamos directamente perjudicados. Ya he tenido numerosas discusiones con él y ha quedado rota nuestra alianza. Por motivos de amistad he prometido esperar diez días para que salga del país, si insiste en no defender a las víctimas, y como sabe que no transijo, no le queda más recurso que huir.

La frente del joven estaba humedecida de frío sudor.

—No puedo cargar sobre mi conciencia el que unos infelices sean deshonrados y vayan a la cárcel.

Los ojos del padre escudriñaban el rostro de Pablo.

Molesto y nervioso el joven exclamó:

—¡En este asunto nos llevó el diablo y estoy dispuesto a declararme como único culpable, pues tampoco pienso arrastrar conmigo a los otros, si su ética no los obliga! Si mi socio no me apoya seré el responsable, sin más.

Hizo una pausa y continuó luego como si hablara para sí:

—Siento causarle ese disgusto a mi madre, pero no puedo evitarlo. Tal vez encuentren algún atenuante mis abogados.

La aflicción del hombre era evidente, se frotaba las manos, se las retorcía hasta hacerse daño. Reaccionó:

—Pero lo principal para mí es enfrentarme a mis actos. Lo tengo todo listo. Llevo semanas meditando. El escándalo que se ocasionará con el caso no es sencillo. Mi madre tendrá que irse a Italia con su hermana, pues ella no soportaría la vergüenza de verme complicado en un delito, por leve que fuera.

Exclamó con rabia:

—¡Claro que todo se solucionaría si el ministro echara tierra al asunto, pero el plazo se ha ido alargando indefinidamente. Las cosas han llegado a un punto en que ya no hay deliberación que valga.

El padre Anselmo se quedó sorprendido ante la delicadeza de conciencia de este hombre que decía no creer en el bien ni en el mal. A Pablo le pareció cómica su admiración y se disculpó riendo:

—No dudo que sea mi turbio complejo de culpa el que me lance a provocar que estalle el desastre. Pero ¿qué haría usted en mi caso teniendo entendido que si callo nadie puede acusarme, y que al declararme responsable me descalifico para siempre y causo una pena a mi madre?

—Usted mismo tiene ya en su corazón la respuesta. Me alegra ver que le haya faltado “el coraje” para agregar a su delito la cobardía de dañar a personas inocentes. Es justo que usted purgue su error sin importarle el desacuerdo de sus cómplices. Eso le dará paz.

—Ninguna paz, fomentaré mi quijotismo, eso es todo.

—Llámelo así.

—Convendría que mi madre consintiera en irse a Europa antes de

que explote el lío. Le he confiado a usted esto precisamente porque es usted la persona más eficaz en el ánimo de mi madre y me atrevo a suplicarle que se lo proponga claramente. No queda otro remedio.

De regreso Mónica creyó ver una expresión deferente en el rostro de Pablo, algo como una lucecita de esperanza. Al despedirse sus ojos la envolvieron en una ternura que sólo ella podía descifrar.

Mabel no cumplió la promesa hecha a Mónica. Después de su visita no había vuelto a la antesala.

Acostumbrado don Chepe a las frecuentes ausencias de la gringa, supuso que ésta se debía a alguna soberbia "cruda" de la que regresaría como otras veces, con su vistoso traje escarlata y su garganta adornada con algún collar de Taxco o de Oaxaca.

Mónica se propuso volver a buscarla, pero el jueves avisó la madre Teresa que sor Imelda estaba muy grave.

La simpatía que le inspiraba la monjita la instó a ir al convento.

El licenciado Morales la acompañó a Tlalpan. Allí se encontraron con las señoritas Sámano, quienes estaban sinceramente consternadas por el estado de la hermana. Desde la noche anterior su postración era alarmante. No reaccionó con la transfusión de sangre, ni con la sobrealimentación de suero que ordenó el médico.

A la celda de la hermana no permitían la entrada, pero la madre Teresa les describió minuciosamente el proceso de la enfermedad: extrañas visiones perturbaban la inteligencia de sor Imelda que se debatía muerta de terror reclamando sin cesar su presencia y la del padre Anselmo. En sus momentos lúcidos no hacía otra cosa que implorar: "¡No me dejen morir! ¡No me dejen morir! ¡Quiero estar viva! ¡Virgencita, hazme el milagro!"

La virgen no escuchó esta plegaria y esa misma noche, a eso de las once, el alma de sor Imelda voló al cielo. Tres horas antes su corazón entró en paz. Su mente se mantuvo serena. Consoló a las novicias que lloraban un *de profundis* al derredor de su cama y pudo sonreír a la superiora al hacerle entrega de la cofia que le regalaron las señoritas Sámano y que ella quería que estrenara el Niño Dios la Nochebuena. La vistieron con el traje de profesa, tal como alguna vez la imaginó Mónica. La diadema de nardos volvió su rostro más blanco y en la misa de las cinco parecía una santa de cera demasiado pequeña.

En contraste con esta muerte, esa semana Mabel amaneció sin vida. Una nota indiferente en la página de crímenes lo dio a conocer dos días después.

"Martina Rosas, ama de llaves de la residencia número 7 del callejón La Escondida en San Ángel, reportó a la policía que su

patrona, una extranjera que respondía al nombre de Mabel Stoner, amaneció muerta. Lo descubrió al llevarle, como de costumbre, una taza de café negro. La policía investigó que se trataba de una turista aficionada a las drogas y al alcohol. El cadáver fue enviado al Hospital Juárez para que le sea practicada la autopsia."

Mónica, Pablo y el padre Anselmo fueron los únicos que la acompañaron al cementerio. En el momento de retirarse, llegó un mensajero con una corona de hojas plateadas. Quedó sobre la tumba el póstumo presente que ostentaba la tarjeta del ministro como una afrenta.

Pablo recorría de un lado a otro el salón de su biblioteca, con la desesperante insistencia de las moscas que golpean en los ventanales y rebotan el oscuro granizo de caparazones ciegos; las antenas mutiladas, las alas desprendidas de cuajo. Sus ojos tropezaron con el rostro de su padre que parecía contemplarlo melancólicamente desde aquella cartulina sepia, y un relámpago de odio le hizo esconder el rostro entre las manos. Permaneció así largo rato. Ni una contracción, ni un latido, nada en su exterior que delatara vida; competía en inmovilidad con las columnas, con las grecas estucadas en los vértices del techo.

Hundido en la incomprensión de sí mismo, se debatía en el pantano de su propia existencia. Ponerse al abrigo de una disculpa hubiera sido enturbiar aún más su conciencia. Ardua era la lucha que debía sostener para bucear en su espíritu. Su responsabilidad se volvía densa y terrible. Para alcanzar la plenitud de su deseo de justicia arriesgaría su libertad y al menos sería leal con los otros y consigo mismo.

Con la fugacidad que se vislumbra el filo de un arma aparecía el proceso torrencial de un sinnúmero de actos, incomprensibles antes, y cuya claridad lo hería de un solo tajo.

Avasallado por la absorbente personalidad de Raúl, se esforzó en analizar las últimas discusiones con el amigo.

Sí: Raúl opinaba que atender exclusivamente al concepto personal de sus deberes era el máximo egoísmo. Su decisión no pasaría de ser el impulso de un mediocre sentimental —así se lo había dicho—, restos de su corrompida educación plagada de convencionalismos.

Su vinculación con el amigo se había esfumado, pero desde el fondo de su adolescencia emergía Raúl como algo extraño y Pablo ansiaba honradamente descubrir la afinidad que los ligó por tantos años. Caía en abstracciones. La vaguedad de sus recuerdos era irritante. De su entusiasmo fervoroso por el intelectual no quedaba ni una brizna.

En la primera época de su amistad había superado terribles pruebas, pero ahora que la calidad de su ídolo estaba en juego se enfrentó a la certeza de su equivocación.

Todo valor moral supuesto en Raúl era falso. Sabía que la indignidad del amigo acrecentaría su aislamiento, pero no era esto lo que iba a amilanarlo. Había sostenido un conflicto estéril dentro de su corazón y ahora no le quedaba más remedio que soportar la soledad, sin esperar protección.

Desdeñar el llamado hecho a su conciencia por el padre Anselmo era imposible. Él no lo había tratado como a un creyente, sino como a un hombre que tiene que responder de sus actos, sin escapar, amparado por los subterfugios de un miserable traidor.

Juzgar así a Raúl le hacía daño; reconstruía el deslumbramiento que le produjo descubrir su cultura, sus conocimientos, la exquisita sensibilidad con que captaba la música, la pintura. La emoción que en él producía la belleza y el arte. Raúl había sido maestro y guía. La estimación que le profesó, el hechizo que irradiaba de toda su persona, aminoró el temor y la desconfianza que a veces le causaba su diabolismo. Lo atribuyó siempre a su temperamento genial, al poder desmesurado de su fortuna, a la carencia de bases religiosas, a la suerte que parecía acompañarlo y someterse a sus caprichos. Recordó las épocas de libertinaje vividas en donde fueron inseparables, hasta que ocurrió el accidente que lo postró en una silla. Durante esos tres años Raúl no lo abandonó; ni siquiera consintió marchar a Europa hasta que él estuvo en condiciones de viajar. También era cierto que de su desgracia Raúl había sido la causa. Intransferiblemente recaía sobre el amigo toda la culpa. Pero de su tragedia personal no quería acordarse. Los sucesos de ese aciago día los había enterrado en su corazón. Acerca de esto, Raúl y él jamás habían mencionado una palabra.

¡Cómo le dolía que aquel su único compañero de siempre huyera ahora como un enemigo!

Con un aspecto sonambulesco se detuvo Mónica en el corredor, huyendo del barullo desapacible que la llegada de una “comisión extranjera” provocó al incurrir en la antesala. Oyó las evasivas del conserje apremiado por las exigencias de los visitantes, quienes proyectaban ser recibidos en seguida. Don Chepe desenterraba su elocuencia para convencerlos de la “momentánea” ausencia del ministro y, en su afán de retenerlos, urdía descabelladas promesas. Mónica no quiso ver más la vasta sonrisa del viejo, ni sus manos suplicantes. Adivinaba el deseoso rostro del conserje insistiendo en

que la caravana se quedara allí, petrificada, como ella, como las señoritas Sámano, como Pablo, como Ramiro, como todos. Odió al fanático coleccionador de cadáveres. Sintió piedad por los mortales que solicitan audiencia en cualquier lugar de la tierra. Su corazón se abatía. Pensativa jugueteó con las monedas que pendían de sus pulseras, sin advertir que don Andrés había salido en pos de ella y estaba ahí con la respiración fatigosa del sentenciado a morir de infarto. El profesor repitió por segunda vez la frase en la cual Mónica no había reparado. Imprevista turbulencia sacudía la voz del hombre:

—Le ruego que me atienda siquiera un minuto.

Mónica lo escuchó, indolente, ahíta de ocio.

Juzgó que la obstinación de don Andrés manaba del aburrimiento y sin interés se alejó unos pasos. La mirada del hombre se quedó rígida, sin fulgor. Sosteniéndose convulso del barandal se acercó a la muchacha.

—Me escatima un favor que ni al más infeliz negaría.

La actitud de Mónica afirmaba la opinión.

—¿De quién se venga cuando me humilla? —dijo con voz dolida.

Mónica se sintió avergonzada. No podía compadecerlo a pesar de comprender que en esa miseria llovían desventuras trescientas sesenta y cinco veces al año. Era un desterrado de la dicha. Su porte agobiado proclamaba la ausencia del éxito. Quizá la aversión que le producía el maestro proviniese del enfado que le causaba ver su empeño, caricaturizando su propia debilidad.

Don Andrés, sin abdicar de la esperanza y sin medir su rebajamiento, se conformaba con migajas de compañía, pero nadie puede dar a otro lo que no tiene. ¿Por qué pretendía que deseaba humillarlo? Ella andaba ciega, buscándose por dentro, embozada en su malestar, sorda a todo, únicamente capacitada para sufrir lo suyo.

Erguida, Mónica notó contra la columna su espalda y convocó a su piedad. La distancia a la antesala era de unos cuantos metros. Hasta ahí las palabras de don Andrés no podían oírse, pero le molestaba la vigilancia burlona de Pablo que seguía la escena, y los cristales insondables del licenciado que asomaba de vez en vez por la ventana como las entradas de dos túneles. Se sintió ridícula y capaz de cualquier maldad. Hubiera querido gritar al profesor que lo que él deseaba ella lo buscaba en otro, que nadie coincide, que todo es absurdo, que la felicidad es un camino que desemboca en el fracaso y que no la abrumara más y se resignara a morir, a borrarse como ella.

Los labios de él temblaban. Tal vez no había cesado de hablar. Mónica se fijó en el saco mal trazado que le abultaban los hombros. El forro gris claro descosido sobresalía del faldón un gran trecho. Los puños de la camisa estaban desgastados. Un diminuto zurcido junto a la corbata la conmovió.

—El licenciado tiene familia, es casado, pero a él sí lo encuentra digno de su amistad.

El reclamo la enfureció.

—Yo no tengo que discutir con usted mis preferencias.

—Desde luego, usted es libre. La simpatía no se impone.

Después de un rato insistió:

—Lo único que pretendo es que usted me escuche, pero… ¡Aquí no! Aquí es como hablarle al viento.

—No tengo de qué hablar con usted

—Por el amor de Dios, Mónica, no me desespere, mire que estoy enloquecido. Le pido que me oiga, que sepa usted, al menos, que incondicionalmente le pertenezco.

—Me mortifica, señor.

La palabra "señor" la recalcó con intención.

—No me diga señor. Llámeme Andrés. Andrés es mi nombre.

La muchacha hizo un mohín de disgusto. El descontrol del súbito enamorado fue en aumento. Con voz sorda dijo:

—No es un crimen amarla.

En un arranque indominable oprimió vehemente la mano que la muchacha tenía sobre el barandal. Mónica intentó retirar los dedos como si la hubiera tocado un reptil, pero él se la apretó con fuerza. El gancho de las pulseras se enterró en su muñeca y esto la hizo dar un ligero grito.

Pablo acudió en su auxilio. Tocó el brazo del hombre y éste cedió avergonzado. Una gotita carmesí se extendió en la mano de Mónica. Don Andrés parecía a punto de desplomarse. Como si el rasguño ocasionado en la mano de la muchacha lo hubiera abierto en canal quedó sin sangre.

—Cálmese, amigo —le dijo Pablo.

Él se recargó en el pilar demudado. A Mónica le dieron ganas de llevarle un poco de agua, pero Pablo dijo:

—Ya estése quieta.

Entraron en la antesala. Morales estaba impenetrable.

—¿No le parecen de mal gusto sus escenitas?

—Le aseguro que soy inocente.

—No hay nada inocente en lo que usted hace. Coquetear desaforadamente con cuanto majadero se le acerca me parece más detestable que decidirse por un amante. Usted se da baños de incorruptible y con su bandera de virtuosa acicatea la lujuria de los que la conquistan. ¿Quiere que le diga? Lo que hace es sucio. Se divierte en un juego emparentado muy de cerca con el de las prostitutas. ¡Sí, señorita! Usted se hace la santa, la austera, la que no falla y con monstruosa ingenuidad los hace abrigar esperanzas. Todo por ociosa y por endemoniada y más que, por otra cosa, por su desdén

al prójimo. Carece usted del respeto obligado a un ser. Se imagina que todos están a su servicio, que son víctimas destinadas a reparar los desaires que usted ha sufrido.

Mónica se limpiaba con saliva la mancha de sangre.

—Además, lo que hace me preocupa, porque ni usted misma se da cuenta de lo que arriesga. Hasta al pobre de Carlos, el barquero, trae desazonado. Y todo ¿por qué? Por nada: "Porque la señora se aburre". ¡Valiente pretexto! Déjese de hacerse la fatal y jugar a la Mesalina y ocupe su tiempo en algo más interesante, o de plano decídase por alguno y olvide sus remilgos.

—¿Acaso tengo la culpa de que esos caballeros padezcan alucinaciones? No hay una palabra mía que los haya alentado.

—No, ¿para qué? Un día cena con uno, al siguiente bebe café con el gordo, al otro día nieve con don Andrés. Acepta invitaciones hasta del conserje. Pero claro, la señorita es tan dulce que cómo va a negarse.

—Procuro ser afable.

—Qué generosa.

—¿Qué quiere que haga?, ¿qué los escupa?

—Nada más que no se asuste de las consecuencias.

—Todo tiene fin. Cuando me ausente será como si hubiesen muerto.

—Ah, desde luego. Estoy seguro de que se hará la desconocida. Tiene usted todos los defectos de la española engreída.

—Qué descortés está hoy conmigo.

—Sí, me tiene muy enfadado.

Mónica recibió la educación tradicional de las familias "decentes". Le inculcaron ideas correctas. La alta sociedad, la burguesía y la clase media siguen este único patrón. Ninguna de estas capas sociales estuvo capacitada para adivinar que una década más tarde las infalibles normas aprendidas no tendrían valor, no servirían para soportar el andamiaje de los ideales predicados; y tampoco iban a adivinar que las ideas morales, arrastradas desde el primer día de la Conquista, serían un lastre propicio para la desventura de millares de seres. Aunque centenares de señoras gazmoñas se empeñen en el engaño y detengan con fofa palabrería las bambalinas de la farsa, incapacitadas para renunciar a una tradición, aunque ésta sea insostenible y con tenacidad asombrosa prefieran asfixiarse en el túnel de los conceptos heredados y sacrifiquen a sus propios hijos infiltrándoles el mismo error, el fracaso rotundo. Y no es que el Bien haya dejado de ser Bien, ni el asesinato Crimen; el veneno, lo corrupto

está en la tabla de valores asignados a las virtudes. El pago prometido por cada "buena acción" convierte la conducta humana en malicioso trueque. La renuncia al "mal" se cotiza en el mercado y dentro del propio corazón principia el tráfico fraudulento y mercenario de la Pureza, de la Honradez, de la Lealtad. Hay que ser fiel porque el engaño entraña riesgo: se pierde hogar, fortuna, comodidades. Necesariamente hay que ser virgen para atrapar a un marido (única meta de la mujer que se respeta). El hombre que no exige esta condición es un zoquete, un inmoral, un cornudo. Hay que ser honrado para no ir a la cárcel. Existirán siempre excepciones. Pero ¿a quién le enseñaron a amar la Pureza por la Pureza misma? ¿A quién convencieron de que la vida puede ser hermosa sin compañía?, ¿que la luz, el mar, la música, el arte, el saber, pueden llenar la existencia y que estar solo no es una maldición? Sostuvieron durante años, durante siglos, inexplicable mito sobre la convivencia; los actos más naturales los adornaron de mentiras y nadie se preparó para la verdad, ni supo asignarle el justo valor a los deberes. Las relaciones en todos los ámbitos se resquebrajan y las señoras de antaño se lamentan todavía de que se rompa la burbuja dentro de la cual vivieron como topos su ignominiosa desventura.

La sociedad no tiene entereza para aceptar que hembra y macho son seres desiguales, inacoplables y lejanos física y espiritualmente, como lo es un junco de un manzano. Los puede acariciar el mismo viento, aniquilar el mismo rayo, pero el árbol será siempre un enjambre de ramas y un silencio el junco. "Devorar o ser devorado", ésa es la ley. Mientras la resistencia dura, la enemistad es casi prodigiosa hasta que fatalmente se iguala el vencedor con el vencido. Entonces, despojados del ropaje dionisiaco, vestirán a la par harapos de hastío, si es que no logran reconstruirse y rescatar la antorcha del espíritu.

Como si se efectuara en la personalidad de Mónica un desdoblamiento, advirtió la torpeza con que resolvió cada problema de su vida. La cordura que poseía para dictaminar en los asuntos ajenos se negaba a asistirle en sus propios conflictos. En los negocios, en sociedad, con las amistades y en la vida misma; y ya no digamos en su enfoque sentimental donde culminaba el desastre. Seguramente envejecía, porque nada de lo pasado le pareció importante. El más atroz de sus sufrimientos se desvanecía ante su reflexión. Era como si hubiera llegado a la cumbre más alta del Himalaya con la carne destrozada, los pulmones en asfixia y el deslumbrante océano de hielo se metiera por sus ojos y ya no ambicionara ver una sola molécula del paisaje, ni soportara la blancura inclemente. Era tocar la nada. ¿Qué significado tenía para ella esperar sin esperanza? ¿Qué le podía importar el tiempo perdido a quien carece de meta? ¿Ni qué es el

tiempo para el que vive al margen de la dicha? Mónica descubrió de pronto su verdad: había preferido ser únicamente "espectadora", permanecer al margen de su propio destino, tibia, incolora, sin tomar partido, casi ausente, como quien asiste a una representación monótona donde es indiferente el desenlace, pues, sea cual fuere, no causará sorpresa ni interés ni desencanto ya que, debido a su ejercicio de petrificación, no participó en la acción de vivir. Ésta era la verdad: había agotado sus posibilidades emotivas, su riqueza emocional y era sólo esa imagen momificada que reproducía el espejo de la antesala.

Estupor doloroso es vivir rezagado sin comprender la causa y gravitar en aborrecida dualidad bajo el deleite de propósito sin tregua, hasta sucumbir en una obsesión más profunda que el rencor, más inacabable que las afrentas recíprocas en un afán sordo como la cólera, monstruosa como la seducción, ciega como la esperanza, con el sabor desconocido de idilios concebidos en el sueño, en un sueño descomunal y multiforme. Ahora tendría que escoger.

—Mi nombre es Mónica del Valle, basta que mencione mi apellido; el senador me conoce.

—Tenga la bondad de sentarse, en seguida la anuncio.

El traje sastre diseñado en Nueva York delataba un precio escandaloso; collar de perlas auténticas; seis cadenas de oro tintineaban en su brazo.

Relucía el escritorio; ni un oficio, ni una brizna de polvo; la máquina azul pastel, el alfombrado de un crema casi blanco, los sillones de cabritilla, una orquídea desmesurada dentro de una esfera. Todo modernísimo, *ad-ok* para la costosa presencia de la rubia.

Los visitantes desentonaban, fúnebres como cirios; no iban bien con el sitio tan femenino que parecía más alcoba de quinceañera que despacho de un representante del pueblo.

—La esposa del senador y mi madre fueron compañeras —dijo Mónica para interesar a la elegante.

Sonó el teléfono. La empleada levantó el audífono; un último modelo de primera comunión.

—Un momento, voy a comunicarlo.

Subió la palanca del micrófono:

—El señor ministro lo llama por el aparato privado —dijo victoriosa.

Se encendió una lucecita, chilló un timbre.

—Como le decía —continuó Mónica—, cuando vivía mi madre…

La secretaria la interrumpió con un gesto comedido:

—Tal vez sufre usted una confusión. La señora del senador es muy

joven.

—Bueno, joven relativamente…

—Muy joven, más joven que yo.

—¡No puede ser! ¿No es doña Refugio Zárate?

—No, se llama Ana Luisa.

—¿Ana Luisa?

—Tienen cinco meses de casados.

—¿Y la señora Zárate, la amiga de mi madre?

—Ésa debe de ser otra. Desde que entré sólo he visto a ésta. Es guapísima.

—¿Doña Refugio murió?

—Creo que no, no parecen de luto.

—¿Entonces?

—Deben haberse divorciado.

—¿Y los seis hijos?

—Eso es lo de menos.

—¿Vienen aquí?

—A veces vienen tres prietitos.

—¡Pobres!

—¿Por qué?

—¡Es monstruoso!

—Monstruoso sería pasarse la vida con el mismo hombre.

—¿Usted cree?

—¡Claro!, eso ya nadie lo aguanta.

La güera lo dijo con tal desparpajo que Mónica pensó: "¡Caray, qué moderna!", y sintió vergüenza de tener un alma tan anticuada.

—Ramoncito y Javier tienen exactamente la cara de su padre —recalcó con melancolía.

—Peor para ellos.

—¿Por qué lo dice?

—Pues porque el senador es bien feo —y rio con travesura.

Mónica recordó a doña Refugio: tan sencilla, tan humilde, siempre afanada en ordenar la casa. Nadie la superaba haciendo buñuelos y arroz con leche. Esos niños comían sin descanso y aún se reforzaban con emulsión de Scott. El senador también tragaba su cucharada. Era admirable, tan tierna, tan maternal con el marido y él seco, callado, seguro de merecerlo todo. Lo de siempre: se casan en su pueblo con provincianitas feas y, apenas los "eligen", la señora no les viste y la cambian por cualquier pizpireta oxigenada. Se levantó.

—Bueno, no tiene objeto que espere, dispense la molestia.

—Aguarde.

—Ya no tiene caso, gracias.

En la puerta de cristal relucía la palabra PRIVADO, dorada, pretenciosa, necia como la de los sepulcros que anuncian:

—Estoy desconcertado —dijo Contreras el día que hubo de comparecer ante el licenciado Morales para rendirle minucioso informe sobre los descubrimientos hechos durante su vigilancia a la casa del ministro.

—Ha de saber, licenciado, que desde el segundo día caí enfermo y no me ha dejado la fiebre. Hasta con cuarenta de temperatura me he sostenido frente a la reja del ministro.

—Magnífico. Algo habrá usted sacado en limpio.

—Sí, una confusión del diablo.

—Explíquese.

—Pues verá usted. Las tres primeras noches la espera fue un fracaso. A mediados de semana vi salir una línea de luz, tenue, como la que despide un reloj luminoso. El individuo que salió la llevaba en la muñeca, a modo de pulsera. Debía ser un hombre corpulento, pues la proporción del brazo correspondía a la estatura de un gladiador. Lo balanceaba en el aire. Vi oscilar el reflejo de un lado a otro y esfumarse a lo lejos. Apareció una y otra vez entre los álamos, pero a una altura descomunal, absurda, al grado de que no puedo asegurar no haberlo confundido con un meteoro fugaz, desprendimiento de algún astro incendiado en el espacio. Varias noches transcurrieron sin advertir una señal. El último miércoles el hombre de la luz llegó en la madrugada. Lo acompañaba una turba que impidió toda visibilidad.

—¡Pero, hombre!, ¿no se le ocurrió acercarse?

—Desde luego, hasta que noté que mi empeño resultaba contraproducente. Mientras me hallaba más cerca, más espesa se hacía la oscuridad. Desde la esquina puede uno distinguir la reja, pero a un metro, ésta se borra. Es como flotar en un agua negra, en una nube que lo entinta todo y nos ciega. Tuve la impresión de que me acechaba un pulpo, el cual al notar mi presencia vomitaba tinieblas, o bien, tal vez me estoy volviendo loco. Sin embargo, la situación de la casa parece estar sometida a un espejismo, no me lo explico de otra manera. Un par de veces creí ver al ministro, lo vi salir con claridad, podría jurarlo. Corrí tras él, con todas mis fuerzas, y el fenómeno volvió a repetirse: conforme la distancia se acortaba, la figura se desvanecía. A mi alrededor todo era una mancha. Lo que me pareció más angustioso es que, al regresar a mi punto de partida, volvía a distinguirlo igual que en el momento de salir y de correr a su encuentro, sin que hubiera transcurrido el tiempo. Su presencia parecía como la de esas estrellas que no paran de caer y que uno mira fijas en el espacio.

—Todo eso no era más que producto de su fiebre.

—Ojalá, licenciado. Prefiero consentir en ser un alucinado que admitir lo inexplicable.

Hasta las seis de la mañana me retiré siempre. Hube de notar que por la calle rodaba el hollín desprendido de los muros por el aire; se desparramaba en el asfalto, se juntaba en las orillas de las banquetas y rodaba en cientos de esferas peludas que huían sin peso delante de mí. Extendí la mano para alcanzarlas, desapareciendo en la alcantarilla con velocidad de reptiles. A poco andar, la calle quedaba limpia, la residencia pulida como si la acabaran de lavar. He de confesarle que, cuando me detuve frente a la puerta, no pude sobreponerme a la sensación de espanto. Existe allí un silencio que acobarda y vuelve incoloro cualquier proyecto. Es muy viva la sensación de impotencia que invade frente a la mansión del desconocido.

—Señor Contreras, parece que usted hizo guardia frente al castillo de un fantasma.

El rostro de Contreras se descompuso. Intentó decir algo, pero optó por sacar el pañuelo y limpiarse el sudor de la frente. Tenía la nariz afilada y las mejillas desangradas como panzas de cocodrilo.

Penumbrosa e interminable la galería era una procesión de escritorios vaciados de la ola de un naufragio.

La chatarra agazapada sobre las mesas lucía teclas evocadoras de mecanógrafos paralíticos. Bancos y sillas en discordia perfilaban escombros.

Aquí y allá sobresalían cuellos esqueléticos de lámparas que hacían visible el mentón amarillo, azufroso, de algún escribiente y de puños sin edad, aferrados a una regla, a un lápiz, a una tarjeta.

Jovenzuelos ya viejos trasladaban cartas, charolas del archivo, o flotaban tontamente haciendo guiños a alguna chica emperifollada con falda ampona, escote hasta la cintura, peinada al crepé como si asistiera a una fiesta de noche. Había muchachitas flacas, a lo existencialista, que tenían derecho a sentarse en las mesas, a comer helados y a gritar de una esquina a otra el nombre de una película o el número de un expediente, mientras que, detrás de sarnosos mostradores, matronas gordas o ancianas, derrengadas, hacían víctima de su furia a desconcertados clientes que aguardaban con la pretensión de indagar, de hacer preguntas, de querer informarse sobre el proceso que deberían seguir para alcanzar audiencia; saber hacia qué sitio dirigirse, averiguar este o aquel asunto. Esas mujeres cerraban y abrían cajones, platicaban entre sí historias truculentas, sin preocuparse de que el auditorio se enterara de intimidades

asombrosas; sacaban su “lonche”, se embadurnaban cosméticos que se estancaban en sus agrietados rostros, o bien, se hacían *manicure,* reían destempladas, ignorando groseramente al público. De improviso, dominadas por extraña inspiración, tecleaban con frenesí. Una imprecación anunciaba la incompetencia de alguna maquinista quien pedía goma de borrar y, al no aparecer, arrancaba de cuajo las cinco copias que iban al cesto con todo y papel carbón. Las miradas de odio lanzadas sobre los pacientes indicaban el difícil encuentro inmediato, en caso de que al fin decidieran atenderlos.

Un valiente que madrugó, ya como a las diez, fastidiado, exigió noticias, y del aquelarre, la que tenía más facha de hipopótamo señaló, sin palabras, el letrero que anunciaba servicio a partir de las once.

—¿La ventanilla de enfrente es para informes?

No hubo respuesta.

—¡Oiga! —reclamó.

—¡Oiga! —volvió a decir, el ex valiente, pero con voz tan débil que sólo pudieron oírlo los que iban encadenados a su costado en aquella cuerda.

—Bola de mugrosas…

—Esto nada más Dios y él.

Se oyó mejor el aletear de una mosca.

Algunos se dirigieron esperanzados a la ventanilla nombrada, engrosaron la fila de veintitrés personas mientras daba la hora.

¡Qué bien les hubiera sentado a estas burócratas, en cuya carrocería no quedaba vestigio femenino determinado solamente por el motín de las caderas o la promoción del busto, vender barbacoa en algún figón de Santa Anita.

Uniformadas de mal humor, intimidaban: resultaban vanas las sonrisas de los caballeros o la buena presencia y el comedimiento de las damas.

—¡Hagan cola!

—Si se acomoda de ese lado, pierde su turno.

—¡Oye, Jaime!, ya volvió el de ayer por su boleta.

—No le hagas, ¡qué lata!

—Que venga la semana que entra, a ver si mientras alguien se la busca en el archivo.

—Si es del cuarenta ya se la tragaron las ratas.

—Dile que hasta el mes que entra. A ver qué pasa.

—¿Y al que perdió la ficha?

—A ése le dije que viniera hasta la otra semana, pero necea de un hilo.

—Bueno, no se irá a morir. Que se espere.

—¡Señora Bringas, señora Bringas —gritó el Jaime—, ya llegó su

recomendado.

—¡Uf, qué friega!

—Mírelo qué de azul.

—*Voi voi…*

En el salón contiguo había epidemia de mujeres preñadas.

Zarandeaban sus timbas muy orondas. De seguro estaban bien casadas o sus hijos serían los hijos del Estado. Cabían apenas en sus lugares-camas. Mascaban pan, rumiaban chicle e iban quedando idiotizadas al grado de no ver ni oír el zumbador paseo de los intrusos pueblerinos que equivocaban salón, escritorio, rostro del empleado que empezó atendiéndolos. Pasa así con los meseros a los que uno encarga viandas; cuando regresan son diferentes, llega otro, siempre otro con insospechado surtido de alimentos.

—¿Quién lo está atendiendo?

—No sé, era un joven parecido a usted.

—¿No era aquel del bigotito?

—No me fijé, puede que sea el otro, el de atrás, el medio calvo.

—No, ése es el jefe.

—Ah…

—Búsquelo por ahí…

—Usted, el de los anteojos, le faltan tres copias. Así no corre.

El de los anteojos tomó el legajo desalentado.

—Ni modo, tiene que hacer cola de nuevo.

—El otro.

—Mire usted, yo…

—Ya le dije que primero necesita ir a la Oficialía de Partes.

Y le devolvió una tarjeta.

—¿Eso dónde queda?

—La flecha se lo indica. Suba la escalera, luego baje al otro patio y ahí pregunta.

—Es que tengo prisa.

—Todos tienen, ¿qué le vamos a hacer?

—Permítame explicarle…

El gesto del empleado y la forma en que agitó la mano, aunque no era precisamente para decirle adiós, ponían punto final.

—Sigue usted.

El que ahora se acercó era un hombre bajito. La frente le llegaba al ras del mostrador.

—¿Sabe?, yo perdí la contraseña.

—Entonces que se lo autorice el oficial mayor.

—¡Pero hombre, usted me ha visto del diario.

La gente lo miraba incrédula.

—Sí, mano, ya tiene un mes de venir —dijo una de las panzonas horneadoras de niños.

—Ni modo. No hay comprobante.

El chaparro se alejó.

—El que sigue, a prisita.

Los payos tropezaban mendigando en cada escritorio; de un lado a otro, de un extremo a otro. Se desparramaban por los corredores y fatalmente regresaban a la misma oficina, en donde nuevos problemas impedían la solución. Algunos desertaban maldiciendo.

—Presentaré mi queja. Este sistema es arbitrario, desorden puro. Ya van dos veces que pierden el expediente.

—Presente lo que quiera. Ahí está la ventanilla.

Las once. Las gordas se arrimaron al mostrador.

—Escriban en esta hoja el asunto.

—Rápido, nomás los que alcancen. Cerramos a las doce.

—Fórmense, no se amontonen, por favor.

—Usted pa' trás, tome su turno, señora.

La nombrada enrojeció y desanduvo tres metros, cuatro. La hilera daba vuelta.

—A prisita…

—Esto no se arregla aquí —dijo otra empleada leyendo una nota.

—Tiene que presentarse en el seguro, compañero.

—Ya me hicieron el examen.

—Sí, pero no corresponde a esta secretaría.

—¿Pues a cuál?

—No sé. Aquí no.

—Esta señorita quiere ver al jefe de mesa, al mero señor Vélez.

Un empleadillo comentó:

—Es un cuate re difícil, mejor que hable con su ayudante.

—Ramírez esta ocupadísimo y luego me echa "la aburridora".

—Vuelva mañana, señorita, ¿quiere? Ya no hay tiempo, vamos a cortar para atender a los de adentro.

—Yo estoy adentro.

—Venga el lunes, es mejor.

Mónica buscó con la mirada a alguien más comedido. Solamente vio rostros burlescos o avinagrados. La actitud de las mujeres era terrible; una poderosa mafia de negaciones.

Sin rumbo, se detuvo frente a uno de tantos enviserados. Su interrupción no cambió la postura de quien continuó imperturbable. Cohibida se alejó un poco. Esta vez el hombre que le tocó en suerte foliaba con rapidez papeletas y más papeletas; las ensartaba en un clavo después de arrancarles la tira perforada que adhería en las hojas de una libreta, repetía la tarea sin descanso. Un mozo acarreaba los fajos sometidos al sacrificio. La cuchilla del sello caía y los indefensos papeles, atravesados en pleno corazón, se estremecían en el clavo. Ahí hubiera permanecido Mónica, pero el individuo sin suspender su rito

dijo:

—Conmigo no arregla nada, me marcho dentro de un minuto.

Las palabras salieron de la nariz aguileña, único signo humano sobresaliente. Apenas tuvo ánimo para alejarse. Ya en la puerta tropezó con el portero.

—Perdone.

—¿Se lastimó?

—No. Hasta mañana, señor.

—Mañana es día de fiesta, dirá usted hasta el lunes, porque hacemos puente.

—Es verdad. Entonces hasta el lunes. ¡Oiga!, pero cómo es eso, el martes empiezan las vacaciones.

—Ni modo señorita, ¡ai los vidrios!

La versión de don Andrés no coincidía con el relato de Contreras, ni con los datos aportados por las señoritas Sámano. La descripción que él hacía del ministro era completamente distinta. Al principio aseguró, no sólo haberlo visto, sino haberle estrechado la mano.

Después de seguir su personal línea de investigación, descubrió que el intangible señor se nutría diariamente en el Restaurant Prendes —secreto descubierto gracias a su pericia—, pues el ministro guardaba el incógnito. Su mesa permanecía señalada con un distanciante letrero en rojo: "Reservada", que los clientes respetaban. Llegaba infaliblemente a las tres en punto acompañado de dos o tres comensales. Don Andrés pudo contemplarlo de espaldas; desafortunadamente el ministro prefería el asiento que daba a la pared y su rostro quedaba escondido. Sin embargo, su lugar estaba tan cercano al del prepotente que pudo oír su extraordinario lenguaje. Le extrañó no captar durante la conversación una sola frase referente a la política y sí raras opiniones sobre el ser; largas discusiones sobre la desaparecida especie de una planta que vive en sociedad mancomunada; se alimentan, reproducen y crecen por medio de una comunista subvención que la primera y más fuerte envía a la última a través de raíces subterráneas conectadas por las que corre la savia hasta surtir a la más pequeña. Algo así como una hilera de bulbos que van de mayor a menor, gozando todos de suficiente luz, en una equidad perfecta. Hablaron también de exóticos platillos de algas marinas condimentadas con fermentos de arroz, los que producían efectos alucinantes y preferidos por mandarines. Otro día analizaron el Misterio de la Santísima Trinidad y luego hablaron muy entusiasmados sobre un injerto para evitar la caída del pelo.

El licenciado hizo acopio de paciencia, sin comprender adónde iba

a llegar don Andrés.

—Hasta el último día fue cuando me animé, señor Morales. ¿Sabe usted?, me traía muy intrigado lo que hablaba y sobre todo no poder verle la cara. Ese día me tomé unas copas para animarme y, aprovechando que dejó caer la servilleta, me apresuré a recogerla y ahí merito, al ir a entregársela, fue cuando me estrechó la mano.

Don Andrés miró su mano y se la acarició tiernamente, como si en ella le hubieran depositado un don.

—¿No le vio el rostro? —interrogó el licenciado sin disimular su contrariedad.

—La verdad es que me cogió desprevenido el apretón de manos, para qué voy a decirle. Apenas escuché que me daba las gracias y por todo el cuerpo se me metió su voz, un grito que caminó por la sangre. No lo puedo explicar, me quedé tan aturdido que no lo vi salir. El mesero se acercó a mi mesa, me dijo que ya era muy tarde y que ya se habían ido todos.

—Don Andrés únicamente lo vio de espaldas, como Moisés a Jehová —dijo con sorna Pablo, quien había escuchado curioso la aventura del viejo.

El anciano sin inmutarse contestó:

—Sí, únicamente lo vi de espaldas, pero lo reconocería entre millones por el solo timbre de la voz.

—Qué raro —dijo Concha atemorizada.

—A don Andrés lo han embrujado —dijo Laura.

El gordo opinó:

—No puedo imaginar que el ministro vaya a un restaurant.

La risa de Pablo se dejó oír:

—En algún pesebre tiene que comer, señores.

—Pero no a las tres —respondió sobriamente el licenciado—. A esa hora yo lo vi en otra parte, estoy seguro, lo vi como los estoy viendo a ustedes.

La sala se inundó de silencio.

La voz del conserje sonó como un trozo de hielo que se estrellara en el piso.

—No puede ser. Perdóneme, licenciado, perdone que lo contradiga, pero ni usted ni don Andrés han podido verlo. El ministro precisamente a las tres entra a junta y firma los acuerdos. Aquí está el acta donde consta la hora.

Sobre la mesa don Chepe desparramaba los oficios guardados en una carpeta negra.

—El ministro nunca sale antes de las seis —dijo contundentemente, mientras guardaba los importantes papeles.

En la Oficialía de Partes, la desolación. Había muerto el segundo secretario el día anterior y los empleados se marcharon al sepelio. El oficial tercero quedó de guardia y contaba detalles del trágico accidente en la carretera; estaba enterado de los hechos y de los pensamientos del finado. Con voluptuosidad repetía la terrible historia a cuanto curioso llegaba a pedir informes.

Bien pronto el público advirtió que era un día perdido y se alejaron maldiciendo la inoportuna muerte que obligaría a muchos a comenzar los trámites de nuevo.

Un vendedor no dominó su disgusto:

—Este difunto ahora sí que me amoló. Y dónde que su billete ni siquiera tiene reintegro.

En la planta baja, Mónica divisó al relamido ayudante del director general que casualmente estaba en su sitio. Atendía en ese momento a alguien que debía ser candidato del celeste clan burocrático. Sólo así podían entenderse las caravanas y arrumacos que el jovenzuelo le dedicaba. Al pasar Mónica frente a aquella oficina, el relamido se fingía siempre muy ocupado, presumiendo de que ni por equivocación percibía su existencia. Hay personas que se declaran enemigas espontáneas. Se empeñan en saldar rencores acumulados por ancestros. Mónica captó las ondas de su resentimiento por algún motivo incompresible.

—Que la atienda mi empleado —dijo cuando apenas se acercaba al mostrador.

El tal empleado se desvivía por halagar al amo y aparentar eficiencia.

—Su nombre.

—No se trata de mí. Deseo informes para arreglar el asunto de otras personas.

—Pídale todos los datos —exigió el ayudante, dirigiéndose únicamente al despachador.

—Dígale a su patrón que no se preocupe —ordenó Mónica al repentino intérprete.

Al resentido se le soltó la lengua:

—Informe a la señora que aquí no valen recomendaciones. Tiene que sacar su ficha como todos y esperar.

—Dígale que no tengo recomendación, ni tengo que esperar y que usted me está atendiendo —ordenó Mónica al traductor que iba de uno a otra como en cancha de tenis.

—Para eso fue la Revolución, para acabar con los privilegios. ¡Parejito, parejito! Nada de reaccionarios… ¡No faltaba más!

Le dio mucha risa; a Mónica se le bajó el coraje. “Tipo chistoso, ¿de qué o por qué la supuso reaccionaria?”

—Necesito unos datos —dijo cuando el enemigo se alejó—. Quiero

saber si la casa de mis amigas está señalada entre las que van a ser demolidas en la zona de Guerrero.

—Ese asunto no es de esta oficina. Eso se arregla entrando por la puerta del costado y subiendo luego los escalones para dar con el entresuelo.

El empleado, temeroso de la reacción de la señorita, salió hasta el corredor para indicarle la ruta.

—¿Me atenderán ahora?

—Yo creo que sí. Todavía no dan las doce.

—Voy en seguida. Mil gracias.

Caminó arrimándose a la acera para esquivar el aguacero.

Los escalones del entresuelo estaban en un cubo negro. Unos novios se besaban en lo oscuro, ni siquiera la sintieron cuando tropezó al pasar.

La lluvia le había deshecho el peinado, el agua escurrió su pelo hasta dejarla como tifosa del manicomio. El colorete debía habérsele corrido. La que la atendió no le quitaba la vista de encima. Ella hacía heroicos esfuerzos por no restregarse los ojos que le ardían con la negrura jabonosa que se untó en las pestañas.

—Tiene que explicar en un oficio lo que desea y poner todos los datos relacionados con el predio de la familia Sámano.

—¿No querría usted hacérmelo?

—Dispense, tengo mucho que hacer, si no con todo gusto.

—Se lo suplico —insistió Mónica—. Es urgente. Aquí le dejo veinte pesos por la molestia.

—De verdad no queda tiempo.

—Tenga veinticinco.

La señora dudó.

—Aquí tiene treinta.

—Bueno. Nada más que resulta que para esa solicitud existen formas.

—Tanto mejor. Así ya nada más la llena.

—Lo malo es que ya se acabaron.

—¿Ya no hay?

—Se acabaron, y quién sabe hasta cuándo las manden hacer.

—Y los que las solicitan, ¿qué hacen? —preguntó Mónica asombrada.

—Regresan cuando están listas. Mire, busque si queda alguna por ahí, en los casilleros.

—No hay nada, sólo tierra.

Mónica esparció un puñado de algodoncillo.

—¿Ya lo ve?

—¿Ahora qué?

—Mire, es como éste.

La mujer sacó de su bolso un cartucho con caramelos, extendió el papel pegostioso y arrugado.

—Ay, chulita, si usted quiere puede copiarlo.

—Con lo ocupada que ando. En fin…

Mónica esperó. Firmó el oficio.

—Mañana llámeme por teléfono. Pregunte por la señora Ángeles. Enseguidita corre.

—Bien, lo agradezco, hasta mañana.

—¿Hablo con la señora Ángeles?

—Sí. ¿Qué desea?

—Soy la persona que estuvo ayer, para el asunto de las señoritas Sámano.

—¿Ayer?

—Recuerde. Usted copió la forma y firmé el oficio.

—Ah, ¿usted es la señora que solicitaba un préstamo?

—No, señorita. Yo firmé…

—Ya recuerdo. Usted es la que desea irse a Guadalajara.

—No. El asunto mío…

—Déjeme ver, no cuelgue, y se lo localizo.

Transcurrió un cuarto de hora. Mónica colgó.

—Hace tres días firmé aquí una solicitud, señorita Ángeles.

—¿Vino a esta oficina?

—Usted misma me atendió.

—¿No sería otra persona?

—No, señorita. Fue usted. Es relativo al predio de…

—Ah, sí, claro, me hubiera explicado. Ya sé dónde está.

—Fíjese que no aparece por ninguna parte —dijo al volver después de largo rato—. Se debe haber traspapelado. Estaba segura de haberlo puesto aquí.

La señorita Ángeles revoloteó papeles y periódicos en los cajones de su escritorio.

—¿Qué pasaría?

Se lo preguntó a Mónica con ingenuidad. En el colmo de la paciencia suplicó:

—Sea buena, hágalo de nuevo.

—Uy, estoy ocupadísima.

Mónica puso veinte pesos sobre la mesa.

—Que sean veinticinco, ¿quiere?

—Está bien, pero, por favor, mañana sin falta necesito la respuesta.

—*O. K.*

—¿Qué pasó, señorita Ángeles?

—Pasé el oficio. Está adentro con un montón tamañote.

—¿Y?

—Ya no depende de mí. El jefe anda de viaje. Hay miles de asuntos en su mesa, pero el de usted lo puse mero encimita. ¡Háble me, háble me mejor pa' que no dé vueltas!

—Es un hombre como los demás —dijo Laura Sámano—. Concha y yo logramos hablar con su esposa: es una mujer extraña, de porte distinguido, no es muy joven y se nota que sufre. Pertenece al gremio de esas criaturas abnegadas que ahora ya no existen. De nada se queja. Nos dio la impresión de que se ha pasado la vida esperando a su marido. Sabe muy poco de él y parece insegura. Cuando alguien menciona al ministro se llena de temor, palidece, como si le hablaran de algo prohibido o del secreto de un santo.

—A mí me pareció que hablábamos con una muerta —terció Concha, recordando con horror la entrevista.

—Lo que pasa es que ella no sabe si su marido es el ministro.

—Esa mujer no es de este mundo —repitió Concha.

Los ojos del licenciado iban de las cejas de Concha a la boca de Laura. Más que nunca las encontraba idénticas. Tenían el mismo gesto desteñido, las mismas arrugas en la frente. Usaban el mismo cosmético, exacta la tintura del pelo. En las nucas rosadas los cabellos ralos y tensos, en partes decolorados, subían en hilos de bejuco para formar aquel rizo, o a manera de chongo fofo.

—Esa señora recibe órdenes, carece de influencia con el Poderoso. Espera siempre, eternamente espera.

—¡No puede ser!— alegó la hermana—. No a tal grado. Ella cuenta con alguna probabilidad.

—Con ninguna. Te digo que es menos que una sombra.

—Pero en algún momento hallará gracia. Por lo menos en sus horas de intimidad.

—No existen.

—Es una necedad tuya. ¿Cómo puedes saberlo?

—Lo intuyo.

—Eso no prueba nada.

—No me equivoco. Te lo aseguro. En este asunto mi antena no falla.

Concha molesta replicó:

—Por lo visto a ti no te hace falta una esfera para adivinar el pasado de la gente.

—El futuro es lo que me interesaría averiguar.

—A estas alturas, ¿para qué? —dijo con sorna Concha.

—Al menos para saber morir.

—¿Crees que eso se aprende?

—Pues mira, sin ir más allá, la mujer del ministro en ese saber es una experta. Hasta su apariencia es de cadáver. Está tan muerta como Lina.

—No me gustan tus ironías. A veces creo que te has vuelto mala.

Concha miró a Laura con miedo y dijo para convencerla:

—Acuérdate, ella dijo que con frecuencia su marido llegaba fatigado, que su trabajo era abrumante, que las numerosas solicitudes lo privaban del sueño.

—Ella es la que ni duerme, vela para soñarlo y no me extrañaría que jamás lo hubiese visto.

—Hoy estás imposible, Laura, empeñada en confundirme.

—No, hermana, no es eso. Perdimos quince días de vida sin objeto…

—Yo no creo que hayan sido inútiles. Sabemos que es un hombre que sufre y del que ella está celosa. ¿No te diste cuenta la cara que puso cuando la señora que llegó preguntó por la secretaria?

—Fue una reacción femenina sin importancia.

—Pues antes que llegaras tú hablé con el mayordomo y, para que te enteres, averigüé que la señora es dominante, así de dulce como la ves, hasta le grita al señor ministro cuando éste olvida la pasta de dientes sobre el buró o agujera los calcetines y ese superhombre aguanta como un marido cualquiera.

—Esa mujer lo sueña todo.

—El mayordomo ha oído las discusiones detrás de la puerta.

—Pero no lo ha visto nunca.

—Sí, ya sé, según tú ella tampoco lo ha visto.

—Te aseguro, Concha, que el ministro no tiene mujer.

El licenciado ya no distinguía si era Concha o era Laura la que decía esto o aquello. Las tejedoras eran una sola voz de negación y de fracaso.

—Tengo la impresión de que el licenciado enamora a Mónica.

—Me parece natural —respondió su hermana Laura, poniéndose las medias—. Es guapa.

—¿Crees que ella lo acepte?

—Mónica es una chica singular. Le gusta la compañía de personas que no le agradan; como si quisiera castigarse invariablemente las procura.

—No te comprendo.

—Sí, lo hace inconscientemente, por defensa. Se rodea de imposibles, busca pretextos para disculpar su miedo; necesita sentirse víctima para confesarse que es la soledad lo que prefiere.

—No lo creo.

—Te digo que sí. Ella cree que está enamorada de no sé quién, alguien que no le corresponde. ¡Vaya aprieto en que la pondría si él cediera! Lo escogió especialmente por inalcanzable. Si hubiera visto alguna posibilidad en ese asunto, no lo admite.

—¿Tanto así?

—¡Segurísimo!

—¿Entonces el licenciado qué?

—¡Oh! El licenciado, con su dramática pose de loco, tiene las cartas en la mano: la atrae. Para ella es el mal, lo prohibido, la aventura que no ha vivido nunca. Además, Morales tiene algo demoniaco que despierta la imaginación.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo sé mucho. El licenciado representa el peligro, la posibilidad de incendiar la casa, de romper lo establecido, de adquirir un minuto de lucidez y rebelarse, de beber la vida a bocanadas y embriagarse en su abismo. Exactamente eso.

Concha sostuvo en el aire la sandalia. Lo que su hermana opinaba la dejó de una pieza. Trató de tranquilizarse a sí misma y dijo:

—Laura, me asustas. Si no te conociera pensaría que simpatizas con la eventualidad de un romance tan indebido y, más todavía, que lo desearías para ti.

—Acertaste, hermana. De plano. Me parece de lo más emocionante y deseo que Mónica lo viva y no sea tan cobarde como yo en mis tiempos. Sí, sí, no te enojes, tú ya sabes que no acepté por temor, no por buena, y juro que me pesa. Te lo digo hoy “en el umbral de mi último deseo” —esta frase la dijo Laura en tono declamatorio, como si intentara quitarle fuerza a la confesión.

Concha, angustiada, secretamente siguió el tono de la guasa:

—Óyeme, óyeme, no se te olvide que le llevas al licenciado por lo menos quince años.

—Aunque le llevara treinta, sería lo mismo.

La apuración de Concha era cómica.

—No te preocupes, no pienso hacer el ridículo; me conformo con

imaginar la situación a través de Mónica.

—Pues vaya diversión —le respondió muy seria—. Te advierto que harás muy mal en calentar la fantasía de la muchacha con tus teorías. No en vano aseguró tía Rosa que se te pasmó el cerebro a los veinte años.

—De lo cual me alegro. Ya que envejezco por todos lados, que la mente permanezca refrigerada.

Laura, como si fuera una muchachita, levantó las piernas, las meció en el aire y se levantó de la cama riendo e hizo un mimo cariñoso en la mejilla de Concha que, aunque acostumbrada a los "desatinos" de la hermana, esta vez quedó pensativa. Mientras Laura canturreaba en el baño, ella contempló melancólica los muebles de la alcoba, laqueados de blanco desde hacía treinta años. Daban suntuosa apariencia al cuarto, siempre y cuando no se reparara en la alfombra raída y en el moribundo aderezo de las cortinas. Difícil asegurar si éstas fueron verdes o crudas y si eran de tafeta o de brocado. Su resistencia temporal las había metamorfoseado en una especie de lona parda, donde un millar de bolitas de seda aborregaban la tersura de los pliegues. Como hoy, cuántos domingos de la vida había escuchado las audaces pláticas de Laura, sentadas una frente a la otra, en esas mismas literas en las que se sucedieron las noches, noches en que Laura hablaba locamente de sus amoríos. No hubo trueque de lechos nupciales. Infinitamente allí, en aquellos sarcófagos laqueados, apagaron su cuerpo y sus sueños. Un puño crispado se cerró sobre las sábanas. Apenas ayer remembró: Laura, desnuda, procaz, haciendo el inventario de su juventud; Laura de rojo escandalizándola con sus proyectos; Laura leyendo novelas del Caballero Audaz; Laura sin querer ir a la iglesia; Laura llena de odio y de lágrimas; Laura en silencio; Laura demolida por dentro y por fuera; y desde largo tiempo, Laura indiferente, humilde, suavizada. A veces resurgía en ella la muchacha pasional y locuaz que asustaba a Concha. Por lo general era mansa, casi alegre y llena de gracia. Ella, en cambio, siempre había corrido fama de discreta. Era lo que se llama una "señorita de criterio". Aparecía tan segura, tan conforme. Tal vez fuera verdad lo que su tía Rosa decía: "Envejeciste con tu alma de niña resignada". Pero aún le hacía daño su capacidad de asombro.

Laura cruzó el cuarto con su bata de cuadritos.

—El agua está caliente.

Concha no se movió.

Laura volvió con una charola en la que humeaba una taza de chocolate y había algunos panecillos. Escrutó amorosa el rostro de Concha y al verla tan alicaída le dijo en broma:

—"Señora", tome usted su desayuno y olvídese de la suerte de Mónica. No se obstine en arreglar el mundo conforme al patrón que a

usted le señalaron y que tontamente siguió.

—¿Tú no lo seguiste? —preguntó Concha con tristeza.

—Seguí el rol de usted y estoy muy arrepentida.

—Yo estoy contenta de ser lo que soy.

—Yo no.

—Abusas de mi paciencia, Laura.

—Adorada hermanita, eres la única persona con la que puedo desahogarme y prever una comprensión reposada.

—No estoy de acuerdo en que te regocijes del mal que pueda llevar ese hombre a la vida de Mónica.

—¡Pero si no se trata del mal; se trata de que un ser humano se salve del hastío! ¡Que se derrita, que vibren sus arterias, que sepa a lo que renuncia y luego se muera!

—Ésas son las chifladuras que aprendiste en las novelas.

Laura, por toda respuesta, dobló sobre el regazo las manos displicentes y se quedó con la mirada perdida.

—Usted tiene bastantes contratiempos, señor Contreras —decía don Andrés tratando de calmar al gordo, quien, en el Café Chufas, le contaba sus cuitas—. No debe hacerse líos consiguiendo la amistad de Mónica. Esta muchacha anda en las nubes, ocupada de otro. ¿No se ha fijado que ni siquiera escucha lo que se le dice? Parece sonámbula. Ayer traía los ojos enrojecidos de puro llorar. ¿Cómo considera que va a ocuparse de entenderlo? Por otra parte, con franqueza se lo digo, no veo que el licenciado alcance mejor suerte, como usted dice, aunque los ve conversar y reír. El sentido humorístico de Mónica es agudo. Se divierte en jugar. Es vanidosa, le gusta tener su corte y en algo tiene que pasar el tiempo. Yo sí creo que esté enamorada de ese otro, precisamente porque no le hizo caso; o vaya usted a saber cómo estarán la cosas, pero allí sí le duele a la muchacha. En cuanto a Pablo, despreocúpese. Esos niños ricos no se casan con pobres. ¿A poco me va a decir que la señorita viene a conseguir una beca porque está boyante? La muchacha sabe muy bien que con Pablo ¡nones! No hay que ver más que las ínfulas de la mamá. Doña Renata Linares Mendiola viuda de Galarza, muy amable, muy amable con Mónica, pero si se oliera que de repente pasea con su hijo ¡vaya! Y segurito que, cuando le pase la pasión por el tipo ese, le va a coger odio que sólo Dios; no se va a perdonar haber sufrido por él en toda la vida. Esta muchacha aparece suavecita, pero es más orgullosa que un diablo. A todos nos ve como a títeres sin importancia, empezando por el que dicen que quiere. No lo estima ni un tantito así. No se lo digo por mal, Contreras, pero le aconsejo que ni se meta. Al único que

admitiría en su casa es a Pablo, porque está segura de que ése sí la respeta. Al otro, que nunca nombró, si pudiera se hartaría de él y luego lo echaría como a un lacayo. Yo conozco mucho el estilito de estas niñas; viven de caprichos, haciéndose las desoladas, pero lo que menos quieren es pertenecerle a nadie. Lo que pasó aquí es que el pelado ése se puso listo, se las olió y, como no la quería, se colocó las botas. ¿Que se portó como un pinacate? Eso nadie lo discute. ¿Quién le mandó meterse entre las patas de los caballos? ¡Puras faramallas! No se casaría con él por nada del mundo. Ni lo considera de su clase. ¿A ver? Que se busque un linajudo, a ver si el polendoso resulta mejor pieza.

A Contreras la humedad le bañaba el rostro. Rieles de agua escurrían por su camisa.

—Usted que pelea con hacerle la ronda; únicamente seguirle el juego y que la muchacha se crea la divina. Total, si ya no está tan jovencita. Ahora, pensándolo bien, y sin que crea que pienso ofenderlo, en caso de que la muchacha cediera, no lo iba a preferir a Morales, que bien mirado es hombre de mundo, con mucha palabrería y más loco que una cabra. Aquí todos sabemos lo de Doloritas, Contreras, y luego la historia de su sobrina. No le busque más complicaciones a la vida.

—Estoy tan solo.

—Solo, solo, todos estamos solos, amigo. Yo tengo veinte años de viudo y vivo en una casa de huéspedes, y claro que estoy solo, pero eso a nadie le importa. Se ha puesto muy de moda andarse llorando, dice que te dice que no tienen madre. Bueno, ¿y qué?, siempre ha sido así. Babosadas de literatos. Así de grandecitos, ¿quién quiere que los recoja? Chillones y re chillones, no son más que una punta de jotos. ¡Pónganse a trabajar o tírense del techo, pero no anden con el bulto de su lástima! Eso usted déjelo para los poetas, que son un atajo de idiotas.

Contreras estaba compungido y don Andrés se apenó.

—No vaya a creer que mi intención ha sido ofenderlo —le reiteró apretándole cordialmente el brazo.

El pobre hombre se quedó con la taza en la boca escuchando asombrado la filípica de don Andrés, que eufórico continuó:

—A mí también me gusta la maldita. Se lo confieso a lo macho.

—Lo que pasa es que violenta tanto lloriqueo cuando existe la enfermedad y la pobreza y no esas tristes mandangas. La vida es cosa seria —dijo después de sorber un trago de horchata—. ¿No ha visto los periódicos? Ésos son problemas. Se siente uno criminal de permanecer indiferente ante cada injusticia. Que a los negros les niegan los derechos de ciudadanía y linchan a sus hijos en las universidades, nomás porque no les cuadra el color; que al pueblo

preferido de Dios lo aniquilan y se erigen en verdugos de su raza; y luego a ese señor, Chessman, que hace versos, lo condenan doce veces. Eso aquí no lo hacen ni con los toros de lidia. ¿Que es culpable e implantaron la pena de muerte?, pues a matarlo al siguiente día, no que este hombre lleva más muertes que las que debe mi general Villa. Y no más empieza uno a rascarle a la miseria de China y la pobreza del Mezquital. Ahora, ¿quién les entiende a esa bola de arribistas a los partidos de moda? Que marxistas, que comunistas al estilo Trotsky, porque lo que es al camarada Stalin ya lo dieron de baja. Los envasados de origen dicen que son los hegelianos, pero quedan todavía los… ¡un demonial! Luego la plaga de neuróticas afiliadas a Buda. Unas ochentonas que se rompen la crisma intentando las posturas yoguis y respirando como si estuvieran en un parto. Los niños *snobs* que vomitan sus problemas en las orejas de los psiquiatras, esos chupadores de sangre en los que no creen ni sus madres, y mire usted que no puede haber nadie más cretino. Aplaudo que estos "vivos" les roben el dinero a cambio de engordarles los complejos. Total, amigo, el mundo es un caos; los problemas de la antesala son de risa.

Contreras se levantó pando de café y de asombro. Se fue cavilando en las extrañas preocupaciones de don Andrés, que almacenaba en su cuerpo tantas novedades.

—Me gustaría visitarla alguna vez —dijo el licenciado—. He comprado para usted un libro, *El peregrino del silencio*. Son poemas que sólo deben leerse en compañía.

Las pestañas de Mónica aletearon nerviosamente.

—Podemos leerlo aquí, en la antesala. Nos sobra tiempo.

—¿A quién teme, a usted o a mí?

—Es que en mi casa no recibo visitas.

—Razón de más.

—No sé, voy a pensarlo.

—Le advierto que estoy civilizado, no voy a devorarla.

—Quién sabe…

—Déjese de melindres. Usted es toda una mujer.

—No en la forma que usted supone.

—Eso no lo puede saber si no lo averigua.

—No sé de qué habla.

—Usted lo sabe perfectamente.

—Me molesta ese tema de conversación, licenciado.

—Esté bien. Duerma tranquila en sus ruinas

Otro día.

—Anoche la soñé íntegra.
—¿Sí?
—No dormí para soñarla toda entera.
—No me diga.
—¿Quiere que le cuente qué tan breve es su cintura?
—No, no me interesa.
—¿Ni cómo es la lechosa piel de sus muslos?
—He dicho que no.
—No sabe lo que se pierde.
—¿Qué pretende con esas tonterías?
—Pretendo demasiado. Entre otras cosas, ahogarla entre mis brazos.
—No le encuentro la gracia.
—¿Quiere que probemos?
—¿Para qué? Hay caminos que no correré jamás.
—Porque no quiere.
—Supongamos.
—Permítame conducirla; le prometo hacerla feliz.
—No lo necesito.
—Lo necesita como el oxígeno.
—Me alegro.

Y el sábado el licenciado dijo:
—Esta noche llamaré a su puerta; usted me estará esperando. Me tomará de la mano y me amparará en el rincón más amado. No proteste. La suerte está echada. Iré como un ladrón a saquearla. No se indigne, no diga nada. La prefiero cuando calla.

Marco Antonio Morales, casado desde hacía diez años y padre de cuatro niños, había tenido alguna aventura elegante, romances pasajeros sin importancia, pero ahora se había puesto a soñar.

Mónica, elegante, distinguida, sin familia, rica (él así lo creía), sobrepasaba el ideal de su vida. Las ideas religiosas de la muchacha y su recato aparente eran un acicate más. Había sondeado las inquietudes, los titubeos de la joven. La desilusión sufrida últimamente, que parecía haberla aplanado, la inclinaría a su favor. Únicamente necesitaba tacto. No alarmar su pudor y exaltar al rojo vivo la romántica fantasía de Mónica. Calculó sus posibilidades y los inmediatos tropiezos. Las pretensiones de don Andrés no hallarían sitio. Quedaba descartado. Era un ente ridículo por el que a veces hasta él sentía piedad. Pablo sí hubiera resultado un obstáculo, poseía exactamente lo que ella ambicionaba: cultura, posición y nombre,

porque él no se había caído de un nido ayer para creer verdadero el amor que decía profesaba a aquel don nadie, lépero y sin un cuarto y sin más cualidad que haberla desdeñado; aunque bien mirado, las mujeres eran los seres más absurdos. Con Pablo sí llevaría las de perder, pero aquí también la suerte estaba de su parte. Pablo jamás enamoraría a Mónica, aunque la muchacha le fuera agradable. Si bien hablaban el mismo idioma espiritual, habitaban distintos mundos. Y esto pesaba definitivamente. El planeta de Mónica era de silencio, de olvido. Su concepción del mundo, arraigado en un ayer soberbio, se enfrentaba a una desproporcionada realidad: su entereza. Era el último eslabón de un mundo desgajado y no tenía ni fuerza, ni dinero, ni juventud suficiente para sobreponerse. Recurría al aniquilamiento para castigar su debilidad. El encuentro con el amor había sido un asunto adverso. Vivió un deslumbramiento que hubiera sido sólo perdonable a los 18 años, un amor de adolescente que resultaba trágico a su edad. No tenía alientos para restañar las heridas. Con cauteloso masoquismo impedía que el olvido fraguara su costra y, deseosa de eternizar lo que imaginó vida, se convirtió en verdugo implacable de sí misma.

Marco Antonio Morales leía todo eso en cada acto de Mónica; no en balde había observado los trucos de que se valen los psiquiatras para descubrir el alma de sus víctimas.

En el planeta de Pablo todo era ruido y boato social. La madre proyectaba casarlo con un gran apellido y con varios millones, y esto sin contar el difícil temperamento del individuo.

Marco Antonio tenía pues el campo a su disposición. Sólo era asunto de paciencia. ¡Y vaya si le gustaba esa mujer! Sería su amor por el resto de la vida. Desde luego que si hubiera estado en sus manos se casaría con ella. ¡Qué maravilloso encontrarla siempre perfumada, rodeada de lujo, desfallecida de amor por él! Se acordó de su mujer y se llenó de ternura: ¡pobre!, tan fea, tan gorda, tan chocante, tan descuidada, tan malmodienta, tan sucia, tan… ¿qué sería de ella sin él?

Al pasar por La Madrileña le compró un kilo de queso y cuatro cajas de caramelos para los niños.

—Le aconsejo, Mónica, que no prodigue tan descabelladamente su amistad; se pone usted en un grave peligro. En la antesala ya no hablaban de otra cosa. Se hacen apuestas por don Andrés, por el barquero, por el gordo o por el licenciado; otros piensan que el ganador será Pablo. No es posible que tolere tamaña falta de respeto y que la tomen por una muñeca en subasta.

—Pero si no he hecho nada, madre.

—Usted no debe dar pábulo a las habladurías y desprestigiarse a lo tonto. A usted se le hace muy fácil intimar y decir cosas locas. Ya sé que lo hace por divertirse, pero los otros imaginan que usted es una joven ligera. Es la impresión que da.

—Ay, madre, lo que pasa es que no tienen de qué hablar y se entretienen mintiendo.

—Bonito entretenimiento.

—Les divierten los chismes y nada me importan. Para mí las gentes son bultos, no existen.

—Eso denota su absoluta falta de caridad. Olvida que son seres humanos a los que puede herir, dañar o procurar algún bien.

—¿Usted cree que no me entero de sus maniobras? Me doy cuenta de todo, pero no me preocupan lo más mínimo. Lo que suponen de mi persona me deja fría. Sólo tengo capacidad para sufrir por mí con todo el egoísmo de mi alma; no me quedan reservas para apenarme por los otros. En mi vida hay muchas cosas urgentes, más importantes que la pena que me absorbe, pero no tengo alientos más que para quemar mi fortaleza en esa causa perdida. ¿Qué quiere? ¿Usted supone que puedo ocuparme en medir la malicia de esos pobres diablos?

—Qué pena me causa, hija.

—Hay momentos en que el odio me sepulta, luego me lleno de optimismo y de nuevo vuelvo a amar lo que detesto. ¿Usted sabe el terror que causa ver al olvido con sus pantuflas de goma intentar filtrarse en el alma?

—¿Por qué no renuncia?

—Porque dejar de amar es una traición que el hombre comete contra sí mismo, es quedarse sin sed frente a un manantial después de haber cruzado el desierto. Si no se puede confiar en la propia fidelidad, ¿qué esperanza nos queda? Si la amistad y el amor se derrumban, resulta un fraude. Emociones frágiles, sin importancia ni eternidad. No puedo soportarlo. Si ningún sentimiento es duradero y no alcanza a subsistir ni durante los exiguos días del hombre, es imbécil dolerse.

Sor Teresa intentó hablar, Mónica lo impidió con un gesto.

—Esperar el milagro que no ocurrirá nunca. Acaso el placer es lo único que tiene sentido. ¿Pero cómo lograr librarse del cansancio y separarlo del espíritu? Ni el más envilecido lo logra, la prueba la tiene en esa turba de mundanos desquiciados que se privan de la vida, ahítos, fatigados… La lucha contra el bien es árida.

—Mónica, reflexione, usted no puede jugar con lumbre. No se engañe. A estos hombres les ha hecho concebir esperanzas, abrigar malos deseos.

—Que se revienten, madre. Para mí no son ningún peligro. Los

desprecio tanto.

—Temo por usted…

—Los pecados de la piel a lo mejor no son tan grandes. Tal vez sea peor la tristeza de no realizarlos. Conservar la integridad física no es ninguna virtud, es sólo una determinación.

—Una determinación que la libra del pecado.

—No, no participa del amor la pureza. Parte de algo menos noble. Engendra el rencor, el miedo, aviva el deseo, desboca la lujuria. Es una austeridad agresiva que convierte lo vital en un despojo y hunde el alma y el cuerpo en una indiferencia de bueyes. Claro está que usted no admitirá esto. Pero la abstinencia para sublimarse tiene que ser "elegida", de otra forma su categoría no es válida.

—Esto quiere decir que acepta la amistad indebida de algunos de ellos.

—¡Qué va, madre, ni esperanzas! Y no vaya a pensar que lo hago por honesta. Realmente no sé si lo soy, habría que estar en el caso. En este asunto juegan mucho las ocasiones; si son frecuentes, uno sucumbe. El noventa por ciento de las "insolutas" lo son gracias a encuentros con señores "respetables". Le echo de gallo a cualquiera de nuestros santos. No se asuste, ya sabe que yo soy loca. Pero trate de imaginar un san Luis Gonzaga, una santa Margarita, un san Gabriel de la Dolorosa teniendo que frecuentar el medio mundano actual: las bebidas, el cine, convivir en un ambiente de hombres y mujeres sin Dios y sin control. ¡No!, no me diga, madrecita, necesitarían un refuerzo extra del ángel de la guarda para alcanzar el trono celestial y no ponerse chinitos en una noche de luna, en Acapulco por ejemplo… Me va usted a decir que ellos no irían a ninguna de esas partes, pero entonces no sabrían lo que es vencer una ocasión…

Afortunadamente la madre Teresa se libró de escuchar semejantes desatinos con el ruido de los camiones que pasaron retumbando, y el misericordioso llanto de la sirena de la ambulancia.

Mónica rio al mirar la asombrada carita de la madre, que en verdad no entendería palabra, y dijo condescendiente:

—Mi querida y estimada madre Teresa, puede quedar tranquila, esos señores no tienen esperanzas. Cubrí mi cuerpo con una maya de espinas que me hace intocable. Cada poro de mi carne está escriturado al que amo y no me desea. Yo sé que lo sublime sería hacerlo por Dios, pero ya ve si soy miserable.

Mónica, envuelta en su peinador de encaje, se cepillaba desganadamente el cabello. En las mejillas y en las sienes había extendido gruesa capa de cosméticos. Acomodó los almohadones de la

cama y se dispuso a recostarse.

Un libro, una pastilla para dormir y la complicidad del silencio.

Por una segunda vez empezó el capítulo. En el primer intento no pudo concentrarse.

“He remontado el curso de los siglos y he aquí que del fondo de la bruma antigua viene hacia mí la criatura que vertió esa sangre” —leyó distraída.

“Hela aquí… Es como un murciélago gigante, un murciélago hembra que azota los árboles con dos alas velludas. Distingo la belleza mortal de su rostro que inspira amor, y la opulencia de su sombría cabellera entretejida de serpientes venenosas.”

Le dolía que la noche fuera hermosa. El bienestar de la sangre diluyéndose en las arterias resultaba una función tristemente idiota; era un vivir fugaz, inútil, que la embriagaba de desconsuelo. El tormento de los débiles es no saber decidirse. Es fugarse en el sueño, en un sueño de venganzas enervantes. Edificar en el odio la hora del desquite mientras las renuncias fermentan en el corazón su obra destructora.

Sólo en el sueño alcanzaría descanso. En el sueño la quietud es misteriosa; en su ámbito no penetran las palabras; su afinidad con la muerte se percibe claramente, se suscita en el silencio, emerge de la infancia. Aparece entonces en toda su plenitud la soledad; soledad que se agranda y huye del estruendo y nutriendo sus raíces de muerte se incorpora a la nada.

Para Mónica era el sabor de eternidad en que se diluye la amargura. Los sucesos cotidianos y el destino mismo eran sólo resonancia finísima de una conciencia que prevalecía en el subconsciente inasequible, poblado de oscuridad.

Pero no le bastaba hundirse en esa lejanía ilímite. Dormir es una tregua, un instante sometido a despertar en celo rabioso, comparable al estallido de una montaña, de nuevo con su inevitable lastre amoroso, hostil y transitorio que le haría anhelar un sueño sin mácula.

¿Qué hacer para no alimentar el hambre de compañía; esa sed agotante que nos lanza hacia el otro, un otro infaliblemente deformado por nuestra esperanza?

El olvido se aprende lentamente, sube peldaño por peldaño, avanza y se repliega, el menor reclamo lo amedrenta, retorna, se agazapa y amilana, luego, desangra su rencor en los recuerdos, pero se deja devorar por la añoranza, se conforma con imaginarse protegido por la soledad del otro y la nostalgia se acumula enajenándonos los sentidos.

El timbre de la puerta sonó primero una vez y luego intermitente. Oyó con claridad el chirrido de la verja. La cadena se balanceó sobre los hierros con un crujido familiar; unos dedos tamborilearon en el barrote que ella se sabía de memoria. Mónica saltó de la cama para

impedir que la sirvienta Juana abriera la puerta. Con una seña la detuvo en el pasillo. Juana se quedó de pie, con los pies desnudos, cayéndose de sueño; torpemente buscaba el encendedor de la luz.

—No enciendas, Juana, vete a dormir.

Juana, curiosa, espió por el portillo.

—Es un señor —anunció en voz baja.

—Acuéstate te digo, no abras; déjalo que llame.

Juana se alejó inquieta.

Mónica se sentó en el principio de la escalera, iluminada apenas por el brillo de la luna que caía en el tragaluz. El timbre sonó insistentemente. La mano descansaba unos momentos y luego volvía a la carga. En el silencio, el zumbido parecía traspasar toda la manzana. La mano se aferraba al botón con rabia. La insistente alarma intranquilizaría a los vecinos. Mónica, intrigada, hubiera deseado mirar el rostro del que llamaba, pero por la rendija no había visibilidad, y por la cerradura únicamente aparecía una mancha negra. Sigilosa, intentó desde el quicio de la ventana vislumbrar la figura, pero fue imposible. Quería cerciorarse de que fuera el licenciado. La sombra estaba allí. Ya no martirizaba la pequeña esfera, pero no se retiraba de la puerta. ¡Qué fácil le sería abrir! Imaginó la escena. Bastaba descender unos escalones y empujar la cerradura. Se refugiarían en el saloncito. Recordó que la botella de coñac estaba sobre la repisa. Podría ofrecerle una copa. Le gustaría saber qué le diría. Mónica se sobresaltó. El timbre tocaba desesperadamente. Hubo un descanso. La silueta estaba ahí. Se levantó el camisón a la altura de las rodillas. “A Morales le encantaría el color de su carne”, pensó. Se miró detenidamente las piernas, luego, ligera, se despojó del camisón y se puso de pie. “¿Qué tal si bajara y lo recibiera desnuda?” Se quedó petrificada con los muslos adheridos al pasamanos. La frente se le cubrió de sudor y las caderas se le pusieron tensas. Se apretó las manos contra el pecho para no temblar. Bajó como un reptil. En el último escalón permaneció paralizada. El tiempo que transcurrió allí no podría precisarlo, pero fue mucho después de la última llamada.

Se arrastró hasta la cama titiritando y cayó sobre las sábanas como un fardo. “No, nunca lo haría.” El reloj dio las dos. “Qué tonta. Podían haber conversado afectuosamente. Pero no, con él todo era truculento. Cuando se quitaba las gafas, sus ojos estaban hechos de relámpagos, destellos que eran un mandato. Cerca de él, había una imperiosa necesidad de ser devorada, de fundirse, de no ser nunca más.” De pronto se dio cuenta que mentía. Ella nunca lo había visto sin gafas, ni siquiera sabía bien a bien el color de sus ojos. ¿Y si hubiera sido el gordo? ¡Qué tontería! ¿Cómo iba a atreverse? No, la sombra era baja. ¿Sería don Andrés? ¡Qué horrible! Pablo no, Pablo nunca, a esas horas no. ¿Y el otro?… ¡Jamás! La sombra era larga; tal vez no, la sombra

era gruesa. Al gordo le hubiera exigido, como a un mozo, que le acariciara los pies. Eso nada más, como cuando era pequeña y le ordenó al jardinero que le hiciera cosquillas con un popote en la planta de los pies; allí lo tuvo por horas, sin misericordia. Era un hombre muy viejo. Ella le daba de patadas cuando pretendía descansar. "¡Eres mi esclavo!", le dijo furiosa cuando vio que sonreía. Se metió dentro de las cobijas, apagó la luz y calculó. "Mañana, mañana en la antesala, yo adivinaré el rostro del que tocó a mi puerta." Las cobijas se estremecieron al compás de sus sollozos.

La puerta blindada que daba a la antesala, la puerta de laca importada de Italia, con dibujo de hiedras y desvaídas flores pintadas a mano en tonos de arena, de cacao y de saliva, enmarcadas en una cenefa de oro con un complicado remate en las esquinas que a veces parecían serpientes y a veces ramas; la puerta de marfil por donde imaginó Mónica entraría siempre el señor ministro; la que jamás había sido abierta, según el decir de los más antiguos asistentes, y aun del propio conserje que aseguraba que las hojas estaban enmohecidas, ensambladas de tantos siglos bajo llave; el 7 de diciembre, a la una de la tarde, se abrió de súbito con la suavidad que la Bella Durmiente movería sus párpados. Y ante la expectante mirada de los pacientes apareció, sin explicación, la recia figura del secretario del ministro: don Rubén Camargo y de la Cerda. Era más que suficiente su imagen para sorprender al auditorio, pero su presencia rebasó el asombro cuando lo vieron lucir el chaleco obsequiado al señor ministro.

A los que tomaron parte en el proyecto un estremecimiento los asoció. Las señoritas Sámano sufrieron accesos de tos que las orilló a la epilepsia. Anonado, el conserje casi se quedó ciego. Mónica se alegró de que sor Imelda no estuviera ya en el mundo, le hubiera dolido ver su pesadumbre. Laura resollaba furiosamente y maldecía su inocencia y el poco tino de cada uno: "¡Un chaleco excepcional, digno de un zar, que no mereció siquiera las gracias…!"

Contreras se tragó íntegro el pañuelo para no soltar el clamor de su risa. Desde siempre supo que eso no resultaría, pero en el fondo de su corazón deseaba equivocarse. El fracaso de los otros irremisiblemente lo alteraba. Suponía que su contingente en alguna forma atraía el mal. Hubiera podido decirles: "¡Señores, no soliciten mi compañía; mi sombra es mal presagio, soy un drenaje de desventura, las cosas que yo toco se malogran… Exclusivamente conozco la derrota, el reposo de la lengua sellada por miedo, la espera de la noche para excavar un sueño y el regusto maligno de quedar en secreto!"

Pablo y el licenciado Morales parecían de granito.

La puerta volvió de nuevo a cerrarse. Después de varios minutos, la decepción sustituyó al asombro.

El mayor fue el único en hablar:

—¡Qué confusión más deplorable! Lo que ha sucedido es realmente incomprensible.

En la sala nadie pareció escucharlo. Transcurrió media hora. Al fin un rumor se alzó entre las mujeres. La única frase inteligible fue cuando un desconocido dijo que la sisa era perfecta.

Se fueron calmando. El vocerío amainó como disminuye el ruido de la lluvia. Cesaron de hablar. Vacíos, menguados, se reclinaron en sus asientos. Al gordo se le secó la risa en el cuerpo. Su mirada estaba llena de lucecitas de condolencia.

Mónica pensó que todo era un sueño, que la puerta inviolable no había sido abierta. Imaginó la boca burlona de Pablo y no se atrevió a mirarlo.

Compungido y con el rostro marcado de cansancio, sin atisbos de esperanza, el licenciado Morales parecía tener vergüenza. Don Chepe colgaba del asiento como un desquebrajado espantapájaros. Laura y Concha guardaban su desencanto en un altivo silencio que hizo más helado el abismo entre unos y otros.

Fue como si cada quien retomara de nuevo sus desdichas. Fue como si el fracaso les arrojara al rostro su impotencia, su incapacidad de luchar contra un poder invariablemente adverso, contra un mundo donde la comunicación es una meta ilusoria y la soledad un monstruo implacable, una irremisible y aciaga condición del hombre que no afronta su infinito aprendizaje de muerte.

Mónica tuvo la sensación de haber sido descubierta en lo más íntimo de su conciencia; supo que ya no existía pretexto que pudiera hacer creer al grupo que ella tenía algún motivo para asistir a la antesala; permanecía allí, huyendo de sí misma. Inútil, extraña, se sintió inmersa, de improviso, en la intimidad de unos seres que flotaban sin saber con precisión lo que alcanzarían de personajes sin raigambre en continua discordancia espiritual refugiados en la improbable existencia de un ministro.

La expectación permanente en que transcurrían las horas en la antesala habían acabado por inmunizar su mente. Se sentía incapacitada para acicatear su fantasía. No había más que una realidad negativa y terrible.

El desamparo de los otros le hizo recordar el terror que le produjo pasar un año nuevo en la ciudad de Los Ángeles. Una multitud esperaba las doce en la calle Broadway, sitio de reunión en esa noche de huérfanos, de nómadas y de solitarios. Gritos, cantos, silbatos, espantasuegras formaban el sollozo desgarrador de aquellos desventurados sin hogar y sin lumbre. Aullando, se apiñaban

temblorosos. Había viejos que lloraban tras de sus máscaras, mujeres que hablaban amorosas con invisibles amigos, muchachas que imaginaban el milagro de una estrella, niños que miraban la caravana de Santa Claus entre las nubes. En un espejismo de alegría, hipnotizados por el ulular de los jóvenes, a las doce, el gentío se abrazó al compañero más próximo parodiando las escenas familiares. Mónica sintió el horrible frío de esos desconocidos más solos que nunca. Al acercar sus mejillas de hielo unos a los otros juntaban su desolación y su ignominia, pero ninguno podía engañarse. Replegados en sí mismos, su nostalgia colectiva era monstruosa.

Mónica supo que esperar el olvido en la antesala resultaba tan infecundo como esperar la muerte en su propia casa.

A la postre, las dos cosas llegarían.

¡El olvido tiene tantos caminos!; caminos sin respuesta que llevan a la nada, caminos donde el tiempo es una sal terrible. Y no habrá reposo para el que olvida, porque la propia sangre repetirá su grito. Callar mil veces, quedar en silencio como las montañas y guardarse los ojos para no mirar el rostro del odio asomado a los espejos; ahogar la palabra que la boca vuelve centella de la venganza y aceptar lo inmutable.

No permanecer más anclada en su memoria, encadenada a la sed de recordar que no se colma.

Mónica reconstruye rostros y sonrisas, el calor de las tardes, las palabras y un ciego dolor revive sobre el amargo cauce de su nombre.

Cuando Mónica se puso de pie, sus piernas parecían de plomo. Se deslizó tímidamente hasta la puerta. Se detuvo en el quicio unos segundos queriendo dar la impresión de que trataba de dar unos pasos para calentarse. Sus ojos se fijaron en el calendario: “Jueves 21. Santos Paulino de Nola, obispo, e Inocencio V, papa, diez mil mártires crucificados con su jefe. Acaeció en el Monte Ararat y los mil cuatrocientos ochenta sacrificados en Samoria…”

En el rostro de todos vio la seguridad de que su ausencia era definitiva. Las tejedoras se empeñaron en no levantar la vista, clavada en la alfom-bra. Las pupilas de Pablo la miraron como a un enemigo. La barba del conserje temblaba ligeramente. El gordo parecía un muerto. El licenciado, con el cuerpo incrustado contra la pared, formaba parte del muro. En los demás era evidente la angustia. Ella se balanceó sin fuerzas. Se dirigió a la escalera con lentitud desesperante. En el primer descanso se detuvo. Tenía necesidad de pedir perdón al conserje, reclamar a Pablo su dureza, preguntar a las tejedoras por Lina y asegurarle al licenciado que lo esperaría esa noche, pero tuvo miedo de echarse a llorar y se alejó sin esperanza.

BIBLIOGRAFÍA

Plaquettes

Las ratas y otros cuentos, bajo el signo de *Ábside*, Talleres de la Editorial Jus, México, 20 de agosto de 1954, 15 pp.

Colección artesanal para la VII Feria Mexicana del Libro, 20 de noviembre-10 de diciembre de 1956.

"Las ratas", "El Correo", "El moribundo", "Digo yo como vaca", "Diplodocus sapiens", "Historia de Mariquita", "Caso clínico", "La tía Carlota", "Prueba de inteligencia", "Zapatos para toda la vida" (inédito), "La araña" (inédito), "Cena de Navidad" (inédito).

Libros de cuentos

Tiene la noche un árbol, 1ª ed., FCE, México, 1958 (Letras Mexicanas, núm. 41).

Tiene la noche un árbol, 2ª ed., FCE, México, 1968 (Colección Popular, núm. 91).

No moriré del todo, Joaquín Mortiz, México, 1976 (Serie del Volador).

Tiene la noche un árbol, 1ª ed., FCE/SEP, México, 1985 (Lecturas Mexicanas, núm. 82).

Antes del silencio, FCE, México, 1991 (Letras Mexicanas).

Semblanzas

Imaginaciones, Jus, México, 1977.

Libros colectivos

VV. AA., *Confrontaciones. Los narradores ante el público,* segunda serie, INBA/Joaquín Mortiz, México, 1967, pp. 57-65.

VV. AA., *Pasos en la escalera, La extraña visita, Girándula,* aval de Agustín Yáñez, dibujos originales de Elvira Gascón, Porrúa, México, 1973.

Libretos

"Compresencias", autor, intérprete, público con Guadalupe

Dueñas. Selecciones y fragmentos de su obra literaria: *No moriré del todo, Tiene la noche un árbol,* Dirección de Difusión Cultural/ ITESM, Monterrey, ciclo 1980-1981, 24 de marzo de 1980, 84 pp.

Guadalupe Dueñas ¡está de moda…! Ficciones, invenciones, colaboraciones, versiones, testimonio de Vicente Leñero, prólogo de Gerardo de la Cruz, Conaculta/INBA, México. Edición electrónica disponible en <https://issuu.com/bellasartes.gob.mx/docs/guadalupeduenas_estademoda> (consultado el 22 de junio de 2016).

Textos en otros libros

"RLV", *Calendario de Ramón López Velarde,* t. II, SEP, México, 1971, p. 460.

"Testimonio de Guadalupe Dueñas", en Beatriz Espejo, *Julio Torri, voyerista desencantado,* Centro de Estudios Literarios-IIF-UNAM, México, 1986, pp. 103-105.

"Nota de Guadalupe Dueñas", en Luz María Díaz Dueñas (*Z Mar*), *Ocurrió en un… pensamiento,* portada, contraportada, textos y láminas interiores de Luz María Díaz Dueñas, edición de la autora, México, 1995, p. 17.

"RLV", en José Luis Martínez (coord.), *Ramón López Velarde. Obra poética. Edición crítica,* liminar de Gabriel Zaid, introducción de José Luis Martínez, Galaxia Gutenberg, Círculo de Lectores, Allca XX, España, 1999, pp. 757-758.

"Novela (?) *Memoria de una espera*" (fragmento), en Maricruz Castro Ricalde y Laura López Morales (eds.), *Guadalupe Dueñas. Después del silencio,* Tecnológico de Monterrey/Universidad Iberoamericana/UNAM/Conaculta, México, 2010, pp. 253-259.

Cuentos en algunas antologías

"Las ratas", *Anuario del cuento mexicano 1954.* Los anuarios del INBA de Miguel Álvarez Acosta, director del INBA; advertencia de Andrés Henestrosa, jefe del Departamento de Literatura; cuidó la edición Andrés Henestrosa, Departamento de Literatura-INBA, México, 1955, pp. 157-160.

"Historia de Mariquita", *Cuentistas mexicanos modernos,* 2 vols., prólogo de Emmanuel Carballo, Libro-Mex Editores, México, 1956, tomo I, pp. 67-71 (Biblioteca Mínima Mexicana, vol. 26).

"Historia de Mariquita", *Anuario del cuento mexicano 1955*, advertencia de Andrés Henestrosa, jefe del Departamento de Literatura; cuidó la edición Andrés Henestrosa, Departamento

de Literatura-INBA, México, 1956, pp. 131-135.

"Carta a un aprendiz de cuentos", *Anuario del cuento mexicano 1959*, noticia de Antonio Acevedo Escobedo, jefe del Departamento de Literatura; estuvo al cuidado de Ramón Puyol y Antonio Acevedo Escobedo, Departamento de Literatura-INBA, México, 1960, pp. 91-94.

"No moriré del todo", *Anuario del cuento mexicano 1960*, prólogo de Luis Leal; estuvo al cuidado de Ramón Puyol y Antonio Acevedo Escobedo, Departamento de Literatura-INBA, México, 1961, pp. 89-92.

"Al roce de la sombra", *Narraciones terroríficas. Antología de cuentos de misterio,* primera selección de Ana María Perales, prólogo de J. A. LL., Ediciones Acervo, Barcelona, 1961, pp. 451-463.

"El ruiseñor y la rosa", *Anuario del cuento mexicano 1961*, nota preliminar de Antonio Acevedo Escobedo, jefe del Departamento de Literatura; estuvo al cuidado de Ramón Puyol y Antonio Acevedo Escobedo, Departamento de Literatura-INBA, México, 1962, pp. 94-96.

"Judit", *Anuario del cuento mexicano 1962*, nota preliminar de Antonio Acevedo Escobedo, jefe del Departamento de Literatura; estuvo al cuidado de Ramón Puyol y Antonio Acevedo Escobedo, Departamento de Literatura-INBA, México, 1963, pp. 130-134.

"Historia de Mariquita", *Antología contemporánea del cuento mexicano*, introducción, selección y notas de Enrique Congrains Martín, Instituto Latinoamericano de Vinculación Cultural, México, 1963, pp. 133-136.

"Al roce de la sombra", *El cuento mexicano del siglo XX*, prólogo, cronología, selección y bibliografía de Emmanuel Carballo, Empresas Editoriales, México, 1964, pp. 525-534.

"El ruiseñor y la rosa", *Panorámica del cuento mexicano. Antología*, selección y notas de Víctor Manuel Barceló R., Instituto Colombiano de Cultura, Bogotá, 1974, pp. 91-95.

"Pasos en la escalera", *El cuento erótico en México*, recopilación y prólogo de Enrique Jaramillo Levi, Diana, México, 1975, pp. 53-55.

"Teresita del Niño Jesús" y "La señorita Aury", *14 mujeres escriben cuentos,* selección y presentación de Elsa de Llarena, Federación Editorial Mexicana, México, 1975, pp. 115-123.

"La tía Carlota" y "La extraña visita", *Cuentistas mexicanas. Siglo XX*, antología, introducción y notas de Aurora M. Ocampo, UNAM, México, 1976, pp. 99-105.

"La tía Carlota" y "No moriré del todo", *Antología de cuentos mexicanos,* 3 vols., presentación de María del Carmen Millán,

SEP, México, 1976, vol. 2, pp. 121-131.
"Historia de Mariquita", *Los mejores cuentos mexicanos*, justificación de Gustavo Sainz, Océano, Barcelona, 1982, pp. 163-166.
"Águeda", *Del aula y sus muros. Cuentos*, antología y prólogo de Alicia Molina A., SEP/Ediciones El Caballito, México, 1985, pp. 39-45.
"Historia de Mariquita", *Antología del cuento jalisciense*, presentación de Gabriel Covarrubias Ibarra, presidente municipal; prólogo y compilación de Ernesto Flores Flores, Ayuntamiento de Guadalajara, Guadalajara, 1991, tomo II, pp. 359-362 (Colección Guadalajara 450 Años).
"Enemistad", *Cuento mexicano moderno*, selección de Russell M. Cluff, Alfredo Pavón, Luis Arturo Ramos, Guillermo Samperio, prólogo de Alfredo Pavón, UNAM/UV/Aldus, México, 2000, pp. 191-199.
"Al roce de la sombra", *Atrapadas en la casa. Cuentos de escritoras mexicanas del siglo XX,* presentación de Ethel Krauze, prólogo de Beatriz Espejo (comps.), Selector, México, 2001, pp. 73-88.
"Al roce de la sombra", *Paisajes del limbo*, una antología de la narrativa mexicana del siglo XX, selección y notas de Mario González Suárez, Tusquets, México, 2001, pp. 159-169.
"Conversación de Navidad", *Mujeres engañadas*, una antología de cuentos reunida por Beatriz Espejo y Ethel Krauze, prólogo de Ethel Krauze, introducción de Beatriz Espejo, Alfaguara, México, 2004, pp. 53-56.
"Al roce de la sombra", *El hilo del Minotauro. Cuentistas mexicanos inclasificables,* selección y prólogo de Alejandro Toledo, FCE, México, 2008, pp. 70-81.
"Diplodocus sapiens", "Historia de Mariquita", "Las ratas", "Carta a una aprendiz de cuentos", "La dama gorda", "Sor Juana Inés", "Ramón López Velarde", "La fuga", "Antes del silencio", en Patricia Rosas Lopátegui, *Óyeme con los ojos. De sor Juana al siglo XXI. 21 escritoras mexicanas revolucionarias,* prólogo de Élmer Mendoza, UANL, Monterrey, 2010, vol. 1, pp. 176-191.
"El último coctel", *Cuentos sobre la mesa*, edición y entrada de Sara Poot Herrera, UNAM, México, 2010, pp. 143-146.
"La tía Carlota", *La tierra pródiga. Siete narradores jaliscienses,* prólogo y selección de Luis Felipe Lomelí, INBA/Conaculta, México, 2011, pp. 62-67.

HEMEROGRAFÍA

Cuento

"Las ratas y otros cuentos" ("Las ratas", "El Correo", "Los piojos", "Mi chimpancé"), *Ábside. Revista de Cultura Mexicana,* XVIII-3, julio-septiembre de 1954, pp. 337-349.

"Las momias", *México en la Cultura,* suplemento de *Novedades,* núm. 249, 7 de noviembre de 1954, p. 3.

"Tres cuentos" ("El moribundo", "Digo yo como vaca", "Diplodocus sapiens"), *Ábside. Revista de Cultura Mexicana,* XIX-1, enero-marzo de 1955, pp. 64-75.

"Historia de Mariquita", *Universidad de México,* vol. IX, núm. 8, abril de 1955, pp. 6 y 10.

"Caso clínico", *Ábside. Revista de Cultura Mexicana,* XIX-3, julio-septiembre de 1955, pp. 384-386.

"Caso clínico", *Poesía de América,* año III, núm. 6, julio-agosto-septiembre de 1955, pp. 28-30.

"Diplodocus sapiens", *La Nación,* núm. 727, septiembre de 1955.

"La tía Carlota", *México en la Cultura,* suplemento de *Novedades,* núm. 340, 25 de septiembre de 1955, p. 3.

"Prueba de inteligencia", *Metáfora. Revista Literaria,* núm. 4, septiembre-octubre de 1955, pp. 33-35.

"La hora desteñida", *Ábside. Revista de Cultura Mexicana,* XX-2, abril-junio de 1956, pp. 199-202.

"Juicio final", *Revista Mexicana de Literatura,* núms. 9-10, enero-abril de 1957, pp. 3-6.

"Los piojos" (última versión), "La araña", *América,* núm. 71, SEP, abril de 1957, pp. 82-84.

"Los piojos", *Semanario,* suplemento de *El Nacional,* núm. 525, 21 de abril de 1957, p. 5.

"El Correo", *Metáfora. Revista Literaria,* núm. 14, mayo-junio de 1957, pp. 27-29.

"El moribundo", *Estaciones*. *Revista Literaria de México,* año II, núm. 6, verano de 1957, pp. 171-174.

"Zapatos para toda la vida", *Universidad de México,* vol. XII, núm. 3, noviembre de 1957, pp. 6 y 7.

"Guía en la muerte", *Ábside. Revista de Cultura Mexicana,* XXI-4, octubre-diciembre de 1957, pp. 447-451.

"El sapo", *La Palabra y el Hombre,* núm. 5, enero-marzo de 1958, pp. 67-68.

"Judit", *México en la Cultura,* suplemento de *Novedades,* núm. 494, 31 de agosto de 1958, p. 3.

"El moribundo", *La Gaceta del FCE*, año V, núm. 49, septiembre de 1958, p. 3.

"Zapatos para toda la vida", *Crinolina*, núm. 9, septiembre de

1958, p. 97.
"Tiene la noche un árbol", *Cruz Roja Mexicana. Revista Cultural,* año III, vol. 2, núm. 19, octubre de 1959, p. 18.
"La araña", *Revista Cruz Roja Mexicana. Revista Cultural,* año III, vol. 2, núm. 20, noviembre de 1959, p. 18.
"Zapatos para toda la vida", *Cruz Roja Mexicana. Revista Cultural,* año VI, vol. 2, núm. 22, enero de 1960, p. 21.
"No moriré del todo", *Cruz Roja Mexicana. Revista Cultural,* año IV, vol. 2, núm. 25, abril de 1960, pp. 22-23.
"Topos uranus", *Cruz Roja Mexicana. Revista Cultural,* año IV, vol. 2, núm. 27, junio de 1960, p. 26.
"Antesala", *México en la Cultura,* suplemento de *Novedades,* núm. 589, 26 de junio de 1960, p. 6.
"Carta a un aprendiz de cuentos", *Ábside. Revista de Cultura Mexicana*, XXIV-3, julio-septiembre de 1960, pp. 321-327.
"Cuento de indios", *Cuadernos de Bellas Artes*, año II, núm. 1, enero de 1961, p. 11-16.
"No moriré del todo", *Ábside. Revista de Cultura Mexicana*, XXV-1, enero-marzo de 1961, pp. 57-61.
"Los cuentos de Guadalupe Dueñas: 'La tía Carlota', 'Las ratas', 'Historia de Mariquita', 'La araña', 'Los piojos', 'El moribundo', 'El sapo', 'Caso clínico', 'La hora desteñida', 'Digo yo como vaca' (*Tiene la noche un árbol*, 1958), *Nivel. Gaceta de Cultura*, núm. 27, 25 de marzo de 1961, pp. 1-6.
"Carta a un aprendiz de cuentos", *Cruz Roja Mexicana. Revista Cultural*, año V, vol. 3, núm. 37, abril de 1961, pp. 27-28.
"El ruiseñor y la rosa", *La Palabra y el Hombre,* núm. 18, abril-junio de 1961, pp. 293-295.
"Roce social", *México en la Cultura*, suplemento de *Novedades,* núm. 634, 7 de mayo de 1961, p. 2.
"Historia de Mariquita", en "Los 25 mejores cuentos mexicanos", selección y notas de Gustavo Sainz*, México en la Cultura,* suplemento de *Novedades,* núm. 695, domingo 8 de julio de 1962, p. 8.
"Águeda", *Ínsula. Revista Bibliográfica de Ciencias y Letras,* año XVII, núms. 188-189, julio-agosto de 1962, pp. 24-25.
"Águeda", *Ovaciones,* 14 de octubre de 1962, pp. 3 y 7.
"Yo vendí mi nombre", *Revista de Bellas Artes,* núm. 31, enero-febrero de 1970, pp. 25-27.
"Cuento de indios", *La Palabra y el Hombre,* núm. 4, octubre-diciembre de 1972, pp. 50-56.
"El último coctel", *Ábside. Revista de Cultura Mexicana,* XXXVII-3, julio-septiembre de 1973, pp. 354-357.
"La buena vecindad", *Siete*, núm. 43, 27 de octubre de 1974, pp.

24-26.

"No moriré del todo", "Águeda", "Divagaciones sobre el paisaje", "Yo vendí mi nombre", *La Vida Literaria,* órgano de la Asociación de Escritores de México (AEM), núm. 19, marzo-abril de 1976, pp. 10-16.

"Historia de Mariquita", en "Guadalupe Dueñas", selección de Octavio Novaro, *El Día*, *Perfiles de México,* núm. 429, 2 de febrero de 1980, p. principal.

"Conversación de Navidad", en "La Navidad en la prosa mexicana", prólogo y selección de Vicente Francisco Torres, *El Gallo Ilustrado,* suplemento de *El Día,* núm. 1070, 26 de diciembre de 1982, p. 15.

"Feliz año", en "El cuento corto mexicano", selección y nota previa de Tomás Espinosa, *El Gallo Ilustrado,* suplemento de *El Día,* núm. 1086, 17 de abril de 1983, p. 8.

"Guía en la muerte", *La Brújula*, núm. 17, enero de 1984.

"Historia de Mariquita", en Patricia Rosas Lopátegui, "Guadalupe Dueñas en el centenario de su nacimiento", *Casa del Tiempo*, vol. III, época IV, núm. 37, noviembre de 2010, pp. 44-45.

Semblanzas (Imaginaciones)

"3 mujeres que han sabido entrar con suavidad al mundo cerrado de la literatura mexicana: María Lombardo de Caso, Guadalupe Dueñas y Emma Dolujanoff. (Guadalupe Dueñas: 'Las vidas imaginarias de Reyes, Torri y Rosario')", *México en la Cultura,* suplemento de *Novedades,* núm. 541, 26 de julio de 1959, pp. 1-5.

"Vidas imaginarias. 'Pita Amor, José Vasconcelos, don Artemio'", *México en la Cultura,* suplemento de *Novedades,* núm. 551, 11 de octubre de 1959, pp. 3 y 7.

"Imaginaciones de Guadalupe Dueñas: Agustín Yáñez, Octavio Barreda, Juan Rulfo", *México en la Cultura,* suplemento de *Novedades,* 7 de agosto de 1960, p. 3.

"Griselda Álvarez", *Nivel. Gaceta de Cultura,* núm. 3, mayo de 1963, p. 2.

"Imaginaciones de Guadalupe Dueñas: 'Horacio Quiroga, Julio Torri, José Vasconcelos, Jorge Luis Borges, Efrén Hernández, Alfonso Méndez Plancarte, Katherine Mansfield'", *Diorama de la Cultura,* suplemento de *Excélsior,* 10 de octubre de 1976, pp. 8-9.

"Mujeres de México. 'Emma Godoy'", *Nivel. Gaceta de Cultura,* núm. 231, marzo de 1982, p. 5.

"Mujeres de América. 'Gabriela Mistral'", *Nivel. Gaceta de Cultura,*

núm. 232, 30 de abril de 1982, p. 6.
"Rubén Bonifaz Nuño", *Nivel. Gaceta de Cultura,* núm. 240, 31 de diciembre de 1982, p. 11.
"Griselda Álvarez", *El Centavo*, núm. 138, enero-febrero de 1989, p. 25.

Reseña

"Coincidencias en la angustia. A propósito del libro *La casa donde termina el mundo", Nivel. Gaceta de Cultura,* núm. 23, 25 de noviembre de 1960, p. 1A.
"A propósito de Luis Cernuda", *Nivel. Gaceta de Cultura,* núm. 27, 25 de marzo de 1961, p. 6.
"Justine", *Revista de Bellas Artes*, núm. 32, marzo-abril de 1970, pp. 91-92.
"Más allá del Sol*", Revista de Bellas Artes*, núm. 32, marzo-abril de 1970, pp. 92-93.
"Germán Pardo García", *Poesía*, núm. 1, enero-marzo de 1979, p. 8.

Biografía

"Las grandes amantes de la realidad y la ficción. Mesalina", sección a cargo de Guadalupe Dueñas, *Kena*, año 1, núm. 1, 15 de marzo de 1963, pp. 68-69.
"Ellas en la historia. Salomé", sección a cargo de Guadalupe Dueñas, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 12, 15 de enero de 1964, pp. 74-75.
"Ellas en la historia. Mata Hari", escribe Guadalupe Dueñas, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 13, 30 de enero de 1964, pp. 80-81.
"Los grandes personajes de la humanidad. León Tolstoi", sección a cargo de Guadalupe Dueñas, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 15, 29 de febrero de 1964, pp. 74-75.
"Los grandes personajes de la humanidad. Sor Juana Inés de la Cruz", por Guadalupe Dueñas, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 22, 15 de junio de 1964, pp. 76-77.
"Los grandes personajes de la humanidad. Federico García Lorca", sección a cargo de Guadalupe Dueñas, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 23, 1º de julio de 1964, pp. 78-79.
"Los grandes personajes de la humanidad. Simón Bolívar", sección a cargo de Guadalupe Dueñas, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 25, 1º de agosto de 1964, pp. 74-75.
"Los grandes personajes de la humanidad. Santa Rosa de Lima",

sección a cargo de Guadalupe Dueñas, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 26, 15 de agosto de 1964, pp. 74-75.

"Los grandes personajes de la humanidad. Madame Curie", sección a cargo de Guadalupe Dueñas, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 27, 1º de septiembre de 1964, pp. 78-79.

"Los grandes personajes de la humanidad. Pablo Picasso", sección a cargo de Guadalupe Dueñas, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 28, 15 de septiembre de 1964, pp. 80-81.

"Los grandes personajes de la humanidad. Giuseppe Verdi", sección de Guadalupe Dueñas, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 29, 1º de octubre de 1964, pp. 80-81.

Biografía
Textos atribuidos a Guadalupe Dueñas

"Las grandes amantes de la realidad y la ficción. Lucrecia Borgia", *Kena*, año 1, núm. 2, 20 de abril de 1963, pp. 66-67.

"Las grandes amantes de la realidad y la ficción. Madame du Barry", *Kena*, año 1, núm. 3, 30 de junio de 1963, pp. 64-65.

"Las grandes amantes de la realidad y la ficción. Lola Montes", *Kena*, año 1, núm. 4, 30 de julio de 1963, pp. 80-81.

"Las grandes amantes de la realidad y la ficción. Catalina de Rusia", *Kena,* año 1, núm. 5, 30 de agosto de 1963, pp. 70-71.

"Las grandes amantes de la realidad y la ficción. Ninon de Lenclos", *Kena,* año 1, núm. 6, 15 de septiembre de 1963, pp. 72-73.

"Las grandes amantes de la realidad y la ficción. Ana Bolena", *Kena,* año 1, núm. 7, 15 de octubre de 1963, pp. 74-75.

"Las grandes amantes de la realidad y la ficción. Lady Hamilton", *Kena,* año 1, núm. 8, 1º de noviembre de 1963, pp. 70-71.

"Las grandes amantes de la realidad y la ficción. Sarah Bernhardt", *Kena,* año 1, núm. 9, 25 de noviembre de 1963, pp. 68-69.

"Las grandes amantes de la realidad y la ficción. La emperatriz Josefina", *Kena,* edición internacional, año 1, núm. 11, 30 de diciembre de 1963, pp. 78-79.

"Ellas en la historia. María Walewska", *Kena,* edición internacional, año 2, núm. 14, 15 de febrero de 1964, pp. 72-73.

"Los grandes personajes de la humanidad. Abraham Lincoln", *Kena,* edición internacional, año 2, núm. 18, 15 de abril de 1964, pp. 70-71.

Nota y selección poética

"Sección poética. Paul Géraldy", sección a cargo de Guadalupe Dueñas, *Kena,* año 1, núm. 1, 15 de marzo de 1963, p. 90.

"Sección poética. Vicente Aleixandre", sección a cargo de Guadalupe Dueñas, *Kena,* año 1, núm. 2, 20 de abril de 1963, p. 90.

"Sección poética. Concha Urquiza", sección a cargo de Guadalupe Dueñas*, Kena,* año 1, núm. 3, 30 de junio de 1963, p. 90.

"Sección poética. Ramón López Velarde", sección a cargo de Guadalupe Dueñas, *Kena,* año 1, núm. 4, 30 de julio 1963, p. 98.

"Sección poética. Enrique González Martínez", sección a cargo de Guadalupe Dueñas, *Kena,* año 1, núm. 5, 30 de agosto de 1963, p. 98.

"Sección poética. Gustavo Adolfo Bécquer", sección a cargo de Guadalupe Dueñas*, Kena,* año 1, núm. 6, 15 de septiembre de 1963, p. 98.

"Poesía. Emily Dickinson", sección a cargo de Guadalupe Dueñas, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 14, 15 de febrero de 1964, p. 77

"Octavio Paz", selección poética a cargo de Guadalupe Dueñas, *Kena*, edición internacional, año 2, núm. 15, 29 de febrero de 1964, p. 98

"Poesía. Carlos Pellicer", por Guadalupe Dueñas, *Kena,* edición internacional, año 2, núm. 22, 15 de junio de 1964, p. 80.

Nota y selección poética atribuidas a Guadalupe Dueñas

"Es poesía. José Gorostiza", *Kena,* edición internacional, año 2, núm. 16, 15 de marzo de 1964, p. 98.

"Poesía. Salvador Novo", *Kena,* edición internacional, año 2, núm. 23, 1º de julio de 1964, p. 82.

Selección de cuentos

"La Sunamita" de Inés Arredondo, selección de Guadalupe Dueñas, *Kena*, edición internacional, núm. 63, 1º de marzo de 1966, pp. 74-77.

"El primer beso" de Trindade Coelho, selección de Guadalupe Dueñas, *Kena*, edición internacional, núm. 64, 15 de marzo de 1966, pp. 111-112.

"El mensajero del amor" de Ahmed Nury, selección de Guadalupe Dueñas, *Kena*, edición internacional, núm. 69, 1º de junio de 1966, pp. 96-97.

"La hora del té" de Saki, selección de Guadalupe Dueñas, *Kena,*

edición internacional, núm. 70, 15 de junio de 1966, pp. 96-97.

"Receta para un asesinato", sin autor, selección de Guadalupe Dueñas, *Kena,* edición internacional, núm. 71, 1º de julio de 1966, pp. 94-95.

"Cómo se reconquista un marido" de Rudyard Kipling, selección de Guadalupe Dueñas, *Kena,* edición internacional, núm. 76, 15 de septiembre de 1966, pp. 116-117

"Un paseo caro" de Averchenko, selección de Guadalupe Dueñas, *Kena,* edición internacional, núm. 95, 1º de julio de 1967, pp. 111-113.

Autobiografía

"Autopresentación", *Ábside. Revista de Cultura Mexicana,* XXX-3, julio-septiembre de 1966, pp. 357-365.

Homenaje

"La locura de Emma", *Ábside. Revista de Cultura Mexicana,* XXXVIII-1, enero-marzo de 1974, pp. 36-38.

Novela

"Novela (?). *Memoria de una espera*" (fragmento), *Casa del Tiempo,* vol. I, núm. 11, julio de 1981, pp. XXXVI-XXXVIII.

ÍNDICE

Sumario
Agradecimientos
Introducción. Guadalupe Dueñas, una fantasiosa que escribía cuentos basados en la realidad, BEATRIZ ESPEJO

PRIMERA PARTE
Obra publicada

Prólogo. *Al roce seductivo de Guadalupe Dueñas: con sus libros para toda la vida*, PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI

I. LIBROS
Tiene la noche un árbol
La tía Carlota
Prueba de inteligencia
Tiene la noche un árbol
Historia de Mariquita
El sapo
El Correo
El moribundo
La araña
Al roce de la sombra
Al revés
La hora desteñida
Zapatos para toda la vida
Los piojos
Conversación de Navidad
Mi chimpancé
Guía en la muerte
La timidez de Armando
Digo yo como vaca
Y se abrirá el Libro de la Vida
Canina fábula
Topos uranus
Las ratas
Una carta para Absalón
Judit

Caso clínico
No moriré del todo
Yo vendí mi nombre
Carta a una aprendiz de cuentos
Extraña visita
Teresita del Niño Jesús
Roce social
Sueño soñado
Pasos en la escalera
Ensayo sobre el agradecimiento
Girándula
Cuento de indios
El último coctel
Los barcos
La dama gorda
Barrio chino
Divagaciones sobre el paisaje
El ruiseñor y la rosa
Águeda
La ira de Dios
La cita
La señorita Aury
La buena vecindad
Carta de Micaela
Feliz año
No moriré del todo
Imaginaciones
José Vasconcelos
Katherine Mansfield
Julio Torri
Horacio Quiroga
Jorge Luis Borges
Rosario Castellanos
Juan Rulfo
Octavio Paz
Cordelia Urueta
Juan José Arreola
Alfonso Méndez Plancarte
Pita Amor
Agustín Yáñez
José Luis Martínez
Elena Poniatowska
Ramón López Velarde
Octaviano Valdés

Griselda Álvarez
Fernando Benítez
Carlos Fuentes
Sor Juana Inés
Rubén Bonifaz Nuño
Efrén Hernández
Emma Godoy
Manuel Ponce
Octavio Barreda
Gabriela Mistral
Joaquín Antonio Peñalosa
Artemio de Valle-Arizpe
Margarita López Portillo
Alfonso Reyes
Justine de Alejandría
Fausto Vega
Antes del silencio
Las escaleras
El ángel guardián
Los huérfanos
Todos los sábados
Protesta
Enemistad
La fuga
La sorpresa
El vuelo
La leontina dorada
Visita al asilo
Las vacaciones de las señoritas Montiel
Los fantasmas no existen
Encuentro
A destiempo
El amigo
En la tormenta
Undécimo piso
Serias divagaciones sobre el amor
Antes del silencio

II. HEMEROGRAFÍA
Cuento
Diplodocus sapiens
La hora desteñida
Juicio Final
Zapatos para toda la vida

Carta a un aprendiz de cuentos
Reseña
Coincidencias en la angustia. A propósito del libro *La casa donde termina el mundo*
A propósito de Luis Cernuda
Justine
Más allá del Sol
Revista Kena
Mesalina
Paul Géraldy
Lucrecia Borgia
Vicente Aleixandre
Madame du Barry
Concha Urquiza
Lola Montes
Ramón López Velarde
Catalina de Rusia
Enrique González Martínez
Ninon de Lenclos
Gustavo Adolfo Bécquer
Ana Bolena
Lady Hamilton
Sarah Bernhardt
La emperatriz Josefina
Salomé
Mata Hari
María Walewska
Emily Dickinson
León Tolstoi
Octavio Paz
José Gorostiza
Abraham Lincoln
Sor Juana Inés de la Cruz
Carlos Pellicer
Federico García Lorca
Salvador Novo
Simón Bolívar
Santa Rosa de Lima
Madame Curie
Pablo Picasso
Giuseppe Verdi
Homenaje
La locura de Emma

III. GUADALUPE DUEÑAS POR GUADALUPE DUEÑAS
¿Por qué escribo? ¿Para quién escribo?
Confrontaciones. Los narradores ante el público

IV. MISCELÁNEA
La gallina degollada. (adaptación del cuento de Horacio Quiroga)
La princesa fantasma de Europa
Acerca de Julio Torri
A manera de prólogo

SEGUNDA PARTE.
Obra inédita

Prólogo. La ciudad desconocida de Guadalupe Dueñas, PATRICIA ROSAS LOPÁTEGUI

I. POESÍA
Cuaderno 1. Versos cortos (1937)
Antes de que muera
De tu imagen borrosa
Cuaderno 1. (1951)
Ciudad desconocida
Durante tres meses no tengo manos
Versos sueltos
Insondable la nada
A mi padre (1)
A mi padre (2)
El eclipse
Abstinencia
Divagaciones
Derrota
Las muertas
Yo llevo un ángel triste
Olvido
Melodía de muerte
Sinfonía de muerte
Versos sueltos
La infinita cadena de mis muertos
Gitanerías
Yo soy mi sola muerte
Atardecer
Me llega tu presencia
Tu voz
Soñé que estabas muerta (1)
Soñé que estabas muerta (2)

Rosario sideral mi dios de sal amarga
Ahora sin ti sola y rotunda selva
Del hueco de la noche sube un olor agreste
Cuaderno 2
Poemas extraordinarios. México, 1950
Plegaria
El alma me olía a jardín
Verso suelto
Plegaria última
Plegaria en llamas
Regreso
A los alevosos
Baila gitana
Oh soledad, soledad
Narciso
Moisés
Perdida en ti
Las magnolias inmóviles

II. VARIACIONES DEL MISMO TEMA
La cita triste
La cita

III. TRES APARTADOS
Textos en desarrollo
Lo que le sucedía
María Antonia
Mi personaje inolvidable
Desde esta ventana
Guía de turistas
San Gabriel de la Barrera
Asesora de obras de teatro en el IMSS
Los Rosenberg
A 8 columnas *de Salvador Novo*
Educando a un sinvergüenza *de Alfonso Paso*
Señorito casadero *de Juan José Alonso*
Recordando con ira *de John Osborne*
Las aventuras de Perico
Primeras versiones de algunos cuentos publicados
¡Navidad!
Digo yo como vaca
La hora desteñida
Las señoritas de Moncada
Voy a casarme
La timidez de Alfredo

IV. NOVELA
Memoria de una espera. (1962)

Bibliografía

Considerada por Elena Garro la mejor cuentista mexicana, Guadalupe Dueñas demostró una potente versatilidad al abarcar una amplitud de géneros y en cada uno de ellos entregar una obra innovadora e irreverente. Con un particular sentido del humor y un manejo riguroso de la síntesis, pues en pocas palabras conforma todo un universo narrativo, cada uno de los textos de Dueñas, desde su poesía hasta su novela, acerca a un cosmos literario que "no defraudará al lector marcado por la curiosidad, al que guste de viajar a las zonas subterráneas de la condición humana llevado de la mano por un lenguaje tan poético como aterrador".

En este volumen —editado y prologado por Patricia Rosas Lopátegui y con un texto introductorio de Beatriz Espejo— se concentra la totalidad de la producción literaria de Guadalupe Dueñas, desde sus cuatro libros publicados: *Tiene la noche un árbol* (1958), *No moriré del todo* (1976), *Imaginaciones* (1977) y *Antes del silencio* (1991), hasta reseñas, adaptaciones para televisión, textos autobiográficos, primeras versiones de algunos cuentos o las variaciones sobre un mismo tema y escritos en desarrollo dispersos en revistas o guardados en el cajón.

Después de un inmerecido olvido, las *Obras completas* de Pita Dueñas, como también se le conocía, se compilan para revelar páginas que "invitan a creer que lo más insólito es posible". Y porque lo extraordinario se puede volver realidad, que este volumen sea una forma de perpetuar la memoria de una de las voces femeninas más poderosas del siglo XX y de recordar que a través de sus libros *no morirá del todo.*

www.fondodeculturaeconomica.com